

mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales
Nº 34 Segundo Semestre de 1993

HUMANIDADES

Lingüística y literatura, <i>Antonio Alatorre</i>	9
Discurso histórico y ficción en <i>Adán Buenosayres</i> , <i>Leonardo Senkman</i>	21
Refranes y sentencias en la literatura medieval, <i>Hernán Poblete Varas</i>	37
<i>Millín 1934</i> y <i>Ayer</i> : retrato de un artista de vanguardia, <i>Patricio Lizama A.</i>	51
El lenguaje bajo el disfraz de la literatura, <i>Anthony Burgess</i>	63
Grupo América: una agrupación literaria de la década de los sesenta en Chile, <i>Soleidad Bianchi</i>	71
Rimbaud, el ladrón del fuego, <i>Thomas Harms</i>	83
Neruda en el exilio, <i>José Miguel Varas</i>	87
Gabriela Mistral y la Argentina, <i>Sergio Martínez Baeza</i>	99
Constitución y disolución de fronteras: una lectura de las zonas culturales americanas, <i>Sauil Sosnowski</i>	111
Un tal B. Traven, <i>Carlos Morand</i>	121
Cuatro lecturas para la primera novela de José Leandro Urbina, <i>Grínor Rojo</i>	125

CIENCIAS SOCIALES

Sociedades para el desarrollo de la ins-

trucción primaria: 1870 - 1910, <i>Pablo Andrés Toro Blanco</i>	137
La cuestión de la inconvertibilidad del billete de banco: Oreros y papeleros, revisión de una discusión, <i>José Miguel Pazo R.</i>	157
En vez de la respetabilísima facultad legisladora de Kant, la metáfora de la araña tejedora de Nietzsche, <i>Susana Münnich Busch</i>	175
Modernismo y posmodernismo: un enfoque histórico, <i>Luis Corvalán Márquez</i>	183
Recepción, productividad y expatriación. Influencia anglo-francesa en el pensamiento filosófico de Ventura Marín, <i>Cecilia Sánchez</i>	201

TESTIMONIOS

Los primeros chilenos en París (1820 - 1830). Benjamín Vicuña Mackenna. Recopilación de <i>Pedro Pablo Zegers B.</i>	215
Un gotán para Lautrec, <i>Julio Cortázar</i>	227
Murió pintor Nemesio Antúnez	241
Rimbaud a los suyos. Traducción de <i>Andrés Asemjo</i>	245
Epistolario de Augusto Winter. Recopilación de <i>Liliana Montesinos Rosas</i>	251
El campo en la poesía chilena de Oscar Castro. Recopilación de <i>René Leiva B.</i>	255



DIRECCION
DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS
Y MUSEOS

180 años
BIBLIOTECA
NACIONAL
1813 - 1993

mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales
Nº 34 Segundo Semestre de 1993

HUMANIDADES

Lingüística y literatura, <i>Antonio Alatorre</i>	9
Discurso histórico y ficción en <i>Adán Buenosayres</i> , <i>Lernando Senkman</i>	21
Refranes y sentencias en la literatura medieval, <i>Hernán Poblete Vargas</i>	37
<i>Milán 1934</i> y <i>Ayer</i> : retrato de un artista de van- guardia, <i>Patricio Lizama A.</i>	51
El lenguaje bajo el disfraz de la literatura, <i>An- thony Burgess</i>	63
Grupo América: una agrupación literaria de la década de los sesenta en Chile, <i>Soledad Bianchi</i> <i>Rimbaud</i> , el ladrón del fuego, <i>Thomas Harris</i> ...	71
Seruda en el exilio, <i>José Miguel Vans</i>	87
Gabriela Mistral y la Argentina, <i>Sergio Martínez</i> <i>Boza</i>	99
Constitución y disolución de fronteras: una lec- tura de las zonas culturales americanas, <i>Saul</i> <i>Sismanovski</i>	111
Un tal B. Traven, <i>Carlos Morand</i>	121
Cuatro lecturas para la primera novela de José Leandro Urbina, <i>Grinor Rojo</i>	125

CIENCIAS SOCIALES

Sociedades para el desarrollo de la instrucción primaria: 1870 - 1910, <i>Pablo Andrés Toro Blanco</i>	137
La cuestión de la inconvertibilidad del billete de banco: Oneros y papeleros, revisión de una dis- cusión, <i>José Miguel Pozo R.</i>	157
En vez de la respetabilísima facultad legisladora de Kant, la metáfora de la araña tejedora de Nietzsche, <i>Susana Münnich Busch</i>	175
Modernismo y posmodernismo: un enfoque his- tórico, <i>Luis Corvalán Márquez</i>	183
Recepción, productividad y expatriación. In- fluencia anglo-francesa en el pensamiento filo- sófico de Ventura Marín, <i>Cecilia Sánchez</i>	201

TESTIMONIOS

Los primeros chilenos en París (1820 - 1830). Benjamín Vicuña Mackenna. Recopilación de <i>Pedro Pablo Zegers B.</i>	215
Un gotán para Lautrec, <i>Julio Cortázar</i>	227
Murió pintor Nemesio Antúnez.....	241
Rimbaud a los suyos. Traducción de <i>Andrés Ase- jo</i>	245
Epistolario de Augusto Winter. Recopilación de <i>Liliana Montesinos Rosas</i>	251
El campo en la poesía chilena de Oscar Castro. Recopilación de <i>René Leiva B.</i>	255

COMENTARIOS DE LIBROS

Diamela Eltit, <i>Vaca sagrada</i> , <i>Thomas Harris</i>	273
Nelly Richard, <i>Masculino Femenino. Prácticas de la diferencia y cultura democrática</i> , <i>Raquel</i> <i>Olea</i>	274
Cecilia Sánchez, <i>Una disciplina de la distancia: institucionalización universitaria de los estudios filosóficos en Chile</i> , <i>Eduardo Devés V.</i>	278
Grinor Rojo, <i>Poesía chilena del fin de la moder- nidad</i> , <i>Joyce Abeliuk</i>	282
Enrique Brahm García, <i>Tendencias críticas en el conservantismo después de Portales. El conser- vantisismo liberal</i> , <i>Antonio García Reyes (1817- 1855)</i> , <i>Del conservantismo positivista al "pelu- cón"</i> , <i>Ramón Sotomayor Valdés (1830-1903)</i> , <i>Marco Antonio León L.</i>	284
Leonardo León Solís, <i>Maloqueros y conchava- dores en la Araucanía y las pampas (1700-1800)</i> , <i>Luis Carlos Parentini G.</i>	290
Gabriela Mistral, <i>Cuenta mundo</i> , <i>Verónica Griffin</i> <i>Verónica Valdivia Ortiz de Zárate</i> , <i>La Milicia Republicana. Los civiles en armas (1932-1936)</i> , <i>Sofía Correa Sutil</i>	297
<i>Labor en la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos</i> , <i>Sergio Villalobos R.</i>	301



DIRECCION
DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS
Y MUSEOS

HUMANIDADES

Ministro de Educación
Sr. *Jorge Arrate Mac Niven*

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos
Sra. *Marta Cruz-Coke M.*

Director Responsable
Sr. *Alfonso Calderón*

Secretario de Redacción
Sr. *Pedro Pablo Zegers B.*

CONSEJO EDITORIAL

Sr. *Alfonso Calderón*

Sr. *Marcos García de la Huerta*

Sr. *Jorge Hidalgo*

Sr. *Alfredo Jocelyn-Holt L.*

Sr. *Hernán Poblete Varas*

Fotografías: *Miguel Ángel Carrasco U.*

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos
Avda. Libertador Bernardo O'Higgins 651. Teléfono: 6338957
Fax: 6381975
Santiago, Chile

LINGÜÍSTICA Y LITERATURA*

Antonio Alatorre

Oyez dire metonomie, metaphore, allegorie et autres tels noms de la grammaire, semble-il pas qu'on signifie quelque forme de langage rare et pellerin? Ce sont titres qui touchent le babil de vostre chambriere.

(Montaigne, *Essais*, 1, 51)

El Dr. Averroyz (hablando de su criado y alumno Lazarillo) –Sabe ya todos los nominativos, conjugaciones y quarto libro [de la gramática de Nebrija] de coro, y hablará todo un día latín tan bien como yo, sin que le entiendan palabra.

(Joan Timoneda, *Los Menennos*)

Al organizador principal de este Coloquio le consta que no acepté su invitación a participar en él sino después de haberle hecho notar mis incapacidades¹. El objetivo del Coloquio, y de los que seguirán cada dos años, según se lee en la primera circular, es abrir "un espacio académico que permita el intercambio entre los lingüistas que trabajan en México". Yo trabajo en México, pero mis credenciales de lingüista, nunca muy claras, se han despintado de tal manera en los últimos años, que en verdad ya no tienen validez. Decididamente no pertenezco al gremio. No puedo contribuir con nada al *corpus* de conocimientos de la ciencia lingüística. O sea, que no estoy en mi elemento. Me sentiría mucho menos incómodo si este Coloquio fuera de literatura, o de eso tan amplio, tan generoso, tan abarcador, que es la filología.

Mis credenciales son las del filólogo. Soy, muy conscientemente, discípulo de Raimundo Lida, que lo fue de Amado Alonso, que lo fue de Ramón Menéndez Pidal. Las cosas que escribo aspiran a estar, todo lo modestamente que se quiera, en serie con las que estos tres hombres escribieron. Próximamente saldrá a la luz, editada por mí, una recopilación de *Estudios hispánicos* de Lida; y hace pocas semanas, al corregir las pruebas de imprenta, o sea, al leer por tercera o cuarta vez estos *Estudios*, teniendo ya en la cabeza la idea de la comunicación que estoy leyendo, decía para mis adentros: "Esto sí que es sólido, esto sí que es iluminador; esto sí es hablar en serio del lenguaje literario, esto sí es hablar de la escritura poética, y de la técnica del relato, y de Cervantes y el *Quijote*". Y cada *esto sí* evocaba su respectiva, su *esto no*, lo que no me ilumina, lo que no me revela nada.

La vida y la obra de Raimundo Lida –dice Carlos Blanco Aguinaga en el prólogo de esos *Estudios hispánicos* – "se fundaban en un vasto conocimiento que

* Con autorización de *Vuelta*, 133 - 134, diciembre de 1987- enero de 1988, págs. 21 - 27.

¹ Coloquio Mauricio Swadesh, organizado por el Instituto de Estudios Antropológicos de la U.N.A.M. y celebrado en la semana del 5 al 10 de octubre de 1987.

iba de los presocráticos a Wittgenstein, de Homero y Virgilio a Mallarmé y Mayakovsky, de Tomás Moro a Marx y Freud, de los predicadores de Nueva Inglaterra a William James, por no hablar de sus conocimientos musicales, de su gusto por la pintura, de su afición (¿desmesurada?) por el ajedrez". En ese "inagotable mundo de la creatividad humana" vivía él, y, sin embargo, todo en su obra anda entrelazado, "seguramente —dice Carlos Blanco— porque su visión crítica tiene un centro muy definido: la pasión por el lenguaje". Esa *pasión por el lenguaje*, pienso yo, no es específicamente distinta de la de Juan José Arreola, que fue el maestro de filología que yo había tenido antes de ser discípulo de Lida, pero sí específicamente distinta, me atrevo a decir, de la que muestran muchos de los estudios sobre literatura publicados por muchos entusiastas seguidores de alguna de las muchas *trends in linguistics* que ahora existen.

No me siento, pues, en mi elemento. Si acepté la invitación fue por razones muy subjetivas. Este Coloquio está dedicado a la memoria de Mauricio Swadesh, y Swadesh, interlocutor y amigo de Lida, fue también interlocutor y amigo mío. Comencé a tratarlo en 1954, en El Colegio de México, cuya biblioteca solía él frecuentar. Recuerdo el año porque fue cuando apareció, en la serie de Breviarios del Fondo de Cultura Económica, *El lenguaje* de Edward Sapir, del cual fui yo cotraductor. Fue ése el tema de nuestra primera charla. Cuando le dije a Swadesh lo mucho que había aprendido en el librito de Sapir, él me contestó: "Eso quiere decir que somos condiscípulos". Él había aprendido mucho de Sapir; de hecho, las investigaciones glotocronológicas en que andaba metido las sentía él como continuación de ideas de Sapir. Una vez me mostró Swadesh su colección de voces con raíces *nam-*, *nem-*, o *mam-*, *mem-*, o *man-*, *men-*, etcétera (nasal + vocal + nasal), que en muy diversas lenguas americanas, desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, coincidían en un núcleo de significados: órgano interno (corazón, pulmones, hígado), o la cabeza, o bien las operaciones de esos órganos: vivir, alentar, sentir, desear, recordar, pensar. Quedé fascinado por la extraordinaria extensión del fenómeno. Pero lo que más me impresionó no fue la perdurabilidad de esas raíces en lenguas separadas unas de otras milenios atrás, sino la naturalidad con que Swadesh me decía que se trataba evidentemente de la raíz indoeuropea *men-*. La prueba de que fui interlocutor y amigo suyo es que con la misma naturalidad le dije yo que esto último, su explicación por el indoeuropeo, me dejaba bastante escéptico. Él, por cierto, no se enojó de que un lego en lingüística indoeuropea se pusiera al tú por tú con un señor lingüista como él; me tomó en serio y me dijo más o menos: "Sí, me va a costar trabajo convencer a la gente".

El que yo cuente este recuerdo lleva su propósito. Espero que ustedes, lingüistas, me oigan con la misma benevolencia con que me oyó Swadesh en aquella ocasión.

A la hora de redactar mi comunicación he releído las últimas páginas del libro de Sapir, o sea, el capítulo once, "El lenguaje y la literatura". ¡Qué bonita ponencia sería para una sesión como ésta, dedicada al tema "Lingüística y literatura"! Podría citar frases y más frases de allí, pues dicen de manera muy concisa, casi lapidaria, las que yo considero verdades básicas. Mi punto de partida podría ser, por ejemplo, esta frase: "El lenguaje está íntimamente ligado con nuestros hábitos de

pensamiento: en cierto sentido, ambas cosas no son sino una sola". O esta otra: "...el pensamiento no es sino el lenguaje desprovisto de su vestidura exterior". O simplemente las líneas iniciales del capítulo: "Las lenguas son [...] las vestiduras invisibles que envuelven nuestro espíritu y que dan una forma predeterminada a todas sus expresiones simbólicas. Cuando la expresión es de extraordinaria significación, la llamamos literatura". Aquí el gran lingüista, que tan escrupulosamente ha ido precisando su concepto del lenguaje a lo largo de los capítulos anteriores, en vez de hacer otro tanto con su concepto de la literatura, lo que hace es poner al pie de la página una nota que dice: "No podría detenerme a precisar qué tipo de expresión es lo bastante 'significante' para merecer el nombre de arte o de literatura. Por lo demás, no lo sé exactamente". Éste "no lo sé *exactamente*" es, para mí, la mejor definición de literatura. No pocos lingüistas han hecho lo que Sapir se abstuvo de hacer, pero su esfuerzo de definir, de marcar fronteras y de establecer bases fijas para decir "Esto es literatura" y "Esto no es literatura", aunque constituya a veces un buen pasatiempo, nunca conduce a nada. Nadie dirá nunca *exactamente* qué tipo de expresión es lo bastante "significante" para merecer el nombre de literatura. La frontera fue siempre y es y será siempre móvil, por la índole misma de la literatura. (Después del "no lo sé exactamente", la nota de pie de página termina así: "Tendremos que emplear el término 'literatura' dando por supuesto que todos saben lo que significa", reminiscencia, seguramente, de la frase de Benedetto Croce al comienzo de su *Breviario de estética*: "El arte es aquello que todos saben qué cosa es". Como si Sapir le dijera a cada lector: "Tú tendrás tu concepto de la literatura; a ese concepto tuyo me atengo; eso te basta para entender mis reflexiones").

"El lenguaje —dice Sapir— es la materia prima de la literatura, tal como el mármol, el bronce o la arcilla son la materia prima de la escultura". Así, de esta manera tan poco técnica, habla el gran lingüista en el capítulo once, serie de reflexiones sobre la trabazón que hay entre la obra de arte literaria, expresión personal y única, y el lenguaje de que se sirve el artista, expresión plural y colectiva; y las reflexiones van ilustradas con ejemplos de contrastes entre distintas clases de lenguas y distintas clases de artistas de la palabra, pues cada lengua y cada poeta tienen su sistema de expresión. La única verdadera manera de leer a Homero es leer el griego en que están escritas la *Odisea* y la *Iliada*, y no hay ni habrá traducción de Li Po que comunique exactamente lo que Li Po les comunica a los lectores chinos. Benedetto Croce, observa Sapir, "tiene toda la razón cuando dice que una obra de arte literaria nunca puede traducirse". Pero a continuación, suavemente, y sin abandonar la línea de pensamiento de su venerado Croce, da Sapir un paso más, pues es un hecho —dice— que "la literatura se traduce, y en ocasiones con asombroso acierto". Tras lo cual nos comunica sus pensamientos sobre lo que es traducible y lo que es intraducible. No puedo menos de citar un último pasaje: "Por mucho que hablemos del carácter soberanamente único de una obra de arte determinada, sabemos muy bien que no todas las producciones excluyen del mismo modo la posibilidad de una transferencia. Un estudio de Chopin es inviolable; se mueve por completo dentro del mundo acústico del piano; una fuga de Bach puede traducirse a un sistema de timbres musicales

diferentes sin que por ello disminuya gravemente su significación estética". Admirable manera de invitarnos a pensar sobre las distintas utilizaciones del medio lingüístico. La comparación musical dice, breve y agudamente, más que cualquier larga disquisición científica. Eso sí, para entenderla hay que haber penetrado, como desde luego había penetrado Sapir, en los respectivos mundos sonoros del preludio de Chopin y la fuga de Bach. (Además, el paralelo no sólo ilumina la relación esencial entre el poeta y su medio lingüístico, sino que también nos hace ver la verdad profunda de la expresión "lenguaje musical").

Yo siempre sentí muy mía esta manera de ver la vinculación de lengua y literatura. No había leído nada de Sapir hasta el momento de traducir *El lenguaje*, pero ese capítulo once me pareció un remate perfecto de un libro perfecto (y hay que observar que un traductor es un lector especialmente alerta). En 1954 ese capítulo confirmaba —y, en cierto sentido, articulaba— las ideas que yo había ido adquiriendo. Pocos años antes nos había metido Raimundo Lida, a mí y a mis compañeros, en el bosque de las cuestiones históricas de nuestra lengua (etimología, fonología, morfología), y simultáneamente, casi sin hacer distinción entre lo uno y lo otro, nos había abierto los ojos a la belleza del *Cantar del Cid*, de los *Milagros de Nuestra Señora*, del *Libro de buen amor*. Lengua y pensamiento, lengua y expresión; tal era el núcleo de su magisterio. Nos hizo unas inolvidables lecturas comentadas de varios *Diálogos* de Platón, nos introdujo a Herder y a Humboldt, a Saussure y a Bally, a Bergson y a Santayana, a Croce y a Vossler; nos habló de las doctrinas elaboradas en los grandes "círculos lingüísticos" europeos, y, traduciendo a libro abierto *Das literarische Kunstwerk* de Roman Ingarden, nos leyó los pasajes más representativos de sus ideas...

Desde 1954 hasta ahora he leído, diría que por la fuerza misma de las cosas, muchos libros y artículos sobre la trabazón de lengua y literatura, y hasta he contribuido con algunas piedrecillas a la enorme pirámide bibliográfica que sobre ello se sigue levantando. También por la fuerza de las cosas, mis ideas se han expandido, han proliferado. Pero ahora, al releer el capítulo once de *El lenguaje*, veo que el núcleo de mi pensamiento no ha cambiado. He sentido dentro de mí el mismo ¡*clac!* que sentí en 1954. No diré que ese capítulo once me enseñó a pensar sobre el tema, pero sí que Sapir piensa y siente allí como yo; más aún que habla mi lenguaje, el lenguaje que, por lo menos desde los griegos en adelante, me es inteligible.

No creo que ese lenguaje, enriquecido a lo largo de los siglos y que seguramente seguirá enriqueciéndose *ad infinitum*, pueda ser derribado por ningún otro. Pero en los últimos dos decenios muchísimos estudiosos interesados en la relación lengua/literatura vienen empleando, en vez de ese lenguaje simple, claro y preñado de significación, otro lenguaje que parece su polo opuesto: tan arduo y complejo como poco significativo. Esos estudiosos construyen toda una Nueva Academia. En 1981 expresé de manera polémica mi desacuerdo con ellos en un discurso que se publicó dos veces, en la *Revista de la Universidad de México* en la *Memoria de El Colegio Nacional*. Digo que de manera polémica porque deseaba muy de veras que éstos a quienes yo llamaba neoacadémicos se metieran conmigo, que me refutaran apasionadamente, que me pusieran epítetos fuertes, "cegatón",

"impresionista", "obsoleto", "reaccionario", o que respondieran menos coloridamente, pero que respondieran, para luego poder yo contrarreplicar. Mi deseo quedó frustrado. Nadie escribió nada².

Alguien me comunicó hace un par de años su impresión de que ya no se hacían cosas como las que yo ridiculizaba en el discurso de 1891, pero no tardé en ver que esa impresión era falsa. En efecto, desde que acepté la invitación para hablar en el presente Coloquio, o sea, desde comienzos de este año, me dediqué a ver, cada vez que la ocasión se presentaba, muestras de lo que se está publicando en México, en España y un poco en la Argentina. No hice una búsqueda metódica porque vi que no era necesaria. Y no tardé en comprobar lo equivocado que estaba quien me dijo que la oleada "neoacadémica" estaba en retroceso. Todo lo contrario. Sigue vigorosa y, en muchos sentidos, se ha sofisticado aún más. Reuní tal cantidad de muestras, que a la hora de redactar esta comunicación no sabía cuáles elegir como más representativas. Para salir del *embarras du choix* decidí concentrarme en un grupo de comunicaciones escritas en castellano, gallego y portugués, leídas recientemente en la Universidad de Santiago de Compostela y publicadas allí mismo el año pasado: *Actas do Congreso Internacional sobre Rosalía de Castro*. Son, pues, trabajos que huelen a tinta fresca. Varían bastante en cuanto a enfoque lingüístico. Observo que rara vez citan a Saussure. Las grandes autoridades son más bien figuras como Hjelmslev, Jakobson y Trubetzkoy, acompañadas, aquí y allá, de los que yo llamaría *diiminores*, que son muchísimos: Hockett, Lyons, Holquist, Tesnière, Todorov, Julia Kristeva, Barbara Johnson, Umberto Eco, Jean Cohen, etcétera. Como Rosalía de Castro escribió poesía y también novela, algunas de las comunicaciones son poetológicas y otras narratológicas. Hay las habituales contraposiciones del concepto de "texto" a los conceptos de "microtexto", "macrotexto", "cotexto", "contexto", "intertexto" y "supertexto" (no registré el de "subtexto" o "infratexto", pero supongo que debe existir). Y hay —con aplicación a la obra de Rosalía de Castro— exposiciones de conceptos que hace pocos años eran completamente desconocidos: así el "dialogismo" de Bajtín, la "redundancia" de Greimas, la "anisotropía semántica" de Ignacio Soldevila, la "narratología semiótica" de José María Nadal, o la "desconstrucción" y la "diferencia" —que no es lo mismo que "diferencia"— de Jacques Derrida. (Una de las comunicaciones, por cierto, me hace saber que este concepto de "desconstrucción", desdeñado primero en Europa, prendió exuberantemente en los Estados Unidos, sobre todo en la Universidad de Yale, con Paul de Man, Harold Bloom y otros, y ahora se está reaclimatando felizmente en Europa gracias en particular a Christopher Norris). Pero, no obstante su variedad de enfoques y de intereses, hay en todos estos trabajos un denominador común que salta a la vista, y no por ocuparse todos ellos de Rosalía de Castro, sino por su manera de exposición, por

² Única excepción, la comunicóloga María Josefa Cañal, que en su artículo *La crítica periodística de los medios de difusión masiva en México*, publicado en el N° 42 de la revista *Casa del Tiempo*, me pinta como "revindicador" del "estilo impresionista" o "anecdótico" en que escriben los críticos superficiales de cine, radio y televisión (terrenos en que jamás me he metido). Véase mi réplica en la misma *Casa del Tiempo*, N° 45, julio de 1984.

su afán de rigor, por la seriedad de sus propósitos científicos, por su atención a las divisiones y subdivisiones posibles—cada una con su nombre diferenciador—de entidades lingüísticas ya en sí bastante recortadas, por su afición a las fórmulas cuasi-lógico-matemáticas, a los esquemas, a los gráficos, por su cuidado en afirmar cada paso sobre principios establecidos y reconocidos, como quien ve muy bien en qué piedra pone el zapato si quiere pasar el arroyo sin mojarse, una palabra por el refinamiento de su metodología. Una metodología que, con la misma soltura con que aquí está al servicio de la obra de Rosalía de Castro, podría estarlo al de cualquier otro producto literario que se presente. Una metodología—esto debo subrayarlo— *no diferente de la que emplean los neocadémicos de México*, y que da a todos estos trabajos un inconfundible aire de familia.

Comienzo con el intitulado *Tipología de los discursos narrativos de Rosalía de Castro*. Escuchen ustedes con atención: “La sintaxis discursiva de un enunciado se basa en la creación de un origen para la categoría de la persona, otro para la categoría del tiempo y otro para la del espacio”. Tras este punto de partida tan nítidamente fijado, prosigue el autor: “Desde cada origen se construye un macro-nivel en el cual las formas [de cada una de las tres categorías] que coincidan con él se llamarán *enunciativas* y formarán el nivel enunciativo, y las que no coincidan se llamarán *enuncivas* y constituirán el nivel enuncivo. Las que coincidan y no coincidan [?] se llamarán *mixtas*”. A esto siguen instrucciones cuidadosas para distinguir entre *narradores* y *no narradores* (los narradores son los actantes discursivos enunciativos, los no narradores son los actantes enuncivos y los mixtos), y para distinguir asimismo entre *narradores* y *apreciadores*, entre estados narrativos *extradieгéticos* y estados narrativos *intradieгéticos*, entre “actores tácticos pueden ser *heterointradieгéticos*, *homodieгéticos* y *heteroextradieгéticos*, y, en el caso de los *homodieгéticos*, el autor nos pone en guardia para no confundir a los subactores *hointradieгéticos* con los *homoextradieгéticos*. Por lo demás—prosigue— en cada enunciado puede haber una o más *situaciones de narración*. Si en un enunciado hay dos situaciones de narración, puede hablarse de *macroactores sintácticos*”. Hasta aquí todo es relativamente sencillo. Ciertamente que un lector no preparado, como yo, tiene que avanzar despacio para poder entender bien semejante neovocabulario, pero acaba por conseguirlo sin mucho sudar. Lo difícil es lo que viene en seguida: comprender qué hacen todas esas categorías, todos esos conceptos y subconceptos una vez que entran en acción, gran espectáculo de reciprocidades y contraposiciones, de coincidencias y no coincidencias. Por ejemplo: “Narrador y apreciador pueden coincidir en un mismo actante. En dicho caso, coincidirán también en un subactor *hointradieгético* o *heterointradieгético*. Si es *hointra* [así dice el autor, para abreviar], la *homodieгeticidad* será personal o temporal o espacial. Si el apreciador no coincide con el narrador, se tratará de un actante no narrador *heteroextra*—u *homoextra*— personal o temporal o espacial”. Por otra parte, “las funciones de narración y apreciación pueden coincidir en el actor *sintáctico homodieгético*; o no coincidir, si la apreciación es desempeñada por el actor *heteroextradieгético* o por el *heterointradieгético*”. Para mayor claridad, se nos brindan dibujos geométricos con las fórmulas del caso. Cuadros, diagramas, esquemas. Es fascinante sobre todo el cuadro que muestra la tipología de las

apreciaciones. Todos los pasos dados conducen finalmente al magno esquema en que se establece la tipología científica del discurso narrativo. Y no queda sino aplicarlo a Rosalía de Castro. El autor no lo dice expresamente, pero da a entender que cualesquier otros discursos narrativos, desde los del *Gilgamesh* y del *Ramayana* hasta los de la última hornada, podrán tipologizarse sin muchos quebraderos de cabeza con la doctrina que él nos ofrece, tan bien afincada en los macroniveles originales y universales de la persona, el tiempo y el espacio...

Otro de los trabajos se dedica al análisis lingüístico de estos tres versos de los *Cantares gallegos* de Rosalía: *Probe Galicia, non debes / chamarte nunca española, / ou 'España de ti s'olvida*". Resultan —dice el autor— un ejemplo perfecto de aquellas construcciones que en gramática generativa se llaman "términos de polaridad negativa", esto es, construcciones portadoras de una negación de tal manera esencial, que sin ella nos quedaría en las manos una secuencia agramatical, o sea, nada. Viene primero la explicación de *polaridad*. "España de ti se olvida" y "No debes llamarte española" son cláusulas que muestran una relación de interordinación: con sólo engarzarlas se obtiene, en efecto, una magnífica oración bipolar: "No debes llamarte española, pues España se olvida de ti". Tras la explicación de polaridad viene la de *negatividad*. En lo básico, por fortuna, todos los lingüistas y gramáticos están de acuerdo en sostener que "una oración negativa es el resultado de cierta operación sobre una correspondiente [y preexistente] oración afirmativa". Se toma, digamos, la oración "Hay luna", se ejecuta cierta operación sobre ella y el resultado es "No hay luna". Pero en un punto sutil los especialistas no se han puesto de acuerdo. Dicen algunos que, cuando un hablante le comunica algo a un oyente mediante una oración negativa, está suponiendo que ese oyente trae en su interior la correspondiente oración afirmativa, y entonces él le lanza la negativa para destruirla. No todas las autoridades exhiben esta mentalidad tan suspicaz, pero podría pensarse —dice el autor— que Rosalía polemiza con quienes le dicen a Galicia: "Debes llamarte española". Bien. Ahora que ya sabemos lo que es polaridad y lo que es negatividad, estamos preparados para entender el concepto de *polaridad negativa*. En primer lugar, "Debes llamarte española" y "No debes llamarte española" coinciden en algo: son, las dos, cláusulas impecablemente gramaticales. Sí, pero aquí entre el adverbio *nunca*, empleado por Rosalía en una posición tal, que forzosamente exige el *no*. La expresión "Debes llamarte nunca española" es gramatical. La marcamos con su correspondiente asterisco, nos olvidamos de ella y pasamos al estudio de la *estructura oracional* según los principios de la gramática generativa (aquí cabe admirar uno de los consabidos diagramas o dibujos en forma de árbol genealógico). El paso final consiste en el análisis del *predicado negativo* "no debes llamar" (prescindimos del *te* de "llamarte", que es un complemento directo). Aquí, el centro de atención científica es el verbo *deber*, que, según uno de los lingüistas en quienes cuidadosamente va apoyándose el autor, "sólo significa obligación en sentido general cuando va acompañado de un infinitivo", o sea —deduzco yo—, no cuando va acompañado de un sustantivo, por ejemplo, "deber dinero". En todo caso, son varios los lingüistas que, continuando en última instancia el pensamiento de Tobler, frente a una expresión como *No debes ir* observan que el sentido real no es 'No tienes obligación de ir',

sino 'Tienes obligación de no ir'. Visto lo cual, podemos estar seguros de que lo que Rosalía le dice a su amada y maltratada Galicia no es 'Nadie te obliga a llamarte española', sino 'Estás obligada a no llamarte española'. Yo diría que esto es lo que ha entendido cualquiera que sepa un par de cosas elementales acerca de Rosalía de Castro. Y lo curioso es que esas cosas elementales las dice el propio autor antes de ofrecernos su laborioso análisis. En unos breves párrafos introductorios pinta un cuadro de la situación de abandono por parte de Madrid en que se encontraban las provincias gallegas por los años de 1856 a 1863, y subraya, además, el regionalismo romántico de la poetisa; dice con razón que Rosalía "es un genuino ejemplo de las tesis formuladas ya en el siglo XVIII por Herder", y cita atinadamente a Whilhelm von Humboldt, según el cual "la lengua de un pueblo es su espíritu, y su espíritu es su lengua". Yo diría que esto bastaba y sobraba para captar y sentir el patetismo de esos tres versos tan límpidos, tan salidos del corazón gallego de Rosalía: *Probe Galicia, non debes /chamarte nunca española, / qu'España de tí s'olvida*. ¿A qué, entonces, la refinada demostración científica de que los tres octosílabos significan en efecto lo que significan? Eso es lo que me maravilla. El que Rosalía de Castro amara entrañablemente su tierra es un dato periférico que no entra en aquello que el autor considera sustancial: el análisis de la estructura lingüística.

Hablaré, por último, de un artículo sobre la "equivalencia semántica" en Rosalía de Castro. Del libro *En las orillas del Sar* (versos escritos en castellano) entresaca el autor, para analizarlos, versos y más versos en que hay alguna forma de "equivalencia", por ejemplo, éste *todo marchito y sepultado todo*. Diré en primer lugar que a mí, personalmente, me importaría saber qué es eso marchito y sepultado, o sea, como va el poema en que está ese verso, pero si se lo preguntan al autor, él me contestaría que me hiciera de un ejemplar de *En las orillas del Sar* y leyera el poema por mi cuenta. A él le interesan los versos aislados en que hay "equivalencias". Versos, o bien parejas de versos, por ejemplo, *De polvo y fango nacidos, / fango y polvo nos tornamos*. A juzgar simplemente por el número de ejemplos elegidos para su análisis, esta llamada "equivalencia semántica" es muy común en Rosalía, como lo es —pienso yo— en tantísimos poetas de todos los tiempos y de todas las literaturas. Se diría que la materia es una naranja ya demasiado exprimida. Pienso. A lo largo de páginas y páginas el autor halla siempre qué decir, sin repetirse nunca. Cita el verso o el par de versos, y a continuación los ilumina con el comentario lingüístico adecuado. Después de leer dos o tres análisis, al toparnos con un nuevo verso por analizar, como *La sed que atormenta y el hambre que mata*, nos preguntamos qué irá a decir esta vez el autor. E inmediatamente tenemos la respuesta. Hay primero una cápsula de doctrina lingüística general, que en este caso dice así: "la cadena proporcional posee implicación negativa si, dentro de un régimen de analogía lexemática, las polaridades se caracterizan por una organización en la que los miembros de cada par oponen, en relación recíproca, rasgos que son de carácter distintivo". Y enseguida viene la aplicación al verso *La sed que atormenta y el hambre que mata*. En esta coordinación, la reversibilidad establece dos polaridades: la polaridad *sed/hambre* (que designaremos A/A') y la polaridad *atormenta/mata* (que designaremos B/B'); la reversibilidad coloca esas polaridades

“en una implicación que, dentro de cada par analógico, tiene disposición privativa”: el término A (*sed*) presenta el rasgo distintivo ‘*liquidum*’, ausente en A’ (entendemos que a la sed le corresponden cosas líquidas y al hambre no). Por otra parte, el término B (o sea, *atormenta*) “presenta el rasgo distintivo ‘*corporis vel animi cruciatus*’”, que en B’ (o sea, *mata*) está más restringido, puesto que podemos *atormentar* de manera física y de manera espiritual, pero *matar*, sólo de manera física. La conclusión parece ser que, aunque los términos *mata* y *atormenta* no sean muy equivalentes, de todos modos son más equivalentes que los términos *hambre* y *sed*. —Los problemas que plantea otro verso, *Ya no mana la fuente, se agotó el manantial*, son menos espinosos. Primero, la doctrina: “La cadena proporcional posee implicación equipolente si, dentro de un régimen de analogía lexemática, las polaridades se caracterizan por una organización en la que los miembros de cada par oponen, en relación recíproca, rasgos que son lógicamente gemelos, esto es, que no pueden ser considerados ni como negación y afirmación de una misma cualidad léxica ni como grados distintos de una única sustancia de contenido”. Y en seguida el caso concreto de “*Ya no mana la fuente, se agotó el manantial*”. En esta yuxtaposición, “la reversibilidad establece las polaridades *ya no mana/se agotó* (A/A’) y *la fuente/el manantial* (B/B’) en una implicación que, dentro de cada par analógico, tiene disposición equipolente”; en efecto, “el término A [*ya no mana*] y el término A’ [*se agotó*] forman pareja opositiva sobre la base de una participación común en el embrión léxico ‘*exhaurire*’”, y, por su parte, “el término B [*la fuente*] y el término B’ [*el manantial*] participan por igual en el contenido común ‘*fontana aqua*’”. De donde se sigue que la proposición “*Ya no mana la fuente*” y la proposición “*Se agotó el manantial*” muestran un alto grado de equivalencia semántica. Y he ahí cómo se descubre científicamente el Mediterráneo. (Algo que me regocija en este artículo es ver cómo los llamados “rasgos distintivos”, o “contenidos comunes”, o “hiperónimos”, o “archilexemas”, se dan en latín: *corporis vel animi cruciatus, exhaurire*, etc. No sé si es ocurrencia del autor, o si se la copió a otro).

Me maravilla, repito, la seriedad de este afán de afirmar sobre bloques de ciencia lingüística, en lenguaje muy poco ameno y con gran despliegue de autoridades, aquello que cualquier lector de Rosalía de Castro (ya que de ella se trata) sabe por simple sentido común. A propósito de sentido común, hay en uno de estos trabajos un detallito que me llama la atención. Yo, por simple sentido común, digo que la mejor manera de ampliar nuestro conocimiento de la lengua de un poema es leer otros poemas del mismo autor. Digo, por ejemplo, que quien se dispone a hacer un análisis lingüístico del soneto de sor Juana que comienza *Al que ingrato me deja busco amante* debiera conocer los dos que le preceden, *Que no me quiera Fabio al verse amado* y *Feliciano me adora y le aborrezco* (se trata de un tríptico, un joyel lingüístico hecho de tres sonetos como perlas; muy parecidos entre sí, pero cada uno con su brillo, su “oriente” especial), y no le haría daño conocer otros poemas de sor Juana en que hay el mismo tema de las “encontradas correspondencias”, y composiciones anteriores, de otros poetas, como el soneto de Lope de Vega que comienza *Amaba Filis a quien no la amaba, / y a quien la amaba, ingrata aborrecía*, puesto que sor Juana compuso su tríptico, muy adrede, en un

lenguaje ya en uso, de manera que esa tradición de juego dialéctico es parte esencial del soneto *Al que ingrato me deja busco amante*, y no algo externo a él. Claro que es posible analizar este soneto como caído de la luna, como no gestado en nuestro planeta, de la misma manera que es posible analizar sólo su primer verso, poniendo bajo el microscopio las magníficas polaridades adversativas *ingrato* [él] / *amante* [yo] (A/A') y *deja* [él] / *busco* [yo] (B/B'). Pero el sentido común me dice que lo otro es incomparablemente más jugoso³. Pues bien, he aquí el detallito que me llamó la atención en uno de los trabajos. El autor, practicante ortodoxo de la poética de raigambre lingüística, la cual se interesa en la comprensión del poema *en sí*, del poema como puro artefacto verbal, en cierto momento se ve tentado a aclarar un texto de Rosalía con otro de la misma Rosalía, y resuelve hacerlo, pero no sin autorizarse escrupulosamente en un artículo de Michel Arrivé sobre "la teoría de los textos poli-isotópicos". Autorizándose a su vez en la teoría de la redundancia de Greimas, este Michel Arrivé se atreve en efecto a afirmar que el concepto de *isotopía* como conjunto redundante de elementos semánticos, concepto de enorme importancia en el análisis del significado poético, tiene su lugar de significación —principalmente en lo que se refiere a las llamadas "isotopías connotativas"— no en el texto aislado, sino en el intertexto, definido éste como "el conjunto de los textos entre los cuales funcionan las relaciones de intertextualidad". De esta fatigosa manera el sentido común queda elevado a la sublime categoría de ciencia.

No hay tiempo para más ejemplos. Y bastan los citados. Son absolutamente representativos de la metodología que impera y prospera en la Nueva Academia, construyendo a sus adeptos a decir, en lenguaje cada vez más refinadamente técnico, cosas cada vez más inútiles, más ajenas a la lectura, la comprensión y el goce de las obras literarias, obligándolos a erigir torres de viento, a convertir lo llano en escarpado y lo ameno en tedioso. Si hay que gastar no pocas horas en leer estos trabajos, ¡cuántas no habrán sido gastadas en escribirlos! Cada cual es libre de emplear su tiempo en lo que quiera, por supuesto, pero no me parece justo quitarle a la inocente juventud universitaria, de esa manera, un tiempo que estaría mucho mejor empleado de mil otras maneras. Según Félix Guattari, a quien ya cité en mi discurso antineoacadémico de 1981, la aceptación de "modas teóricas" de este tipo, "productos de las metrópolis" tomados "como si fueran dogmas religiosos", crea en sus aceptadores una mentalidad parecida a la de los

³ Uno de los casos de "equivalencia semántica" estudiados en el artículo antes comentado es este par de versos: *Te amo... ¿por qué me odias? / Te odio... ¿por qué me amas?* Esta vez el autor, violando excepcionalmente su regla, al final del laborioso análisis cita entero el poemita: *Te amo... ¿por qué me odias? / Te odio... ¿por qué me amas? / Secreto es éste el más triste / y misterioso del alma. / Mas ello es verdad... ¡Verdad! / dura y atormentadora! / —Me odias, porque te amo; / te amo, porque me odias.* Y el único comentario es que aquí "alteran dos tipos de estructura"; en los versos 1-2 y 7-8 tenemos "el tipo bidimensional, con propiedades de reversibilidad y analogía", mientras que en los versos 3-4 y 5-6 tenemos "el tipo unidimensional, cuyas conexiones no trascienden el plano sintagmático". Una de dos: o el autor del trabajo no sabe que el poemita de Rosalía es glosa del célebre *Odi et amo...* de Catulo, o sí lo sabe, pero se abstiene de decirlo para no enturbiar la inmaculada pureza del análisis "científico". Y no sé qué es peor.

antiguos habitantes de colonias y está causando, en los ámbitos universitarios, "más mal que bien". La explicación del auge de la Nueva Academia será seguramente más compleja, pero sigo pensando que, en lo esencial, Guattari tiene razón.

Vuelvo, para terminar, a mi querido Edward Sapir. En 1921, cuando se publicó *El lenguaje*, estaba de moda aplicar gruesas lentes de aumento a la influencia de unas lenguas en otras, cerrando los ojos a la tenacidad con que toda lengua mantiene sus caracteres básicos, y estaba también de moda, entre el vulgo de los antropólogos, sociólogos, sicólogos, etc., revolver los conceptos de lenguaje, raza y cultura, estableciendo alegremente relaciones causales entre lo uno y lo otro cada vez que ello resultaba conveniente para alguna teoría. Sapir, que dedica los capítulos nueve y diez de su libro a argumentar contra ambas modas, al final parece excusarse ante el lector por su actitud polémica. Los argumentos expuestos en uno y otro caso —dice— "han sido, en su mayor parte, de orden negativo, pero creo que esas negaciones son saludables". Yo espero que mis negaciones tengan algo de saludable. Sé, desde luego, que no soy el único que las hace. A lo largo de la historia de la cultura ha habido, constantemente, episodios parecidos a éste. Me siento un poco heredero de aquellos humanistas del Renacimiento, típicamente Erasmo, que tomaron la pluma para persuadir a sus contemporáneos de la necesidad de acabar con los sistemas mecanizados y esterilizantes. Pienso, por ejemplo, en ese Juan Maldonado que en 1529 publicó una *Paraenesis ad politiones litteras adversus grammaticorum vulgum* ("Exhortación a las buenas letras contra la turba de los gramáticos"). Antonio de Nebrija había sido, sin duda, un gran hombre, pero, ¡qué tieso, qué prolijo y qué inútil el sistema de enseñanza derivado de su gramática latina! Imposible negar la grandeza de un Hjelmslev, de un Jakobson; pero estoy convencido de que, en lo que se refiere al estudio de la literatura, los sistemas derivados de ellos están causando "más mal que bien". La *Paraenesis* de Maldonado tiene un acento patético: él malgastó su mocedad por culpa de un sistema nefasto. Yo no he tenido esa desgracia, pero me gustaría evitársela a los jóvenes. Por eso, así como en sus dos capítulos penúltimos Sapir puso en guardia al lector contra caminos que no son los del auténtico conocimiento lingüístico, así les digo yo a los jóvenes que aspiran a ser profesionales de los estudios literarios: ¡Cuidado! Abran bien los ojos. Perder el tiempo es cosa grave. Veán si el camino que les propone la Nueva Academia conduce a algo.

DISCURSO HISTÓRICO Y FICCIÓN EN ADÁN BUENOSAYRES*

Leonardo Senkman

La novela *Adán Buenosayres* ha sido objeto de algunos estudios desde perspectivas muy diferentes que comparten, sin embargo, la convicción que esta obra sería refractaria a la preocupación de su autor por la dimensión histórica de "la honda crisis espiritual" bajo cuyos efectos Marechal confesó haber escrito la ficción en clave metafísica. A no ser una simbología crítica de su patria, la crítica descuidó la dimensión histórico-social del texto de Marechal. Los trabajos hermenéuticos indagaron el simbolismo profundamente teológico y metafísico del texto¹, las aproximaciones estructuralistas arribaron a críticas focalizadas, básicamente, en la ideología y cosmovisión de mundo de Marechal, conclusión a la que también llegó un pionero ensayo sociológico². Recientemente, los esfuerzos se concentraron en la labor de una crítica lingüística para establecer los vínculos entre el discurso teológico y metafísico arcaico de la novela y el discurso poético-onírico del habla comunitaria porteña desde un enfoque escritural en la que no hay cabida para el sujeto psicológico ni para el arquetipo³.

Este estudio intenta develar en el texto de la ficción los modos a través de los cuales el tiempo histórico de los años veinte al cuarenta imperceptiblemente organiza un discurso con un poder de figuración muy peculiar que da cuenta de

*Una versión preliminar fue presentada en la Universidad de Regensburg, en junio de 1990, en el Congreso del CELCIRP. Forma parte de una investigación sobre el campo intelectual argentino durante los años treinta y cuarenta que recibió el apoyo del Social Science Research Council (1988-1989).

¹Graciela de Sola, *La novela de Leopoldo Marechal: Adán Buenosayres*, en *Claves de Adán Buenosayres* (Mendoza, Azor, 1966); Graciela Coulson, *Marechal, la pasión metafísica* (Buenos Aires, Fernando Cambeiro, 1974).

²Centro de Investigaciones Literarias de Buenos Aires, *Pruebas y hazñas de Adán Buenosayres*, en *Nueva novela latinoamericana* (Buenos Aires, Paidós, 1972). Ver el trabajo de Noé Jitrik, *Adán Buenosayres, la novela de Marechal*, en *Contorno*, N° 3, (1955), págs. 38-45. Adolfo Prieto ensayó un análisis crítico a los contenidos doctrinales e ideológicos del catolicismo tomista y metafísico de Marechal en *Los dos mundos de Adán Buenosayres*, incluida en *Claves de Adán Buenosayres*, págs. 34-49. Ver el conjunto de trabajos críticos desde una perspectiva nacional cristiana y popular de la obra de Marechal en *Cátedra Marechal. El autor y su obra*, I, del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Argentina (Buenos Aires, Corregidor, 1986); en especial: Graciela Maturo, *Significación nacional de la obra de Marechal*, págs. 11-22 y Mario C. Casalla, *La estética de Leopoldo Marechal. Un ejemplo de apropiación nacional de la cultura universal*, págs. 49-73.

³Ver el valioso trabajo crítico colectivo de una perspectiva lingüística y análisis rigurosamente escritural de Valentín Cricco, Nora Fernández, Nilda Paladino, Nidia Pineyro, *Marechal el otro. La escritura testada de Adán Buenosayres* (Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Morón, 1985).

los cambios profundos que atravesó Buenos Aires en dos aspectos centrales de su historia social: los cambios que introdujo la modernización urbana y la cuestión de la identidad de los argentinos en el trastorno del proceso de la convivencia de inmigrantes y nativos.

ADÁN BUENOSAYRES: NOVELA URBANA

Imposible desvincular el *Adán Buenosayres* de su *locus* barrial: No sólo el personaje inviste una identidad comunal sino que su asiento espacial es un barrio porteño omnipresente a través de la combinatoria textual del libro, el cual, a pesar de trastocar la linealidad épica del relato, se aferra a calles, lugares y sitios toponímicos del barrio de Villa Crespo. Este distrito municipal ya perfilaba, hacia 1910, una primera periferia además de otros barrios más antiguos —San Telmo, Barracas, la Boca, Balvanera, San Cristóbal y el Norte. Hacia los años veinte, Villa Crespo, junto con Almagro, Caballito, Flores, Belgrado, el bajo Belgrado y Palermo, conformaban unidades urbanas que distaban de ser homogéneas, pobladas por inmigrantes y criollos, cuya interacción social y cultural de la vida cotidiana confería un marco de pertenencia y un sentimiento de identidad compartidos. Entre ambas guerras mundiales, precisamente el paisaje urbano de Buenos Aires se caracterizó por la emergencia de esta peculiar sociedad barrial donde convivían obreros, empleados, artesanos, maestros, pequeños comerciantes, algunos profesionales y muchos sin ocupación fija que integraban el grupo de vagos o desocupados, descritos magistralmente por Roberto Arlt⁴. El barrio porteño de los veinte es la unidad residencial y autoabastecida con la iglesia, la escuela, el cine, los bares, las tiendas y el almacén que contienen el mundo de las relaciones cara a cara; constituye, además, el espacio de esas formas regulares de interacción con redes establecidas, fines comunes acordados, normas y valores implícitos, formas de identidad barrial y liderazgos aceptados dentro de instituciones barriales tales como las sociedades de fomento, clubes y bibliotecas, que ayudaron a forjar una nueva cultura popular⁵.

También es posible leer la novela de Marechal no sólo como el espacio lingüístico donde se cruzan dos códigos del lenguaje porteño, el popular y el letrado vanguardista, sino como un escenario urbano que monta el espectáculo de la mezcla cultural. En efecto, *Adán Buenosayres* testimonia un espacio atraves-

⁴Roberto Arlt ha testimoniado ese universo de desocupación y *luftmensch* en sus famosas *Aguafuertes porteñas*.

⁵Sobre la historia social de los barrios y el impacto de la modernización urbana de Buenos Aires James Scobie, *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870 - 1910* (Buenos Aires, Solar, 1977), caps. 4 y 5; Francis Korn, *Buenos Aires, los huéspedes del 20* (Buenos Aires, Sudamericana, 1974, cap. IV), los trabajos de Leandro Gutiérrez, Enrique Pezzoni, Oscar Troncoso y Francis Korn, en José Luis Romero y Luis Alberto Romero, comps., *Buenos Aires, historia de cuatro siglos* (Buenos Aires, abril, 1983); Guy Bourdieu, *Buenos Aires, urbanización e inmigración* (Buenos Aires, Huemul, 1977); Leonardo Gutiérrez y Luis A. Romero, *Sociedades barriales, bibliotecas populares y cultura de los sectores populares, Buenos Aires, 1920 - 1945*, en *Desarrollo Económico*, XXIX, N° 113 (abril-junio 1989), págs. 33 - 62.

do por los cruces barriales y céntricos de una ciudad que conoció profundas transformaciones durante los años que median entre los veinte y cuarenta, en que, a la par del proceso de la modernidad, persistían las viejas formas de convivencia de principios de siglo. El origen popular de Villa Crespo, poblada por inmigrantes italianos y españoles en los ochenta del siglo pasado, y luego por turcos y judíos hacia el centenario, se concentró en torno a establecimientos industriales modernos, como la instalación de una gran curtiembre por una compañía belga y más tarde la apertura de una fábrica de zapatos que proporcionó trabajo a centenares de inmigrantes⁶.

La visión temporal de Villa Crespo es la del Marechal de los años cuarenta que recuerda a su barrio de los años veinte y treinta, paisaje urbano, mezcla de lotes de terrenos suburbanos, conventillos y el arroyo Maldonado junto a calles pavimentadas, alumbrado público, tranvías Lacroze, biógrafos-cines, bares y modernos edificios de departamentos. Pero también es la visión de un intelectual del mundo del trabajo.

Los nauseabundos olores de la curtiembre de la calle Murillo alejaban a esa alma exquisita de aquel mundo de obreros, fabriqueras y carreros y lo conducían a los exteriores de las calles⁷.

Los decorados y escenarios públicos de *Adán Buenosayres*, a pesar que intertextualmente remiten a la algarabía de la feria y al goce de la fiesta con reminiscencia de Calderón o de Gracián, son, sin embargo, inconfundiblemente porteños. La comedia popular, cuyo escenario se levanta en la calle y la plaza, trasciende el sainete de Vacareza y su clave no puede limitarse al Gran Teatro del Mundo. Polifemos y Cloto, la Chacharola y la Flor del Barrio, Pipo y Ruth, el vasco Arismendi y Abraham Abramelo, no son réplicas de personajes de una *commedia dell'arte* por el hecho que se quitan e intercambian las máscaras y que los tramoyistas desplazan los decorados como en retablos medievales que se truecan y desaparecen. Más bien parecen significantes de una realidad que aún no es, sino que se va gestando en permanente mutación a la manera de un espacio barroco cuya libertad anárquica lleva a la disolución de las formas. La Villa Crespo del Adán tiene calles con nombres reales y los rostros humanos de sus inmigrantes son signos verosímiles de una corriente aluvional que transformó el perfil de la ciudad, y que llena de inquietud al reconcentrado Adán cuando abandona su habitación para enfrentarse "con el río azaroso de la multiplicidad". Esta inquietud de las formas cambiantes y la metamorfosis del flujo y reflujo callejero, engañan al ojo de Adán simulando honduras en la chatura arquitectónica del barrio y dejándolo con la sensación de lo instantáneo y lo fugaz a pesar de la aparente estabilidad de la unidad barrial: "Apenas cruzada la calle de Warnes

⁶Ver los trabajos de Diego A. del Pino, *El barrio de Villa Crespo* (Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1974), Cuaderno N° XLIV y *Marechal y su barrio*, en *Todo es Historia*, N° 275 (mayo 1990), págs. 6 - 31.

⁷Leopoldo Marechal, *Adán Buenosayres* (Buenos Aires, 1967), págs. 99 y siguientes. Todas las citas corresponden a esta edición.

Adán Buenosayres entraría en un universo de criaturas agitadas: en aquel sector otro de la calle se habían citado al parecer todas las gentes de la tierra, mezclaban sus idiomas en un acorde bárbaro, se combatían entre sí con el gesto y los puños, instalaban al sol el tablado elemental de sus tragedias y sainetes, y todo lo convertían en sonido, nostalgias, alegría, odios, amores. —¿Un demonio de calle o una calle del demonio? El crisol de las razas. ¿*Argentinopeya?*” (pág. 66).

En esta multiplicidad de grupos inmigrantes y étnicos, italianos y españoles alternan con sirios, libaneses y judíos en un heterogéneo vecindario donde no todos los católicos asisten a misa a la iglesia de San Bernardo, pero donde todos los niños concurren a la escuela barrial en la que Adán es maestro. Los vecinos conviven con vendedores ambulantes, se saludan al tomar el tranvía, frecuentan los cafés y glorietas para la conversación afable, escuchan discos de pasta de la victrolera, juegan a los naipes, al dominó, a los billares en la calle Triunvirato y también en la esquina de Corrientes y Gurruchaga. No obstante, esta pacífica convivencia, Adán es escéptico y duda del futuro del crisol de razas porteño:

Allí estaban los iberos de pobladas cejas que, desertando las obras de Ceres conducen hoy tranvías orquestales; y los que bebieron un día las aguas del torrentoso Mino, varones duchos en el arte de argumentar; y los de la tierra vascüence, que disimulan con boinas azules la dureza natural de sus cráneos; y los andaluces matadores de toros que abundan en guitarras y peleas; y los ligures fabriles, dados al vino y a la canción; y los napolitanos eruditos en los frutos de Pomona, o los que saben empuñar escobas edilicias; y los turcos de bigote renegrido, que venden jabones, aguas de color y peines destinados a un uso cruel; y los judíos que no aman a Belona, envueltos en sus frazadas multicolores; y los griegos hábiles en las estratagemas de Mercurio, y los dálmatas de bien atornillados riñones; y los siriolibaneses, que no rehúyen las trifulcas de teología y los nipones tintoreros. Estaban, en fin, todos los que llegaron desde las cuatro lejanías, para que se cumpliese el alto destino de la tierra *Que-de-un-puro-metal-saca-su-nombre*. Y estudiando aquellas fechas inverosímiles, *Adán se preguntaba cuál sería ese destino; y era grande su duda...* (pág. 100; el destacado es mío).

Si durante los vagabundeos de Adán por las calles de Villa Crespo de los años veinte la vida barrial emergía recortada contra el horizonte de la apacible y bucólica experiencia de la niñez rural de Maipú, la modernidad de los años treinta y cuarenta de la urbe que integra el centro a los barrios, surge a través de una confrontación con otra línea: el homérico viaje de Adán a los infiernos de los bajos de Saavedra. Una lectura histórica de *Adán Buenosayres*, complementaria de su generatividad textual, remite ineludiblemente a un origen que no cumpliría meramente una función de engarce regido por un eje causal de su estructura.

La temporalidad que se constituye de la confrontación entre el *Viaje a la oscura ciudad de Cacodelphia* y los cinco primeros libros, no se inscriben en la temporalidad de la semiosis referida a la producción del discurso narrativo en la simulta-

neidad y estratificación de una lectura paragramática⁸. Por el contrario, en vez de la instauración de una causalidad acrónica sin comienzo efectivo, que niega la temporalidad en favor de una existencia-escritura autosuficiente del texto, ensayaremos hacer una lectura del tiempo histórico de la obra de Marechal. En tal sentido es posible leer el texto del *Viaje* como mediador entre el discurso teológico metafísico y el discurso del habla comunitaria porteño. La paradoja reside en que el peregrinaje espiritual del alma —en clave neoplatónica y en código de Homero y Dante— acompaña a dos movimientos simultáneos, el itinerario individual heroico y el itinerario colectivo de una ciudad que se transforma. El mismo narrador informa que Cacodelphia y Calidelfia no son ciudades mitológicas sino dos aspectos de una misma ciudad, y “esa urbe sólo visible para los ojos del intelecto, es una contra-figura de la Buenos Aires visible” (pág. 406).

Instalado desde esa posición visible/invisible, que ya fuera literariamente ensayada por Eduardo Mallea en 1937, diez años después el narrador se empeñará en hacer visible aquellos perfiles de individualidades que conoció en su barrio y que en los años cuarenta se metamorfosearon hasta la desfiguración esperpéntica en una ciudad materialista y egoísta. La Buenos Aires que se descubre en los nueve barrios infernales de la ruta de Saavedra es una metrópolis atravesada por tranvías, subterráneos y colectivos, por *voitures* lujosas y automóviles comunes que congestionan el espacio; Buenos Aires es una ciudad moderna y tentadora, cuyos teatros, cines, *cabarets*, la calle Florida, el Luna Park, el estadio de la Boca seducen y corrompen a jóvenes y viejos de los barrios con su oferta de ocio y tiempo libre. Pero ante todo, la imagen de Buenos Aires es la de una ciudad que traicionó los sueños de los primeros inmigrantes porque sus hijos se lanzan a una carrera febril en búsqueda del dinero, del *confort* y de la vida hueca. Acompañado por el astrólogo Schulze, Adán hace el aprendizaje de Buenos Aires como una ciudad de masas en que la muchedumbre “se agita, camina de prisa y se sofoca con el grosero trajín de sus pobladores”. En el Helicoide que castiga a los irresponsables, Adán se topa con el primer condenado a los infiernos: un humilde cooperativo de la línea 38 quien confiesa finalmente que en su aldea gallega natal había sido un joven virtuoso que profesaba la sabiduría de sus abuelos, mientras en Buenos Aires paulatinamente olvida aquella dignidad aldeana para “entregarse a un mimetismo grosero”, aprendiendo la jerga del *bulín*, la *goyola*, el *che*, la *mina* y, sobre todo, la pasión por la velocidad del volante (págs. 418 y 419).

Estos inmigrantes que rápidamente se modernizaron y olvidaron las leyes de la caridad cristiana, conviven en un hábitat soez, en casas “colmadas de gritos, músicas ramplonas y diálogos estridentes, atestados de aparatos de radio que gruñían a toda voz tangos llorones, chillaban *foxtrots* envejecidos, rugían dramas radiotelefónicos, cacareaban sesiones del Consejo Deliberante, repetían lecciones de cocina, higiene o calistenia” (pág. 422). He aquí el otro rasgo urbano de

⁸Una interpretación semiótica de la novela concluye con una lectura ahistórica de Adán, quien sería una “conciencia textual ante sí” cuyo objeto del deseo es irrepresentable. Ver Valentín Cricco et al., págs. 164 y 165.

la modernidad que se condena: la fealdad barroca de edificios desintegrados y que carecen de modelos, como aquel palacete de los Balcarce en Warnes y Serrano, "dividido ahora y subdividido en los cien alvéolos de un inquilinato gigantesco" (pág. 418). Esa misma fealdad se traslada a los modernos edificios de departamento. Por eso también se condena al ex vecino Campanelli, rentista y dueño de un automóvil de ocho cilindros que despreciaba el oficio de maestro de Adán a quien durante años lo trastornó con los insoportables ruidos del piso de arriba aturdiéndolo con vulgares programas de radio. Pero el arribismo e hipocresía de los hijos de inmigrantes merece una condena suplementaria por haber osado canjear las virtudes rústicas de sus padres por la inescrupulosa ciencia adquirida en la Universidad. Es el caso del doctor Scarpi Núñez, hijo de un zapatero ligur, quien se vio de pronto "en una urbe que hacía gala de querer doctorar a un millón y medio de habitantes y en la cual no había oficio útil ni mérito del corazón que no se avergonzase ante la prosopopeya de un título universitario" (pág. 429).

Tres incisivos de la modernidad porteña son objeto de burla y escalpelo en los infiernos históricos de Cacodelphia: la obsesión por la higiene profiláctica, el problema sexual y el feminismo intelectual. La señora Ruiz es condenada por sus abusos ridículos en la prevención profiláctica que propalaba una campaña de higiene pública. Al sociólogo Bernini los castigan en el Helicoide reservado a la lujuria por su insistencia en el problema sexual porteño que atribuía al déficit demográfico de mujeres y a una concepción misógina según la cual la tristeza de los argentinos se explicaría por la conducta afrentosa femenina hacia los jóvenes aburridos sin pareja que se consumían de soledad en los bailes familiares de Villa Ortúzar y en los cafés de la calle Corrientes (págs. 433 y 434). La contracara de este supuesto problema nacional de índole sexual que afectaría el equilibrio entre varones y mujeres, es la parodia al adulterio. Son los "verdeviejos burgueses carcamanes falsificados a base de ortopedia y cosméticos; padres de la Patria que durante medio siglo empollaron la nada en un sillón ministerial y que celebran hoy sus jubileos en cotorros perfumados hasta la asfixia"; directores de empresas y gerentes de *magazines*; habitués del Jockey Club y del té de Harrods (págs. 440 y 441).

El laudatorio comentario que Marechal escribió en enero de 1939 en *Sur* a propósito de la literatura feminista de Victoria Ocampo, pocos años después se trastocará en burla al intelectualismo femenino⁹. Schulze las llama *las Ultras*: "ultra hembras templadas como laúdes que imitan el aire de Safo y la pose de Lisístrata", y cuyo esnobismo extranjerizante las condujo a refinar a los peones de su estancia, obligándolos a escuchar conciertos de Honegger, leer novelas de Lawrence y lecciones de Freud" (págs. 443 y 444).

No podía faltar un helicoide especial para denunciar los vicios de una ciudad moderna y satisfecha que hace culto de la gastronomía y la gula de los porteños. En ese antro nauseabundo Schulze reunió en una sola y promiscua confusión a

⁹ Leopoldo Marechal, *Victoria Ocampo y la literatura femenina*, en *Sur*, N° 52 (enero 1939), págs. 86 - 92.

los bodegones de la cortada Carabela, las cantinas de la Boca, todas las churrascaderías de los Mataderos y las pizzerías del Paseo de Julio y a personajes como don Celso, cura párroco de San Bernardo, cuya gula le hizo perder a sus fieles. Por su parte, la industria de laxantes, preocupada por la salud digestiva de los habitantes de la urbe, fijaba afiches y anuncios publicitarios en todas las paredes de la ciudad, en los subterráneos, periódicos y revistas (pág. 450).

El Plutobarrio es uno de los suburbios infernales más extensos del viaje fantástico de Adán. El éxito y fácil progreso económico de los inmigrantes aquí está condenado por las connotaciones peyorativas y juicios morales contra el oro corrupto, la intermediación parásita, la especulación bursátil, la explotación inhumana del trabajador, el arribismo inescrupuloso y la estafa. Ahora bien: a pesar del tono jocundo y paródico, subyace en estos juicios valorativos una inequívoca concepción antimercantilista de raíz agraria y artesanal, difundida en los años treinta en ciertos grupos intelectuales de filiación católica de derecha que frecuentaba Marechal. No era ajena la reacción católica antimaterialista y nacionalista antiliberal de algunos ideólogos que forjaron un clima xenófobo en círculos vinculados a los Cursos de Cultura Católica, a *Sol y Luna* y a otras publicaciones donde colaboraba Marechal. El tópico del oro y la usura, en particular, constituyó uno de los incisivos reiterativos de la extrema derecha católica nacionalista y antisemita, desde las obras *Oro y Kahal* de Hugo Wast, a publicaciones católicas como *Criterio* y *El pueblo*.

Obviamente, no es nuestro propósito incluir a Marechal dentro de esta fantástica y militante fracción del campo intelectual católico de la época que se ensañaba tanto contra el capitalismo-del-oro-judío como contra su inversión política: el judío-bolchevique¹⁰. Sin embargo, la construcción del discurso del Plutobarrio y los modos de figuración del judío entre los condenados delata una

¹⁰ Marechal estuvo vinculado a círculos católicos, de orientación profranquista y antiliberal, que apreciaban la neutralidad argentina durante los años de la Segunda Guerra Mundial, y también cercano a simpatizantes de las potencias del Eje. Estas simpatías provocaron el alejamiento de escritores del grupo *Sur*, revista en la que colaboró hasta enero de 1939. Ver sus vínculos con Victoria Ocampo antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial en John King, *Sur: A Study of the Argentine Literary Journal and Its Role in the Development of a Culture* (Cambridge, Cambridge University Press, 1986), págs. 74 - 76; Ernesto Goldar, *Los argentinos y la Guerra Civil Española* (Buenos Aires, Contrapunto, 1986), págs. 191-205.

Las conexiones de Marechal con algunos círculos nacionalistas antiliberales se pueden apreciar a través de algunas revistas donde colaboraba. Ver *El poeta y la república de Platón*, en *Sol y Luna*, N° 1 (1938), págs. 119 - 123; *San Juan de la Cruz*, en *Sol y Luna*, N° 2 (1938), págs. 93-99. La editorial del grupo *Sol y Luna* publicó *El Centauro* (1940) y *Sonetos a Sofía y otros poemas* (1940); además reeditó su poemario *Descenso y ascenso del alma por la belleza* (1939). Los Cursos de Cultura Católica publicaron en 1937 sus *Cinco poemas australes*, en *Cuadernos del Círculo III* y su *Recuerdo y meditación de Berceo* apareció en *Ortodoxia*, N° 5 (1943), págs. 522-535. Para una revisión crítica de corrientes nacionalistas católicas antiliberales ver Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y Peronismo; La Argentina en la crisis ideológica mundial, 1927-1955* (Buenos Aires, Sudamericana, 1985), págs. 116 - 230. Sobre el antisemitismo de los años treinta, nuestros libros, *Identidad judía en la literatura argentina* (Buenos Aires, Pardés, 1983), págs. 103 - 176, 211 - 237, *El antisemitismo en Argentina*, 2ª edición (Buenos Aires, 1989), págs. 195 - 230.

estrategia en la condena de los inmigrantes capitalistas si éstos eran italianos o judíos.

Los condenados de este infierno muestran perfiles esperpénticos, vestidos con perramus y cigarros de lujo cuando son hombres de negocios, comerciantes de rígidos *smokings* o directores de empresas con impecables guardapolvos, todos agitando títulos, acciones y cheques bancarios. No obstante, la uniformidad de gestos, ademanes e insignias de los "plutócratas del circo" —como los denominan Schulze— una inequívoca línea demarcatoria discrimina los pecados que condenan a don Francisco Lombardi, distinguido patrón del aserradero de Villa Crespo, de los inexpugnables delitos del industrial y prestamista don Moisés Rosembaum.

La avaricia de Lombardi lo condujo a despedir al viejo foguista del aserradero cuando ya no podía levantar una pala al cabo de cuarenta y seis años de consumirse en un trabajo insalubre. Antes, le había negado el seguro de accidentes de trabajo a otro operario que se cortó el brazo. Pero su cristiano arrepentimiento deja abierta la puerta a la salvación. "...lo que me quita el sueño desde que reflexiono es lo que les hice al manco, al foguista y a todas esas gentes que ahora se levantan contra mí. ¡Oh!, no crean que aludo a reivindicaciones vulgares, jornadas de ocho horas o salarios mínimos. ¡Pamplinas! En el fondo ¿saben uds. lo que les hice a esos pobres diablos? Les robé su tiempo de hombres! Su tiempo de cantar, reír, de contemplar y de saber!" Esta confesión de don Lombardi no alude a su explotación capitalista sino a la tentación de haber cometido una "gran diablura teológica", lo cual se resuelve cristianamente en el arrepentimiento ante Dios (pág. 475).

En cambio, la aventura del enriquecimiento y caída de Moisés Rosembaum mereció ser teatralizada a la manera de un entremés medieval a través de una tragicomedia "que no por ser contemporánea deja de tener una antigüedad casi mítica" (pág. 481). La primera estampa transcurre en la sala de un inquilinato de la calle Warnes, con máquinas de coser, mientras se celebra la circuncisión de sus doce hijos. Ya en el segundo escenario don Moisés está sentado en el estudio-biblioteca de una lujosa mansión que ha erigido sobre los jardines de Palermo desde cuyos ventanales pueden mirar el humo de las chimeneas de sus fábricas. Don Moisés llegó al momento mayor de su éxito empresarial, pero el maestro de ceremonias advierte sobre los peligros de la ambición acaparadora de la 'raza deicida', propalando los incisivos mitológicos del discurso antisemita que durante los años treinta difundían en Buenos Aires Hugo Wast y Enrique Osés:

¡Cuidado!, advierte, Porque don Moisés Rosembaum, pese a su aire satisfecho, ya clava un ojo en los trigales del litoral y el otro en las reses del sur, pone ya una oreja en los quebrachales del norte y la otra en los yacimientos del oeste, con su fosa nasal derecha ya está husmeando los lagares de Cuyo y con la izquierda ya huele los trapiches de Tucumán. Pero, ¡atención! ¿Qué sucede ahora? Los doce mancebos acaban de incorporarse ¡Ved como siguen en su mapa el índice inquieto de don Moisés! Ahora sacan a la luz doce valijas asombrosamente iguales, se enfundan en doce perramus idénticos y se dirigen hacia los doce rumbos de la República. ¡Telón! (pág. 482).

El tercer cuadro transcurre en la iglesia "donde los hijos se bautizan con el agua redentora como quien acepta un cheque dudoso". En el altar mayor de una basílica los dos vástagos de don Moisés Rosembaum contraen enlace "con otras tantas niñas de nuestro gran mundo, aristócratas venidos a menos, linajes ilustres en bancarrota que no han vacilado en sacrificar sus mejores capullos en aras de Mammon". El cuarto cuadro es la escena de un palacio asiático en el esplendor de un banquete babilónico desenfrenado de orgías paganas que terminarán por escandalizar al rico inmigrante que no comprende el triste final de su familia, corrompida por el oro que acumuló avaramente.

Ahora bien: el estigma de la usura y la intermediación sólo mereció en *Cacodelphia* que se condenasen a personas con rostro definido y concreto en el caso de don Moisés. Los otros condenados no tienen nombre y apellido; o son figuras alegóricas como el señor Midas que busca muy abstractamente defender al tercer estado o clase burguesa de los ataques de otros grupos sociales que no comprenden su aporte al progreso urbano; o los plutócratas del circo son mencionados anónimamente como especuladores que, sin escrúpulos, quemar silos desbordantes, arrojan al Paraná toneladas de fruta y hacen correr vino por las acequias de Mendoza, para mantener el nivel de los precios (págs. 485 y 486).

Indudablemente Samuel Tesler es el personaje judío más importante de la novela de Marechal, mucho menos por lo que dice de su condición, que por el hecho que su vida es narrada a la manera de la biografía de hombres ilustres, al modo de Diógenes Laercio, poniendo el autor a prueba la verdad de su enunciado a través de la parodia.

El procedimiento experimental de Marechal, de apropiación y transformación de escrituras consagradas para narrar el presente de hombres simples y anónimos del barrio porteño, provoca un efecto paródico eficaz de paridad e isotopía: la gesta helénica y la pelea barrial; la vida de un pensador ilustre y la del judío Tesler. Hijo de inmigrantes judíos polacos, Tesler cumple para Adán dos funciones significativas: ser su confidente en la intimidad de sus dudas y aparecer en público como el crítico de la materialista vida cotidiana porteña y sus mitos criollistas. Sin embargo, el cariño y admiración intelectual que siente por Samuel no le dispensa a Adán discriminar entre los rasgos abominables de "la semítica raza" de su amigo y aquellos que admira por su talento, capacidad de inventiva, juicio crítico y la particular vocación metafísica de Tesler a quien compara con Boecio. La puesta a prueba del enunciado paródico de Tesler no se resuelve sólo como un efecto de escritura audazmente renovada sino que cobra relieve mediante los procedimientos descalificadores de Adán cuando ridiculiza a Samuel Tesler en público o en privado. Si por un lado Samuel debe ser diferenciado del ramplón y crudo materialismo egoísta de los inmigrantes judíos contra los cuales se ensañan los otros contertulios de Adán, también a su más próximo amigo le resulta imposible ver en Samuel otra potencialidad que la inteligencia y la inventiva. Exactamente la inversión simétrica, pero opuesta, del prejuicio mercantilista antijudío. Por eso, el esquema corporal y los afectos de Samuel son percibidos como la prolongación de un espacio soez, promiscuo, aglutinado de las

connotaciones del gueto porteño. Esta dificultad de percibir al otro en tanto prójimo capaz de amar y llorar por una mujer deseada, revela uno de los topos del prejuicio que recortaba al judío en el imaginario porteño de los años veinte y treinta con los sambenitos propalados por el código cultural católico del campo intelectual. Católicos y liberales —aun en vanguardias literarias como el grupo *Martín Fierro*— compartían invisibles fronteras religiosas y étnicas que en ciertos casos se complacían de sus conversos ilustres. Jacob Fijman, de quien Samuel Tesler parece ser el sosías literario, es un ejemplo paradigmático de aquellas complacencias tanto de agnósticos como de devotos cristianos¹¹. Con este trasfondo no sorprende, pues, que en el Libro IV, Adán aconseje a su amigo Samuel que recurra a las astucias de dominación de la raza para conquistar a la bella Haydee Amundsen, invulnerable al cuerpo grotesco del filósofo e insensible a su inteligencia (pág. 311).

Todo al repositorio argumental de la lógica antisemita en torno al poder del dinero y el oro propalados por el discurso literario y publicitario de Hugo Wast, Julio Meinvielle, Virgilio V. Filippo, y por artículos de revistas nacionalistas de la importancia de *Cabildo*, *Criterio*, *Crisol*, *Bandera Argentina*, intenta ser parodiado por boca de Samuel Tesler¹². Por su parte, en este aparente inocente juego de parodia, Adán Buenosayres degradará el tono paródico y jocundo de la imaginación de su amigo mediante la confirmación sarcástica de las prevenciones étnicas hacia la raza deicida. Una breve focalización de esta escena muestra la contaminación de esta estrategia narrativa con el prejuicio, extendido incluso entre buenos amigos católicos de los judíos.

Entre ebrio y farsesco, Samuel enumera los supuestos poderes ocultos que controlarían los judíos como si estuviera delatando un secreto guardado celosamente que recién ahora puede revelar a su amigo porque se siente "la oveja descarriada que ha desertado de la tribu" (pág. 309). La fascinación por las joyas, las perlas, el lujo y el boato del oro, seguido inmediatamente por el poder de la medicina para controlar los cuerpos, serían instrumentos de dominación de "la raza imperialista y de una sensualidad que voltea", según confirma Adán citando a los *Protocolos de los Sabios de Sión* (pág. 310). No extraña, entonces, que la íntima conversación de dos amigos que inició Samuel para pedirle un consejo fraterno a Adán, concluya finalmente en una pelea en torno a la razón teológica de la condena a la raza deicida y la ridiculización del Mesías de los judíos (pág. 312).

¹¹ Para un análisis de las relaciones entre el grupo *Sur* y Jacobo Fijman, luego de su conversación, ver nuestro trabajo *Jacobo Fijman en las letras argentinas: etnicidad y literatura en los años 20*, en *Río de la Plata*, N^{os} 4, 5 y 6 (1987), págs. 163-176.

¹² Ver la versión argentina de los *Protocolos de los Sabios de Sión* en clave literaria de Hugo Wast, *Buenos Aires, futura Babilonia* (1935) y *Oro-Kahal* (1935); ver el discurso teológico de R.P. Julio Meinvielle, *El judío* (1936) y de Virgilio Filippo, *Los judíos* (1937). El director de la revista *Criterio*, monseñor Gustavo Franceschi, escribió una serie de ensayos sobre "El problema judío" en clave teológica, literaria y sociocultural en la prestigiosa revista católica: N^o 588 (16-6; 1939); N^o 589 (30-6; 1939); N^o 591 (6-7; 1939); N^o 592 (13-7; 1939) y N^o 593 (20-7; 1939).

LA CUESTIÓN DE LA IDENTIDAD ARGENTINA

Adán Buenosayres es una de las ficciones fundamentales que ofrece la literatura argentina para cuestionar el modo en que la cultura letrada de los años veinte y treinta hacía cargo de la preocupación en torno al ser nacional y la originalidad de la Argentina. La parodia y crítica mordaz del criollismo constituye, quizá, una de las formas discursivas de la novela de Marechal que pone a foco de una manera radical la cuestión de la identidad nacional. La función que cumplió el criollismo populista para la asimilación inmigratoria en la sociedad argentina hasta el Centenario ha sido agudamente estudiada por Adolfo Prieto, así como la invocación a los paradigmas del progreso social y de la modernización para reaccionar contra el Moreirismo¹³.

Se sabe que la reacción contra el criollismo populista en la primera década del siglo tuvo como trasfondo histórico la racionalidad modernizadora que, en nombre del progreso civilizador, abominaba de rasgos con obvia connotación negativa del *moreirismo* tales como el desprecio por la ley, el autoritarismo, la indolencia y otras conductas antisociales denostadas por autores como Payró¹⁴. La crítica de Marechal, sin embargo, no sólo se concentra en las variantes díscolas del criollismo populista sino que, además, arremete muy especialmente contra las otras dos variantes estetizantes que adoptó durante los veinte y treinta, a saber: el criollismo urbano de vanguardia de Borges y el criollismo gaucho y telúrico.

Lo singular del empeño de Marechal radica, a nuestro juicio, en la paradoja de haber elegido hacer la crítica precisamente a través del viaje homérico e itinerario heroico de Adán para burlarse sarcásticamente de Luis Pereda, sosías literario del inventor de mitos urbanos en las orillas porteñas. Beatriz Sarlo ha probado que el programa estético de Borges a través del criollismo urbano vanguardista intentaba ficcionalizar el pasado argentino como si la historia patria fuese materia imaginaria con la cual había que elaborar una mitología estética capaz de remediar esa carencia de "leyendas en esta tierra y de fantasmas que no caminan por nuestras calles", tal como se lamentaba Borges en *El tamaño de mi esperanza*¹⁵. Ahora bien: es posible leer precisamente en la riqueza del texto metafísico de Marechal la desconstrucción paródica del espacio heroico de las figuras arquetípicas del parnaso criollista, urbano y rural, burlándose con lucidez de sus paradigmas clásicos de conflicto, como el duelo criollo, tal como aparecen desvinculados de sus dimensiones históricas concretas. Y quizá la estrategia discursiva marechaliana más escandalosa por su poder de desfiguración para parodiar

¹³ Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* (Buenos Aires, Sudamericana, 1988).

¹⁴ El protagonista de la novela de Roberto Payró, *Divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira* (publicada para el centenario de 1910) encarnaba los rasgos negativos de la política criolla al que se condenaba en nombre del moreirismo.

¹⁵ Ver Beatriz Sarlo, *Vanguardia y criollismo: la aventura de Martín Fierro*, en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia* (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983), págs. 127-171 y Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica, Buenos Aires 1920-1930* (Buenos Aires, Nueva Visión, 1988), pág. 213.

el criollismo consista en su acierto a elegir a un inmigrante judío como filósofo de Villa Crespo. La elección de Samuel Tesler para denunciar "los estragos que venía produciendo en la última generación una doctrina herética en sus principios y dudosa en sus fines", tal como caracterizaba Tesler al criollismo de los veinte, es clave en el proceso de significación del esfuerzo de Marechal por desentrañar las incógnitas de la identidad argentina.

Desde Gerchunoff, la figura del judío buscó legitimarse en la literatura argentina precisamente desde y a través de la veneración criollista del *gaucho-judío*. Deliberadamente, y en flagrante oposición a ello, Samuel Tesler se constituye en la contrafigura de aquel "manso vecino don Elías" de *Las odas seculares* de Lugones; también es la contracara de "aquel viejo colono barbado y flácido/con la pereza del caracol" en quien Ezequiel Martínez Estrada saludaba la indolencia agraria y semita de los pobladores judíos de las pampas¹⁶. Irreverente y demistificador, Samuel Tesler, en cambio, irrumpe contra el discurso criollista en el Libro II del *Adán*: "¡Hasta dónde puede llegar una mala literatura! —dijo: ¡Hasta convertir en héroes nacionales a dos o tres malevos inofensivos! ...Estoy harto de oír pavadas criollistas. Primero fue la exaltación de un gaucho que, según usted, y así no me consta, haraganeó donde actualmente sudan los chacareros italianos. ¡Y ahora les da por calumniar a esa pobre gente del suburbio, complicándola en una triste literatura de compadritos y milongueros!" (pág. 141). Esta defensa de la inmigración laboriosa y el enjuiciamiento de los vicios de la población autóctona por boca de un judío en plena reacción nacionalista alarmada por el proceso modernizador y la ingestión cosmopolita que provocó la inmigración aluvión iba mucho más allá de las críticas de un Payró o Ingenieros a los héroes de la folletería criollista. Proveniente de un filósofo que se llamaba Samuel Tesler, ese juicio severo era percibido como una ofensa inaudita que ultrajaba el sagrado culto de los propios dioses tutelares del nacionalismo patrio. No sorprende, pues, que Franky Amundsen inmediatamente haya deseado descalificar al judío aduciendo que había insultado nada menos que a nuestros "gigantes padres" y que del Solar apostrofara contra "el extranjero indeseable", mientras el narrador se pregunta el derecho mismo de Tesler a calificar de "mulatos" a los patricios de Mayo: "¿con qué autoridad ultrajaba el sentimiento patrio de sus colegas de sector, el retoño final de un pueblo que, a consecuencia de una maldición teológica, erraba todavía por el mundo y había perdido enteramente su sensibilidad nacional" (pág. 143). La defensa de Adán de la escandalosa tesis de su amigo filósofo, aunque no era compartida fue, sin embargo, respetada porque provenía de un ciudadano cabal.

Habló como argentino de segunda generación y como descendiente cercano de hombres europeos —comenzó a decir Adán Buenosayres—. Para ver con alguna claridad en mi país y en mí mismo fue necesario que yo visitara las tierras de Europa, cuna de nuestros padres, y viese cómo eran aquellos hombres antes de su emigración. Los vi en sus aldeas y terruños, puestos en

¹⁶Leonardo Senkman, *La identidad judía en la literatura argentina*, págs. 433 y sigtes.

una vida penosa, y con un sentido heroico de la existencia, que los hacía alegres o resignados en su disciplina, en la fe de su Dios y en la estabilidad de sus costumbres. Los he visto: así eran y son así todavía. ¿Qué hizo nuestro país al ofrecerles el deslumbramiento de su riqueza? Los ha tentado. Casi todos eran ignorantes: no tenían defensa. Y olvidaron su tabla de valores por aquel fácil estilo de vida que les enseñaba el país. Y la obra de corrupción iniciada en los padres fue concluida en los hijos: los hijos aprendieron a reírse de sus padres emigrados, y a ignorar o esconder su genealogía. Son los argentinos de ahora, sin arriago en nada... (págs. 143 y 144).

He aquí la segunda paradoja de esta crítica metafísica al criollismo: poner a foco el desarraigo de los argentinos sin renunciar a la indagación en las raíces sociohistóricas del ser nacional, aludiendo no sólo a los desajustes dramáticos del proceso de integración a la modernidad de un país en desarrollo, sino inquiriendo también en la problemática de la identidad argentina a partir de la experiencia concreta de los inmigrantes.

Obviamente, Adán Buenosayres se halla lejos de intentar un discurso histórico del desarraigo argentino. Más bien, la contundente crítica al esencialismo criollista —urbano o rural— en boca del inmigrante judío Tesler, transita una forma discursiva alegórica y metafísica que aborda insospechadamente, a través del peregrinaje espiritual del alma, un conjunto de preocupaciones colectivas en torno al ser nacional de los años veinte y treinta¹⁷. Las construcciones explicativas de la soledad y angustia del hombre de Buenos Aires, tal como fue ensayada por Raúl Scalabrini Ortiz, son parodiadas hasta el ridículo en los libros II y III del *Adán*.

El telurismo del sociólogo Bernini, sosías de Scalabrini Ortiz, que lo conduce a divagar sobre el Espíritu de la Tierra en tanto causa de la tristeza de la ciudad, es respondido por la fábula de Tesler acerca de la batalla de los ángeles sobre el cielo de Buenos Aires: "Hablaban de una pelea terrestre —continuó Samuel— una pelea silenciosa e invisible. Ahora bien, no sólo intervienen los hombres en ese combate metafísico: la verdadera batalla se decide arriba, en el cielo de la ciudad. Es la batalla de los ángeles y los demonios que se disputan el alma de los porteños".

Esta polémica con el criollista teórico Luis Pereda, el criollista práctico Arturo del Solar y el sociólogo telúrico Bernini, ostenta un poder de figuración alegórica que desmitifica el discurso criollista en torno al compadrito y al gaucho, y al mismo tiempo pretende aproximarse, parodia mediante, a una cuestión que trasciende una discusión literaria genérica. Cuando Adán se indigna que Schulze haya consentido a incluir a Luis Pereda en el sector infernal del falso Parnaso, la

¹⁷Ver los análisis de Beatriz Sarlo sobre intelectuales como Raúl Scalabrini Ortiz, Eduardo Mallea y Ezequiel Martínez Estrada, en *Una modernidad periférica*, cap. VIII. Sobre la reacción antiinmigratoria de Mallea durante fines de los años treinta ver nuestro artículo, *Nacionalismo e inmigración; la cuestión de las élites liberales e intelectuales argentinas, 1919 - 1940*, EIAI, I, N° 1 (1990), págs. 83 - 105. Ver el estudio de Marechal a *Historia de una pasión argentina* de Mallea en *Sol y Luna*, N° 1 (1938), págs. 180-182.

Falsa Euterpe replica que su condena no castiga un gesto individual de búsqueda de compadritos y malevos: "Lo malo está en lo que don Luis ha querido llevar a la literatura sus fervores místicos urbanos hasta el punto de inventar una falsa Mitología en la que los malevos porteños adquieren, no sólo proporciones heroicas, sino hasta vagos contornos metafísicos" (págs. 576 y 577). Desde esta perspectiva, es posible leer el discurso del Adán Buenosayres como la reacción urbana moderna tanto contra la ficcionalización de la pampa mítica como la reacción a hacer una literatura metafísica de las orillas arrabaleras. Se burla de la interpretación de Del Solar que atribuía al "urbanismo traicionero" la responsabilidad de la extinción de las caballadas criollas y del desplazamiento del gaucho. Pero igualmente, Adán mima y parodia el parnaso criollista del Tata Flores, el pesado Rivera y el entierro de Juan José Robles para advertir tristemente que los habitantes de Buenos Aires en realidad no saben quiénes son ellos mismos porque sólo muestran la apariencia de un país que carece de esencia. La alegoría de Juan Sin Ropa no tiene exclusivamente un significante teológico identificado con el Verbo. También es la alegoría de parecer lo que no se es a partir de un ser nacional esencial que ha sido escamoteado, que permanece oculto o promete devenir. Santos Vega, el payador, es derrotado por el gringo encarnado en la figura fantasmagórica y en permanente devenir de Juan Sin Ropa, quien atraviesa una serie de mutaciones, la última de las cuales era la prefiguración del Neocriollo, futuro habitante de las pampas. Se ha querido ver en la novela de Marechal una versión parodiada del Gran Teatro del Mundo. Pocos percibieron que los espacios desmontables, seguidos de otros espacios desde los cuales se los contempla, articula una teatralidad del barroco que carece de entradas y salidas precisamente para ofrecer la escenografía del espectáculo de una ciudad que finge ser lo que no es. Buenos Aires finge ser una ciudad criollista cuando en verdad se ha transformado en una ciudad aburguesada que perdió hace tiempo el sentido del drama y lo canjeó por espectáculos frívolos de gran ciudad y sus habitantes hace tiempo perdieron también el gusto festivo o litúrgico de los días fastos, habiéndolos canjeado por el esparcimiento cotidiano. La falsa Melpómene, una de las condenadas, espeta esta verdad a Adán: "Buenos Aires ha perdido la noción del drama. ¿Dónde quedaron los porteños que reventaban de indignación en el circo ante la figura heroica de Juan Moreira? ¿Dónde están los que seguían con ojos húmedos la última escena de *Barranca abajo*? ¿Qué se hicieron las huestes filodramáticas que hacían en los teatritos de barrio su 'Juan José' o su 'Cena de las Burlas', ante el sollozo de las muchachas, el moqueo de las viejas y la bronca de los compadritos?" y responde, denunciando al nuevo público teatral de Buenos Aires: "¡Degenerados! -rezongó la Falsa Melpómene-. Se hartan en los restaurantes de lujo; y luego ubican sus desbordantes asentaderas en butacas *pullman*, desde las cuales ríen groseramente, chillan, eructan y hacen sus laboriosas digestiones. Eso sí, antes de ir a los espectáculos, estudian prudentemente las carteleras: 'Mil carcajadas por hora en el Astral'. ¡Bien!, la risa favorece los movimientos peristálticos del intestino grueso. Y sí, por equivocación, dan con el drama, ríen igualmente..." (págs. 582 y 583).

La teatralidad barroca de este Buenos Aires cambiante no busca aplacar, sino

exaltar; no aquietar las tensiones en el equilibrio, sino conservarlas crispadas, subrayando la sensación de lo efímero, lo instantáneo, desechando toda tentación de plenitud colectiva¹⁸. En cambio, contrastando con la desmesura de los decorados y espacios exteriores de sus ciudadanos, la libertad de algunos pocos de sus habitantes es ejercida en la soledad e intimidad de una libertad privada en la pieza de una sucia pensión o en la sala de una biblioteca. Muy pocos discursos literarios argentinos han logrado ofrecer del Buenos Aires de 1930 ese contraste entre la aparente jocundez y alegría de vivir de los habitantes de sus barrios y el humor pesimista, melancólico y sombrío de Adán, y otros personajes fugaces, casi olvidados por la crítica. Quizá la metáfora final de la novela, la escena previa con que culmina el Libro VII sugiera, a través de don Ecuménico, la angustia de un habitante barrial de Buenos Aires que pagó muy caro su coraje al renunciar a la tediosa rutina cotidiana. Porque si el exitoso cirujano Lucio Negri confundía en su ramplón materialismo fisiológico el alma humana con una úlcera de riñón —confirmando que el cuerpo era indiscutiblemente el ídolo de las muchedumbres porteñas de los años treinta— el relato de don Ecuménico se lee como la dramatización alegórica del fracaso de intentar espiritualizar una existencia porteña pequeño-burguesa. En efecto, este hijo de relojero turinés y madre española, nacido en el barrio de Flores, casi no tuvo infancia y empezó a trabajar en su temprana adolescencia en oficinas comerciales, ahogando una genuina inquietud lírica y curiosidad espiritual. Luego de una desilusión por un amor metafísico imposible, intentará adaptarse a las condiciones de vida moderna de la ciudad como lograron hacerlo sus hermanos. Trabajará como corredor de seguros, se casará con Raimunda y engendrará hijos, viviendo en familia como imagen viva de la realidad, con su horizonte limitado, pero seguro como "un pedazo de buena tierra que uno ara y fertiliza" (pág. 627).

Pero la muerte interrumpirá la vida familiar. Es la ocasión para aislarse en una biblioteca, escudriñar los misterios del absoluto, y vivir en los mundos ficticios. El castigo por tal osadía será sufrir una larga metamorfosis hasta transformarse en un gusano alado. He aquí el castigo infligido por los demonios urbanos a las almas soberbias que no se resignan a vivir en el espacio de la grasienta y materialista ciudad de la Gallina que, a diferencia de don Ecuménico, pudo abandonar Samuel Tesler. La soberbia exitosa del filósofo de Villa Crespo, capaz de reemplazar el gueto por la ciudad del Buho, tal vez sea la transgresión del marginal: la osadía del ciudadano Ecuménico es una transgresión cívica imperdonable. En clave de Ovidio y Luciano, el narrador nos cuenta del último refugio humano al que pudo huir antes de sufrir la dramática metamorfosis en un insecto. La biblioteca, ese espacio libresco, cultural y social de los barrios porteños, surge como la posibilidad última de vivir una sed metafísica sin fronteras familiares, barriales ni nacionales. El fracaso de este corredor de seguros de convertirse en texto, abrirá el libro de la transformación de don Ecuménico para su metamorfo-

¹⁸El concepto de barroco que utilizamos fue tomado de Heinrich Wölfflin, *Renacimiento y barroco* (Barcelona, Paidós, 1986).

sis en gusano, para recién entonces volar a las alturas permitiéndole, por fin, la dura prueba de sobrevivir al mismo tiempo entre el ser y el no ser.

CONCLUSIÓN

El tiempo de Adán no sólo se inscribe en el tiempo de una escritura que se va haciendo a través de la aprobación de fragmentos y residuos de otras escrituras la parodia de otros textos —de Virgilio y Dante a Echeverría— que entran en el propio discurso reducido a puros significantes escriturales. Tampoco el tiempo de Adán remite sólo a las edades antitéticas: el yo ahora del presente vivido y el pretérito arcaico y ancestral. El tiempo no se refiere sólo a los diez primeros años de vida del niño en cuya figura se desdobra el narrador identificándose con aquel.

El tiempo histórico de Adán hay que aprehenderlo en la posibilidad de representatividad del objeto de deseo del héroe y no en la cancelación de sus representaciones objetales que se niegan a ver en el Adán otra cosa que un sujeto textual a partir del entrecruzamiento de significantes luego que se han dispersado del sentido de todas las otras escrituras apropiadas por el autor. En tal dirección, y sin proponérselo explícitamente, se revelan dos aspectos fundamentales de las transformaciones de Buenos Aires en el tiempo histórico que testimonia la novela: 1) los desajustes de la modernización; 2) la crisis de identidad de sus habitantes que abre la inmigración aluvional.

REFRANES Y SENTENCIAS EN LA LITERATURA MEDIEVAL

Hernán Poblete Varas

Si espejo de paladines fue nuestro señor don Quijote, lo era de refranes y sentencias el buen Sancho Panza, que reanimó la sabiduría popular registrada en el camino de los siglos por libros de andanzas y hazañas caballerescas.

En estos días de conmemoraciones seculares, me pareció una pasable forma de rendir homenaje a los innumerables Sanchos de los años de descubrimiento y conquista ésta de recobrar en viejos libros la sabiduría popular, hija sólo de la mente, que anduvo en boca de poetas, trovadores y fabuladores épicos del medioevo.

A tanta distancia en siglos y lenguas, era difícil encontrarse con las fuentes. Mi único recurso fue acogerme a las modernas ediciones de aquellas lejanas empresas literarias. Sigo, pues, en versiones contemporáneas viejos textos, principalmente aquellos de la "materia de Bretaña", cuna y raíz de la novela de hoy. Somos todos tributarios de esas fuentes, de esos venerables precursores, algunos de cuyos nombres debemos rescatar, por gratitud, al menos: Chrétien de Troyes, Renaut de Beaujeu, Jean Renart, Heldris de Cornualles, Jean d'Arras, ancestros del más abundante género de la literatura actual.

Todos ellos escucharon con atento oído las voces del pueblo, un pueblo que se maravillaba con las hazañas de abultados héroes, pero que allegaba a sus descomunales aventuras su parte de sabiduría apegada a la tierra y la costumbre.

Por esto, encontramos en boca de monarcas y paladines el decir refranesco o la sentencia popular, casi como una parte del lenguaje heroico. Como se encuentran, también, ovejas y carneros y rústicos patanes donde Alonso Quijano, trocado en andante caballero, vio mesnadas formidables y membrudos adalides.

El saber popular se allegaba al mito heroico, trasladando su grandeza a ras de la costumbre: los señores magníficos parlan en el lenguaje del villano cuando quieren expresar sus verdades más profundas.

Así como las piedras de las catedrales fueron desbastadas por el tallador anónimo, los héroes de la épica caballerescas usan el verbo del pueblo para manifestarse. Y tal vez sea uno de los signos del saber común medieval esta suerte de simbiosis de pensamiento, esta comunidad de lenguaje en el poderoso y el vulgo. Ese escritor de los viejos manuscritos no busca quintaesencias ni fórmulas experimentales: habla como el pueblo al que habla, comulga con él, no hace "acepción de personas" ni de estratos culturales. Tal como existe una comunidad en la fe, hay una comunidad en el verbo. Y eso contribuye a que lo leamos con simpatía, en el sentido más exacto, a pesar de la distancia y el tiempo.

Hablamos de refranes. Y refrán, nos dice Ramón Cerdá, es una "construcción

oracional característica de una comunidad lingüística, a menudo con el verbo elidido para conferirle valor atemporal y con estructura pareada, por la que se manifiesta un juicio dotado de sentido alegórico o didáctico". El término viene del occitano antiguo: *refranh*, que significa estribillo. Y por ahí entendemos la importancia del estribillo en la Balada de los refranes del maestro François Villon:

Tanto se clama por Navidad, que llega.

Y hablamos de sentencias: "dicho grave y sucinto que encierra doctrina o moralidad", según la definición académica.

La temporalidad agrega un matiz: la sentencia vive tanto como el texto en que se incluye. El refrán se hace carne en la comunidad, pierde su filiación y va en boca de todos, desprovisto de otro autor que no sea el pueblo que lo utiliza para expresar una forma de sabiduría atada a la costumbre, a la ética del grupo. Se vuelve anónimo y se integra a la sabiduría común. Por lo mismo, perdura por generaciones mediante el uso, acaso con algunos cambios expresivos que no afectan a la esencia, al contenido moral o práctico expresado en la palabra sencilla del pueblo. Sin embargo, el límite entre refrán y sentencia es líquido, imprecisable en muchos casos: la sentencia llega a refrán, y perdura.

El refrán es concreto y realista; a veces se vale del humor y la ironía; apunta hacia verdades a ras de tierra; es práctico y aleccionador; suele tener la pesadez del consejo admonitorio; difícilmente podría alcanzar el vuelo lírico, lastrado como está por la sabiduría cotidiana.

La sentencia no se aleja del contexto poético que acompañó a la novela medieval desde su nacimiento. Su contenido de experiencia se atenúa en la expresión elíptica, sugerente, más evocadora que explícita, meditativa más que contenciosa, más cercana al sentimiento lírico que a los hechos concretos.

El andante caballero que recuerda, en la quietud del hogar, las pasadas aventuras y sueña con volver a ellas, manifiesta su nostalgia mediante una poética alusión/elusión:

Ya he visto demasiado tiempo la chimenea de mi casa.

(Lai del espino)

En una disputa sobre el valor del origen y la cuna, contrapuesto al de los propios hechos, Jean Renart sentencia en el *Lai de la Sombra*:

Es mejor nacer en buena hora que tener un noble origen.

Pero, ¡cuidado!, la vanidad, la vana gloria del mundo acecha al caballero andante, que ha de ser modelo de bien nacida humildad. Y, por esto, el anónimo autor de *El cementerio peligroso* advierte:

Mal huésped es el orgullo.

Éstas son las materias sobre las cuales el trovero, el trovador, el *romancier* ha de escribir para ejemplo de futuros lectores, pues, como nos dice Renaut de Beaujeu, consciente de sus oficios literarios:

La letra cuenta la vida.

El alusivo modo de decir llega a ser enigmático en el hermoso *Libro de Silencio*.

compuesto en el siglo XIII por Heldris de Cornualles, eminente escritor del que sabemos poco más que el nombre, y que se adelantó en centurias a las reales hazañas de Catalina de Erauzo, la "monja alférez", que ejerció armas en las guerras de Chile. Frente a un asunto poco claro, Heldris se dice:

Hay harina en el cubo de agua.

Esto es: el líquido está turbio y ya no es transparente, porque alguien puso en él una ajena sustancia que impide la claridad.

En el mundo caballeresco del medioevo *lo cortés no quita lo valiente*, pero, aún más, el modo *courtois* es un sello de distinción, un rasgo que define al señor verdadero en sus propios valores. Así nos lo recuerda Chrétien de Troyes en *El caballero del león*:

Aun muerto, un hombre cortés vale más que un villano vivo.

No todo es donaire, fibra poética o sucinta gravedad en las sentencias. También el cínico realista tiene paño que cortar en estos juegos. Y así, ante el ingenuo que se precia de lo que no tiene, advierte con sorna el anónimo autor del *Lai de Tyrodel*:

Muchos piensan que crían a su hijo y no es de ellos ni siquiera un poco.

El refrán es fundacional. Nace en una mente ingeniosa un buen decir, una frase pronta, y se encarna y hace escuela y se transmite generación tras generación. Hasta en nuestros días en que más bien se oculta en la expresión rústica o popular, desplazado en otras esferas por la moda.

A siglos de distancia de la "materia de Bretaña", Cervantes y Sancho Panza son ejemplos de refranes, tanto que con uno de ellos se ha confundido —o fundido— el nombre del famoso escudero.

Es una interesante peripecia seguir la trayectoria de los refranes ya en pluma de escritores, ya en las voces del pueblo. La mayoría de ellos ha llegado hasta la filosofía popular contemporánea sin mayores variaciones. Otros se han ido rodeando de diversos matices expresivos o fueron enriquecidos por el saber más culto de algunos glosadores. Con todo, perduran en ellos el saber y el sabor populares.

Tratemos, pues, de rastrear algunas de estas huellas.

El buen Sancho ensartaba refranes como cuentas en un collar. Aun a punto de ínsula y gobernación, le salían a borbotones las paremias hasta cuando procuraba evitarlas: *Más yo tendré cuenta de aquí en adelante de decir los que convengan a la gravedad de mi cargo; que en casa llena, presto se guisa la cena; y quien destaja, no baraja; y a buen salvo está el que repica; y el dar y el tener, seso ha menester.*

En vano protesta don Quijote ("¡Encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va a la mano!"). En vano, pues enseñan los proverbios que *quien lo hereda, no lo hurta* y que *donde las dan, las toman* y el hábito de las retahilas le viene a Sancho de lejana herencia y puede que lo haya tomado donde Chrétien de Troyes lo daba. Porque el poeta-novelistas bretón era un maestro en el arte de ensartar sentencias y refranes y así lo demuestra en su novela primeriza, *Erec y Enid*, cuando el joven héroe rechaza las bravatas del caballero de las armas bermejas:

—“Amigo, le contesta, lo mismo se puede decir locura que buen sentido. Amenazad tanto como os plazca, que yo soy el que se callará porque no sabe nada de amenazas. ¿Sabéis por qué? Hay quien piensa tener la partida jugada y después la pierde; por eso, huye abiertamente el que pretende mucho y mucho amenaza. Y si hay quien huye, también hay quien persigue...”.

Más tarde, en *El cuento del Grial*, le brotan las retahílas cuando condena a los falsos prometedores:

Es ruindad burlarse de otro y prometer sin dar.

Es mejor no prometer nada que hacer esperar en vano.

A sí mismo se engaña quien promete y no cumple.

O cuando embiste contra las mujeres, con medieval misoginia:

No es mujer la que odia el mal y ama el bien.

Deja de ser mujer la que ama el bien.

Cuando una mujer consigue lo que desea, poco le importa lo demás.

No nos extrañen estos juicios. Para el hombre del medioevo, a horcajadas entre la moral cristiana y el recobrado gozo de vivir, sólo dos actitudes caben frente a la mujer: la adoración del amor divino o del *amour courtois*, o la condena hacia las hijas de Eva, por quien entró la perdición al Paraíso.

Cuatro siglos más tarde, en los *Refranes glosados*, compuestos por un anónimo padre para enseñanza del hijo, se nos advierte:

De aquel animal imperfecto frágil y variable muger. Que huyas hijo mío te aconsejo assi como del fuego. E si del todo apartar te della no podrás: alomenos que no te allegues mucho, Mas en tal manera que ayas temor assi como si fuesse pestilencia; y de todas ellas: sola aquella te quiero aceptar que dios aurá ordenado: que sea tu muger. De la cual te digo tal nueua: que por virtuosa que sea: será tal que te hará caer las alas: y colgar las orejas sobre los hombros. Perderás buena sombra: y cobrarás mala gracia. Huyrá de tí todo plazer y reposo: y allegar se te han diuersos trabajos: y ansias continuas. Según que dice el refrán. Casarás y amansarás.

Más adelante, añade el buen padre:

Amor de niña, agua en cestilla.

La muger enlodada, ni biuda ni casada.

De la mala muger te guarda: y de la buena no fies nada.

La muger y la gallina: por mucho andar se pierden ayna.

Bien canta Marta: después de harta.

Contemporáneo del anónimo consejero, erudito, erasmista, clérigo y capellán del Rey era Diego de Hermsilla, autor de un Diálogo de los pajes en el que critica duramente la actitud social de nobles e hijosdalgo. No faltan los proverbios en su libro. Entre ellos, espigamos éste, que define la conducta femenina:

La buena mujer: en la iglesia devota, en la calle honesta, en la casa hacendosa y en la cama desentuelta.

Vamos ahora a la América del Norte, donde John Warner Barber recoge, en *El libro de los mil proverbios* un sabio consejo:

Elige a la mujer más por el oído que por la vista.

Un poco más al sur, el refranero afro-cubano tiene mucho que decirnos:

El que se casa con mujer bonita se casa con pesadilla

Cuando tu mujer te dice que va a ver a su comadre, averigua donde se mete.

Muerta en casa del marido, viva y coleando en casa del querido.

Pero dejemos a un lado el ámbito de las fragilidades femeninas tan cínicamente vulneradas por el machismo, antiguo como los siglos, para dirigirnos por otros andurriales del refranero, como éstos del orgullo y sus revanchas, que ya nos señala en la duodécima centuria Renaut de Beaujeu en *El bello desconocido*:

Quien quiere vengar su vergüenza persigue su ruina.

Recoge la idea Gonzalo Correas en el siglo XVI:

La injuria, más seguro que vengarla es olvidarla.

Y el refranero finlandés:

Quien se disgusta sin motivo, se apacigua sin compensación.

O el norteamericano, según Barber:

Cuesta más vengar agravios que soportarlos.

Y, por fin, la prudente sabiduría negra del Caribe:

No hay mejor cobrador de agravio que un día detrás de otro día.

San Martín es santo antiguo y las consecuencias de sus festividades para la apetecible raza porcina se manifiestan ya en *El cuento del Grial*, de Chrétien:

A cada puerco le llega su San Martín.

El refrán se repite, con mínimas variaciones, en los florilegios del marqués de Santillana y de Gonzalo Correas y remata, gloriosamente, en boca de Martín Fierro:

Todo bicho que camina va a parar al asador.

El cuidado de la casa y de los bienes personales no es cosa sólo de estos tiempos de asaltos domiciliarios. Ya nos lo advierte el autor anónimo de *El lai del trole*:

El que tarda en cerrar su establo pierde el caballo y encima se enfada.

Y lo repite Jean d'Arras en su *Melusina*:

Conviene cerrar el establo antes de perder el caballo.

Un refrán campesino francés, más precavido, nos dice que,

Cuando el caballo está a salvo, se le encierra en el establo.

Y Hernán Núñez, en su refranero amplía el consejo:

Mi puerta cerrada, mi cabeza guardada.

El libro de Barber completa la idea advirtiéndonos que es inútil
cerrar la puerta cuando han robado el caballo.

Algunos proverbios atraviesan los siglos sin sufrir mutaciones. Uno de ellos —*Quien mucho abarca poco aprieta*— conserva la forma original que viene desde el *Lai de la Sombra*, de Jean Renart, pasa por la *Balada de los proverbios* de François Villon, por el *Libro de refranes*, de Pedro Vallés y remata en nuestros días, invariable tra un viaje de setecientos años.

En cambio, si Jean d'Arras en su *Melusina*, del siglo xiv nos enseña que *no se empieza a luchar mientras no se ha dado el primer golpe*, nuestro contemporáneo Rómulo Gallegos precisa la idea al decirnos que *la pelea es peleando*.

Cuando uno escucha aquello de *al buen callar llaman Sancho*, suele recordar al escudero famoso, tan poco aficionado al silencio que le vendría al pelo la advertencia. Pero el asunto es más antiguo que la historia del amigo Panza y se prolonga mucho más acá de su nacimiento literario. Veamos:

Chrétien de Troyes en su *Erec y Enid* da dos versiones de la misma idea:

El buen callar no perjudica a nadie

Quien habla demasiado se engaña a sí mismo.

Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, compuesto en el siglo xvi, añade otras tres:

En hablar y hacer fuego se parece el que es discreto.

Aprended a bien callar, para que sepáis bien hablar.

Al buen callar llaman Sancho; al bueno bueno Sancho Martínez.

El refranero afro-cubano registra otra fórmula:

El que sabe callar, sabe hablar.

¿Qué tiene que ver Sancho con esta doctrina del buen callar? El mismo Gonzalo Correas puntualiza que, en el habla española, los nombres son calificados de buenos y malos, tal vez por alguna semejanza con los de algunos personajes señalados por una u otra condición. Así, Sancho es bueno, santo, sano; Martín, hombre fino y entero; Beatriz, buena y hermosa; Pedro, taimado y bellaco; Mariana, ruin y maligna; Rodrigo, porfiado y duro.

Tal vez de esas virtudes de los nombres se valió Cervantes para bautizar a su personaje. Francisco Rodríguez Marín en las anotaciones al *Quijote* en su edición crítica de 1915 da otros fundamentos: "¿Por qué nombró Cervantes *Sancho Panza* a este nuevo personaje de su novela? ¿Tuvo algún motivo especial para llamarle así...? En cuanto al nombre, es de presumir que se lo dio por reminiscencia del antiguo refrán *Allá va Sancho con su rocín*, que Covarrubias explica de esta manera: 'Dicen que este era vn hombre gracioso que tenía vna aca, y donde quiera que entraua la metía consigo'; y como Cervantes pensó unir con cariño entrañable al labrador y al asno en que había de hacer sus escuderías, quizás de aquí vino el llamarle *Sancho*, como al de la haca de marras".

Terminemos este ligero recorrido por el refranero universal con un acápite que bien podríamos titular:

SOBRE PESOS Y MEDIDAS

Con trovadoresca fineza escribe Jean d'Arras en su admirable *Melusina o la noble historia de Lusignan*:

Más hiere un grano de pimienta que diez medidas de trigo.

Menos poético, aunque más realista, el refranero español del siglo XVI traduce muy concretamente la misma idea:

Más caga un buey que cien golondrinas.

A lo cual John Warner Barber, en su *Libro de los mil proverbios*, añade dos colofones dignamente equilibrados entre la percepción filosófica y la concluyente realidad:

Un gramo de discreción vale por un kilo de ingenio.

Y

Un par de tetas jálan más que dos carretas.

El refranero sigue y sigue, en este generoso maridaje entre los ingenios literarios y la sabiduría popular, ilustrando verdades con tan sencilla fórmula que no hay oído tan obtuso que sea incapaz de escucharlas. Y, puesto que *quien habla demasiado se engaña a sí mismo*, aquí me detengo, antes de que se cumpla en mí otra sentencia proverbial:

Tanto va el cántaro al agua, que al fin se rompe.

REFRANES Y SENTENCIAS EN LA LITERATURA MEDIEVAL

Erec y Enid. Chrétien de Troyes.

- Pág. 49: Palabra dicha por Rey no debe ser discutida.
 Pág. 54: La locura no es cualidad noble.
 Pág. 73: Donde las dan las toman.
 Pág. 79: Quien sigue consejo no es loco.
 Pág. 86: La pobreza envilece a muchos hombres.
 Pág. 112: Tanto se rasca la cabeza que al final se hiere.
 Pág. 113: Quien no prueba el mal no sabe qué es el bien.
 Pág. 120: Mala cosa es la codicia.
 Mucho dista lo que ocurre de lo que se piensa.
 Pág. 141: Con gusto o a la fuerza va el cura al sínodo.
 Pág. 149: Si el cielo cae y la tierra se hunde se cogerán muchas alondras.
 Pág. 153: El buen callar no perjudica a nadie.
 Págs. 178 y 179 (Retahíla):
 Lo mismo se puede decir locura que buen sentido.
 Hay quien piensa tener la partida jugada y después la pierde.
 Huye el que pretende mucho y el que mucho amenaza.
 Si hay quien huye hay quien persigue.
 Pág. 192: Lo bueno bien huele.

El cuento del Grial. Chrétien de Troyes.

- Pág. 25: Quien poco siembra, poco recoge.
 Pág. 35: El hombre noble no desaconseja a los que lo rodean.
 Pág. 43 (Retahíla):
 Es ruindad burlarse de otro y prometer sin dar.
 Es mejor no prometer nada que hacer esperar en vano.
 A sí mismo se engaña quien promete y no cumple.
 Pág. 46: Ardua tarea es enseñar a un necio.
 Pág. 51: A todos los oficios les conviene corazón, esfuerzo y costumbre.
 Pág. 54: Quien habla demasiado se engaña a sí mismo.
 Pág. 63: A veces paga los daños quien no tiene culpa.
 Pág. 68: A todo puerco le llega su San Martín.
 Pág. 75: Muy ruin es el que olvida la felonía y la afrenta que se le ha hecho.
 Pág. 87: Los muertos con los muertos, los vivos con los vivos.
 Pág. 91: Una cosa arrastra a la otra.
 Pág. 113: Quien algo gana se lo lleva donde piensa que está a salvo.
 Necio es quien no piensa en su propio provecho.
 Pág. 120: Quien es buen conocedor puede alabar justamente.
 Pág. 125 (Retahíla):
 No es mujer la que odia el mal y ama el bien.

Deja de ser mujer la que ama el bien.
 Cuando una mujer consigue lo que desea poco le importa lo demás.

Pág. 126: El traidor se merece una afrenta.

Los muertos nada tienen que temer.

Pág. 138: Necio es quien por nada se esfuerza.

Pág. 145: Bien que se hace, cuello roto.

Pág. 175: Un día de plazo vale cien sueldos.

El caballero del león. Chrétien de Troyes.

Pág. 1: Aun muerto, un hombre cortés vale más que un villano vivo.

Pág. 11: Después de comer, cualquiera puede matar moros.

Pág. 44: Demasiado sueña quien no se mueve.

Pág. 76: Ni cortés ni sabio es el que nunca le teme a nada.

El bello desconocido. Renaut de Beaujeu.

Pág. 2: La letra cuenta la vida.

Pág. 21: Quien quiere vengar su vergüenza, persigue su ruina.

Pág. 60 (Retahíla):

Quien no persigue su necesidad, pronto se le puede tornar en vergüenza.

El que tiene hambre debe buscar pan.

Oír cantar después del llanto.

Tydorel. Lai bretón anónimo.

Pág. 76: Muchos piensan que crían a su hijo y no es de ellos ni siquiera un poco.

El espino. Lai bretón anónimo.

Pág. 99: Ya he visto demasiado tiempo la chimenea de mi casa.

El trote. Lai bretón anónimo.

Pág. 129: El que tarda en cerrar su establo pierde el caballo y encima se enfada.

Lai de la sombra. Jean Renart.

Pág. 143: Es mejor nacer en buena hora que tener un noble origen.

Pág. 144: El que bien navega, bien rema.

Pág. 146: Quien no encuentra no posee.

Pág. 147: Nadie mejor que uno mismo.

Pág. 159: Quien mucho abarca poco aprieta.

El cementerio peligroso. Anónimo.

Pág. 83: Mal huésped es el orgullo.

La muerte de Arturo. Anónimo.

Pág. 43: De árbol tan alto no podéis coger el fruto.

El libro de silence. Heldris de Cornualles.

Pág. 22: El hombre malvado y perverso se quema por las riquezas.

Pág. 27: Las penas de amor no son pequeñas.

Pág. 36: Después de la muerte, la congoja ayuda muy poco.

- Pág. 53: Hay harina en el cubo de agua.
 Pág. 131: A la hora de vísperas uno alaba la luz del día.
 Pág. 132: La sabiduría de la mujer estriba en callar.
 Pág. 133: Muchos se atraen más problemas con una mano que los que pueden apartar con dos ("proverbio del villano", según Silence).
 Pág. 137: El que intenta dañar y deshorrar a otros se busca problemas a sí mismo.

Melusina o la noble historia de Lusignan. Jean d'Arras.

- Pág. 76: Más hiere un grano de pimienta que diez medidas de trigo.
 Pág. 113: Conviene cerrar el establo antes de perder el caballo.
 Pág. 160: El loco piensa y Dios dispone.
 Pág. 169: Ríe luego quien llorará si puede.
 Pág. 170: Amenaza el que tiene miedo y luego resulta apaleado.
 Pág. 187: Quien no empieza algo jamás lo acaba.
 Pág. 214: No debe dejarse para mañana lo que puede hacerse esta tarde.
 Pág. 215: Lo que se emprende con valor ya está medio ganado.
 Pág. 229: No se empieza a luchar hasta que se ha dado el primer golpe.
 Pág. 233: Por la obra se conoce al obrero.
 De pobre comerciante, escaso beneficio.

CONTINUIDAD DEL REFRANERO

NOTA: Al margen izquierdo se señalan nombres de la obra y del autor y el texto del refrán que aparece por primera vez en ella. Hacia el margen derecho figuran las sucesivas menciones del mismo refrán, o de sus variantes, con indicación del nombre del autor, o de la obra.

Erec y Enid. Chrétien de Troyes.

Donde las dan, las toman.

A do las dan, ahí las toman (H. Núñez).

Donde las dan, las toman (G. Correas).

Cuando te dieran la vaquilla, corre con la soguilla (Santillana).

Cuando te dieran la cochinita, acorre con la soguilla (*Refranero glosado*).

Donde las dan las toman (Rómulo Gallegos).

Tanto se rasca la cabeza, que al fin se hiere.

Tanto araña la cabra, que mal yace (Fr. Villon).

El buen callar no perjudica a nadie.

Quien habla demasiado, se engaña a sí mismo (Chr. de Troyes).

La sabiduría de la mujer estriba en callar (H. de Cornualles).

En hablar y hacer fuego se parece el que es discreto (G. Correas).

Aprended a bien callar, para que sepáis bien hablar (*idem*).

Al buen callar llaman Sancho; al bueno bueno Sancho Martínez (*idem*).

Tanto habla uno, que se contradice (Fr. Villon).

Al buen callar llaman Sancho (Rómulo Gallegos).

El que sabe callar, sabe hablar (*Negros viejos*).

El cuento del Grial. Chrétien de Troyes.

A todo puerco le llega su San Martín.

Para cada puerco hay un San Martín (Santillana).

A cada puerco le viene su San Martín (G. Correas).

Todo bicho que camina va a parar al asador (José Hernández).

No es mujer la que odia el mal y ama el bien.

Deja de ser mujer la que ama el bien.

Cuando una mujer consigue lo que desea, poco le importa lo demás.

No cuentes a tu mujer lo que quieres guardar en secreto (Prov. rural francés).

Casarás y amansarás (*Refranes glosados*).

Amor de niña, agua en cestilla (*idem*).

La mujer enlodada, ni biuda ni casada (*idem*).

De la mala mujer te guarda; y de la buena no fies nada (*idem*).

La muger y la gallina: por mucho andar se pierden ayna (*idem*).

Bien canta Marta: después de harta (*idem*).

La buena mujer: en la iglesia devota, en la calle honesta, en la casa hacendosa y en la cama desenvuelta (D. de Hermsilla).

Elige a la mujer más por el oído que por la vista (J.W. Barber).

El que se casa con mujer bonita, se casa con pesadilla (*Negros viejos*).

Cuando tu mujer te dice que va a ver a su comadre, averigua donde se mete (*idem*).

Muerta en casa del marido, viva y coleando en casa del querido (*idem*).

Para malicias, la mujer y el diablo (Rómulo Gallegos).

Bien que se hace, cuello roto.

Hacéos ovejas y os comerán lobos (G. Correas).

Vista un tigre con su ropa y después le partirá el pescuezo (*Negros viejos*).

El bello desconocido. Renaut de Beaujeu.

Quien quiere vengar su vergüenza, persigue su ruina.

La injuria, más seguro es olvidarla que vengarla (G. Correas).

Quien se disgusta sin motivo, se apacigua sin compensación (Proverbio finlandés).

Cuesta más vengar agravios que soportarlos (T.W. Barber).

No hay mejor cobrador de agravio que un día tras otro día (*Negros viejos*).

El trote. Lai bretón.

El que tarda en cerrar su establo pierde el caballo y encima se enfada.

Conviene cerrar el establo antes de perder el caballo (J. d'Arras).

Cuando el caballo está a salvo, se le encierra en el establo (Proverbio rural francés).

Mí puerta cerrada, mi cabeza guardada (H. Núñez).

Cerrar la puerta cuando han robado el caballo (J.W. Barber).

Lai de la sombra. Jean Renart.

Quien mucho abarca, poco aprieta.

Tanto se abarca, que poco se aprieta (Fr. Villon).

Quien mucho abarca, poco aprieta (P. Vallés).

Nadie mejor que uno mismo.

Si quieres ser bien servido, sírvete tú mismo (*Refrano*).

Libro de silence. Heldris de Cornualles.

Las penas de amor no son pequeñas.

Guerra y caza y amores: por un placer, mil dolores (H. Núñez).

Melusina o la noble historia de Lusignan. Jean d'Arras.
 Más hiere un grano de pimienta que diez medidas de trigo.
 Mas caga un buey que cien golondrinas (P. Vallés).
 Un gramo de discreción vale por un kilo de ingenio (J.W. Barber).
 Un par de tetas jalan más que dos carretas (*idem*).

No se empieza a luchar hasta que se ha dado el primer golpe.
 La pelea es peleando (Rómulo Gallegos).
 Entra en pelea dando con la espuela (*idem*).

No se debe dejar para mañana lo que puede hacerse esta tarde.
 Lo que puedes hacer hoy, no lo dejes para mañana (G. Gorreas).

CRONOLOGÍA

Siglo XII

Chrétien de Troyes: *Erec y Enid*
El cuento del Grial
El caballero del león
 Renaut de Beaujeu: *El bello desconocido*
 Anónimo de Flandes: *Proverbios del villano*
 Estienne Legris: *Colección de proverbios*

Siglo XIII

Lais bretones anónimos: *Tyrodel*
Mi espino
El trote
 Jean Renart: *Lai de la sombra*
 Anónimo: *La muerte del rey Arturo*
 Anónimo: *El cementerio peligroso*
 Heldris de Cornualles: *El libro de Silence*

Siglo XIV

Jean d'Arras: *Melusina o la noble historia de Lusignan*
 Anónimo: *Proverbios franceses rurales y vulgares*

Siglo XV

François Villon: *Balada de los refranes.*

Siglo XVI

Marqués de Santillana: *Refranes que las viejas dicen tras el fuego*
 Pedro Vallés: *Libro de refranes*
 Hernán Núñez: *Refranes o proverbios en romance*
 Gonzalo Correas: *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana*
 Anónimo español: *Refranes glosados (consejos de un padre a su hijo).*

Siglo XIX

John Warner Barber: *El libro de los mil proverbios*
 José Hernández: *Martín Fierro*

Siglo XX

Rómulo Gallegos:

Novelas y cuentos

Lydia Cabrera:

Refranes de negros viejos.

BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO, *Nueve lais bretones y La sombra de Jean Renart*, introducción y traducción de Isabel de Riquer (Madrid, Ediciones Siruela, 1987).
- ANÓNIMO, *La muerte del rey Arturo*, introducción y traducción de Carlos Alvar (Madrid, Alianza Editorial, 1984).
- ANÓNIMO, *El cementerio peligroso*, edición preparada por Victoria Cirlet (Madrid, Ediciones Siruela, 1984).
- BARBER, JOHN WARNER, *El libro de los mil proverbios*, traducción de Samuel A. Hoyos (México, Editorial Diana, 1975).
- BEALJEU, RENAUT DE, *El bello desconocido* (Madrid, Edición de Victoria Cirlet, Ediciones Siruela, 1983).
- CABRERA, LYDIA, *Refranes de negros viejos* (Miami, Editorial C.R., 1970).
- CALATRAVA, ALONSO, *Los refranes en la obra de Rómulo Gallegos* (Caracas, Ediciones CELARG, 1987).
- CORNUALLES, HELDRIS DE, *El libro de Silence*, traducción de A. Benaim Lasry, prólogo de Carlos Alvar (Madrid, Ediciones Siruela, 1986).
- D'ARRAS, JEAN, *Melusina o la noble historia de Lusignan*, prólogo y traducción de Carlos Alvar (Madrid, Ediciones Siruela, 1987).
- Diccionario de lingüística*, Ramón Cerdá Massó (coordinador) (Madrid, Anaya Editores, 1986).
- HERNÁNDEZ, JOSÉ, *El gaucho Martín Fierro* (México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1955).
- HERMOSILLA, DIEGO DE, *Diálogo de los pajes*, edición de Javier Puente del Pilar (Madrid, Miraguano Ediciones, 1989).
- IMAGACHE, CARLOS RENÉ, *Cervantes y su legado paremiológico* (Chillán, Ediciones Millalién, Colegio Concepción, 1985).
- MALDONADO, FELIPE C.R., *Refranero clásico español y otros dichos populares* (Madrid, Taurus Ediciones, 1979). Contiene: Marqués de Santillana, *Refranes que las viejas dicen tras el fuego*; Blasco de Garay, *Cartas en refranes*; Fernando Vallés, *Libro de refranes*; Hernán Núñez, *Refranes e proverbios en romance*; Juan de Mal Lara (o Mallara), *La filosofía vulgar*; Sebastián de Horozco, *Teatro universal de los proverbios* y Gonzalo Correas, *Vocabulario de refranes*.
- PINEAUX, JACQUES, *Proverbes et dictes français* (Paris, Presses Universitaires de France, 1958).
- Refranero español*, selección, prólogo y notas de Félix F. Corso (Buenos Aires, Librería Perlado Editores, 1942).
- RENART, JEAN, *Lai de la sombra*, en *Nueve lais Bretones*, *op. cit.*
- TROYES, CHRÉTIEN DE, *Erec y Enid*, traducción, introducción y notas de Carlos Alvar, María Victoria Cirlet y Antoni Rosell (Madrid, Editorial Nacional, 1982).
- *El cuento del Grial*, traducción de Agustín Cerezales Laforet, prólogo de Juan Renales (Buenos Aires, Ediciones Orbis, 1982).
- *El caballero de león*, edición preparada por Marie-José Lemarchand (Madrid, Ediciones Siruela, 1986).
- VILLON, FRANÇOIS, *Poesía completa*, edición bilingüe, traducción al castellano de Federico Gorbea (Madrid, Ediciones 29, 1979).

MILTIN 1934 Y AYER:
RETRATO DE UN ARTISTA DE VANGUARDIA

Patricio Lizama A.*

Es un hecho conocido que las novelas de Juan Emar –*Miltin 1934*, *Un año*, *Ayer* publicadas en 1935 y el volumen de cuentos *Diez*, aparecido en 1938– tuvieron muy poca acogida de parte de la crítica y del público de la época.

Los escasos lectores que comentaron las obras fueron bastante lúcidos para dar cuenta de la originalidad emariana, destacando en sus juicios dos aspectos fundamentales.

El primero, fue la ruptura de las novelas respecto al sistema de preferencias literarias prevalentes en los años treinta. César Miró advertía que *Miltin 1934* incorporaba acontecimientos y paisajes fabulosos, diversos personajes imaginarios y reales “en secreta relación con nuestro traficado mundo subconsciente”¹. Las nuevas zonas de realidad se representaban a través de originales procedimientos que negaban los reconocidos y aceptados, por lo que la obra exigía un lector capaz de desplegar, como señala Eduardo Barrios, “todo el esfuerzo analítico que exige lo nuevo”². *Miltin 1934* era la antinovela. El propio Barrios destacaba que en *Ayer* la novedad radicaba en el proceso imaginativo, porque obedecía a un encadenamiento particular –“la mecánica del sueño”–, que daba lugar a un mundo vivo y maravilloso, poblado de sucesos disparatados, risueños y absurdos. Por ello, en una reseña de la revista *Hoy*, el articulista insiste en “todo lo exótico que resultan [sus libros] en nuestra literatura, casi por completo entregada a un costumbrismo sin imaginación”³.

El segundo, fue la ruptura del narrador con el campo artístico chileno, la cual se manifestaba en el carácter burlesco y de denuncia que tenían las novelas. Los lectores señalaban que *Miltin 1934* era una sátira, una sangrienta farsa en la que el autor ponía en ridículo, en forma directa y otras veces más velada, al arte burgués, a los críticos y sus cómodas teorías estéticas, por lo que concluían que “el escándalo habrá de producirse”. Los juicios sobre *Ayer* no fueron muy distintos, pues los críticos sostuvieron que el humorismo y la sátira se complementaban con la fantasía y el análisis, y que San Agustín de Tango –la ciudad imaginaria donde transcurren todos los episodios de la novela– era una pintura magníficamente burlesca.

La sátira y la burla que visualizan tan claramente estos lectores se pueden entender a partir del trabajo de Emar como divulgador del arte contemporáneo

*Universidad Católica de Chile.

¹César Miró, *Miltin, antinovela y sátira social*, en *El Mercurio*, 1 de septiembre de 1935, pág. 7.

²Eduardo Barrios, *Miltin*, en *Las Últimas Noticias*, 26 de junio de 1935, pág. 5.

³*Hoy*, N° 190, julio de 1935, pág. 20, sin firma.

en el diario *La Nación* de Santiago⁴. En los años veinte, Emar impugnó las creencias en la pintura chilena porque de regreso de Europa, él y algunos artistas, que habían estado especialmente en París, trajeron a Chile, en 1923, las nuevas propuestas plásticas que se desarrollaban en algunas capitales del Viejo Mundo. Emar —entre otros materiales— elaboró literariamente esta pugna principalmente en *Miltin 1934*, *Ayer* y en algunos cuentos de *Diez*⁵.

Consideramos importante la posibilidad de profundizar y relacionar estas dos rupturas con otras que aparecen en estas obras, porque el conjunto de todas ellas pone de manifiesto el proceso a través del cual el escritor Juan Emar se constituye en un artista de vanguardia. Las diversas negaciones y propuestas, que van desde el distanciamiento con su entorno familiar y social, hasta el rompimiento con la sucesión cronológica para buscar un nuevo fundamento, permiten configurar un “retrato del artista”.

Revisemos algunas de las rupturas presentes en su primera novela, *Miltin 1934*. El narrador, debido al desarrollo de una conciencia más lúcida y vigilante, experimenta un quiebre con su origen, su entorno vital y el sistema de creencias que animaban su vida pasada. En la visita al bar Zurich de Santiago se encuentra con sus antiguos amigos, pero ya no tiene nada en común con ellos: “Yo vivía con ellos y por ellos... Nos separamos. Me voy. Cambio de ideas. Fijo otro punto. Al fijarlo sé que es ‘otro’ porque lo comparo y lo verifico con el anterior, es decir, con el de ellos. Y a ellos les digo: ‘Al diablo’”⁶. La visita al *cabaret* Arno, alternativa para quienes están acostumbrados a la vida nocturna de las grandes ciudades también se transforma en una pesadilla. El público lo considera un lugar donde conviven el vicio y la desmesura; y el narrador, su mujer y su amigo se sienten nuevamente excluidos: los tildan de “pijes corrompidos”, de sinvergüenzas que viven para el goce en medio del alcohol, la coca, el éter y la presencia de la mujer en un sitio nocturno constituye un escándalo. El narrador reniega del modo y condiciones de vida que impone la ciudad, pues la monotonía, la modorra, la rigidez y el “ambiente lento”, impiden y coartan sus necesidades de una vida más expansiva⁷.

El encuentro y la evidencia del distanciamiento con lo que constituía su pasado no resulta una experiencia libre de complejidades para el narrador, porque la estabilidad de quienes viven ajenos a las grandes transformaciones cuestiona el sentido y el fundamento de sus opciones: “para qué vive uno, para qué cambia, para qué salta”. Y la interrogante es radical: “No había más: mi vida,

⁴ Los textos más relevantes escritos por Emar en *La Nación* de Santiago entre 1923 y 1925 están recogidos en el libro, *Juan Emar. Escritos de Arte (1923-1925)* (Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1993).

⁵ El caso más claro es *El pájaro verde*. Entre otras lecturas, este cuento se puede ver como elaboración de los conflictos del campo artístico. Ver *Diez* (Santiago, Universitaria, 1971), págs. 11-24.

⁶ Juan Emar, *Miltin 1934* (Santiago, Zig-Zag, 1935), pág. 23.

⁷ Este problema había sido comentado por Emar y por Huidobro en crónicas y entrevistas. Ver *Herraduras* y *Con Vicente Huidobro*, en *Juan Emar. Escritos de arte...*, op. cit.

ficción"⁸. Tampoco está ausente la duda acerca de su propia moralidad: "Es la cosa que yo no sé cómo es la cosa. Porque a lo mejor soy un vampiro de la hez de las mancebías"⁹.

Una segunda ruptura es con el campo artístico chileno. El protagonista de *Miltin 1934* explicita con gran detalle los conflictos al interior de la plástica y el cuestionamiento central es, a todas las instancias constituyentes del arte académico, definido como un seudoarte de consumo. En éste, participan los hombres públicos a cargo de los distintos consejos y comités de Bellas Artes (lo controlan); maestros de la Escuela de Bellas Artes (lo enseñan); los pintores académicos (lo producen); los críticos (lo orientan) y el público (lo consume).

La denuncia está centrada, principalmente, en las inconsecuencias y limitaciones de los profesores de la academia y de los críticos de arte. Los primeros, se autoconsideran los defensores genuinos de la tradición y la originalidad. Ante la amenaza de la vanguardia, ellos la descalifican, pues "muchas de ellas han pasado o están en la hora presente, pasando de moda en su mismo país de origen"¹⁰. Asimismo, se oponen a la recepción y elaboración que se hace en Chile de las tendencias contemporáneas. Según los maestros, son influencias malsanas, ajenas, exóticas, porque provienen del Viejo Mundo y atentan contra la tradición. El narrador demuestra el absurdo de este argumento ironizando de una manera muy sencilla y categórica a la vez. Da una lista de los pintores —extranjeros y particularmente europeos— que constituyen lo aceptado por los maestros:

Tradición original. Original tradición, y en línea paralela a tanta tradición y tanta originalidad, corren nombres proporcionales: Praxiteles, Fidias, Rafael, Miguel Ángel, Leonardo, Velázquez, Murillo, Ticiano, Ingres... El Partenón...¹¹.

Otra forma de ironizar es cuando alude a la conocida expresión de Rubén Darío: "Influencias ajenas, ¡en Chile! Jamás, desde Almagro, a nuestros días, habíase visto semejante cosa. Miguel Ángel está triste... ¿qué tendrá Miguel Ángel?"¹².

Los representantes de la vanguardia también son combatidos, porque para los maestros, ellos se dedican a imitar. El narrador replica que el problema está planteado "con una simpleza desconcertante: o se imita o no se imita. Mejor sería, en vez de averiguar si hay imitación o no, que se averiguara qué se imita"¹³. Y

⁸ Emar, *Miltin...*, *op. cit.*, pág. 24.

⁹ *Op. cit.*, pág. 29.

¹⁰ *Op. cit.*, pág. 207.

¹¹ *Op. cit.*, pág. 202. La enumeración de pintores consagrados —usada por los maestros como lugar común— tiene su antecedente en 1923. Emar en entrevista a C. Mori, le pregunta por los antiguos maestros más admirados y éste responde: "¡la lista, pues hombre, la lista! Empezaré en Italia: Miguel Ángel, Leonardo y Rafael; En España: Velázquez, Murillo...". "Con Camilo Mori", en *Jean Emar, Escritos de arte...*, *op. cit.*

¹² Emar, *Miltin...*, *op. cit.*, pág. 202.

¹³ *Op. cit.*, pág. 238.

agrega lo insoslayable: "¿conoces tú algún artista que no haya imitado?... Si alguno nada imitara, nada, ten la certeza que no lograría trazar una línea por tierra"¹⁴.

El reverso de estas descalificaciones está en las propuestas de los profesores. Señalan que el pintor debe crear "solo, completamente aislado y libre de influencias y de fórmulas ajenas", única manera que permite conservar la independencia y, por lo tanto, la verdadera manifestación de la personalidad. A ello agregan lo más relevante: los artistas deben realizar un arte nacional: "que sean los pintores de su tierra y de su raza"¹⁵.

El rechazo a los críticos es igualmente certero. El narrador denuncia que ellos no poseen autonomía para emitir juicios, porque su trabajo está muy mediado por la autoridad que ejercen los directores de diarios. Muchas veces tienen que comentar exposiciones o libros debido al interés y a los compromisos sociales del director. Otra limitación es que en sus artículos hay una ausencia de juicios concluyentes, pues siempre sus observaciones son eclécticas, señalan errores y aciertos, pero nunca toman partido categóricamente. El narrador se pregunta: "¿dónde se halla un saludo al genio, al mesías? ¿Dónde la blasfemia, el gargajo?"¹⁶.

La explicación de fondo radica en la inexistencia de un trabajo verdaderamente profesional y especializado. Los críticos carecen de fundamentos para evaluar: "¿Por qué? Aquí está la cosa, la terrible cosa: 'El libro x de don Fulano es la maravilla...', Por qué?"¹⁷. Los críticos se relacionan con las obras articulando un código que "es por lo general una serie de lugares comunes literario-sentimentales que cada crítico, variándolos un poquito, alza cual formidable sistema"¹⁸. Pero nunca pueden objetivar sus apreciaciones, carecen de una conceptualización más elaborada del fenómeno artístico, no poseen un núcleo de principios que sirva de referencia básica. Ellos no pueden decir "para mí el arte, la literatura, debe ser TAL y TAL y TAL cosa y por ningún motivo TAL, ni TAL, ni TAL otra"¹⁹.

El malestar de quien escribe no queda sólo en los argumentos, sino que personaliza su desacuerdo. En la novela se reproducen literalmente las polémicas y los juicios críticos aparecidos en diarios y revistas de la época; el narrador interpela, desafía y se burla de personas ligadas a la pintura como Alberto Mackenna, Ricardo Richon-Brunet, Alfredo Melossi, Pedro Rezka. Pero los diversos problemas observados en la pintura son similares en la literatura, pues el que narra, al final de su diálogo con Rubén de Loa, señala que "os he seguido en una línea casi paralela: cuanto hablabais de pintura yo lo codeaba con literatura"²⁰. Por eso, *Alone* no está exento de la mofa ni del sarcasmo²¹.

¹⁴ Emar, *Millin...*, pág. 238. [Borges plantea muy bien la cuestión en su artículo *El escritor argentino y la tradición*, en *Prosa Completa*, vol. I (Barcelona, Bruguera, 1980), págs. 215-223].

¹⁵ *Op. cit.*, pág. 201.

¹⁶ *Op. cit.*, pág. 42.

¹⁷ *Op. cit.*, pág. 48.

¹⁸ *Op. cit.*, pág. 49.

¹⁹ *Op. cit.*, pág. 49.

²⁰ *Op. cit.*, pág. 240.

²¹ Emar critica en su primera novela especialmente a *Alone* (crítico literario) y en los escritos de arte publicados en *La Nación*, normalmente a Nathanael Yáñez Silva (crítico pictórico).

Junto a la ruptura explícita con el campo artístico-cultural, está la encubierta y velada, pero que para los lectores de los años treinta era transparente. El episodio de los perenquenes –un animalillo burlesco que molesta al “señor acomodado y de vientre prominente” y a los “campesinos de hojotas y tostados por el sol”– es otra versión de la disputa plástica entre la vanguardia y la pintura académica unida a la social.

La situación del campo artístico-cultural se ve aún más coartada porque junto a la censura en nombre de los principios eternos del arte, existe otra que es oficial y que vela por las buenas costumbres y el orden moral. Tampoco estos censores tienen argumentos válidos y sólo imponen su autoridad en nombre de principios extraartísticos²².

Las diversas dificultades advertidas en el arte, a juicio del narrador, son muy difíciles de transformar, porque descreo de la posibilidad de cambio a través de las instituciones y los hombres públicos que dirigen el país. Ellos son:

dulces, tranquilos, ponderados, ciudadanos regordetes que, con sus paraguas al brazo, aman con calma y en voz baja las sacrosantas instituciones del país, las aman desde una modorra cenicienta junto al brasero de la abuelita y al gatito que ronca regalón²³.

Este quiebre con el orden político radica en la falta de inteligencia, magnetismo y valor de las personalidades y a su apego al orden institucional establecido.

Si miramos las rupturas en su conjunto, podemos afirmar que el desencuentro del narrador es con la realidad personal, cultural y política del país y remite a un rasgo común a todas ellas: la rigidez y estrechez de los límites de cada ámbito, la inmovilidad, la dificultad y las restricciones para incorporar nuevas realidades y abrirse a la transformación y al cambio. Este espacio se le torna agobiante y aburrido porque no ofrece ni permite alternativas atrayentes. El protagonista no puede encontrar motivaciones verdaderas para vivir, frustración que lo lleva a una situación límite: el “hasitío integral”.

¿Cómo intenta trascender el hasitío y el agobio? Con la convicción que necesita encauzar su vida por otros cordones de existencia que le puedan revelar un fundamento para su vida. Una primera alternativa es la creación literaria. El narrador escribe *El Cuento de la Medianoche*, pero hay una dificultad en el código de producción. El acto de escribir se interrumpe constantemente para explicar las diferencias entre los modos de hacer literatura o para reflexionar sobre el acto creativo y la instancia de enunciación. Al desplegarse este nuevo nivel de narración, el texto nunca concluye, siempre está en proceso, gestándose.

La otra dificultad, radica en el código de recepción. El personaje central posee la certeza que su texto no podrá insertarse en el campo literario. Él escribe

²²Esta censura se manifiesta en la novela *Miltin 1934* a través de lo que ocurre en el cine, págs. 85-89.

²³Emar, *Miltin...*, *op. cit.*, pág. 137.

en la noche para no despertar a los espíritus suspicaces que se irritan ante "cualquier movimiento ligeramente exagerado, cualquier desviación de mi pensamiento"²⁴ y no le interesa ni pretende halagar ni buscar la complacencia del crítico "al que todo se le dedica y al que se le implora misericordia". Como el narrador no transa sus convicciones artísticas, su escritura seguirá siendo marginal, secreta, privada y asume que él, como escritor nocturno "pasa a ser un infeliz lacayo sin importancia"²⁵. Su trabajo no tiene cabida en el espacio cultural.

Una segunda alternativa es el viaje a otros espacios. La posibilidad es emigrar, buscar otros horizontes y allí acceder a nuevas experiencias de vida. Las afanosas y delirantes búsquedas las realiza en un avión acompañado por el capitán Angol. El distanciamiento, la visión más amplia, permite constatar la precariedad del lugar donde se habita y por ello el narrador experimenta el deseo de romper radicalmente las ataduras y hacer desaparecer la tierra. Al contemplar "la buena y querida bolita", le dan ganas de darle un golpe con una raqueta proporcional y "mandarla adonde el Diablo perdió el poncho"²⁶. Pero se arrepiente, porque, aunque tendría otros planetas para escoger donde vivir, lo detiene el eje de nuestra razón: la costumbre²⁷.

¿Se imagina alguien el esfuerzo y las penurias que sufrir para acostumbrarse en otros planeta por hermoso que sea...? Por muchas ventajas que cada cual tenga sobre el nuestro, ¡qué diablos!, ya estamos acostumbrados en él. Podrán los otros ofrecer cosas inimaginables en su magnificencia, mas yo me pregunto: ¿Y si no hay en ellos ni camas ni tabaco?

Dejemos las cosas como están²⁸.

La peregrinación espacial los encamina a Dios y surge la ruptura con el fundamento religioso. Él no representa una respuesta, pues hay una disociación entre su ser y su parecer. La imagen divina está degradada debido a que posee rasgos que son los de cualquier hombre, pero lo más desencantador es que no se preocupa por el hombre. Nunca lo ha escuchado, ignora los acontecimientos relevantes que le han ocurrido y no tiene ningún propósito de venir a la Tierra. A los viajeros no les "prestó ni la más insignificante atención"²⁹.

El hombre queda solo y Dios revela un rostro equívoco. Al igual que en Borges, el arquitecto, no se revela claramente y nadie puede entender el diseño del universo ni su lugar en él. El desamparo del hombre está en la tierra y en el cielo. "Por primera vez en mi vida veía que yo, ¡yo!, para nada estaba ni había estado ni estaría en la existencia de aquella ni en la existencia de éste -existencia

²⁴ Emar, *Miltin...*, *op. cit.*, pág. 11.

²⁵ *Op. cit.*, pág. 16.

²⁶ *Op. cit.*, pág. 170.

²⁷ En otro contexto y con otra finalidad, el tema de la costumbre está presente en *Rayuela*.

²⁸ *Op. cit.*, pág. 171.

²⁹ *Op. cit.*, pág. 197.

sórdida, nebulosa y agazapada la primera sobre la tierra que chupa y rumia; existencia solitaria y vibrante en medio del espacio la segunda"³⁰.

Desprovisto de toda certeza y esperanza, el narrador busca un nuevo fundamento que le permita interpretar y darle un sentido a la totalidad de su existencia, y para ello, trata de encontrarlo en otro tiempo: antes debe romper con los límites del tiempo sucesivo. La percepción de la unidad del ser es posible al desligarse de la ordenación cronológica y así el narrador accede a otro tiempo, que se mide de otra forma y donde se le revela una visión simultánea, "donde todo es uno, en un solo instante tan veloz que no termina nunca". El protagonista logra un nuevo conocimiento de sí mismo y de la totalidad de su vida en un instante muy pequeño, a través de un pensamiento no sucesivo sino simultáneo. La experiencia del absoluto no se puede aprehender con la misma agudeza y claridad con que se la percibe, por lo que el narrador la llama "instantánea vibración total" y también globo: "Yo no soy más que ese globo instantáneo y permanente y lo que queda pensar y decir, sólo aspectos ínfimos vistos por un cretino"³¹.

La verdad intuida, clara y nítida en la mente del narrador, "ahora sé lo que es ser en un instante que es cero... la totalidad del cosmos tanto para adelante como para atrás"³², posee una naturaleza inaprehensible, no existe un lenguaje que la pueda expresar cabalmente por lo que él no logra comunicar la visión a su mujer. Él busca la palabra, el gesto, "o un algo que, más que explicar, sugiera, dé la sensación, la introduzca en el globo". El esfuerzo es infructuoso, su mujer no le entiende y todo concluye con una gran frustración.

El recorrido del narrador, que rompe con diferentes límites y accede a una nueva inteligibilidad de lo real, se articula, a su vez, con un código literario que transgrede el vigente en la época. En este plano, se reitera la estructura de rechazo y propuesta que presenta la novela, porque quien relata se burla y parodia los modos de representación de la realidad propios del naturalismo y trabaja con procedimientos característicos del surrealismo.

La novela *Ayer*, si bien posee un planteamiento central muy similar al de *Milín* (1934), presenta significativas peculiaridades. La ruptura con el campo artístico chileno es la misma, pero el narrador no explicita los conflictos como en la primera novela, sino que los trata con un mayor grado de elaboración, siempre los metaforiza y los parodia. Otra particularidad radica en que la trayectoria del narrador se enriquece con elementos que profundizan su asombro y cuestionamiento ante la complejidad de lo real y, por último, el encuentro con el fundamento da origen a una posibilidad de aprehenderlo y de transmitirlo.

Los tres primeros episodios de la obra —el ajusticiamiento de Malleco, la visita al zoológico y al taller de Rubén de Loa— revelan distintos momentos de la disputa cultural. El primero plantea la resistencia a la novedad. Rudecindo Malleco se casa, es feliz, pero luego el placer amoroso decrece. Un amigo le aconseja que

³⁰ Emar, *Milín...*, op. cit., pág. 159.

³¹ Op. cit., pág. 100.

³² Op. cit., pág. 102.

haga "colaborar el cerebro" y así su vida renace. Malleco difunde la noticia: unos la adoptan, otros la escuchan, pero no la entienden y un numeroso grupo se opone, pues les parece escandalosa, "práctica diabólica"³³. La polémica llega a los diarios, Malleco es acusado por individuos e instituciones que no tienen fundamentos específicos, sino una autoridad social y moral para condenarlo y muere guillotinado.

La elaboración paródica de los problemas del campo artístico es manifiesta porque Rudecindo, el amigo que lo aconseja, sus partidarios y el abogado defensor, encarnan a los divulgadores de la vanguardia. Por su parte, los oponentes al cambio —la corte, los jueces, mayoría del público, los sacerdotes— representan a los agentes individuales y a las instituciones de poder que resisten la novedad, aunque sin fundamentos: su autoridad se basa en el lugar que ocupan en la sociedad. El desplazamiento del proceso desde lo jurídico a lo eclesial, ejemplifica el mismo tratamiento que recibe el arte contemporáneo: cuando no existen razones estéticas para atacarlo, se desplaza la polémica a un terreno extraartístico.

El segundo episodio, ocurre en un zoológico donde hay unas grotescas leonas con "completa uniformidad" de movimientos los que están articulados "por un resorte oculto movido por un león". Una de ellas escapa y trata de devorar a una fina avestruz, pero ésta la esquivo con un leve movimiento, la traga y luego la elimina³⁴. La leona sale espantosamente desollada, huye y el ave se acuesta sobre la piel de la víctima.

El protagonista, al ver cómo su mujer y la avestruz reían por lo sucedido, soltó "por los ámbitos la más estruendosa, la más formidable carcajada que jamás humano alguno haya soltado". Agrega que los tres rieron "sin retención posible, revolcándonos por el suelo... rodando en el mismo infernal y delirante regocijo"³⁵.

La morosidad del relato, lo grotesco de la situación, revela el goce del narrador al describir los acontecimientos. El conflicto parodiado da cuenta de lo que ocurrió en la realidad: el triunfo completo de las posiciones vanguardistas en el año 1929³⁶. El mundo artístico del cual se burla el narrador, debe haber experimentado una delirante molestia.

En el tercer episodio, existe nuevamente una ficcionalización de las tensiones del campo pictórico. El foco está puesto en la controversia entre las posiciones académicas —rechazo de las influencias malsanas y el resguardo de la originalidad— y las posiciones vanguardistas —recepción y elaboración de las nuevas tendencias—

³³En su primer artículo escrito en *La Nación*, en abril de 1923, Emar afirma que en Chile la pintura moderna es "como un mito, como una fábula diabólica", en *Juan Emar. Escritos de arte...*, op. cit., pág. 25.

³⁴El narrador de *Ayer*, aprovecha de recoger uno de los argumentos utilizados contra los vanguardistas —los pintores modernos no saben dibujar— y señala con indisimulada ironía que no puede explicar con claridad el paso de la avestruz porque "desgraciadamente no sé dibujar. Mas repito, si hubiese sabido dibujar..." (26). Al puntualizar su incapacidad revela el gran conocimiento que posee en asuntos pictóricos.

³⁵Juan Emar, *Ayer* (Santiago, Zig-Zag, 1935), pág. 28.

³⁶Para mayores detalles, ver la introducción del texto *Juan Emar. Escritos de arte...*, op. cit.

en las dificultades de inserción para un pintor contemporáneo que concluyen con el rechazo y la indiferencia del artista respecto al público³⁷.

La ruptura de Rubén de Loa con el campo artístico chileno indica un momento de cambio en la novela. El narrador se aleja de la coyuntura y se sitúa en relación a problemáticas más universales, propias del artista contemporáneo, las que comienzan precisamente con la reflexión del propio Rubén de Loa.

El pintor entiende su quehacer como un trabajo de complemento y equilibrio entre elementos plásticos que permite hacer estable y viable la circulación de la vida. Para él, las telas agregan una realidad más, "un punto más... por donde gozar circulando"³⁸. El planteamiento de la teoría de los complementarios—en la novela se ilustra con la combinación de verde y rojo— es muy relevante, porque se entiende como un fundamento de lo real extensible a todos los dominios del universo y como una respuesta al caos.

Una nueva interrogante del mayor interés para el narrador es el modo de conocer, y utiliza la figura de un barrigón que está sentado al frente suyo en una sala de espera para explorar las distintas posibilidades de indagación de lo real³⁹. Una, es tratar de delimitarlo a partir de un análisis que desde la totalidad concluye en lo pequeño: de la figura externa va a la panza, cae al ombligo y luego al bolsillo, "¿y el gordo a todo esto? Se escurre el muy canalla. El gordo no es"⁴⁰. Otra, comienza en lo pequeño, en una pelusa del bolsillo. El objeto existe en la medida que hay un sujeto que lo observa, pero a partir de las realidades progresivamente más amplias en relación a las cuales la pelusa se define—chaleco, panza, panzón, sala, ciudad, tierra, constelaciones—, el narrador no logra dar cuenta del gordo porque se pierde en el todo. Concluye que sus descripciones son exteriores, "rozo nada más al barrigón" y asume que debe aspirar a "vagas percepciones de un lado y otro, dejando que sus ecos confusos me resuenen dentro como un total aceptado"⁴¹.

Las determinaciones que explican y rigen la conducta humana también preocupan al protagonista del relato. Para desentrañar cómo operan, se enfrenta a situaciones inhabituales para él y comunica su experiencia. Distingue la percepción consciente, la que "gobierna en mi vida habitual", y la inconsciente, "mis

³⁷En este episodio, la burla comienza con el nombre de la calle donde vive el pintor: La Inmaculada Concepción.

³⁸Emar, *Ayer*, pág. 39. [Estos conceptos—el poder genésico del creador, los nuevos mundos, las relaciones complementarias— tienen semejanzas con el creacionismo huidobriano. El narrador de *Ayer* señala: "puedo, a imagen del Creador, darle a la vida total, un punto más"].

³⁹La exposición del problema, la imagen utilizada y la conclusiones finales encuentran una notable similitud con las preocupaciones de Virginia Woolf. La escritora acude a la imagen de una señora sentada frente a ella en un vagón de tren para explicar las distintas posibilidades de conocerla. Sus conclusiones son semejantes a las de Emar: "no esperéis que, en los presentes tiempos, os la hagamos conocer [a la señora Brown] totalmente, de manera satisfactoria" y agrega: "Tolerad las oscuridades, lo fragmentario, lo espasmódico, las frustraciones" (46) Virginia Woolf, *El señor Bennet y la señora Brown*, en *La torre inclinada y otros ensayos* (Barcelona, Lumen, 1977), págs. 21 - 46.

⁴⁰Emar, *Ayer*, pág. 60.

⁴¹*Op. cit.*, págs. 60 y 61.

nervios y antenas que no rijo, los que tan sólo me envían mensajes disfrazados, brumosos" y sostiene que la primera predomina y que la segunda no se valoriza porque es incómoda, permite apreciaciones distintas y establece relaciones insospechadas.

El narrador asume que el hombre está invadido por un "otro" que asalta nuestras certezas y por ello su anhelo es acceder a un equilibrio distinto, donde prevalezca lo oculto, lo insólito, "los demonios inconscientes en libertad", lo que asimila sin descifrar. Para el narrador, lo interior e invisible no revelado es una zona de realidad actuante, tan válida como las construcciones racionales que organizan la percepción sensorial, por tanto, cree que lo inconsciente puede ser, a su modo, una guía para el hombre. El problema radica en la imposibilidad de tener un conocimiento adecuado del inconsciente: "conozco apenas lo que me revolotea por la conciencia". Esta insuficiencia hace que el narrador viva siempre con una noción nebulosa, indefinida, de la realidad.

La limitación y la precariedad del hombre conducen al protagonista —al igual que en *Miltin 1934*— a la búsqueda de un nuevo fundamento que contenga los principios que en el orden real aclaren todo lo existente y nuevamente surja la ruptura con el tiempo sucesivo.

El narrador logra desprenderse de la temporalidad convencional, de la sucesividad y acceder a otro tiempo, pues confiesa que tuvo la "visión o sensación" "que las manecillas habían seguido solas su marcha circulatoria"⁴². Ello le permite desdoblarse, experimentar la doble vida —"su unidad se quebraba en dos, siendo una parte la que seguía 'siendo'; la otra, una separada a ella"—, y desde el otro tiempo, logra ver todos los hechos del día aislados y nítidos y sin ninguna sucesión cronológica. Al "aparecer así, sentí, supe, por fin, la vida, la verdad despojada de cuanto engañoso... de cuanto la limita dentro de un suceder inexistente"⁴³.

La importancia de esta última ruptura es que el protagonista —más allá del mundo de la experiencia cotidiana, fuera del tiempo y el espacio de lo real objetivo—, encuentra y se apropia del fundamento que permite interpretar su existencia. Alejado de los dominios de la percepción racional, accede a la revelación de lo suprarreal y experimenta una nueva realidad y un nuevo sentido del tiempo que le da unidad a la totalidad de su vida. Esta verdad, intuitiva irracionalmente, se manifiesta en un tiempo brevísimo, pero es un momento luminoso, un momento de sabiduría. El narrador anhela "sobre él, construir lo que aún nos quedara por vivir"⁴⁴, por ello desea contarle a su mujer acerca de la revelación vivida.

El fundamento no se puede aprehender a través del lenguaje, pero hay tres

⁴² Emar, *Ayer*, pág. 92.

⁴³ *Op cit.*, pág. 95. [El narrador explica su experiencia con un ejemplo muchas veces imaginado: un salto vertiginoso al vacío, pero sujeto por un elástico. La caída es a gran velocidad, pero el cuerpo del sujeto se detiene bruscamente por la contracción del elástico. Al representarse esta imagen, el narrador asocia otra: "por un instante, veo, contemplo... desparramado, pero sin embargo, unido" simultáneo, mi total pasado. Lo veo allí, en un solo punto" (93)].

⁴⁴ *Op cit.*, pág. 105.

diferencias con respecto al final de *Miltin 1934*. La mujer le presta atención al narrador y, aunque retrasada, acude a su llamado. Ella está personificada, tiene un nombre que la habita, Isabel. Por último, la mujer utiliza un lápiz para hacer un dibujo y copiar las líneas del cuerpo del narrador en un papel. "Haciendo formas en todo el derredor, nada se irá jamás... Ahora mi cuerpo, dibujado allí, está comprimido de todos lados; ahora ha vuelto a ser"⁴⁵.

La figura dibujada por Isabel —al igual que el trabajo de Rubén de Loa— agrega una realidad más en el universo. El narrador que ha llegado al límite del desprendimiento de lo transitorio y contingente, queda fijado sólidamente en el reposo gracias a una acción complementaria entre hombre y mujer. Lo múltiple y lo volátil deviene estable y único, la figura es la imagen de lo uno y a través de ella puede circular la vida.

El análisis de las rupturas presentes en las dos obras de Juan Emar permite diseñar un retrato del artista de vanguardia que es dual, pues está configurado a base de rechazos y propuestas. Emar estuvo siempre vinculado a los problemas del campo artístico chileno y su contacto con Europa le otorgó una mayor visión para entender lo que ocurría en su país. La denuncia a través de *La Nación* y luego en sus novelas, se centró en la necesidad de poner de manifiesto la enorme dependencia del campo artístico de otras esferas de poder que le otorgaban legitimidad. La alternativa por la que trabajó intensamente en los años veinte, fue la de generar un espacio para el arte que además de abrirse a la contemporaneidad, respondiera a sus propias normas y pudiera regirse por criterios artísticos fundamentados⁴⁶.

Las rupturas con el orden de la realidad aparental están asociadas a las propuestas e interrogantes más universales que vinculaban a Emar directamente con el grupo de escritores de la vanguardia hispanoamericana, que también se internó en la complejidad de lo real como Borges, Marechal, Huidobro, M. Fernández.

Emar en estas dos novelas, emprende una travesía, un viaje al centro, da un salto a la otra orilla para recorrer el velo, encontrar la abertura, la puerta en el muro y acceder al otro cielo. La figura dibujada en *Ayer* es una salida del laberinto.

⁴⁵ Emar, *Ayer*, pág. 113. [En el cuento *El maldito gato*, el fundamento se encuentra en la relación y equilibrio que existe entre el narrador, el gato, y la pulga. Los tres conforman un triángulo y el narrador experimenta —como en *Ayer*—, una sensación física de estabilidad. El espacio y el tiempo donde se vive esta experiencia es otro. "¡Allá los otros hombres y el otro Universo! Nosotros, aquí" (73). El fundamento permanece y el narrador concluye: "Sigamos aquí" (74). Ver *Diez* (Santiago, Universidad de Chile, 1971), págs. 25-74].

⁴⁶ Las tensiones del campo artístico constituyen un contexto pertinente para entender el proceso de elaboración de algunos acontecimientos narrados, ciertas propiedades de su escritura como la ironía, la parodia, el sarcasmo y para explicar el rechazo generalizado que tuvieron sus obras al momento de ser publicadas.

EL LENGUAJE BAJO EL DISFRAZ DE LA LITERATURA*

Anthony Burgess

Hay veces en que las cosas más obvias nos asombran con el impacto propio de una revelación. Hace muy poco he caído en la cuenta de lo pobre que resulta el lenguaje como medio de comunicación, si bien no me refiero, evidentemente, al lenguaje que se utiliza en comunidades reducidas, sino a nivel universal. Al mirarnos unos a otros —ingleses, franceses, suizos, alemanes, rusos o africanos—, vemos que las diferencias son bien pocas. En la conformación de la mano, en el cabello, en los apetitos, en el sonido de una tos, en la forma de encender un cigarrillo y en la tantísimas otras cosas es fácil comprobar que, obviamente, todos somos iguales, y eso que la comunicación sólo es posible mediante el aprendizaje de la lengua del otro. Esto es evidente, hasta el extremo de que esta carencia nuestra de un medio de comunicación común se ha visto elevado al grado de lo maldito, en tanto es consecuencia de algún pecado remoto. Con todo, cuando nos proponemos sustituir nuestros lenguajes, respectivamente ininteligibles, por algún lenguaje nuevo, sea natural o artificial, que destruya la maldición de Babel, lejos estamos de resolver el verdadero problema, que se encuentra en la naturaleza misma del lenguaje. Se tiene por axioma una situación común, prehistórica o prealfabética, para los pueblos de Europa, Persia y la India; se da por sentada la existencia de un antiguo idioma llamado indoeuropeo o ario. Suponemos que este idioma se dividió en los llamados antiguo eslavo, latín, germánico primitivo, que se desmembraron a su vez en el italiano, el francés, el español, el alto y bajo alemán y sus dialectos respectivos.

Por más internacionales que sean nuestras concepciones, no podemos evitar la continuación de este proceso desmembratorio. El cambio está en la naturaleza misma del lenguaje. La estructura de la mano humana es sólida y espacial; la estructura del lenguaje es temporal, líquida, considerablemente móvil. El hombre escogió el conjunto de órganos menos fidedigno a la hora de crear su principal medio de comunicación. La lengua no es un instrumento científico capaz de colocarse con exactitud en tal o cual posición, sino un pedazo de carne caprichoso e inseguro que funciona por mera aproximación. El lenguaje es —vuelvo a repetirlo— un pobre medio de comunicación.

El arte u oficio que practicamos para ganarnos la vida es, lisa y llanamente, la explotación de un lenguaje vuelto hacia el interior de la comunidad que lo ha generado, y no hacia el exterior, hacia el mundo en general. Nada más estúpido que la creencia de que la literatura es un arte internacional. No puede serlo, ya

*Con autorización de *Letra Internacional*, N° 3, otoño de 1986.

que no disponemos de un lenguaje internacional. Antes de marchar a vivir en el Lejano Oriente, extraje la inocente conclusión —a partir del sencillo hecho de que los autores ingleses son traducidos al francés, los franceses al alemán y los rusos a todas estas lenguas— de que Shakespeare, Thomas Mann y T.S. Eliot serían inteligibles para el lector chino o malayo. Cuando recibí el encargo de traducir *La tierra baldía*, al malayo me di cuenta de cuán equivocado estaba. “Abril es el más cruel de los meses” se me convirtió en *Rulan April ia-lah bulan yang dzalim saka*. Probé a ver qué efecto tenía este verso sobre malayos que no hubieran salido de sus fronteras: no lo entendieron, pues, ¿cómo podría ser cruel un mes? La crueldad es propia de los seres humanos. Además, ¿por qué razón iba a ser un mes más cruel que cualquier otro? En la franja ecuatorial todos los meses son iguales. Por si fuera poco, me quedaba ese otro verso que dice “cubierta la tierra de olvidadiza nieve”. Al no haber nieve en los trópicos, no existe una palabra para designarla, al menos en malayo. Contaba con el vocablo persa *thalji*, que se usa en la práctica para describir la morena palidez del amado: ahora bien, ¿cómo podría eso ser *berlupa* u *olvidadizo*? Decidí abandonar la tarea.

Asimismo, abandoné el empeño de enseñar *El revés de la trama*, de Graham Greene, a estudiantes musulmanes. La novela, recordará el lector, trata de la lucha agónica de un oficial de la policía británica, católico, destinado en África occidental, enamorado al mismo tiempo de dos mujeres distintas. Dado que no puede considerar pecado el adulterio, pues eso equivaldría a considerar pecado el amor, se consume en el fuego de la desesperanza, reconoce estar condenado y termina por suicidarse para aliviar así su condena inexorable. Es, con toda seguridad, una historia conmovedora, incluso trágica. Sin embargo, a mis alumnos musulmanes les resulta sumamente divertida. ¿Por qué no se convertía a la fe del Islam este absurdo policía? Así le hubiera sido posible casarse con las dos e incluso con otras dos más, de haberlo deseado. He ahí la universalidad de un importante novelista contemporáneo. ¿Y Shakespeare? En ocasiones, a Shakespeare le van algo mejor las cosas, en sociedades no europeas, que al señor Greene. Fui a ver la película *Ricardo III* a un *Kampong* de Borneo, y comprobé que el público entendía perfectamente la perfidia y los asesinatos del guerrero que combate para apropiarse de la corona. Creo, incluso, que para aquellos espectadores se trataba de una historia contemporánea: hasta la vestimenta o las espadas tenían un inequívoco aire ceremonial muy acorde con la moda de Borneo. No obstante, ésta fue una rara excepción a la regla de la inexportabilidad de la literatura, mercancía tan distinta del opio, el marxismo o la Coca-Cola.

A varios de los que nos hemos reunidos aquí en Madrid nos une la práctica de la literatura; muchos, incluso, abrazan la falacia de considerarla un arte universal, convencidos de que los productos de los mejores escritores pueden pasar de contrabando todas las fronteras del mundo. Yo preferiría sugerir que el arte alcanza su máxima validez universal cuanto más lo pongamos en tela de juicio. En este deseo nuestro de contemplar la literatura como si fuera la voz de la humanidad, más que un batiburrillo de voces inconexas, emitidas por diversos segmentos de la humanidad, nos tienta la simplificación del contenido y el medio. Evelyn Waugh, uno de los escasos novelistas de mi país por quien he profesado

siempre una admiración sin reservas, decía que el único criterio para evaluar la calidad de un texto era su traductibilidad. Lo cual es cierto, al menos si por un escrito de calidad entendemos la prosa clara e inequívoca, en la que el contenido prima sobre la forma. "Proletarios del mundo, uníos" es perfectamente traducible, y otro tanto puede decirse de "le rasgó la túnica por los hombros y devoró sus senos con avidez insaciable". En ambas frases, tiene mayor importancia el efecto causado que el asunto a partir del cual se causa o la forma de causarlo. Ninguna de las dos es lo que, hablando con propiedad, llamaríamos prosa. La primera es propaganda o didactismo; la segunda, pornografía.

La obra de Solzhenitsyn es objeto de admiración prácticamente universal. Ciertamente, los defensores de la Unión Soviética le deploran, pero los motivos que a él le llevan a rechazar a la Unión Soviética son los mismos que le llevan a aceptar la democracia. Se le considera una voz audible en desacuerdo con la omnipotencia de un Estado centralista y represivo. O bien, por el contrario, una voz audible en desacuerdo con la causa de los obreros soviéticos. Sea como fuere, el principal interés del mundo poco tiene que ver con la forma de su escritura. Los rusos no le leen, y el resto del mundo no lee el ruso. Su modo de disponer el lenguaje para alcanzar una serie de finalidades de orden estético poco tiene que ver a la hora de alabar o execrar su obra. Es muy significativo que las grandes firmas de la literatura contemporánea, y me refiero a los verdaderamente universales, tienen por lo general mucho que ver con la política. La política es una simplificación de la vida humana, al igual que lo es el sexo crudo. Entre una y otra se encuentra la seudoliteratura verdaderamente internacional. Lo didáctico y lo pornográfico abarcan el globo por entero. La verdadera literatura tiene serias dificultades para obtener un visado universal.

El tema de mi intervención es deliberadamente vago. Tan vago que puedo darle la vuelta a la frase y continuar hablando de generalidades. El tema que me ocupa hace referencia a otras cosas distintas de la literatura, pero disfrazadas de ella. Y definiré literatura como la explotación del lenguaje con una finalidad estética. El juicio de la literatura en términos de validez o ilicitud religiosa, de ortodoxia o heterodoxia políticas, en relación con la ecología o con lo que se quiera, es un juicio a todas luces imperdonable. De joven fui profesor para la Asociación Educativa de Obreros, en Inglaterra. Mis patrones me encarecieron que condenara de plano *La tierra baldía*, pues esta obra, al parecer, abogaba por una mejora de la sociedad a través de una regeneración de orden religioso. Respondí diciendo que un poema así, de tan interesante escritura, no podía tacharse de frivolidad. Se me dijo que también podía mencionar el *Ulysses* y el *Finnegan's Wake*, de James Joyce, pero sólo para condenarlos por ser obras técnicamente revolucionarias, lo cual equivalía a ser políticamente reaccionarias. Dicho de otro modo, se me prohibía organizar un curso de literatura.

Así, pues, una obra literaria participa tanto más de la literariedad cuanto más hasta el fondo explote las cualidades vernaculares del autor. Esta explotación puede llegar a ser tan absorbente —tan excéntrica, por tanto— que la propia excentricidad impida la traducción. El libro que acabo de mencionar, *Finnegan's Wake*, ha sido, si no me engaño, traducido al japonés, gracias a sus ideogramas

omnicomprensivos. Y por extraño que parezca, la gran mayoría de las lenguas occidentales no pueden hacer frente al insuperable problema de encauzar ese magma de oneirolalia. Y, con todo, ¿quién está en condiciones de descalificar esta obra? ¿Quién puede decir que su autor no produjo literatura de la máxima calidad? Solamente aquellos que desean los mensajes planos de la propaganda política o la pornografía.

Si se me ocurriera estatuir que el más grande poeta del siglo XIX fue Giuseppe Gioacchino Belli, natural de Roma que escribía en dialéctico romano, habré de vérmelas con el más absoluto descrédito, pues, aparte de los versados en la lengua callejera de la Roma del XIX, ¿quién ha leído a Belli? Un ruso, un tal Gogol, tuvo noticias suyas y llegó a admirarle. Sainte-Beuve le dedicó un libro titulado *Causerie de Mundi*. Por lo demás, es un punto de referencia inexcusable para quienes conocen Roma y mantienen una relación integral de amor-odio con esa ciudad y su peculiar cultura.

No es el único escritor que se sustrae a la traducción, Gerald Manley Hopkins, poeta victoriano, fue recibido en los países progresistas con suspicacia por ser sacerdote jesuita; explotó la veta anglosajona de la lengua inglesa con igual intensidad que John Milton la latina. Los escritores dispuestos a sacar partido de la naturaleza esquizoide del inglés —como Hopkins, Milton y Joyce— tienen serias dificultades a la hora de pasar a lenguas homogéneas como el ruso, el alemán o las lenguas romances. Permítaseme aprovechar la ocasión para rendir homenaje a un gran escritor, muerto recientemente, que supo obtener el máximo fruto de las riquezas del inglés: se trata de un americano de apellido ruso, Vladimir Nabokov, quien, en su exilio, rechazó a partes iguales la revolución marxista y el alma dostoiévskiana al optar por la exactitud en la constatación de la sensibilidad y el gozo del juego de palabras. ¿Juego de palabras? ¿Cómo puede uno darse el lujo del juego de palabras cuando en el Tercer Mundo el hambre está haciendo estragos? Ah: si hubiera que esperar a que cesara tal estado de hechos, jamás disfrutaríamos de los juegos de palabras. Ni tampoco, si me apura —en un sentido que estaría a mitad de camino entre los extremos de la autoindulgencia estética y el férreo activismo—, de la literatura misma.

Esta ficción de la universalidad de la literatura sale constantemente a relucir en toda suerte de congresos. En Rusia existe un dilatado aprecio por A. J. Cronin, y se extrañan de que la pérdida Albión no dedique biografías a este escritor progresista. Charles Morgan hace furor en Francia, donde se extrañan de que a los británicos les importe un comino. Se juzga la literatura en términos de temperamento nacional, disponibilidad de traducciones, ortodoxia política. Hemos de dar por sentado que los principales países del mundo están al tanto del estado actual de la literatura en Occidente.

Entonces, ¿cómo es que nos preocupa tanto la universalidad, cómo es que suponemos que una cooperación internacional pueda depararnos algo distinto de la perplejidad? Cuánto más sabio sería considerar la literatura como la provincia de un lenguaje particular, como un fenómeno trabado por completo en esa determinada lengua y cada vez menos proclive a desvelar sus secretos a los forasteros. Si lo que perseguimos es el internacionalismo artístico, haríamos

mejor buscándolo en otra parte: en el cine, por ejemplo, o en su hija enana, la pantalla de televisión. Aquí, posiblemente, puede encontrarse la literatura disfrazada.

Los novelistas, como yo mismo, reconocemos cada día más abiertamente que los medios visuales, creadores de una uniformidad demótica, se hacen cargo de nuestro cometido de presentar la acción narrativa y de delinear los personajes mejor que nosotros, atados como estamos en un paupérrimo medio denominado lenguaje verbal. Algunos de nosotros, con el objeto de ganarnos el pan —todo hay que decirlo—, estamos enteramente dispuestos a trabajar para los medios audiovisuales, siempre con algún que otro recelo, pero sin excesiva vergüenza. Yo, personalmente, jamás incitaría la producción o el consumo de la pornografía o la propaganda política, las cuales subsisten, en mi opinión, en el mismo lamentable nivel cinético, pero sí estaría dispuesto a muchas otras cosas. En caso de duda, ha de tenerse en cuenta que William Shakespeare escribió una desastrosa obra titulada *Titus Andronicus*, un galimatías penosamente escrito, acerca de la violación, la mutilación y el canibalismo. Hubo con toda certeza críticos en vida de Shakespeare quienes, a la salida de una representación de *Hamlet*, dirían entre sí: "Ah, lo mejor que ha parido en su vida es el *Titus Andronicus*". Si, con toda inmodestia, se me permite hacer una comparación en el terreno de la literatura contemporánea, hay quien dice del escritor aquí presente: "Ah, lo mejor que ha parido en su vida es *A Clockwork Orange* o *L'Orange Mécanique* o *Uhrwerk Orange* o *La naranja mecánica*: he ahí la internacionalidad. La violación y la mutilación son cuestiones perfectamente independientes, temas literarios completamente autónomos cuando se los desata de la palabra y se les permite evolucionar en toda su desnudez por un escenario o una pantalla. No tengo la menor objeción que oponer a la hora de tratar con imágenes desnudas y diálogos desarticulados en tanto en cuanto se me pague por ello. El único problema con que tiendo a encontrarme es que los cotos vedados de la narrativa y de la creación de personajes ya no son en absoluto indispensables a la ficción, ya que reciben amplio tratamiento —o explotación al máximo— en la pantalla, sea grande o pequeña. Es evidente, cada día más, que el mercado empieza a superpoblarse de obras de ficción que no son sino meros subproductos del cine o de la televisión: artefactos pretendidamente artesanales, remendados y revueltos que salen de los escenarios disfrazados de literatura. Cada vez se dice más entre los profesionales del gremio que el único libro susceptible de hacer dinero es aquel que aparece al alimón con su correlato cinematográfico o televisivo. *Roots*, *Radici*, *Racines* o *Raíces*, de Alex Haley, es un perfecto ejemplo, o —en términos puramente estéticos— un ejemplo pésimo.

No creo sea menester pedir disculpas por haber insinuado una referencia abierta a la comercialidad. Provengo de un país que no subvenciona —al menos no de forma sustancial— los productos de ficción. Si estuviera en el *campus* de una universidad americana —y es un medio que conozco— podría considerar la producción de novelas de cierta calidad literaria como una actividad que invita a la elucubración detenida y morosa, a la disquisición sesuda, a desaconsejar las preocupaciones que acarrea el tener que pagar el alquiler. Si yo fuera miembro

de la Asociación de Escritores Soviéticos y vendiera aproximadamente un millón de ejemplares de ortodoxia mecánica en el *Dom Knigy*, podría gozar de un automóvil o una dacha. Ahora bien, cada vez me tengo más por un escritor que escribe para que lo lean los ojos saltones de un público no literario, que emplea sus ganancias para financiar una literatura que rehúye la corrupción procedente de la lengua demótica de los *mass media*. Mi objetivo es una primera edición de dos mil ejemplares, o —si hago un trabajo a conciencia— de doscientos. Este año, con ayuda de una editorial de Verona, he conseguido alcanzar una tirada de tan sólo ochenta y un ejemplares. Permítaseme susurrar las palabras “valor de la escasez”: no soy tan idiota como parece.

Volvamos a este vago y genérico título —“la literatura disfrazada”— para tocar de nuevo la cuestión de la internacionalidad. En el siglo XIX compositores tales como Berlioz, Verdi y Richard Strauss llegaron repentinamente a la conclusión de que William Shakespeare, el pobre hombre, había sido dramaturgo por obligación; lo que a él le interesaba en realidad era la novela. Pero la novela no existía en aquel entonces como tal, dado que Samuel Richardson, desgraciadamente, no había hecho aún carrera como impresor. Así pues, fue cometido de los compositores del XIX convertir a Shakespeare en el novelista que, sin saberlo, quiso ser. Evidentemente, no estaban en condiciones de reescribir sus obras de teatro y darles forma de novelas; sí que podían, por el contrario, orquestarlas. De esta manera, el pobre Falstaff, tan fuera de lugar en *Las alegres comadres de Windsor*, pasó a ser el convincente Falstaff de Verdi y de Boito. *Romeo y Julieta* se convirtieron en la pareja de Berlioz, Romeo en forma de clarinete y Julieta como oboe. He aquí un intento —idéntico al de los poemas sinfónicos de Richard Strauss, como *Don Quijote* y *Macbeth*— por crear una ficción genuinamente internacional. La maldición de Babel había volado en pedazos; el lenguaje de la música no requiere interpretación, Richard Strauss se jactaba de que en su *Don Juan* figuraba una pelirroja entre las muchas amantes del libertino, y que cualquier oyente mínimamente receptivo podía localizarla —en concreto en el compás 125, en los metales en sordina—. Decía ser capaz de representar una cucharilla de plata claramente distinguible de una cucharilla de hierro colado. En la música, a la literatura no se le endosaba tanto un disfraz cuanto una apoteosis.

Indudablemente, buena parte de todo esto no era más que mera fantasía romántica. Por más que Richard Strauss pudiera relatar musicalmente y en cuestión de sesenta minutos toda la historia que cuenta Cervantes en su novela —sólo le hacía falta, por ejemplo, un sencillo *glissando* descendente de los violoncellos para describir la muerte del caballero loco—, el oyente no estaba en posesión de claves fiables para desentrañar lo que ocurriera en la música sin ayuda de un programa de mano. Si se le dijera que el poema sinfónico *Don Quijote* era en realidad *Así habló Zarathustra*, encontraría muy plausibles los contrastes de las escalas del piano, los climas, los desarrollos de un tema determinado y los desenlaces. Lo que en verdad nos estaban transmitiendo los compositores del romanticismo, tal vez sin saberlo, era, y es, que puede darse un comercio, o un intercambio, entre estas dos artes que dependen de sus públicos. Los músicos han tenido muy en cuenta las posibilidades que ofrece un maridaje entre la literatura

y el sonido puro, al contrario que los escritores. Ya es hora de que los escritores empiecen a considerar dónde puede encontrarse un futuro viable para su maltrecho arte. Circunscribiéndome a mi territorio, la novela, permítaseme sugerir que esta forma artística debe por todos los medios lanzar su proclamación de independencia respecto a las cadenas de la propaganda, por un lado, y la pornografía por otro; el único sistema es aprender el movimiento de la música y asumirlo, es decir, tomar buena nota de las infinitas posibilidades que ofrece lo puramente estructural, esto es, explotar las palabras tal como el músico explota los sonidos. En cuanto al antiguo asunto de las motivaciones psicológicas —recuérdese el grito de guerra del coordinador de guionistas en un estudio de Hollywood: “¡La motivación, la motivación! ¿Dónde diantre está la motivación?”— podemos legárselo con toda paz a nuestros subsidiarios, junto con todas las demás exigencias racionales de la narración lineal: intriga, personaje, resolución, etc. Al mencionar a nuestros subsidiarios me refiero, claro está, al cine que hay a la vuelta de la esquina y al aparato de televisión que hay en una esquina del salón. Que se queden con el monopolio de la narración a la antigua usanza. Que sea el novelista quien asuma una nueva libertad, una nueva disciplina. Que la nueva analogía de la novela no sea el serial ni la película, sino la sinfonía o el concierto.

Por tanto, ¿por qué habrían de moverse nuestros personajes por motivos inteligibles, tales como los celos, el odio, la ambición y —no podía faltar— la lascivia? ¿Por qué no extraen su fuerza de los requisitos que les imponga la forma sinfónica? Escribimos una novela situada en la época histórica de *I promessi sposi* o Jane Austen y, en vez de hacer que una escena desemboque en la siguiente por medio de la lógica de la moral o del enfrentamiento entre ética y pecado, nuestra lógica es la que impone el desarrollo formal, en la cadencia armónica que tiene correlato verbal en la ambigüedad o en la paronomasia. Pongamos por caso que los personajes toman el té en el jardín de la vicaría; a renglón seguido los encontramos en diversos lechos, entregados al lujo de toda suerte de actos libidinosos; en la siguiente escena vuelven al jardín de la vicaría, algo desarreglados, pero por lo demás impertérritos. ¿Absurdo? ¿Inverosímil? El primer movimiento de una sinfonía de Mozart nada tiene de inverosímil.

Pero basta ya de perorar acerca de un determinado rumbo que puede tomar la novela. Diré, lisa y llanamente, que la novela, y la literatura en general, si desea sobrevivir, habrá de cultivar con todo mimo aquellas posibilidades que le son estrictamente propias. Esto implica adentrarnos en una consideración más cercana a la naturaleza del lenguaje y la forma, y entresacar consecuencias útiles de un arte que es, en su más pura esencia, forma. Si uno decide regocijarse, enseñar o estimular al mundo, puede ponerse a ello con la técnica que considere adecuada, pero a esa técnica, por demás artesanal, no puede llamarse arte. Ha de preocuparnos menos la internacionalidad de la literatura; hemos de tener en cuenta que los escritores más grandes no son por fuerza lo más conocidos, ha de alegrarnos el hecho de que la literatura se haya desquitado de la pesada carga que supone el transmitir un mensaje de validez universal. En cuanto a la internacionalidad de la literatura, que es en potencia alcanzable, no hemos de obcecarnos en actualizar esa potencialidad. Si me pongo a leer en una traducción una antología de poetas

eslovenios, no puedo decir en puridad que esté leyendo poesía eslovena. Tal vez algún día —en función de la virtualidad de verme exiliado en Eslovenia o de contratar un ama de llaves eslovena— pueda verme empujado al aprendizaje de esa lengua, y acercarme a partir de ahí a esa literatura. Ahora bien, si no se diera esta eventualidad, no he de afligirme. Bastante es leer lo aparecido en el medio que uno cree dominar, limitada o completamente. El problema no estriba en la escasez de la gran literatura sino, contrariamente a lo que se piensa, en la superabundancia. Y nosotros, Dios nos perdone, o perdónenos la Fuerza Vital, el Comisario Eterno o quien sea, contribuimos al aumento de esa Superabundancia de forma de por sí excesiva. Y con ese tropo de raigambre inglesa, que probablemente se resiste por completo a cualquier clase de traducción, me quedo pasmado en silencio.

Con todo, tras haber especulado acerca del inexistente futuro que aguarda a la literatura internacional o paneuropea siquiera, no me cabe la menor duda de que un discurso a niveles inferiores, alejados de la estética, es enteramente posible en el futuro de igual modo que lo ha sido en el pasado —con la condición, eso sí, de asumir que nuestra concepción de una cultura europea unida es esencialmente un retorno a la Edad Media. La Reforma trajo consigo los nacionalismos; el movimiento ecuménico no ha conseguido revivificarlos; al insistir en la sustitución de una lengua litúrgica universal por una profusión de lenguas vernáculas, equivale a una suerte de reforma —una reforma, quiero decir, en el sentido de una fractura. Necesitamos aquello que los eruditos de la Edad Media poseían sin tener siquiera que cuestionarlo; una lengua supranacional. Pese a ser angloparlante, no me satisface la creciente popularidad de que hoy día goza el inglés en tanto lengua de los pilotos aéreos, de las torres de control, de la música *pop* o de los encuentros entre intelectuales. Naturalmente, menos me satisfaría el francés. En cambio, no me desagradaría que fuera el latín, una lengua que todos, absolutamente todos, podemos hablar igual de mal y con la misma libertad, ya que pesa sobre ella una imposición nacional. Las ideas son internacionales y necesitan un medio internacional válido. La literatura es regional, y está muerta sin sus dialectos.

GRUPO AMÉRICA: UNA AGRUPACIÓN LITERARIA DE LA DÉCADA DE LOS SESENTA EN CHILE

Soledad Bianchi

Marginal, como todos los grupos literarios de Santiago, nunca supe del "Grupo América" cuando estudié en el Pedagógico de la Universidad de Chile, a pesar que recorrí los mismos jardines, patios y edificios que sus miembros, y, aunque fui contemporánea de estudios de muchos de sus integrantes, ellos, han olvidado la realidad de esa agrupación que en ese entonces los congregó, tal vez por su escasa trascendencia pública en sectores más ligados a lo académico, a lo estable, a lo institucional... ¿Cuál será el impacto y el recuerdo que pueden haber guardado, en cambio, muchos o algunos de los pobladores que convivieron con ellos, que escucharon sus recitales, sus guitarreos y sus discusiones, o leyeron sus revistas mimeografiadas?

Más de quince participantes que no sólo eran poetas. De todos, pude contactar a cuatro: José Angel Cuevas, Jaime Anselmo Silva, Jorge Etcheverry y Naín Nómez. Ninguno publicó libro en el período del "Grupo América". Sólo los dos primeros recorrieron su trayectoria completa, mientras Nómez y Etcheverry pasaron a fundar la "Escuela de Santiago".

De muy distintas actitudes y apariencias. José Ángel Cuevas es posiblemente el que menos ha cambiado íntimamente: casi se emociona al recordar con cariño, y hasta añoranza, esa época de cambios, de proyectos colectivos, de desinterés, de amistades... que no siempre se han conservado. Ahora, fuera del sistema, al igual que ayer, al igual que el "Grupo América" evocado.

Quizá para mantener el tono de las reuniones de entonces, nuestra entrevista se realizó en una fuente de soda. Cuevas vacila, se corrige, se lamenta, se atropella, tararea o lanza la carcajada mientras habla apasionadamente de un pasado que está todavía ahí, al alcance de su memoria, donde las vivencias parecen tener la misma intensidad en este momento que aparecen que cuando se crearon, se mejoraron o sucedieron.

Más tranquilo, Jaime Anselmo Silva: analítico, pareciera que no ha dejado nada sin reflexionar sobre esa época que no está tan reciente, sin embargo, los recuerdos van aflorando sólo a través de las preguntas y de la conversación, y los datos aparecen, y en el momento se van precisando. Con mucho humor y muy crítico, el investigador en el que se ha transformado —la entrevista se realiza en la institución en la que trabaja— toma distancia para juzgar y contemplar actividades y quehaceres del "Grupo América", del que fue uno de sus principales impulsores, allá por 1966, en un pasado lejano.

Diferentes son las recepciones, las perspectivas y las respuestas de Naín Nómez y de Jorge Etcheverry. Ambos, continuaron ligados durante sus exilios en Canadá, incluso —junto a Erik Martínez, otro de sus miembros "históricos"—

prolongaron la existencia de la "Escuela de Santiago" en el destierro. Haber abandonado el "Grupo América" antes que se extinguiera, y la permanencia en el tiempo del colectivo que les interesó más, podrían ser causales de olvido sobre la agrupación primera. Tal vez las respuestas breves, y más distraídas, de Naín, contrasten con una mayor precisión de las intervenciones de Etcheverry: nada debe extrañar, pues gran parte de su entrevista "viajó" organizada desde Canadá, su lugar de residencia actual.

A pesar de numerosos intentos, me fue imposible llegar a conocer dos de las publicaciones aludidas: *Seis poetas universitarios* y aquellos *Cuadernos del Grupo América*, que fueron voceros y subterfugio para múltiples contactos amistosos extragrupalos. Por esto, sería muy difícil hablar de una obra casi inexistente, ubicable sólo en los libros aparecidos en estos años recientes, y confiando en la memoria de su autor. Pareciera que el único poema "verdaderamente" ubicable sería el "clásico" "El mundial del sesenta y dos", que ha sido reproducido, por lo menos, en dos volúmenes de José Ángel Cuevas, esos verdaderos, pero ficticios, testimonios-manifiestos-testamentos de su generación, de nuestra generación.

José Ángel Cuevas: Yo escribo más o menos desde 1967. En el liceo no escribía nada, me dedicaba a pasarlo bien, siempre me he dedicado a divertirme.

Nací el 12 de octubre de 1944. Estudié filosofía desde 1965 y hasta 1972 estuve dando vueltas por el Pedagógico.

Empecé a escribir en una especie de grupo poético que nació en Filosofía, en el Pedagógico, ahí por 1966, que al mes, o a los dos meses, de existencia se llamó "Grupo América". En este grupo éramos varios: Jaime [Anselmo] Silva, Cayo Evans, Bernardo Araya, además de Naín Nómez, Jorge Etcheverry, que después formaron la "Escuela de Santiago".

Jaime [Anselmo] Silva: Como a los quince años, hacia 1960, me vine de ValLENAR, donde nací en 1945, a estudiar a Santiago, al Internado Barros Arana. Allí tenía profesores de castellano que estimulaban la creación: Fernando Cuadra y otros que no recuerdo. Había un grupo literario, "Maiakovski"... , había un poeta que era muy bueno: Leonardo Navarro.

Naín Nómez: Yo escribo poesía desde muy joven, desde que tenía entre diez y doce años. Mis primeros poemas los publiqué como a los trece o catorce, en el diario *La Mañana*, de Talca, acuérdate que nací allí, el 7 de octubre de 1944. Y, con posterioridad, colaboré con uno o dos poemas semanales, en este mismo diario. En Talca pertencí a un grupo que se llamaba "Juventud" donde, en realidad, la mayoría era bien viejos.

Silva: Creo que a la Universidad debo haber entrado en 1963..., a estudiar sociología, pero rondaba mucho por el lado del Pedagógico, donde logramos una cierta identidad con otros compañeros de filosofía, de historia, de castellano, y formamos varios grupos entre literarios y de acción social. Entonces, nosotros hacíamos recitales en una sala del cuarto piso del Departamento de Filosofía y teníamos alguna acción poblacional. Disgregadamente recuerdo los nombres de: Jorge Etcheverry, Erik Martínez, Naín Nómez, José -Pepe- Cuevas, Bernardo Araya, el Cayo Evans, Alejandro del Río, la Borgis Lohan.

Éramos un grupo bastante grande, de poetas que no constituíamos un colec-

tivo de pensamiento ni de razonamiento poético, sino que nos juntábamos en función de vivencias comunes. Era el tiempo del gobierno de Eduardo Frei, había mucha movilización social...

Era algo bastante vital: hacíamos mucha vida nocturna y éramos personas que no llevábamos un desempeño estudiantil muy próspero; no éramos los mejores alumnos, sino que en este tiempo nos dedicábamos a conocer de la vida.

Jorge Etcheverry: El "Grupo América" era muy grande, estaban: José Ángel Cuevas, Jaime Silva, Bernardo Araya, Tomy Valenzuela, Daniel Vilches, Dago Espinoza, Oscar Lennon, Oscar -Cayo- Evans Fuentes, que murió... pero era una cuestión bien bohemia y más política que la "Escuela de Santiago".

Nómez: Cuando en 1964 llegué al Pedagógico, a primer año de filosofía, yo creé una especie de taller literario, de academia literaria, en Filosofía, a la que perteneció también: José Ángel Cuevas, Jorge Etcheverry, Edison Otero, varios de mis compañeros de curso. Pero sólo duró ese año: nos juntábamos, leíamos y comentábamos nuestros poemas. No hicimos ninguna publicación. Como diría Parra, se terminó como todas las cosas de la vida.

Cuevas: El Pedagógico era como la vanguardia político-estudiantil. Me acuerdo que un día fuimos todos, como quince, a un restorán, porque andábamos siempre en restoranes, y nos contituimos como "Grupo América". Entonces, Jaime Anselmo Silva dijo: "yo creo que lo que hay que hacer, principalmente, es llegar esta literatura, lo que nosotros hacemos, no a la Universidad sino que afuera". Había unas ganas muy grandes de meterse con las poblaciones, con la sociedad, en la lucha... Me acuerdo que Jaime dijo que tenía una gente conocida en "Los Nogales", así que listo: nos tomamos unas cervezas, una micro y llegamos allá, por la Pila del Ganso hacia adentro, o sea, más o menos, donde está hoy [la estación del metro] Las Rejas, como a las siete de la tarde, y nos recibieron con los brazos abiertos. Y así empezamos; hacíamos recitales en las poblaciones, recitales grandes. Juntábamos hasta cuatrocientas personas, doscientas, trescientas. También llevábamos gente que explicara problemas del momento, y ahí mismo fueron naciendo poetas, guitarristas, en las mismas poblaciones: en "Los Nogales", una población antigua, [nacida] de las primeras tomas de terrenos, que debe haber habido por la década del cuarenta; en otra que se llamaba "Roosevelt", y alrededor de ella, pero en "Los Nogales" teníamos más amigos.

Silva: Después, dimos origen al "Grupo América", donde estaban los hermanos Valenzuela: Lucho Valenzuela, que estudiaba filosofía y el Tommy, que estudiaba leyes. Estaba, además, el Chico -Dagoberto- Espinoza, también estudiaba filosofía... El común denominador era una suerte de vibración por la poesía y nos ocupaba extensa y activamente todo lo que se estaba produciendo en ese momento... No leíamos poesía ajena, sino nuestras propias temáticas, nuestra propia poesía. Desde luego, había cierta tendencia a una poesía social, no directa. Tanto es así que los poetas más intimistas como Gonzalo Millán, Jaime Gómez Rogers -que ahora, y desde hace tiempo firma como "Jonás"- Oliver [Welden], Ariel Dorfman y muchas otras personas, no participaban... Éstos estudiaban castellano y tenían la Academia Literaria de Castellano. Nosotros éramos un

grupo un poco más marginal, pero teniendo estas características era un grupo bastante fuerte, bastante grande...

Cuevas: Yo no me voy a la "Escuela de Santiago", porque era para tipos que habían estudiado más, como Jorge Etcheverry, por ejemplo. Nosotros éramos como de barrio no más, y los otros [los que se fueron] se intelectualizaron más. Fuero de eso, la otra parte [del "Grupo América"] que se quedó era como más vividora; nos gustaba más pasarlo bien, teníamos amores, el trago; tomábamos mucho en ese tiempo, pasábamos en fiestas, y los otros no, ya eran poetas serios; Etcheverry, Naín Nómez, y los otros. Entonces, empezaron como a mirarnos en menos, pero nosotros seguimos con lo nuestro, y continuamos llamándonos "Grupo América" y sacamos como dos o tres publicaciones más, me acuerdo que hasta las vendíamos en las playas.

Etcheverry: Nos llamábamos "Grupo América" e imprimíamos los *Cuadernos del Grupo América*, a mimeógrafo. Estuve siempre metido en eso, si es que se puede considerar grupo, pero era un grupo político, también: trabajábamos fundamentalmente en poblaciones, pero me acuerdo que cuando estuvo tomada la [Universidad] Técnica, nosotros fuimos a hacer actos culturales, si nos dejaban entrar, claro. Antes, cuando la Universidad Católica estuvo tomada por la Reforma, también fuimos. En el "Grupo América" había gente que tocaba música, era una especie de grupo folklórico *amateur*...

Nómez: Jorge Etcheverry, Erik Martínez y yo, que pertenecíamos a la Academia de Castellano, éramos marginales a los grupos. Además, tengo la impresión que yo mismo era marginal al grupo —que formaba con ellos— porque recuerdo que Erik no quiso que yo ingresara a la publicación que reunió a *Seis poetas universitarios*, porque consideraba que mi poesía era distinta.

De todas maneras, creo que es la marginalidad la que nos integra, nos caracteriza y hace que no formemos parte de la gente que publica en ese momento en las revistas de los grupos más conocidos. Creo que en la única publicación que aparecen uno o dos de nosotros es en la de los *Seis poetas* que nombré, pero también, y paralelamente, aparecíamos en las publicaciones a mimeógrafo del "Grupo América", que creo que formábamos solamente Etcheverry y yo, del grupo, y los otros eran poetas aún más marginales que nosotros, como: Jaime Silva, José Ángel Cuevas, Cayo Evans, Bernardo Araya —que hoy firma como Tristán Altagracia...—. Entonces, recién pudimos publicar cuando salió *Orfeo*.

Silva: Para nosotros fue bastante escandaloso que la "Escuela de Santiago" publicara esa antología en la revista *Orfeo*, de 1968. Ellos empezaron a aparecer más ligados a instituciones.

Esa publicación fue como un divorcio del grupo nuestro o, por lo menos, de lo que nosotros veíamos como antecedente nuestro y su desarrollo cultural o poético, porque se trataba de algo más formalizado. Cuando esta gente entró a la "Escuela de Santiago" y empezó a publicar en *Orfeo*, con Jorge Vélez, lo consideramos como una situación distante, pero no teníamos ningún teorizador poético. No teníamos una expresión de cuerpo: no había algo estable, sino que constituíamos un grupo que respondía y que se agrupaba, y que éramos amigos, fundamen-

almente: había una amistad muy fuerte, muy profunda, con todo lo que estaba pasando en torno a nosotros.

Etcheverry: Yo no sé si el "Grupo América" puede ser considerado un antecedente de la "Escuela de Santiago", porque Erik Martínez no estaba en él, ¿te fijas? Naín tampoco participaba mucho, porque era otro grupo; la verdad es que se trataba más bien de grupos de amigos, pese a que hacíamos actividades: me acuerdo que una vez nos presentamos en la Feria de Artes Plásticas, a veces íbamos a las poblaciones y hacíamos actividades culturales. Pero no creo que "América" sea antecedente, porque la poesía era otra: Jaime Silva es más bien lírico, inclusive él iba a publicar en *Trilce...*, Cayo Evans hacía una poesía muy nostálgica, que también era lárca, y Pepe Cuevas jamás estuvo cerca de la poesía que hacía yo... No veo ninguna relación fuera de la amistad, de que nos conocíamos, sí, pero el "Grupo América" era muy suelto y no había conflicto, a pesar de nuestras diferencias, pero a veces discutíamos...

Tú me dices que Pepe Cuevas considera al "Grupo" como precursor de la "Escuela de Santiago", seguramente él lo veía así, pero —como te digo— estas miradas son muy relativas, muy personales...

Silva: Sí, es efectivo que mi poesía parece fundamentalmente urbana, pero no así mis primeras poesías... Claro, yo me vine muy pronto a Santiago, y viví en un internado. Además, por otras razones, antes había estado en Santiago... Creo que entre yo, Bernardo [Araya], y Pepe [Cuevas], habría una cierta proximidad del interés por lo urbano, pero éramos marginales, eso sí.

Nómez: Los recuerdos que tengo de la época del Taller de Filosofía y de las otras iniciativas y ocupaciones literarias que tuve en el Pedagógico son muy vagos, pero pienso que probablemente nos separamos del "Grupo América" por la poca repercusión que obtenían todo este tipo de actividades que nosotros hacíamos. Pienso que, en el fondo, tratábamos de constituirnos en una alternativa frente a la otra poesía, a la poesía de la claridad. En realidad, nosotros volvíamos a la poesía de la oscuridad, y eso es lo que nos decían siempre: que éramos poetas oscuros, crípticos, en fin. Pero si nosotros queríamos constituirnos como alternativa, necesitábamos un foro más amplio que el que teníamos como "Grupo América". De alguna manera, fuimos, entonces, más elitistas, porque nos fragmentamos y un grupito de allí formamos lo que llamamos la "Escuela de Santiago". Es decir, que sabiendo que nosotros éramos marginales, queríamos salir un poco de esa marginalidad.

Cuevas: Yo nací en Santiago, en el centro, en la calle Rosas, y siempre he vivido aquí. Creo que de ahí nace el estado poético mío; vivía en una pieza chica, en un tercer piso, en unas casas viejas, pero muy bonitas, que ya demolieron. Entonces, cuando éramos chicos, como no nos dejaban salir a la calle ni nada, con mis hermanos nos sentábamos arriba de un ropero y desde ahí pasábamos horas y horas y horas mirando hacia la calle, hacia la ciudad. Y el cielo, además, el cielo pasaba con las nubes, y nosotros les poníamos nombres como si fueran animales que pasaban por ahí, algo parecido a lo de [Jorge] Teillier.

Desde entonces hay algo de la ciudad en mí, como una gran imagen inconsistente de la lejanía, de la distancia, de la totalización de Santiago. Esto es una

parte, unido a los tangos, a la música de todos esos tiempos, y todo este hilo que está metido en mí; por tal razón, de alguna manera, he tratado de reescribir esto.

Para mí, la ciudad es una motivación, pero no de la manera que yo diga "voy a recorrer la ciudad". No, únicamente por el hecho que para mí los lugares... En el fondo, es como para ir, como para ser feliz en algo; entonces, yo me iba a pasear siempre a la Vega, al Matadero, como buscando esas partes, como metiéndome en lo más peligroso de algo, así, en lo más..., no sé. Además, una cosa como caminante: caminaba, caminaba, caminaba, pero infinitamente, todo esto, lo conozco todo. No es que considerara que esos lugares eran los que más "hablaban" de la ciudad, yo no pensaba que la ciudad fuera esto, sino que quería estar, por ejemplo, en Matucana, y ya: me voy a Matucana, porque Matucana tiene algo conmigo; y me gusta, o a otros barrios, a caminar. En el fondo, yo diría esto: que tengo una especie de gran viaje traspapelado, que es el viaje por América, que no lo hice, al final, pero que está pendiente y que estoy haciendo. Ahora, no más estuve en el Perú, hace poquito, hace un mes.

Entonces, la ciudad, o este bar donde estamos, para mí, están absolutamente llenos de sentimientos, de significación, es una emoción de andar por todos lados. A lo mejor esto tiene que ver muy en la infancia: me acuerdo que iba con mi mamá a ver a la mamá de ella por allá, a Barrancas, bien lejos, y había una quinta de recreo y todas esas cosas están en mí. Pasábamos por unos potreros y se escuchaba un tango que era "Sur" [lo tararea]. Entonces, todas esas cosas, todo esto es como un encuentro conmigo mismo, y, por supuesto, amo todo esto; de una manera soy yo eso, realmente. Sí, y he vivido en miles de lugares en Santiago.

Silva: En todo caso, creo que el que mayor influjo tuvo sobre nosotros fue Jorge Teillier, pero no sólo por su poesía, sino por su actitud. Nos conmovió además lo conocíamos a él y también su vida. Él vivía en Simón Bolívar y yo vivía a una cuadra. Entonces, nos juntábamos muchas veces en la casa y conversábamos mucho.

Cuevas: Teillier como que había pasado a ser un dios nuestro. Todavía me acuerdo que lo invitamos a la casa de Jaime Anselmo Silva donde había un subterráneo, fue unas dos o tres veces, y ahí nos leía y estaba con nosotros.

En los tiempos del Pedagógico, yo andaba leyendo siempre, y, así, por casualidad, de repente, me "encontré" con Kerouac, yo no sé, algo milagroso. En la biblioteca del Pedagógico encontré *En el camino*, y yo ya había hecho como seis viajes a dedo por Chile. Entonces, empecé a leerlo y me sentí, ¡puchas!, como si lo hubiera escrito yo, realmente. Lo leí en castellano, leo poco otros idiomas.

Silva: En nuestra agrupación, trabajábamos bastante fuera de la Universidad. Incluso, su nombre, "Grupo América", indica una mayor preocupación por todo lo que sucedía en ese momento en América Latina, pero no solamente desde el punto de vista de los acontecimientos políticos, sino, también, de la poesía latinoamericana.

Teníamos un denominador común, que era concebir la Universidad como una parte del cuerpo social. Y decíamos que mejor entregáramos fuera lo que podíamos entregar internamente, y nos parecía más atendible hacerlo a través de un nivel poblacional o sindical o, también, a través de las ferias que se hacían o a

través de nuestro reconocimiento de Chile. Para nosotros, era muy importante conocer lo que estaba pasando en nuestro país, ir a La Tirana o donde los mapuches, o ir a Concepción o a La Serena. En estos viajes nos encontrábamos con poetas, siempre teníamos relaciones, nos acercábamos a las universidades...

Cuevas: Cuando viajaba, no me reunía con poetas del lugar porque como que no me he sentido poeta, realmente. He hecho poesía, pero, en el fondo, no sé si soy poeta a la manera como son poetas los otros. Me acordaba de la idea de Teillier que decía que lo que importa no es escribir buenos o malos versos, sino ser, transformarse en poeta. A mí, esta idea me llegó muy a fondo, entonces encontraba: que primero estaba la vida, que era la máxima poesía. Así que no sé nada, ni siquiera cómo hacer las cosas, no tengo ni contactos. Ahora recién estoy como abriendo los ojos de las cosas que se pueden hacer.

No sé si en Santiago había otros grupos literarios, pero recuerdo que una vez vino un grupo de la Universidad Técnica, nos tendimos en el pasto y empezamos a leer. Había un gallo que todavía anda por ahí, vende en el mercado persa, se llama Miguel Morales Fuentes¹. Eran personas muy marginales, gente del mercado persa, como del trasfondo de las calles, de la ciudad.

Silva: Yo viajaba mucho en tren: calcula que te estoy hablando de esos años, donde un viaje en tren desde Vallenar hasta Santiago se demoraba entre veinticuatro y treinta horas, así que había toda una vida dentro de los trenes. También por este aspecto me debo haber sentido próximo con Teillier.

Es probable que estos viajes y los trenes apunten, también, a un sentido de transitoriedad, creo que había un común punto de vista sobre cierta perspectiva de lo que era la vida, una especie de precariedad, como una ausencia de algo. Todos estos elementos los vivíamos como auténticos, no eran elementos importados o de moda.

Cuevas: Cuando empecé a escribir no sólo me interesaba lo literario, sino todo, porque si una persona estudia filosofía está metido con las cosas, con el tratar de comprender, con el momento, con lo histórico. Así que estaban ambas cosas: lo poético y lo político, pero después no me dediqué más a la política porque me di cuenta que no la entendía realmente, y nunca la pude entender realmente.

En el fondo, lo que quería yo, y muchos de ahí, era tener esas experiencias, vivir, y, por supuesto, todo este tiempo está muy cargado, totalmente, de un futuro muy, muy fuerte. En el fondo, hay mucha esperanza, es un tiempo maravilloso; claro, entonces, ahí está todo eso mezclado: el trabajo, pero lo que más me gustaba era estar con los amigos, ese pandilleo. Por ejemplo, lo que yo tenía donde vivía antes, de las cosas más grandes que yo había vivido era estar con ese lote de amigos, y el *rock*: el sentarse ahí y escuchar, no sé... Entonces, el Pedagógico fue algo semejante a eso, pero más unido a lo nacional, más inserto en una realidad que estaba muy bullente, en la que uno se sentía participando.

¹ Alicia Galaz —que fue una de las formadoras de "Tebaida"— cuenta que Miguel Morales Fuentes participó en esa conversación inicial donde, además, estaban presentes: Oliver Welden y ella. Entonces, los tres decidieron crear un grupo y una revista con el nombre de "Tebaida", ésta apareció en Arica.

Silva: Yo era muy buen lector de poesía, y compraba mucha poesía. Creo que tenía la biblioteca de poesía más grande de los que animábamos el ambiente en ese momento. A mí me llegaba *El Corno Emplumado*. Además, era el Presidente de la Escuela de Sociología y por ese conducto me llegaba mucho material cubano. Entonces, venía mucha poesía colombiana: de Gonzalo Arango, de los "Nadaístas". Conocí a Cecilia Vicuña a través de *El Corno Emplumado*, le publicaron, y fui a la Escuela de Arte y la ubiqué. Entonces, la di a conocer, la llevé al Pedagógico a nuestro grupo. Éramos buenos lectores de lo que se estaba produciendo en América Latina: en Perú, en Colombia, en Cuba, en México. Siempre, en todas las publicaciones que había en el Pedagógico, tratábamos de incluir poesía latinoamericana.

El Pedagógico tenía revistas, la Escuela mía tenía revista, el Departamento de Filosofía tenía revista, y siempre colocábamos textos literarios [en ellas]. Además, en ese tiempo, comenzaba la "nueva novela latinoamericana", que leíamos bastante: mucho de lo que estaba recién produciendo Vargas Llosa, y toda la gente: García Márquez, todos los narradores latinoamericanos.

Leíamos, también, a Cardenal. Él se escribía con la Cecilia Vicuña, y como éramos amigos, ella me prestaba las cartas de Cardenal, éste también le mandaba revistas, sus libros..., y nosotros lo hacíamos publicar en el Pedagógico, a los grupos que existían ahí porque no sólo había el "Grupo América" sino que muchos grupos o más bien subgrupos literarios.

Cuevas: Sólo ahora último vine a leer un poco de Ginsberg. Yo leía la revista *Casa de las Américas*, leía miles de cosas porque, además, trabajé un tiempo en la Biblioteca Nacional, como tres años, y ahí leía de todo, desordenadamente, todo picado: la revista *Orfeo*, por ejemplo, que hacía Jorge Teillier, ¿te acuerdas?

Entre los poetas, me interesan todos: Vallejo, por ejemplo. Pero, fijate, que me gustó mucho más la novela, y Borges. Bueno, todas las novelas de García Márquez. Unos poetas que salían en la revista *Casa de las Américas*, me acuerdo de un gallo chileno que se llamaba Eduardo Embry. Me interesa, también, Manuel Silva Acevedo. No los conocía personalmente, yo tenía una pandilla de amigos, eso no más.

Silva: Nuestra preocupación no era publicar, y me parece que es un antecedente bastante importante para que lo tengas en cuenta. Creo que ninguno de nosotros sacó un libro, aun cuando muchos ganaron concursos literarios. Bueno, los concursos que se hacían en el Pedagógico siempre los ganaba gente de nuestro grupo: Pepe Cuevas, Bernardo [Araya], pero no nos preocupaba imprimir libros. Era como una cosa distante. Creo que ése fue un error nuestro.

Cuevas: Yo publicaba nada más que en la revista del "Grupo América", no me publicaron en esa antología que hicieron los que fundaron la "Escuela de Santiago", ésa de los "treinta y tres clavos de la poesía chilena"². Tampoco me juntaba con poetas de afuera, yo me interesaba por "compadres", hablaba con amigos que

²El verdadero nombre de esta antología fue: *33 nombres claves de la actual poesía chilena*, que apareció ocupando todo el volumen de *Orfeo* 33-38 (Santiago, 1968).

eran como poetas naturales: talleres, jugadores, fiesteros, era una poesía de otro tipo.

Antes había publicado en las revistas del "Grupo América", y por primera vez publiqué un libro en 1980. Son autoediciones, de entre doscientos y doscientos cincuenta ejemplares, todos pagados por mí. Algunos los he vendido, pero la mayoría los he regalado.

Nunca me he acercado a editoriales establecidas, porque no tenía idea cómo se hacían las cosas, no es que no me interesara ni tampoco ha sido por guardar mi carácter marginal.

Tengo la idea que si me meto en todas estas cosas administrativas, pierdo la libertad para andar libremente. Encuentro que estar afuera de todos estos mecanismos..., por ejemplo, ahora, cuando digo que ando mirando la ciudad de Santiago, creo que voy a verla igual, ya no me voy a sumergir como antes. Por eso, entonces, me meto mucho, prefiero estar así como al margen.

Me demoro bastante en publicar. Tengo como cinco cajas de cuadernos llenos, escritos. Tengo cientos o miles de poemas escritos, y de repente hecho mano ahí y saco, y a veces rehago. Pero, las *Canciones rock para chilenos* [1987] son nuevas, son absolutamente de 1983 para adelante, de 1982 ó 1983...

Silva: Y nuestra publicación, *América*, era bastante artesanal: si no me equivoco era una edición a mimeógrafo, blanca sin diagramación. Pudiendo hacer cosas bastante mejor, porque nos relacionábamos con gente de Bellas Artes y se podrían haber diagramado cosas buenas. No recuerdo cuál era el tiraje, pero creo que eran muchos ejemplares, porque hacíamos mucha extensión con lo nuestro. Lo repartíamos por muchas partes, lo vendíamos en la feria [de Artes Plásticas], lo llevábamos a poblaciones... Habría que revisarlos porque no sé, no recuerdo exactamente si incluíamos textos de otros poetas que no pertenecieran a nuestro grupo.

Cuevas: Hernán Miranda perteneció a los "Talleres de la Universidad Católica", pero yo no, pensé entrar allí, llevé poemas y todo, pero no me seleccionaron.

Skármeta me hizo clases, fue profesor mío. A él le gustó mucho mi poema del "Mundial del sesenta y dos": me acuerdo, llegué un día al Pedagógico y me estaba esperando Skármeta, y me dio un abrazo y me dijo: "te felicito por este poema". Él lo conoció por el Premio. El jurado era muy bueno, estaban: Nicanor Parra, [Alfonso] Calderón, y parece que Jorge Teillier. El concurso —que fue como en 1969— lo organizaba el Centro de Alumnos del Pedagógico, y después, la Federación de Estudiantes de Chile.

Nunca Skármeta me llevó a su programa en la T.V. ni tampoco me pidió otros textos.

Silva: Creo que nosotros teníamos miedo de asumir en forma integral la vocación poética. No sé en lo personal, pero no asumíamos una actitud literaria como una forma, una profesión, no teníamos un ordenamiento. Creo que nosotros éramos más difusos, más disgregados, más dispersos. Gonzalo Millán, por el contrario, llevaba a la poesía un tono permanente. En ocasiones, nos reíamos de nosotros mismos, de lo que nosotros hacíamos. En el fondo, nos reíamos de la literatura. En cambio, me da la impresión de que Gonzalo llevaba la cosa con más

propiedad, y nosotros mismos lo reconocíamos como uno de los grandes poetas de ese tiempo, sobre todo desde que, en 1968, publicó *Relación personal*.

A mí me impresionaba mucho su libro, y también esos dos textos que publicó en la revista *Orfeo*.

Gonzalo era otra cosa. Nosotros éramos un mundo separado, distinto, sin gran trascendencia.

Creo que lo común nuestro es un tono menor.

Cuevas: He escrito no más, y no sé si soy marginal porque no sé qué es ser marginal y qué no serlo.

Para mí, no hay separación entre la vida y la poesía: mira, yo he ido viviendo y al vivir, voy escribiendo. No es que yo diga: voy a escribir, sino que algunas cosas que, verdaderamente, de repente llegan: imágenes terribles, o imágenes, o ideas que tengo, y las voy escribiendo como poemas.

Silva: Creo que nuestros dos hitos filosóficos fueron el *marxismo* y el *existencialismo*. Hay que recordar que la mayoría de nosotros circulaba por Filosofía, y en ese tiempo el marxismo y el existencialismo eran dos trincheras teóricas bastante fuertes que, además, polemizaban entre ellas. Nosotros seguimos gran parte de esa postura: a Merleau-Ponty, a Sartre mismo, y nos leíamos las fuentes originales en francés. Además, en el Pedagógico había profesores que citaban el existencialismo: Humberto Giannini era un buen antecedente nuestro. Por otro lado, estaba Juan Rivano, que polemizaba mucho. Y, de cierta manera, influía una cierta propensión a concebir que el existencialismo era nuestra propia existencia y por esto el deseo de vivir intensamente el momento.

Pienso que en ese entonces, nos definíamos más como existencialistas que como marxistas, la prueba es que rechazábamos los partidos políticos y hacíamos actividades por nuestro lado.

No, casi no hubo profesores que se acercaran a nosotros, tampoco nosotros a ellos, pero recuerdo que en ese tiempo Antonio Skármeta hacía clases de filosofía, además había una serie de escritores que hacía clases en el Pedagógico: Luis Domínguez, Poli Délano, Alfonso Calderón, Nicanor Parra, pero no hubo profesores que tuvieran una especie de proximidad más fraternal con nosotros.

Cuevas: La experiencia del "Grupo América" me sirvió mucho, me sirvió toda esa etapa del Pedagógico. No sólo me sirvió, sino que creo que cuando me muera me voy a sentir feliz de las maravillas que he logrado vivir porque, en el fondo, parece que tengo una capacidad distinta a otros de poder captar como si anduviera siempre volando, medio a medio filo, que puedo ver las cosas tan maravillosas. Entonces, me sirvió eso, esa etapa la encuentro..., haber vivido todo eso, el período del Pedagógico, los Beatles, Violeta Parra, todos esos años maravillosos hasta el golpe de Estado. Después del golpe, como que tuve que pagar todo eso, he pensado. Y ahí sufrí, también.

Sé que me repito, pero no he querido olvidar nunca cuando Teillier decía que lo que importa no es escribir buenos o malos versos sino ser, transformarse en poeta. A mí esta idea me llegó muy a fondo, entonces encontraba que primero estaba la vida que era la máxima poesía, como dije.

Silva: Nosotros éramos más amalditados, ése es el término, en algún sentido

éramos más amalditados, es decir, teníamos una especie de distancia respecto a lo que estaban haciendo los escritores más profesionales, en ese tiempo, pero eso no significaba que nosotros nos vinculáramos con ellos a través de acciones comunes.

Esta diferencia se debía, en parte, a que considerábamos que ellos estaban más alejados de "la vida", pero también porque éramos de provincia, veníamos de provincia, entonces nos daba una especie, no sé..., un rechazo al centralismo también poético, un rechazo al centralismo chileno. Entonces, éramos como más recogidos y más íntimos respecto de lo que hacíamos, de lo que queríamos.

Nunca mandamos nuestros poemas a *El Corno Emplumado*, creo que tuvimos un desfase por no promovernos, por no proyectarnos: fue como una actitud, no diré generacional sino de nuestro grupo. Pienso, además, que nos faltó el tiempo: nos cruzó la politización del gobierno de Allende, y nos disgregamos, pero creo —ahora— que hemos sido capaces de ir rescatando nuestra propia experiencia, que puede verse en textos de nuestros libros tardíos, publicados recién en estos últimos años.

RIMBAUD, EL LADRÓN DEL FUEGO

Thomas Harris

Los centenarios siempre se presentan como escenarios para hacer aparecer a aquellos que, quizá, lo único que deseaban era desaparecer de la escena. Es lo que ocurre ahora con el poeta Jean Arthur Rimbaud, que es redivivo por diversos y, a veces, conversos intereses.

“Amo a los que viven únicamente para desaparecer, porque pasan al más allá. Amo a los grandes despreciadores, porque son los que aman mejor; son flechas del deseo dirigidas hacia la otra orilla”, decía Nietzsche, y no cabe para Rimbaud, mejor afirmación que ésta.

El adolescente Rimbaud, “nunca habrá otro poeta más joven” —señaló en alguna oportunidad, Lafourcade— escribió su obra sólo en cuatro años (1870 - 1873) y luego optó por el silencio, como ya había afirmado en *La temporada en el infierno*: “Prefiero callar”...

Rimbaud fue un “gran despreciador”, como también lo fue De Sade y, sin duda, alguna vez se lo conmemorará por posmodernos intereses: “que las huellas de mi tumba desaparezcan de la superficie de la tierra, como yo me he enorgullecido que mi memoria se desvanezca del pensamiento de los hombres”, fue el epitafio del Marqués. Ambos fueron flechas del deseo dirigidas al más allá; quisieron barrerlo todo con la escoba de una imaginación furibunda y de textos, en su época, impensables. Pero, sus finales deseos no se cumplieron. Octavio Paz, en su poema “El prisionero”, explícita el Destino que (des)cubre a estos “malditos”: *No te has desvanecido. / Las letras de tu nombre son todavía una cicatriz que no / se cierra, un tatuaje de infamia sobre ciertas frentes”...*

Conmemorar, recordar, redivir, traer de vuelta a los “Malditos a escena”. Rubén Darío en *Los raros* no aconsejaba la lectura de Lautrémont a los jóvenes. Le parecía que leer a un espectro significaba creerse un espectro y, por lo tanto, el enorme riesgo de terminar siendo un espectro... entrar en Rimbaud es entrar en un ámbito espectral. Alabar a Sade, decía Bataille en *El erotismo* equivale a edulcorar su pensamiento. Creo que lo mismo ocurre con Rimbaud: alabar a Rimbaud equivale a edulcorar su poesía.

Luis Cernuda, en su hermoso poema “*Birds in the night*” plantea el mecanismo, a veces inconsciente, de traer al “centro” justamente a aquellos que optaron por el margen. Despreciados, escarnecidos, negados en vida: Rimbaud por poesía y vida; Verlaine por su aventura con Rimbaud, ahora, estando muertos, se les coloca una placa recordatoria en la casa de *Camden Town*. En esta casa donde ambos (rara pareja) vivieron, escribieron y fornicaron durante un breve, pero intenso período. La incorporación *post-mortem* del transgresor a la sociedad es la eficaz y única manera que tiene ésta de defenderse de los “grandes despreciadores”. Rimbaud,

finalmente, con la ayuda de la biografía de Barrichon, terminaría siendo católico, casi místico.

Lo que sí es efectivo, es que la poesía de Rimbaud es "una de aquellas que más nos trastorna, nos perturba, nos aparta": *Elle est retrouvé / Quoi? l'éternité. / C'est la mer mêlée / Au soleil*, dice Bataille.

"El poeta es realmente un ladrón de fuego" afirmaba Rimbaud en *Mes petits Amoureux*, cargado de humanidad, pero también de animalidad, que debiera hacer sentir, palpar sus invenciones. Su proyecto fundamental consistía en encontrar esa lengua donde las vocales tuviesen colores, una frase se hiciese táctil, una letra se evanesciera; se conglomeraran todos los sentidos en una palabra: "Encontrar una lengua donde sea idea cada palabra, un lenguaje universal que perfeccione el diccionario, no importa el lenguaje que sea, pero donde ningún fosilizado académico se ponga a pensar en la primera letra de este alfabeto".

Rimbaud se propuso un proyecto razonado y doloroso: "El primer estudio de un hombre que quiere ser poeta es su propio conocimiento, entero; busca su alma, la inspecciona, la tantea, la aprende. En cuanto la conozca, ¡Debe cultivarla!".

Este cultivo, como implantar verrugas en el rostro, y hacer el alma monstruosa para partir de la certeza de que yo es otro, y no la falsa significación del yo de los "viejos imbéciles", debe ser, hacerse "vidente". Para llegar a ser, hay que transitar por el hacerse: un proceso. Para Rimbaud, este proceso consistía en "un largo", inmenso, razonado desajuste de todos los sentidos, perderse para encontrarse; practicar todas las formas del amor, la demencia, el sufrimiento en una inefable aventura para la que se necesita toda la fe y fuerzas sobrehumanas. Para llegar a ser el GRAN MALDITO que es el supremo sabio, el poeta deberá guardar de ese terrible proceso sólo las quintaesencias: el SABER. Al poeta -para Rimbaud- no importaba perder la inteligencia de sus visiones; las vio y, a través de su poesía, las delegará.

"Vendrán otros horribles trabajadores"... aunque Rimbaud apostasió la palabra por el silencio, abrió la brecha. Tal vez, a su pesar: el triunfo de la palabra sobre el silencio, a pesar de la opción del silencio sobre la palabra: "No más palabras... Comprendo, (...) y como no sé explicarme sin palabras paganas prefiero callar (...) prefiero callar (...) Calla (...) No más palabras"...

El silencio es un gran misterio, dado que dice sin decir, pero dice. Rimbaud es un misterio: ¿el mal?, ¿el bien?, ¿el árbol del mal y del bien? Lo intuyó la mujer de Verlaine cuando llegó a París, en 1871, "aquel chico de dieciséis años, que ya por aquel tiempo había escrito cosas que, como ha dicho muy bien Feneón: 'puede que estén por encima de la literatura'. Ella concibió al punto unos celos absolutamente injustos, ¡entonces!, en el sentido villanamente injusto en que ella los entendía", dice Verlaine en sus *Confesiones*, en la penúltima página, la única en que alude -o elude- a Rimbaud.

La carta a Paul Demeny, joven poeta amigo de Rimbaud, es el proyecto de CAMBIAR LA VIDA a través de la poesía que deviene al abismo del silencio. "CAMBIAR LA VIDA: ¿Acaso posee secretos para cambiar la vida? No: no hace más que buscarlos..." (*Una temporada en el infierno*).

La poesía es una búsqueda. Siempre una negación y una afirmación. Un desgarrar. "Locomotoras abandonadas, pero humeantes, que estuvieron algún tiempo sobre los rieles..." decía el adolescente iluminado sobre los poetas —para el inexistentes— que lo precedieron en esta práctica-sufrimiento.

Rimbaud tenía tres años cuando Baudelaire publicó *Las flores del mal*. También pertenecía a esa raza de poetas que son como signos humanos lanzados hacia la otra orilla por fatalidad más que por elección. LOS MALDITOS, según Verlaine; LOS RAROS, según Rubén Darío, que, aunque no incluye a Rimbaud entre los raros, es curioso que, en el fragmento dedicado a Lautrémont decía que *Los cantos de Maldoror* sería un libro único si no hubiese existido Rimbaud.

"Soy maestro en fantasmagorías" decía Rimbaud. Y como un fantasma entró a la casa de Verlaine y al libro de Darío.

"Soy hijo del hombre y de la mujer, según los que me han dicho" —citaba Darío a Lautrémont en *Los raros*—. Eso me extraña. ¡Creía ser más!"... Baudelaire, Leon Bloy, Lautrémont, Rimbaud, malditos, raros, otra vuelta de tuerca en la República de Platón... ¿Volverán?

"Volveré —dijo Rimbaud— con brazos y piernas de hierro, la piel oscura y la mirada con furia (...) esa será mi máscara (...) me habré salvado"...

¿Todo proyecto poético está condenado?

Jean Arthur Rimbaud murió para la literatura en agosto de 1873 y para nosotros, los hombres, en noviembre de 1891. Fue príncipe de las nubes, frecuentó las tormentas y se burló de las flechas. No pudo contra el chancro ni contra sus alas de gigante que le impidieron caminar. Pero, mientras, pensemos que habrá una víspera y que, en la aurora, armado de una ardiente paciencia, entrará, finalmente, en las espléndidas ciudades.

NERUDA EN EL EXILIO

José Miguel Varas

*El destierro es redondo:
un círculo, un anillo;
le dan vuelta tus pies, cruzas la tierra,
no es tu tierra,
te despierta la luz, y no es tu luz,
la noche llega; faltan tus estrellas,
hallas hermanos: pero no es tu sangre.*

Me dispongo a escribir sobre el exilio de Neruda, mezclando, como en otras ocasiones, documentos y testimonios propios y ajenos. Y casi en el mismo momento, acude una imagen que estaba, al parecer, más abajo que otras, más hundida, más oculta, pero no menos nítida: Neruda bebiendo vino *rosé* directamente de la botella y haciendo morisquetas.

La escena ocurría en Chile. Más precisamente, en un vehículo motorizado que avanzaba desde Santiago hacia Isla Negra. ¿Qué tiene que ver este recuerdo con el exilio del poeta? ¡Vaya uno a saber!

No puedo precisar la fecha. Presumo que aquello sucedía en 1963. Un sábado. Hace treinta años. ¡Caramba!

Íbamos en un auto espacioso, una especie de furgón, de Manuel Solimano por supuesto, quien llevaba el volante. Pablo iba sentado junto a él. Había dos o tres pasajeros más, pero entre ellos sólo recuerdo a Meche Solimano, esposa de Manuel.

El vehículo, una especie de furgón conducido por Manuel Solimano, por supuesto, llegó puntualmente, a las once de la mañana. Yo esperaba en la esquina de Alameda con San Antonio, premunido de una larga botella de vino, de la especie "cogote de yegua", recién comprada. Al verme, Pablo lanzó un ¡bravo! y aplaudió. Supongo que aplaudía la botella. Mientras yo ocupaba mi lugar, planteé de inmediato la necesidad de comprar algo más para el camino, un condumio para acompañar el vino. Después de una breve deliberación, se decidió que el más adecuado sería jamón con pan amasado. Se compró el jamón en el "Mercado Americano" y se acordó que el pan sería adquirido en una determinada panadería situada en el trayecto, que Solimano recomendaba.

Todo se cumplió con exactitud. Nos pusimos en marcha rumbo a Isla Negra. Mucho antes de llegar a Melipilla, masticábamos grandes sándwiches y la botella —vino *rosé* de Concha y Toro— circulaba de boca en boca.

"Siempre me he preguntado en qué momento y con qué acompañamiento se bebe el vino *rosé*...", dijo Neruda, con los ojos entrecerrados. "Los franceses lo tienen por poco serio. Lo miran en menos. En cambio, los italianos lo miran en más. Lo beben en verano, *molto freddo*, con el *antipasto*. ¿O tal vez con la *pasta asciutta*?"

Solimano emitió una opinión que se supuso docta, pero resultó poco audible debido a la laboriosa deglución del pan con el jamón y a que no apartaba los ojos de la carretera. Le correspondió el turno de beber a Meche, pero ella declinó el ofrecimiento con inesperada firmeza. No quiso ni tocar la botella.

“¿Qué te pasa?”, le preguntó Pablo, sorprendido, “¿acaso no te gusta este vino?”.

“Me gusta”, dijo ella severamente, “pero no ensopado en migas con saliva”.

Observé que, en efecto, a cada trago aumentaban las migas que flotaban en el vino, dentro de la botella.

Neruda habló de las ventajas que, en tal sentido, ofrece la bota española, cuyo pezón no se toca con los labios. El chorro va directamente a la boca desde cierta distancia.

“Eso sí, en mi caso, va directamente al ojo izquierdo y, al corregir la puntería, al nudo de la corbata”.

Agregó que la bota es una especie de ubre de vaca o de cabra, peluda y áspera, pero deseable. “Ahora bien, ante una ubre, ¿cuál es el anhelo supremo del ternero? Mamar. Prenderse de la teta con los labios... Y eso, justamente, es lo que la bota nos niega. Preferible es la botella directa. Aunque, por otra parte, Delia tiene razón... ¿Qué hacer?”.

Estaba con cuerda. Se lanzó después a una divagación lírica sobre las cualidades del *rosé*, vino ligero, *sportivo*, primaveral, algo irresponsable, frutal, femenino, juvenil. Terminó por proclamarlo “el vino perfecto para beber a boca de jarro cuando se viaja en auto hacia Isla Negra”.

Todos estuvimos de acuerdo. Meche, con los labios fruncidos, prefería mirar por la ventanilla hacia afuera.

A continuación, desarrolló el poeta un monólogo sobre la extremada seriedad con que los franceses emiten opiniones sobre el vino, sintiéndose cada uno de ellos un experto. Lo habitual es encontrarle defectos. Comenzó a imitar a los tonos engolados, los sonidos labiales, linguales y palatales y las definiciones de los supuestos catadores y a poner unas caras tan cómicas que Solimano, con prudencia, optó por detener el auto a un costado del camino porque la risa le impedía concentrarse.

Chasquidos húmedos, *Oui, en effet, pas mauvais... mais c'est un peu gomeux...* (Sí, en efecto, no es malo, pero es un poco gomoso). Y estiraba los labios como un elástico. *Pas mal, pas mal, mais un peu sucré...* (Un poco azucarado). Y fruncía la nariz. *C'est du vin fruiteux* (Frutoso). Un desprecio *C'est un peu résineux* (Un poco resinoso). Gran gesto de asco.

Reanudamos la marcha, sin dejar de reír. Una vez más, reinaba ese clima de perfecta alegría que brotaba siempre cuando estaba junto a sus amigos.

Neruda atravesó la Cordillera a caballo y abandonó el territorio de Chile el 24 de febrero de 1949. Así comenzó su exilio de tres años y medio. Regresó al país por barco desde Cannes hasta Montevideo y, luego, desde allí por avión a Santiago el 12 de agosto de 1952.

Muchos, en aquel tiempo estudiantes, seguíamos día a día aquel exilio poético y político. A intervalos llegaban noticias y mensajes del viajero. El poema a la

muerte de Ricardo Fonseca. Luego *El Canto General*, cuya primera edición clandestina apareció en Santiago en 1950. Los poemas patrióticos de *Dulce Patria* en una edición de gran formato lanzada por la Editorial Del Pacífico. El "Cuando de Chile".

El escritor costarricense Joaquín Gutiérrez, quien trabajaba en aquel tiempo en la Librería Nascimento, era una fuente informativa de primera mano sobre el exilio de Neruda. Sus noticias no excluían el chisme ni la picaresca, que acompañan a todos los exilios.

La fuente de Gutiérrez era el pintor José Venturelli, quien se encontraba en esos años en Europa, con Delia Baraona, su esposa y su hija Paz, nacida en Berlín, en el curso de un festival mundial de la juventud. Venturelli escribía unas cartas estupendas, llenas de humor. (¿Podrán recuperarse, a lo menos en parte? Sería necesario publicarlas). Según el pintor, su hijita recién nacida, muy blanca, muy flaca y provista de abundantes cabellos negros en la cabeza y las extremidades y de un vello oscuro en otras zonas del cuerpo, aterrorizaba a quienes la veían en la resplandeciente maternidad de Berlín, en medio de una hilera de guaguas gordas y rosadas como chanchitos, que en sus cabezas tenían apenas una pelusa rubia casi blanca, casi invisible. Los amigos chilenos, según su versión, lo consolaban diciéndole: "No te preocupes, el pelo de las ñinitas seguro que se le cae".

Joaquín Gutiérrez, otro cultor entusiasta del género epistolar, respondía de inmediato las cartas de Venturelli. Como eran los tiempos de González Videla—decíamos "la dictadura de González Videla", pero, en comparación con la otra, hoy nos parece más bien blanda—se recomendaba usar en la correspondencia alguna clave, para evitar la acción de la policía. Esto llevaba a la más enrevesadas alusiones y distorsiones. El resultado era que el destinatario frecuentemente no entendía nada o lo entendía al revés. Además era un juego.

Interesado en saber de Neruda, Joaquín le pregunta a Venturelli, en una carta: "¿Y has sabido últimamente de aquel poeta mexicano, *Nervo Peluda*". El pintor responde a vuelta de correo: "En cuanto a la *Señora Peluda*, he sabido que se encuentra en Italia, pero piensa partir pronto para París como el pobre pintor portugués". En la carta siguiente, Gutiérrez escribe: "No dejes de informarme de las andanzas de *Madame Pehu*". Venturelli, a su turno, habla de *Doña Lupe*.

No sé si fue Venturelli o Gutiérrez quien aplicó al poeta el nombre del monstruo marino de la *Biblia*: "Leviatán". Pero, en algún momento que no puedo precisar, comenzó a ser designado como "El Narval", un habitante del mar menos terrorífico, pero también imponente. Es una vieja técnica chilena—tal vez de origen mapuche—para la aplicación de sobrenombres. Se aplica al afectado aquello que menciona con frecuencia. Si un hombre habla todo el tiempo de caballos, pasa a ser "El Caballo". Como Neruda estaba obsesionado con el narval: pasó a ser "El Narval".

Ahora bien, ¿qué es el narval? Examinemos la ficha correspondiente.

NARVAL O NARWHAL (alem., ingl.). Nombre científico; *monodon monoceros*. Conocido desde antiguo como unicornio marino. Cetáceo monodóntido de cabeza grande, boca pequeña, cuerpo robusto, liso, con dos aletas pectorales

y cola ahorquillada. Llega a alcanzar hasta siete metros de longitud. Habita en los mares fríos del norte. Piel manchada como la de un leopardo, que los nativos de Groenlandia utilizan para su abrigo. Se alimenta de calamares, jibias, cangrejos y pececillos. Posee sólo dos dientes incisivos superiores. Su rasgo más característico es la desmesurada prolongación de uno de estos dos dientes, que alcanza más de tres metros en los machos. Esta proa, de fino marfil, se desarrolla en espiral, como un tirabuzón o, si se prefiere, como una columna salomónica, y termina en punta. El hallazgo ocasional, en las costas nórdicas, de cuernos de narval, parece haber originado la leyenda del unicornio.

Fin de la ficha.

Se comprenderá la fascinación que el narval produjo en Neruda. Él mismo lo relató en un artículo precioso, titulado "Oceanografía dispersa", que se publicó en la revista *Vistazo*, dirigida entonces por Luis Enrique Délano, el 21 de septiembre de 1952:

"De ser tan desconocido para mis amigos el gigantesco unicornio marino de los mares del norte, llegué a sentirme exclusivo correo de los narvales y a creerme narval yo mismo (...). De su nombre —narwhal o narval— puedo decir que es el más hermoso de los nombres submarinos, nombre de la copa marina que canta, nombre de espolón de cristal. Y por qué entonces nadie sabe su nombre? Por qué no existen los Narval, la bella casa Narval, y aun Narval Ramírez o Narvala Carvajal?"

En Dinamarca encontró en una tienda de historia natural, arrinconados, tres o cuatro cuernos de narval. Los más grandes medían casi cinco metros, afirma. Él sólo pudo comprar uno pequeño, de narval recién nacido, "de los que salen a explorar con su espolón inocente las frías aguas árticas". Aunque Neruda no era supersticioso, estaba encantado, además, porque la leyenda quiere que su poseedor esté destinado a los mayores triunfos y a las más altas felicidades posibles en la existencia. Guardó, pues, el cuerno recién adquirido con exquisito cuidado.

Pero lo perdió. Se le quedó, al parecer, en un tren suizo, en el que viajaba con Matilde. Eran los comienzos de sus amores. La distracción resulta explicable, dadas las circunstancias.

"Se puso como un loco", me cuenta Inés Figueroa, cuyo testimonio del exilio de Neruda es directo e invaluable. "Temblaba de desesperación. Me exigió en todos los tonos que buscara donde Bouvier o en algún otro de los libreros-anticuarios de París un nuevo cuerno de narval. Desde Praga enviaba cartas apremiantes y angustiadas. No se tranquilizó hasta que lo tuvo, por fin, en sus manos, algún tiempo después, aunque era algo más pequeño y menos perfecto que el perdido".

De todos modos impresiona a quienes lo ven hoy en la casa de Isla Negra.

Ya a propósito: una tarde de sobremesa lánguida, en los años sesenta, después de un gran almuerzo con buen vino, se encontraban Pablo, Matilde, Acario Cotapos, Inés Figueroa y alguien más, en la gran sala de estar de Isla Negra, rodeados de los mascarones de proa, los barcos en botellas, los instrumentos de navegación y demás maravillas traídas por el poeta de sus viajes. En esto, avisan que se aproxima

eligrosamente un curso completo de un colegio de niñas, con su respectiva profesora. Vienen a visitar la casa.

Pablo estaba advertido de esta visita, pero la había olvidado. Sacudió su modorra, acudió a Acario, adormilado, y le dijo, en tono imperativo: "Acario, atiéndelas tú. ¡Les muestras la casa". El músico asintió.

"Lo que más les gusta a los niños es saber la historia de los objetos", agregó Neruda mientras se alejaba a toda marcha hacia su dormitorio, junto con Matilde.

Inés y los otros invitados se instalaron en el comedor vecino, con la puerta abierta, porque sospecharon que el encuentro de Acario con las educandas sería memorable. A Pablo y Matilde también se les había espantado el sueño y escuchaban desde su alcoba, situada entonces en la torre circular del segundo piso.

Cotapos ignoraba el origen de cada uno de los mascarones, cuadros y demás objetos acumulados allí, pero eso no era "óbice", como le gustaba decir a Pablo, quien afirmaba que ésa era la palabra favorita de su padre. Comenzó a relatar, con rostro severo y ojos de alucinado, las historias más inverosímiles, que iba inventando al vuelo, en torno a cada cosa. Como todo músico que se respete, Acario era tardo de oído. Hablaba fuerte, con voz recia y bien timbrada y su discurso se escuchaba con nitidez en toda la casa. Neruda y Matilde, arriba, se reían de risa silenciosa. Algo semejante les sucedía, abajo, a los otros invitados.

La profesora estaba deslumbrada por las prodigiosas fábulas de Acario y a cada momento decía: "¡Esto es muy interesante! ¡Anoten, niñas!". Las niñas anotaban dócilmente, en sus cuadernos.

Hasta que llegaron ante el cuerno del narval, en su caja de cristal. "¡Qué curioso!", dijo la profesora, "¿y qué es este extraño hueso o columna de marfil?".

Acario, ya un poco cansado, respondió imperturbable: "Es la canilla de Puga Borne".

Las niñas anotaron en sus cuadernos.

Aquí abro un paréntesis, y extraigo una ficha, que contiene datos tomados del *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile* de Virgilio Figueroa:

PUGA BORNE, FEDERICO (1855-1935) Médico e investigador científico. Ministro de Justicia e Instrucción cuatro veces, de Relaciones Exteriores, otras cuatro y de Interior una vez entre los años 1888 y 1920. Jefe del servicio sanitario del ejército durante la Guerra del Pacífico. Fundador del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Se tituló de médico cirujano en 1878 con una memoria sobre la *Calystenia Rosea*, planta medicinal indígena.

Fin de la ficha.

A una de las niñas, aquello de la canilla le pareció dudoso.

"¿Cómo puede ser una canilla?", dijo, mientras observaba atentamente el cuerno del narval, "¿dónde está la articulación del tobillo?".

Evidentemente, esa muchacha tenía un futuro en las ciencias naturales.

La historia no registra la respuesta de Acario. Tal vez guardó un silencio respectivo. Pero la profesora, que no podía admitir ni la más mínima sospecha sobre la infalibilidad del sabio informante, respondió: "No es la canilla del señor Puga Borne. Se llama así porque él fue quien la encontró".

Más de alguien se preguntará de dónde sacaba el desterrado Neruda el dinero para viajar y comprar cuernos de narval, libros en maravillosas primeras ediciones, cristales y caracolas, entre otras cosas. Intentaré una respuesta.

Cuando el poeta inició su exilio, viajó primero a México, donde entregó a una editorial los originales de *El Canto General*. Poco después se trasladó a París para tomar parte en la memorable asamblea de la sala Pleyel, que congregó a grandes figuras de la ciencia, la literatura y el arte en defensa de la paz. Allí se encontró con Frédéric Joliot-Curie, uno de los padres de la moderna ciencia nuclear, con Picasso, Aragon, Paul Eluard, Iliá Ehrenburg y muchos más. Fue el comienzo del movimiento mundial de la paz.

Al año siguiente, participó en el II Congreso Mundial de la Paz. Allí leyó su poema, recién terminado, "Que despierte el leñador", del que forman parte estos versos, que motivaron diversas y erróneas interpretaciones:

*Paz para mi mano derecha
que sólo quiere escribir rosario*

Esto no indicaba una inquietud religiosa ni era signo de una inminente conversión del poeta, tampoco era la famosa "mano tendida" de los marxistas a la Iglesia Católica, sino una referencia en clave a Matilde Urrutia, Rosario para él. En la misma ocasión, Picasso entregó al movimiento pacifista su celebrada paloma, mil veces reproducida en el mundo entero. En el acto de clausura del Congreso, el 22 de noviembre, se otorgó a ambos el Premio Internacional de la Paz.

La ceremonia final fue agobiadora. Los dos Pablos estaban sentados lado a lado. Se sucedían largos discursos y brindis en ruso, polaco, chino, sueco, francés, búlgaro, rumano, albanés, japonés, etc., con sus correspondientes traducciones a varias lenguas. Se alzaban las copas, pero durante largos minutos nadie podía beber, mientras no se extinguiera el murmullo del último de los traductores. Picasso, ajeno a todo protocolo, acostumbrado a vivir semidesnudo bajo el sol de Vallauris en el sur de Francia, pintando y horneando sus cerámicas, estaba muy inquieto y protestaba entre dientes. Neruda tenía una resistencia mucho mayor, escuchaba con paciencia precolombina y la cabeza inclinada hacia su intérprete, las sucesivas versiones de aquellos brindis.

En voz bastante alta, Picasso comenzó a preguntar:

"¿Y los duros? ¿Cuándo entregan los duros?"

Neruda comenzó a temblar de contenida risa abdominal.

Al parecer, según los antecedentes que he podido reunir, los "duros" no fueron entregados finalmente en Varsovia, sino algún tiempo después, en París. Un testigo presencial me describió el acto público del movimiento de partidarios de la paz donde se efectuó la entrega oficial del premio a Picasso. Habían llegado al gran recinto (¿tal vez el Velódromo de Invierno?) numerosas delegaciones sindicales, femeninas, de profesores, de organizaciones juveniles, además del *tout Paris* intelectual. Se amontonaban en el escenario los ramos de flores y múltiples regalos para el pintor. El que más le gustó fue un casco de minero, con lámpara.

que le llevó una delegación de mineros del carbón. Procedió a encasquetárselo y estuvo así todo el resto de la velada, con sus ojos de antracita un poco desorbitados, como de loco, mirando por debajo del casco.

En un momento determinado, luego del discurso de rigor, el representante del Consejo Mundial de la Paz extrajo de un gran sobre un diploma. En el mismo instante, se desprendió un rectángulo de papel de color verdoso y con breve revoloteo, cayó al suelo.

Picasso lo recogió con un salto de tigre mientras exclamaba: "Merde! Le chèque!".

El Premio Internacional de la Paz, aun dividido entre los dos Pablos, significaba, aparte de medalla de oro y diploma de honor, una suma de dinero muy considerable.

Inés Figueroa vio llegar a Neruda, a su casa de París, con un maletín en cuyo interior había un millón de francos en billetes. (Según estimaciones no suficientemente comprobadas, esa cantidad equivalía en aquellos tiempos a unos cien mil dólares... ¡de aquellos tiempos!). El asombro de Inés se transformó en cierto temor, cuando Pablo le dijo que debía hacerse cargo de aquel dinero y administrarlo según sus instrucciones.

Esta conversación transcurría en el *chalet* alto y flaco de la calle Pierre Mille 12, xv *arrondissement*, detrasito de la Puerta de Versailles. Un barrio popular, donde había mercados, ferias con tragafuegos, ventas de cosas viejas y pequeños *bistrós* donde se bebía ante el mesón recubierto de estaño, entre obreros franceses bigotudos vestidos de obreros, con sus anchos blusones de cotelé, sus pantalones arrugados y sus zapatos manchados de pintura. Todo aquello, a Neruda le encantaba. El *chalet* era de tres pisos y tenía un departamento con entrada independiente en cada uno. El primero, con dormitorio y un gran salón, a la vez comedor y cocina, estaba tapizado de un brocato color concho de vino, que sugería relaciones pecaminosas. Pero Delia, "La Hormiga", conocida en París como "Madame del Carril" no prestó atención al decorado. Firmó en seguida el contrato de arriendo con el propietario, M. Mayet-Bedarride, a quien explicó que su marido, "Monsieur del Carril", estaba temporalmente fuera del país.

El departamento del segundo piso era un verdadero estudio de pintor, con altos ventanales y perfecta iluminación. Allí se instalaron Nemesio Antúnez, con Inés Figueroa, su esposa, y Pablo, el hijo de ambos.

"La Hormiga" arrendó también el departamento del tercer piso, al que se regresaba por una escalera exterior. Lo hizo para evitar que llegara a instalarse allí algún desconocido, por razones de intimidad y también de seguridad. Eran los tiempos de la guerra fría y la policía francesa se interesaba más de lo conveniente en las actividades del poeta y senador comunista Pablo Neruda, reclamado por el gobierno de González Videla.

Inés Figueroa cuenta: "Mi hijo Pablo, que era chiquito e iba cada día al jardín infantil, tenía un *cartable*, una especie de portafolios escolar. Me compré uno igual y en él metí aquella espantosa cantidad de dinero. El *cartable* quedó inflado como una pelota y se cerraba con dificultad. Durante un tiempo tuve toda esa plata en casa y vivía temblando. Después me decidí a ponerla en un banco, aunque me

causaba mucho miedo que llegaran un día inspectores de impuestos o algo así a preguntarme por su origen. Yo tenía pasaporte chileno y un permiso de residencia de estudiante. Vivíamos con Nemo muy modestamente. No tenía cómo justificar aquella enorme cuenta bancaria. Tampoco podía abrirla a nombre de Pablo. Al final no pasó nada y con el tiempo adquirí osadía para manejar aquellos fondos”.

Neruda tenía en aquel tiempo su residencia en Praga. Desde allí viajaba con frecuencia a otros países, principalmente Francia e Italia, donde se reunía con sus amigos escritores y pintores, participaba en asambleas por la paz, recitaba sus poemas y hablaba sobre Chile. Los gobiernos respectivos lo mantenían sometido a estrecha vigilancia y sólo le concedían visas por breves períodos.

A Inés Figueroa le tocó la tarea agobiadora de atender los incesantes encargos de Neruda. “Era tiránico y adorable”, dice. Inés le remitía los catálogos de los libreros y anticuarios de París: Bouvier, Lollié, Heilbrun, Lépine, Poursin, Matarasso; él exigía a vuelta de correo o por teléfono que ella comprara sin demora *Una estación en el infierno* de Rimbaud, primera edición de Bruselas, o *Las Iluminaciones*, *Los trabajadores del mar* de Victor Hugo, el diccionario de Diderot en 39 volúmenes, *Las flores del mal* de Baudelaire; o una edición del siglo pasado de *Gargantúa y Pantagruel* de Rabelais. Después las cosas se complicaron aún más: hubo que enviar giros a la Saletta Gonnelli, de Florencia, Italia, por una edición de poemas de Shakespeare de 1630, y a otros libreros italianos por otros hallazgos. Además, dar diferentes sumas de dinero a chilenos en apuros, por ejemplo, al pintor Venturelli o Yolanda Schwartz, o a otras personas, según sus indicaciones, siempre urgentes. Por ejemplo: “Si llega por allí esta niña chilena que viene de México, prima de César Godoy Urrutia, Matilde Urrutia, una persona muy seria, le das diez mil francos”.

Inés Figueroa era una administradora escrupulosa y no dejaba de sufrir al ver la velocidad con que Neruda gastaba sus haberes. Elaboraba unos balances detalladísimos, que encabezaba “Cuentas de Pablo Neruda” y a los que él sólo les daba una mirada distraída, para preguntar en seguida: “¿Pero cuánto queda?”. Inés comenzó, además, a pedir el pago de los derechos de autor de las múltiples ediciones que ya estaban apareciendo de sus poemas en la mayoría de los países de Europa y luego en algunos de Asia. Comenzaron a llegar sumas considerables, que engrosaban la cuenta del banco. “Para Pablo, que tuvo que financiar de su bolsillo las primeras ediciones de sus libros en Chile, aquello era muy sorprendente”, recuerda Inés, “y gastaba entonces o me mandaba gastar con mayor urgencia aún, en incunables, manuscritos, caracolas, antigüedades... y en pasajes, cuentas de hotel y dinero para el bolsillo de numerosos chilenos y chilenas poco solventes que vagaban por Europa—estudiantes, poetas, pintores, músicos o cualquiera otra cosa—buscando el arte, el amor y la revolución”.

En aquellos años, se estrechó la amistad de Pablo con Venturelli que, después del Festival de la Juventud de Berlín se fue quedando y quedando en Europa, junto con su esposa y su hija recién nacida, para viajar más tarde a China. El poeta y el pintor se encontraron en varias ocasiones y, a mi entender, Neruda ejerció en Venturelli una influencia considerable, hasta en su manera de hablar. Por lo

menos, así nos pareció cuando lo vimos en Chile, de regreso de sus primeros viajes, a mediados de los años cincuenta. Ambos compartían posiciones políticas y estéticas; también una gran capacidad para disfrutar de lo que la vida podía preparar cada día. Un día, en su casa de Lo Barnechea, me contó José que con Pablo habían estado proyectando una gran exposición de "Las Cosas que Todos Nombran pero que Nadie ha Visto". El proyecto apasionaba a Neruda. Pensaba que debía realizarse en uno de aquellos maravillosos pabellones *art nouveau* construidos en la Quinta Normal para el centenario.

—Oye, pero, ¿cuáles son esas cosas que todos nombran, pero que nadie ha visto? —le pregunté.

—Son tantas —respondió Venturelli, algo misterioso. Al final terminó por decirme algunas.

—Bueno, por ejemplo, está "La Gran Siete".

Risas, claro está. —¿Y qué más?

—La carabina de Ambrosio.

La enumeración prosiguió. Las muestras ya seleccionadas eran, no sé, una docena. Pero por más que estrujo la memoria sólo consigo rescatar "Las Peras a Cuatro", "El Teatro de Bote en Bote" y "La Mar en Coche".

Aunque la inclusión de esta última, advirtió José, estaba sujeta a segunda discusión, por tratarse de una expresión española, poco conocida en Chile.

En cada encuentro del pintor con el poeta continuaba el juego en torno a este proyecto, que los dos tomaban muy en serio, desternillándose de risa.

En 1946 Venturelli ilustró el poema de Neruda "Los muertos de la plaza", escrito a raíz del tiroteo policial de la Plaza Bulnes, donde murió la joven comunista Ramona Parra. Supongo que fue entonces cuando se conocieron. Más tarde, hizo las ilustraciones para la edición chilena del *Canto General*. Luego, el gran cisma del mundo comunista, entre China y la Unión Soviética, apartó a los amigos. Tengo entendido que no hubo entre ambos una ruptura abierta o explícita, pero al parecer se mantuvieron ya para siempre alejados y la Gran Exposición de las Cosas que Todos Nombran, pero que Nadie ha Visto quedó para siempre en el limbo de los proyectos no realizados.

En 1951, cuenta Inés Figueroa, "teníamos la sensación de que Pablo podría regresar pronto a Chile. Ya la represión amainaba. Por eso, la celebración de su cumpleaños, rito anual obligatorio, tuvo en aquel mes de julio, un matiz especial de anticipación de la despedida, una emoción muy particular".

Dominique, la compañera del poeta Paul Eluard, llegó temprano al *chalet* de la casa Pierre Mille y se dedicó durante largas horas a la preparación de los manjares. Dominaba los misterios de la cocina francesa y, en especial, de la *cuisine mijolée*, basada en la cocción a fuego muy lento de carnes y vegetales, escalonados estratégicamente, de manera que cada uno rinda el máximo de su sabor sin perder su individualidad, pero sin desentonar en medio de la orquesta.

Los invitados franceses, sobre todo Jean Marcenac, traductor y gran amigo de Neruda, el encantador "Jeannot", con su acento meridional y su risa siempre dispuesta, se ocuparon de los vinos. También Pablo, que se las daba de entendido,

aunque sus opciones enológicas a menudo eran refutadas por eruditos como Aragon, otro de los invitados.

Llegaron además, Elsa Triolet, la mujer de Aragon, la bella Elsa de ojos celestes, nacida en Rusia, hermana de Lily Brick, gran amor de Maiacovski; y estaban, claro, Paul Eluard, Alice Arweihler, también traductora de Neruda, el editor Pierre Sehers, "La Hormiga", Nemesio Antúnez. En total unos veinte.

Agrega mi informante: "Habíamos adornado la mesa al estilo campestre chileno, con flores y ramas verdes. Se comió y se bebió con gran alegría. Pablo sacó de una caja unos maravillosos vasos de cristal de Bohemia, que había comprado en Praga con sus derechos de autor y que eran, declaró, los únicos dignos de semejantes vinos. Aquella noche estaba particularmente inspirado".

Dio la bienvenida al vino *Pelure d'Oignon* (tela de cebolla), uno de sus favoritos, con un gran discurso. Hablaba en francés porque entre los contertulios predominaban los franceses. Hizo que cada cual admirara al trasluz la delicada tonalidad rosa y tornasolada, la transparencia nacarada, iridiscente, de ese vino originario del Béarn, en el sur de Francia. Levantando la copa evocó la silueta de los Pirineos, las laderas relumbrantes de sol, los terrones del campo bearnés, de los que brota un vapor embriagador, celebró la poesía de los viñateros que crearon y bautizaron este gran *rosé* de las tierras del sur.

"Hablaban un francés muy rico y literario, producto de sus enciclopédicas lecturas. Tenía un inmenso vocabulario y un fuerte acento español... o chileno. Los presentes lo escuchábamos con una especie de admiración maravillada. Sólo Aragon manifestó después cierta reserva: no le parecía ortodoxa la combinación de aquel vino con lo que se comía".

Después se puso de pie Paul Eluard para el brindis de despedida. (En realidad, Neruda sólo partiría un año después). Dijo que quería darle, con su corazón, unos recuerdos para que los llevara a Chile. Y le entregó lo que traía: una edición clandestina del siglo pasado, de poesía de Victor Hugo, perseguido en su tiempo por Napoleón III, a quien el poeta dejó marcado para siempre como "Napoleón el Pequeño", y dos cartas en las que Isabelle Rimbaud cuenta a su madre, desde el Hospital de Marsella, la agonía de su hermano, el poeta Arthur Rimbaud.

"Pablo y Paul se abrazaron. Creo que muy rara vez, o nunca, vi a Neruda tan emocionado. A tal extremo, que en un momento no pudo hablar, se llevó una mano a los ojos y estuvo a punto de salir, como para esconder púdicamente su estado de ánimo. Tal vez para llorar solo. Tomaba las dos cartas, escritas en letra muy clara y fina sobre un papel delgado que ya comenzaba a amarillear. Las volvía a dejar sobre la mesa. Las tomaba de nuevo. Por fin, las entregó a Eluard y le pidió que las leyera", dice Inés Figueroa.

Lo escucharon en completo silencio, petrificados, con la sensación de asistir a un hecho único en sus vidas. Eluard leyó hasta el final, con su bella voz, la carta que Isabelle fechó el 22 de septiembre de 1891:

...llora comparando lo que era un año atrás con lo que es actualmente, llora pensando en el futuro, en el que no podrá ya trabajar, en el presente en que sufre atrocemente: me

abrazo sollozando y gritando, suplicándome que no lo abandone. No podría decir cuán digno de lástima es. Por eso todos aquí lo compadecen mucho, son tan buenos con nosotros que ni siquiera tenemos tiempo de formular nuestros deseos cuando ya los adivinan. Lo tratan como a un condenado a muerte al cual no se le niega nada; pero todas estas complacencias son pérdidas para él, porque jamás acepta las pequeñas golosinas que le ofrecen: lo que él pide es

Largo silencio. Eluard explicó que así terminaba la carta. Quedaba trunca. Faltaba un fragmento o una página, que nunca se encontraron. Y agregó:

"Está bien así. Eso era Rimbaud. Nunca se sabrá lo que quería".

El exilio de Neruda llegó a su fin en 1952. En un restaurante de Cannes, frente al Mediterráneo, le ofreció el almuerzo de la despedida definitiva un grupo de amigos, del que formaban parte, Picasso y su compañera de aquel tiempo, Françoise Guillot; Eluard y Dominique; Inés Figueroa, su hermana Carmen y el esposo de ésta, Philip Meyer y el hijo mayor de Picasso, Paul.

El clima de la reunión fue por momentos alegre y melancólico. Hacía calor. Picasso se arrancó la camisa multicolor que llevaba y exhibió su torso musculoso y peludo. Sobre su pecho brillaba, colgada de un cordón negro (de zapatos, probablemente) una cabeza de Minotauro de oro, de unos siete centímetros de largo por cinco de ancho, maciza y pesada, que él mismo había hecho con la técnica de la "cera perdida". Todos admiraron la joya y de pronto, el pintor se la sacó por encima de la cabeza y procedió a colocársela a Neruda como una condecoración de adiós.

Pablo, el nuestro, se ruborizó y agradeció el principesco regalo. Pero no estaba del mejor talante. Se le notaba nervioso, algo confuso o distraído.

"Pero, entonces, ¿qué pasa? ¿Dónde está Rosario?", preguntó Eluard.

Se refería a Matilde, para los amigos todavía la "Rosario de la Cerda" de "Los versos del capitán".

Neruda dijo con vaguedad: "Ella está a bordo". Se refería al barco en que ambos debían viajar hacia América del Sur, el *Giulio Cesare*.

"Pero, ¿por qué no la trajiste?", insistió Eluard extrañado.

Pablo farfulló unas palabras ininteligibles.

Eluard y Picasso, que lo conocían bien, se hicieron cargo en seguida de esa especie de "complejo chileno" que lo asaltaba. Solidarizaron con él, lo comprendieron. Pero, a la vez, no dejaba de darles risa su embarazo. Lo veían, con cierta ternura, como un gran adolescente que vive una aventura amorosa en medio de vergüenzas inexplicables. No sabían lo que es el "tonto Morales".

En cambio, a Philip Meyer, científico francés muy francés, la actitud de Neruda le pareció *tout à fait ridicule*, como dijo con firmeza, aunque en voz baja, "¡Eso es algo del siglo XIX!".

Neruda tenía además otros motivos de preocupación. Contribuían a aumentar su inquietud, en aquellas vísperas, diversas incógnitas políticas y personales. En Chile lo esperaban González Videla y los temidos "guatones de la PP" (policía política), múltiples y absorbentes tareas, los puritanos compañeros del Partido, "La Hormiga". Por otra parte, algo sabía o intuía de la intención del gobierno

francés, que se iba a confirmar pocas horas más tarde, de prohibirle "para siempre" el ingreso a Francia.

Pero los comensales se esmeraron en crear un clima grato. Las cartas de vinos y de pescados y mariscos originaron profundas reflexiones y debates eruditos. Neruda preguntó, entonces, en tono casi infantil, si podía pedir algo "muy especial".

—Por supuesto —le dijeron— pide lo que quieras.

Pablo comenzó a demorar la respuesta, con extraña timidez, y los otros, en silencio, se pusieron a imaginar —después lo dijeron— algo particularmente complicado o refinado: pulpo a la manera de Melville, langosta imperial James Joyce, sopa de aletas de tiburón a la Chou Enlai, lenguado a la Giordano Bruno... o quizá qué.

Neruda dijo finalmente: "Yo quisiera, si no es muy difícil... es decir, si es posible, bueno, si no se puede Uds., me lo advierten... Yo querría... una ensalada de berros".

Se miraron todos atónitos y estallaron en una gran carcajada, que al comienzo desconcertó al poeta. Después la acompañó de buena gana.

Se habló de diversos temas durante el almuerzo. Tal vez de política francesa, chilena y mundial. A propósito del Minotauro que ahora colgaba sobre el pecho de Neruda, éste evocó los espléndidos regalos que recibiera de Paul Eluard el año anterior, en el día de su cumpleaños, y que ahora llevaba a "Chilito", como le gustaba decir a veces. Y meditó sobre su propia ingratitud, al insistir en el regreso y en alejarse de tantos y tan generosos amigos.

¿Qué hizo con aquellos regalos y con sus enormes compras de libros y manuscritos únicos? Los mascarones de proa y otros mil cachivaches están en la casa de Isla Negra. Los cuatro mil volúmenes de su biblioteca y su colección de caracolas los regaló en 1954, al cumplir cincuenta años, a la Universidad de Chile.

Del Minotauro picassiano nunca más se supo.

*Eres como un fantasma avergonzado
de no amar más a los que tanto te aman,
y aún es tan extraño que te falten,
las hostiles espinas de tu patria,
el ronco desamparo de tu pueblo,
los asuntos amargos que te esperan
y que te ladrarán desde la puerta.*

*.....
Así es de injusta el alma sin raíces:
rechaza la belleza que le ofrecen:
busca su desdichado territorio
y sólo allí el martirio o el sosiego*

(Pablo Neruda, "Exilio", en *Memorial de Isla Negra*)

GABRIELA MISTRAL Y LA ARGENTINA

Sergio Martínez Baeza

En la obra de la insigne poetisa Gabriela Mistral, tan plena del más auténtico amor a su patria, se advierten, de modo ostensible y reiterado, expresiones que vinculan su delicada sensibilidad creadora al ámbito material y espiritual de otra nación del continente: la República Argentina.

Pareciera que desde su nacimiento en Vicuña, un día de abril de 1889, Gabriela hubiese estado estrechamente ligada a la nación vecina. Su padre Juan Jerónimo Godoy Villanueva llevaba apellidos de indudable raigambre cuyana y las primeras letras debió aprenderlas en el *Silabario* escrito por el gran sanjuanino Sarmiento, en Chile, a mediados del siglo XIX.

Muy pronto debió advertir la identidad fraterna entre los hombres de las provincias fronterizas argentinas con los del valle que la vio nacer. Así lo expresará más adelante: "Por aquellos tiempos sin Transandino, en que los arrees de ganado eran frecuentes y penetraban lentamente en Chile, Coquimbo y Aconcagua, con Mendoza y San Juan vivían una misma costumbre, casi se hablaba el mismo canturreo, y la estampa rural de gran sombrero, de espuela cruel y poncho de vicuña mostraba el mismo énfasis de plata y buenas lanas".

Y abunda en sus vivencias infantiles, rememorando con satisfacción: "Yo me he dormido de niña en el valle de Elqui oyendo a huasos y cuyanos trocar sucedidos fabulosos de la cordillera, mientras circulaba el mate, terriblemente común, y sus caras se me confunden en el recuerdo. La misma color de baya de algarrobo, los ojos acalentrados y burlones y un cuerpo delgado que las cabalgatas no dejaban engrosar...".

Esas provincias de una y otra vertiente de la cordillera eran, según su expresión, "una lonja muy ceñida y muy donosa de la América, sin ninguna extranjería ajen y Martín Fierro podía hallar buena guitarra del lado nuestro y escuchadores como los suyos, engolosinados con la tonada que cae y se endereza, lo mismo que lazo".

La hija de Juan Jerónimo Godoy y Petronila Alcayaga deja en 1910 su terruño natal y se traslada a Santiago para estudiar en una escuela normal, prolongación de aquella que dirigiera Sarmiento en 1843, y allí permanece hasta obtener su título de maestra.

Su primer destino fue, en 1914, como profesora de historia, geografía y castellano en el Liceo de Señoritas de Santa Rosa de Los Andes, villa en la que, 81 años antes, se había detenido Sarmiento para ganar, también él como maestro de escuela, su pan de emigrado.

La joven Lucila Godoy viaja a hacerse cargo de su puesto con un equipaje casi totalmente compuesto de libros, entre los que se cuentan *Melpómene* de Arturo Capdevila, la *Didáctica* de Leopoldo Lugones, *La urna y las barcas* de Enrique

Banchs, *El país de la selva* de Ricardo Rojas, *La gloria de don Ramiro*, de Enrique Larreta y varios más que ya la han puesto en contacto enriquecedor con la cultura argentina.

Seis años vivió en Los Andes, ejerciendo el magisterio y, como ella misma dirá al ser entrevistada para la revista *Atlántida* de Buenos Aires, en 1918, fueron éstos "los seis años más intensos de mi vida. Hasta tal punto fijé mi corazón y mi mirada en este paisaje hebreo de montaña tajeada y purpúrea, que quiero llamar a Los Andes mi tierra nativa, la tierra de mis preferencias. Y, no es solamente que aquí haya escrito todos mis versos (incluso sus famosos "Sonetos de la muerte", agregó yo), sino que sobre todo, porque aquí se me ha dejado ser la maestra que Dios quería de mí".

Desde el primer instante de su magisterio, la joven profesora quiso innovar en la enseñanza de la geografía, poniendo su aula al aire libre, bajo la arboleda del patio del Liceo, a fin de que así sus alumnas aprendieran de la naturaleza misma, sin trabas ni muros limitantes.

Esta nueva modalidad no fue, sin embargo, bien acogida por la dirección del establecimiento y, para justificarla, Gabriela escribió algunas notas que luego fueron publicadas por *Atlántida*, en Buenos Aires, en 1919. En ellas dice: "Afronté en los comienzos las burlas sanas de algunas de mis colegas y dejé pasar los chistes de las niñas que hallaban divertida su nueva situación. Pasados diez días la disciplina fue la misma que en la sala de clases. El mapa en relieve hecho en el suelo era inolvidable para las alumnas. La clase perdía gravedad, lo que para mí es ventaja. Odio todo lo que significa entenebrecer el estudio. El ambiente de confianza, el único en el cual se educa, se establece con mayor facilidad. Todo lo que no se traduce en vida, física y espiritual, es engaño y traición a la raza y a Dios".

Por esos días se introduce en su pensamiento, con vehemencia, la figura de Sarmiento, el gran sanjuanino que en 1833 escogiera Los Andes como primer puerto de recalada en su periplo chileno. Pronto se pondrá a la tarea de rehacer las andanzas del ilustre emigrado, visitando viejas casas, recorriendo calles del poblado y hurgando en los recuerdos de personas mayores.

Así, puede contarnos: "En la primera escapada hacia Chile, Sarmiento tuvo que peonar en la cordillera como barretero; yo no sé si por atravesar la montaña sin dar sospecha o porque no llevaba blanca en el bolsillo, al igual que cualquier emigrado. Llegando a la primera ciudad, Santa Rosa de Los Andes, trató de quedarse allí un tiempo, buscar medio de ir viviendo, observar la situación de Chile y pensar más tarde en viajar a Santiago".

"¿Qué habría de pedir él que no fuese una escuela?", se pregunta nuestra poetisa. Y luego, en frase de gran expresividad nos dice: "Llevaba la escuela más que *Facundo* atravesada en el pensamiento y la imagen del pan suyo y del pupitre escolar se la hacían una sola; la escuela se le venía al alma como el halcón al puño del cazador...".

— Sarmiento había sido maestro, primero en Los Andes y después en Pocuro, a escasos dos kilómetros de esa localidad. Hacia este último caserío irá tres veces Gabriela en peregrinación, tras la huella del maestro sanjuanino, y se detendrá respetuosa frente a la escolita rural que fue su hogar y su taller.

Ella misma nos cuenta esta experiencia: "La casa es fea y no ha debido ser mejor: la escuela del tiempo, chata y pesada como la duna, de pocas aberturas, en razón de que se pasaba fuera el día entero; construida con unos adobes que la mucha o poca agua se llevan; creo que techada con la totora chillona que se calienta en verano pero que se llena de bichos; con un patio pelado que apisonaban los niños y donde sólo se ve el clásico poste para amarrar el caballo...".

Comparte nuestra poetisa, pese al tiempo transcurrido las vivencias de Sarmiento en Pucuro. "En esa miseria —dice— hecha más de humedad y de sombras que de materiales vergonzantes; en ese rincón chileno de llorar, adonde no llegaban periódicos ni gentes con quienes cambiar un comentario argentino; ...en ese grupo de casas al que llamaban aldea, dándole promoción, vivió un tiempo un Maestro vital".

Al terminar su misión en Los Andes, en 1918, Gabriela partió con un propósito en el alma: salvar la reliquia de Pucuro y con ella el nombre del gran sanjuanino que admiraba. No habría de olvidar tal compromiso.

Tras cumplir con su destino de maestra en Punta Arenas, en Temuco y en Santiago, en 1922 se dirige a México y allí, al celebrar la gran labor educativa emprendida por esa nación, señala que ella "sólo tiene paralelo digno en el gran Sarmiento".

Más tarde, en su primer viaje a la Argentina, en diciembre de 1925, contó desde su tribuna de conferenciante y desde las columnas de la prensa bonaerense, su encuentro con Sarmiento en Pucuro y sus afanes por honrar su memoria y salvar su vieja escuelita. Allí mismo dejó testimonio de su entrevista en París con el entonces senador chileno don Pedro Aguirre Cerda, más tarde Presidente de la República, para interesarlo en la fundación, en ese solar, de la primera escuela-granja de Chile, que debería llevar el nombre de Domingo Faustino Sarmiento.

En Petrópolis (1945), meses antes de viajar a Suecia a recibir la consagración del Premio Nobel de Literatura, Gabriela es visitada por una amiga argentina y vuelve a dejarnos un testimonio de su pasión sarmientina. Dice: "El Viejo Titán entra por estas puertas bajo las especies de una hija suya; se instala a toda anchura y, por tres meses de vacaciones, el herrero de patrias manda sobre su conversación y la lectura en este barrio petropolitano que se llama independencia...".

En otra ocasión diría: "Siento casi el deber de loar a Sarmiento... fundamentalmente, él es una de mis admiraciones entusiásticas...". "Chile lo estima uno de sus héroes civiles. Era, además, de Cuyo, y nos gusta considerarlo un poco hermano, como a todos sus coterráneos...". "Yo he sido siempre una autodidacta —dice—, lo he debido todo a mí misma, y reverencio al padre de *Facundo* que es el superautodidacta. Su pasión por hacer grandes cosas, su fiebre creadora, su espíritu emprendedor y turbulento, con los que despiertan las grandes simpatías. Su americanismo fue total, creación casi plutónica de la tierra...".

Al igual que Sarmiento, Presidente de la nación Argentina, que gustaba que le llamaran *maestro de escuela*, también Gabriela Mistral, Premio Nobel de Literatura, lo que más anhelaba era ese calificativo. De allí su inmenso ruego: "Señor,

Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe, que lleve el nombre de Maestra que Tú llevaste por la tierra...”.

Pero, volvamos a Los Andes, esa su “tierra nativa” que inspiró su canto inicial y dio alas a su expresión poética. Desde allí envía sus primeros versos a Buenos Aires y el 14 de marzo de 1918, en la página literaria de la revista *Atlántida* se da a conocer el nombre de Gabriela Mistral, puesto al pie de su poema “Canto al Nido” que la autora no incluyó más tarde en su libro *Desolación*.

Unos meses después, en la primera quincena de septiembre de 1918, la revista *Caras y Caretas* otorga amplio espacio en sus páginas a su bello “Nocturno”, que es, a un tiempo, sentida plegaria y dolida queja: *Padre nuestro que estás en el cielo / porqué te has olvidado de mí / Te acordaste del fruto en febrero / al llagarse su pulpa rubi / Llevo abierto también mi costado / y no quieres mirar hacia mí...*

Este último poema lo había entregado Gabriela al escritor argentino Samuel Echembaum, enviado por *Caras y Caretas* a entrevistarla. En esa oportunidad, a punto de viajar a Punta Arenas, donde iba a dirigir al Liceo de Señoritas de esa ciudad austral, Gabriela se comprometió a visitar la Argentina y a los autores de aquellos libros que habían iluminado sus horas de soledad y enriquecido su espíritu.

Por esa época se editaba en Buenos Aires la revista *Nosotros*, dirigida por los intelectuales Roberto F. Giusti y Alberto Bianchi, en la que colaboraba un grupo selecto de escritores argentinos. En sus páginas se publicaron, en agosto de 1918, cuatro poemas de Gabriela Mistral: “De los sonetos de la muerte”, “Futuro”, “El amor que calla” y “En un libro de versos”. Cabe advertir que este “Soneto de la muerte” era el cuarto salido de su pluma. El quinto también sería publicado en Buenos Aires.

Al promediar 1918 Gabriela Mistral pisa la tierra helada de Punta Arenas y desde allí sigue colaborando con diarios y revistas de Buenos Aires. La desolación del paisaje que la circunda y que la embarga va a dar origen a su poema homónimo y más tarde servirá de título a su primer libro. Sólo mitiga su desesperanza la lectura de Banchs, de Capdevila, de Alfonsina, de Fernández Moreno, de Buffano, de Carrizo y de otros de sus antiguos y nuevos amigos-autores argentinos.

En su peregrinar de maestra retorna pronto al norte, pasando por Temuco por Santiago y La Serena y son sus composiciones publicadas por *Atlántida* o *Caras y Caretas* las que nos van informando de su paradero. Esas revistas ya no le mezquinan el espacio y así podemos confirmar que todos los versos de *Desolación* vieron la luz pública en Buenos Aires, entre 1918 y 1921, con anterioridad a su primera edición de Nueva York.

En 1920, *La Nación* publica una columna titulada *Bocetos Femeninos*, que firma Tao-Lao, es decir, otra gran figura femenina de las letras de nuestro continente: Alfonsina Storni. “Mujer, profundamente mujer, más allá de toda palabra mujer—dirá Alfonsina de Gabriela— porque a través de su carne el sentimiento de la maternidad la atraviesa como un don inefable, y su condición de planta llamada a madurar frutos en el verano, la halla con los ojos bajos y las manos juntas, sumisa a la ley que se le anuncia, tremenda pero sagrada, en toda cosa viva, destinada a reproducirse y morir...”.

Su amistad con Alfonsina Storni se había iniciado en 1918, cuando ambas comenzaron a colaborar en la revista *Atlántida*. Ambas hacían igual faena ante el pupitre escolar y ambas llevaban como destino mayor la búsqueda de la belleza hecha cantares. Gabriela, al leer los escritos de Alfonsina, la presintió herida y angustiada, motivo sobrado para prodigarle sus ternuras de hermana mayor.

A modo de saludo le dedicó su "Poema del hijo", publicado en *Atlántida* y Alfonsina se lo retribuyó con la dedicatoria de su "Letanía de la tierra muerta".

En 1926 Gabriela llegó por primera vez a Buenos Aires y su primer pensamiento fue tomar contacto con Alfonsina. Ese mismo año, en París, escribió una *Semblanza de Alfonsina* en la que nos informa de ese encuentro tan esperado. Expresa allí: "Me habían dicho: Alfonsina es fea, y yo esperaba una fisonomía menos grata que la voz escuchada por teléfono y, cuando abrí la puerta, me quedé desorientada y hasta tuve la ingenuidad de la pregunta: ¿Alfonsina? -Sí, Alfonsina- respondió la llegada y se rió con una buena risa cordial...".

"Extraordinaria su cabeza, pero no por rasgos ingratos sino por un cabello enteramente plateado que hace el marco a un rostro de 25 años. Cabello más hermoso no lo he visto; es extraño como lo fuera la luz de la luna al mediodía. Era dorado y alguna dulzura rubia queda todavía en los gajos blancos. El ojo fiel, la empinada nariz francesa, muy graciosa, y la piel rosada le dan alguna cosa infantil que desmiente la conversación sagaz de la mujer madura".

"Siete días pasamos juntas...", nos dice Gabriela, y ese tiempo fue suficiente, conociendo con antelación su obra, para que emitiera este interesante juicio valorativo de ella: "No hay nada que decir de la poetisa; acaso sea el poeta argentino que se puede poner después de Lugones... Ella está al lado de Juana, la admirable (Juana de Ibarbourou) con el derecho de su poesía rica, que tiene todos los matices, variada por humana, piadosa, cruel, amarga y juguetona...".

A raíz de la publicación de su libro *Mundo de los siete pozos*, Gabriela envió una tarjeta a su amiga Alfonsina en la que le decía que poetas como ella nacían sólo cada cien años...

En 1951 la revista argentina *El Hogar* publicó una entrevista a Gabriela, hecha en Nápoles, en la que ésta evocó a Alfonsina vertiendo los siguientes conceptos: "La última vez que conversé con ella fue en Montevideo, durante los cursos de vacaciones de 1937. Éramos excelentes amigas; nos quisimos y comprendimos siempre. Me dio la impresión de mantener cierta hostilidad contra sí misma y complacerse en el propio sarcasmo. Mal síntoma es apiadarse de uno, principio que reniega de toda caridad. Supe que en un banquete al que había asistido días antes, expresó reflexiones irónicas y sombrías. Evidentemente alguna dolencia espiritual u orgánica minaba aquel cuerpo robusto y vigoroso. Me confesó que su sueño era viajar a Europa y me pidió la ayudara... Convinimos que un adecuado medio resultaría solicitar a las autoridades argentinas que la designaran para una misión de estudios... No volví a verla más y, tiempo después me enteré de la catástrofe. A veces pienso si el ansiado viaje no habría podido abstraerla de sus problemas y la hubiera salvado, ayudándola a evadirse de su propio paisaje mental... Una vez me pidió en un verso: "¡Que me sometan a todas las manos del misterio!...". ¡Cómo trabajaron solícitas aquellas manos! ¡Cómo las he visto obrar

con torpeza precoz en lo que llevo de vida, con seres admirados, colegas, amigos...! El drama de Alfonsina —concluye— iluminó el de todos nosotros los poetas, huérfanos de defensa, inermes ante la plaza pública, desamparados y vacíos en el recinto infernal...”.

El 30 de abril de 1952 Gabriela dictó una conferencia sobre Alfonsina Storni en el Palacio de la Fornasina de Roma, auspiciada por el Instituto Cultural Ítalo-Argentino, en presencia de diplomáticos y escritores italianos. Su voz emocionada tuvo resonancias conmovedoras al evocar el *Vía Crucis* terrenal de su amiga muy querida, a la que terminó por calificar como primera figura de las letras argentinas...

En una entrevista concedida por Gabriela a la educadora argentina Adelia di Carlo, publicada en *Caras y Caretas*, el 9 de enero de 1926, nuestra poetisa se refiere a otros escritores argentinos, señalando en primer término a Leopoldo Lugones y después a Enrique Banchs, Arturo Capdevila, Alfonsina Storni, Fernández Moreno y Rafael Arrieta entre los poetas. En cuanto a los prosistas declara su alta estima a Ricardo Rojas, Enrique Larreta, Horacio Quiroga, Arturo Cancela, Alberto Gerchunoff y Manuel Gálvez. De todos ellos puede citar sus obras y destacar sus méritos.

“Banchs tan querido —expresa— me fascinó para siempre por su poesía sencilla... pareciera un podador de sombras. Llevaba al verso la palabra después de cubrirla con la más armoniosa claridad...”.

Pero, sin duda, es Leopoldo Lugones el que más admira. Lo conoció leyendo sus *Montañas de oro* y sus *Odas seculares*. Su impresión es tal que llega a decir que su talento la “desconcierta como ciertas riquezas inauditas de la naturaleza...”.

Desde Punta Arenas, en 1919, había enviado a *Atlántida* un juicio crítico sobre la *Didáctica* de este autor: “Este hombre que es por sobre todo un artista, va, en su ímpetu de amor humano, hacia cien actividades distintas y muy modernas. Es pedagogo, periodista, político en alto sentido, historiador y ciudadano; y en toda tierra cava con hondura e imprime su sello de latinidad”.

A medida que lo va desentrañando advierte con gozo que Lugones “lucha contra la rutina y la plebeyez en cada artículo de diario y entrega en cada poema nuevo una sensibilidad depurada, sutilizada hasta un ápice de perfección que ni en Rubén Darío conoció antes la América...”.

A la pedagogía, “vuelta odiosa a pura repetición de lugares comunes” llevó Lugones en expresión de Gabriela “su frescura de fecundador”, injertando “sabias nuevas y casi insospechadas...”. La *Didáctica* resulta para Gabriela tan original y rica como la obra poética del gran Lugones.

La biografía de *Sarmiento* del mismo autor la hace decir con entusiasmo que “es la única obra americana concebida y tratada desde un sentido y visión americanos”.

La lectura de *Las horas doradas*, *Romances del buen invierno* y *Los árboles de humo*, producciones poéticas de Lugones, le permiten expresar: “Sus poesías son como una transparencia del idioma... es el castellano espeso y terco, ductilizado, espiritualizado hasta un milagro de celaje o de cristal; es el intento de Rubén Darío y Amado Nervo, cumplido... Lugones aplica la transparencia de la frase a motivos

reacios, hasta hostiles, y llega a lograr la misma elegancia y nobleza; del lenguaje espiritualizado de azul pasa al hogar, sin que mengüen la nitidez, la levedad ni la hermosura...".

En su expresión, considera "un suceso dentro de la historia de la lengua la obra del maestro argentino... que agregó enjundia y revistió con un nuevo manto el habla castellana. No es sólo el tañedor ni el vivificador de una lengua, es también el arquitecto, es el mago al que sirven por igual ciencia, música, colores, y líneas, que ha divorciado a la poesía de lo sobrenatural para asentarla como una pirámide en tierra firme de conciencia absoluta y de seria, sagrada realidad...".

Más tarde, en México, al escribir sus *Lecturas para mujeres*, selecciona obras de Lugones y Capdevila y entrega sus composiciones como modelo para que los jóvenes de esa nación del norte perfeccionen su espíritu.

En marzo de 1938 Gabriela Mistral llega por segunda vez a la Argentina y sus primeras palabras son de dolor por la muerte de Leopoldo Lugones. "Yo estaba en el Uruguay —dice— cuando murió Lugones. La noticia fue terrible para mí. No le había tratado nunca y, sin embargo, a través de su obra muy leída y muy estudiada, valoraba en él al hombre múltiple, al hombre extraordinario".

En esa misma ocasión habría de recordar un hecho curioso. Días antes del fallecimiento del escritor había recibido la visita de una delegación de estudiantes uruguayos y, debiendo hablarles, había venido a su memoria un cuento infantil del escritor argentino. "Con qué dulzura sabía escribirlos —dirá de Lugones— que no desdeñaba bajar de su altura hacia los pequeñitos".

Volverá a referirse a Lugones muchas veces. En 1947, en un discurso enviado al Congreso Iberoamericano de Bibliotecarios que se celebraba en Washington, le llamará "misionero del libro, poeta mayor, varón sapiente", y agregará "Al muy letrado se le vio siempre allí, dirigiendo la Biblioteca de Maestros de Buenos Aires, sirviendo al entrenado como al simplote y atizándoles la pasión de conocer, que no le anda a la zaga a la de amar, y se haya por lo tanto, latente en todos".

Otro ápice de la vinculación de Gabriela con la Argentina lo constituye su amistad con Victoria Ocampo, esa gran personalidad literaria y humana que tanto aportó a la cultura de su patria, la que, al ser recibida en la Academia Argentina de Letras, honor que se otorgaba por primera vez a una mujer, recordó a tres mujeres que gravitaron en su vida: su antepasada la india guaraní Agueda, la inglesa Virginia Woolf y la chilena Gabriela Mistral. Diría en esa ocasión: "A la primera le debo parte de mi escribir: a las otras dos, el no haberme contentado con existir".

En sus *Testimonios*, sexta serie, el último de los publicados por la propia autora, Victoria Ocampo, dice: "La publicación del sexto tomo de *Testimonios* responde en mí a un deseo de ordenar papeles. Podría ordenarlos metiéndolos a una chimenea encendida, como hice con tantos otros. Pero los artículos de esta nueva serie y las conferencias no están en mis cajones: están en diarios, revistas, y en manos de algunos amigos. No es totalmente improbable que se le ocurra a alguien, el día de mi ausencia definitiva, recoger estas páginas dispersas. Prefiero adelantarme y publicarlas yo misma, por insuficientes que me parezcan. Además,

no queda descartado que éstos como otros testimonios, puedan servir como puntos de referencia”.

Cuán exacto y aun profético ha resultado este mensaje “Al Lector” de Victoria Ocampo, pues sus obras en general y sus *Testimonios* en particular, son fuente riquísima de conocimiento del desarrollo argentino en lo social y cultural y, muy especialmente, en lo literario.

De esta serie sexta de *Testimonios* deseo destacar el estudio que su autora titula “Gabriela Mistral en sus cartas”.

Dice allí Victoria Ocampo que “Gabriela Mistral es la más representativa, la más importante de las mujeres de Hispanoamérica, en nuestra época. No creo que nadie lo discuta —agrega—. Es representativa en cuanto personalidad; importante en cuanto poeta”.

Y prosigue: “América (la indoespañola), los niños, la poesía, fueron sus tres constantes amores. Y acompañada de estos amores recorrió la vida y el mundo”. Luego, pasa a referirse a las cartas que recibió de Gabriela y comenta, al inicio de este capítulo, una carta de Marcel Proust a *madame* de Noailles de la que cita esta frase: “Qué emoción tuve hoy al ver al tumulto indisciplinado de su letra”; para demostrar como “una simple carta puede traer tanta alegría o tanto desconsuelo”.

Expresa, a continuación, que el género epistolar se aviene a la femineidad porque la carta se dirige a un solo ser, no a todos, y porque, al revés del hombre, la mujer está hecha para la intimidad.

Al decir de Ortega y Gasset el hombre posee la genialidad lírica y la mujer la genialidad epistolar. En el caso de Gabriela Mistral, agrega Victoria Ocampo, “gran aficionada a escribir cartas, tanto como poemas, nos encontramos con las dos formas de genialidad. Una de ellas podada, más o menos; otra creciendo como selva tropical”.

Victoria emite un juicio muy acertado al señalar: “Las de Gabriela no eran cartas compuestas, literariamente hablando, ni cuidadas. Se parecían o, más bien dicho, se parecen a su letra. No sé lo que diagnosticaría un grafólogo. Es una letra acostada como alfalfa bajo un vendaval. Muy lisa, muy toda del mismo tamaño. A veces difícil de descifrar, sobre todo porque habitualmente escribía con lápiz. Esto de escribir con lápiz —agrega— es una prueba más de que, al escribir cartas, Gabriela no se preocupaba de la posteridad. ¡Nadie que piense en la posteridad usa lápiz!”.

“Gabriela Mistral, como Keyserling, escribía abundantemente cartas —continúa— y las escribía sin componerlas. Eran cartas habladas. Así también las escribía Virginia Woolf. Tengamos presente que ambas hablaban con genialidad, aunque de manera singularmente espontánea y natural. Siendo dos escritoras y dos personalidades totalmente distintas, casi opuestas, su dominio del idioma les permitía usarlo como les venía en ganas”.

Las cartas de Gabriela eran “instantáneas... y tenía la mala costumbre de no fechar sus cartas”, nos dice Victoria, y continúa: “Su búsqueda de lo americano había encontrado en mí un curioso campo de experimentación. Y durante nuestros 23 años de amistad (no cuento los primeros), condimentada de discusiones y sin peleas de ninguna índole, creo que no cesó de mirarme como miraba

las piedras, los postes, los animalitos de nuestro continente. Yo representaba para Gabriela el estilo americano más de intemperie que darse pueda”.

Y termina diciendo: “Prefiero recordarla en la época feliz que vivimos en Mar del Plata. La temporada aquella en que, de un piso a otro de mi casa de madera iban cartitas sin valor literario, que se referían a la comedia, al sueño, a la temperatura, al buen o mal tiempo, al deseo de ir a ver el mar. Por ejemplo, ésta de Gabriela: “Dormí, no del sueño en bloque, pero dormí. Y desperté sin saber ni dónde estaba hasta que me vino su carta, Victoria”.

Gabriela y Victoria, esas grandes voces femeninas de nuestra América, vivieron estrechamente unidas por la amistad y el sino poético. También en Mar del Plata, la chilena escribe a su anfitriona: “Victoria: la costa a que me trajiste tiene dulces los pastos y salobre el viento; el mar Atlántico como crin de potros y los ganados como el mar Atlántico”.

Después, en un *Recado* singular, Gabriela dirá premonitoria a su amiga: “Guarda libre a tu Argentina, el viento, el cielo y los trojes; libre la cartilla, libre el verso, libre el canto, libre el llanto, el pericón y la milonga, libre el lazo y el galope, y el dolor y la dicha libres...”. Y, para terminar, agrega un voto, un pacto con la Argentina, para el resguardo de tales libertades, que están garantizadas, “por la ley vieja de la tierra, por lo que es, por lo que ha sido, por tu sangre y por la mía, por Martín Fierro y el gran Cuyano, y por Nuestro Señor Jesucristo!”.

Otra personalidad argentina a la que Gabriela brindó su corazón y su amistad fue Norah Borges, a quien conoció en Madrid, en 1935, en una exposición de sus cuadros de niños. Allí nació un extenso *Recado* que publicó *La Nación* de Buenos Aires, en el que Gabriela vuelca su admiración por la labor de esta artista. “Norah Borges, asevera, no ha visto más niños que yo... pero los miró sólo a ellos y cortó los demás bultos del mundo como sombras... Llegará a la otra vida contando un curioso planeta de su invención en el que nadie maduró averiándose ni se pudo nunca. Ella ha jugado la aventura del Rey Midas por otro sesgo. Donde puso la mano le saltó al pecho una criatura, donde tiró los ojos se le puso de pie un cachillo de todo su gusto, para ser pintado...”.

Termina aprisionando a la pintora argentina en una fábula que dice así: “Era una niña que no fue promovida a otra edad. Dibujó solamente niños, ángeles, olas, nubes y las demás cosas que hacía, a modo de bandeja donde acomodar estas formas, también eran niños. Le dieron por reino pasear la infancia y, como era sabia, de puro ser inocente, no trabó relación intrusa con los demás reinos...”.

Entre los muchos hombres y mujeres argentinos que Gabriela admira y exalta, surge la personalidad de un eminente científico: el Dr. Bernardo Houssay. De él dirá que su vida y obra es “como una clarinada que sacude a los dormidos y remueve a los desalentados”. En 1947, refiriéndose al Premio Nobel obtenido por el Dr. Houssay, dirá: “Este premio significa diez veces más que un premio literario. Porque el fabular o el versificar prospera en los cuatro cantos del planeta... pero la hazaña científica vale en cuanto testimonio de una civilización efectiva, ...de una patria en sazón”.

Más tarde, en Petrópolis, Gabriela Mistral recibe la visita de la maestra argentina Marta Salotti, lo que la hace exclamar gozosa: “la Pascua se vuelve cabal,

pues cae en mi casa una avalancha sarmientina, es decir, andina... Por ella he repasado a un Ricardo Rojas, cuyas esencias muchas veces me sostuvieron... por ella he sabido que nos llegó en la hora exacta el poeta civil y religioso en Francisco Luis Bernárdez; por ella también recobré al Banchs bien querido, que en su dejadez no se hace reeditar...".

Gabriela dedica a esta educadora uno de sus *Recados*, el mejor logrado. "Ella entrega toda la mocedad a los niños, sin las distracciones de las jóvenes, ni la cicatería de las viejas, poniendo en ello, como su padre Sarmiento, un puñado de virtudes opuestas y coincidentes; arrebató y sensatez; experiencia e infantilidad; absolutismo y elasticidades".

"Tenía que pintarla —agrega— recorrida por pedazos de su territorio o rebozando su flora; un brochazo de viñas aquí, uno mayor de triguales y órdenes de olas agitándose en los brazos...".

Para cerrar este muy parcial recuento de algunos lazos que vincularon el espíritu de nuestra gran poetisa con la Argentina, cabe recordar que en *Lagar* publica una de sus admirables rondas, dedicada a los niños de ese país. Es la "Ronda argentina", cuyos versos completan la magnitud de su obra creadora dedicada a esta nación tan querida. Gabriela se asoma curiosa a la pampa insospechada: "El ojo en la pampa no tiene donde fijarse y la mirada se distrae y se hace vagabunda y laxa... —nos dice—, acaso forma la pampa argentina la porción en que la tierra aparece más hecha conforme a la necesidad humana. Parece que la voluntad del hombre y no el ímpetu insensato, hubiese labrado esta extensión que fatiga caballo, guanaco o ganado. Si los rasgos físicos del país le dan la tónica moral, la Argentina desde todos los tiempos fue patria generosa...".

Así proclama su admiración por esta nación. "Creo que todo americano tiene la obligación de visitar, por lo menos una vez la República Argentina". Y lo dice, sin duda, recordando que ha sido patria de tantos de sus héroes literarios.

En 1938, de regreso de Santa Fe, había escrito un mensaje a los niños del Paraná, en que expresa: "Ayer yo navegué vuestro río, bajé mi mano a vuestra agua fluvial y el río bueno tomó mi cuerpo y lo llevó consigo... Ayer yo vi los elevadores rosarinos de granos, los medí, los gocé y los bendije. Las mujeres amamos las cosechas de Canaán porque nosotros somos las proveedoras de las mesas y nosotras nos toca distribuir el pan... Los graneros parecían a la luz de la mañana torres de cibeles, o el tallo de Ceres galaneando en la luz...; parecían también los mástiles de la abundancia, los palos mayores de la gran patria argentina".

Al comenzar el año 1957 la muerte ya la acecha en el sanatorio de Hempstead (Nueva York) y junto a su lecho sostiene su mano Victoria Ocampo, su amiga entrañable, en cuyo rostro puede ver las inmensas planicies de trigos dorados y el ganado pastando en la pampa silenciosa. Un árbol solitario, un tren que cruza el horizonte, más allá una aislada casa y el aroma de la vida rural y campesina, llenan de recuerdos y vivencias sus horas postreras.

Aún tiene aliento para expresar: "*Siento mi corazón en la dulzura fundirse como cera, / son un óleo tardo / y no un vino mis venas / y siento que mi vida se va huyendo / callada y dulce como gacela...*".

Ha completado su obra misionera, enriquecedora del patrimonio intelectual

de su patria y del mundo. El análisis de su obra prodigiosa muestra innúmeras facetas. Entre ellas, sus hondos afectos y entrañables vínculos con lo mejor y más representativo del ámbito material y espiritual de la nación argentina. A ella brindó parte importante de su creación literaria, rompiendo fronteras y aunando a los pueblos de nuestra América, con la universalidad de su canto, pleno de amor y de belleza indiscutibles.

En el solar argentino hubo llantos en el alma de poetas, escritores, niños y maestros.

"Ha de ser sentida no sólo por los que tuvimos el privilegio de conocer en vida a la preclara escritora chilena, sino por cuantos penetraron a fondo el sentido humano de sus versos y comprendieron el noble mensaje que en ellos palpita cordialmente...". Son palabras del poeta Francisco Luis Bernárdez, en la Revista *Criterium*.

A su vez, el poeta Horacio Esteban Ratti, en *El Mundo*, el 9 de abril de 1957, le dedicó unas hermosas estrofas bajo el título de: "Presencia y delirio de Gabriela Mistral"; y Arturo Capdevila, que fuera su más noble amigo y su mejor báculo en sus días iniciales, la lloró en un bello canto envuelto en crespones negros que se titula: "Paz, Gabriela Mistral...!" (*La Prensa*, 10 de noviembre de 1957) y que reza así:

*¿Y nada más...? América
en tu loor sus cánticos levanta,
Gabriela sola del hermoso viaje
para grandes mensajes de esperanza
mensajes dichos contra el viento, a veces
de la historia del mundo hecha borrasca.*

*Chile te dio la luz de sus caminos,
pero también, con sombra milenaria,
extrañas cosas de la cordillera,
por sus Dioses de ayer aconsejada,
Por eso tu tenías, nadie sabe
qué soledad de maga,
qué silencio de gran sacerdotiza,
a los que sólo las cavernas guardan...*

*Y subiste por Los Andes
sencilla y temeraria,
brindando a niño y piedra, a viento y cóndor,
madre siempre, la miel de tu enseñanza,
hasta que fue tu vida toda
como una blanca escuela en la montaña...*

*En honra de Gabriela,
de amores capitana,
todos alzamos tu bandera, Chile,
con su estrella solitaria...*

CONSTITUCIÓN Y DISOLUCIÓN DE FRONTERAS: UNA LECTURA DE LAS ZONAS CULTURALES AMERICANAS

Saúl Sosnowski *

"Los hombres aman el pasado y contra ese amor nada puedo, ni pueden mis verdugos, pero alguna vez habrá un hombre que sienta como yo, y ése destruirá mi muralla, como yo he destruido los libros, y ése borrará mi memoria y será mi sombra y mi espejo y no lo sabrá".

Shih Huang Ti, según conjetura Borges sobre otra conjetura, en "La muralla y los libros", *Otras inquisiciones*, pág. 11.

"Acaso el incendio de las bibliotecas y la edificación de la muralla son operaciones que de un modo secreto se anulan" (Borges, *ibid.*).

Decir "frontera" es fijar distancias demarcatorias, es evocar crónicas del pasado, fluctuaciones violentas, vindicaciones justas resguardadas por el recuerdo. Paladear "zona fronteriza" es rastrear movimientos sigilosos y apelar a la cautela ante todo peligro; es enfrentarse al cruce legítimo o a la transgresión. Es aceptar, asimismo, que la línea demarcatoria ha sido trazada como protección de un "adentro" enfrentado a un "afuera" que se percibe amenazante y que, en efecto, puede albergar ciertos deseos de apropiación territorial. "Fronteras" siempre remite a un espacio y, por lo tanto, a la comprensión de ese espacio en un tiempo histórico definido con precisión.

La fijación de fronteras puede ser un elemento integral de la constitución de una nación, como también la rúbrica arbitraria que corona minuciosas negociaciones. En el primer caso, cabe suponer que distingue un "nosotros" frente al otro, al forastero, al posible enemigo. De las fronteras hacia adentro está lo propio. La frontera presupone características diferenciales a ambos lados de una cartografía cada vez menos ilusoria. Trazar líneas sobre un mapa, es apropiarse de un territorio; fijar sobre él memorias ancestrales y heroísmos ecuestres, es asomarse a los inciertos devaneos del poder y a tentaciones expansionistas.

El muro en torno a una casa y la muralla en torno a un pueblo cumplen una doble función: protegen las vidas de sus habitantes ante amenazas externas y, a la vez, defienden el purismo espiritual o político que los define como ente nacional diferenciado. En un terreno más metafórico, las piedras se erigen como marcadores para preservar un purismo simbólico, lingüístico, cultural, intelectual. Y, asimismo, como un modo que se desea igualmente eficaz para excluir toda in-

*University of Maryland, College Park.

fluencia "nociva" del exterior. La retórica sobre la defensa de la integridad territorial y de los valores de la nación bajo regímenes dictatoriales o, ya en longevas democracias, enunciada cínicamente como protección de un estilo de vida, está asociada con el uso de la fuerza para preservar un sistema político que beneficia a sectores privilegiados de la población.

Los elementos que hacen a una legítima defensa y protección de identidades culturales y étnicas se han diluido con el fortalecimiento de los Estados nacionales sobre la base de factores ajenos a éstas, lo cual denuncia, una vez más, lo endeble de toda correspondencia entre fronteras culturales y políticas. Por ello, la recuperación de la etnia, de la voz minoritaria y de la mayoría marginada, es un acto contestatario de un orden estatal que se sostiene ideológicamente sobre un aplanamiento de lo diferencial y sobre la reducción de expresiones multiculturales a un canal único impuesto como "sistema nacional".

No deja de ser llamativo que en vísperas de la doble acepción de 1992 —comemoración del "encuentro de dos mundos" y unificación de Europa— nos planteemos el sentido de las fronteras. En 1992, el continente europeo, fortalecido en sus múltiples nacionalidades, diluirá un régimen de fronteras. España —en sí misma interna de nacionalidades— participa en esa empresa mientras continúa embarcada en la reconquista cultural de sus colonias americanas con una política que no escatima estrategias propias de otras recuperaciones. Por su parte, los mercados latinoamericanos regionales intentan redituar algunas de sus debilidades en el mercado internacional. Todo ello, acontece en un ámbito regido por una política económica transnacional que insistentemente se enfrenta a los intereses más circunscritos de los Estados e impone sus cometidos.

Evidentemente, la cultura no puede permanecer al margen de este clima transnacional que refuerza la interdependencia económica y que, mediante la electrónica avanzada, acentúa la reducción de las distancias. Así lo verifica, por ejemplo, la reciente obsesión por la posmodernidad (precisamente a causa de, dirán algunos, o aun) en ciudades que acusan gráficamente un deterioro vertiginoso. Al formar parte, aunque fuera en la periferia, de un mismo orden internacional, resulta imposible limitar la inserción y la participación activa de expresiones culturales americanas a un solo factor.

Además del impacto tecnológico y del ansia por participar en la actualidad del saber internacional cabe agregar, como se acaba de sugerir, otro factor. Así como bajo los regímenes dictatoriales del cono sur —para tomar un ejemplo ya ampliamente comprobado— un sector importante de narradores y críticos miraron hacia el pasado como única alternativa para superar el silencio y como estrategia discursiva para enfrentarse al horror. Las preocupaciones intelectuales que organizan el saber euro-norteamericano ofrecen —frecuentemente a ese mismo sector— un respiro ante la disolución del espacio inmediato. Para algunos, la moda impulsa un trote hacia el deseo; para todos, la remota posibilidad de dilucidar desde otras plataformas la recuperación de un espacio cada vez más esquivo y ajeno. La estrategia no es nueva, pero en casos extremos —y, como bien lo supo un vaticinador de la historia, estamos siempre al final de los tiempos— remontarse a los gestos de los románticos que asumieron los estadios fundaciona-

es de sus futuros países, quizá no sea una práctica desdeñable. Por otro lado, y conviene recordarlo en vísperas de un aniversario que señala tanto la consolidación de la monarquía española, sobre la base de la intolerancia, como la inauguración de su imperio americano, la transnacionalización cultural en las Américas no es un fenómeno contemporáneo. Las relaciones de aculturación, apropiación y asimilación cultural entre pueblos a ambos lados del Atlántico también están por conmemorar quinientos años de encuentros y desencuentros.

"Encuentros" y "desencuentros" deben ser enunciados en forma plural, pues ni el contacto se produjo en un solo día y para siempre —útil presupuesto para el calendario de efemérides— ni se redujo al enfrentamiento de sólo dos bloques. Aparte de las migraciones internas que corresponden a siglos de "ajenidad" europea, la dinámica propia de toda aproximación entre núcleos sociales con señas de identidad diferentes continúa informando nuestras historias. Ello nos obliga a desglosar la utopía bolivariana, no en cuanto envidiable anhelo político, sino en cuanto al hecho que la noción de unidad se postula a partir de la cancelación de sus partes¹.

Desde una amplia y generosa perspectiva, se comprende y adopta la comunidad de intereses latinoamericana mediante afinidades culturales por encima de matices diferenciales y distanciamientos ideológicos. Sin embargo, la visión homogeneizante de lo latinoamericano (para el caso del '92, particularmente de lo hispanoamericano) ejerce un claro mecanismo de apropiación que mina precisamente las variantes que acusan sus zonas culturales y su complejidad histórica. De tal modo que la ponderada unidad latinoamericana corre el peligro de ser utilizada como mecanismo de reducción, con la consiguiente distorsión de sus particularidades. Por ello, y por lo menos para el campo cultural, una vez logrado el reconocimiento y la aceptación del corpus americano, se impone la necesidad interna de llamar la atención sobre la ilusoria unidad que ampara el término "América Latina" (término, por cierto, originado en la mirada europea). Más que bajo una sola versión orgánica, la historia cultural latinoamericana se perfila como ilación dinámica de segmentos parciales, y su mapa literario como un multicolor manto de retazos. El énfasis debe estar puesto, entonces, más que en exaltar la inexistente homogeneidad americana —entendida ésta como "totalizadora"—, en convocar precisamente la heterogeneidad de sus manifestaciones culturales y literarias, en verificar que diferentes sistemas podrán o no confluir en determinados espacios y en elaborar una posible ordenación de estas partes conforme se despliegan en sus respectivas áreas de desarrollo e influencia.

No se trata de escamotear el impacto definitorio y evidente de la colonización, sino de reconocer los perfiles que se asoman desde el mapa americano. De otro modo es imposible leer nuestras letras dada la conjunción y mezcla de visiones de mundo radicalmente distintas, de etnias y razas diferentes; dada la diversidad de lenguas que enuncian culturas milenarias junto a otras que se afianzan en con-

¹Para una somera y útil revisión de las transformaciones territoriales de la región, ver Orlando *Estados y territorios en América Latina y el Caribe* (México, Era, 1989).

quistas centenarias, en procesos aluvionales decimonónicos y en procesos inmigratorios más recientes. Es imposible hacerlo, además, cuando en un mismo espacio confluyen cultos a la escritura y, junto a ella, a la recuperación oral de la memoria; cuando en él se dan complejos procesos de transculturación regional, nacional e internacional.

La frontera transnacional, es decir, aquella que ya se reconoce en su propia disolución y en la uniformidad de los aeropuertos internacionales, es propia de prácticas literarias metropolitanas. Para éstas, hay una cultura cada vez más abarcadora, pero no por ello exenta de matices locales, que se dirige a públicos que se asoman desde diferentes lenguas sobre un escenario en el cual reconocen su signo internacional. El habla local se vuelca, en efecto, sobre las equivalencias que se enuncian con otros sonidos, pero en una onda del saber que no es del todo disímil. En tales casos, el ansiado exotismo de otras eras pasaría a ser, desde un afuera interesado y para la ya difusa especificidad americana, el azoro ante el reconocimiento de un yo multinacional sofisticado, y aun innovador en su inocencia o ingenuidad. Para algunos lectores profesionales, el goce se produce ante la funcionalidad de modelos teóricos que por principio deberían prescindir justamente de esa especificidad. No abogo, por cierto, por el "color local" como definitorio de nuestras geografías culturales, sino por una lectura que al notar esta ausencia, no se dirija a una asepsia inoperante en cuanto a sus orígenes.

Considero, por otro lado, que la integración del análisis literario con la reflexión sobre problemas de identidad pone en juego la constitución de literaturas híbridas². Desde su diferencia, desde su misma conformación americana—es decir, *mestiza*—éstas elaboran la transformación de una tradición que, a pesar del culto a la hispanidad, siempre ha desafiado toda noción inquisitorial de pureza. Pone en juego, además, una serie de matices etnocéntricos a los que no es ajeno el sentir prejuiciado, tanto por la exaltación de una cultura dominante europea como por el ensalzamiento acrítico y la defensa incondicional de las fuerzas nativas.

Escribir desde una pertenencia nacional y étnica comienza a constituir una respuesta literaria a los dilemas de integración y un corte tajante frente a la renuncia final que es la asimilación; es decir, el acto de hablar con la voz del otro que se pretende propia. Leer críticamente con esa misma actitud, constituye un paso imprescindible para impedir el fraccionamiento guético de estas literaturas (mestizas en su americanismo/americanas en su ser mestizas) en un comportamiento cuyo mérito mayor es la comodidad del encasillamiento bibliográfico. Frente a proyectos de integración mediante el culto a la hispanidad y a derivados patrióticos locales, una literatura que enmarca otras etnias inaugura para los sectores dominantes un desafío a su unicidad y un encuentro frontal con los otros,

²Antonio Cornejo Polar ha planteado una serie de hipótesis sobre las literaturas heterogéneas y el concepto de literatura nacional. Ver especialmente *El indigenismo y las literaturas heterogéneas: Su doble estatuto socio-cultural*, recogido en *Sobre literatura y crítica latinoamericanas* (Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1982), págs. 67 - 85.

con aquellos que con su mera presencia apuntalan su carácter de dominio mayoritario y cuyo poder hegemónico les permite prescindir de un estudio pormenorizado de sus componentes. De este modo también se define el ejercicio del poder absoluto, negando lo diferencial, desechando toda amenaza interiorizada. Y es ésta, precisamente, una de las fisuras que propone una literatura tan arraigada en problemáticas nacionales que atraviesa libremente el canon literario para inaugurar sus propias opciones. Es decir, más que reducción, el afinamiento en la minoría, presupone el ya elaborado conocimiento de las normas mayoritarias y del predominio de las reglas culturales vigentes. Insisto en la noción de minoría, noción aún más notoria cuando se trata de las literaturas que se expresan en lenguas originarias de las Américas, porque ésta demuestra la falacia de un bloque único que postula el término "literatura latinoamericana", ya de por sí de connotación multilingüe.

Durante la formación de las nuevas repúblicas americanas, la literatura era integral e ideológicamente definitoria de los propósitos políticos de sus fundadores. En un período de transición, de colonia a "Estado político soberano", estaba concebida explícitamente como articuladora de una función política y moral. La práctica de las letras tenía a su cargo, además, la estructuración y ejemplificación de los mitos que establecerían un sentido de identidad nacional tendiente, entre otras cosas, a forjar un sentido armónico entre las clases sociales que integraban los nuevos países; tarea para la cual no siempre era beneficiosa la explicitación de metas políticas. Instalados ya en la república de las letras latinoamericanas es necesario considerar por qué un núcleo selecto de autores y obras ha sido privilegiado con el manto de la representación de tan amplio mosaico letrado. También, a qué gustos y a qué expresión de la moda responden y desde ella, qué imagen del mundo latinoamericano—conflictiva, seductora, complaciente, ratificadora de prejuicios y sabores—ofrece dicho *corpus* dentro y fuera de las zonas de producción literaria.

Son numerosas las razones que motivan una ajustada selección de autores como figuras representativas de un todo en el que la única frontera está marcada por costas marítimas. En el plano más simple, puede obedecer a la capacidad limitada de un programa de estudios para absorber la complejidad latinoamericana. La concentración en figuras señeras de alguna historia nacional, por otro lado, también puede apuntar a la defensa del patrimonio nacional frente a una desvalorización ocasionada por el mismo auge de las letras importadas. Cuando se desmerece el valor de lo contemporáneo, sólo queda el refugio de los incuestionables o la rendición ante la (falsa, pero creída) nulidad. En otro contexto, sin embargo, esta actitud responde a la reducción de la heterogeneidad latinoamericana a unos cuantos epígonos. Mediante el culto de unos cuantos maestros, se sugiere, el lector captará "la esencia" de la literatura latinoamericana, y aun la de su cultura. Quizá sin proponérselo programáticamente, esta estrategia recupera para un muy reducido segmento contemporáneo, *pero sin su énfasis original*, lo adelantado por Pedro Henríquez Ureña para la elaboración de *Las corrientes literarias en la América hispana* y que adelantara en "El descontento y la promesa":

"la historia literaria de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó"³.

Lo que constituye una exaltación de estas figuras, pasa a ser riesgoso en la reducción contemporánea. Al hablar de los "genios" de la literatura —una nómina reducida a una fluctuante docena o veintena de narradores— se exaltan sus logros; sin problematizar más allá de matices diferenciales que endosan la singularidad se promueven áreas de confluencia armónica; también se rumia una deshistorización siempre propia de "estados de excepción". Esta reducción puede responder, por un lado, al caso extremo de una desmesurada concentración en un autor quien, al margen de su real o impuesta significación, sólo podrá aspirar a ser el falso aleph de una tradición. Por otro lado, y mediante una selección tendenciosa de materiales, también puede conducir a la imposición de una ideología como versión dominante de la historia o, más modestamente, a generalizar para toda la literatura latinoamericana la vigencia de un modelo literario avanzado.

Como los diversos estadios de desarrollo regional no están sincronizados, las fluctuaciones que se producen a partir del encuentro de culturas subrayan aún más la heterogeneidad americana y los mecanismos de transculturación, cuyas expresiones literarias ya han sido lúcidamente estudiadas por Ángel Rama⁴. En "Problemas historiográficos de nuestras literaturas: Discurso literario y modernidad", Ana Pizarro lo resume con estas palabras:

La literatura en nuestro continente da cuenta de una cultura heterogénea y fragmentada que no podría tener otra forma de comportamiento que la de la heterogeneidad y la fragmentación de la sociedad que la produce: 'nuestra cultura —dice García Canclini— se ha hecho todo el tiempo a mitad de camino entre los residuos heterogéneos y las innovaciones trunca'. Esta específica situación entre tradición y modernidad de cuya dialéctica surgen las secuencias superpuestas que construyen el espesor de nuestro discurso literario —o tal vez deberíamos decir de nuestros discursos— es la propia de las zonas literarias periféricas, las zonas en proceso de construcción de identidad, las que emergen de formaciones históricas coloniales y viven los avatares histórico-sociales de su condición⁵.

Las expresiones de la heterogeneidad responden, al mismo tiempo, a la xenofobia propia de una sociedad o de un sector elitista que se asume homogéneo y que, por lo tanto, repele toda mácula diferencial como intromisión a su pureza. Al adoptar la función de portaestandartes de la cultura nacional por parte

³Ver el prólogo a la versión española de *Las corrientes literarias en la América hispana*, 1945. También en Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América* (edición que cuenta con el excelente prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot) (Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978), pág. 47.

⁴*Transculturación narrativa en América Latina* (México, Siglo XXI, 1982).

⁵En *Filología*, xxii, 2 (1987), pág. 153. La referencia a Néstor García Canclini remite a su *Antropología versus sociología. ¿Un debate entre tradición y modernidad?*, en *David y Goliath*, xvii, 52 (Buenos Aires, septiembre, 1987), pág. 44.

de un solo sector, se rechaza la noción misma de la heterogeneidad que se transformará en fuerza contestataria.

Frente a la aplastante visión de una cultura homogénea y gracias a la supervivencia de las comunidades que han resistido el embate del legado hispano y de conductas imperiales posteriores, se suscita la incorporación de prácticas y discursos heterogéneos como único medio para impugnar una esquiva proyección uniformadora. El énfasis en la heterogeneidad se vislumbra, cabe subrayarlo, como el mecanismo más apropiado para abordar el encuentro y la eventual conciliación de todas las fuerzas que hacen a la constitución de las respectivas literaturas americanas. El rescate de voces largamente silenciadas o marginadas, al igual que el enunciado en voces no europeas, es importante por múltiples razones, pero, en lo que hace a estas consideraciones, porque articulan diferentes niveles de aculturación.

Si bien la apropiación de lo americano adquirió un nuevo impulso en nuestros países, resulta igualmente cierto que la nueva narrativa, aun la que está centralmente instalada en el referente americano, no está exenta de fuertes vínculos con el sistema literario occidental, vínculos que, a su vez, también repercutirán desde América Latina sobre la producción literaria occidental. La reciente "interdependencia cultural" ya fue señalada por Antonio Cándido en "Literatura y subdesarrollo".

A partir de los movimientos estéticos del decenio de 1920, de la intensa conciencia estético social de los años 30 y 40; de la crisis de desarrollo económico y de experimentalismo técnico de los años más recientes, empezamos a sentir que la dependencia se dirige hacia una interdependencia cultural (si es posible utilizar sin equívocos este término, que recientemente adquirió sentidos tan desagradables en el vocabulario político). Esto no sólo les dará a los escritores de Latinoamérica la conciencia de su unidad en la diversidad, sino también favorecerá obras maduras originales, que serán lentamente asimiladas por otros pueblos, incluso los de los países metropolitanos e imperialistas. El camino de la reflexión sobre el subdesarrollo lleva, en el terreno de la cultura, al de la integración transnacional, puesto que lo que era imitación va cambiándose cada vez más en asimilación recíproca⁶.

En este sentido conviene recordar que uno de los rasgos definitorios de la narrativa de los años sesenta fue su (auto) percepción como empresa de "conquista de la realidad". Ante el ímpetu del redescubrimiento, nada pudo frenar el embate de sus propias fuerzas. Más que lo americano —glosa descriptiva de las narraciones que serían abandonadas en un galope sostenido— resultó imprescindible reducir "La Realidad" a lo propio, a la comodidad solariega de un patio interior. Se trataba, en fin, de tomar posesión de los tropos frecuentados en las

⁶En *América Latina en su literatura*, César Fernández Moreno, coord. (México, Siglo XXI-UNESCO, 1972), pág. 347.

metrópolis occidentales para universalizarlos desde su americanismo. Como toda otra empresa, también ésta tuvo un costo declarado: se compartía con el mundo el imaginario americano; Latinoamérica suplía carencias y (nuevamente) "materia prima", a cambio de tecnología.

Según Ángel Rama —en un ensayo cuyo mismo título, *La tecnificación narrativa*, registra una clara correspondencia entre el nuevo lenguaje narrativo y su "homólogo" crítico, y la era tecnológica— la acrecentada complejidad, tensiones y conflictos de la nueva sociedad latinoamericana aparecen en la nueva narrativa como signo "que se traduce en una pluralidad de estéticas que compiten entre sí" (...). "La cosmovisión realista y la fantástica, la atención referencial a la historia y su negación, el manejo de la lengua culta y la recuperación del habla popular, la expresividad existencial y la impasibilidad objetivante, esos opuestos convivirán dentro del movimiento en variadísimas dosificaciones, por lo cual singularizan parcialidades". Toda esta estructura, agrega, funciona entre los polos opuestos que se hallan en América Latina desde sus orígenes: "el internacionalista, que registra las sucesivas pulsiones externas que se distinguen por su variabilidad, y el nacionalista, que capitaliza las fuerzas integradoras y las tradiciones, ya autóctonas, ya acriolladas de larga data"⁷.

Al margen de evidentes variaciones que responden a características de las respectivas zonas culturales y a los polos señalados por Rama, cabe considerar lo siguiente. Si por un lado lo transnacional, en un eje que atravesaba el Atlántico Norte desde Europa hacia los Estados Unidos, fascinaba por sus avances técnicos y por el alcance de sus medios de comunicación, ante la ineludible necesidad de ver el mundo desde lo americano, surgía ese incómodo cosquilleo que confirmaba la fascinación de la mentira o, tan siquiera, de lo extraño. Ya ese cosquilleo ratificaba una íntima pertenencia a los orígenes que es, precisamente, la que permite atravesar las fronteras y construir el espacio de la memoria en todo territorio fértil. Este último elemento resulta particularmente apto para considerar expresiones literarias de grupos étnicos minoritarios, como así también para reflexionar en torno a textos producidos en los exilios más recientes y considerar su imbricación en las respectivas literaturas nacionales. A lo cual se suman otras variantes: la del escritor latinoamericano que ejerce su oficio en una lengua que ya no es la de su origen, la de la literatura chicana y, para no abundar, la de la literatura puertorriqueña producida en Estados Unidos.

Estos dos últimos y muy significativos ejemplos subrayan nuevamente que tanto en ecuaciones políticas como en las mediatizaciones culturales, centro y periferia connotan las relaciones de América Latina frente a Europa y los Estados Unidos. Así como la revolución cubana logró desplazar hace tres décadas la marginalidad política de la región, el reconocimiento de una gran narrativa latinoamericana, impulsada precisamente desde editoriales españolas, contribuyó a reorientar las relaciones culturales del mundo occidental. Para gran parte de

⁷ *La tecnificación narrativa*, en *La novela en América Latina. Panoramas 1920 - 1980* (Bogotá, Procultura, 1982), pág. 295.

América Latina fue necesaria esa legitimación internacional de su producción literaria para que la originalidad comenzara a ocupar su lugar en las respectivas culturas nacionales. Más que como señal de lo novedoso o recuperación de lo ancestral, esta originalidad americana, que tanto satisface la sed de horizontes en otras latitudes, debe ser entendida como apropiación de las señas de identidad que ya estaban radicadas en sus dominios. El "somos latinoamericanos" frente a "somos de tal o cual país" —expresión comunitaria tanto más aceptable y comprensible en el exterior— también debe ser mitigado por su correspondiente contextualización, como lo demuestra la crónica de nuestros conflictos territoriales. Tanto para interiorizar nuestro saber, como para resistir mecanismos de apropiación por parte de la mirada que todo lo reduce a un solo rótulo, nos corresponde insistir, entonces, en el estatuto de lo heterogéneo, de lo múltiple y de lo diverso. Ello no debe impedir, por otro lado, que continuemos formulando estrategias mancomunadas ni que busquemos ese justificado acercamiento que nos ha sido adjudicado, precisamente, por historias y lenguas compartidas, así como por una saga de constantes expoliaciones imperiales.

La experiencia latinoamericana nos ha enseñado que las fronteras pactadas o impuestas por el "derecho de conquista" pueden llegar a ser un pretexto político que no siempre responde a la fundamentación más íntima de los pueblos. Sabemos, asimismo, que la literatura de fronteras implica la existencia de un margen, de lo foráneo e inestable, del ser que no está del todo de un solo lado y cuyo caldo de cultivo es un clima de marginación y ostracismo, de ser siempre otro por condicionamiento asimilado o por dictamen ajeno. En estas rondas históricas de las culturas plurales fomentadas precisamente por conductas imperiales, ello en sí permite la posibilidad de enunciar verdades desde la diferencia. Hablar desde la identidad minoritaria —como en un sentido menos dramático hablar desde la renuncia a la moda— es rechazar la inscripción en lo rotundo del discurso dominante; es subvertir ese mismo discurso atreviéndose literalmente a *hacer uso de la palabra*, fenómeno que atraviesa procesos homólogos en todo núcleo sometido a un sector dominante.

En esta necesaria pluralización de las palabras, íntimamente conectada con una percepción de América Latina como conglomerado de historias que se han acercado tardíamente, de naciones e identidades múltiples, se halla una de las máximas victorias que deberíamos conmemorar en 1992 desde nuestras riberas americanas. Subrayar la existencia de fronteras y, por lo tanto, de divisiones entre nuestros países y, lo que reviste mayor importancia, de regiones culturales, no es proclamar un rechazo a la unidad continental ni promover la disidencia cuando se imponen los beneficios de un frente común. Se trata de reconocer que al margen de un pasado cuyas fibras debieron habernos unido aún más, de un futuro que sigue recomendándolo, y en parte a causa de vastos actos de resistencia a la colonia política y a la visión de mundo que portaba, seguimos poblando diferentes franjas de este original y único mosaico de culturas que seguimos abreviando bajo la abarcadora, definitoria, inexacta acepción "Latinoamérica".

UN TAL B. TRAVEN

Carlos Morand

B. (de Bruno) se había apartado de la sociedad y vivía en las selvas de México. Cierta vez, su editor de New York envió un emisario para localizarlo y, aunque se había arreglado el encuentro de antemano, el escritor nunca apareció. Traven le había escrito cartas de admiración a una actriz, Lupita Tovar, conocida como la Mary Pickford de México, y en una oportunidad le pidió que se encontraran en Acapulco. El novelista le dio instrucciones de que fuera a cierto banco en una plaza pública: ella cumplió con la cita, Traven no. Posteriormente, la actriz recibió una carta suya en la que le describía sus acciones en el banco, haciéndole saber con ello que la había estado observando. En una carta a su agente literario, Traven dice:

No hay ningún misterio respecto de mí, ni una gota de misterio. Todo mi misterio consiste en que odio a los columnistas, cronistas, periodistas de la página sentimental, críticos que no saben nada del libro del que están hablando. No hay para mí mayor satisfacción y alegría que ser desconocido como escritor cuando me junto con alguien o voy a un lugar. Sólo de esa manera puedo decir lo que realmente deseo decir sin que un pedante me recuerde que un escritor de mi reputación no debe decir tonterías.

Alguien que ha podido contar de esta misteriosa figura es John Huston, el director de cine que hizo una película basada en una de las novelas de B. Traven, *El tesoro de la sierra madre*.

Cuando Huston le envió una copia del guión, Traven le envió a su vez una respuesta de veinte páginas llenas de detalladas sugerencias sobre la construcción del escenario, iluminación y otras cosas. Huston se hallaba de lo más interesado de conocer al hombre, por lo cual obtuvo de él la promesa de encontrarse en un hotel de Ciudad de México. Huston viajó y esperó, Traven no apareció.

Una mañana, casi una semana después de su llegada a México, Huston despertó en su cuarto del hotel para descubrir que había alguien parado al pie de la cama. El desconocido le entregó una tarjeta que decía *Hal Croves. Traductor. Acapulco y San Antonio*. Luego sacó una carta de B. Traven. En ella decía que por hallarse enfermo no podía acudir, pero siendo Hal Croves su gran amigo y conocía su obra tan bien como él, estaba autorizado para responder cualquier pregunta. Todo consejo que Croves podía darle era como si viniera de Traven mismo. Más tarde conversaron sobre el guión. Croves tenía un ligero acento, que, aunque no sonaba alemán, era ciertamente europeo. Huston pensó que podía ser muy bien Traven, pero por delicadeza no quiso preguntar.

Croves era un tipo de baja estatura, delgado y narigón. Sus ojos, muy juntos, eran completamente azules, y su pelo rubio empezaba a tender al gris. Por sus

ropas y sus maneras parecía una persona poco familiarizada con la vida de la ciudad. Cada vez que alguien tomaba fotos, apartaba la cara de la cámara.

Cuando la película se estrenó, el problema de la identidad de B. Traven se convirtió en un asunto de discusión pública. Todos hablaban del misterioso personaje. En 1948, una revista mexicana envió a dos reporteros a seguir a Croves en un intento de confirmar los hechos. Lo encontraron manejando una pequeña tienda en el borde de la selva cerca de Acapulco. Vigilaron su negocio hasta que Croves partió al pueblo, entonces entraron en el lugar y revisaron su escritorio. Allí encontraron varios manuscritos de B. Traven y la evidencia de que Croves usaba otro nombre, Traven Torsvan. Después de todo, Croves y Traven eran aparentemente el mismo hombre. Investigaciones posteriores revelaron la evidencia de un cuarto nombre, Ret Marut, un escritor anarquista, antibelicista que desapareció de Alemania en 1922. En 1923, B. Traven apareció en México.

Otras investigaciones aducen que este extraño personaje usó varios nombres, y que Croves era Traven. Croves murió en 1969, algunos años después de haberse casado con su ayudante, Rosa Elena Luján. Un mes después de su muerte, la viuda confirmó que B. Traven había sido Ret Marut. Esto es posible, pero hay personas que siguen teniendo dudas de que Croves y Traven hubiesen sido la misma persona. "B. Traven" era dos o más personas que trabajaban en colaboración. Muchos han puesto en duda la cuestión preguntando cómo es posible que Ret Marut pudo abandonar Alemania en 1922 y tres años y medio después ofrecía tres novelas—*La nave de los muertos*, *Los recolectores del algodón* y *El puente en la selva*—que no trataban ni remotamente de asuntos políticos y sociales de Alemania—su especialidad—, sino que mostraban las experiencias de un americano en Europa occidental, en el mar y en México. ¿Hal Croves pudo haber tenido esas experiencias, pero difícilmente Ret Marut.

Huston conoció a la hijastra de Croves en México, después de que el hombre muriera, y hablaron largamente de él, sorprendiéndose el director de la descripción que la mujer hiciera del hombre: urbano, sociable, impecablemente vestido, una eminencia en Ciudad de México. Todo esto le mostraba muy poco parecido con el reticente hombrecito que años atrás estaba parado al pie de su cama, con sus anchos suspensores y sus ropas de campesino. ¿Una transformación completa? ¿Un intento de vivir de acuerdo a la imagen—suya o de cualquier otro—de lo que debía ser un autor famoso?

Por años, la verdadera identidad de B. Traven fue un enigma que exasperó al mundo literario. Pocos datos se conocían: era un recluso que vivía en Acapulco, donde manejó un restorán y había publicado una media docena de libros. Escribía en inglés, pero su primera obra, *Tierra de primavera*, un libro sobre un viaje entre los indios de Chiapas, fue editado en alemán, con lo cual se extendió la impresión de que era un exiliado alemán. Su filosofía de izquierda, evidente en todos sus libros, llevó a muchos lectores a concluir que debía de ser comunista; de ahí a sostener que era un comunista refugiado de la Alemania de Hitler, viviendo en remoto anonimato temeroso por su vida, hubo sólo un paso. Cuando esta suposición resultó ser falsa—Traven había llegado a México años antes del ascenso de los nazis al poder—, los pesquisas literarios cogieron otra solución fácil

para el misterio. Los derechos de autor de Traven eran recogidos por una hermosa muchacha mexicana, entonces, ¿podía ser ella en realidad B. Traven? La dama, señorita Esperanza López Mateos, pronto decepcionó a los teóricos: era simplemente el agente local del hombre y su traductora al español. Más tarde, el hermano de Esperanza, Adolfo López Mateos, fue elegido presidente de México y los pesquisas de Traven anunciaron que él debía de ser B. Traven. Pero por desgracia para ellos, tanto el Presidente como su hermana eran demasiado jóvenes para haber escrito libros en los años veinte.

En los años que siguieron a la filmación de *El tesoro de la sierra madre*, el rastro se hizo aún más oscuro. En Yugoslavia, un tal Martín Traven identificó solemnemente al misterioso hombre como su hermano Branke. Algunos decían que Traven era Ambrose Bierce, el escritor norteamericano que había desaparecido en México en 1913 a la edad de 71 años. Una escuela de especuladores sostuvo que Traven era en realidad una media docena de personas, incluyendo, naturalmente, a la señorita López Mateos.

Finalmente, un periodista mexicano decidió dejar todos los rumores en paz. Después de cuatro años de investigación, descubrió a Traven, desenterró su pasaporte norteamericano y otros documentos, y probó más allá de toda duda razonable que era Berick Traven Torsvan, un nativo de Chicago, Illinois, hijo de un inmigrante noruego. Torsvan se había trasladado a México siendo todavía joven y había trabajado en los yacimientos de petróleo y en otros oficios, viajando por todo el país. Por oscuras razones personales, en los años treinta, se retiró a Acapulco y al anonimato para escribir sus libros.

Revelado el enigma de su identidad, le resta ahora a los pesquisas esclarecer cuáles fueron aquellas "oscuras razones personales" que le llevaron a retirarse a Acapulco.

CUATRO LECTURAS PARA LA PRIMERA NOVELA DE JOSÉ LEANDRO URBINA¹

Grínor Rojo

Lo primero que hay que decir acerca de *Cobro revertido*, de José Leandro Urbina, es que su autor tiene cosas que contar y que sabe cómo hacerlo. Si la esencia de la novela consiste en su ser: narración de acontecimientos, construcción de personajes, transmisión de acciones, despliegue hábil y enjundioso del mundo, la que comentaremos en seguida, que fue una de las diez finalistas entre las más de trescientas que se presentaron al concurso de la Editorial Planeta argentina en 1992, responde a tales premisas espléndidamente. De Urbina, nosotros conocíamos ya *Las malas juntas*, un delgado volumen de cuentos que él escribió en los comienzos de su exilio, en Buenos Aires, en 1974, que apareció por primera vez en Canadá, en 1978, que se reeditó en Santiago, en 1986, y que en el intertanto se reprodujo legal e ilegalmente en varios países e idiomas. Ciertos cuentos de ese libro, como "Padre nuestro que estás en los cielos" y "Retrato de una dama", el primero de apenas ocho líneas, han llegado después a adquirir fama como mini-clásicos del género² y precisamente porque Urbina los trabajó con una economía lingüística que, si por una parte denunciaba en él al escritor debatiéndose aún en la etapa del tanteo, por otra, no fue óbice para que hiciera en ellos alarde de una mirada cuya agilidad dio origen a la versión quizá más reveladora de que dispone nuestra literatura sobre los días santiaguinos que siguieron al golpe de Estado de 1973³. Ahora, el novelista de *Cobro revertido* reincide en las virtudes narracionales del cuentista de *Las malas juntas*, sólo que en otro escenario y con un nuevo elenco o quizá sí con el mismo elenco, pero en un avatar posterior. Me refiero a la ciudad de Montreal y a los chilenos (no faltará quien precise y diga que se trata nada más que de "algunos chilenos") que allí se exiliaron durante la segunda mitad de los años setenta.

De ahí que sea el realismo social o, como prefiere decir Lukács, el realismo "clásico" o "crítico" la primera de las cuatro perspectivas de análisis que a mí me parecen apropiadas para leer esta novela. En efecto, *Cobro revertido* logra con tersosimilitud y brillo eso que Lukács tanto y tan persuasivamente defendió: la conveniencia de que el género novelesco le suministre al lector un "retrato del hombre completo", concebido a partir de la "conexión orgánica e indisoluble

¹José Leandro Urbina, *Cobro revertido* (Santiago de Chile, Planeta, 1992).

²Forman parte, por ejemplo, de la selección que hizo Juan Armando Epple para su *Brevísima relación. Antología del microcuento hispanoamericano* (Santiago de Chile, Mosquito, 1990), págs. 117 y 118.

³Para una estimación crítica breve de este libro, véase mi prólogo a la edición de 1986. Santiago de Chile, Ediciones de Obsidiana, págs. 3-9.

entre el hombre privado y el individuo social"⁴. Es, pues, la de Urbina una novela de una especificidad realista apabullante, en la que lo que pasa y quienes actúan eso que pasa se siente, se ve, casi se toca y hasta se huele (huele mal, las gastritis y los vómitos alcohólicos del protagonista le dan a uno justo ahí) y es también una novela de proyecciones muy vastas. Aparte de las tres figuras principales, La Madre, El Sociólogo y La Esposa anglocanadiense de este último, las secundarias, a veces en no más de parlamento como el de doña Sarita hacia el fin de la larga escena del café español, son todos sujetos de articulaciones narrativas que lo que buscan es con/jugar el perfil idiosincrático con (contra) el rasgo comunitario, nacional y aun internacional. El resultado es un florilegio memorable de "tipos", chilenos y no chilenos, exhibidos en la sabrosísima gama de sus homologías, contrastes, diferencias y matices. Por otro lado, la ciudad, Montreal, y aun lo de afuera, Toronto, Kingston o el pequeño pueblo natal de La Amante (esta vez francocanadiense) de El Sociólogo, en las proximidades de Quebec, así como la carretera o los moteles del camino, son espacios que también responden a la doble orquestación que nosotros sabemos propia del proyecto realista. Creo, en definitiva, que no existe hasta ahora en la literatura chilena del exilio, o a lo peor en la literatura chilena sin más, otra novela que con más perspicacia y riqueza incorpore éstas que Cedomil Goić hubiese denominado "nuevas zonas de realidad". En este nivel primario, puramente mimético, *Cobro revertido* no se le va a caer al lector de las manos, porque la vitalidad de lo que pasa, dónde pasa y a quiénes les pasa es tan grande que no podrá menos que retener su atención. Con todo, ahí no terminan las posibilidades de aproximarse a la primera novela de José Leandro Urbina, porque, coincidiendo con aquellas características que un análisis de corte lukacsiano desentraña rápidamente, existen en ella otras de las que esa clase de acercamiento no es capaz de hacerse cargo y que nosotros abordaremos en lo que sigue mediante la utilización de (por lo menos) tres redes de correlaciones intertextuales.

La primera es la de la/s dependencia/s estrictamente literaria/s de *Cobro revertido* y que se concreta a través de una inversión: las de las novelas, sobre todo inglesas, que hablan del hombre civilizado (es decir, del desarrollo) que se pierde en la barbarie (es decir, en el subdesarrollo). Conrad, Lawrence, Forster y sobre todo Lowry ofrecen buenos ejemplos. Una versión filmica reciente de la más famosa de las seis novelas de Paul Bowles, *The Sheltering Sky*, que se publicó con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial y, en consecuencia, bastante más tarde que las mejores actualizaciones del modelo, se encontrará por otra parte en la última película de Bernardo Bertolucci. En cuanto a los clásicos latinoamericanos, ellos son, y espero que el lector no se ofenda si me atrevo a recordárselos, *La vorágine*, de José Eustasio Rivera y *Los pasos perdidos*, de Alejo Carpentier. El hecho es que lo que estas narraciones cuentan de ordinario es la historia de un personaje marchito, a fuer de refinado, que vive en una civilización igualmente marchita, también a fuer de refinada, y que decide renovar su pálida existencia en el ámbito

⁴Georg Lukács, *Ensayos sobre el realismo*, tr. Juan José Sebrelli (Buenos Aires, Siglo XX), pág. 16.

de una comunidad subdesarrollada y próxima a la naturaleza, léase una comunidad del archipiélago malayo (como en *Lord Jim*, de Conrad), del Congo belga (como en *Heart of Darkness*, del mismo Conrad), de las riberas del Ganges (como en *A Passage to India*, de Forster), de los pueblos del Sahara (como en *The Sheltering Sky*, de Bowles), de América Latina (como en *The Plumed Serpent*, de Lawrence) o incluso de Australia (como en *Kangaroo*, también de Lawrence). Los prejuicios eurocentristas de la antropología y la etnología decimonónicas, unido ello a una cuota de nietzscheanismo nostálgico de los *dark gods* y *pagan rituals* de las culturas "arcaicas", cuando no un gaseoso misticismo hinduista o las simplificaciones de una crítica del capitalismo y el imperialismo hecha con las armas del capitalismo y el imperialismo, devienen ostensibles en este planteo. A la larga, el personaje en cuestión no sólo no se renueva, sino que o regresa al lugar de donde salió (Adela Quested, en *A Passage to India*; Kate Leslie, en *The Plumed Serpent*, al menos en el primer manuscrito)⁵ o el nuevo espacio lo atrapa en su oscuro y pagano laberinto (el laberinto mexicano de Lowry. Por alguna razón que se explica y no se explica, México se halla entre los países más favorecidos por las novelas a las que aquí me refiero. Además de Lawrence y Lowry, hasta donde yo sé la lista de los escritores blancos que se han ido a bañar en sus aguas mefíticas incluye a John Reed, Ernest Hemingway, Waldo Frank, Hart Crane, Archibald Macleish, D.H. Lawrence, Katherine Ann Porter, Bruno Traven, André Breton y Antonin Aratud), aunque no lo barbarice, porque si lo hiciera no habría problema alguno y se trataría de un caso más del *going wild* de ciertos personajes de otras narraciones que son afines a las que aquí me vengo refiriendo y cuyo máximo orgullo es hacer caso omiso del libreto establecido (el T.E. Lawrence de *The Seven Pillars of Wisdom*, aunque en la lectura de Colin Wilson y no en la de Edward Said)⁶.

Es que la barbarización implica un relevo cultural, no obstante que desde la perspectiva ideológica de estas novelas el mismo sea un relevo "para atrás". Por el contrario, el tipo literario cuya radiografía a mí me interesa observar en este momento tiene tan internalizada su propia cultura que no hay nada ni nadie en el mundo que se la pueda extraer. Pero se trata de una cultura exhausta, recuérdese. Su capacidad para constituirse en el ángel de la guarda de quien la posee es

⁵ Lawrence tuvo serios problemas para terminar su novela. La rechoncha Mrs. Leslie decide volverse a su casa en el primer manuscrito y quedarse en el segundo, cuando se convierte en Xochitlitzal, la esposa de Huitzilopchtli, aliado de Quetzalcoatl [sic]. Pero incluso, en esa oportunidad, la decisión la toma sólo en la última página y no del todo convencida: "...in the first version Kate steadfastly refuses, also declining a love affair with Cipriano. She cannot yet bring herself to unite her white blood with the Indian blood of Mexico". L.D. Clark, *Introduction to the Plumed Serpent (Quetzalcoatl)*. Ed. L.D. Clark. (Cambridge/New York/New Rochelle/Melbourne/Sidney, Cambridge University Press, 1987), pág. xxvii.

⁶ Dice Wilson: *an extreme of Asiatic world-contempt, the antithesis of the modern Western spirit. The Outsider* (London, Victor Gollancz, 1956), pág. 79. Said responde: *The great drama of Lawrence's work is that it symbolizes the struggle, first, to stimulate the Orient (lifeless, timeless, forceless) into movement; second, to impose upon that movement an essentially Western shape; third, to contain the new and aroused Orient in a personal vision [...] as a white expert, the legate of years of academic and popular wisdom about the Orient, he is able to subordinate his style of being to theirs, thereafter to assume the role of Oriental prophet. Orientalism* (New York, Pantheon Books, 1978), págs. 241 y 243.

escasa, con una escasez que se metaforiza en la lejanía física de sus instrumentos más útiles. La cultura propia y lejana existe, al cabo, en la conciencia (y sobre todo en la inconciencia) del personaje de marras, firmemente instalada adentro suyo, pero los medios de supervivencia que ella debiera poner a su disposición, y que son los que en caso de necesidad deberían salvarlo, no se encuentran ahí.

Ergo: nuestro protagonista se halla, como hubiera dicho Quiroga, "a la deriva", disponible para un *dénouement* catastrófico, el que finalmente le sobreviene cuando la barbarie cultural —que tiene también su lado bueno, no se vaya a creer—, obra en él sólo con su lado malo, el destructivo. *Primitive virtues are poison to us —white men*, escribió alguna vez el bueno de Conrad⁷. No tiene, entonces, nada de raro que el héroe de estas novelas muera en un estado de descomposición abyecta. La descomposición alcohólica del cónsul de Lowry, del que el personaje de Urbina es una especie de *doppelgänger* criollo, constituye una estupenda demostración de la lógica funesta que en tales obras suele controlar los posibles del relato (otro ejemplo muy apto es el célebre "se los tragó la selva" de la novela de Rivera).

Ahora bien, como dije más arriba, en *Cobro revertido* lo que se produce es una bonita inversión del paradigma europeo. No sé si Urbina se propuso hacer esta inversión con perversidad deliberada, y tampoco me interesa mucho averiguarlo. Basta observar que su novela también echa mano del héroe viajero al cual nosotros nos acabamos de referir, pero poniendo patas para arriba la dirección de su desplazamiento. El viaje del protagonista en *Cobro revertido* es de la barbarie a la civilización (o del subdesarrollo al desarrollo) y no de la civilización a la barbarie (o del desarrollo al subdesarrollo). De por medio se hallaba, claro está, la circunstancia del exilio chileno o, en todo caso, la circunstancia de aquellos de nosotros que después del golpe fascista fuimos a dar a los países del Primer Mundo. Con ella se enfrentaron literariamente antes de Urbina, Antonio Skármeta, en su novela *No pasó nada*, Gonzalo Millán, en la poemas de *Virus*, y Oscar Castro, en la pieza teatral *La increíble y triste historia del general Peñaloza y el exiliado Matehuna*. Las opciones son las consabidas: la integración o el descalabro, esto, aunque Skármeta haya fantaseado en *No pasó nada* con la alternativa de un compromiso feliz entre ambas puntas del espectro. Urbina, en cambio, cuya vocación mimética no participa para nada del realismo tierno de Skármeta, le reconoce validez sólo a las puntas y convirtiéndolas en las alternativas inescapables de un ominoso dilema. Al cabo, a su personaje no se lo traga la selva, pero sí la gran urbe del Primer Mundo, el Moloch de acero, vidrio y cemento. Tan desprotegido como los blancos en un mundo oscuro, este personaje oscuro en el mundo de los blancos acaba haciéndose pedazos al tratar de sobrevivir una vida para la cual no estaba, no está ni estará nunca preparado. Considerando que por debajo de su peripecia lo que Urbina pone en juego es una apuesta paralela a la de E.M. Forster en *A Passage to India*, i.e., la apuesta a la posibilidad de un en-

⁷En un manuscrito en la British Library, MS Ashley 4787. Citado por Allan Hunter, *Joseph Conrad and the Ethics of Darwinism* (London and Canberra, Croom Helm, 1983), pág. 79.

medimiento entre culturas con un mayor y un menor grado de desarrollo (o entre "centro" y la "periferia", como decían otrora los economistas de la CEPAL. Ahora que se han renovado y hablan del "norte" y el "sur"), no cabe duda de que no puede tirar la raya y sacar sus conclusiones.

Pero lo más interesante de este asunto es que la explicación subyacente del fracaso del exiliado de la novela de Urbina, y de todos los exiliados que son como él, no es otra que la contracara del mito demoníaco respecto al Tercer Mundo⁸. Me explico. Si en novelas tales como las de Conrad, Lowry o Bowles el autor sacrifica al protagonista en el altar de los ritos atroces que son (supuestamente) el cotidiano de una cultura "inferior", Urbina sacrifica al suyo en el altar de los ritos no menos atroces que son (supuestamente) el cotidiano de una cultura "superior". La cultura tercermundista, diabólicamente poderosa en las novelas de los escritores que viajan desde el centro a la periferia, como para victimar a todo aquel que se niegue a inclinarse ante la oscura ferocidad de sus dioses, deviene cómicamente vulnerable en la novela de este escritor que viaja desde la periferia hasta el centro, como para transformarlo en víctima del primero de los habitantes de ese mismo centro que no esté dispuesto a tratar con el respeto debido su peculiar diferencia. Es decir, que la contracara del ideologismo nietzscheano es el ideologismo rousseauiano. Rousseauianismo cultural, o conservantismo, o robinsonismo, según el cual la modernidad, y más todavía la posmodernidad (si es que esa cosa existe, yo no estoy muy seguro) son peligrosas, atractivas y corruptoras a la vez. A esos espíritus inocentes, a pesar de todo, que somos los latinoamericanos, el espacio moderno o posmoderno nos puede lastimar feamente. Consecuencias: el énfasis que Urbina pone en el tema de la alienación (cf.: el Marx de los *Manuscritos* del 44 o sus secuelas en la Escuela de Frankfurt hasta desembocar en el llamado de Habermas a la "acción comunicativa") y su percepción consecuente y crítica, desde la ironía novelesca, y a pesar de la alternancia estratégica que Urbina produce entre una primera persona subjetiva y una tercera objetiva, de algunos elementos no demasiado admirables que caracterizan a la sociedad de consumo. En fin, al leerla al trasluz de este segundo cristal, *Cobro revertido* trata de la pérdida de las referencias (de las referencias, no de las raíces) culturales de un chileno en el exilio, de su imposibilidad de reemplazarlas por otras y de su consiguiente desintegración.

Pero, antes de abandonar este segundo punto de vista, conviene que nos detengamos frente a un aspecto al que, a pesar de ciertas interpretaciones reventistas que ya se le han inferido a la novela de Urbina y, no obstante, las declaraciones hechas por él mismo en una entrevista de prensa, pudiera confun-

⁸...¿Quiénes son esos gordos grandotes y bigotudos, con pintas de camioneros y vistiendo elegantes chaquetas de tweed académico, el viejo señor de lo más afeitado, que parece un funcionario de correos, la señora flacuchenta, indudable profesora primaria, el padre con su hijo, bien peinados conductores públicos, lentes culo de botella, el tipo cadavérico, profesor de filosofía. Los exiliados, los marginados, los desintegrados, los desbancados, los desubicados, los perdidos en el espacio, los alegres, los doloridos, los patéticos. Su tribu, su gente, mejores o peores, orgullosos, arrogantes y llorones, su propia familia desde siempre, desde ahora", pág. 46.

dirse con un truco técnico, lo que está lejos de ser la verdad⁹. Estoy pensando en el carnaval caribeño, que se anuncia fugazmente en la primera página de *Cobro revertido*, que permanece a lo largo de la narración como una suerte de coro en sordina (págs. 30, 38, 78 y 132) y que en las cinco páginas postreras (desde la 196 en adelante) se apodera del primer plano del discurso. Es en medio de esta fiesta "tropical", con las connotaciones despectivas que cierta gente nuestra le suele adicionar a dicho vocablo, y que son connotaciones que Gabriela Mistral, por ejemplo, repudiaba con indignación¹⁰, que El sociólogo de Urbina desaparece final (¿fatal?) mente. Nos damos cuenta, entonces, que desde las primeras páginas de su trabajo el novelista de *Cobro revertido* había estado maniobrando la historia no con las dos variables que constituyen al paradigma europeo que le sirve de base, y también a su reverso, sino con tres. El carnaval caribeño introduce a un Tercer Mundo de veras en el repertorio semántico de *Cobro revertido*, esto es, a un sistema de referencias culturales de otro orden y que complejiza considerablemente el escenario antropológico que nosotros acabamos de discutir. Al fin, al ingenuo protagonista, quien como sabemos se aliena en el ámbito de una cultura "superior", lo que le acaba dando el tiro de gracia, como en las novelas de los escritores blancos a las que me referí más arriba, es una cultura "inferior" (en rigor, no es un tiro sino una puñalada)¹¹. Desde las cenizas de la inversión transgresora renace, pues, porfiadamente, la vieja gallina ortodoxa.

Me muevo ahora hacia la tercera lectura que me parece posible infligirle a esta estupenda novela y cuya gravitación en su voluntad de significar resulta tan fuerte que casi suena a parodia, lo que es muy posmoderno, como todo el mundo sabe. Me refiero al código psicoanalítico, cuyo antecedente más a mano, en lo que

⁹Cito una entrevista de prensa. Pregunta: "¿Fue el exilio o el tema de la madre lo que gatilló *Cobro revertido*?". Respuesta: "Yo creo que el carnaval, que es un tema totalmente secundario en la novela...". A.J.S.V. "Leandro Urbina: 'Me interesa el reporte del tiempo, el ambiente, el espacio propio'". *La Segunda* (15 de septiembre de 1992), pág. 37.

¹⁰Gabriela Mistral, *Palabras que hemos manchado*, en *Gabriela Mistral en el Repertorio Americano*, Ed. Mario Céspedes (San José, Universitaria de Costa Rica, 1978), págs. 15 y 16.

¹¹"...En ese momento la mujer se metió entre medio y le dijo algo al marido y éste se las agarró con ella y la tironeó de la blusa que se rajó del hombro hacia la espalda y la zamarreaba como a un monigote. Él quiso intervenir y los otros dos le saltaron al bulto, encajándole puñetazos y cachetadas a diestro y siniestro. Cargó a pelear de vuelta, pero le metieron un combo en la oreja y lo madaron de cara al suelo y comenzaron a patearlo. Entonces la mujer le gritó al tipo más joven en chileno perfecto. mientras retenía al otro: 'Ya pus, Carlos, no le peguís más poh'. El joven se echó un paso atrás y él se levantó de un salto y le dijo a la mujer en ese breve segundo de tregua inestable: 'Oiga, usted es chilena', y casi al mismo tiempo sintió el puntazo a la altura de los riñones y un sonido como de aire escapándose. Se llevó la mano a la espalda y sintió la tela acuchillada de la chaqueta y luego un vaho caliente, un líquido pegajoso. *Sacrons l'camp!* gritaron los tipos y mientras caía, él los vio abrirse paso entre las piernas de la multitud y sintió en los oídos y en su costado, la marejada, el rugido envolvente de una ola", pág. 198. Por cierto, en un análisis más pormenorizado que el que yo estoy haciendo, la presencia de la pareja chilena, y sobre todo de la mujer chilena dentro del grupo, ahora martiniqueño, no debiera descuidarse. En rigor, esa presencia es más que una presencia, es una sospechosa *coincidencia*.

dice relación con la práctica literaria, lo proporcionan obras tales como *Portnoy's Complaint* de Philip Roth. Es así como en *Cobro revertido*, cuyo nombre anterior y vetado por los editores fue *La muerte de la madre* (no era comercial, claro), la relación de El Hijo con La Madre aterriza e intimiza la relación de El Exiliado con La Patria (esa ambigua palabra, ¿por qué no "matria" de una vez por todas?). Por lo mismo, al acercarse quien esto escribe al material de Urbina pertrechado con la batería hermenéutica sicoanalítica, los extremos que se le ofrecen son, tienen que ser, la vida-con-la-madre o el despendole. O el útero preedípico o el mundo como un caos. Porque lo cierto es que "allá" y "entonces", o sea, en el espacio y el tiempo de Chile, no hubo por parte de nuestro Sociólogo un sacudimiento auténtico de la dependencia materna. Hubo, en cambio, y esto es lo que nos llega a través de los numerosos *flash back* que van engastando su pasado en su presente durante el transcurso de la narración, una variedad de pequeñas o medianas transgresiones, algo así como una serie de escaramuzas pueriles, travesuras de niño malcriado y ninguna de las cuales implicaba una *ruptura* genuina, en el sentido que el radicalismo bachelardiano y althusseriano supo darle hace unos años a este término. El padre, que, si vamos a creerle a la receta freudiana, debió ofrecer un puente hacia el crecimiento (o si no él, una figura masculina de parecidos contornos), debe ser el personaje más fantasmagórico de todo el relato. Es, en realidad, un cero a la izquierda. El resultado es que la liberación no se produce "allá" y "entonces", aunque ciertas condiciones haya habido, entre las que se incluye a una mujer, Magdalena, cuya vitalidad y entereza El Sociólogo fue incapaz de asumir, y es sólo cuando nuestro héroe se va del país que el cordón preedípico sufre el tijeretazo que debió haber sufrido muchísimo antes.

Por cierto, el duro tijeretazo del exilio (me acordé de repente de lo del "duro whiskey del exilio" que decía Raúl Ruiz) no involucra un proceso de crisis edípica propiamente tal, con sus titubeos, sus audacias y sus reacomodos, y un proceso que debiera conducir, a la larga, al relevo y al crecimiento que son deseables de acuerdo a la conexión sicoanalítica. Al vínculo de El Sociólogo con La Madre lo desgasta el distanciamiento, pero no lo cancela, y ello, porque el distanciamiento no es intercambiable con la Ley del Padre, que es la que debería habersele atravesado en algún momento de su vida y creándole las condiciones para un nuevo ideal y un nuevo orden. Lo único que el distanciamiento genera, es una falsa sensación de libertad y es sólo más tarde, cuando el personaje anda a patadas con su alma por los caminos del mundo, que trata de aprovechar lo simbólico disponible (lo simbólico del exilio) como una solución, pero es en vano.

En efecto, las relaciones de El Sociólogo con su mujer y su amante *repite*n en el espacio y el tiempo canadienses, las relaciones con su madre y Magdalena en el espacio y el tiempo chilenos. Es más: si en el espacio y el tiempo chilenos La Madre era una mujer de clase media, sin ninguna simpatía por la lluvia de transformaciones que se estaba entonces desencadenando sobre la piel del país, y Magdalena una mujer artista, revolucionaria como es de rigor, en el espacio y el tiempo canadienses La Esposa es una mujer inglesa, sin mucha simpatía por el secesionis-

mo quebecuá, y La Amante una mujer francesa, secesionista a rabiarse¹². Es decir, que nuestro Sociólogo se las ha arreglado para conjurar en su presente todas las características estructurales que constituían su pasado. Borges, que conocía este truco duplicador casi tan bien como Freud o Hitchcock, lo desmonta con sorna al final de "Emma Zunz": "...sólo eran falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios..."¹³. Es lo que ocurre con El Sociólogo de Urbina: como antes de su madre chilena, ahora se aleja de su esposa inglesa, pero sigue dependiendo de ella emocional y económicamente. Además, tiene una amante francesa, que es algo así como el antídoto necesario respecto de los convencionalismos de la mujer inglesa (y que por lo mismo nos recuerda a su otro antídoto, a la Magdalena chilena: la rima, que es casual, podría no serlo), la que, como si eso fuera poco, maravilla de maravillas, posee, incluso, la facultad de convertirse en dos cuando hace falta, de desdoblarse en Marcia y en Francine, y aquí, como allá, es incapaz de preservarla/s.

De manera que el tipo se queda, también en lo que toca a sus negocios privados, para usar una vez más la tan útil expresión de Quiroga, "a la deriva". Sin el pasado imaginario, el preedípico, lo que a estas alturas no resulta ni siquiera fantaseable, y sin un futuro simbólico, el posedípico (en otras palabras, el modo de vida que intenta construirse en el destierro: es conmovedor, va a la universidad y trata de retomar sus aspiraciones antiguas, aunque cambiando de mención, de derecho a sociología), su cuadro de expectativas no es demasiado halagador. Ninguna de sus empresas tiene éxito, sencillamente, porque en ninguna de ellas está la solución.

Pero para que de veras tenga sentido todo lo que vengo diciendo, creo que habría que darle a la novela de Urbina una última vuelta de tuerca, esta vez, utilizando como antecedente intertextual los que a mí me gustaría bautizar con el nombre de "discursos chilenos de la derrota". En otras palabras, aquellos discursos que explican o que se hacen la ilusión de explicar por qué la experiencia socialista en la que algunos chilenos pusimos todos nuestros ahorros a principios de los años setenta falló, qué fue lo que la hizo fracasar, dónde estuvo el error. A mi modo de ver y, no obstante su desconsiderada abundancia, tales discursos de la derrota son clasificables en dos grupos básicos cada uno de los cuales encuentra el eco respectivo en la novela que aquí estamos comentando. No en las discusiones de café, en las que se trenzan con tanta pasión como futilidad varios de sus personajes, como la del boliche español mencionada más arriba, lo que era del

¹² "...Marcia está por la separación de Quebec, por la total y plena independencia. Lo lleva a reuniones políticas, a concentraciones y fiestas donde danzan alrededor de las fogatas envueltas en la bandera de la flor de lis y terminan ahumados y sudorosos y ella trata de convencerlo que Quebec es una especie de país latinoamericano, cuestión que en el fondo no cree para nada. Meg se pone furiosa, teme una nueva Irlanda, la soberanía de la provincia es su límite indeciso. Marcia es francófona, nacionalista y adora a *monsieur* Levesque, aunque lo encuentre blando. Habla inglés con un acento escalofriante, para matarse de la risa. Meg es anglófona y habla un poco bastante de francés, lo necesario", pág. 37.

¹³ Jorge Luis Borges, "Emma Zunz", en *El Aleph* (Buenos Aires, Emecé, 1961), pág. 66.

todo previsible, sino en la carga semántica que sostiene y empuja el desenvolvimiento de la narración. Porque el exiliado es ése que quiso una vez cambiar las cosas y perdió. Por eso está en el exilio, a causa de su derrota. Esa derrota tiene dos y sólo dos explicaciones posibles y mi impresión es que la novela de Urbina no privilegia ninguna de ellas, que las suscribe las dos, aunque, entre él y yo, sospecho que a Urbina le gusta más la segunda.

La primera explicación, la más consoladora por cierto, asegura que el estado de cosas que algunos chilenos quisimos cambiar entre 1970 y 1973 era más poderoso que nuestras fuerzas para cambiarlo y que a eso se debió el que nuestros estupendos esfuerzos hayan terminado, como efectivamente terminaron, en el basural de la historia; a que nuestros medios eran inferiores a los de nuestros enemigos. Contra la alianza de la gran burguesía chilena, los militares y el imperialismo, ¿qué podían hacer nuestros arcos y nuestras flechas, nuestras lanzas de palo, nuestros escudos de mimbre? Si hubiésemos dispuesto de los mismos recursos de que disponían ellos, otra historia es la que estaríamos contando. Póngale usted a semejante argumento los adornos retóricos que mejor le acomoden, pero eso será lo que en definitiva él le cuente.

Menos condescendientes consigo mismos son aquellos intérpretes de la misma historia que se inclinan por el punto de vista contrario y afirman que lo cierto es que jamás se tuvo ni la voluntad ni la energía para cambiar las cosas en serio, que todo lo que se hizo fue para cambiar sin cambiar y que por ese camino se acabó confundiendo el cambio (la ruptura, en el lenguaje bachelardiano y althusseriano del que nos aprovechamos ya una vez) con la transgresión, pequeña o mediana, nunca muy grande, y el reajuste. En el momento de hacer borrón y cuenta nueva, *eso de lo que estábamos hechos ideológicamente pudo más que el proyecto ideológico alternativo*. Para el que luego tuvo que salir al exilio, se trata de una comprobación desconsolada y bien difícil de aceptar, porque significa que él se desprende de eso que fue sólo por su alejamiento geográfico, porque aquí donde ahora está todo aquello carece de valor, y además con la conciencia (o la inconciencia, lo mismo da) de que lo que quiso ser en cambio no resultó, que se fue al diablo, que abortó de la manera más inicua. Nos salimos del orden de cosas existente porque teníamos que crecer y fabricarnos nuestro propio paraíso (o nuestro propio infierno), pero la verdad es que no logramos fabricarlo y que ni siquiera fuimos capaces de anticiparle una forma adecuada... y en cuanto a lo de acá, lo rechazamos o no creemos en él porque nos parece inferior a la utopía esplendorosa que aún se aloja en nuestros sueños. Entre tanto, estamos, otra vez, "a la deriva".

En resumen, los tres códigos intertextuales desde los que, si nos deslizamos por debajo de su superficie mimética, es posible leer la primera novela de José Leandro Urbina, confluyen en el despliegue de una cierta peripecia cuya estructura está formada por la insatisfacción ante un orden antiguo, el intento y el fracaso en la construcción de un orden nuevo, la salida del espacio de ese fracaso, la instalación en un espacio distinto y la repetición allí del intento constructor precedente para culminar en un nuevo (y esta vez grotesco) fracaso. Marx lo decía: aquellas historias que en el primer *round* son tragedias, en el segundo se

transforman en comedias –o en tragicomedias. Como quiera que sea, la figura retórica que domina esta estructura es la duplicación, casi me atrevo a decir la redundancia. Para traducirlo a la jerga lacaniana una vez más, de lo que hemos estado hablando a lo largo de estas páginas es de un deseo metonímico, al que intentamos apaciguar periódicamente con la zanahoria de unos cuantos significantes metafóricos y significantes éstos cuya pretensión consiste en remplazar el significado pleno al que aspiramos o creemos aspirar, pero no sin que se les note su naturaleza postiza. La cultura patria (matria), el imaginario materno o la ideología dominante son en última instancia irrenunciables, al menos para la gente como nosotros. ¿O no?

CIENCIAS SOCIALES

Pablo Andrés Tom Blaser

Introducción

En el marco de las nuevas tendencias que pretenden renovar la historiografía, se han desarrollado una serie de conceptos inusuales que se juegan en parte de valde, buscando ser aceptados como especies legítimas para el sector constituido al estudio. Dichos conceptos deben ser útiles a la hora de comprender la labor de la disciplina. Uno de ellos es el de "sociabilidad", introducido en el lenguaje científico principalmente por el historiador francés Maurice Agulhon.¹

Para entender una definición nominal del concepto, se puede apelar a los diccionarios más claros del término, sus "significaciones de diccionario", que buscan dar un lo más general ("la aptitud de la especie humana para vivir en sociedad"), al tanto con lo excesivamente específico ("la aptitud del individuo a asociarse a sus semejantes"). El término que le concierne al investigador, en este caso, se sitúa precisamente entre los dos, más allá del individuo singular y más allá de la especie.²

Considerando en cuenta lo anterior, la sociabilidad asentada en la red de relaciones que constituyen el terreno intermedio entre individuo y especie, puede dar lugar a un rango de sociología colectiva, siendo una herramienta válida para el estudio científico. Es una calidad colectiva de relación que varía en el tiempo y el espacio, satisfaciendo cotidianas necesidades mentales fecundas para el desarrollo de acciones voluntarias con un carácter determinado. Esto es claro, por ejemplo, en el caso que respecta a la política, con los clubes republicanos franceses o los partidos políticos, en el caso chileno.³

Este hace más visible y manejable historiográficamente a un fenómeno que pasa a la formalidad, se establece como ciencia y se lo regula de modo sistemático, variando campos posibles de investigación según se para de verlos y se los ve por qué, el contenido y los cultos de las interacciones voluntarias que definen a los grupos de personas asociados. En tal sentido, la sociología, en sus relaciones, se ofrece como un campo abierto a la hora de estudiar a los sujetos de sociabilidad.⁴ Así se evidencia en, al observar la formación

¹ Maurice Agulhon, *La Era del Imperio*, trad. Pablo Andrés Tom Blaser, (Santiago, Chile: Editorial Trilce, 1994), p. 100.

² *Enciclopedia de la Historia de Chile*, segunda edición, 1981, t. 10, p. 104. Para una versión actualizada véase el artículo de Pablo Andrés Tom Blaser, "Sociabilidad y sociología", *Revista de Historia*, 1999, n.º 1, p. 12.

³ Véase el artículo de Tom Blaser, "El club republicano francés: un espacio de sociabilidad", *Revista de Historia*, 1999, n.º 1, p. 12.

⁴ Véase el artículo de Tom Blaser, "Sociabilidad y sociología", *Revista de Historia*, 1999, n.º 1, p. 12.

SOCIEDADES PARA EL DESARROLLO DE LA INSTRUCCIÓN PRIMARIA: 1870 - 1910

Pablo Andrés Toro Blanco

INTRODUCCIÓN

En el marco de las nuevas tendencias que pretenden renovar la historiografía tradicional, una serie de conceptos instrumentales se juegan su carta de validación, buscando ser aceptados como aportes legítimos para el mejor conocimiento del pasado. Dichos conceptos deben ser útiles a la hora de sistematizar la labor de investigación. Uno de éstos es el de "sociabilidad", introducido en el ejercicio historiográfico principalmente por el historiador francés Maurice Agulhon¹.

Para intentar una definición sumaria del concepto, se puede apelar a los dos significados más claros del término, sus "significados de diccionario", que tienen que ver con lo muy general ("la aptitud de la especie humana para vivir en sociedad"), así como con lo excesivamente específico ("la aptitud del individuo a frecuentar a sus semejantes"). El terreno que le concierne al historiador, en este marco, "está precisamente entre los dos, más allá del individuo singular y más acá de la especie"².

Teniendo en cuenta lo anterior, la sociabilidad asentada en la red de relaciones que constituyen el terreno intermedio entre individuo y especie, puede devenir en un rasgo de sicología colectiva, siendo una herramienta válida para el uso historiográfico. Es una calidad colectiva de relación, que varía en el tiempo y en el espacio, existiendo coyunturas más o menos fecundas para el surgimiento de asociaciones voluntarias con un carácter determinado. Esto es claro, por ejemplo, en lo que respecta a la política, con los clubes republicanos franceses o las sociedades políticas, en el caso chileno³.

Lo que hace más visible y manejable historiográficamente a una sociabilidad es su paso a la formalidad, su establecimiento como espacio regular de relación. De tal manera, variados campos posibles de investigación se abren para develar el cómo y el por qué, el contenido y los estilos de las interacciones voluntarias y formales que determinados grupos de personas sostienen. En tal sentido, la historia de las asociaciones se ofrece como un campo abierto a la hora de encarar un estudio de sociabilidades⁴. Allí se evidencian, al observar su formalidad y

¹Particularmente relevante ha sido su estudio *Pénitents et francs-maçons de l'ancienne Provence. Essai sur la sociabilité méridionale* (Fayard, Paris, 1984).

²Cf. Maurice Agulhon, *Le Cercle dans la France bourgeoise 1810 - 1840. Etude d'une mutation de sociabilité* (Paris, Librairie Armand Colin, 1977), pág. 8. La traducción es nuestra.

³Para un estudio integral del tema ver la obra de Cristián Gazmuri, *El 48 chileno igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos* (Santiago, Editorial Universitaria, 1992).

⁴Agulhon, *Le Cercle...*, op. cit., pág. 8.

estructuración, gracias a sus vestigios documentales-memorias, estatutos, etc., elementos que pueden ayudar a una aproximación a las ideas y la mentalidad de quienes las formaban.

Esta mirada, a lo que llamaremos dimensión societaria, es la que se encuentra en el presente trabajo, en el cual se pretende demostrar la plausibilidad del uso de la "sociabilidad" como categoría, aplicándola al estudio de la *élite* política chilena de la segunda mitad del siglo pasado, entendida ésta en lo sucesivo como aquellos que tuvieron acceso al poder formal o parlamentario. Se intenta esbozar una aproximación a la acción societaria de un grupo de congresistas, acotada en torno a un dominio de acción, como es la beneficencia y a un objeto específico: la instrucción primaria. Mediante esta opción delimitadora, lo societario devela voluntades e idearios que sociabilidades más periódicas, espacios de interacción voluntaria sin otro fin que el contacto en sí mismo, como los clubes de esparcimiento, no trasuntan con igual nitidez.

De igual forma, se pretende señalar que el concepto de "sociabilidad" estaba muy presente en la escena ideológica chilena; que era una coordenada que, desde sus respectivos campos de acción, tomaban muy en cuenta tanto conservadores como liberales, en el marco de la propagación de sus ideas. En este caso, en su visión sobre la instrucción primaria como vía de modernización.

Mediante la mirada a los diferentes significados e implicancias que se le daba a la instrucción primaria, así como a los estilos de asociación particular para promoverla, creemos que se hace visible un sustrato doctrinario que ayuda a esbozar rasgos de la mentalidad político-social de una parte importante del núcleo parlamentario decimonónico.

El por qué de la existencia de asociaciones privadas orientadas a la promoción de la instrucción primaria tiene que ver mucho con la significación que se le otorgó durante el siglo pasado a esta última⁵. La instrucción primaria formaba parte del conjunto del "sistema educativo nacional" que, en vías de estructuración, se empezó a gestar de manera más sólida desde los decenios de Manuel Bulnes y Manuel Montt. La consolidación de este sistema que ofrecía educación, se convirtió en una tarea relevante para los sectores dirigentes, en especial para aquellos que eran más deudores de un pensamiento ilustrado. Se concebía que en la organización del país como una república independiente y enmarcada en una corriente progresista, la educación jugaba un papel fundamental. Con todo, la tendencia de los intelectuales criollos de mediados de siglo estuvo más orientada a una preocupación por la enseñanza de las humanidades, en la que se manifestaba con mayor claridad un sesgo doctrinario. Por lo tanto, su dominio se convirtió en un punto de choque frontal entre posiciones conservadoras y liberales laicizantes.

Ya desde inicios de la segunda mitad del siglo se había ido generando una doctrina respecto a la instrucción primaria, recomendando su promoción, particularmente hacia los sectores subalternos. Estas formulaciones tuvieron un

⁵Una sistematización clara al respecto en Bernardo Subercaseux, *Fin de siglo, La época de Balmaceda, modernización y cultura en Chile* (Santiago, Editorial Aconcagua, 1988), págs. 137 y siguientes.

espacio de expresión a propósito de una iniciativa estatal, de parte del gobierno de Manuel Montt, para convocar a un certamen de memorias sobre instrucción primaria⁶. Se hacía notar tras esta iniciativa, así como sobre el conjunto de la actividad proeducacional de Montt, la influencia del argentino Domingo Faustino Sarmiento.

La memoria ganadora de dicho certamen cumplió un doble objetivo: sistematizó una serie de conceptos que se manejaban respecto a los beneficios de la instrucción primaria y, lo que es más importante para los efectos de este estudio, sirvió como causa directa a la formación, en junio de 1856, de una Sociedad de Instrucción Primaria, organizada por un núcleo de jóvenes que posteriormente se destacarían en diversos ámbitos de la vida pública nacional⁷.

Con la aparición de la Sociedad de Instrucción Primaria, en adelante SIP, y, más que nada, con su creciente solidez como ofertante de instrucción, el concepto de la acción privada en el campo de lo educativo se vio reforzado. Pasaría algún tiempo antes que, ya imbuidos de una tendencia ultramontana, los sectores agrupados en torno a una visión conservadora reaccionaran mediante la creación, entre otras instancias de instrucción, de la Sociedad de Escuelas Católicas de Santo Tomás de Aquino, en 1870. En adelante SEC.

En torno a estas dos asociaciones se agruparon numerosos personajes que, posteriormente, ocuparían un escaño en el Poder Legislativo. Su participación en estas formas de sociabilidad les dejó una impronta que se manifestó, con mayor o menor relieve, en su accionar como políticos.

Primero se verán las formas y contenidos de estas dos asociaciones que dejan traslucir diversas valoraciones de la instrucción primaria, las cuales dicen relación con las potencialidades que se le otorgaba, desde las perspectivas de lo moral-valorístico, integrador-nacional y económico-social. Posteriormente, se estudiarán las características del grupo de parlamentarios que en algún momento pertenecieron a ellas.

LA SOCIEDAD DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA

La SIP nació a mediados de la década de 1850, en un período de ampliación de los esfuerzos estatales para ofrecer educación. Como respuesta a estas iniciativas y al llamado formulado por una memoria escrita por el futuro congresista liberal Miguel Luis Amunátegui, se difundió en sectores de la juventud ilustrada santiaguina la idea de crear una organización que promoviera la instrucción primaria, facilitando el acceso a ella de nuevos sectores sociales. Una sociedad de beneficencia, en definitiva. Una más, en el marco de la creciente red societaria que empezaba a tejerse, reflejando el natural interés de los sectores dominantes por propagar su ideario. Este grupo de jóvenes, muchos de ellos de la más alta so-

⁶El concurso fue convocado por decreto supremo de fecha 12 de julio de 1853 y se recibieron trabajos hasta el 11 de marzo de 1855.

⁷Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, *De la Instrucción Primaria en Chile: lo que es y lo que debería ser* (Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1856).

ciudad, compartían ésta y otras inquietudes en torno a la tertulia de Marcial González, figura liberal de la política criolla. La iniciativa se concretó gracias a la labor de Paulino del Barrio y Fernando Llona. Junto a ellos, aparecía una serie de personajes que, con el curso del tiempo, tendrían acceso al Congreso y animarían la escena política nacional: Benjamín Vicuña Mackenna, Domingo Santa María, Marcial González, Diego Barros Arana, Manuel Carrasco Albano, Aniceto Vergara, Juan Nepomuceno Espejo, entre otros. Buena parte de estos personajes formó una generación ligada al desarrollo de las ideas liberales, tanto en su actuación política "militante" —muchos de ellos participaron de sociabilidades políticas como la Sociedad de la Igualdad y el Club de la Reforma—, como en su concepción global de la realidad⁸. De hecho, Vicuña Mackenna y Barros Arana, por ejemplo, son paradigmas de la política y del pensamiento liberal chileno decimonónico.

No obstante lo anterior, al inicio de sus actividades era posible percibir que en la SIP se daba una presencia plural, puesto que junto a conspicuos liberales también figuraron personajes ligados al mundo conservador y a la propia Iglesia. En tal sentido, baste solamente destacar la presencia de Manuel Carvallo, primer presidente de la institución, Rafael Minvielle, así como los sacerdotes Moisés Picón, Manuel Orrego y Francisco de Paula Tavoró, entre otros. Esto hace que sea poco aceptable la percepción de que esta sociedad hubiese nacido siendo una institución netamente liberal, exenta de católicos y con eventuales influencias masónicas, por lo menos en sus primeras décadas de funcionamiento⁹. Sin embargo, el sesgo doctrinario de la SIP se fue reforzando, paralelo al recrudecimiento de los conflictos entre liberales y conservadores, por lo que, a la larga, los parlamentarios que participaron en ella fueron mayoritariamente liberales y radicales.

Parlamentarios directores de la SIP, 1856 - 1936, según partido político

Liberales	32
Radicales	17
Conservadores	7
Liberales-democráticos	4
Nacionales	2
Dos o más partidos	8

La SIP nació a partir de la reunión celebrada en el salón de la Filarmónica el 20 de julio de 1856¹⁰. Desde esa oportunidad se procedió a conformar su primer directorio, centrado esencialmente en una labor organizativa que no impidió, no

⁸Cf. Gazmuri, *El 48...*, *op. cit.*

⁹A principios de este siglo se vinculaba, en tono acusatorio, a la SIP con la masonería. Ver Véritas, *La masonería y sus obras en Chile* (Santiago, Talleres Gráficos San José, 1920).

¹⁰Una visión amplia de esta institución se encuentra en la obra de José A. Alfonso, *La Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago de Chile. Su vida, sus obras. 1856 - 1936* (Santiago, Imprenta Talleres Casa Nacional del Niño, 1937).

obstante, que antes de cumplirse un año pudiesen prosperar iniciativas concretas. Así, con fecha 12 de agosto de 1856 la SIP inauguraba cuatro escuelas primarias, en locales arrendados para tal efecto. Y ya al año siguiente, publicaba un cuaderno con una serie de documentos relativos a su fundación y organización, siendo éste un testimonio claro de las motivaciones de sus jóvenes miembros, que estimulaban a la fundación de asociaciones similares en otras ciudades del país¹¹.

El inicio de las actividades fue bastante optimista, dada la masiva atención que había concitado la iniciativa en los sectores ilustrados. Se generaron expectativas de crecimiento, en virtud del entusiasmo demostrado. Ese mismo año de 1856, con la inauguración de las cuatro escuelas nocturnas para adultos, que funcionaron en los locales de las escuelas municipales de Santiago, y siete escuelas para niños y niñas, la matrícula global de las escuelas de la SIP bordeó los mil alumnos¹². Los resultados llevaban a sostener que "...500 individuos han aprendido lo suficiente para considerarse ya completamente iniciados en el camino de la instrucción primaria"¹³. Con todo, los auspiciosos comienzos fueron deviniendo en una seria estrechez económica, que hizo peligrar seriamente la continuidad de la institución. Cuando no llevaba más de tres años de funcionamiento, la falencia económica en que se encontraba hizo que un par de intelectuales simpatizantes, futuros parlamentarios, pidieran, a través de la prensa, ayuda para financiarla: "Los bienes que esa sociedad lleva hechos a la instrucción en su corta y nada holgada vida son incalculables. Sus escuelas, sembradas en toda la extensión de la capital, han dado educación a una inmensa cantidad de niños, adultos y hasta viejos. Puede asegurarse sin temor que, desde la fundación de las escuelas de esa sociedad, se ha doblado y triplicado el número de niños que en Santiago saben leer y escribir"¹⁴.

No obstante, la Sociedad pudo subsistir a esta situación crítica, así como a la forzada ausencia de importantes asistentes y contribuyentes, ausencia generada por razones políticas. Las revueltas, con ocasión del alzamiento de 1859 y su posterior represión, significaron el exilio para algunos y para otros el forzado silencio. Así, pese a las dificultades, a través de las últimas décadas del siglo, la Sociedad fue consolidándose como una organización significativa, que le valió un reconocimiento expreso en 1889, al ser invitados algunos de sus directores a la discusión del Congreso Nacional Pedagógico, lo que demuestra que esta asociación era un "interlocutor válido" a la hora de las reflexiones sobre el futuro de la instrucción primaria nacional¹⁵. Representando a la SIP participaron en este con-

¹¹ Colección de documentos relativos a la Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago (Cuaderno Primero) (Santiago, Imprenta del País, 1857).

¹² José Bernardo Suárez, *Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago*, en *El Ferrocarril*, Santiago, abril, 1893.

¹³ Colección de documentos..., *op. cit.*, págs. 33 y 34.

¹⁴ Justo Arteaga Alemparte, *La Sociedad de Instrucción Primaria*, en *La Semana. Periódico noticioso, literario y científico*, N° 3, 4 junio 1859, págs. 34 y 35.

¹⁵ Lo mismo puede decirse con respecto a la SEC, que también fue invitada a participar, siendo representada por Joaquín Prieto Hurtado y Joaquín Echenique Gandarillas, ambos futuros parlamentarios. Ver, *Congreso Nacional Pedagógico. Resumen de las discusiones. Actas y memorias presentadas al Primer Congreso Pedagógico*, compilado por José Abelardo Núñez (Santiago, Imprenta Nacional, 1890).

greso: Manuel A. Henríquez, Pedro Bannen, en ese momento Diputado, Álvaro Bianchi Tupper, Octavio Echegoyen y Claudio Matte, que pocos años después llegaría al Congreso Nacional.

En la medida que la SIP se consolidaba en su formalidad como tipo de asociación, robusteciendo su funcionamiento, a través de los diferentes documentos que publicaba, iba configurando una suerte de ideario o discurso particular. En él, resulta importante buscar la autojustificación que dan los miembros de la Sociedad para haberla establecido, pues precisamente está relacionada con la adopción del concepto de sociabilidad, como espacio de interacción voluntaria y formal. En tal sentido, esta institución es la expresión de la puesta en práctica de la "doctrina asociativa". Con esto, se quiere decir que en el ambiente intelectual de la década de 1850, particularmente en aquel relacionado con los sectores políticamente más liberales, circulaba como coordenada ideológica la idea de la asociación. De esto da testimonio la propia introducción a los documentos iniciales de la SIP, donde se sostiene que: "El espíritu de asociación que tantos prodigios ha obrado en la industria, en las artes, en el fomento material de la riqueza de las naciones, se pone ahora al servicio de intereses más valiosos aún, al servicio de las clases desvalidas de nuestra sociedad en su condición más desgraciada, para regenerarlas por el influjo de la educación y devolverlas a la patria, a la familia, dignas de los altos destinos a que la religión, la república y la civilización las llaman"¹⁶.

Este "espíritu de asociación", concepto tributario del pensamiento ilustrado, se encuentra absorbido, corregido y aumentado por las referencias admirativas que la "intelectualidad criolla" emite sobre el desarrollo de los países que lo han puesto en práctica, como Inglaterra y Estados Unidos, asumiéndolo por medio de esta admiración como una práctica que debe ser llevada a cabo para cada ámbito de la realidad. Se constituyó así en una apropiación doctrinaria que sirvió para legitimar ésta y otras instancias de acción societaria. Así, los individuos en su asociación voluntaria y colectiva reclamaban un espacio de acción frente a un Estado que recién se configuraba como tal. Todo esto es más comprensible aún, ya que se daba en el marco del predominio neto del liberalismo político. La asociación, el ejercicio de la sociabilidad, debía expresarse, claro está, al interior de los sectores dirigentes, como medio de promover su visión de mundo, su ideal de país, en el cual la educación jugaba un papel de modelador.

Los claros destellos de una postura ilustrada, presentes en estas palabras, testimonian el tono optimista con que este grupo, punto de encuentro de personajes predominantemente deudores del liberalismo político, asumía la construcción de la república. Una tarea apoyada en la razón como instrumento. Una "guerra a la ignorancia", tal como era el lema e idea fuerza de la SIP, en que la ignorancia era un mal social, que debía ser enfocado no sólo por el Estado, ya que también la sociedad civil algo tenía que decir: "Aunque esté entre los principales cometidos del gobierno la enseñanza, los ciudadanos no dejan de tener por eso

¹⁶ *Colección de documentos...*, op. cit. Introducción.

grandes deberes que llenar. La obra de hacer la luz en los espíritus es inmensa, y necesita de minuciosos cuidados que no pueden tener los administradores"¹⁷. La sociedad ha de preocuparse, junto con el Estado, de la construcción de una oferta educativa que permita redimir, desde el paternalismo, animado de piedad cristiana o filantropía humanista, a los sectores postergados de su marginación y sus lacras, asociadas por los intelectuales de la SIP a la falta de instrucción.

Esta acción de organismos como la SIP tiene que ser complementaria de Estado, pero necesariamente autónoma con respecto de éste, para no caer en una relación de dependencia que pueda desvirtuar sus principios: Cuando la educación del pueblo "se entrega exclusivamente en manos de los gobiernos, la influencia de estos se extiende más y más sobre los pueblos, mientras que si los mismos ciudadanos tienen parte en ella, aquella influencia deja de ser tan poderosa. Del primer modo la educación está sometida a las variaciones de la política, y cede a la influencia oficial, mientras que del segundo es completamente independiente de todo poder, y por lo tanto más estable... No se debe buscar la protección de los gobiernos porque ese apoyo en lugar de dar vida mata... La Sociedad de Instrucción Primaria lo ha comprendido así. Desde su fundación hasta el presente ha seguido una marcha más o menos próspera según las circunstancias, pero siempre lejos de la autoridad"¹⁸.

En el marco del pensamiento de la SIP, la instrucción deviene en una herramienta de modernidad, de progreso. Para este sector, la adquisición de nuevos conocimientos, el acceso a la cultura escrita, no es un pecado prometeico, sino una llave modernizadora, un elemento cohesionador e integrador de la sociedad que se quiere configurar. Cohesionador, porque significa beneficios directos para todos los sectores. De esta manera, en las palabras de uno de los futuros diputados participantes de la SIP: "para el industrial, trabajo; para el comerciante, ventas; para el agricultor, buenas cosechas; para el capitalista, seguridad; para los gobernados, respetabilidad; para los gobernantes, estabilidad"¹⁹.

Aquí se aprecian con claridad y en forma sintética las dimensiones de lo económico y lo político como campos de incidencia favorable de la mayor instrucción del pueblo, desde el predicamento de los miembros de la SIP: La alfabetización constituyéndose en un gesto de apertura a la modernidad, en cuanto lograría facilitar la incorporación de mayores niveles de productividad y de cohesión y disciplina social, al constituir un modo regular de transmisión de conocimiento técnico y de valores de subordinación.

El aumento de los niveles de instrucción en sectores sociales ajenos a la élite económica y social, podría despertar suspicacias en torno a su pertinencia. Mas, el optimismo liberal se hace presente en el pensamiento de los sustentadores de

¹⁷ *Revista de Instrucción Primaria. Órgano de la Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago*, número 1, Santiago, 1866, pág. 2.

¹⁸ *Educación popular*, en *Revista de Instrucción Primaria, Órgano de la Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago*, número 2, octubre 1866, págs. 26 y 27.

¹⁹ *La Sociedad de Instrucción Primaria, op. cit.*

la SIP, ya que, para ellos, todo riesgo de alteración sistémica de las relaciones sociales se destruye al generar, con la instrucción que se entrega, un sólido sentimiento de integración, reproduciendo en el sentido común de sus destinatarios la idea de "nación", mediante una suerte de "formación ciudadana" en la mayor cantidad de personas posible, con la masificación de la lectura, elemento habilitante a la hora de adquirir la categoría de ciudadano con derecho a voto. Esta "formación ciudadana" es un basamento en la construcción de una democracia liberal, una meta a la que un político como Guillermo Matta aspira, sin duda: "No será, pues, de las escuelas, en donde la inteligencia humana aprende el vuelo del pensamiento y estimula su ardor en la contemplación de sus prodigios; no será, repetimos, de esa morada de instrucción y de enseñanza, de donde pueda salir, como algunos temen, un pueblo rencoroso y anarquista. En donde se instruye a la ignorancia se enseña el trabajo, se glorifica la paz y se preconiza el derecho y el deber de todos los hombres a lo justo, lo bueno y lo verdadero"²⁰.

Lo justo, lo bueno y lo verdadero, que si bien no está exento de elementos de la predominante visión cristiana, convive con el paradigma sustentado por el núcleo de la SIP: el del ciudadano, el del hombre político. Así, se tiende a comprender la instrucción como un camino formativo tanto en valores cristianos y respeto religioso como en la idea de una vía preparatoria para el advenimiento de grados cada vez mayores de libertad en un sistema democrático: "Es necesario que al mismo tiempo que se enseña al hombre sus obligaciones para con Dios, es preciso que a la vez se le instruya en la religión del espíritu, se le haga conocer los deberes y los derechos que les impone esa otra religión del ciudadano que se llama *democracia*"²¹. Aquí aparece expresada en forma patente esta apertura de los doctrinarios de la SIP hacia un marco valórico modernizante, dándosele a la democracia, aunque sea por vía de metáfora, un grado de importancia como el que gozaba entonces la religión.

Esta "religión de la democracia" fuera de ser un desiderátum al cual arribar después de un largo peregrinaje, también tiene requerimientos concretos, aquí y ahora, relacionados con la instrucción y la alfabetización. El principal: el derecho a sufragio, como se mencionaba anteriormente, hecho explícito y valorado como elemento ligado a la instrucción en este discurso de José Alfonso.

Ahora más que en ninguna época precedente se trabaja por formar una verdadera democracia, ahora que el sufragio que puede llamarse universal—desde que gozan de los derechos políticos todos los varones de cierta edad que sepan leer y escribir—hará oír su voz soberana en una época no remota, ahora es más que nunca necesario que este soberano no se limite a ejecutar un acto casi mecánico, más o menos influenciado por voluntades extrañas,

²⁰Guillermo Matta, *Educación del pueblo*, en *Revista de Instrucción Primaria. Órgano de la Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago*, número 1, págs. 16 y 17.

²¹A.M., *De la nueva dirección de los estudios*, en *Revista de Instrucción Primaria. Órgano de la Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago*, número 1, págs. 28 y 29. El destacado es nuestro.

pero siempre influenciado, sin la conciencia de su poder y mucho menos de sus obligaciones...²².

La agudización de los conceptos liberalizantes contenidos en el discurso de la Sociedad de Instrucción Primaria se tradujo en su *praxis* educativa, abierta a las modificaciones que su directorio le imponía. De tal manera, el creciente predominio de liberales y radicales en éste, se fue reflejando en los mismos planes de estudio y valores que se les transmitían a los alumnos. Es en tal sentido que esta sociedad no es sino el trasunto de una realidad mayor que, parafraseando a Letelier, se daba en el plano de la lucha por la cultura. Tal cúmulo de conceptos, adquiridos en la participación en la SIP, habrían de estar presentes en la percepción de los congresistas del mundo liberal respecto a la educación. Frente a esto, la reacción católica y los gérmenes de un pensamiento social cristiano no se harían esperar.

LA SOCIEDAD DE ESCUELAS CATÓLICAS DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Nació como un organismo ligado a los sectores católicos que, agrupados en torno a la Iglesia, se preocuparon de la promoción de la educación hacia los sectores subalternos, siempre desde una óptica de beneficencia, continuando así una corriente de acción ejercida por el laicado católico, presente en la escena societaria chilena desde los albores de la conformación de la república como tal²³. Esta forma de asociarse en defensa de la fe y de la Iglesia, que muchos católicos asumieron como un deber, se produjo en medio de una coyuntura de creciente penetración de ideas laicizantes a todo nivel, incluyendo la educación. Se diferenció de aquel primigenio laicado ya que derivó hacia posiciones ultramontanas, debido precisamente a su forzado carácter de reacción ante el avance laicizante. El creciente tono contestatario y reactivo empujó a los católicos a una mentalidad de cruzada, con un fuerte espíritu de militancia. Así, desde sus comienzos, la SEC sostuvo una nítida relación de identificación y dependencia con respecto a la jerarquía católica santiaguina, figurando en su directorio conspicuos personajes del conservadurismo criollo, cantera desde la cual se nutrió, y que se refleja en la militancia política mayoritaria entre los parlamentarios que ejercieron el cargo de director en ella:

²²Sociedad de Instrucción Primaria de Valparaíso, *Inauguración de la Escuela Sarmiento en 4 de abril de 1875* (Valparaíso, Imprenta Colón, 1875), págs. 10 y 11.

²³Una visión al respecto, en Maximiliano Salinas, *El laicado católico de la Sociedad Chilena de Agricultura y Beneficencia. 1638-1849*, en *Anales de la Facultad de Teología*, Universidad Católica de Chile, volumen XXIX, 1980.

Parlamentarios directores de la SEC: 1870 - 1920, según partido político

Partido	Número
Liberales	5
Radicales	1
Conservadores	57
Liberales-democráticos	1
Nacionales	1
Dos o más partidos	4

La SEC tuvo su génesis entre 1869 y 1870 a partir de una escisión producida en una Sociedad orientada también a la labor de promover la instrucción, la Sociedad Católica de Educación, que "no llenaba cumplidamente los fines de su institución... [sus miembros] eligieron en 24 de abril de 1869, por mayoría absoluta de votos, conforme a sus estatutos un directorio, cuyo principal encargo sería que la asociación fuera verdadera y completamente católica"²⁴.

Se produjo una serie de "desgraciados incidentes" entre la juventud católica de la época y don José Ignacio Víctor Eyzaguirre y "...no habiendo acuerdo entre los diversos elementos que formaban en 1869 la Sociedad Católica de Educación, algunos de esos directores se propusieron constituirse separadamente para organizar otra fundación sobre una base que juzgaron más sólida y práctica"²⁵.

Configurado ya el nuevo organismo, sus promotores procedieron a entrevistarse con la jerarquía católica en busca de su apoyo. Rafael Valentín Valdivieso... bendijo el proyecto que se le proponía, y concedióle la aprobación canónica, por decreto de su Vicario General, el 21 de abril de 1870. Por este mismo decreto se nombró Presidente de la Asociación al Provisor del Arzobispado, Presbítero don Rafael Fernández Concha, quien debía también presidir el Directorio, compuesto de veinte socios"²⁶.

Contando ya con la venia del Arzobispado, el domingo 26 de abril de 1870 se celebró una reunión en la cual se designó al primer directorio de la SEC, en el cual se encontraban los futuros parlamentarios Eduardo Campino, Francisco de Borja Echeverría, Pacífico Jiménez, Raimundo Larraín Covarrubias y el diputado Abdón Cifuentes²⁷.

Ya el 21 de abril, día de obtención de la aprobación eclesiástica, se publicaba en la prensa la primera memoria de la institución, a través de su prosecretario Francisco González Errázuriz²⁸. En ella se hacía un resumen de las causas inme-

²⁴Sociedad de Escuelas Católicas de Santo Tomás de Aquino, *Breves noticias históricas de la Sociedad de Escuelas Católicas de Santo Tomás de Aquino. Desde su fundación en 1870 hasta 1910* (Santiago, Imprenta y Encuadernación Chile, 1910), pág. 6. El destacado es nuestro.

²⁵Sociedad de Escuelas Católicas de Santo Tomás de Aquino, *Bodas de Oro de la Sociedad de Escuelas Católicas de Santo Tomás de Aquino. 1870 - 1920* (Santiago, Imprenta Chile, 1920), pág. 74.

²⁶Sociedad de Escuelas Católicas de Santo Tomás de Aquino, *Bodas de Oro...*, op. cit., pág. 74.

²⁷Memoria leída en la reunión general del 21 de abril de 1870, en *El Independiente*, 26 de abril de 1870.

²⁸*Ibid.*

lutas de la aparición de la SEC y de la polémica mantenida con la anterior Sociedad Católica de Educación.

A través del testimonio de Abdón Cifuentes, se pueden apreciar aspectos de autojustificación que tiene la SEC, junto con otras instituciones, para aparecer y crecer educación. El objetivo de ésta, como de múltiples otras entidades que surgen en el período, apunta a una comprensión de la asociación, la que antes se mencionaba a propósito de la SIP, ahora desde una óptica contestataria y de defensa de la fe. Este activismo, especie de moderna cruzada, en que había que enfrentarse ya no contra infieles moros sino contra laicistas embebidos de doctrinas ateas, debía ser una bandera de lucha que hiciera, por medio de la acción en asociaciones, salir de su letargo a los católicos, meros espectadores de los embates liberales. Cifuentes, que desarrolló una vida entera relacionada con la educación, como congresista o Ministro, percibía claramente la necesidad de dar la batalla por el dominio de la cultura, lo que motivaba que dirigiera en sus escritos al mundo católico y conservador vehementes invocaciones como ésta: "...¿Dónde están los católicos que crean y confiesen lo que la Iglesia manda creer y confesar...? Están en los templos y en el oculto retiro del hogar. Allí lamentan en privado que los vicios cundan, que se escarnezca a la virtud, que se glorifique a la iniquidad, que el error y la impiedad se enseñoreen de las almas y se muestren cada día más audaces y altaneros. Desde allí deploran a media voz y como a puerta cerrada, que los nuevos paganos se distribuyan como en familia los destinos públicos, dicten leyes inicuas y opresoras, se apoderen de la enseñanza oficial y la conviertan en tribuna permanente de propaganda de las más funestas doctrinas para pervertir a la juventud"²⁹. Junto con dar esta señal de alerta, Cifuentes entregaba, en su folleto *Las asociaciones católicas* el respaldo teórico a una concepción de la sociabilidad desde una óptica conservadora y de defensa de la religión, recogiendo las experiencias que en tal sentido se habían producido en otros países, también inmersos en conflictos entre conservadores y liberales, como Alemania, Francia y España. Él mismo era un activista de estos tipos de sociedades. En 1873 fundó el Círculo Católico de Obreros y en 1883 participó en la organización de la Sociedad Unión Católica, que presidió durante largo tiempo³⁰.

Este espíritu de formar asociaciones para la defensa de la fe se concretó en el terreno de lo educativo con la aparición de la SEC, entidad que unía, para la mirada de los conservadores, lo mejor del "espíritu de asociación" al servicio de un fin que trasciende la mera acción social, que va más allá de la inmanencia de la acción solamente ofertante de conocimiento: "Grato y consolador es a primera vista el espectáculo que presenta hoy gran parte de la sociedad chilena. Multitud de asociaciones, inspiradas por el espíritu generoso de la caridad y la beneficencia, derraman por dondequiera sus beneficios..."³¹. Mas sólo la animación de estas

²⁹ Abdón Cifuentes, *Las asociaciones católicas* (Santiago, Imprenta de "El Independiente", 1883), págs. 4 y 5.

³⁰ *Convención Partido Conservador 1921* (Santiago, Imprenta El Chileno, 1921), págs. 215-217.

³¹ *Nuestros propósitos*, en *El Mensajero del Pueblo. Periódico semanal, destinado a los intereses morales y religiosos del pueblo*, N° 1, 11 de junio de 1870, págs. 1 y 2.

estructuras societarias con el espíritu evangélico podían rendir, a los ojos de los católicos, beneficios que fueran experimentados por toda la sociedad, sin desquiciarla en su organicidad. No existía la posibilidad de llevar a cabo una acción educadora que hiciera apostasía de lo religioso o lo relegara a segundo término. Por eso la justificación de la SEC, como forma de sociabilidad destinada a combatir la prescindencia de lo religioso en buena parte de la instrucción primaria.

Las temáticas que se aprecian a la hora de abordar el discurso en torno a la instrucción primaria, dadas las características de la lucha que empezaba a manifestarse en ese momento y que se concentraría con posterioridad en las "luchas teológicas", descansaban esencialmente sobre lo moral valórico y su incidencia en la instrucción primaria. Ésta había de servir de barrera de contención contra el avance desmoralizante del laicismo. De tal manera, hasta la propia facultad de adquirir el don de leer y escribir, elemento básico en la entrada a la modernidad, se encontraba condicionada al propósito moralizante: "Pedid, pues, a la lectura los tesoros que os prepara y no queráis perderlos por dejación o pereza. Pero sabed elegir, que en la elección está el peligro. Si hay lecturas que recrean, consuelan y dan la vida, las hay también, y por desgracia muchísimas que envenenan, desesperan y matan. **Valiera más no haber pisado nunca la escuela, si ella nos había de dar un arma para suicidarnos...**"³².

Tras la valoración de la instrucción, motivo para unirse en sociedades, yace un intento de ligar la dimensión económica que puede derivar de la promoción de la instrucción no tanto con los valores del progreso y la democracia como productos deseados, como en el paradigma de la *sur*, sino más bien con la consecución de una cierta "organicidad social". Para ello "es imponderable, sobre todo, la importancia que tiene la instrucción primaria católica, sea en la escuela o en el taller, única a que pueden aspirar los desheredados de la fortuna, es decir, el pueblo, que es la clase más numerosa de la sociedad. Por eso es que la Iglesia ha colocado siempre al lado del templo, centro de donde se difunde el calor de la piedad y de la virtud a los corazones, la escuela cristiana, que es el foco de donde irradia la luz de la verdad a las inteligencias"³³. En esta visión, por vía de metáfora, se hace explícita una concepción del deber ser de la sociedad en que el taller (lo económico) y la escuela (lo intelectual) viven una relación de subordinación ante lo religioso (la Iglesia). Una organicidad, un monolitismo deseado al que, en rigor, la irrupción de la cultura escrita y modernizante no iba a ser totalmente funcional.

PARTICIPACIÓN DE PARLAMENTARIOS

Estas dos sociabilidades concitaron la atención de sus respectivos públicos, conservadores y liberales, y también lograron apoyo, tanto pecuniario, a través de suscripciones y erogaciones, así como trabajo ejecutivo, con la participación en

³² *Feliz quien sabe leer*, en *El Mensajero del Pueblo, Periódico semanal. Destinado a los intereses morales y religiosos del pueblo*, N° 2, 18 de junio de 1870, pág. 18.

³³ Sociedad de Escuelas Católicas Santo Tomás de Aquino, *Bodas de Oro*, op. cit., pág. 72.

directorios. En el primer caso, es común encontrar en los listados de adherentes de estas sociedades a múltiples parlamentarios; cifra que se reduce al observar las nóminas de directores.

Para intentar caracterizar la participación de los parlamentarios que estuvieron ligados activamente a los directorios de las asociaciones en estudio, se puede tomar como índice su edad de ingreso a funciones directoriales en cada Sociedad con lo que es posible constatar que en parte significativa de los casos, dicha participación se inició durante la juventud, en los años finales de la educación secundaria o durante los estudios superiores. Los promedios de edad de ingreso al directorio por parte de estos parlamentarios son: en el caso de la *SP* casi 27 años, mientras que en la *SEC*, 25 años.

En vista de esto, se puede caracterizar a ambas formas de sociabilidad, particularmente a la *SEC*, como juveniles. En tal sentido apuntan todas las crónicas que sobre ellas se hacían en la época, así como las miradas retrospectivas de algunos de sus miembros, que señalan que el trabajo en ellas resultó ser una experiencia socializadora de importancia. "Guardo dos grandes recuerdos de mi juventud: las Conferencias de San Vicente de Paul y la Sociedad de Escuelas Católicas de Santo Tomás de Aquino. Creo que si poseo algo de la verdadera ciencia de la Vida, en el seno de esas dos grandes instituciones en gran parte lo aprendí. En ellas encontré que se amaba, se servía y se respetaba a los pobres: en la una porque eran miserables; en la otra porque eran ignorantes..."³⁴. En este testimonio, se aprecia la importancia que tuvo para los jóvenes conservadores el pertenecer a la institución que les puso en contacto con la realidad educativa, de la misma manera que múltiples organizaciones que, en el plano de la beneficencia, se fueron haciendo cargo, con el finalizar del siglo, de la creciente "cuestión social"³⁵.

Otro testimonio retrospectivo en igual sentido es el de Ventura Blanco Viel, congresista conservador de amplia participación en incidentes parlamentarios respecto al tema de la instrucción primaria: "Yo recuerdo que cuando era muchacho, recién salido del colegio, fui miembro de la Sociedad de Instrucción Primaria—en ese tiempo admitía en su seno a muchos conservadores a quienes fue vedado después entrar a ella, porque fuimos expulsados en una renovación que se hizo de su directorio— fui visitador durante cuatro años de una escuela, y visitador —lo digo con cierta complacencia todavía— asiduo; y entonces pude conocer de cerca lo que es una escuela..."³⁶. Esta remembranza de Viel reafirma el carácter socializador y juvenil de estas instituciones (se refiere ahora a la *SP*), que incidían, cuando el compromiso con la labor de ellas era significativo, en la misma actividad de sus miembros, paralelamente a sus estudios o profesiones, dada la formalidad

³⁴ Carta de Alberto Errázuriz a la *SEC*, 21 de junio de 1919, en *Bodas de Oro...*, *op. cit.*, pág. 42.

³⁵ Respecto a la preocupación de los católicos por lo social y la germinación de un pensamiento al respecto, ver Fernando Silva Vargas, *Notas sobre el pensamiento social católico a fines del siglo XIX*, en *Historia*, N° 4, 1965, págs. 237-262.

³⁶ Ventura Blanco Viel, discurso en la Cámara de Senadores, 30 de junio de 1902, en *La instrucción primaria obligatoria ante el Senado* (Santiago, Imprenta Cervantes, 1903), pág. 51.

cada vez mayor de estas sociedades. Así, por ejemplo, en 1901 un miembro del directorio de la SIP realizaba entre ochenta y noventa visitas al año a las escuelas bajo su cargo, lo que importaba una dedicación no despreciable de tiempo, considerando que era sólo con fines "filantrópicos"³⁷. De la misma manera, en el testimonio de Blanco Viel se desliza otra característica que fueron adquiriendo estas asociaciones, a medida que recrudecía la confrontación entre posiciones liberales y conservadoras: una identificación ideológica, más o menos marcada con una visión global de la realidad. En definitiva, un cuerpo doctrinario que se enmarcaba en el plano de la modernización o se planteaba como reacción a ésta. Ello explica que sean pocos los casos en que aparezcan participando en ambas sociedades algunos de los parlamentarios y que nunca se haya producido participación simultánea. Abdón Cifuentes, Álvaro Covarrubias, Enrique de Putrón y Carlos Walker Martínez pertenecieron en su juventud a la SIP, en los primeros años de esta organización, pero luego se agruparon en torno a los valores conservadores, representados por la SEC. Por el contrario, Ladislao Errázuriz inició su labor relacionada con la instrucción primaria en la SEC, debido muy probablemente a su formación religiosa escolar, pero luego sus simpatías liberales lo llevaron a relacionarse con la SIP³⁸.

El punto anterior, referente a la formación escolar, es importante para ver la participación y el carácter que iban a tener estas sociedades, ya que ellas, como se ha señalado, eran espacio de expresión de diferentes visiones de la realidad. Y mayor importancia cobra la impronta heredada desde la escuela, ya que éstas eran organizaciones juveniles. Así, en el caso de la SEC una gran mayoría de los parlamentarios que en algún momento participaron en su directorio, un 78,95%, habían tenido una formación escolar católica. Debe tenerse en cuenta que los miembros de los primeros directorios de la SEC ya pertenecían mayoritariamente a una generación que tenía acceso a colegios católicos³⁹. Por lo tanto, puede concluirse que su participación en esta Sociedad fue la continuación y profundización de una *imago mundi* definida.

Parlamentarios en directorio SEC. Tipo de educación

Colegios	Porcentaje
Laicos (Instituto Nacional)	8,77%
Religiosos (Seminario, ss.cc., San Ignacio)	78,95%
Ambos tipos	12,28%

³⁷Sociedad de Instrucción Primaria, *Memoria presentada en la Junta General de Socios del 28 de julio de 1901 por el Secretario Germán Munilla* (Santiago, Imprenta y Litografía Esmeralda, 1901).

³⁸Estudió en el Colegio San Ignacio (1891-1892) y en el Colegio de los Sagrados Corazones, desde 1893.

³⁹El colegio San Ignacio, cantera de católicos actores en política y cultura, inauguró sus clases en mayo de 1856. Ver, *Catálogo General del Colegio de San Ignacio. 1856 - 1936* (Santiago, Imprenta Casa Nacional del Niño, 1935).

En el grupo de parlamentarios que asumieron responsabilidades directivas en la *SNP*, el porcentaje de educados en colegios laicos es casi exactamente el mismo, 78,46%, lo que constituye una mayoría de personajes tributarios de todas las influencias —liberalismo y, posteriormente, positivismo—, que se dejaron sentir en las cátedras de la educación pública, y particularmente en el Instituto Nacional, en el cual la enseñanza tenía ya desde la década de 1850 un carácter abiertamente religioso, si atendemos al testimonio de Abdón Cifuentes⁴⁰.

Parlamentarios en directorio *SNP*. Tipo de educación

Colegios	Porcentaje
Laicos (Instituto Nacional)	78,46%
Religiosos (Seminario, SS.CC., San Ignacio)	10,77%
Ambos tipos	10,77%

En tal sentido, la acción en favor de la instrucción primaria que realizaban estos parlamentarios con su participación en estas entidades, era, en general, la reproducción de un modelo de valores y conceptos adquiridos en su propia formación. Para los conservadores, un estilo de asociarse que buscaba reforzar las bases de un patrón cultural que estaba siendo embestido por las ideas modernizantes, arriesgando la organicidad de la sociedad como tal. Para los liberales, un ariete modernizante.

Por otro lado, la participación de los parlamentarios en estas sociedades puede ser evaluada a partir de la simultaneidad en el desempeño tanto de la labor parlamentaria como de funciones ejecutivas en ellas. En tal sentido, lo que impera es una separación de ambas funciones. Así, por ejemplo, se dan casos como el de Miguel Luis Amunátegui, que se retira del directorio de la *SNP* al ser elegido Diputado. Por su parte, Diego Barros Arana comparte su cargo directivo con una diputación suplente, mas cuando es elegido titular deja el directorio de la *SNP*. Análoga conducta tienen Álvaro Covarrubias, Abraham König y Ricardo Trumbull, por nombrar a algunos diputados.

INFLUENCIA DE LAS ASOCIACIONES EN LOS PARLAMENTARIOS

Mediante la revisión de memorias, estatutos y folletos de ambas sociedades se han configurado dos listas de congresistas que participaron a nivel de ejercicio directivo en ellas. Esta participación se dio generalmente antes de desarrollar la función legislativa, siendo bajo el índice de congresistas que paralelamente trabajaron en la función parlamentaria y en funciones directivas en alguna de las dos sociedades.

La participación de varios parlamentarios en los directorios de las sociedades hace preguntarse acerca de cuál fue el grado de permeabilidad que dicha activi-

⁴⁰Sobre la desidia de los profesores de religión en el Instituto Nacional ver, Abdón Cifuentes, *Memorias. 1836 - 1928* (Santiago, Editorial Nascimento, 1936).

dad produjo en su práctica como legisladores, en cuanto a sensibilizarlos y orientarlos hacia los asuntos relacionados con la instrucción primaria y su promoción. En tal sentido, un diagnóstico global de la actividad parlamentaria entre 1870 y 1910, en lo que tiene que ver con instrucción primaria, lleva a la convicción de que ésta tuvo un tratamiento secundario, entrampada en las arenas de la "alta política". En la mecánica de funcionamiento del trabajo parlamentario se deja ver una marcada preferencia por temas más relacionados con el desarrollo económico y la política contingente. Si se atiende a las diversas discusiones específicas tanto en la Cámara de Diputados como en el Senado, exceptuando el rutinario tratamiento de los presupuestos anuales, se pueden encontrar algunos asomos de doctrina sobre el tema. Esto sucede, generalmente, ante la presencia de iniciativas globales de reordenamiento de la instrucción primaria. En dichas coyunturas, se puede apreciar que los parlamentarios que intervienen son generalmente los mismos a través de cada período, ya que en cada partido determinadas figuras estaban más capacitadas o interesadas en promover innovaciones en la legislación sobre instrucción primaria. Lo interesante es que buena parte de aquellos diputados y senadores, que presentaron proyectos de fomento a la instrucción primaria y que tenían proposiciones al respecto, participaron en ocasiones en alguna de las asociaciones mencionadas. De esta manera, en el campo de los congresistas participantes en la SIP, se destacaron Pedro Bannen y Carlos Toribio Robinet, en cuanto a iniciativas y mociones.

En el caso de Bannen, su interés por participar en la discusión sobre la instrucción primaria se expresa durante un período que abarca casi dos décadas. Siendo Diputado, presenta una moción que intenta crear una "carrera docente" para el preceptorado, regularizando y uniformando grados⁴¹. En su siguiente período, Bannen pide a la Cámara que le otorgue preferencia a un proyecto de aumento de sueldo a los preceptores, antes que priorizar las interpelaciones. Se rechaza. Dicho proyecto llevaba ya seis años en discusión. Ante esto, Adolfo Murillo, otro parlamentario, partícipe de la SIP, se lamenta irónicamente: "Esta conducta negligente que la cámara ha observado en algunos casos me hace recordar lo sucedido en una sesión de cierta municipalidad, que después de haber concedido un premio de \$ 3.000 para el caballo que corriera mejor, concedió otro de \$ 50 para el profesor que enseñara mejor. Esto me lo hace recordar la postergación que hoy se pide"⁴². Un lamento simbólico ante la postergación de un asunto necesario y sentido como tal por estos parlamentarios. Posteriormente, Bannen presentará una moción, ya en el Senado, para que se instituya la instrucción primaria obligatoria⁴³.

Su colega en el Parlamento y en el directorio de la SIP, Carlos Toribio Robinet, presenta un proyecto de ley para adscribir a los preceptores a las nóminas de ascensos, asimilándolos a otros funcionarios fiscales en tal sentido⁴⁴. También este

⁴¹ *Sesiones ordinarias de la Cámara de Diputados 1884*, sesión de 28 de junio.

⁴² *Sesiones extraordinarias de la Cámara de Diputados 1889-1890*, sesión de 12 de noviembre.

⁴³ *Sesiones ordinarias del Senado, 1900*, sesión de 18 de junio.

⁴⁴ *Sesiones ordinarias de la Cámara de Diputados, 1895*, sesión de 22 de junio de 1895.

putado se interesará por la obligatoriedad de la instrucción, presentando un proyecto que la implantaba en el radio urbano de las principales ciudades del país.⁴⁵

Por otra parte, dentro de los congresistas conservadores que participaban en la SEC, se destaca Carlos Walker Martínez, quien demuestra un interés constante por plantear la visión de su sector respecto al tema de la instrucción, participando en todos los incidentes que se suscitan respecto al tema. Así lo hace como diputado frente al problema de los sueldos de los preceptores⁴⁶. Y como Senador es uno de los argumentadores en la polémica surgida por el proyecto de ley de instrucción primaria obligatoria promovido por Bannen⁴⁷.

Esta "permeabilidad" de la acción de los congresistas también puede ser evaluada en un plano más circunscrito a la defensa de los intereses de sus respectivas sociedades en el Congreso. De tal modo, en un sentido restringido se puede decir que éstas los tuvieron como "voceros". La afirmación anterior encuentra respaldo en circunstancias como la que se suscitó cuando Pedro Bannen expuso a la Cámara que el gobierno le debía a la SIP, por la compra de veinte mil ejemplares del *Silabario Matte*, la suma de \$ 6.000, los que no habían sido cancelados en el plazo acordado. Ante eso declaró que: "...no queda más camino expedito para obtener el pago de esa deuda que solicitar del Congreso un suplemento a la partida agotada (de materiales escolares); pero no depende de la Sociedad adoptarlo, sino del Ejecutivo"⁴⁸. Ricardo Matte, conservador, se opuso por considerar que Bannen estaba llevando un negocio particular a discusión en el Congreso, lo que contrariaba la función de la Cámara. En el incidente intervino el gabinete, señalando que Bannen no estaba actuando como representante de la SIP. Al final del incidente, lo único que quedó claro es que los intereses de la SIP fueron dados a conocer en el Congreso.

No sólo en esa ocasión se presentaron iniciativas a favor de alguna de estas entidades. Ellas gozaron, en forma bastante regular, de subvenciones fiscales para mantener sus escuelas. Junto a eso, se les otorgó con frecuencia la facultad de conservar bienes raíces que adquirirían. Un ejemplo de esto son las iniciativas de Alfredo Barros Errázuriz, primero como Diputado y luego como Senador, en favor de la Sociedad de Escuelas Católicas⁴⁹. Barros Errázuriz no tuvo responsabilidades directivas en esa asociación, pero como parte del mundo conservador la apoyó ampliamente.

Al margen de la variable anterior, relacionada con la iniciativa legislativa y la participación en discusiones sobre la instrucción primaria, otro elemento que parece adecuado considerar es el trabajo en las comisiones de instrucción de

⁴⁵ Sesiones extraordinarias de la Cámara de Diputados, 1901 - 1902, sesión de 18 de noviembre.

⁴⁶ Sesiones ordinarias de la Cámara de Diputados, 1886, sesión de 10 de junio.

⁴⁷ Ver, *La instrucción primaria obligatoria ante el Senado* (Santiago, Imprenta Cervantes, 1903),

32 págs.

⁴⁸ Sesiones ordinarias de la Cámara de Diputados, 1893, sesión de 27 de junio.

⁴⁹ Sesiones extraordinarias de la Cámara de Diputados, 1908 - 1909, sesión de 14 de diciembre; *Sesiones ordinarias del Senado*, 1913, sesión de 13 de agosto.

ambas cámaras, así como el desempeño en la cartera del ramo. Respecto a lo primero, del total de parlamentarios participantes en el directorio de la SIP, casi la mitad integró en algún momento dicha comisión, mientras que en el caso de la SEC sólo un cuarto de sus directores parlamentarios dedicó su trabajo de comisión.

Parlamentarios de la SIP en la Comisión de Instrucción

La integraron	46,84%
No la integraron	53,16%

Si se acepta esta variable como un indicador de interés por el tema de la instrucción, el contraste es notorio entre ambos grupos parlamentarios.

Parlamentarios de la SEC en la Comisión de Instrucción

La integraron	21,74%
No la integraron	78,26%

Sobre la participación en el Ministerio del ramo, el indicador es bastante más limitado en significación, ya que el mismo Ministro atendía lo relativo a Justicia, Culto e Instrucción Primaria, lo que no le da especificidad como índice si se quiere ver el interés personal en lo educativo. Además, la naturaleza del cargo era altamente política, por designación del Presidente de la República. No obstante, destacados ministros de Instrucción participaron en estas asociaciones⁵⁰.

Otro indicador posible para medir la influencia que tuvieron las sociedades sobre la formación de los parlamentarios en su juventud, puede ser la orientación profesional de ellos, deducida por su interés en lo educativo. Si se reflexiona acerca del escaso atractivo que ofrecía la carrera docente a ojos de quien deseara seguir la carrera política; si se considera, además, que, en no despreciable número, los parlamentarios en estudio pertenecían a sectores sociales acomodados, lo que les orientaba hacia actividades comerciales o a profesiones liberales, es congruente constatar que muy pocos de ellos se dedicaron a la docencia.

Además de lo anterior, hay que tener en cuenta que en el marco global de la enseñanza, la tarea alfabetizadora, relacionada con la instrucción primaria, ocupaba un lugar de relegación, lo que hacía prácticamente improbable la ocupación a nivel permanente de alguno de estos jóvenes de la *élite* en ella. Así es que los que ejercieron docencia, se orientaron a las humanidades.

En el campo de los conservadores asociados a la SEC, Abdón Cifuentes, Agustín Gómez García y Pacífico Jiménez se destacaron como docentes. En el caso del primero, si bien obtuvo título de abogado, prefirió no ejercer y dedicarse al

⁵⁰Entre muchos otros, de la SIP: Joaquín Blest Gana, Rafael Casanova Zenteno, Pedro Lucio Cuadra, Gaspar Toro Hurtado, etc.; y, entre aquellos de la SEC: Abdón Cifuentes, Javier y Emiliano Figueroa Larraín y Silvestre Ochagavía.

periodismo y la enseñanza. Por su parte, Jiménez estuvo ligado a la instrucción primaria desde su cargo de visitador de escuelas en Santiago, durante un prolongado período.

En el caso de los parlamentarios participantes en la SIP, también hay algunos que dedicaron parte de su actividad profesional a la docencia. El caso de Rafael Sanhueza Lizardi es simbólico, siendo un ejemplo de ascenso social ligado, en un primer momento, a la adquisición de instrucción. Nació en una familia modesta, estudió en la Escuela Normal y se graduó de maestro a los dieciséis años. Durante cinco años fue preceptor de escuelas en San Fernando y Santiago. Luego estudió leyes y así pudo hacerse de una cierta fortuna personal que, al finalizar su vida, legó a la SIP. Es uno de los casos en que la dedicación a la docencia está algo más relacionada con el ejercicio del preceptorado en instrucción primaria.

Con todo, ambas sociedades reclutaban a sus miembros preferentemente entre los jóvenes de la *élite* económico-social de la época. Era común la presencia de familias enteras de parlamentarios, de grupos de primos y hermanos participantes en ellas, lo que no deja de motivar la idea de que estas sociedades eran la expresión de la "piedad" conservadora o la "filantropía" liberal del reducido grupo dominante⁵¹. En contraste, una visión algo más motivada por la urgencia en la provisión de instrucción primaria no como artículo de piedad sino como eventual vehículo de movilidad social, desde una perspectiva agudamente reformista y, en algunos casos, claramente revolucionaria, provino de grupos de parlamentarios representativos de la germinal mesocracia. Nos referimos a los demócratas, que en su lenguaje también tienen incorporada la idea de asociación, con sus virtualidades propias.

Un vistazo a las sociedades que, en el marco de los sectores sociales subordinados, se daban con el objeto de promover la instrucción primaria, conduce hacia la idea de estructuras más frágiles, con menos recursos y proyección; en que la alfabetización estaba ligada con una actividad gremial a la vez, en sociedades tipográficas, mutuales y escuelas obreras. Los parlamentarios demócratas, ajenos en su mayoría a la viga maestra de las familias que dirigían el país, eran tributarios de estos tipos de sociabilidad, que pretendían crear y reproducir una identidad como sector social. Su grado de participación en las discusiones y trabajo parlamentario sobre instrucción primaria es significativo, pero lo es aún más su relación más directa con el propio ejercicio de la instrucción, fruto de la proyección de un conocimiento adquirido mediante un autodidactismo muy común entre los sectores obreros ilustrados. El caso de Lindorfo Alarcón resulta ejemplarizador al respecto. Siendo presidente de la Sociedad Manuel Meneses, él mismo enseñaba las primeras letras con "desinterés y abnegación"⁵².

⁵¹ Sintomático es el caso de los González Errázuriz, los Echenique Gandarillas, los Figueroa Larraín, entre otros de la SEC, y de los Edwards y los Matte en el campo de los liberales de la SIP.

⁵² Osvaldo López, *Diccionario Biográfico Obrero* (Concepción, Imprenta y Encuadernación Penquista, 1910), pág. 29.

CONCLUSIONES

La profesionalización de la política como un dominio específico de acción es un fenómeno que sólo ha venido a prosperar en este siglo y particularmente en las últimas décadas. Si se observa a la clase política de la centuria pasada se comprueba que el parlamentario de la época era un verdadero *factotum*, con una tendencia hacia la actuación en múltiples planos, más aún cuando coincidían en gran medida las difuminadas categorías de "político" y de "intelectual". En tal perspectiva, el congresista decimonónico vivía inmerso en la participación de una serie de entidades, deudoras, todas ellas, a la idea fuerza que atraviesa todo el período: la asociación, como medio de promover el desarrollo y el progreso. Vale decir, sociedades formales.

En definitiva, la expresión de la iniciativa particular respecto a la instrucción primaria generó asociaciones, apoyadas doctrinariamente por visiones ora conservadoras, ora liberales, pero que compartían la valoración de la coordinada ideológica de la sociabilidad, desde una óptica benéfica y paternalista, una "mirada desde arriba" asociada a la matriz ideológica y social de sus miembros. Estas sociabilidades proinstrucción contaron con la participación de parlamentarios en sus directorios.

Estas organizaciones formales cumplieron un papel de aproximación a la realidad educativa para algunos parlamentarios, que fueron particularmente sensibles al tema, reflejándose tal preocupación, no obstante, en forma esporádica en los debates parlamentarios. Fueron sociedades juveniles, doctrinarias, organizadas, con medios de expresión propios, con un reconocimiento social importante. En ellas participaron como figuras centrales, ligadas por largos períodos a estas instituciones, los congresistas que más discusión y proyectos generaron en el área de la instrucción primaria. Estas sociedades ocasionalmente encontraron tribuna para que sus intereses fueran hechos presentes en el Congreso.

Con todo, el papel sensibilizador que estas sociedades pudieron haber ejercido sobre los parlamentarios que, en algún período de su vida, pertenecieron a ellas, no fue tan amplio como para generar en el "sentido común" de la clase política una disposición preferente, a nivel de legislación, hacia el fomento de la instrucción primaria, percibida ya, no obstante, como clave insoslayable de apertura a la modernidad.

LA CUESTIÓN DE LA INCONVERTIBILIDAD DEL BILLETE DE BANCO: OREROS Y PAPELEROS, REVISIÓN DE UNA DISCUSIÓN

*José Miguel Pozo R.**

INCORPORACIÓN DE LOS BANCOS PRIVADOS AL SISTEMA ECONÓMICO

A partir de la segunda mitad del siglo XIX Chile entraba a participar en una economía fiduciaria, vale decir, en un sistema monetario donde el crédito juega un decisivo papel.

La tan resistida emisión de billetes bancarios, durante el período fundacional de la república, cambia radicalmente en la década de 1850, desde el momento que se permite la instalación de los primeros bancos. Así, en 1859, se dicta el decreto, permitiendo el establecimiento del Banco de Chile con el derecho de emitir.

Luego, en 1860, el gobierno ve necesario legislar ante los requerimientos particulares de personas interesadas en instalar bancos. De esta forma, el 23 de julio de 1860 se promulga la "Ley General de Bancos de Emisión", la cual se inspiraba en que, de acuerdo al mensaje, la "libertad absoluta es el mejor sistema, el más fecundo y ha producido en Europa excelentes resultados"¹.

Sin embargo, a pesar de que teóricamente la ley se sustentaba en el juego económico libre, el Estado regula a estas instituciones, debiendo, ellas, cumplir una serie de requisitos para su establecimiento, de los cuales caben destacar: a) el capital del Banco debe estar contenido en "moneda legal del país en barras de oro o plata o en obligaciones y documentos suscritos por personas notoriamente solventes a seis meses plazo o menos...²; b) La emisión de billetes no puede rebasar el 150% del capital efectivo de cada banco.

De esta forma, ya entrada la década de 1860, Chile contaba con un sistema bancario emisor regulado. Para muchos autores, entre otros: Guillermo Subercaseaux y Frank W. Fetter, la aceptación de los bancos en el sistema económico chileno sería un efecto de la influencia de Jean Gustav Courcelle Seneuil.

En consecuencia, la nueva savia económica expresada en las ideas de Courcelle Seneuil junto al aumento de las exportaciones de productos chilenos y al crecimiento económico, dejan el camino libre para que se propaguen los bancos en la década de 1860, constituyéndose en elementos claves de la economía chilena.

*Universidad de Santiago.

¹Guillermo Subercaseaux, *El sistema monetario y la organización bancaria* (Santiago de Chile, Universo, 1921), pág. 130.

²*Op. cit.*, pág. 131.

LA REALIDAD SOCIOECONÓMICA DE CHILE

ENTRE 1860 Y 1878

La economía chilena perfilaba nuevas demandas, un naciente proceso de industrialización se constata en la década de 1860 y una inversión pública reflejada en la amplitud de la red ferroviaria del Valle Central junto al surgimiento de nuevas generaciones de empresarios, fueron elementos cruciales para la expansión económica chilena de mediados del siglo pasado.

Adicionalmente, en este período se presenta la inevitable fusión de las antiguas familias castellano-vascas y andaluzas chilenas que se identificaban con la actividad agrícola, con inmigrantes extranjeros de vocación minera-industrial (Edwards, Subercaseaux, Puelma, Meiggs, Bunster,...). Esta particular situación, se refleja en la constitución de un poder socioeconómico de mucho empuje y solidez, constituyéndose así una burguesía y neoaristocracia³.

Sin duda, que la inserción de Chile en una economía mundial con características de dependencia de las economías centrales —que a su vez se configuran a raíz del “segundo pacto colonial”—, acarreará consecuencias muy contrapuestas, desde el momento que nuestra economía presenta alzas y expansión en sus exportaciones como, asimismo, severas contracciones en el comercio exterior (crisis de 1878). De ahí, que estas decisivas condiciones sean relevantes para analizar las características de las conductas de la elite frente a los problemas monetarios⁴.

Ahora bien, sin perjuicio de que la economía chilena creció fuertemente entre 1853 y 1875, la inserción de este país en la economía mundial genera fuertes vínculos de dependencia, debido a que nuestro comercio de exportación se identifica, básicamente, con productos primarios, lo que provoca fuertes tensiones con la aparición, siempre subrepticia, de las crisis propias del capitalismo industrial y financiero, traducidas, en la práctica, en escasez de moneda, inflación, caída de los precios de exportación, devaluación de la moneda, etc.

Por consiguiente, en los períodos de crisis mundial, como el de 1875 - 1878, el sistema económico chileno sufre consecuencias muy perjudiciales para su aparato productivo como para los consumidores nacionales.

Con todo, la crisis recién señalada no tan sólo trajo los trastornos indicados, sino que, además, provocó una modificación en el sistema monetario existente hasta 1878, definido como convertible, vale decir, una emisión respaldada con oro y plata. Esta última situación cambia drásticamente por la ley de julio de 1878, con lo cual se va a inaugurar un largo período de billetes inconvertibles o de curso forzoso.

³Sergio Villalobos, *Origen y ascenso de la burguesía chilena* (Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1987); Gonzalo Vial, *Historia de Chile* (Santiago de Chile, Ed. Santillana, 1980), vol. I.

⁴Tulio Halperin Donghi, *Historia Contemporánea de América Latina* (B. Aires, Ed. S. Americana, 1973).

DICTACIÓN DE LA LEY DE INCONVERTIBILIDAD

Para autores como Francisco Antonio Encina, Frank W. Fetter, Guillermo Subercaseaux, Alejandro Venegas Carus y Gonzalo Vial, la raíz del problema económico, e incluso moral, que vivió Chile durante el período parlamentario sería el sistema monetario inconvertible y los intereses de los oligarcas, especialmente hacendados.

Antes de evaluar esta perspectiva, es conveniente comprender la causa que provocó la inconvertibilidad del billete. Para ello, expondré las ideas de algunos autores que han penetrado en el tema de la crisis de 1878.

Partiremos con el ya aludido F.W. Fetter, quien, en su clásico libro expresa: "Durante el lapso de tiempo transcurrido entre los años 1866 a 1873, los precios de oro del cobre y del trigo en el mercado de Londres se mantuvieron en niveles muy altos.

Esta expansión y prosperidad fue seguida en 1874 por un período de depresión que culminó con la suspensión de la conversión metálica en 1878. La declinación del precio oro de la plata y la crisis general de los negocios en el mundo, acarrió una baja general de los precios y como consecuencia, un período de malestar en la vida económica de Chile"⁵.

Por su parte, el economista Carlos Hurtado nos recuerda que en la crisis de 1878 "intervinieron varios factores, como la caída del precio de la plata y de la fuga del oro, el endeudamiento del gobierno con los bancos como resultado de su déficit y la caída del precio del cobre y del trigo a sus niveles históricos más bajos"⁶.

Los economistas de la Universidad de Chile Luis Riveros y Rodrigo Ferraro nos dicen que: "a partir de 1878, se inicia una generalizada disminución de los precios a nivel mundial, lo cual tuvo un fuerte impacto negativo en el comercio de exportación chileno, marcando una tendencia que se mantuvo casi hasta fines de siglo. Bajaron fuertemente las demandas por cobre, trigo, salitre y otros bienes, agravándose tal crisis por el progresivo agotamiento de la plata de Caracoles; la ocurrencia de varias malas cosechas previas; la existencia de un persistente déficit comercial entre los años 1874 - 76 que habría revertido la tendencia superaritaria de los períodos precedentes y los efectos de un pesado servicio de la deuda estatal. Por otro lado, las finanzas públicas se habían deteriorado sensiblemente a raíz del importante plan de obras públicas desarrollado en la etapa precedente, llevando al Estado a contraer fuertes empréstitos internos con los bancos nacionales. El fuerte crecimiento en la circulación de papel moneda, que siguió a esta gestión, incrementó la desconfianza que el público manifestaba sobre la solvencia de los bancos, aumentando el atesoramiento de metálico.

⁵ Frank W. Fetter, *La inflación monetaria en Chile*, traducción de Guillermo Gandarillas (Santiago de Chile, Dirección General de Prisiones, 1937), págs. 19 y 20.

⁶ Carlos Hurtado, *Economía chilena entre 1830 - 1930*, en *Cieplan*, N° 12 (Santiago de Chile), pág. 198.

Así, la crisis del patrón oro en 1878 se basó, fundamentalmente, en la delicada situación en la que se había colocado a la banca privada⁷.

De los tres testimonios explicativos de la crisis de 1878, se advierte mucha congruencia, particularmente, en lo que respecta a la situación de los precios de los productos de exportación chilena tanto agrícolas como mineros. En otras palabras, la crisis citada fue muy decidora en lo que respecta a los acontecimientos monetarios y, por ende, económicos, que caracterizaron a la economía chilena.

Ahora, no debe pasar inadvertido el argumento entregado por los economistas Rivero y Ferraro en relación a los empréstitos internos que el gobierno solicitaba a los bancos, llegando ello a poner a éstos en una coyuntura que hacía entender la crisis del patrón oro que sufrieron las instituciones crediticias.

En efecto, durante la crisis de 1878 se autoriza a nueve bancos para que presten al gobierno \$ 2.525.000 por dos años, a un 9% de interés anual, con el privilegio de emitir hasta \$ 10.000.000⁸.

Como la profundidad de la crisis era manifiesta, el propio Ministro de Hacienda, Augusto Matte Pérez, pidió a la Cámara de Diputados que aprobara como una medida ineludible la inconvertibilidad del billete, argumentando que "la exportación de gran cantidad de metálico y otras circunstancias ocurridas en los últimos días habían obligado al gobierno a someterlo a la aprobación del Congreso"⁹.

Hay que recordar que sólo un mes antes, en junio de 1878, los bancos habían prestado al gobierno los dos millones y medio de pesos citados, pero sobre la base de *convertibilidad*. Sin embargo, a los pocos días el propio Ministro de Hacienda, A. Matte, perteneciente al Partido Liberal y dueño del Banco Matte y Ca. envía al Congreso la ley de inconvertibilidad. Sin embargo, tanto al Banco Edwards como al de Matte y Ca., no los beneficiaba directamente la ley de inconvertibilidad, porque dichas instituciones, durante la crisis de fuga del oro, estaban en condiciones de convertir. Por lo demás, el propio Francisco Antonio Encina ha expresado que la medida de convertibilidad fue promovida por el Banco Nacional de Chile, el Presidente de la Cámara de Diputados Melchor Concha y Toro y el propio Ministro de Hacienda, junto al gerente del Banco Nacional de Chile José Besa y del Banco A. Edwards, ... Agustín Ross¹⁰.

La historiografía económica nacional coincide bastante en cuanto a que la medida de inconvertibilidad fue una desesperada petición o presión de los bancos hacia el gobierno con el fin de que éste la promoviera para poder seguir emitiendo billetes. En este sentido, no es aventurado preguntarse si la presión era tan sólo de los bancos, en circunstancias de que el *gobierno* ya en varias oportunidades había acudido a ellos.

⁷Luis Riveros y Rodrigo Ferraro, *La historiografía económica del siglo XIX a la luz de los precios*, en *Estudios Economía*, N° 1, vol. 12, primer trimestre 1985.

⁸Fetter, *op. cit.*, pág. 31.

⁹Sesión ordinaria de la Cámara de Diputados del 22 de julio de 1878.

¹⁰Francisco Antonio Encina, *Historia de Chile* (Santiago de Chile, Ed. Nascimento, 1951), vol. XIX, págs. 423-426.

Al respecto, Carlos Hurtado estima que la mantención de la convertibilidad más allá de 1878, hubiese provocado grandes quiebras, incluyendo, entre ellas, la del Banco de Chile. Luego continúa: "Ese precio político y económico tan alto no se quiso pagar. Tal vez, si se hubiese pagado el desastre no habría sido tan mayúsculo como se temía y habría dejado una valiosa lección"¹¹.

Sin duda, que el autor recién citado acierta al decir que ese precio no se quiso pagar, si tomamos en cuenta que la Cámara de Diputados resolvió en aquella histórica sesión del 22 de julio de 1878 aprobar la inconvertibilidad por cuarenta y cuatro votos contra nueve.

Lo interesante, en todo caso, es que a juzgar por el resultado de esta votación, la gran mayoría de los diputados no estaba asociado a los bancos favorecidos, ni como directores o accionistas, en consecuencia, cabe preguntarse los motivos o razones que movieron a su decisión. Para tal efecto, como sana medida metodológica, es conveniente dejar hablar a los propios diputados.

DISCUSIÓN PARLAMENTARIA EN TORNO A LA PROMULGACIÓN DE LA LEY DE INCONVERTIBILIDAD

En la sesión secreta del 22 de julio de 1878, ante el proyecto del Ministro de Hacienda, Augusto Matte, sobre inconvertibilidad del billete, los congresales sostenían que: "El señor Ramón Barros Luco fundó su voto afirmativo al proyecto que se discute"¹².

El señor José Antonio Gandarillas no está de acuerdo con el proyecto y votó negativamente indicando: "que tal vez habría sido preferible a la inconvertibilidad al discurso forzoso la emisión de papel-moneda por el Estado"¹³.

El señor Lastarria Demetrio "combatió el proyecto i manifestó que una vez concedido a los bancos el privilegio de emitir papel de curso forzoso, juzgaba muy difícil derogarlo i que por ese motivo sería preferible adoptar cualquiera otra medida que salvará la situación"¹⁴.

El señor Cerda Concha "contestó a las observaciones del señor Lastarria i fundó su voto afirmativo por el proyecto"¹⁵.

El señor Arteaga Alemparte "manifestó de *dolorosa* [sic] necesidad en que se encontraba la Cámara en aprobar el proyecto i que debía confiar en que no se depreciaran los billetes de banco dada la solidez de estos establecimientos"¹⁶.

El señor Concha i Toro (Presidente): "sostuvo el proyecto en debate..., que hoy era reclamado por la situación económica del país i que sería un beneficio para la industria porque aumentaría el medio circulante, restringido en estos

¹¹Hurtado, *op. cit.*, págs. 47 y 48.

¹²Sesión 24 ordinaria de la Cámara de Diputados del 22 de julio de 1878.

¹³*Ibid.*

¹⁴*Ibid.*

¹⁵*Ibid.*

¹⁶*Ibid.*

momentos por la necesidad en que se encuentran los bancos de hacer reservas metálicas..."¹⁷.

El señor Zorobabel Rodríguez expuso: "que el proyecto en discusión era, a juicio de su Señoría, consecuencia precisa del empréstito contratado en junio último, en que tomaron parte los bancos sólo como negociadores; rechazó el elogio que de estos establecimientos se había hecho i declaró que votaría en contra del proyecto en discusión porque debe considerarse a los bancos que han sido poco previsores o desgraciados en sus cálculos..." "combatió el curso forzoso porque él traerá la depreciación de los billetes i por este motivo se alterarán los valores actuales i se lastimarán numerosos intereses"¹⁸.

El señor Julio Zegers "sostuvo el proyecto en debate que va a favorecer los intereses del país, dándole el medio circulante de que empieza a carecer, con sólidas garantías"¹⁹.

El señor Matte (Ministro de Hacienda) "manifestó que si el Estado garantizaba el pago de los billetes de banco en el año próximo, lo hace a título oneroso i con muchas seguridades; combatió el papel moneda del Estado i sostuvo la ventaja de los billetes de curso forzoso, apoyado en la opinión de publicistas distinguidos"²⁰.

El señor Pedro Lucio Cuadra: "cree que la situación habría podido sostenerse sin el proyecto en debate, acordado por el Ejecutivo con precipitación, a su juicio, pero que una vez propuesto era indispensable aprobarlo. Manifestó que había fundados motivos para esperar que la existencia metálica aumente, en lugar de disminuir; que le constaba el hecho de haberse remitido a la Casa de Moneda una cantidad considerable de plata en barra; que había tendencias al alza; que el servicio de conversiones de billetes podría, a su juicio, efectuarse con una cantidad mui inferior a las reservas actuales habiendo buena inteligencia entre los bancos, i siendo así quedaría todavía gran cantidad de metálico para exportar al extranjero..." votó a favor del proyecto²¹.

"El diputado José Nicolás Hurtado, sostiene que el proyecto tiene graves defectos: Es el primero en estar redactado en términos definitivos, debiendo haber sido acordado sólo por un tiempo limitado de quince días a un mes, dando así tiempo para que se discutiera su conveniencia i se pronunciara la opinión pública a fin de dictar una ley definitiva. Adolece de defectos más serios todavía, porque la crisis actual no es monetaria sino de falta de productos o capitales, i esto en gran parte por haberse desnaturalizado las operaciones bancarias i por los errores financieros de que se ocupó Su Señoría en las Sesiones del año 1876. Concluyó el señor Diputado declarando que, caso de dar su voto afirmativo, sería consecuencia, no de la aceptación que daba al proyecto, sino de las circunstancias"²². Finalmente, da su voto afirmativo.

¹⁷Sesión 24 ordinaria de la Cámara de Diputados del 22 de julio de 1878.

¹⁸*Ibid.*

¹⁹*Ibid.*

²⁰*Ibid.*

²¹*Ibid.*

²²*Ibid.*

El señor Pedro Montt recordó: "que las dificultades actuales no traen su origen de causas extraordinarias sino del curso natural de las cosas. Los gastos no se han disminuido como era menester el Gobierno ha invertido en el año último una cantidad superior a sus entradas en tres millones de pesos. Es cierto que hai escasez de metálico i no de valores, i a su juicio, en el año 1879 no será posible convertir los billetes que hoi se declaran de curso forzoso. Combatió el papel moneda del Estado fundado en el peligro de que el Gobierno siga haciendo gastos excesivos"...²³. Votó afirmativamente al proyecto.

El señor Mac-Iver, Enrique, fundó su voto afirmativo por el proyecto en discusión²⁴.

De los diputados que intervinieron en esta discusión, sobre el proyecto de ley sobre inconvertibilidad, se aprecia que en general están de acuerdo con la medida. Salvo, los diputados Demetrio Lastarria, Zorobabel Rodríguez y José Antonio Gandarillas, que votaron negativamente dicho proyecto, el resto los aprueba. Ahora, dentro de los que los aprueban hay que distinguir entre *aquellos que lo hacen por evitar un mal mayor* y los que lo realizan con más seguridad. Entre los primeros, tenemos el caso manifiesto de Arteaga Alemparte, de José Nicolás Hurtado o Pedro Lucio Cuadra.

En definitiva, el proyecto fue aprobado por la amplia mayoría ya señalada; con la condición de que *esta ley duraría hasta el 31 de agosto de 1879*.

La ley de inconvertibilidad aprobada en julio de 1878, a juicio de Fetter no sólo se explica por la presión de la Banca, sino que además por existir una balanza comercial desequilibrada y una balanza de pagos desfavorable.

También argumenta este autor, que los directores del Banco Nacional habían acordado fuertes préstamos a su favor, aumentando su monto en las semanas críticas que precedieron a la suspensión de pagos.

Hay que consignar que el curso forzoso e inconvertibilidad de que gozaban los bancos de emisión luego de la suspensión de julio de 1878, ascendía a diez millones de pesos, siendo el plazo de este privilegio de un año.

EFFECTOS Y DESARROLLO DE LA LEY DE INCONVERTIBILIDAD

No pasaron dos meses y esta ley de julio de 1878 se amplifica, modificándose y dando vida a la ley de septiembre 6 de 1878 que fijaba el máximo de emisión de billetes inconvertibles y de curso legal en \$ 15.010.000 distribuidos ahora en once bancos autorizados, es decir, los nueve que habían suscrito el préstamo al gobierno en junio de 1878 más los de Valparaíso y Concepción, que ahora se incluían con derecho a acogerse a la ley que los autorizaba a emitir en forma inconvertible. Hay que aclarar que esta ley obligaba a los bancos a garantizar su emisión inconvertible, con un depósito en arcas fiscales de oro o plata, de créditos contra el Estado, de letras de la Caja de Crédito Hipotecario y de otros bancos hipotecarios o de bonos municipales²⁵.

²³Sesión 24 ordinaria de la Cámara de Diputados del 22 de julio de 1878.

²⁴*Ibid.*

²⁵Subercaseaux, *op. cit.*, pág. 161.

Los efectos que traen consigo las leyes de inconvertibilidad de 1878 los explica Guillermo Subercaseaux así: "Al dictarse la inconvertibilidad i curso forzoso, había (según el balance de los Bancos de 1878), 8.349.089 pesos de billetes bancarios convertibles *a la vista*, en circulación; i los Bancos sólo tenían 3.449.121 pesos en monedas i pastas metálicas. De manera que la lei de 6 de Septiembre aumentó considerablemente las cajas de los Bancos"²⁶.

EMISIÓN ESTATAL ANTE SITUACIÓN INTERNACIONAL
Y ESTADO DE GUERRA

Ya se ha notado que, según la ley de junio de 1878, los bancos debían volver a convertir en metálico el 31 de agosto de 1879. Sin embargo, la situación internacional de Chile se hace difícil, y *los vientos de guerra se acercan. De ahí que inmediatamente después de la declaración de la guerra*, el Congreso autorizó al gobierno a emitir, por intermedio de los bancos, o bien directamente, la cantidad de seis millones de pesos en billetes fiscales de curso forzoso²⁷.

La discusión en torno a esta ley la comenzó el diputado José Nicolás Hurtado, quien se mostró contrario a la emisión de papel moneda por parte del Estado, argumentando que la emisión deben realizarla los bancos de acuerdo a la ley de inconvertibilidad. El papel moneda forzoso por parte del Estado debe corresponder en casos de suprema necesidad²⁸.

Por su parte, el Ministro de Hacienda, señor Julio Zegers, expresa que los propósitos del gobierno es hacer la emisión de acuerdo con los establecimientos bancarios, pero que, en caso contrario, se verán obligados a recurrir al Estado como agente emisor²⁹.

Entre tanto, el diputado Demetrio Lastarria funda su voto negativo al proyecto, precisando que es más conveniente la emisión inmediata del papel moneda por parte del Estado, dado que si los bancos proporcionaran los seis millones que el gobierno requiere, no podrían seguir emitiendo luego, porque excederían el límite que la ley de bancos de 1860 expresa (150% sobre el capital del banco)³⁰.

El Ministro de Hacienda, señor Zegers, insiste que el gobierno no recurrirá al papel moneda sino como último extremo³¹.

El diputado Ricardo Letelier, manifiesta que "es tiempo de concluir con los privilegios de los bancos, y que el proyecto en debate era sólo una lei de empréstito"³².

²⁶Subercaseaux, *op. cit.*, pág. 162.

²⁷Subercaseaux, *op. cit.*, pág. 166.

²⁸Sesión 78 extraordinaria de la Cámara de Diputados de Chile correspondiente al 4 de abril de 1879.

²⁹*Ibid.*

³⁰*Ibid.*

³¹*Ibid.*

³²*Ibid.*

Luego, el diputado Vergara Albano, hace ver los peligros del papel moneda del Estado y las ventajas del billete de curso forzoso emitido por los bancos³³.

Finalmente, fue votado el proyecto y aprobado por treinta y cinco votos contra cuatro, autorizando al Presidente de la República para emitir directamente o por medio de los bancos los seis millones de pesos requeridos.

De los antecedentes expuestos, se desprende que la discusión de este proyecto se centró en la conveniencia de que la emisión fuese fiscal y no sobre su naturaleza, es decir, la inconvertibilidad aparece como supuesta.

INTERPRETACIÓN HISTÓRICA DE LOS HECHOS

Es lugar común en nuestra historiografía tanto política-social como económica, asignar gran cuota de culpa de la desvalorización del peso respecto al penique, a la interminable postergación de la ley de inconvertibilidad, que se iba aplazando mucho más allá de lo que al aprobarse la ley le concedía.

Más aún, autores como Fetter, atribuyen dicha postergación a los grupos de hacendados, que, en su visión, se beneficiaban con la desvalorización del peso, en virtud de que: "Hay algo de paradójal en el hecho de que un país gobernado en el pasado por una aristocracia conservadora, con una historia política tan estable y con un crédito público tan excelente, haya debido pasar por una experiencia monetaria tan desgraciada. La explicación de ello se encuentra, principalmente, en el fuerte endeudamiento de sus terratenientes y en su predominio en las esferas gubernativas"³⁴.

En definitiva, a juicio de autores como el citado, la inflación en Chile no sería tan sólo un efecto de la nefasta influencia ultraliberal de Courcelle-Seneuil en la ley de bancos de 1860, sino que también junto a ello, estarían los intereses de los terratenientes que privilegiaban la desvalorización de la moneda chilena para minimizar sus deudas.

Esta idea ha sido también expuesta por Encina y Vial de la vertiente conservadora y nacionalista, junto al socialista Jobet e intelectuales como Venegas Carus, que veían en el papelerismo la causa de los males sociales en Chile.

Así, por ejemplo, Jobet expresa que: "los bancos imponen la inconvertibilidad del billete, que favorecía a los grandes agricultores, industriales y banqueros..."

Las grandes emisiones se traducirán en la inflación y en la desvalorización constante de nuestra moneda, lo que aumentará la miseria de las capas populares"³⁵.

Por su parte, Alejandro Venegas Carus en sus cartas al presidente Montt le expresa que él "estudia las causas de nuestra decadencia moral, y muestra cómo el motivo principal ha sido el mantenimiento ficticio e injustificado del régimen de papel moneda de curso forzoso, gracias al influjo de banqueros y agricultores

³³Sesión 78 extraordinaria de la Cámara de Diputados de Chile correspondiente al 4 de abril de 1879.

³⁴Fetter, *op. cit.* Prefacio, pág. XI.

³⁵Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico social de Chile* (Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1955), pág. 41.

que, beneficiados por el sistema, se acostumbraron a sus ventajas y olvidaron los intereses de la nación"³⁶.

Para Gonzalo Vial, el problema de la baja del peso chileno, citando a Mamalakis, estaría provocado por la sangría de capitales chilenos que emigraban. Así, Vial nos muestra los niveles que ésta alcanzó: "Según Mamalakis, entre 1920 y 1930 esta emigración importó unos 600 a 700 millones de pesos, aproximadamente un tercio del superávit que, durante el mismo lapso, dejaron las exportaciones sobre las importaciones"³⁷.

Mamalakis, ciertamente, nos habla que existe una inestabilidad económica durante el período que estudiamos. Ella, se traduce en la creciente inestabilidad en los precios, en la moneda, en el tipo de cambio así como en las finanzas gubernamentales.

Ajuicio de Mamalakis, la estructura económica chilena dependía ampliamente de la difusión de la carga tributaria que se relacionaba básicamente al sector exportador y, específicamente, al minero. De ahí que las fluctuaciones de este sector incidieran radicalmente en los ingresos ordinarios del gobierno, cosa que se acentúa en las diversas crisis que actúan en este período.

Por último, Mamalakis precisa que: "*Es difícil calificar de responsables por el problema a un grupo u otro* [sic] aunque los terratenientes puedan haber sido más responsables por su intromisión y perpetuación que otros"³⁸.

Con bastante nitidez y profundidad el historiador económico Albert O. Hirschman, difiere con las visiones anteriores en el sentido que la inconvertibilidad o curso forzoso del papel moneda habría sido provocado por los intereses de los hacendados. Más que eso, la inconvertibilidad y su aplazamiento constante no se podía evitar dado que, a la sazón, se pasaba por un período de baja de precios mundiales, y ello alteraba la intención de casi todos los gobiernos de retornar al patrón metal entre los años 1878 - 1895.

Por último, cuando se decide legislar al respecto, es decir, a partir de 1892, y en la práctica en 1895, fecha en que se aprueba una ley que lleva a la convertibilidad, colocando al peso chileno a un valor aproximado a los veinticinco peniques, valor en todo caso superior al que indicaba el cambio.

De ahí que legítimamente se pregunte Hirschman: "¿y quién animaba este impulso decidido que no sólo puso fin a esa carrera embriagadora del deudor motivada por la depreciación, sino que le impuso obligaciones más estrictas al aumentar el valor del peso chileno en 25% aproximado? ¿Ni más ni menos que las "cien familias" hacendadas que gobernaban Chile después de haber derrocado al presidente Balmaceda!"³⁹.

³⁶ Alejandro Venegas Carus, *Sinceridad. Chile íntimo, 1910*, 2ª edición (Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1910), pág. 44.

³⁷ Vial, *op. cit.*, pág. 419.

³⁸ Vial, *op. cit.* Aquí, cita a Markos Mamalakis y a su interesante libro, *Grow and structure of the Chilean economy: 1840 - 1968* (Milwaukee, Center for Latin American Studies, University of Wisconsin, 1969).

³⁹ Albert O. Hirschman, *La inflación en Chile*, en *Estudios sobre política económica en América Latina*, traducción de Manuel Aguilar González (Madrid, Ed. Aguilar, 1964), pág. 193.

No es desconocido tampoco, el hecho que el presidente Balmaceda, impulsor de una suerte de nacionalismo oligárquico, encontrara dentro de sus más tenaces opositores a los más representativos de la oligarquía decimonónica, siendo, justamente, este sector, el que, luego de su triunfo en la revolución de 1891, preconizara a nivel de gobierno como de Parlamento, la vuelta al patrón oro, en virtud de que el papelismo había sido el *leit motiv* de los problemas económicos por el que atravesara el país y, además, en respuesta a la excesiva política de emisión que promoviera Balmaceda con el fin de echar a caminar su vasto plan de obras públicas y modernización.

De este modo, no es atrevido pensar, al menos, que la oligarquía o elite del período que estudiamos, no comulgara doctrinariamente con el régimen papelero y que más aún en su discurso y en varias leyes tuvo como horizonte frenar la emisión bancaria y fiscal.

MEDIDAS DE RESTRICCIÓN A LA EMISIÓN Y
PRIMEROS SÍNTOMAS DE RETORNO AL SISTEMA MONETARIO
CONVERTIBLE

Nadie puede negar que el sistema inconvertible, a pesar de las intenciones recién expuestas, fue expandiéndose progresivamente y obviamente una de sus consecuencias fue la inflación. Sin embargo, más que los efectos del sistema, que por otra parte están a la vista, interesa detectar a través de esta discusión las posibilidades reales que tenía la elite dominante de zanjar o moverse en la economía chilena dependiente de los vaivenes del contexto económico mundial. Para ello, se ve necesario desde el punto de vista metodológico, ir planteando las coyunturas monetarias que ocasionaron discusión y decisión de parte de la elite.

Partiremos, planteando que desde que se dictaron las primeras leyes de inconvertibilidad y sus aplazamientos, tanto los presidentes de la República como sus ministros de Hacienda y, aún, la gran mayoría de los congresales, manifestaban que la medida era temporal, producto de las circunstancias, y que si el momento económico lo permitiera se volvería al sistema oro o convertible que es, en definitiva, el que el país requiere mantener.

En esta perspectiva, Fetter plantea que: "la primera ley con miras de restablecer la conversión metálica fue dictada el año 1887. El Ministro de Hacienda en su Memoria correspondiente al año 1886, después de referirse a la necesidad de la conversión, manifestaba que los recientes retiros de papel moneda no habrían influido en la cotización del cambio y que era necesario para ello aumentar tales retiros y además deberían controlarse las actividades de los bancos. Con dicho objeto el Ministerio proponía un proyecto de ley que contenía las siguientes disposiciones:

- 1) Retiro mensual de \$ 125.000, de billetes fiscales, o sea, \$ 1.500.000 al año.
- 2) Pago del 10% de los derechos aduaneros en metálico.
- 3) Exigencia de una garantía en bonos para las emisiones bancarias, y

4) Suspensión de nuevas emisiones por los bancos, hasta que las emisiones gubernativas fueran reducidas a \$ 16.000.000"⁴⁰.

Así, un 3 de febrero de 1887 comienza la discusión en la Cámara de Diputados acerca del proyecto que restringe o retira el papel moneda del Estado de la circulación⁴¹.

El Diputado por Rancagua, Demetrio Lastarria, plantea que es partidario de impedir que los bancos llenen el vacío que va a dejar el retiro de billetes de Estado. También propone que la Ley de Bancos de 1860 se modifique con el fin de restringir su emisión hasta el 100% del capital de los bancos, y no hasta 150% como prescribe la ley.

Contesta el Diputado conservador, Ventura Blanco Viel, manifestando su posición de mantener la Ley de Bancos de 1860 y, además, añade que comparte el anhelo del diputado Lastarria en cuanto a volver al patrón metálico, sin embargo, difiere en la manera de conseguir dicho fin.

El Diputado conservador, Juan Nepomuceno Parga, sostiene que el proyecto que presenta el Ministro de Hacienda, señor Agustín Edwards Ross, lo hace con carácter imperativo en circunstancias que en sesiones anteriores el señor Edwards planteaba que este tipo de operaciones tenían un carácter facultativo. También, manifiesta que el proyecto se ha presentado tardíamente.

El Ministro de Hacienda, Agustín Edwards, plantea que esta ley es urgente despacharla, dado que consulta el "pago de una deuda de plazo vencido".

Argumenta Edwards, que se debe poner una valla a fin de "impedir la exportación de nuestra moneda"⁴². Agregando luego: "Hoi cerrado el Congreso sin aprobar esta lei, empezaran los juegos de alza i baja de los cambios internacionales en todos los departamentos de la República, principalmente en las plazas de Santiago i Valparaíso"⁴³.

El diputado Joaquín Walker Martínez, esgrime que está de acuerdo con restringir la emisión fiscal, pero advierte que en el proyecto hay otra idea en juego, ésta es: obligar a que se modifique la Ley de Bancos, lo cual a su juicio atenta contra la libertad comercial; expresando: "si el papel moneda ha producido perturbaciones i nos tiene en una mala condición, la mejor manera de salir de esta condición i de salvar esas perturbaciones es deshacer el camino andado. Vamos recogiendo las emisiones, que son sin causa, pero no vamos a buscar en la restricción del negocio bancario los medios de corregir males que no vienen de ese negocio. ¿Acaso tenemos por este lado algún peligro que evitar o algún mal que corregir? ¿Hemos visto algún abuso que nos obligue a limitar las emisiones de los bancos? ¿No se reconoce que ellos se mantienen mui abajo de las mermas a que tienen derecho a llevarlas?"⁴⁴.

Inmediatamente prosigue Walker Martínez diciendo: "Hai intereses particu-

⁴⁰Fetter, *op. cit.*, pág. 61.

⁴¹Sesión 42 extraordinaria de la Cámara de Diputados correspondiente al 3 de febrero de 1887.

⁴²*Ibid.*

⁴³*Ibid.*

⁴⁴*Ibid.*

tares comprometidos en esta cuestión que nos obligan por lo menos a no marchar tan de prisa. Hai Bancos que tienen emisión, i otros que las han retirado. Entre éstos están los bancos de Matte y Edwards"⁴⁵.

Por último, Walker Martínez elogia la "libertad comercial" ganada en Chile, por la que pudieron nacer muchos bancos.

Queda la idea que en el fondo está atacando a Edwards en su calidad de banquero.

El diputado Carvajal, considera que el proyecto de lei no conviene a los bancos, porque "bajo el régimen actual hacen buen negocio con los títulos de cambio sobre Europa..."⁴⁶.

El diputado Augusto Matte, estima conveniente el retiro del papel moneda, ya que la medida, a su juicio, traerá prosperidad económica al país.

Julio Zegers acepta la propuesta de retirar el papel moneda, para retornar al régimen metálico. Advierte que la operación debe realizarse con muchísima prudencia, así como el proyecto de ley dispone. Reafirma esta idea expresando: "Es un hecho que la base más sólida del crédito público i del movimiento comercial es la circulación metálica"⁴⁷.

Acario Cotapos, manifiesta que ahora respalda el retiro del papel moneda. Dice que lo hace en virtud de que en este proyecto al retirar el papel fiscal no será copada su carencia por la emisión de la banca particular. En el fondo, respalda el proyecto en su conjunto, es decir, retirar el papel moneda fiscal, pero restringiendo la ley de los bancos de 1860. Por último, asevera que siempre ha tenido más confianza en el billete fiscal que en el de los bancos.

Finalmente, se procede a votar el artículo del proyecto de ley, el cual se orienta a retirar el billete fiscal (\$ 125.000 mensuales). **Aprobado por unanimidad.**

Nuevamente toma la palabra el diputado A. Matte, alegando que en el proyecto se incluyen demasiadas materias, no estando de acuerdo con el artículo segundo que exige el pago del 10% de los derechos aduaneros en metálico, argumentando que no tiene ningún objeto modificar el sistema tributario.

Luego, contestando a Julio Zegers, Matte dice: "Creo que en el asunto de que estamos tratando no debemos consultar solamente el interés fiscal, sino preferentemente el *interés de los particulares*, porque es *propriamente el interés de la nación*"⁴⁸.

El diputado Joaquín Walker Martínez, tampoco es partidario de cobrar el impuesto aduanero en plata, argumentando que ello implicaría una nueva contribución que grave al comercio. Es partidario, más bien, de una contribución general que otorgue y palie dicha necesidad.

El Ministro de Hacienda, Sr. Edwards, insiste, en contestación a Walker Martínez, que es conveniente el atesoramiento de pastas metálicas.

El diputado José Antonio Tagle Arrate, está de acuerdo con el proyecto en

⁴⁵Sesión 42 extraordinaria de la Cámara de Diputados correspondiente al 3 de febrero de 1887.

⁴⁶*Ibid.*

⁴⁷*Ibid.*

⁴⁸*Ibid.*

general. Puntualiza, que igual como lo propone el Diputado por Santiago, Walker Martínez, daría más garantía en lugar de hacer la reserva en plata, hacerla en bonos hipotecarios.

Luego, indica, si no se entra por el "camino de las economías", si no se "procura establecer nuestro cambio i no se procede a dar decidida protección a nuestra industria nacional es imposible que vuelva el régimen metálico"⁴⁹.

El diputado Zegers manifiesta su acuerdo con el Ministro de Hacienda en cuanto a que es necesario limitar el monto de la emisión bancaria a su capital efectivo, modificando así la ley de 1860.

El diputado Ventura Blanco Viel defiende la Ley de Bancos de 1860, y atribuye sus efectos al desarrollo industrial y comercial del país. Expresa, además, que dicha ley no ha contribuido a la crisis económica que sufrió el país. Critica el contrato entre el gobierno y los once bancos en 1878, en el cual les concedía el privilegio de recibir sus billetes en arcas fiscales, se alegra que dicho contrato pronto terminará y que imponiéndose el régimen de libertad, "el público recibirá sólo billetes de aquellos bancos que le inspiren confianza, i regularmente ninguno se atreverá a emitir más billetes de los que puede convertir en moneda corriente"⁵⁰.

Walker Martínez, nuevamente defiende la libertad de los bancos y aboga para que éstos queden completamente independizados del gobierno una vez que cese el contrato de 1878. Argumenta, que es inexacto imaginar que restringiendo la acción de los bancos se va depreciar menos el papel moneda. "El *billete de banco* no influye en nada en el *valor del billete fiscal*"⁵¹.

Termina su intervención expresando que el papel moneda fiscal y el bancario son en el fondo una misma cosa.

Es interesante observar la posición del diputado Demetrio Lastarria, quien aprueba que los bancos emitan hasta el 100% de su capital, con el fin de que el Estado pague sus deudas. Sin embargo, su perspectiva de fondo la manifiesta así: "yo *tampoco acepto restricción alguna* en la libertad de bancos si no creyera que sin ese medio no podemos llegar a la circulación metálica"⁵².

En la sesión de la Cámara de Diputados del 5 de febrero de 1887 hay una muy interesante intervención del diputado Julio Bañados Espinosa. Ataca fuertemente a Courcelle-Seneuil por su influencia exagerada como partidario de la libertad de los bancos.

Plantea que la ley de 1860, si bien promovió el comercio, no reporta al país las ventajas que de ella se esperaban.

Habla que entre 1860 y 1878 los bancos tuvieron una "vida lánguida y parásita"⁵³.

Dice textualmente: "hay un hecho indiscutible, i es que, mientras bajaban las

⁴⁹Sesión 42 extraordinaria de la Cámara de Diputados correspondiente al 3 de febrero de 1887.

⁵⁰*Ibid.*

⁵¹*Ibid.*

⁵²*Ibid.*

⁵³Sesión 44 extraordinaria de la Cámara de Diputados correspondiente al 5 de febrero de 1887.

reservas metálicas, la emisión, en lugar de disminuir, aumentaba más i más. Así lo prueban los balances de aquella época.

Esto revela la clase de dirección que tenían los bancos a la sombra de una libertad casi irresponsable.

Desde 1876 a 1878, los bancos tenían en depósitos de particulares un término medio de 47.375.488 pesos. Para responder a esta enorme suma de personas extrañas, contaban tan sólo con 3.952.539 pesos de reserva metálica.

Así sobrevino la crisis en los bancos, y éstos dirigieron la vista al Estado y le suplicaron que los salvara de muerte segura.

Así el Congreso aceptó el curso forzoso⁵⁴.

El diputado Lauro Barros, refuta a Bañados Espinosa, en relación al derecho que tiene el Estado para ejercer una verdadera tuición en los bancos.

También el diputado Julio Zegers refuta a Bañados Espinosa, argumentando que los bancos no han vivido bajo el régimen de libertad que creó la ley de 1860. Prosigue, expresando que los bancos, a poco tiempo de nacer, fueron supeditados por contratos celebrados con el gobierno, que felizmente están próximos a expirar, esperando que no vuelvan a existir.

Interviene ahora el diputado Walker Martínez Joaquín, abogando porque se reduzcan las contribuciones, particularmente ahora, que se quiere volver al régimen metálico. Carlos Walker Martínez coincide con Joaquín respecto a los impuestos.

El diputado Augusto Matte tampoco es partidario de que se reagraven los impuestos.

Contrariamente a estos argumentos, Julio Zegers plantea que se deben elevar las contribuciones aduaneras.

Tanto los diputados Francisco Gandarillas y José Antonio Tagle-Arrate se oponen al proyecto en discusión, argumentando que con esto no se volverá al régimen metálico.

Sí da su aprobación [Tagle Arrate] al aumento de las contribuciones.

Nuevamente, el diputado Lauro Barros expone en defensa a la libertad bancaria, planteando que es un "temor quimérico" "el creer que la emisión bancaria o la moneda de papel pueda llenar el vacío que vaya dejando la emisión fiscal o papel moneda"⁵⁵.

También atribuye la culpa del Estado como emisor de papel moneda, reafirmando así su defensa a los bancos.

Por último, el diputado Parga, llama la atención de que el proyecto del señor Ministro de Hacienda pretende restringir el poder emisor de los bancos mediante la modificación de la Ley de Bancos de 1860, con lo cual, a su juicio, no se retornaría al anhelado régimen metálico. Así, finalmente, un 9 de febrero de 1887 se termina de discutir el artículo relacionado con los bancos, en cuanto a que éstos no podrán emitir en billetes al portador más de una cantidad igual a su capital efectivo.

⁵⁴Sesión 44 extraordinaria de la Cámara de Diputados correspondiente al 5 de febrero de 1887.

⁵⁵*Ibid.*

El proyecto fue aprobado por veintiocho contra siete [se nota gran abstención].

CONCLUSIÓN

La tan extensa discusión descrita, pretende ir perfilando las argumentaciones de los diputados en torno al problema de la emisión de papel moneda y la desvalorización de éste respecto a la libra.

Sin duda, esta elite estaba preocupada de la depreciación monetaria y de la inflación que ya oscilaba a niveles peligrosos, que incluso amenazaban con subvertir el orden social con que se vanagloriaba la oligarquía parlamentaria.

Sin embargo, la medida aprobada, de restringir el poder emisor de los bancos, con la aprobación del artículo sexto que modificaba la ley de 1860, no trajo ninguna restricción verdadera de la emisión. Guillermo Subercaseaux aclara este punto: "La circulación total de billetes no disminuyó por efecto de la ley de 1887, pues a la par se retiraba el billete fiscal de la circulación, los Bancos se vieron obligados a aumentar sus emisiones de billetes, para evitar los efectos de la contracción monetaria. Así en 1887 el total de la circulación de billetes fiscales i bancarios era de 31.879.768 pesos i en 1890 fue de 41.303.080 pesos"⁵⁶.

La disociación evidente que existe entre lo que los políticos desean o manifiestan desear respecto al régimen monetario necesario o deseable para el progreso de la nación; como también, la conciencia que deberían tener de los peligros del papelerismo o de la emisión exagerada, o bien de la libertad comercial de los bancos, choca, inexorablemente, con una realidad inevitable, que no obstante las medidas paliativas tomadas al aprobar el cuerpo legal de 1887, no consiguen ningún efecto práctico, es decir, la inflación sigue y la depreciación de la moneda aumenta cada vez con más intensidad.

De ahí, entonces, cabe preguntarse, ¿qué otra salida en concordancia con la mentalidad y paradigma de la época estudiada cabría esperar? ¿*Todo es simple* irresponsabilidad, decadencia, intereses personales, egoístas, ignorancia, improbidad?

Vemos, al calor de la discusión en la Cámara, a algunos diputados como Demetrio Lastarria, Acario Cotapos y, especialmente, Julio Bañados Espinosa, los cuales se muestran muy críticos y escépticos a las características del sistema en que se encuentran inmersos. Sin embargo, la gran mayoría de los diputados no atacan o bien no reniegan de las bases del modelo. Por lo tanto, la pregunta crucial que aquí cabe hacerse es si las elites, tenían otra propuesta o salida respecto al sistema económico y monetario imperante a fines del siglo XIX en Chile.

A la luz de los datos, antecedentes, documentos y análisis, es posible pensar que *no* surgió otra propuesta o proyecto alternativo. Los pocos críticos del sistema, tan sólo manifiestan sus aprehensiones negándose a aprobar las leyes de inconvertibilidad del billete de banco, pero no planteando alternativas o modelos diferentes.

⁵⁶Subercaseaux, *op. cit.*, pág. 179.

Por lo tanto, el curso de los hechos en lo que atañe al tema económico, estaría definido por las características intrínsecas del sistema económico asumido y aceptado por la elite, y no por las conductas individuales o colectivas de sus miembros, las que, aunque en muchas ocasiones eran muy individualistas, sus efectos no alterarían sustancialmente el devenir de los hechos*.

De lo anterior se advierte la importancia de la frase "la verdad es mujer", que día por día permite esgrimir el cable representativo de los escritos de Nietzsche, en sus muchas contradicciones que poseen sus escritos, los cuales y la herencia de su propio autor. La frase es una expresión de la tesis "la verdad es el día", en el sentido sexual masculino de existencia, verdad, esencia, presencia, tanto, como realidad. Lo que distingue al filósofo filio de su género, lo singular, es que posee el primero, resalta poder, voluntad, fuerza, la segunda solo tiene para ella, su existencia.

Como Deleuze ha dicho que el pensamiento de Nietzsche se ve muy afectado por la teoría de la teología moral de Kant, en particular de su dualismo y la distinción de los dos mundos, Kant opuso el mundo sensible al suprasensible, al ser humano y la razón, legitimada de la moral y de la justicia, y en el primero a la naturaleza, a los instintos y a todo lo que produce desorden entre los hombres. La moral de Kant fue positiva para el suprasensible y negativa para el sensible. El mundo suprasensible fue concebido con todas las hermosas cualidades morales que ha reservado, para la masculinidad, y el sensible, abando y entorpecimiento de las virtudes que en la república se braman para la feminidad. El mundo suprasensible, dice Kant, debe someterse al suprasensible, porque la voluntad legítima es la única que puede conducir con seguridad a la sensibilidad. Los males que se producen, exclusivamente, a que los pasiones del corazón no se rigen por el imperativo categórico. Aunque Kant no lo puso expresamente, la verdad a estos dos mundos, fue como si lo hubiera hecho, porque todos los problemas que consisten al mundo inteligible son los que los seres humanos se enfrentan con la materialidad, mientras que los del sensible se articulan con los problemas del existencial, después de haber estado solo los seres de Nietzsche. En consecuencia, "la verdad es mujer", después de haber sentido lo que ella representa a la intencional de los suprasensibles y inferior de la filosofía tradicional, de Kant, como todo lo que dice Gilles Deleuze, que toda la filosofía de Nietzsche se basa en la intención del pensamiento de Kant, es natural suponer que Kant, en su propia proposición, Nietzsche se propuso destruir la teoría filosófica de Kant, de la moral. Produce sorpresa su afirmación de que "la verdad es mujer", porque para los existencial de filosofía una categoría tan sabiduría como

*El autor del presente artículo agradece al Sr. Gustavo Rodríguez L. sus valiosas y oportunas sugerencias.

EN VEZ DE LA RESPETABILÍSIMA FACULTAD LEGISLADORA DE KANT, LA METÁFORA DE LA ARAÑA TEJEDORA DE NIETZSCHE

Susana Münnich Busch*

Derrida fue el primero en advertir la importancia de la frase "la verdad es mujer"¹. Probó que ella permite explicar el habla fragmentaria de los escritos de Nietzsche, las frecuentes contradicciones que podemos encontrar en ellos y la inexistencia de un sujeto autorial. La frase es una inversión de la tesis: "la verdad es el falo", en que el símbolo sexual masculino es sinónimo de verdad, esencia, presencia, razón, sistematicidad. Lo que distingue al símbolo fálico de su opuesto, la vagina, es que mientras el primero revela poder, voluntad, fuerza, la segunda sólo tiene para mostrar su vaciedad.

Gilles Deleuze ha dicho que el pensamiento de Nietzsche es una crítica monumental de la teología moral de Kant, en particular de su dualismo y la distinción de los dos mundos². Kant opuso el mundo sensible al suprasensible, ubicó en el último a la razón, legisladora de la moral y de la justicia, y en el primero a la pasión, a los instintos y a todo lo que produce desacuerdo entre los hombres. Las marcas de valor fueron: positiva para el suprasensible y negativa para el sensible. El mundo suprasensible fue embellecido con todas las hermosas cualidades que la tradición ha reservado para la masculinidad, y el sensible, afeado y ensuciado con las negatividades que en la repartija sobraron para la feminidad. El mundo sensible, indicó Kant, debe someterse al suprasensible, porque la voluntad legisladora es la única que puede conducir con sabiduría a la sensibilidad. Los males del mundo obedecen, exclusivamente, a que las pasiones del cuerpo no se dejan dominar por el imperativo categórico. Aunque Kant no le puso expresamente género sexual a estos dos mundos, fue como si lo hubiera hecho, porque todos los predicados que convienen al mundo inteligible son los que la tradición ha estructurado con la masculinidad, mientras que los del sensible se articulan con la feminidad. Más exactamente, después de haber estudiado los textos de Nietzsche y su proposición "la verdad es mujer", después de haber entendido que ella corresponde a la inversión de los supuestos y valores de la filosofía tradicional, de haber comprobado lo que dijo Gilles Deleuze, que toda la filosofía de Nietzsche es una demoledora crítica del pensamiento de Kant, es natural suponer que con la mencionada proposición, Nietzsche se propuso desconstruir la teoría falocéntrica de los dos mundos. Produce sorpresa su afirmación de que "la verdad es mujer", porque para los estudiosos de la filosofía una categoría tan sublime como

*Universidad de Chile.

¹The question of style, en *The New Nietzsche* (London, MIT Press, 1985), págs. 176 - 190.

²Gilles Deleuze, *Nietzsche y la filosofía* (Barcelona, Anagrama, 1967), págs. 123 - 138.

la verdad puede estar articulada con la razón, la bondad, la justicia, la masculinidad, pero jamás con la feminidad. En la tradición filosófica se vincula a la feminidad con las fuerzas de la naturaleza, indomables, absurdas, caóticas e injustas. Probablemente, Kant estaba pensando en la mujer y en su peligroso poder cuando decidió someter el mundo de la carne, de los instintos y de la pasión a la sabiduría de la voluntad legisladora. A pesar de que en los escritos de Nietzsche predominan los juicios peyorativos sobre las mujeres y la feminidad, podemos encontrar también algunos muy positivos sobre el sexo débil. Valoraba en la mujer su entrega a lo instintivo y la prefería de lejos a la severa racionalidad de los filósofos. Sabemos que se burló acremente de Kant, que lo apodaba "teólogo camuflado" y que rechazó duramente su voluntad de proponer una moral que conviniera a todos por igual.

Puso en duda que la voluntad de verdad fuese tan desinteresada como habían asegurado los filósofos de la tradición. Sospechó que no la motivaba una sublime pasión por el saber, sino la mucho más humana voluntad de poder. Profundas convicciones ideológicas, religiosas, políticas, deseos desenfrenados de poder, resentimientos de clase, temor del cambio, etc., es el suelo en que se ha establecido la respetabilísima voluntad de verdad. Los filósofos, servidores del Estado, estupendos comediantes, a los que habría que alabar por su ingenio y astucia para convencer a los crédulos sobre la pureza y el desinterés de sus iniciativas filosóficas, pusieron todo su saber en la defensa de sus prejuicios ideológicos³.

Nietzsche tomó de Kant la idea de una voluntad legisladora, pero en vez de hacerle habitación en el mundo suprasensible, como había hecho el otro, la dejó libre para que estableciera su casa en el dominio sensible. Continuando con la inversión, la metamorfoseó en araña, le quitó su antigua respetabilidad y solemnidad masculinas y le dio, en cambio, el mucho más humilde, pero maravilloso y femenino don de tejer velos y redes. La puso a tejer, y la araña confeccionó nuevas ficciones (la voluntad legisladora también fabricaba ficciones, pero repleta de un amor desordenado de sí misma, pretendió que su noble tarea posibilitaba el "desocultamiento" de la verdad). Atrás quedó el imperativo categórico con su universalidad y necesidad a toda prueba. Las nuevas verdades que produjo la araña se hicieron alegremente parte del mundo de la experiencia y de la historia. Vacías de todos los adornos y emperifollamientos con que la tradición cristiana había vestido a sus verdades, estas nuevas ficciones de la araña industriosa se dispusieron a aceptar con sumisión y docilidad femeninas la nueva vivienda y los exigentes nuevos compromisos que la historia les tenía reservados. Cambiaron de sexo, y en vez del falo, les cayó encima la vaciedad del sexo femenino. El *dictum* de la historia fue: no más varón. Ahora seréis "mujer".

En el prefacio de *Humano demasiado humano*, Nietzsche cuenta que en lo personal este proceso de desconstrucción no siempre le deparó alegrías, que las

³Recomendamos la lectura de un precioso ensayo de Sarah Kofman sobre la crítica de Nietzsche a la filosofía tradicional. La categoría en que Kofman centra su análisis es precisamente la de "comediante". *Nietzsche et la scene philosophique* (Paris, Gallée, 1979).

primeras etapas fueron dolorosas, que se sintió marginado de todo lo que hasta ese momento había adorado y respetado, y que echó de menos al obediente y sumiso camello que había en él. Cuenta que después se sintió invadido por la gozosa sensación de estar estableciendo los fundamentos de una nueva valoración. Lo primero que entendió fue que los filósofos "No 'conocemos' (*erkennen*), sino esquematizamos, y le imponemos al caos [yo destaco] bastante regularidad y número de formas como para satisfacer nuestras condiciones prácticas"⁴. Supo que en vez de descubrir las leyes universales y necesarias de la razón, el filósofo "descubre [en] el mundo, sus propios órganos táctiles, sus antenas y sus leyes"⁵ y que:

Nosotros vemos nuestras leyes dentro del mundo, y no podemos considerarlas luego sino como las consecuencias de este mundo en nosotros. El punto de partida es el engaño del espejo; somos *imágenes invertidas*. ¿Qué es, entonces, el conocimiento? Su supuesto previo es una limitación errónea, como si hubiera una unidad de medida de las sensaciones. Siempre que existen espejos y órganos táctiles nace una esfera. Si suprimimos esta limitación con el pensamiento, queda suprimido también éste. Es absurdo concebir relaciones absolutas. El error es, por consiguiente, la base del conocimiento, de la apariencia...". "Verdad, solo hay en las cosas que el hombre inventa, por ejemplo, el número. El hombre pone algo, y luego lo vuelve a encontrar, éste es el proceso de la verdad humana..."⁶.

Mientras vivía este proceso de desconstrucción de sus antiguas convicciones, Nietzsche dudó de la existencia de verdades objetivas, independientes de la subjetividad humana y cayó en la cuenta de que "Aquello para lo cual no tenemos sentidos, no existe para nosotros"⁷. Se convenció de que ni descubrimos ni encontramos, sino sólo textualizamos con el fin de ejercer dominio sobre nuestra circunstancia interior y exterior.

Invirtió la valoración tradicional, y en el lugar del "ser" puso el flujo cíclico del devenir. Lo hizo a pesar de saber que:

Nuestro intelecto no está organizado para la comprensión del devenir; se esfuerza por demostrar la general rigidez, en virtud de su origen imaginativo. Todos los filósofos hemos perseguido el mismo fin: demostrar el eterno ser, porque el intelecto encuentra en él su forma y su acción propia⁸.

Se dijo a sí mismo con ironía: "Y llamamos a la muerte, lo sin movimiento. ¿Cómo si existiera algo que no estuviese en movimiento!"⁹. Observó que nuestra

⁴ Giorgio Colli und Mazzino Moutinari, *Herauspegehen, kritische Studienausgabe* (Berlín, Gruyter, 1988), vol. 13, pág. 333.

⁵ *Op. cit.*, vol. 9, pág. 432.

⁶ *Op. cit.*, vol. 9, págs. 311 y 312.

⁷ *Op. cit.*, vol. 9, pág. 470.

⁸ *Op. cit.*, vol. 9, pág. 500.

⁹ *Op. cit.*, vol. 9, pág. 499.

memoria sólo registra identidades e igualdades, donde no existen más que diferencias¹⁰ y que:

No podemos afirmar la subsistencia permanente de ninguna cualidad química; no somos bastante "finos" para ver el absoluto flujo presumible de las cosas: lo permanente no es más que un defecto de la tosquedad de nuestros órganos, que construyen superficies que no existen. El árbol es a cada momento algo nuevo: la forma es afirmada por nosotros, porque no podemos percibir el movimiento absoluto: ponemos una línea matemática en el movimiento absoluto, en general construimos nosotros las líneas y las superficies, fundándonos en nuestro intelecto que se basa en errores...¹¹.

Se cuidó de no subestimar el error y se persuadió de que con el objeto de conservarnos, falseamos la realidad y fingimos (*erdichten*) encontrar igualdades y similitudes donde sólo hay diferencias¹². Concluyó dos cosas: 1) que "la verdad es esa clase de error, sin la cual un determinado tipo de seres vivientes no puede vivir"¹³, y que 2) "Error es la condición de la vida, y por cierto errar en la más alta medida. Saber que se yerra no suprime el error. Esto no es nada amargo"; "debemos amar y cultivar el error, es el regazo materno del conocimiento" (*Wir müssen das Irren lieben und pflegen, es ist der Mutterschooss des Erkennens*)¹⁴.

La palabra "madre", articulada a "error" no debe sorprendernos, ya que, en los escritos de Nietzsche el texto "mujer" lleva una carga semántica de variabilidad, inestabilidad, inseguridad, falsedad, mentira, etc. El error no es algo exclusivamente negativo, sino una situación de facto —quizá un tanto amarga— que debemos amar y cultivar.

En la tradición filosófica siempre se estimó la verdad como el supremo valor y el error como lo absolutamente indeseable. Nuestro pensador subvierte esta valoración, y recomienda a sus lectores reescribir desde el regazo materno del error. En la tradición se consideraron viriles las virtudes de la fortaleza, el dominio y la transparencia, y se suponía que ellas conducirían al amante de la verdad al conocimiento absoluto. Falogocentrismo decimos ahora. Autoritarismo del padre, determinamos con fastidio. Los dogmáticos, en cambio, hablaron de voluntad de verdad. "¡Voluntad de verdad! ¡No hablemos tan ingenua y brutalmente! Nosotros queremos hacernos el mundo pensable, en lo posible..." responde Nietzsche¹⁵.

En oposición a la solemne voluntad legisladora de Kant, Nietzsche prefirió a la industriosa araña creadora, forjadora de ficciones:

¹⁰ Colli und Moutinari, *op cit.*, vol. 9, pág. 493.

¹¹ *Op cit.*, vol. 9, pág. 554.

¹² *Op cit.*, vol. 11, pág. 506.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ Frederich Nietzsche, *Nietzsche Werke* (Leipzig, Naumann, 1901), pág. 48.

¹⁵ Colli und Moutinari, *op cit.*, vol. 10, pág. 87.

porque, en último término no hacemos con el conocimiento otra cosa que la araña con su tela; merced a este arte suyo quiere vivir y satisfacer su hambre, y esto es también lo que nosotros queremos¹⁶. Todo lo admirable que encontramos en la contemplación de las leyes naturales y que nos infunde desconfianza contra el idealismo estriba precisa y exclusivamente en el rigor matemático y la continuidad de las representaciones espacio-temporales. Pero éstas las producimos en nosotros y de nosotros con la misma necesidad con que la araña teje su tela; si estamos forzados a comprender todas las cosas a través de estas formas, no es maravilla que veamos en todas las cosas estas mismas formas: pues todas ellas deben llevar en sí la ley del número, y el número es precisamente lo pasmoso en las cosas. *Toda la regularidad que tanto nos maravilla, en la marcha de los astros y en los procesos químicos, coincide en el fondo con aquellas propiedades que nosotros mismos ponemos en las cosas; de modo que se puede decir que nos asombramos de nosotros mismos*¹⁷.

En estos pasajes Nietzsche se representa a sí mismo como una araña, tejedora de finos y delicados velos con que viste amorosamente a la verdad. Cubierta de trapos, imponente, misteriosa, tentadora la verdad invita a los sabios dogmáticos a que la desnuden, a que la violen. Los dogmáticos, que nunca han entendido nada que importe sobre verdades y mujeres, en vez de admirar los ropajes que fabricaron las arañas filosóficas, trataron de convencer a la verdad que mostrara lo que tenía debajo de ellos. Obtuvieron su merecido. La verdad, atropellada en su pudor, los rechazó ásperamente.

Desde la conciencia humilde que tenía de su actividad fabril, Nietzsche reconoció que el conocimiento es un juego de niños, en que se encuentra en las cosas lo que previamente se ha puesto en ellas. Hemos vestido a la verdad con hermosos ropajes, dijo. Luego olvidamos que fuimos nosotros los tejedores. Nuestro problema es la pérdida de la memoria. No queremos recordar que fuimos nosotros los que inventamos las leyes del conocimiento, y que también fuimos nosotros los que decidimos regirnos por ellas. Pero, a pesar de que todo es un juego, hay que tener mucho cuidado con menospreciar a la ciencia por su carácter lúdico, ya que "habría que tener buen ánimo para las dos cosas, unos para reencontrar, otros para introducir"¹⁸. Nietzsche supuso que en este juego de niños, que es el conocimiento (*Kinderspiel*) los científicos han estado a cargo de reencontrar y los artistas de introducir.

¿Qué habría que concluir de estas reflexiones de Nietzsche sobre el carácter lúdico del conocimiento? ¿Acaso que da lo mismo vestir a la verdad de una manera u otra, y que todos los modelos merecen nuestra aprobación?

En mis escritos se afirma constantemente (*Dies geht durch meine Schriften*) que el valor del mundo se encuentra en nuestra interpretación (que acaso en

¹⁶ Colli und Moutinari, *op cit.*, vol. 9, págs. 636 y 637.

¹⁷ *Op cit.*, vol. 1, págs. 885 y 886, el destacado es nuestro.

¹⁸ *Op cit.*, vol. 12, págs. 153 y 154.

cualquier otro lugar son posibles otras interpretaciones de las simplemente humanas), que las interpretaciones hasta ahora admitidas son valoraciones perspectivescas (*perspektivische Schätzungen sind*), en virtud de las cuales nos conservamos en la vida, o sea en la voluntad de poderío, en el aumento de poderío; que toda elevación (*Erhöhung*) del hombre lleva consigo la superación de interpretaciones más restringidas; que cada logro (*jede erreichte Verstärkung*) de nueva fuerza y de crecimiento de poder abre nuevas perspectivas y significa creer en nuevos horizontes. El mundo que nos importa es falso. Esto quiere decir, que no es un hecho, sino una ficción (*Ausdichtung*), un englobamiento (*Rundung*) de una escasa suma de observaciones; es fluido (*im Flusse*), como algo que deviene (*Werdendes*), como una falsedad que siempre se está moviendo (*verschieben*), que nunca se acerca a la verdad: porque —no hay “Verdad” ninguna (*denn-es giebt keine Wahrheit*)¹⁹.

El pensador que tiene conciencia de que las interpretaciones no son absolutas ni definitivas, sino ficciones que tejen los individuos históricos, sabe que los miembros de su comunidad serán pragmáticos para decidir sobre el valor de éstas. Las estimarán valiosas si proporcionan soluciones reales a los problemas de su tiempo. Hay interpretaciones que están al servicio de la afirmación de la vida y otras de la negación de ella²⁰. Este principio vitalista impone tres condiciones para la legitimidad de una interpretación. En primer lugar, que sea útil para el desarrollo de un pueblo. En segundo lugar, que sirva para abrir nuevos horizontes, para favorecer los cambios históricos, y no para mantener la sociedad como está. En tercer lugar, debería posibilitar una visión más amplia, que explicara mayor número de fenómenos y que superara e incluyera a las interpretaciones menos abarcadoras.

Hay muchos que estiman extremadamente peligrosos y nihilistas los textos de Nietzsche. Suponen que activan las fuerzas más reactivas del individuo moderno, que al sentirse liberado de las ataduras morales, se entrega a la loca tarea de destruirlo todo. Es justo recordar que Nietzsche esperaba de sus lectores una comprensión profunda de lo que significa la muerte de Dios. Este fallecimiento duele, pero también alegra. Lo positivo de la muerte del Padre es la libertad que regala al hijo, que liberado de la autoridad divina se siente capacitado para dignificar el mundo terrenal. Zaratustra reconoce haber padecido la enfermedad del nihilismo, y agradece al águila y a la serpiente por haberlo sanado. Al ver la negatividad de los hombres superiores, que reaccionan en contra de la vida, y que se han inventado un mundo suprasensible, de trascendencias imaginarias, se fortalece su voluntad afirmativa. Acompañado por sus animales, deja atrás la fascinación que siente por el vacío y lo abismal, y comprende que para superar la

¹⁹ Colli und Moutinari, *op. cit.*, vol. 12, pág. 114.

²⁰ Tal como veremos más adelante, el concepto “vida” en Nietzsche es uno de los más incluyentes. Abarca el sufrimiento y el placer, lo bueno y lo malo, lo noble y lo vil, etc. La vida supera todas las binariedades, está más allá del bien y del mal.

distinción entre los dos mundos, y la dualidad entre el bien y el mal es necesario que se sobreponga a las fuerzas reactivas, y a los pensamientos que nadifican el mundo sensible. Hay que ir más allá de la distinción entre los dos mundos, que pone en un lado lo bueno y en el otro lo malo, y que para más remate lo trastorna todo al determinar como bueno el más allá, y como malo al cuerpo y a la tierra. El pensador, que después de haber concluido que nuestras valoraciones son humanas y no divinas, las nadifica, sigue preso de la dualidad que pretende haber superado, puesto que no concede valor a lo que es estrictamente humano, y estima que por ser los hombres los que valoramos, y no Dios, nuestros juicios de valor no tienen valor.

Los profesionales de textos podríamos estimar erróneamente que los discursos asistemáticos están más en consonancia con la frase nietzscheana: "la verdad es mujer", que los que se ajustan a los criterios académicos tradicionales. Decimos "erróneamente", porque Nietzsche sostuvo que la aspiración al orden y a la sistematicidad es irrenunciable. No importa el hecho reconocido hoy universalmente de que la reflexión teórica sea siempre tentativa, inacabada e imperfecta. El profesional de la filosofía debería sentir que tal carencia no es un defecto, sino, precisamente, el estímulo del arte de interpretar, que así solicita a la escritura con una tarea interminable.

Sostenemos la hipótesis de que uno de los contenidos de la proposición: "la verdad es mujer" es afirmativo, y que alude al conocimiento perspectivo y al respeto por la pluralidad. Los textos de Nietzsche insisten en que no existen interpretaciones definitivas, que toda lectura corresponde siempre a una apreciación personal, valoraciones ideológicas, y a condicionamientos históricos. Nietzsche se asume como un despatriado que vive la muerte de Dios²¹ y elige cobijarse en el regazo materno del error.

En los textos de Nietzsche "madre" y "mujer" son metáforas para inseguridad, inestabilidad, caos, error y mentira, y por ello predicados que convienen a la verdad. La mujer es para Nietzsche una entidad vacía, que se llena de contenido cuando se viste con los velos que la araña poeta ha tejido para ella. Desde esta lectura de "mujer" se entiende que Nietzsche haya estructurado esta categoría con la verdad, y que pusiera esta estructura en el centro de su pensamiento filosófico. De esta manera, pudo subrayar el carácter perspectivo de la verdad, la pluralidad de códigos de la modernidad y lo lúdico de la actividad científica. A pesar de que la proposición nietzscheana: "la verdad es mujer" recoge los predicados negativos que en Occidente se le han asignado a la mujer, la frase tiene la positividad de afirmar lo abierto y lo nunca acabado del proceso de hacer verdad. Desde nuestra diferencia —aquí en Latinoamérica se predicán otras cualidades de la mujer y de la madre— se entiende mejor la frase nietzscheana y la circunstancia

²¹ Hay muchos pasajes de la obra de Nietzsche en que su autor se asume como un paria, exiliado, desprovisto de hogar. Por citar algunos: Colli und Moutinari, *op cit.*, vol. II, págs. 11, 14, 349 y 678.

histórica que la produjo, y se justifica plenamente que Nietzsche la haya puesto al centro de su pensamiento²².

²²Nos llevó varios años darnos cuenta de que nuestra primera lectura de la proposición "la verdad es mujer" era incorrecta. Nos negábamos a ver que nuestra interpretación había recogido la marca positiva que tiene el concepto "verdad" en nuestra comunidad, y que al atribuírsela al texto nietzscheano, lo deformábamos. Comprendimos que era necesario distinguir entre lo que "aquí" se predica de la verdad y de la mujer, y las cualidades que Nietzsche le atribuye a ambas categorías. Podemos concluir dos cosas: 1) que en los textos de Nietzsche, "mujer" recoge por lo general la marca negativa que ha tenido en la tradición occidental la categoría del mismo nombre, y 2) que al identificar a la verdad con esta "mujer", se vacía a la primera de la valoración positiva con que la ha marcado la tradición.

Volvemos a repetir lo que hemos dicho más arriba, que en los textos de Nietzsche es posible encontrar una valoración positiva sobre la mujer, pero muy diferente de la que sostenemos en nuestras comunidades mestizas. Pienso escribir pronto un trabajo sobre Violeta Parra, en que intentaré estudiar lo que los chilenos entendemos por feminidad y mujer.

MODERNISMO Y POSMODERNISMO: UN ENFOQUE HISTÓRICO

Luis Corvalán Márquez

Desde hace algunos años se ha producido en la cultura occidental una profunda crítica de la modernidad. En la política ello se manifiesta bajo la forma de repulsi3n de las utopías totalizantes y, en alg3n sentido, en la renuncia a todo tipo de utopías, lo cual ha venido acompa1ado del fin de las expectativas en un futuro "luminoso".

En la filosofa esto encuentra su expresi3n en un juicio negativo sobre el concepto de totalidad y respeto del logos racional que se suponía regía su desarrollo, todo correlacionado con un fuerte cuestionamiento del *c3gito* cartesiano, de su tesis sobre el dominio de la naturaleza y sus epistemologías anexas.

En la ciencia se difunde cierto recelo hacia las grandes teorías. En lo referente a las concepciones de la historia, se impone un rechazo a las visiones omnicomprensivas, legaliformes, compactas y totalizantes, lo que equivale a decir estructuralismo, pero no sólo hist3rico, sino también sociol3gico, postulándose inversamente la vuelta al relato de lo singular, revalorizándose a los sujetos, pensados en su unicidad irreductible a sistema y a condicionamiento.

En la cultura, se proclama el fin de las vanguardias y de la funci3n crítica del arte, etc. Sin embargo, en la economía las cosas no aparecen tan claras. Hay, al mismo tiempo, un reproche al capitalismo (sociedad operativizada, temor ante los grandes poderes impersonales, etc.), así como también una afirmaci3n apologética de él, como ocurre en el caso del neoconservadurismo.

En fin, este panorama nos coloca ante una nueva configuraci3n de la cultura, que podría quedar sintetizada en una sola palabra: posmodernismo.

Ante la constataci3n de su advenimiento, cabe hacerse al menos las siguientes preguntas: ¿cuál es su significado hist3rico?, y luego, ¿qué actitud tomar ante él?

A modo de hipótesis sugerimos lo siguiente:

La modernidad emergió como un proyecto de emancipaci3n humana y constituyó una reacci3n contra el agotado mundo feudal y su cultura. El proyecto emancipatorio moderno, sin embargo, no se cumpli3, y devino en las sociedades avanzadas durante la segunda mitad del siglo xx, en una especie de sutil totalitarismo suave, luego de experimentar en su seno diversas experiencias de totalitarismos más primitivos y violentos. Esta evoluci3n, compleja y contradictoria, implicó, por supuesto, considerables cambios culturales e ideol3gicos, que conllevaron una negaci3n de la cultura de la modernidad y de sus correspondientes promesas emancipatorias, desechándolas como incongruentes con la nueva realidad que se gestaba, es decir, con los resultados arrojados por la propia modernidad y su producto: la posmodernidad.

A partir de allí sostendremos que el posmodernismo constituye la cultura del

sutil totalitarismo suave en el que desembocó la modernidad. Y esto en un doble sentido: por un lado, como apología de dicho totalitarismo (neoconservadurismo o neoliberalismo), y por el otro, como crítica de éste (y en primer término de la propia modernidad), pero sin una real pretensión de negarlo a través de una utopía alternativa (posmodernismo anarquizante o crítico).

Con el fin de discurrir en torno a esta hipótesis consideraremos en primer término las críticas del posmodernismo a la modernidad.

CRÍTICAS POSMODERNISTAS A LA MODERNIDAD

La crítica posmodernista apunta a elementos constitutivos del movimiento moderno y, por lo mismo, posee una gran radicalidad. Al respecto destacaremos sólo cuatro tópicos, que constituyen otros tantos puntos nodales.

Antes que nada, la crítica apunta en contra de la epistemología que estaba en la base de la modernidad, es decir, el sujeto racional, el *cógito* cartesiano. Lo que se afirma de parte de los posmodernos es que aquí se contienen ya todos los gérmenes de la opresión. Citando a Horkheimer y Adorno, Albrecht Weilmer sostiene que la tríada formada por el sujeto, el objeto y el concepto, tan propia de la filosofía moderna, implica una práctica de dominio y sometimiento de la naturaleza por parte del primero. Pero en esta relación, "la instancia opresiva que representa el sujeto se convierte al mismo tiempo en víctima sometida. La represión de la naturaleza interna del hombre con su tendencia anárquica a la felicidad es el precio de la formación de un "sí mismo" unitario, necesario para la autoconservación y para el dominio de la naturaleza externa al sujeto. El correlato de este "sí mismo" unitario es una razón objetivante y creadora de sistemas (totalizante) que, por tanto, es concebida como medio de dominación"¹.

La sociedad también queda sometida a la lógica dominadora de la razón, como se evidencia en la constitución de las gigantescas burocracias modernas, el derecho formal de los Estados, etc., sobre lo cual, como es sabido, Max Weber teorizó ya a comienzos de siglo. Este afán racionalizador desemboca, a juicio de sus críticos, en el totalitarismo fascista y estalinista y, en consecuencia, se convierte en una forma de sometimiento del propio sujeto que está en su base.

Pero, adicionalmente, la razón a la vez destruye otros planos de la realidad, como el entorno ecológico, los mitos y tradiciones culturales, así como también el sentido mismo de la existencia, tal como se señalará más adelante.

En segundo lugar, el posmodernismo le critica a la modernidad su concepto de totalidad. Los ataques se centran en Hegel, en cuya filosofía esta categoría juega un papel tan determinante. Su enjuiciamiento viene de la mano del rechazo de la tesis sobre la existencia de un logos unificador del todo y de un determinante último que explica a lo diverso. Ésta es precisamente la temática del reduccionismo, el que igualmente es sometido a una refutación demoledora.

¹A. Weilmer, *La dialéctica modernidad y post-modernidad*, en Nicolás Casullo, *El debate modernidad. La modernidad* (Buenos Aires, Punto Sur Editores, 1989).

En general, según el posmodernismo, la tendencia totalizante, que es tan propia del pensamiento teórico moderno, contiene todos los elementos del totalitarismo práctico. En tal sentido, Lyotard habla del "terrorismo de la teoría" y sostiene que "los siglos XIX y XX nos han proporcionado terror hasta el hartazgo. Ya hemos pagado suficientemente la nostalgia del todo y del uno, de la reconciliación del concepto y de lo sensible, de la experiencia transparente y comunicable"².

En tercer lugar, el posmodernismo le critica a la modernidad su concepto de progreso técnico y económico ilimitado, el cual sería correlativo a la racionalidad del sujeto. En el terreno de la concepción de la historia, tal punto de vista de la modernidad se traduciría en un evolucionismo optimista, basado en la convicción de que existe una tendencia intrínseca del género humano orientada hacia la elevación indefinida de sus condiciones espirituales y materiales. Al igual que en relación al concepto de totalidad, la crítica posmodernista ve en la idea de progreso ilimitado un elemento de totalitarismo, pues en su nombre (y en el del ascenso de una abstracta humanidad) cualquier cosa puede ser justificada.

En cuarto lugar, el posmodernismo acusa a la modernidad de haber terminado vaciando el sentido de la existencia, especialmente cuando al destruir el mundo encantado del mito y la creencia religiosa, propone fines terrenales que siempre se postergan y reformulan hacia el futuro y que, por lo mismo, siempre se escapan. Como lo resume Julio Retamal: "lo nuevo, lo cambiante, lo eternamente superable termina por identificarse con el ser y éste, a su vez, tendería al progreso indefinido y, por ende, a la evanescencia, al absoluto en potencia de que hablaba Kant, a lo inalcanzable, a lo eternamente perfectible... y en esa medida a la Nada. El nihilismo se hallaría al final de la modernidad, como un callejón sin salida"³.

LA TRANSFORMACIÓN DE LA MODERNIDAD EN POSMODERNIDAD

Tal como lo señaláramos, el posmodernismo no se puede entender al margen de la trayectoria del proyecto moderno, —más precisamente, del fracaso de su originaria propuesta emancipatoria—, así como tampoco de su punto de llegada: el totalitarismo suave.

Visualicemos sumariamente este recorrido. Lo primero que hay que tener en cuenta al respecto es el hecho de que la modernidad representó un proyecto emancipatorio, pero que a la larga, pese a sus innegables logros, no se plasmó, frustrándose y deviniendo en nuevas formas de sujeción. La evidencia de esto último constituye su permanente crisis y el punto de partida de incesantes búsquedas, que configuran su irresuelto drama, hasta terminar negándose a sí misma en la posmodernidad y su cultura.

Como ya se indicó en las páginas anteriores, el proyecto emancipatorio moderno se estructuró sobre la base del sujeto racional, el cual frente a la naturaleza

² Lyotard, *Qué era la Posmodernidad*, en Casullo, *op. cit.*, pág. 166.

³ Julio Retamal, *La posmodernidad y el fin de la historia* (discurso de incorporación a la Academia de la Historia, publicado parcialmente por *El Mercurio*, 17 de mayo de 1992).

y a la sociedad se levanta como potencialidad creadora y transformadora, dominadora de su entorno mediante una práctica sustentada en el conocimiento científico. Autonomía del sujeto y ciencia empírico-racional, por tanto, conformaban un par inseparable, al que se sumaba una ética humanista, es decir, esencialmente terrena, todo lo cual apuntaba a una superación y a una negación del dogma y de las tradiciones opresivas de la autonomía del individuo y su razón. Aquí, en la valoración de la autonomía individual, reside el núcleo de la modernidad, constituido entre los siglos XVI y XVII.

Correlativo a la liberación del sujeto, apareció una nueva concepción de la sociedad, caracterizada ya no por el predominio de lo prescriptivo, sino de lo contractual. Ilustrativo de lo anterior es el problema que se plantea Kant, que consiste precisamente en cómo organizar una sociedad que "pase del *status* al *contractus*, de la adhesión carismática a un jefe al consenso racional entre individuos libres"⁴. Como es sabido, desde Hobbes, Locke y luego los filósofos franceses del siglo XVIII, el contractualismo, como hipótesis para explicar el fundamento del orden político y social, fue un tópico recurrente, sirviendo a la vez, (exceptuando Hobbes) como base de la crítica del absolutismo y de la sociedad estamental premoderna.

Unido a la ciencia empírica deductiva, que encontró su *desideratum* en Newton y en la formulación de leyes, la modernidad se pensó a sí misma, a la vez, como un proyecto de civilización tecnológica, que esperó del conocimiento científico la solución de problemas milenarios. En base a ello, confió en el advenimiento de una época de indefinido avance del bienestar y la felicidad humana. De allí que, por otra parte, el corolario de la cultura moderna fuese aquella optimista concepción de la historia que se afirmaba como progreso indefinido, llena, por tanto, de sentido ascendente, lo cual no dejaba de ser contradictorio con su tentación de ver en la propia modernidad el fin de la historia. Así, por ejemplo, para Adam Smith la trayectoria de la sociedad humana consiste en el camino que va desde la barbarie hasta la meta del liberalismo económico capitalista, punto de llegada definitivo, dentro del cual se desenvolverá todo el acontecer sucesivo; Hegel, por su parte, vio en la monarquía prusiana (reformada) el término de la evolución de la sociedad.

Pero inseparable del proyecto moderno, con su discurso sobre la autonomía individual, impulsado por las dinámicas burguesías europeas, lo que emerge es el capitalismo, el que desde sus orígenes mismos evidencia una intrínseca y poderosa vocación para constituir al mundo entero en el escenario de su acción y, en consecuencia, para unificar la historia haciéndola cada vez más universal. La revolución industrial, que materializó aceleradamente el concepto tecnológico de civilización portado por la modernidad, condujo hacia el gran capitalismo. Sin embargo, al mismo tiempo puso de manifiesto las limitaciones de la utopía en sus dimensiones prácticas. En efecto, la mano invisible de Adam Smith se materializó en una profunda fractura social expresada, sobre todo, en las duras condiciones

⁴Xavier Rubert de Ventos, *Kant Responde a Habermas*, en Casullo, *op. cit.*

de vida del surgente proletariado y en las enormes desigualdades en la distribución de la riqueza y en el desequilibrado goce del progreso.

Pero no sólo eso, este proyecto de civilización tecnológica, al cual, a decir de Marx, le es inherente "una revolución continua en la producción, una incesante conmoción en todas las esferas sociales, una inquietud y movimiento constante..."⁵, termina también por socavar y destruir las viejas creencias sagradas del pasado, que llenaban de sentido la vida humana.

No es extraño entonces que tempranamente al interior de la propia modernidad surgieran fuertes críticas a sus resultados reales, generándose así corrientes alternativas que, en todo caso, no reniegan de la modernidad propiamente dicha, sino que más bien conforman alternativas dentro de ella. Pese a las apariencias en contrario, ese fue el papel del romanticismo, quien percibió la modernización del mundo "como escisión ontológica entre naturaleza y hombre, naturaleza mecanizada, desacralizada, perdida, melancolizable hasta lo mítico"⁶, no obstante lo cual representa, como lo subraya Casullo, "una desgarradora desesperación del presente, y no un simple reaccionarismo ideológico de amor al pasado, como con frecuencia se lo cataloga. Su discursividad parte de entender la modernidad como crisis de la historia del hombre, y por tanto, asume la crítica a esa modernidad, no su negación"⁷. El socialismo constituyó otro ángulo de enjuiciamiento de la modernidad desde su interior. En el pensamiento de Marx, la crítica de la modernidad originariamente se centra en la problemática de la alienación, es decir, en la temática de la falta de control del hombre sobre sus productos y, más aún, de su sometimiento por parte de ellos, lo que él veía ligado a la lógica de la producción mercantil (capitalista), con su correspondiente "fetichismo de la mercancía". De este planteamiento emana un intento de rescatar la modernidad mediante la superación de su base capitalista y burguesa por obra del proletariado, para así dar lugar a la sociedad sin clases y de la abundancia. Ésta habría de iniciar la verdadera historia del género humano mediante la reapropiación por parte del hombre de los productos de su trabajo, reconocidos como tales y sometidos a la satisfacción de sus necesidades mediante una gestión racional y planificada de sus fuerzas productivas. Finalmente, ello tendría como supuesto y resultado, una floración permanente e infinita de la individualidad.

Las corrientes irracionistas, asociadas principalmente a los nombres de Schopenhauer y Nietzsche aportaron otro ángulo de cuestionamiento a la modernidad, siempre desde su interior. Como respuesta a la masificación y a la nivelación formal de los hombres, y a su correlativo racionalismo, la crítica del irracionismo opone la voluntad de poder, lo instintivo, a cuyo servicio, aún sin saberlo, estaría la razón, planteamiento que luego, de alguna manera, vino a ser fortalecido por la reflexión sobre el subconsciente hecha por Freud. Por su parte Kierkegaard inicia una reflexión que coloca en el centro los problemas de la angustia,

⁵ Carlos Marx, *El Manifiesto del Partido Comunista* (Madrid, Ed. Sarpe, 1983), pág. 31.

⁶ Casullo, *op. cit.*, pág. 32.

⁷ Casullo, *op. cit.*, pág. 35.

la soledad del hombre y de la tragedia de la condición humana, que constituyen el punto de partida de lo que en el siglo xx será el existencialismo, reflexión que de una u otra forma respondía al vacío de la vida inherente a una modernidad que socavaba aceleradamente los mitos tradicionales que daban a aquella su sentido.

Pese a las críticas señaladas, y que reflejan otras tantas corrientes del pensamiento moderno, el original proyecto racionalista científico y de culto al progreso, continuó su ascenso y con el positivismo llega a su apogeo. A la pretensión de dominar la naturaleza se suma ahora la de generar una sociedad científicamente fundamentada (perspectiva que también es común al marxismo) que supere las lacras de la primera fase de la revolución industrial. La búsqueda de una racionalidad social, tarea heredada de la Ilustración, se asume ahora con una base más alta de conocimiento científico y técnico, y en Comte da lugar al surgimiento de la sociología.

La pretensión de esta nueva disciplina será la de servir "como planificación social, como búsqueda de los modos de optimizar el funcionamiento societal y hacer devenir el progreso"⁸. Pretenderá, en fin, contribuir al propósito de transitar desde la sociedad tradicional hacia la moderna, y una vez ya instalada ésta, a servir al estudio de sus equilibrios y a la detección de sus "anomias" con el fin de neutralizarlas. En este sentido, la sociología transita desde un esquema evolucionista a otro funcionalista, es decir, pasa desde una reflexión sobre el cambio social y su orientación tendencial (Comte), hacia un empeño por discurrir más bien en torno a las condiciones de equilibrio de la sociedad actual (Durkheim). Aquí se evidencia ya una función claramente conservadora, que es expresiva del triunfo del proyecto tecnológico moderno en su versión optimista y liberal y sus pretensiones de consolidarse definitivamente. La sociología aparece funcional a este proyecto.

Para Max Weber, el capitalismo es la única sociedad que representa el paradigma de una organización racional con arreglo a fines, tanto en la administración, en la política, como en la economía. Pero en Weber esta máxima racionalización no es necesariamente sinónimo de triunfo, sino que también presenta un lado sombrío, consistente en el aplastamiento del individuo por la burocracia que acompaña a toda organización racional. De este modo, la implementación del proyecto emancipador moderno, con su temática de la autonomía individual, gradualmente devendría en su contrario, es decir, en una nueva opresión. Así, la sociología, a la vez que expresa y celebra el triunfo del proyecto de civilización tecnológica moderna, en su versión liberal capitalista, en cierto modo, tempranamente también, anuncia su crisis.

Paralelamente, la crisis de la física de fines del siglo xix e inicios del xx comienza a resquebrajar el mundo de las certezas newtonianas. Las repercusiones en el plano de la filosofía no se dejan esperar: neokantismo, empiriocriticismo y

⁸Rodrigo Larraín, *De cómo la Postmodernidad impacta a la ciencia y a la religión*, en *CPU*, N° 68, pág. 20.

derrumbe de los determinismos. Conjuntamente, las certezas optimistas empezarán a dejar lugar a la incertidumbre.

En el plano político, la competencia por las colonias y por el dominio del planeta en que se hallan empeñadas las principales potencias europeas, al desembocar en la Primera Guerra Mundial, pone fin a las ilusiones en un mundo armónico que camina hacia un perfeccionamiento siempre creciente e ininterrumpido. Ahora el pesimismo se abre paso. Luego, las ideas sobre la decadencia se harán populares (Spengler), en tanto que sobre la ola de la crisis bélica y de sus resultados, se abrirán paso las corrientes modernas críticas del tronco liberal burgués hasta entonces hegemónico.

En este contexto, el proyecto emancipatorio moderno pareció por un momento pasar desde la burguesía liberal, decadente y portadora de sus propias opresiones, al proletariado socialista y comunista, destinado a verificar la emancipación final, no sólo de los oprimidos por el capital, sino luego, de toda la humanidad, a partir de las conquistas científicas y tecnológicas generadas por el propio capitalismo.

Pero el proyecto emancipatorio comunista desembocó rápidamente en el totalitarismo estalinista, con sus intentos de rehacer autoritariamente desde arriba al conjunto de la sociedad. Paralelamente, la crisis de 1929 terminaría por hundir al liberalismo, al tiempo que por otro lado se levantaban los fascismos. Éstos en lo fundamental, empalmaban con la corriente irracionalista de la cultura moderna (la voluntad de poder), destacando a la vez por llevar a la práctica, en aras de esa voluntad, la máxima racionalización concebible dentro del proyecto de civilización tecnológica del occidente moderno. En tal sentido, sobresale la perfección de una poderosa maquinaria bélica que se puso en acción durante la Segunda Guerra Mundial, unida a la industrialización de la muerte en los campos de concentración.

La experiencia de los totalitarismos vino a cuestionar radicalmente a la modernidad, precisamente, porque fueron expresión máxima de su ambición racionalizadora.

La segunda posguerra se abre con un panorama nuevo. Descartadas las utopías fascistas por sus resultados, las posibilidades de la superación del capitalismo se ven ahogadas en medio de la Guerra Fría y de la evidencia de que los regímenes del Este representaban nuevas formas de opresión, siendo prácticamente imposible su reforma desde dentro, a partir del punto de vista del propio ideal socialista, como lo demostrarían luego los casos de Hungría y Checoslovaquia.

En tanto, las transformaciones que el capitalismo ha venido sufriendo desde los comienzos del siglo se potencian a plenitud, traduciéndose en la constitución de gigantescas agrupaciones oligopólicas que operan a nivel mundial y que constituyen el capitalismo transnacional que se insinuaba desde los comienzos del siglo, pero que sólo ahora se convertirá en una realidad plena. Este capitalismo, pese a la revaloración del mercado que supone y a la renuncia que luego hizo de las regulaciones estatales que en un momento determinado utilizó, implica una super-racionalización de todo, sin lo cual no podría extender su acción a lo largo

y ancho del planeta. Desde este punto de vista, representa la realización plena del proyecto de civilización tecnológica de la modernidad. Pero, por otro lado, al mismo tiempo expresa la negación del proyecto emancipatorio moderno pues ya no requiere ni supone la existencia de un sujeto autónomo, racional y emancipador, sino que, por el contrario, necesita de una multitud de individuos programables y sin discernimiento acerca de los fines. Las ciencias de la conducta, entre otros mecanismos, sirven a los efectos de formar ese tipo de individuos.

Aparentemente lo que ocurre desde la década de los setenta en adelante es el triunfo del trono liberal burgués sobre las otras corrientes de la modernidad (como lo cree Fukuyama). Pero eso es verdadero sólo hasta cierto punto por cuanto este tronco, que reemerge como neoliberalismo o neoconservadurismo, ya no es el mismo, pues imperceptiblemente resultó metamorfoseado en un sutil totalitarismo, extraordinariamente suave, pero en esencia opresivo y que por su lógica interna, al menos por el momento, no es capaz de trascenderse, estando condenado a repetirse indefinidamente. Es en tal sentido que representa el fracaso del proyecto emancipador de la modernidad. Es la posmodernidad.

LA POSMODERNIDAD

De tal modo, la posmodernidad es un resultado de la modernidad, por un lado, en tanto heredera de su proyecto tecnológico de civilización, y por el otro, en cuanto respuesta desencantada al fracaso de su proyecto emancipador. Este tipo de sociedad encarna lo que denominaré totalitarismo suave, el cual, en todo caso, en ninguna parte está instalado a plenitud, no obstante que tiende a establecerse crecientemente. Bajo tal supuesto se expone la siguiente caracterización.

Lo particular de este totalitarismo, radica en que no se siente, al menos en sus centros más adelantados, pues el modo de vida que requiere y el dominio que supone se internaliza, y persuade mediante determinadas concesiones, esencialmente el acceso a ciertos consumos hechos posibles debido a la elevación constante de la productividad y la disciplina social que le es correlativa.

El poder se concentra en diversas elites: económicas, políticas, militares y de los medios de comunicación. Mediante las poderosas palancas que proporciona una tecnología siempre en rápido desarrollo, uniforma las mentes, los deseos y la vida de las multitudes.

En tal sentido, con toda razón Habermas señala que, en las sociedades contemporáneas, "el dominio manifiesto de un Estado autoritario se ve reemplazado por las coacciones manipulativas de una administración técnico operativa"⁹.

La base económica del totalitarismo suave es la sociedad informatizada, programada, que dispone de una alta tecnología y una ciencia operacionalizada. Esta economía opera a nivel mundial en el contexto de una interdependencia extraordinariamente alta, articulando a todo el planeta desde ciertos centros. Se trata, en fin, de un capitalismo transnacionalizado.

⁹Jürgen Habermas, *Ciencia y técnica como ideología* (Madrid, Ed. Tecnos, S.A., 1989), pág. 90.

En política el totalitarismo suave se caracteriza por dos fenómenos complementarios: por un lado la elitización de los poderes y, por el otro, la despolitización de los individuos, los que, vueltos hacia la vida privada, tienden a perder toda conciencia cívica, reemplazada por una cada vez más fuerte conducta conformista. De tal modo, "el pueblo", de detentador de la soberanía según la teoría política clásica moderna, deviene en espectador pasivo.

Como resultado de ello, la democracia pasa a ser concebida ya no como un sistema de participación de los ciudadanos en la determinación de las decisiones políticas de un Estado, sino que, por el contrario, se transforma en un mero mecanismo de legitimación del dominio de las elites. Por lo mismo, los "eventos" electorales, más que resolver sobre propuestas o proyectos alternativos razonados y debatidos, dirimen sobre cuales van a ser los equipos que han de asumir la administración del sistema y que tendrán que aplicar las soluciones técnicas aceptadas por el orden establecido y sus poderes invisibles. Por eso es que las decisiones sobre los grandes problemas se toman fuera de las instituciones representativas; éstas, en medida creciente, sancionan lo que los poderes elitarios ya han decidido en otro lugar.

En lo cultural, el totalitarismo suave, al sustraer de las personas el problema del sentido, reemplazándola por una oferta de distracciones, espectáculos, y la perspectiva de diversas metas económicas (posesión de bienes, niveles de ingreso, etc.), ha devenido en una crisis de valores y en un hedonismo extremo. Este hedonismo es correlativo a un vaciamiento de la existencia, la cual, por lo mismo, continuamente debe llenarse con nuevos espectáculos, sensaciones fuertes y otros mecanismos evasivos similares.

En lo referente a la ciencia, ésta aparece despojada de su sentido formador y humanístico que le era propio durante la modernidad ascendente. Junto con la tecnología, plenamente operacionalizada, se convierte en un instrumento más de la dominación de las elites, y a decir de Habermas, Marcuse y otros, como la ideología de ese dominio.

Correlacionado con la operacionalización de la ciencia y la tecnología y con su constitución en instrumentos del dominio, se ha producido una verdadera retirada de la epistemología crítica. En sí misma, la operacionalización de la ciencia y del conocimiento en general contiene una renuncia al discernimiento de su sentido y, por lo mismo, a una verdadera actitud crítica. En consecuencia, a diferencia de la modernidad, el saber ahora asume más bien un papel funcional.

En el plano teórico ello se refleja en el ataque sistemático a los pilares de la episteme moderna, como son los conceptos de totalidad y de *logos*. El lugar dejado por un enfoque basado en estos conceptos pasa a ser ocupado por algo así como un ideal de saber disperso y, en el terreno de las ciencias humanas, —aparte de instrumentalizado (ciencias de la conducta, sociología industrial, artes de la comunicación, etc.)—, centrado en lo único y en el rechazo a todo enfoque estructural y global que muestre el sentido de las cosas. En esta misma dirección se encamina el cuestionamiento a las utopías y la renuncia a ellas por principio.

En estrecha relación con la renuncia y el rechazo de toda utopía, emerge la concepción según la cual lo existente es lo único posible y, más aún, que el futuro

mismo no sería otra cosa que una variación dentro de los parámetros actuales. Es ésta la temática del fin de la historia conceptualizada por Francis Fukuyama.

Por último, debe destacarse la gigantesca capacidad cooptativa de la sociedad posmoderna. En la transición entre modernidad y posmodernidad integró a su seno mediante el *Welfare State* al proletariado y a su principal expresión política en Occidente, los partidos Socialistas y Socialdemócratas. Durante la década de los ochenta terminó por captar al grueso de la intelectualidad. Con el derrumbe del comunismo, que constituía un totalitarismo alternativo, pero primitivo y tosco, —carente de sutileza e incapaz de aumentar la productividad y la riqueza más allá de ciertos límites—, el totalitarismo suave propio de la sociedad posmoderna quedó dueño de todo el campo. Sus críticos principalmente están enraizados en algunos de los sectores marginales de la sociedad y, a diferencia de lo que pensaba Marcuse, han mostrado no tener ninguna capacidad para crear opciones alternativas viables.

En resumen, el paso de la modernidad a la posmodernidad consiste en un cambio económico, social y político en dirección a un tipo de sociedad que ya no requiere la utopía de un sujeto emancipado, sino más bien necesita de individuos programados, convertidos en espectadores y consumidores según las necesidades de los grandes poderes de las elites económicas, militares y controladoras de la comunicación. Éste es el mundo del totalitarismo suave.

EL POSMODERNISMO COMO CULTURA DE LA POSMODERNIDAD

Del mismo modo como en la modernidad es posible distinguir distintas corrientes que se critican y oponen mutuamente, la posmodernidad en su seno produce tanto sus corrientes apoloéticas como sus tendencias críticas. Es en tal sentido que hemos distinguido el neoconservadurismo del posmodernismo crítico, o anárquico, como lo denominan otros.

La corriente neoconservadora representa la apología de la posmodernidad en tanto capitalismo tardío, o capitalismo transnacionalizado. Confía en que la revolución científica y tecnológica resolverá todos los problemas inherentes a este tipo de sociedad. En tal sentido, idealiza la tecnología e instrumentaliza a la ciencia, a la par que sostiene que en cierto sentido el futuro ya llegó.

Por otro lado, considera que la búsqueda de satisfacción de las necesidades que el sistema programa en los individuos equivale a la libertad de éstos para elegir y que, a la par, el consumo requerido por el aparato de producción capitalista transnacionalizado es, respecto a los individuos, sinónimos en sí mismo de bienestar. Del mismo modo estima que el giro hacia la vida privada y la condición de espectadora de la gente, ajena hacia la "cosa pública" monopolizada por elites especializadas, es el resultado de un desarrollo positivo, pues implica colocar en el centro el concreto bienestar de cada cual, el que por su naturaleza misma sería en lo esencial realizable sólo en la esfera privada. Lo público nunca podría ser más que un medio para garantizar a ésta última.

Sin perjuicio de lo anterior, el problema de la carencia de sentido derivada de un hedonismo extremo no se le escapa a los neoconservadores. De tal modo,

el desafío que se les plantea es generar una base ética, filosófica, que dé sentido a su proyecto consumista de civilización tecnológica. Y en este orden de cosas muchos neoconservadores miran hacia la religión. Incluso, en tal perspectiva es posible vislumbrar una especie de alianza entre el neoconservadurismo y los sectores católicos más conservadores, en el marco de una nueva cruzada reevangelizadora del mundo, que aspira a convertirse en una recristianización del capitalismo tardío.

Por otra parte, el neoconservadurismo posmoderno como tal no se siente cuestionado por la crisis ecológica y por el abismo creciente de las sociedades opulentas respecto al Tercer Mundo. No es que dichos problemas no lo interpeleen, pero la solución a ellos la ve ligada a la realización de programas técnicos, estrechamente vinculados a la extensión y aplicación plena en los países del Tercer Mundo, de los esquemas y de la lógica del capitalismo transnacionalizado que él mismo encarna.

El enorme papel que los neoconservadores le atribuyen a las ciencias y a la tecnología va asociado a un concepto instrumentalizado de éstas, y a una epistemología que se concilia bien especialmente con el neopositivismo. Éste, como es sabido, renuncia a los problemas de la obtención de la verdad, a la que considera como una mera convención que permite explicar fenómenos, o a un consenso entre los científicos sobre un determinado problema.

Por último, hay que decir que pareciera que para los neoconservadores la lucha contra la epistemología moderna, especialmente contra el concepto de totalidad y sus inherentes visiones de conjunto, sigue siendo una tarea vigente. Lo que se juega al respecto es el renacimiento posible de una cultura crítica que replantee el problema de la emancipación. Tradicionalmente, las visiones globales, han tendido precisamente a otorgar el marco ético y conceptual a la mayor parte de los planteamientos críticos y emancipadores. Herbert Marcuse en su libro *El miedo a la libertad*, ya hace muchos años señalaba que uno de los modos de "paralizar la capacidad de pensar críticamente lo hallamos en la destrucción de toda imagen estructurada del mundo"¹⁰. Y éste es precisamente uno de los empeños más permanentes del posmodernismo, particularmente de su versión neoconservadora.

A diferencia de los neoconservadores que consideran que en lo esencial las posibilidades de la modernidad se han realizado para bien en la sociedad presente (es decir, en la posmodernidad), la corriente crítica del posmodernismo está lejos de todo optimismo. Su estado de ánimo es sobre todo de desencanto, pero no sólo en relación a la modernidad, sino que también frente a la sociedad actual, respecto de la cual sienten un malestar. Como lo reseña Rodrigo Larraín, en esta corriente del posmodernismo no "hay un proyecto emancipatorio, pero hay crítica y rebeldía hacia las consecuencias indeseables de la sociedad moderna final, la postmoderna. La crítica al armamentismo, a la discriminación sexual, a la contaminación y al daño ecológico, a los accidentes nucleares, a la burocratiza-

¹⁰ Herbert Marcuse, *El miedo a la libertad* (B. Aires, Ed. Paidós, [1959], pág. 273.

ción extrema, a la enajenación, etc.”¹¹. A lo anterior, agréguese la preocupación por la ecología y la protección del medio ambiente.

Pese a su carácter crítico, esta corriente posmoderna rechaza a la vez a la izquierda tradicional, a la que considera “retro” y expresión de aquella modernidad de pretensiones omnicomprendivas que a partir de reduccionismos simplificadores, confía en mañanas “luminosos” que no son sino envolturas de proyectos burocráticos y totalitarios. En tal sentido, cree comprender las complejidades más profundas de la sociedad actual y estar en mejores condiciones para darles una respuesta. Con Foucault, considera que la dominación nunca es un fenómeno total, que hay “pliegues” de la sociedad en que ella no puede entrar. Y es precisamente aquí donde aspira a instalarse, construyendo espacios de libertad a partir de un movimiento contestario basado en nuevos sujetos.

Esta corriente del posmodernismo no aspira a ir más allá de lo anterior, es decir, no propone una nueva utopía, pues, como todo posmodernismo, manifiesta una desconfianza congénita por los proyectos al estimar que el futuro es esencialmente incertidumbre, resultado de efectos no deseados, más que materialización de una construcción deliberada. Lo planeado por los hombres, en efecto, nunca resultaría, dando lugar frecuentemente a la antípoda del ideal, en mayor medida cuando éste pretenda ser más abarcador y total.

De tal modo, esta corriente del posmodernismo no pretende producir una transformación radical de la sociedad y, en la práctica, no propone un proyecto diverso (en cuyo caso sería una variante de la modernidad). Quizá pueda decirse que representa una especie de rebeldía testimonial frente a una realidad que no presenta alternativas de cambio y superación. Esto no permitiría considerarla como una expresión de la sociedad posmoderna, es decir, de una sociedad muy poderosa que constituye un sutil y suave totalitarismo, el que solazándose en el apoteosis de un presente que al futuro se repetiría con variantes secundarias, incluso ha destruido las potencialidades transformadoras de la propia crítica que nace en su suelo.

LAS INCONGRUENCIAS DEL POSMODERNISMO

El posmodernismo presenta algunas incongruencias que fácilmente saltan a la vista. La primera de ellas se refiere a su rechazo y desconfianza respecto a la razón en circunstancias que no renuncia a uno de sus productos principales, como es la tecnociencia. Planteado desde otro punto de vista, resulta que el posmodernismo en tanto negación de la modernidad, no puede renunciar a la lógica tecnocientífica que le subyace. Esta contradicción algunos pretenden salvarla sosteniendo que el posmodernismo es un tipo de modernismo, en este caso, un modernismo desencantado.

Al menos, respecto al posmodernismo neoconservador, se podría decir, por tanto, que constituye una negación puramente parcial de la modernidad, más

¹¹Larraín, *op. cit.*, pág. 23.

concretamente aún, una negación de sus utopías emancipatorias, pero recepcionando a plenitud su lógica tecnocientífica, con todas las consecuencias alienantes que ella implica si queda liberada del componente ético y humanista que le señalaba los fines.

El posmodernismo neoconservador, en consecuencia, aparece como un heredero de la modernidad, cuyas potencialidades dice realizar, aunque evidentemente no en el terreno de los fines, sino más bien en lo que se refiere al proyecto de civilización tecnológica que contiene. Por tanto, es posible pensar que esta subyacente falencia de sentido constituye desde ya en él un elemento de profunda crisis.

Por su parte, la corriente posmodernista crítica, que no idealiza en absoluto las posibilidades de la tecnociencia, para ser plenamente coherente consigo misma debiera propugnar una vuelta a la naturaleza, una renuncia a la sociedad industrial o tecnificada del capitalismo tardío, lo que implicaría una negación hasta las últimas consecuencias del proyecto de civilización tecnológica generado con la modernidad. Sin embargo, con la excepción de ciertos grupos de ecologistas radicales muy minoritarios, no ha procedido así. Esto quizá sea demostrativo de que su suelo natural es la sociedad del totalitarismo suave.

EL DEBATE SOBRE EL POSMODERNISMO EN CHILE

En Chile, la recepción del posmodernismo y su correspondiente debate ha estado hasta cierto punto más cercano a la política que a la cultura. En efecto, quienes inicialmente recibieron con más interés esta temática fueron ciertos grupos de intelectuales que durante la década de los sesenta habían estado situados en posiciones radicales, luego de haber asumido los paradigmas althusserianos e ingresado a la política activa como expresión de consecuencia intelectual. Ello, en el marco del agotamiento y crisis del anterior patrón de acumulación capitalista (caracterizado por la industrialización sustitutiva, el proteccionismo, el Estado empresario, etc.).

No es extraño —a partir de la estrecha vinculación entre teoría y práctica que suponía la opción tomada por esos intelectuales— que los desenlaces de los conflictos políticos y sociales verificados a comienzos de la década de los setenta, así como también la subsiguiente consolidación del modelo neoliberal que implicó la superación del anterior patrón de acumulación capitalista, los condujera a una profunda crisis de proyecto, a un cuestionamiento radical de sus certezas y paradigmas.

En ese sentido, la temática posmodernista vino frecuentemente a proporcionarles herramientas conceptuales útiles a los fines de llevar a cabo una crítica radical a su conciencia teórica anterior. Ciertamente que tal operación crítica se había iniciado ya con mucha antelación, en gran medida a través de la recepción del pensamiento gramsciano. Sin embargo, éste se demostró insuficiente para tales efectos, pues se mantenía dentro de los marcos de una opción de perspectiva anticapitalista, cuestión que dichos intelectuales empezaron a sentir anacrónica

en la medida que el capitalismo se fortalecía en el mundo y ganaba la partida frente a todos sus rivales.

De allí, pues, la estrecha vinculación verificada entre la recepción de los tópicos posmodernistas y la política. En este orden de cosas, tales grupos de intelectuales emplearon la crítica a la modernidad propia del posmodernismo con el fin de dar por superados los paradigmas modernos del cambio social, y por esa vía, a sus utopías correlativas, que eran precisamente las que ellos habían asumido durante los años sesenta.

Es dentro de ese contexto que Norbert Lechner se plantea la pregunta sobre si "se ha agotado el impulso reformador de la modernidad". Su respuesta es que "de ser así, ese desencanto llamado posmodernidad podría ser el punto de partida para repensar la política en América Latina"¹². Este repensamiento, al que le supone una apertura a la creatividad política, debiera partir, no obstante, de una premisa básica, a saber, que "nuestra época se caracteriza por un recelo frente a todo tipo de metadiscurso omnicompreensivo. Esta desconfianza—agrega—nace de una intención antitotalitaria"¹³.

Las definiciones gnoseológicas y metodológicas del posmodernismo se aplican en este discurso, de inmediato a la política. Así, del rechazo del concepto de totalidad racional y de los enfoques monistas, se concluye en el rechazo a la revolución antaño proclamada. "Si la visión monista tiene como consecuencia una estrategia revolucionaria—dice Norbert Lechner—, a la inversa, cuando la cultura posmoderna abandona la idea de una racionalidad única a la vez renuncia a una estrategia de ruptura. En realidad—concluye—si consideramos que el proceso social está cruzado por diferentes racionalidades, su transformación ya no puede consistir en 'romper con el sistema', sino en reformarlo"¹⁴.

En una línea similar, Eduardo Sabrovsky, por su parte, plantea el problema de "la crisis de las certezas heredadas", llevando a cabo una "crítica de la razón utópica", la que, a su juicio, "seducida por el espejismo que ella misma instaura (es decir, concebir la historia como tendencia a la realización de la utopía o como desviación) es impotente para aprehender la verdadera sustancia de los procesos históricos"¹⁵. Por otra parte, la concepción de lo social como totalidad, propio de la razón utópica, se traduce a juicio de Sabrovsky "o bien en la legitimación de la coerción o bien en impotencia para pensar la propia historia"¹⁶. La conclusión a que se llega es que "la crisis de la idea de revolución—de la cual la razón utópica no es más que un síntoma—debiera dejar paso a la idea de reforma", de modo que "bajo esta óptica, el discurso político por excelencia no es ya la utopía, sino el programa"¹⁷.

¹²Norbert Lechner, *Un desencanto llamado posmoderno* (Santiago, FLACSO, 1988), pág. 3.

¹³Lechner, *op. cit.*, pág. 3.

¹⁴Lechner, *op. cit.*, pág. 32.

¹⁵Eduardo Sabrovsky, *Hegemonía y racionalidad política* (Santiago, Ed. del Ornitotrinco, 1988).

¹⁶Sabrovsky, *op. cit.*, pág. 50.

¹⁷Sabrovsky, *op. cit.*, pág. 59.

Pedro Morandé, en cambio, asume la crítica de la modernidad y los intentos de su implantación en América Latina, desde el punto de vista de una especie de neocatolicismo¹⁸. A su juicio, la racionalidad formal traída por el racional iluminismo ha fracasado en nuestro continente por cuanto ha ignorado las realidades culturales de éste, devaluadas bajo el concepto de "sociedad y cultura tradicional", que pretende ser superada precisamente por una modernidad a implantar. En esta empresa de modernización coinciden, a su juicio, tanto la sociología norteamericana como el marxismo, cada una con sus propias categorías y sus diferencias específicas. Su fracaso es el de la ingeniería social y del desarrollismo, cuyos portadores ha sido una "élite culturalmente alienada de América Latina". A tal élite Morandé opone a "una masa (latinoamericana) auténtica en sus tradiciones", cuyo *ethos* cultural radica en la "religiosidad popular" (el barroco) y sus "sistemas simbólicos", ahora en proceso de ser rescatados por la Iglesia Católica latinoamericana a través de "un complejísimo proceso de autoconciencia histórica... (y de) vuelta a sus raíces"¹⁹.

Como resultado de este análisis, Morandé plantea como objetivo la "superación del desarrollismo neomodernista mediante la comprensión de su historicidad, comprensión que se hace posible sólo por el reencuentro con el *ethos* particular de las sociedades latinoamericanas"²⁰.

José Joaquín Brunner lleva a cabo una crítica a las utopías, y al tipo de política que le es correlativa, desde el punto de vista de la cultura y su revalorización. A su juicio "la sociedad heroica de la política nos quita el aliento y no nos permite tomar la distancia necesaria para reflexionar y descubrirnos contrahechos, deformes, disparatados en el espejo trizado de nuestra cultura. Preferimos vernos con los ojos de la política y su secuela de ideologías e ideologismos"²¹.

Al mismo tiempo, Brunner rechaza las racionalidades totalizantes que desconocen la heterogeneidad cultural de nuestro continente, en el que cree ver un "posmodernismo *avant la lettre*" contra el cual se han estrellado los proyectos de la modernidad.

A propósito de su crítica a la política ideologizada, que fue tan típica de las décadas pasadas, José Joaquín Brunner propone un concepto distinto de ella. "El 'desencantamiento' del poder y con el poder -dice- pasa en América Latina, necesariamente, por una desdramatización de la política; por una reducción de sus aspectos simbólico-expresivos y un aumento de las capacidades instrumentales de su gestión; por una pérdida del aura ideológica en favor de los intereses prácticos de los actores que se encuentran y desencuentran en el mercado político; en fin, por una mayor autonomía de la política, por su diferenciación y especialización. Lo anterior significa, claro está, que la política renuncia a consti-

¹⁸Pedro Morandé, *Cultura y modernización en América Latina*, en *Cuadernos del Instituto de Sociología* (Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1984), pág. 129.

¹⁹Morandé, *op. cit.*, pág. 130.

²⁰Morandé, *op. cit.*, pág. 26.

²¹José Joaquín Brunner, *Un espejo trizado* (Santiago, FLACSO, 1988), pág. 9.

tuir identidades sociales, reservándose para sí sola el terreno más frío de las cambiantes lealtades políticas; que pierde en parte su carácter 'movimentista' para reducirse a los partidos que son 'organización y programa', pero no comunidad de existencia y ordenador ideológico trascendente de la sociedad; que ya no proporciona referencias de certidumbre y compromisos con fundamentos, limitándose a procesar las incertidumbres dentro de un juego de reglas pactadas; que se retira de las cumbres excepcionales de la revolución o de la restauración para asumir, en un mundo desencantado y una realidad sin demasiadas ilusiones, el terreno de la administración de unos medios escasos, de la negociación entre fuerzas en conflicto, de la persuasión de un público de ciudadanos que van y pasan"²².

En resumen, todos estos puntos de vista evidencian una ruptura definitiva y tajante con los paradigmas y utopías asumidos durante los sesenta. En consecuencia, vienen a representar el cierre de un ciclo y la apertura de otro. Contrariamente a lo que en un momento se pudo haber pensado, de aquí no salió una corriente posmodernista crítica ni anarquizante posesionada sobre un terreno que implicaría un rechazo del Estado desde una sociedad civil vigorizada, sino que más bien emergió un discurso legítimamente de la integración a los aparatos que administran a una sociedad capitalista tardía en su versión tercer mundista, como es la nuestra.

Por otra parte, la eventual opción, representada por una especie de posmodernismo anarquizante y marginal, no se ha potenciado en el país, como no sea mediante manifestaciones limitadas (grupos de contra cultura, basistas, e incluso *trashers*, *punks*, etc.). Pero posiblemente en el futuro tienda a crecer, especialmente, entre los grupos de la juventud que se inclinan hacia la condición de "no estar ni ahí".

También hay que tomar cuenta de la recepción del posmodernismo en su versión neoconservadora o neoliberal, que en buena parte, a través del cuerpo "Artes y Letras" de *El Mercurio*, ha difundido el pensamiento de distintos autores en orden a revalorizar lo insondable, lo religioso (que conlleva la búsqueda de sentido para la sociedad actual), etc., frente a lo "racional totalitario" y a los proyectos de ingeniería social correlativos. Respecto a esto último, véase, por ejemplo, la importancia dada a la crítica de la Revolución Francesa, a propósito de sus doscientos años en 1989, o la amplitud del análisis del fracaso del experimento soviético, todo en el marco de la apoteosis del esquema de la economía de mercado y de los avances de la tecnología que le son inherentes.

Sin perjuicio del peso predominante que la recepción de la posmodernidad ha tenido a través de las corrientes señaladas, sin duda, que en las disciplinas académicas se está produciendo también una reflexión con categorías posmodernistas que, especialmente en el campo de las ciencias humanas, pronto tendrá que dar sus resultados.

En este contexto hay quienes consideran que nuestra cultura, al acoger bajo una u otra forma al posmodernismo, está liberándose de viejos y agotados moldes

²²Brunner, *op. cit.*, págs. 230 y 231.

que la esterilizaban, proporcionando un renovado campo a una creatividad más plena y llena de sentido estético. Otros, estiman que una vez más estamos en presencia de la asunción acrítica de una moda intelectual gestada en Europa y en los Estados Unidos. Por nuestra parte podríamos dejar planteada la interrogante sobre si la recepción del posmodernismo en Chile no estará más bien siendo el reflejo de la instalación gradual del totalitarismo suave en nuestro país.

En todo caso, el debate, hace tiempo ya, está abierto.

CONCLUSIÓN

A modo de conclusión provisoria podemos hacer la siguiente consideración final. Si se mira hacia el pasado, se comprobará que el mundo premoderno estaba lleno de sentido, cuestión derivada de su cosmovisión religiosa, basada en incuestionables absolutos. El mundo moderno despuntó cuestionando esos absolutos ultraterrenos y proponiendo utopías terrenales, que derivaron en nuevos absolutos, totalitarios o no. La segunda mitad del siglo xx asiste al agotamiento de los absolutos de la modernidad y, por tanto, de sus ideologías correlativas. Se generó así un paulatino vacío, muchas veces desencantado. Allí se fue instalando la posmodernidad, la que finalmente terminó, de una u otra manera, siendo la expresión apologética o crítica, pero desde su interior, de una especie de sutil totalitarismo suave, que terminó por absolutizar el presente (el fin de la historia).

No obstante, dicho presente, a su modo, es opresivo. De allí que todo indica que en lugar de la apología neoconservadora de este orden de cosas, o del nihilismo testimonial propio del posmodernismo crítico, debiéramos volver la vista hacia la modernidad, la que, como bien lo señala Marshall Berman, "no es un monolito cerrado, incapaz de ser moldeado o transformado por el hombre moderno"²³.

En un mundo que ha perdido el sentido de su existencia, que ha devenido en la extraordinaria potencia de unos medios sin fines, la necesidad del renacimiento de la utopía aparece incuestionable; en todo caso, utopía abierta, plural, reformulable constantemente, crítica de sí misma y, en fin, ajena entitativamente a todo totalitarismo. Y en esa perspectiva, la modernidad, especialmente la temprana, inevitablemente tendrá que servir de inspiración, no para repetir soluciones del pasado, sino para construir los humanismos inéditos del futuro en correlación con los cambiantes procesos del presente.

²³ Marshall Berman, *Brindis por la Modernidad*, en Casullo, *op. cit.*, pág. 76.

RECEPCIÓN, PRODUCTIVIDAD Y EXPATRIACIÓN. INFLUENCIA ANGLO-FRANCESA EN EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE VENTURA MARÍN*

Cecilia Sánchez G.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

El objeto de leer a Ventura Marín, en cuanto filósofo chileno del primer tercio del siglo pasado, obedece, por mi parte, a un doble tipo de intereses. El primero de ellos dice relación con la pregunta por su filiación filosófica, esto es, por el espacio discursivo "en" y "desde" el cual él pensó, ello en el entendido de que Ventura Marín no fue un autodidacta, es decir, su verdad filosófica no fue comunicada en una "exterioridad salvaje", sino que sus proposiciones cumplieron con las exigencias requeridas para estar "en" la verdad, exigencias que Foucault entiende reguladas por un principio de "control" en la producción del discurso, pues, de no ser así, se está en la creencia, en la opinión sin memoria y sin tradición¹.

Este primer interés es, como se ve, de carácter "institucional"². Me interesa preguntar por el aporte a la filosofía nacional que dicho autor hizo. No obstante su gran contribución, como se verá, este pensador ha sido objeto, como muchos, de un largo olvido. La falta de atención a la que se han visto condenados los pensadores nacionales se debe, en gran parte, a una suerte de conciencia adánica incubada en Chile, conciencia que carece del valor de la pertenencia, de la memoria, y cree así ingenuamente que todo comienzo es fundacional, esto es, original.

Con todo, no se crea que el pensamiento de Marín representa hoy una especie de "residuo"; que estemos en presencia de una mera reliquia frente a la cual cabría aproximarse con un interés de historiador. Marín es uno de los primeros eslabones en la instalación de una filosofía institucional ligada al Estado en la posindependencia. Él formó parte del proyecto que hizo de la filosofía un elemento de "apoyo" en la formación del ciudadano moderno, momento en que Chile comienza a disociarse entre un pensamiento ligado a los dogmas de la fe,

*Este trabajo ha contado con el apoyo del Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (FONDECYT) durante el año 1992.

¹M. Foucault, *El orden del discurso* (Barcelona, Tusquets Editores, 1983), págs. 30 y 31.

²Nuestra idea de "institución" es que es imposible disociar, como se ha hecho hasta ahora, el trabajo filosófico de una reflexión sobre sus condiciones político-institucionales. Esta reflexión es inevitable y nunca es completamente exterior a la enseñanza y al pensamiento que determinadas condiciones generan.

como es el aristotélico-tomista, dominante en las instituciones escolares, y su nueva adscripción a la *ratio* moderna.

Dentro de esta dimensión, contemporáneo de Marín fue Andrés Bello, su único comentarista. Por su intermedio, hemos conocido el empirismo, el utilitarismo y el aclécticismo, pero hemos ignorado cuán importante fue, primero para Europa y luego para Hispanoamérica, el sensualismo, del cual fue suscriptor Marín en un comienzo, pensamiento que coloca al hombre en una esfera terrena. Este pensamiento, poco antes que en Chile, fue objeto de enseñanza oficial en Bolivia y Argentina, países a los cuales conmovió por sus efectos políticos como continuación de las ideas enciclopédicas bajo cuyo signo se inspiró la independencia de América del Sur.

Al igual que Bello, Marín se desplazó hacia una posición ecléctica inspirada en Víctor Cousin, quien funde el sensualismo y el espiritualismo en un sistema único y lo hace objeto de una enseñanza oficial en Francia tras la Restauración.

Tenemos así, en Marín, un valioso antecedente de la configuración institucional de la filosofía en Chile, debido a que éste, a petición del gobierno de la época, les da a tales estudios un lugar programático en el Instituto Nacional.

En un orden diferente, el segundo interés que para mí tiene Marín es el de permitirnos reflexionar acerca del carácter "receptivo" de su obra respecto de la filosofía anglo-francesa, recepción que aquí elaboraré sobre la base del aporte que ofrece Gadamer y Ricoeur desde el punto de vista de la hermenéutica. Como complemento, tomaré en cuenta la reflexión de Derrida en torno al concepto de "traducción", categoría indispensable para conceptualizar nuestra condición de lectores del pensamiento europeo.

PRODUCCIÓN Y EXPATRIACIÓN DEL SENTIDO FILOSÓFICO

En primer término, se trata de ligar la noción de "recepción" a aquella de "comprensión" estipulada por la hermenéutica, pues contrariamente a la opinión del romanticismo, que piensa la comprensión como la reproducción de un original³, lo que se busca como sentido de un texto está determinado también por la situación histórica del presente, por tal motivo, dicho sentido no es sólo reproductivo, sino que es, a la par, "productivo"⁴. Con ello quiero decir que la comprensión efectuada por Marín de la filosofía anglo-francesa comprende, a su vez, su lugar y su propia situación histórica, desde tal lectura situada obtiene Marín su sentido productivo, pues —según Gadamer— se comprende no mejor ni peor, sino sólo de un modo diferente⁵.

La premisa hermenéutica mencionada también es válida para mi propia operación de lectura, debido a que la lejanía en el tiempo respecto al de Marín no es un "abismo" que deba ser superado, es decir, sería ingenuo de mi parte querer desplazarme al espíritu de su época negando los intereses y necesidades del presente. A la inversa, Gadamer postula dicha distancia como constitutiva de

³G.H. Gadamer, *Verdad y método* (Salamanca, Ediciones Sígueme, 1984), pág. 366.

⁴*Ibid.*

⁵*Op. cit.*, pág. 367.

la comprensión, esto es, como una posibilidad positiva y creativa del acto de lectura. De modo que, en rigor, el objeto de este escrito no es el pensamiento de Marín, sino la "unidad" de mi presente con el suyo. El horizonte desde el cual pretendo aproximarme a dicho autor viene dado por una pregunta que quiere saber sobre las condiciones de posibilidad de la filosofía en aquella época, pregunta que indaga acerca de la legitimidad y el lugar ocupado por la filosofía en ese momento. Tal pregunta se hace a la luz del horizonte institucional actual puesto que conociendo el horizonte propio es posible aproximarse, sin enajenarse en la individualidad de otro hombre o texto, a su "alteridad"⁶.

Así, dado que, respecto del discurso escrito, la hermenéutica actual arranca del supuesto de que la intención del autor y el sentido del texto dejan de coincidir: el autor no puede ya auxiliar a su discurso como sí puede hacerlo respecto del discurso oral, el sentido queda abandonado a la suerte de los auditores anónimos que han llegado a ser sus destinatarios. Tal es mi situación con respecto a Marín, la misma, por lo demás, que él mantiene con respecto a la filosofía sensualista y espiritualista. En tanto destinatarios de un texto, lo que producimos es, pues, un nuevo acontecimiento de sentido. Es lo que Heidegger llamaría "mundanización del comprender": lo no dicho por el texto es una proyección indicada por el propio texto⁷.

Nuestra hipótesis sobre la recepción productiva del pensamiento filosófico de Marín queda así apoyada epistemológicamente por la hermenéutica. Sin embargo, la idea productiva de la comprensión cabe acompañarla con el concepto de "traducción" utilizado por Derrida en su libro *Du droit à la philosophie*⁸.

En dicho texto, Derrida entiende a la filosofía como una experiencia que para ser tal comienza por "ex-ponerse", lo cual es equivalente a un "ex-patriarse". Desde esta perspectiva, la filosofía no tiene un lugar natural u originario. De allí que para él la noción *droit* tenga una dimensión topológica e institucional, esto quiere decir que el lugar geográfico y su forma de enseñanza no son externos al acto de filosofar.

Respecto de la "lengua" de la filosofía, Derrida cuestiona su ligazón inamovible con una lengua natural, criticando el eurocentrismo heleno-germano, presente en ciertos autores alemanes, especialmente en Heidegger, puesto que es parte de la vida de la filosofía la experiencia de la traducción fuera o dentro de una misma lengua. No obstante, el "discurso" como tal es siempre "individual" y se resiste a la traducción. Así, el acto de Descartes de escribir el *Discurso del método* en francés y no en latín es equivalente, como gesto institucional y político, al gesto de Marín de escribir en español y no en latín, hecho que, como se verá, quiere confirmar, por una parte, la universalidad del discurso filosófico y que también, por otra, quiere hacer de la filosofía un acontecimiento estatal. El fondo de esta cuestión reposa sobre un hecho que es político: la oposición entre la lengua de la ley (Iglesia) y la lengua nacional (Estado).

⁶Gadamer, *op. cit.*, pág. 375.

⁷P. Ricoeur, *Texto, testimonio y narración* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1983), pág. 105.

⁸J. Derrida, *Du droit à la philosophie* (Paris, Galilée, 1990).

Es así como toda traducción implica una *translatio* de la que hay que hacerse cargo, pues va de un origen a un no origen que le resiste. Es sobre esa *translatio* no asumida que reposa el discurso receptivo de Marín y, por cierto, toda nuestra filosofía institucional hasta hoy.

MODERNIZACIÓN DE LOS ESTUDIOS FILOSÓFICOS EN CHILE

Con la adopción del esquema trazado por la filosofía experimental, cuyo representante máximo es Bacon, los escritos de Ventura Marín propician la innovación de los estudios filosóficos en Chile.

Desde un punto de vista institucional, aquella innovación se encuentra en el origen de un nuevo tipo de relación entre la filosofía y el poder político; el Estado se ha convertido ahora en su guardián y tutela su desarrollo⁹. En el período colonial, como se sabe, todo el aparato escolar se encontraba en poder de la Iglesia. Hasta bien entrado el siglo XIX, aquella entidad se encargó de dirigir el destino político y cultural del país. En el ámbito filosófico, el pensamiento hegemónico era el aristotélico-tomista. El latín y la filosofía, empero, sólo eran ramos accesorios, pues únicamente contribuían a explicar la teología dogmática¹⁰. De allí el cometido de Marín de "sacar nuestros estudios de la valla en que los tenían aprisionados los hábitos del escolasticismo y ponerlos al nivel de los que se cursan en las principales universidades de Europa"¹¹.

En la esfera educacional, el Instituto Nacional, cuya fundación, en 1813, no estuvo exenta de contracciones (fue colegio civil y seminario hasta 1835), propiciará una cultura de carácter republicano. Ventura Marín, alumno y luego profesor de francés y de filosofía en dicho establecimiento, fue uno de los primeros herederos de aquella reciente tradición. Dicho Instituto impartía gratuitamente una enseñanza secundaria y superior, con la finalidad —según sus fundadores— de formar eclesiásticos, ciudadanos, magistrados, naturalistas, y a todos quienes quisieran dedicarse a las artes, la industria o el comercio¹².

A grandes rasgos, tal era la configuración cultural que le correspondió vivir a Marín. Con todo, cabría agregar aún un último antecedente, sin el cual podría resultar incomprensible el origen de algunas de sus inclinaciones e iniciativas filosóficas. En el período en que Marín comenzó a desempeñarse como profesor, asumió el cargo de Rector del Instituto Nacional el ingeniero francés Carlos Ambrosio Lozier. Este primer Rector extranjero se preocupó especialmente de profundizar, con métodos prácticos y modernos, el estudio de las matemáticas. Estimuló, asimismo, el estudio de las letras mediante la creación de una sociedad literaria. En aquella sociedad, a la que por cierto perteneció Marín, así como su

⁹Tras la Independencia en 1810, el nuevo Estado chileno disputará a la Iglesia el control institucional de la nación.

¹⁰Véase Domingo Amunátegui Solar, *Los primeros años del Instituto Nacional* (Santiago, Imprenta Cervantes, 1889), pág. 5.

¹¹Ventura Marín, *Elementos de la filosofía del espíritu humano* (Santiago, Imprenta de la Independencia, 1834), Prólogo, pág. 1.

¹²Amunátegui, *op. cit.*, pág. 169.

colaborador en las materias filosóficas, José Miguel Varas, Lozier dio a conocer diversos libros franceses de filosofía, gramática y ciencia¹³. De dicho contexto arranca la orientación filosófica asumida por nuestro autor, en cuyo espíritu de modernidad se comenzó a gestar el proyecto político y cultural del país.

Luego de tales antecedentes, cabe preguntar en qué consistió la innovación introducida por Marín en el muy reducido espacio filosófico existente en Chile durante esa época.

LA LENGUA VULGAR Y LA UNIVERSALIZACIÓN LAICISTA DE LA FILOSOFÍA

En sus dos libros, escritos en colaboración con José Miguel Varas, *Elementos de Ideología* (1830) y *Elementos de la filosofía del espíritu humano* (1834), Marín destaca un gesto que me parece digno de considerar aquí: el señalado en el primero de sus libros como un importante servicio a la filosofía, realizado por Cristiano Tomasius, al enseñarla en lengua vulgar, "sujetándola de este modo —dice Marín— al juicio de todos los hombres, al sentido común, cuya decisión se había sustraído por tantos siglos"¹⁴. En el segundo de sus escritos, la referencia al acto de no escribir en latín compromete a su libro. Se trata esta vez de una decisión hecha en aras de la "claridad", para volver "accesible —dice— el conocimiento a toda clase de personas"¹⁵.

Resalto este gesto, que señala el modo de darse a entender de la filosofía, su modo de escritura, su lengua, su estilo de divulgación, en suma, su política, por la significación que ello entraña para la filosofía nacional. La sustitución del latín por la lengua vulgar, ante todo, apunta a un cambio de poder, a un nuevo modo de relación —como dije al principio— entre la filosofía y el poder político. El latín es la lengua de la Iglesia, de la escolástica. Ella nos pone en presencia de un tipo de universalidad cuya voz es articulada por la autoridad de la revelación. En tal sentido, no puede olvidarse que la primera manera que tuvo América Latina de dejar atrás su particularidad, de entrar en lo que se llama la cultura occidental, fue mediante la recepción, muchas veces violenta, de la religión católica, introducida por los españoles. Precisamente, cuando América abandona sus dioses por el Dios cristiano, puede decirse que entra en una topografía universal y en el reino de una palabra única. Pero, además, también existió una segunda manera de universalización, la cual se llevó a cabo mediante la adopción del racionalismo anglo-francés¹⁶.

¹³ Amunátegui, *op. cit.*, Introducción, pág. XII.

¹⁴ Ventura Marín, *Elementos de Ideología* (Santiago, Imprenta de la Independencia, 1830), pág. 27.

¹⁵ Marín, *Elementos de filosofía...*, *op. cit.*, Prefacio, pág. XIII.

¹⁶ Al igual que Chile, México incorpora elementos universales en su cultura, sacrificando los de su localismo. Octavio Paz señala esta situación con claridad diciendo que "México se ha hecho contra su pasado, contra sus dos localismos...: el indio y el español. La verdadera tradición de México no continúa sino que niega la colonial, pues es una libre elección de ciertos valores universales: los del racionalismo francés". Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (México, Fondo de Cultura Económica, 1986), pág. 144.

Ahora bien, en relación a lo que decía antes, una vez puesta en lengua vulgar (en este caso en español), la filosofía pasa a ser una cuestión nacional, una cuestión de Estado. Éste se ocupa ahora de su modo de existencia, de cómo debe comparecer ante la sociedad a través de las instituciones escolares. En apoyo a lo dicho, cabe señalar que el segundo libro de Marín, concebido como un programa de estudios de filosofía para el uso de los alumnos del Instituto Nacional, fue realizado, precisamente, a petición del gobierno del general Prieto¹⁷. Pero, junto con hacer de la filosofía una cuestión nacional, la lengua vulgar también la convierte en un saber universal en la medida en que, como dice Marín, por su intermedio se apela al juicio de todos¹⁸. Este hecho lingüístico también involucra a quienes, como en el caso de Chile, en una gran medida, sólo son sus receptores. Tras lo dicho, paso examinar más de cerca el pensamiento de Marín y su modo de relación con el espiritualismo francés y, en particular, con el eclecticismo de Víctor Cousin.

LA FILOSOFÍA ENTENDIDA COMO SICOLOGÍA

La primera referencia a Víctor Cousin la hace Marín en su segundo libro, cuando informa de un cambio en sus ideas y, por lo tanto, de una reformulación de lo que él llama su "exceso de sensualismo". La cita es la siguiente: "entre éstos debo contar (se refiere a los autores leídos) particularmente las obras de Dugald Stewart que me iniciaron en la filosofía escocesa, a Royer Collard que purgó mis opiniones del exceso de sensualismo contraído con la lectura de Locke, Condillac y Destutt de Tracy, por último el célebre Cousin que acabó por confirmarme en el respeto con que siempre había mirado la doctrina del filósofo de Koenisberg, desde que me hallé capaz de concebir su alta importancia"¹⁹.

Por lo pronto, dos cuestiones quedan aquí comprometidas. De un lado, Marín señala un cambio de ideas: el paso de una posición sensualista a lo que, a juzgar por los autores mencionados (especialmente Royer Collard de quien Cousin fue discípulo), podemos llamar su espiritualismo. Del otro, la primera mención a Cousin es hecha en nombre de su calidad de intérprete de Kant, lo cual indica que Marín aprende a valorar la doctrina de dicho filósofo a través de las opiniones de Cousin. Tal situación deja ver el carácter fuertemente receptivo que tiene su pensamiento con respecto a la filosofía francesa e inglesa.

Pero partamos por su primer libro. La toma de posición filosófica inicial de Marín en aquel escrito, comprende una tajante división entre la filosofía especulativa y la experimental. Desde la perspectiva histórica adoptada al comienzo de

¹⁷El segundo libro de Marín prácticamente se inicia con la referencia a esta demanda del gobierno.

¹⁸J. Derrida revela una de las grandes paradojas de la "traducción" a propósito del *Discurso sobre el método* de Descartes, pues su acto de sustitución del latín por el francés, lengua dominante en particular en el discurso filosófico, pese a buscar la "universalidad" cae en la particularidad de una lengua natural como es el francés. Véase Derrida, *op. cit.*, pág. 285.

¹⁹Marín, *Elementos de la filosofía...*, *op. cit.*, págs. IV y V.

este libro, para lo cual tomó como guía a Degerando, entre las escuelas y filósofos especulativos mencionados se encuentran los pitagóricos, los eleáticos, los escépticos, Platón, Aristóteles, Descartes, Malebranche, Spinoza y Leibnitz. Todos ellos se encuentran del lado de la "filosofía del error" si se los compara con los que, presididos por Bacon, han buscado la verdad a través de la "observación", pues para aquella escuela la única autoridad de la que puede fiarse la filosofía es la de la experiencia²⁰.

Ahora bien, aunque Marín se muestra en este libro más decidido que Andrés Bello (de quien fue contemporáneo) en lo que a tomar un partido filosófico se refiere, sin embargo, nunca deja de mantener una cierta distancia y prefiere, por lo general, pasar revista a las diferentes opiniones de los filósofos vigentes en aquella época²¹. Con todo, sus simpatías están siempre del lado de lo que puede llamarse una familia de ideas como es aquella de los discípulos de Bacon. Por cierto, las escuelas que quedan fuera de esa línea de demarcación son, en primer término, la de los escépticos, "los que ponen en duda las verdades más sencillas". Luego, la de los dogmáticos, "que han decidido de todo sin mostrar los títulos de su autoridad". Asimismo, la de los iluminados, "que hacen a Dios fuente de todas nuestras ideas". También, la de los empiristas, "que nos reducen al estrecho círculo de lo que hemos presenciado". Y, por último, la de los especulativos, "que ponen el punto de apoyo en las regiones ideales"²².

Como ya se había dicho, la única autoridad válida para Marín es la experiencia, y su aprecio está con quienes, por intermedio de la observación, se mueven en el "territorio de los sentidos" en la búsqueda del origen de las ideas.

En el capítulo que Marín rotula la "ideología propiamente dicha", el primer objeto de estudio de la filosofía es el "pensamiento", pues a partir del conocimiento de este atributo humano es posible saber acerca de los resortes de nuestras acciones. Como se verá, al igual que para Bello y el eclecticismo francés, la filosofía se configura primero como "sicología", es decir, la filosofía se funda en los hechos interiores, en los fenómenos de la conciencia, puesto que para saber de la lógica del pensamiento sólo cabe adentrarse hacia el interior de nosotros mismos²³.

Durante el examen de las operaciones de la inteligencia, Marín emplea permanentemente el lenguaje de ideólogos como Locke, Condillac, Laromiguière y Tracy, aun cuando no siempre está de acuerdo con algunas categorías que, como en el caso de Destutt de Tracy, confunden los modos de ser del alma con sus operaciones, su actividad con su pasividad. Aquí la categoría en cuestión es la "sensibilidad", la que —según Marín— no puede ser concebida como una opera-

²⁰Marín, *Elementos de Ideología*, op. cit., pág. 34.

²¹Andrés Bello es una figura intelectual cuya relevancia se inscribe en el segundo período de la evolución política de Chile. Su pensamiento recorre dominios tales como el jurídico, el de la gramática y la filosofía, destacando en este último por su libro *Filosofía del entendimiento*, publicado póstumamente en 1881. Tal como en el caso de Ventura Marín, sus ideas recibieron una fuerte influencia de parte del espiritualismo ecléctico de Cousin y de la escuela escocesa del "sentido común".

²²Marín, *Elementos de Ideología*, op. cit., pág. 32.

²³Op. cit., pág. 35.

ción del alma, sino como una mera capacidad de recibir²⁴. Su primer libro concluye con el rechazo de toda esencia y aceptando la sola presencia de las "impresiones" respecto del mundo exterior y la de los "sentimientos" en lo relativo a la existencia del alma.

Debido a las implicaciones filosóficas y políticas que tuvo la asunción de la postura sensualista recibida por Marín a través de Condillac y su discípulo Destutt de Tracy, me veo en la necesidad de aclarar las resonancias teóricas de este término y, a la par, de extenderme en una breve referencia acerca de la recepción de dicha filosofía en algunos países de nuestro continente.

En primer lugar, "Ideología" para Tracy es la ciencia de las ideas en el sentido de las representaciones de la sensibilidad psicológica²⁵. Posteriormente, el estudio de la "Ideología" se confundió con la filosofía sin más. Se trata de una filosofía "militante" tanto en filosofía como en política, pues expresa la emergencia de una visión que busca aliarse a los principios de libertad y progreso. Es por ello que se convierte en Europa en la filosofía de la Revolución y se aplicó a satisfacer demandas institucionales de la organización de la enseñanza y el Estado, ejerciendo una enorme influencia educacional y política en el primer tercio del siglo XIX en Europa y, posteriormente, en Hispanoamérica a través de Destutt de Tracy, quien desplaza a su maestro Condillac²⁶.

Por intermedio de dicha filosofía es que se produce el desplazamiento, en las instituciones americanas, de las ideas escolásticas. Aquella filosofía tuvo especial significación en Argentina y Bolivia cuando ya comenzaba a ser olvidada en Europa.

Existe una primera traducción de Destutt de Tracy en Bolivia, editada en 1832 con prólogo de un traductor casi anónimo, pues en la carátula del prólogo éste no hace saber su procedencia y firma con un enigmático Mariano S. Aparece, asimismo, una nueva traducción del autor francés, publicada en el año 1834, llevada a cabo por el presbítero Juan Justo García procedente de la Universidad de Salamanca²⁷. La aparición de tales traducciones revela la importancia concedida a dichas ideas, pues, según Simón González, "en Bolivia no hay imprenta que publique más de un pliego"²⁸.

De igual modo, en la Argentina, Juan Crisóstomo Lafinur, en 1819 y Juan Manuel Fernández de Agüero, en 1822, renovaron la enseñanza de la filosofía siguiendo las orientaciones de tal pensamiento, motivo por el cual, posteriormente, fueron perseguidos.

La "Ideología" calza con los principios básicos de la Enciclopedia, cuya filosofía coloca al hombre en el plano terreno, esto es, dentro de las leyes de la

²⁴Marín, *Elementos de Ideología*, op. cit., págs. 40 y 41.

²⁵Sobre este punto véase Arturo Ardao, *Andrés Bello, filósofo* (Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1981), pág. 62.

²⁶Ardao, *Andrés Bello...*, op. cit., pág. 64.

²⁷Véase Guillermo Francovich, *La filosofía en Bolivia* (Buenos Aires, Editorial Losada), pág. 67.

²⁸Op. cit., pág. 68.

naturaleza; cree en la perfectibilidad humana; cultiva apasionadamente la razón y es especialmente movilizada por el deseo de liberar al hombre y a la sociedad del influjo de las concepciones religiosas y metafísicas, entendida esta última como los *aprioris* del racionalismo.

En lo esencial, tales son las razones de la influencia de la "Ideología" en los pueblos americanos. En la mayoría de los países mencionados, incluyendo a Chile, la ideología se convierte en doctrina oficial en las instituciones de la enseñanza secundaria y superior, en el entendido de que con ella se forman ciudadanos ilustrados, útiles para la nación²⁹.

Luego de esta breve disgresión, volvamos a nuestro autor. El segundo libro de Marín, por el contrario, si bien repite la construcción del primero, su contenido tiene ahora un carácter sensato, erudito y absolutamente lineal. El comentario que sobre él efectúa Bello en el diario *El Araucano*, destaca básicamente aquello que revela un "conocimiento profundo no de un sistema particular, sino de todas las sectas". Bello celebra que Marín haya elegido "los senderos más seguros y menos expuestos a inconvenientes"³⁰. ¿Cuáles son aquellos senderos? En este segundo libro, me remitiré, en particular, a la sección dedicada a la teoría de las ideas.

LA FILOSOFÍA EN CUANTO BRÚJULA DE LAS CIENCIAS

Antes de pasar a explicar la naturaleza del pensamiento, Marín se detiene en el examen de aquello que considera la característica propia de la filosofía. Tal característica, sin embargo, no compete a la filosofía en general, sino únicamente a aquella que aplica el método experimental de Bacon. Sólo en tales condiciones ella merece ser considerada como la "brújula" de ciencias tales como la química, la física, la medicina, la política y la moral³¹. Pero aquel papel directivo va más allá, por cierto, del radio de aquellas ciencias, pues la organización entera de la civilización depende de la convicción que se tenga respecto del origen del pensamiento. En relación a lo dicho, Marín afirma que "si nuestros pensamientos derivan de una región superior a la sensible, donde no hay variedad, donde todo es uno y eterno, por necesidad todo será también invariable e infinito en ellos y en lo que los represente". A la inversa, si ellos "derivan de las sensaciones, pocas o ningunas serán las leyes generales, todo será relativo y particular"³². De allí -dirá- la importancia de la filosofía para comprender el "espíritu de cada nación", de "cada siglo" y, más aún, "las revoluciones del espíritu humano"³³. Como puede apreciarse, la relación entre filosofía y política es explicitada por el mismo Marín,

²⁹ Francovich, *La Filosofía...*, op. cit., pág. 73.

³⁰ Andrés Bello, *Filosofía*, en *Obras Completas de Andrés Bello* (Venezuela, Ediciones del Ministerio de Educación de Caracas, 1951), pág. 581.

³¹ Marín, *Elementos de la filosofía...*, op. cit., pág. 6.

³² Op. cit., pág. 7.

³³ *Ibid.*

así como los sistemas filosóficos que habrá de juzgar y de reconciliar para romper su dicotomía.

Ahora bien, ante la pregunta qué es pensar, Marín responde con un argumento cuya posición es tercera respecto de las ofrecidas tanto por materialistas como Destutt de Tracy, para quien pensar es lo mismo que "sentir", como para los filósofos especulativos, especialmente Leibnitz y Fichte, para quienes el pensamiento es sólo un producto de la actividad del espíritu. La posición de Marín se delinea mediante la explicación de la "acción recíproca del alma y la materia"³⁴. Para tal efecto, habrá de saltar por sobre un obstáculo prácticamente insalvable desde un punto de vista lógico, a saber: la falta de analogía entre el espíritu (que es simple) y la materia (que es compuesta). No obstante, a Marín no le queda más remedio que aceptar —junto con Laromiguière— que dicha incongruencia es un misterio superior a la inteligencia. A pesar de tal aporía y fiado en que aquel vínculo existe, pues se lo hace constar su "sentimiento íntimo", ésta será, en definitiva, la vía explicativa emprendida por él.

El desarrollo de las argumentaciones ofrecidas por Marín pasa por la revisión de las diferentes tendencias y escuelas filosóficas que se han ocupado de dicho problema. De todas aquellas revisiones me interesa destacar aquí aquel momento en que las ideas de Marín participan de un modo directo con las de Cousin. Este momento se refiere al debate donde los filósofos discuten acerca de la cuestión de la esencia de las ideas.

VÍCTOR COUSIN: LA TERCERA VÍA

Puesto frente a tal problema y en la necesidad de tener que elegir, como dije, entre el sistema de los sensualistas, cuyo fundamento reposa en el axioma según el cual *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, y aquel otro de los idealistas que afirma la existencia de las ideas innatas que Dios ha grabado en el entendimiento del hombre con anterioridad a la experiencia, se le presenta a Marín el esquema kantiano como el instrumento de una posible reconciliación entre ambos sistemas. Como se sabe, entre otras consideraciones, con la concepción de las ideas como "condiciones" que se activan con motivo de las sensaciones externas, este filósofo se distancia de algún modo de las ideas innatas. Sin embargo, la tercera posición que parece representar Kant pierde una parte importante de su fuerza al momento de preguntar por el origen de ideas tales como la de unidad, causa, sustancia, etc., cuestión que Aristóteles ya había intentado resolver por intermedio de las categorías.

Es así como las ideas de Cousin aparecen ante Marín como una última posibilidad de unificación de los sistemas antes señalados. Tales ideas parecen romper de un modo más adecuado la dicotomización de aquellos mediante la fusión de las categorías aristotélicas y kantianas.

En virtud de una operación en extremo sintetizadora, Cousin extrae de las

³⁴Marín, *Elementos de la filosofía...*, op. cit., pág. 8.

categorías de ambos filósofos los elementos de lo "infinito" y lo "finito". La cita de Cousin, cuya proveniencia Marín no señala, es la siguiente:

La razón humana de cualquier modo que se desenvuelva, cualesquiera que sean las cosas que considere, bien se detenga en la observación de esta naturaleza que nos rodea, ya se abisme en las profundidades del mundo interior, no concibe todas las cosas sino bajo la razón de estas dos ideas... La gran división de las ideas que hoy se ha adoptado, es en ideas contingentes y necesarias; esta división es, en un punto de vista más circunscripto, el reflejo de la división en que yo me detengo, y que se puede representar bajo la fórmula de unidad y multiplicidad, de sustancia y fenómeno, de causa absoluta y causas relativas, de lo perfecto y lo imperfecto, de lo finito y lo infinito³⁵.

Desde la perspectiva de los elementos de lo finito y lo infinito y la relación de causalidad que los une, Cousin hace avizorar a Marín que la raíz primitiva de la causalidad se encuentra en las operaciones del yo. El yo es la causa de los fenómenos, es la dimensión permanente e invariable: el "unum". Asimismo, lo volente, lo pensante y lo sintiente son los fenómenos variables y transitorios, esto es, lo "finito". Una vez depuradas de sus elementos empíricos por la acción del entendimiento, estas ideas se elevan a la clase de conocimientos absolutos³⁶.

Por intermedio de Cousin, Marín cree superar las limitaciones a las que conducen las ideas sensualistas e idealistas cuando se consideran por sí solas. Así el "sendero seguro" al que se refiere Bello en su comentario acerca del segundo libro de Marín, consiste, como habrá podido apreciarse, en la adopción de la ruta señalada por Cousin, quien combina ambos sistemas con la ayuda auxiliar de Aristóteles y Kant, y ello según una lectura muy particular de las doctrinas de ambos pensadores³⁷. En tal sentido, elegir la propuesta ecléctica de Cousin es, como dice el mismo Bello, elegir a ninguna escuela en particular, conservando de ese modo la "distancia debida" respecto a cada una de ellas.

No obstante, como toma de posición filosófico-política, la elección de dicha vía es bastante adecuada para el período histórico que vivía Chile en aquella época, especialmente en lo que dice relación al equilibrio de poderes entre la Iglesia y el Estado, ya que asegura la coexistencia de dos elementos que hasta ese momento parecían irreconciliables, tanto en la esfera del pensamiento como en el dominio de la política. Por una parte, introduce una dimensión "variable", negada hasta ese momento por el escolasticismo, y preserva, por otra, un elemen-

³⁵ Marín, *Elementos de la filosofía...*, *op. cit.*, pág. 135 y sigtes.

³⁶ *Op. cit.*, pág. 140.

³⁷ Según Joseph Ferrari, profesor de filosofía de la Sorbonne, de nacionalidad italiana, crítico en aquella época del eclecticismo imperante en el medio universitario francés, Cousin descubre en Kant una "mina de oro". En efecto, dicho filósofo le ofrece fuertes argumentos para acabar con la filosofía de los hechos sensibles de Locke, pues afirma la existencia de ideas que nos transportan más allá del mundo fenoménico, pero la cuestión de Kant que Cousin disimulará es que aquella transposición conlleva inevitables contradicciones. Ver la reedición de la obra de Joseph Ferrari, *Les philosophes italiens*, Prefacio de Stéphane Douailler y Patrice Vermeren (Paris, Payot, 1983), pág. 88.

to "absoluto" e invariable, sin el cual, como dice Marín al comienzo de su segundo libro, "todo sería relativo y particular".

CONSIDERACIONES FINALES

Mi primer objetivo fue intentar responder a la pregunta acerca de cómo se instituyó la filosofía de corte republicano en el Instituto Nacional según los parámetros de Ventura Marín. De esta primera cuestión se deriva la siguiente: ¿cuáles fueron las condiciones de posibilidad de dicha filosofía en función de su papel escolar? Es decir, ¿cuál fue la doctrina sobre cuya base se sustentó?

Como se vio, Ventura Marín transitó del sensualismo al espiritualismo y de allí al eclecticismo. Esta última doctrina dominaba por esos años en Francia como filosofía oficial de la Universidad en virtud de que combatía el sensualismo condillaciano cuyo pensamiento favorecía el relativismo, el empirismo y el utilitarismo.

Intenté señalar, asimismo, que en la filosofía ecléctica conviven, sin grandes tensiones, dos principios que, a su vez, tienen efectos fuera del radio del pensamiento. Uno de esos principios es de carácter sensible, lo cual permite la variedad inherente a la materia sensible e histórica. Pero, para contrarrestar este principio dispersivo y cambiante, el eclecticismo propone un principio invariable y absoluto. El mismo Marín menciona el nexo entre el pensamiento filosófico y el "espíritu de una nación", de modo que la afirmación ecléctica de ambos principios confirma a aquellos principios que rigen a la sociedad chilena: el principio estatal y el eclesiástico, principios que, posteriormente, mediante la recepción del positivismo comteano, llegaron a la más radical de las confrontaciones.

La cátedra de filosofía, tal como la organiza Marín, busca mantener la indispensable comunidad de principios, sin servirse, como el escolasticismo, de ninguna autoridad religiosa, sino que del solo apoyo de la razón. La enseñanza de la filosofía se pone así al servicio de la comunidad nacional, adiestrándola en los caminos de la razón.

Marín "productiviza" dicha filosofía adaptándola a los patrones y a las necesidades históricas de Chile, país promotor, junto a otras naciones latinoamericanas, en la difusión de las ideas progresistas en el orden del pensamiento. La *translatio* que Marín opera respecto del pensamiento anglo-francés, aunque impensada, recupera de la filosofía su vocación universalista, de allí que su instalación en Chile obedezca a este doble signo: el de modernizarse y el de compartir de un modo cosmopolita un saber válido para cualquier hombre que sepa leer.

LOS PRIMEROS CHILENOS EN PARÍS*
(1820 - 1830)

B. Vicuña Mackenna

A MI DISTINGUIDA AMIGA LA SEÑORA LUISA VIEL DE MONNERY

"Ir a Europa" —sueño y milagro de otras edades— es hoy cosa de tan fácil ejecución, vía el *Istmo* o el *Estrecho*, como lo era hace cincuenta años ir a Renca vía el *Carrascal* o vía el *Resbalón*... Basta tropezar, andando cualquier día distraído por la calle de Blanco en Valparaíso, con una grada de granito de Quilpué, subir otra grada, asomar la cabeza por un postigo de caoba, sacar del bolsillo del chaleco un microscópico envoltorio de billetes (con seis u ocho *inconvertibles* sobra), y en seguida, en la tarde de ese mismo día, o a la mañana siguiente, presentar al afeitado mayordomo (que a su vez os afeitará...) de alguno de los colosos del mar amarrados a la boya roja de la P.I.S.C., para que al grito del capitán —*Ho a head!*— ("¡Adelante!"), estemos navegando hacia París a razón de cien leguas por día natural.

El que esto escribe, al menos paseábase melancólicamente una tarde por los movedizos muelles de San Francisco, hace de ello veinticinco años (1853), esperando la ocasión de "buque para Chile" cuando leyó sobre un alto poste un letrero amarillo que decía: *Pasaje de primera clase de San Francisco de Nueva York, vía Panamá, cien dollars*, en lugar de *mil quinientos* que era la tarifa. Y sin más que este letrero, visitó de seguida la Joven América y el Viejo Mundo: tan expedito y corto se ha hecho al presente ese camino.

No acontecía, ciertamente, de esa manera en pasados siglos cuando los que iban de Chile a España, rara vez volvían, y los que regresaban a sus patrios lares más rara vez llegaban.

Todos saben la historia de Jerónimo de Alderete, primer emisario de Valdivia, que murió en Taboga, y la de don Inigo de Ayala, otro mensajero del siglo XVII, que se ahogó en el Estrecho; al paso que el marqués de Baides, gobernador de Chile, pereció a la vista de Cádiz peleando contra los ingleses como bravo; y don Domingo Ortiz de Rosas, otro Gobernador, y abuelo legítimo del tirano argentino, echáronlo rudos marineros al mar en el frígido Cabo de Hornos, el 28 de junio de 1756, helado como témpano, por la borda del navío *El León* en que regresaba a la Península.

Un pichón de duque de San Carlos, don Luis de Benavente y Roda, despachado de Talcahuano con mensajes y arbustos para el rey Carlos III, naufragó también en las rocas de Peniche, al avistar las costas del Portugal en 1785. Y no era pequeño

*Recopilación de Pedro Pablo Zegers B.

el número de los que morían en su cama, como el ingeniero Garland, que construyó los castillos de Valdivia, teniendo por mayordomo de faena a su paisano don Ambrosio O'Higgins, y quien, a su paso por el Istmo murió de *tabardillo*. Samper ha dicho que la América es "el valle de Josafat de la humanidad", porque aquí han de juntarse en vida todas las razas. Pero lo que es Panamá y su lengua de tierra, hermosa como un paraíso, pero triste y pestilente como un cementerio, fue sólo durante la Colonia, el valle de Josafat de los muertos, que están esperando todavía bajo sus ceibos y manglares la resurrección de la carne...

En otras ocasiones los chascos de las olas, del viento y del vómito eran de diversa índole, sin bien más benignos.

Y entre éstos fue señalado el que aconteció al célebre canónigo chileno de Caracas don José Cortés y Madariaga, que viniendo de Cádiz rumbo de Chile, provisto de canónigo de la Catedral de Santiago, no pudo el pesado galeón que lo conducía doblar contra los vientos el cabo San Roque, en la extremidad más oriental de la América del Sur. Por lo cual, el prebendado hubo de recalar a la Guaira, y quedarse "por falta de buque" en la capital de Venezuela, hasta que estalló la revolución de 1810, que fue su obra y su gloria.

Sucedía en otras ocasiones que saliendo de un mundo para otro con erguido penacho de renegrida cabellera, llegábase al punto de su destino (si es que se llegaba) peinando canas en guedejas, por las penas, hambres y tardanzas. "Tres años me he detenido en mi viaje, escribía al rey de España el obispo de Concepción fray Dionisio Cimbron, desde Santiago el 29 de junio de 1655, sin haber podido abreviarlo por la falta de embarcación"¹.

Esta demora episcopal de tres años en un viaje que hoy, por cosas de mitras, se hace de ida y vuelta, en otros tantos rápidos meses, hasta Roma, había sido de catorce meses en Sevilla, de cuatro meses en Panamá, de siete en Lima, donde el Obispo, de puro desocupado, se consagró, y todavía demoróse un año a orillas del Mapocho porque los indios alzados andaban salteando por el Maule y hasta por el Cachapoal. No llegó, pues, de un *cimbron*, como nuestro vecino y párroco del Camino de Cintura don Ignacio Zuazagoitía, el obispo Cimbron de Sevilla a Penco, en la justa medianía del siglo XVII².

Y cosa curiosa. Los viajes a Europa hacíanse casi siempre en aquellos siglos por cosas eclesiásticas, por canonjías, por capítulos de provinciales o de monjas,

¹Archivo particular del arzobispo de Santiago.

²He aquí por curiosidad, y a vuelo de pájaro volador el itinerario de este activísimo emisario antiepiscopal.

Sale de Santiago el 18 de junio de 1878 por el tren de diez de la noche.

Sale de Valparaíso el 19 de junio a las once de la mañana y llega a Burdeos el 30 de julio. El 1 de agosto está en París y el 4 a Roma, donde reside *quince días*.

El 19 de agosto sale de Roma, el 21 está otra vez en París, el 23 en Burdeos, el 24 a bordo del *Gabina* y el 29 de septiembre en Valparaíso: *cien días* cabales.

El presbítero Zuazagoitía, cuyo nombre vascuense significa *mimbre*, es el tipo de la agilidad. Y si Fineas Fogg dio la vuelta al mundo en ochenta días, él está dispuesto a darla en el tiempo que dura la cuaresma.

por báculos y por cátedras; mas nunca por estudios, menos por curiosidad, menos todavía por placer, ¿ni cómo habría podido ser por lo último cuando era preciso comenzar por hacer su testamento antes de llevar el almofrej a bordo?

Por esto, de mozos enviados a hacer estudios o carrera a la Península, sólo sabemos en el siglo pasado de dos Echeñique, que fueron al ejército y a la marina, donde murieron jóvenes, de un Avaria y de un Sotomayor, que trajeron cada cual su cruz, de caballería andante, de O'Higgins y de Carrera, que fueron confinados más que a la escuela, al destierro por celosos padres. En ciertos papeles de familia se halla también escrito que cuando el presidente Rosas se fue a Europa se llevó a un caballerito de Santiago llamado *Juanito Morandé*, a quien iba acompañando otro personaje doméstico, que una carta de aquel tiempo denomina sólo con este circunloquio —“el marido de *mama Picha...*”.

Pero con la Independencia, que todo lo puso patas arriba, no sólo en tierra firme sino en las movedizas olas, “los viajes a Europa” cambian radicalmente en dirección, en costos y en frecuencia, gracias especialmente a la galantería de los navegantes extranjeros y especialmente de los almirantes y capitanes de la marina de guerra de S.M.B. y de S.M. Cristianísima.

No se distinguieron los primeros por demasiado exquisita cortesanía, en los principios, porque vive todavía en bizarra salud y se sienta en su poltrona, con su birrete de terciopelo en la cabeza aun en los días de más frígida asistencia, cierto Senador, al cual, por simple capricho o castigo de infantil travesura, llevóse a Rio Janeiro *lord Spencer*, a bordo de su navío el *Orven Glendover*. Y como si este conato de raptó no fuera suficiente, botólo en aquella playa inhospitalaria, sin amparo, enfermo y llorando como un barraco en sus mamelucos de nueve años. Recogiólo otro capitán de la marina inglesa y trájolo a su madre a Chile, y éste es el *little Vincent* de que habla en sus viajes en la fragata *Doris* la famosa María Graham que tan buenas cosas sobre Chile escribiera en 1822. En cambio y compensación, el hermano mayor del niño “robado” por *lord Spencer*, fue el primer chileno de la nueva generación que pasó a aprender el *cortí jeme* en un colegio inglés en Inglaterra, donde ahora por elección descansan sus cenizas. Su nombre era Carlos Pérez.

No fue ese niño, sin embargo, el primer “candidato de París” que eligiera de su seno la ciudad del Mapocho, que ha pretendido y pretende todavía ser el París del Nuevo Mundo —“París en América”— Carlos Pérez, al contrario, fue toda su vida y hasta en su muerte un aferrado anglómano. Por su orden, sus restos duermen en tierra inglesa.

Cupo por esto aquella suerte a un adolescente de azulados ojos y dorados bucles, que alienta todavía con juvenil talante noble y amable vida.

Este primer chileno-parisiense fue, por orden de rigurosa antigüedad, don Domingo José de Toro, a quien llevaron por la vía de Buenos Aires, dos emisarios de San Martín (García del Río y Paroissien) en 1821, primero a Falmouth, en seguida a Bruselas, y por último a... París!, es decir, al fin del mundo entonces conocido y habitado.

Pero, a fin de dejar demostrado nuestro tema, es decir, para evidenciar cómo el París del Sena fue identificándose y absorbiendo al pobre y oscuro caserío

edificado en torno del Huelén, hasta convertir este último por las costumbres las moradas, los menajes, los coches, los libros, las joyas, los caprichos y hasta por el lenguaje, en una especie de barrio aristocrático, como el de San Germán de la capital del mundo moderno, será preciso hacer una breve pausa y echar el ancla en el año y en la rada a que hemos llegado.

En la segunda semana del mes de enero de 1821 se aparecían en efecto hacia los afueras de la rada de Valparaíso, sin dar señales de querer entrar al fondeadero, dos grandes cascos de guerra empavesados con el blanco oriflama de los Borbones de Francia. Era la fragata *Galatea* y el navío de tres puentes el *Coloso*, que al mando del contraalmirante Jurien La Gravière (tío del almirante y publicista moderno) venía a estas costas a echar la sonda de una restauración monárquica y francesa.

Alarmóse extraordinariamente el gobierno mediterráneo con aquella extraña visita que juzgó de mal augurio, y en consecuencia, se cambiaron, a lomo de caballo, curiosas notas que corren publicadas en una Gaceta extraordinaria con fecha 19 de enero de 1821. "*Les inquietudes que notre présence a pu faire naître*, decía en francés este primer precursor de París, *ne peuvent être fondées*", y en seguida, con la fina miel de su idioma y de su misión secreta, el amable marino no hablaba sino de *déférence, de relations amicales, de haute considération*, sintiéndose a la postre de su cariñosa epístola *très heureux* de hacer todo lo que el gobierno de la república le exigiese para probarle cuanto su venerado rey Luis XVIII amaba estas regiones descubiertas por Colón.

Calmó esta dulzurosa epístola las nacientes susceptibilidades de la joven nación independiente, y por un oficio del 16 de enero de 1821 que el gobernador de Valparaíso recibió esa misma noche "a las dos de la mañana", el ministro Echeverría se dio por completamente satisfecho. Y así entreabrió la puerta de París a los curiosos chilenos, abriendo de par en par la de Valparaíso a los franceses, más curiosos todavía.

El almirante Jurien se quedó, en efecto, en Valparaíso con sus buques, alegrándole con el buen humor, la gracia genial de su raza y especialmente con el ruido seductor de los luses de oro de su tripulación, prodigados en la bahía y en la playa, de capitán a paje.

Un año cabal más tarde, esto es, en mayo de 1822, aportó otro emisario.

Era éste, el capitán entonces, y más tarde famoso almirante Mackau, que en su buque la *Clorinda*, venía, a nombre de su gobierno, a ofrecer a los chilenos un testimonio de *sa pofonde reconnaissance* por las atenciones que había recibido el Almirante del *Coloso*. M. de Jurien había regresado, en efecto, a los puertos de Francia haciéndose lenguas de la hospitalidad chilena, cuando el capitán Mackau salió de ellos a reemplazarle³.

³Nota del barón de Mackau, fecha 12 de mayo de 1822, conservada inédita en el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Santiago. En ella decía el marino francés, que su misión no es sino de paz y de amistad y que no tendrá más resultado — "que el de ir a repetir en Francia las alabanzas que el almirante Jurien ha hecho del gobierno y del pueblo de este país" — *aller redire en France tout le bien qu' il a pensé du gouvernement et des populations des ces contrées*.

A la visita de etiqueta y de cordialidad del barón de Mackau en 1822, y a la del contraalmirante Jurien, en enero de 1821, sucedió en enero de 1823 la del barón Roussin en la fragata *Amazona*. Los franceses se proponían hacernos una visita de Año Nuevo —*le jour de l'an*—, conforme a su galante costumbre. Y elegían, en consecuencia, el mes de enero para dejar su tarjeta del océano en Valparaíso. La nota de cortesía en que el barón Roussin anuncia al gobierno su llegada, tiene fecha 23 de enero de 1823.

Llega el año 24, y con él otra visita. Pero ésta componíase ya de una escuadra que mandaba a bordo de la fragata *María Teresa*, el contraalmirante Ducampe de Rosamel, cuyo postrer nombre no podía ser más propicio para engolosinar la natural amabilidad de los chilenos. El almirante Rosamel era capitán del *Coloso*, cuando este navío nos visitó por primera vez en 1821, y no se presentaba, por tanto, como un desconocido. A más de una hermosa matrona le oímos llamarlo en nuestra niñez el almirante *Rosa y miel*... así como otra buena señora de aquel tiempo nunca llamó la fragata de S.M.B. *Seringapatan* sino *Jeringapatras*...

Invitaron en esta virtud la sociedad y el gobierno al almirante francés para que pasase a la capital con sus oficiales. Y entonces pudo decirse que por la primera vez París se había trasladado a Santiago. Una opulenta y amable familia le hospedó en la casa que hasta ayer era el *Hotel Inglés*; y los banquetes y los bailes, los saraos y tertulias se sucedieron noche a noche durante varias semanas, en torno del festejado y aplaudido marino.

Tenía todo esto lugar en el invierno de 1824, y era ése precisamente el programa y la consigna del astuto navegante para congraciarse estas lejanas e inocentes tierras.

Uno de sus ayudantes de campo llamado Lassuse, era el agente mañoso y secreto de su misión más social que política, aunque por algunos se ha creído lo contrario.

Es de todas suertes un hecho positivo que en 1823, 24 y 25, es decir, durante el primer período del gobierno del general Freire, no se veía en las calles y salones de Santiago, sino uniformes franceses, al paso que a la rada de Valparaíso entraban y salían los buques de una verdadera flotilla científica: la *Arethusa*, capitán Gauthier, la *Aigrette*, el *Lancier* que mandaba el conde Rossi, y, por último, la gabarra *Mosela* y el navío *Antígona*, capitán De Melient, que vino a reemplazar al último.

En tres años, doce buques.

Por esta misma época encontrábase también en Santiago, hospedado en casa solariega, el segundo barón de Bougainville, hijo del ilustre descubridor y navegante del Pacífico⁴.

Entre tanto, aquel apostolado de bien aferradas velas que navegaba incesantemente por las orillas del mar de Galilea, había llenado su misión de propaganda y cautividad con tal primor y eficacia, que en la época de que nos ocupamos ya no se hablaba en Israel sino la lengua de los sirios y caldeos, olvidados todos del

⁴Registra esta noticia el *Diario de Documentos Oficiales*, núm. 50.

originario y llano idioma de la cuna. Los franceses se casaban con las más hermosas niñas de la ciudad; inaugurábanse clases de francés en el Instituto Nacional; *Mme. Versin* ponía colegio de señoritas que estuvo en alta boga; abríanse las primeras peluquerías francesas; rodaban las primeras berlinas de París, y hasta el ejército se *afrancesaba* como el del rey José. Sabido es que el ejército desecho en Lircay fue llamado así: —“el ejército francés”— porque era mandado por Beauchef, Viel, Tupper, Rondizzoni, Carson, Borcosky y otros europeos, que eran tan franceses como el bravo general Baquedano o la “sargento Candelaria”.

Vino de aquí que Santiago se convirtió por aquel tiempo (1824 - 1826) en una verdadera torre de Babel. Los marinos del almirante Rosamel, fuera plan, fuera natural simpatía, fuera lo que es más probable, la alianza de ambas cosas —intriga y amabilidad, como la mezcla de metales viles con una esencia noble que suelen llamar “oro francés”—, tenían cautivados todos los corazones. No se hablaba más que de París y del Bosque de Bolonia, de la Malibran y de la flor de lis, de *Pablo y Virginia* y de *Los Mártires*, de Talma y de Benjamín Constant, de Numa Pompilio, de *Mme. Recamier* y de Chateaubriand: en una palabra, de todo lo que la Restauración y la paz habían derramado sobre el suelo siempre feraz en primores de la incomparable Francia.

Agregóse a esto una circunstancia inesperada que puso el colmo al francesismo de la época, y que por sí sola dejó ver que el almirante Rosamel era hombre que sabía adivinar la tierra clásica, que había recibido encargo de conquistar con sonrisas y cortesías. Por un oficio de mediados de 1825, que se conserva inédito en el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores el ilustre marino anunció, en efecto, al gobierno que su amo y Rey enviaba a decir a los chilenos deseosos de trasladarse a Francia, que serían transportados *gratis* por cuenta de S.M.C. hasta las orillas del Sena⁵.

Estremeciéronse de gozo muchos hogares de Santiago a tal nueva, y en pocas semanas hallábanse listos veinticinco mancebos para ir a conquistar el vellocino de oro de sus ensueños parisienses. Un hombre mandado hacer para el caso, por *petimetre* (*petit-maître*) serio, inteligente y que cortaba el francés como un anade el agua, don Francisco Javier Rosales, fue el Jason designado para la expedición, y en menos de tres meses, el cargamento juvenil estuvo listo para hacerse a la vela.

Había otorgado aquella gracia verdaderamente regia, Carlos X, a petición del almirante Rosamel, y como una devolución oportuna de los favores sociales que el último recibiera de las familias de Santiago, especialmente de la de Solar-Rosales y de la de Toro-Guzmán, en cuyos salones fuera con profusión festejado. Mas

⁵ Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores. En el periódico titulado *la Década Araucana* del 20 de diciembre de 1825, se dio también cuenta de este ofrecimiento, calificado como un *rasgo de filantropía* de Carlos X. “S.M.C., decía con humildad el diario que tan fiero título tenía, ofrece embarcar a bordo de los buques de guerra franceses y *a expensas* de S.M. los jóvenes de este Estado, cuyos padres desearan educarlos”. —Júzguese cuál sería el alboroto y las ganas.

Debemos agregar para esclarecimiento de fechas, que Luis XVIII había muerto el 16 de septiembre de 1824 y que Carlos X había sido coronado en Rheims el 29 de mayo de 1825. Carlos X siguió la misma política fina y acariciadora de su hermano respecto de la América del Sur.

algún una nota oficial del conde de Chabrol, Ministro de la Marina, del 18 de abril de 1825, transmitida a nuestro gobierno por el comedido almirante Rosamel cuatro meses más tarde (septiembre 10 de 1825) aquella inusitada cortesía internacional se hizo extensiva a todas las "familias distinguidas" de Santiago, sin más condición que la de designar un apoderado responsable en París para la presentación legal y asidua de sus hijos.

En consecuencia, abrióse el registro de inscripciones —"para París"!—. Y en una semana había más de cincuenta candidatos para el viaje gratis... a París! ¿Cuánto probarlos hoy si más no fuera por ir a descansar de esta larga pesadilla de los hilenos —la crisis?

Pero la cosa era de estricto *favor*, es decir, asunto de familia, y como tal púsose a planta, que ésta ha sido ley de Chile desde aquel tiempo hasta el viaje posterior de los cadetes (1844) que bien pudo llamarse el "viaje de los sobrinos".

En esta virtud, el superintendente Rosales designó de su propia casa a su hermano don Santiago y sus dos sobrinos don Ruperto Solar y don Vicente Pérez Rosales.

De la familia Toro-Guzmán, el almirante Rosamel había llevado desde temprano a su bordo al apreciable caballero don Alonso, que falleció en enero del año que ya expira, y a éste agregáronse más tarde sus hermanos don Bernardo y don Nicasio, es decir, cuatro de la "casa de Guzmán", contando con el precursor que antes nombramos y cuatro de la "casa de Rosales".

Pero reinaba por esa época en Santiago una buena y arrogante señora, que, casado el Maipo, tenía una hacienda como una provincia, y vivía en sus jardines de Santa Rita como Semiramis en Babilonia. Llamábase esta dama doña Tránsito Barrera de Jara Quemada, y a su manera, envió a la lista cuatro de sus más lucidos impollos, don Lorenzo, don Manuel, don Miguel y don Ramón Jara, que falleció su regreso, en Buenos Aires.

Otras familias de menos fuste en fortuna y especialmente algunos de los altos signatarios del Estado, enviaron más corta factura y por pares como en el Arca.

Así, el general don Francisco de la Lastra, a la sazón gobernador de Valparaíso, inscribió sólo a sus hijos don Antonio, honorable caballero que se ha formado entre nosotros más tarde dichoso hogar, y su hermano don José, que nunca ni en Francia donde mató a un marino en duelo, ni en Chile donde vivió extraño y desventurado, lo tuvo. El general Borgoño alistó a sus hijos don José Luis y don Adriano, fallecido más tarde en Pau, y así otros que no recordamos con fijeza hasta el número de 27⁶.

Eligióse para el transporte de la alborotada colonia parisiense, porque todos, y zosamente, habían de ir a París, la gabarra francesa *La Moselle*, especie de barca

⁶Para esta prolija serie de nombres nos ha servido una interesante, pero incompleta crónica que nos ha suministrado nuestro colega y amigo el señor Vicente Pérez Rosales, uno de los argonautas de '26, y lo que de cuando en cuando hemos oído contar en familia o al acaso. No respondemos por el hecho de la absoluta exactitud de los nombres y personajes de la primera colonia chilena que emigró al cuerpo al Viejo Mundo, porque respecto de uno o dos puede haber algún error.

usada en aquel tiempo para los transportes militares y en cuya batería, quitando un cañón o poco menos por viajero, habilitóse una especie de ciudadela de lonas y maderos, con las hamacas colgadas en los baos, las cuales de día se plegaban para dejar una ancha y ventilada tienda.

Con estos ligeros aprestos hízose al mar la expedición el 16 de enero de 1826, a las cuatro de la tarde, y después de rapidísimo viaje, viento en popa, de sólo veintidós días hasta Rio Janeiro y otra travesía no menos feliz hasta el Havre, los veintisiete adolescentes montaron en las veloces diligencias Caille-Lafite, que aún no desaparecen del todo de las magníficas carreteras de Francia; y por abril, cuando las flores comienzan a entreabrir sus delicados pétalos al tibio beso del Norte, sacaban todos sus cabezas, necesitadas por el maestro y las tijera, asomándose a los postigos del vehículo, maravillados de hallarse, sin saber cómo, en el suspirado París de sus afanes...

El viaje de *La Mosela*, en realidad, había sido tan venturoso como rápido. Pero como el rey de Francia, si bien había puesto a disposición del enjambre viajero la mesa y el cocinero de sus guardiamarinas, no hizo otro tanto ni con su despensa ni con su bodega, ocurrióseles a los mozos santiaguinos, acostumbrados en tierra al regalo del estomaguillo, las albóndigas y las patitas rebosadas, que el capitán de la gabarra los había tratado mal; y sin más que esto, su primera diligencia al llegar fue acusarlo al Rey oficialmente. Sucede que en la mayor parte de los casos es el mar, el viento, el asqueroso mareo o el rebelde timón, o el buque tardo o brincador el que se porta mal; pero como ni el hombre ni el niño pueden llevar su queja ni a los astilleros ni al cielo, la echan encima del piloto, sin acordarse del *gratis* y sus compromisos. Otro tanto hicieron, contra el parecer del que suscribe, los proscritos de la *Luisa Braginton*, esta gabarra política de 1859.

Por lo demás, fuera de alguna ocasional hambruna, los primeros aprendices de la moda que fueron a bordo de la *Mosela* pasaron alegremente su tiempo, y hasta representaron comedias en su tienda: prueba evidente de que fue injusta su queja, a no ser que como en el *Gastrónomo sin dinero*, hablaran todos de pura hambre...

No faltaba tampoco en la gabarra francesa algunos tipos de algarabía que por sí solos constituían episodios vivos del eterno entremés humano, y entre éstos el primogénito de Santa Rita, que nunca se acostó sino en sus pellones y cada domingo, como quien va a misa, había de ensebar su lazo y amarrarlo a los correones. "Para él (dice uno de sus compañeros de gabarra) Chile era lo mejor del mundo, y después de Dios, su caballo".

Iban también a bordo como supernumerarios, además de un hermano de don Felipe Santiago del Solar, capitalista y consignatario originario de la expedición, de un soldado del Burgos embarcado, en calidad de sirviente, y del pirata Martelí, un caballero boliviano llamado don Ramón Mandrache, que era, a su manera, el profesor anticipado de francés en la colmena. "Se le había metido entre ceja y ceja, cuenta uno de sus alegres camaradas, que para hablar en ese idioma solo bastaba decir *monsiur* y *bus* (vous) y dejar en seguida en suspenso la última sílaba de las palabras españolas: así, se le oía decir en ocasiones, convidan-

do a algunos a bajar al entrepuente. —*Monsiur siquier bus bacar abac, aquí tien bus lescaler...*⁷.

¿Sería por ventura este mismo el *paisano* que habiendo tropezado en un baile de Tullerías con el rico vestido de una hermosa dama, díjole estupefacto —“*Pardon mademoiselle que j'e vous ai pissé*”...

A lo cual la señorita miró con asombro, asomándole al rostro el carmín del rubor y la sorpresa, a su bárbaro interlocutor, y pasó indignada adelante...⁸.

O aquel que orgulloso de su saber lingüístico dijo al francés de la escopeta —*Músiu bendéou l'escopetú?*...

Agregaremos aquí de paso y para explicar cuan antiguo, radical y dominante ha sido entre nosotros el poderío de la moda, que al convoy gratis de *La Mosela* se siguió inmediatamente otro cargamento de aristócratas caballeritos de Santiago, y a éste, otro y otro en seguida, como en la zamacueca, por espacio de cincuenta años, hasta el *Iberia* que en marzo último se llevó la postrer remesa a la Exposición. En el *Cosmopolitain*, transporte francés de comercio, partieron desde luego para el Havre, en el invierno de 1826, tres jóvenes de la opulenta familia Guerrero Varas y tres Larraín Moxó. Los primogénitos de una y otra rama han guardado intacto el culto de París, pero con una diferencia esencial empero, y es ésta que el uno, el apreciable caballero don Calixto Guerrero, se ha contentado con una especie de adoración platónica, al paso que su amigo y hermano más feliz, el señor Rafael Larraín, ha ido cinco veces en peregrinación a aquel mundo clásico del arte dispendioso y de la alta y refinada cultura social.

Pero fuerza es volvamos atrás de estas reminiscencias de ultratumba y continuemos el interrumpido itinerario de los juveniles viajeros de *La Mosela*.

Quedábamos en las quejumbres de los niños y su tutor por las hambres que les hizo pasar el cocinero de *La Mosela*. Pero es de estricta justicia doméstica agregar aquí que los dolores de estómago que los señoritos regalones de Santiago pasaron a bordo del transporte gratis no deben cargarse a la cuenta de sus solícitas mamás, ni de las amas de llaves y “mamas Pichas” de la época; porque cada baúl de palo y cuero de buey, era un apretado almacén de Weir Scott de golosinas indígenas, ninguna de las cuales, desgraciadamente, había sido inventada como específico contra el mareo, sino, al contrario, como su fuerza cooperadora, a bordo: —la harina de llally hecha hurpo [sic] y vinagrillo, los higos de Putaendo como cataplasmas, las tortas y alfajores como tranças, y los dulces de todas las denominaciones como saliva y como bilis.

Y aun lejos de toda parsimonia, años más tarde, una de las buenas señoras que en París tenía cuatro bocas queridas y criadas en el almíbar del cucharón y de la paila enviábales por toneladas los cajones de deliciosas conservas de su propio huerto. Mas por arrogancia o laconismo, la noble señora no ponía en la tapa de los sabrosos cajones sino este letrero: —*A mis hijos en París...* conocido lo

⁷Apuntamientos citados del señor Vicente Pérez Rosales, 1877.

⁸Los franceses dicen por *pisar* a uso, *marcher sur le pié*. El que quiera saber lo que significa lo que el otro dijo a la dama de palacio, habrá de darse la molestia de buscarlo en el diccionario.

cual por unos cuantos pajes golosos y alegres gandules, salíanle a los tarros antes de dejar, la playa de Chile tantos "hijos" como hormigas suelen aparecer en las despensas.

Y de esa suerte ni el dulce de higos ni el de alcoyota, que en Europa llaman de cabellos de ángeles, ni el digestivo de ciruelas, ni el de guindas del guindal frondoso que las regala todavía en *Santa Rita*, ni el tropical camote, ni siquiera el de blanca zamboa "dulce de paridas", llegó jamás a los hijos verdaderos de la amable señora en París.

Cierto es también que el arte de rotular cartas y cajones es un aprendizaje femenino completamente moderno en nuestro suelo. Trajéronlo de París los primeros chilenos que fueron a París.

Entre tanto, llegados a la casa de huéspedes que les aguardaba, y acicalados los mancebos chilenos por sastres, peluqueros, por fabricantes de camisas *á la minute* y todo el infinito gremio que en París se encarga de mejorar las condiciones, perfiles, dolencias, fealdades y pesetas del cuerpo humano, fueron distribuidos aquellos por grupos en varios colegios *españoles*, yendo el mayor número a la pensión que el canónigo Prado había abierto en compañía del matemático Vallejos, y otros al colegio de Silvela, el amigo de Bello, de Mora y Moratín. Este último, como Vallejos, era uno de los profesores.

Agregáronse a los grupos santiaguinos poco más tarde, según dijimos, los tres jóvenes Larraín Moxó (don Rafael, don Santiago y don José María), los tres Guerrero Varas (don Calixto, don José Miguel y don Víctor), don Ramón de Undurraga, don Juan de la Barra y otros recién llegados al cuartel latino, donde se aprendía de todo menos el latín...

En el ramo de la diplomacia, pusieron en seguida a la cabeza de la colonia chilena, nunca más numerosa que en aquel tiempo de pasaje gratis, don Mariano Egaña, sus secretarios don Miguel de la Barra y don Pedro Palazuelos (dos polos humanos encerrados en la misma oficina) y el señor don José Joaquín Pérez, que en aquel tiempo había pasado de Estados Unidos a París, donde sería nuestro primer encargado de negocios, sin negocios, en 1830.

El penúltimo de esta lista fue uno de los oradores de club al aire libre en la revolución de julio, especialmente en Versalles, donde, de pie sobre una silla, pronunció una entusiasta arenga en favor de las barricadas, en un domingo de *grandes aguas*, es decir, cuando corrían todas las pilas y juegos hidráulicos del histórico palacio de Luis XIV.

Contar ahora lo que hicieron los treinta chilenos a cuyos nombres más o menos hemos pasado lista de presentes en esta relación, y con su solicitado y benévolo permiso, no es asunto que cabe en ella ni tampoco las maravillas, las anécdotas y barbaridades que rodearon más o menos a cada uno a su regreso.

Será suficiente decir, por si alguna vez se nos ocurre entrar en los honestos detalles de la misión social de los emigrados de la *gabarra* francesa, que cuando después de la revolución de 1830, y como empujados por su ola, comenzaron a aparecerse aquellos en Chile, sus paisanos y especialmente sus paisanas, se acostumbra a mirarlos como una constelación aparte en nuestro cielo. Hubo así

chilenos que brillaron como verdaderos astros y otros que pasaron de un hemisferio a otro como erráticos cometas...

Este último tipo comenzó, sin embargo, a hacerse común mucho más tarde, cuando abarataron los fletes, y de ellos sacó su bien imitada copia de "Agustín Encina", el ingenioso autor de *Martín Rivas*.

Una palabra, antes de concluir, en señal de gratitud y buen recuerdo hacia los cuatro galantes marinos que, a semejanza de los cuatro evangelistas, vinieron a anunciar a los chilenos que pronto se abrirían delante de sus pasos las puertas del paraíso, es decir, las puertas deslumbradoras de París.

Hubo de particular en esos emisarios que todos, Jurien, Mackau, Roussin y Rosamel, el más amable y eficaz de ellos, llegaron a ser almirantes y ministros de marina en su patria, falleciendo cada cual, más o menos, en la edad en que mueren la mayor parte de los almirantes europeos, de setenta años; Jurien en 1836, Rosamel en 1848, Roussin en 1854 y Mackau en 1855.

Era oriundo el almirante Jurien del centro de la Francia, y había pertenecido más a la administración que al servicio activo de la marina. En esa calidad había desempeñado interinamente el Ministerio de Marina en 1814, y pasado después a América con su *comisión científica*, ya conocida. Retirado después a altos destinos sedentarios, falleció en Fontainebleau en 1836.

El almirante Roussin era también mediterráneo como Jurien La Gravière, por que había nacido en Dijon, capital de la Borgoña. Hizo la campaña de Irlanda en 1798, como Rosamel, y en seguida bombardeó a Lisboa y amenazó hacer otro tanto con Constantinopla donde en cierta época fue embajador de Francia. Desempeñó en seguida el Ministerio de Marina desde 1840 a 1843, en cuya época transmitió su cartera al barón Mackau, el héroe de Rosas y del Plata.

Fue este último un hombre bravo como su predecesor, pero en extremo afecto a la diplomacia, de cuya pasión le sobrevino que en dos ocasiones lo engañaron los criollos del Nuevo Mundo, una vez los haitianos en 1812 y otra los argentinos en 1840. En cambio, en la guerra con los ingleses tomó varios buques de hombre a hombre, y esto le valió ser Almirante a los cuarenta años. Par de Francia más tarde, murió de 67 años en 1848.

En cuanto al amable Caron, que condujo a los primeros emigrados chilenos, sin exigir la moneda obligada del pasaje, el almirante Rosamel, había nacido a orillas del mar, en Trencq (Paso de Calais) en 1774, y como sus tres compañeros ya nombrados entró a la marina de guerra de *grumete*. Hizo con Hoche la campaña desgraciada de Irlanda en 1798, y después de su regreso de Chile en 1826, mandó como segundo la flota que conquistó a Alger en 1830.

Nombrado Ministro de Marina en el gabinete Molé (1836), se retiró tres años más tarde, después de haber dejado iniciada la primera expedición contra México, que el sobrino de Jurien La Gravière debía renovar veinte años más tarde (1860). Senador de Francia como Mackau y como Roussin, el almirante Rosamel falleció en París en comparativo olvido en 1848.

Hase dicho siempre que París, tipo y esencia del mundo moderno, es ante todo ingrato y voluble como sus lindas mujeres. ¿Pero los hijos de familia que

fueron conducidos por la mano del cariñoso marino, digno de su nombre, hasta las aceras del alegre *boulevard* y hasta los bancos del bullicioso Cuartel Latino, habrán podido olvidarlo como sus veleidosos compatriotas del presente tiempo?

Santiago, octubre de 1878

(*El Ferrocarril*, 2 de noviembre de 1878)

UN GOTÁN PARA LAUTREC*

Julio Cortázar

LAUTREC Y NOSOTROS

No vino nunca a la Argentina, qué iba a venir. Los franceses de su tiempo viajaban poco, se habían acostumbrado a que la gente fuera a verlos; sin moverse de París podían encontrar todo lo que les diera la gana, y les daba poco. Más todavía un Lautrec con sus patitas mermadas, esa fiaca de gran señor que tan temprano lo llevó a vivir en los prostíbulos, porque allí todo estaba al alcance de la mano, modelos, salones con espejos, camas propicias, fiestas, temas pictóricos, mujeres madres, mujeres hermanas, mujeres mujeres, él, que un día le dijo a un amigo que un cuerpo de mujer era algo demasiado hermoso para hacer el amor, como si las servidumbres de esos muslos y esas nalgas y esos tremendos senos que se usaban entonces le parecieran por debajo del esplendor esencial que tantas veces su lápiz y sus pinceles fijaron para siempre fuera del tiempo.

De manera que no vino nunca a la Argentina ni fue a ninguna parte más allá de Inglaterra, le bastaba Montmartre para sentirse en el centro del mundo, en una ubicuidad de burdel cotizado o de *Moulin Rouge* hacia donde convergían los viajes nostálgicos, las bailarinas, los poetas, las estrellas de circo y los potentados de la Tierra. De nosotros conoció a los *fils à papa*, los hijos de viejos o de nuevos ricos rioplatenses que desembarcaban en Francia para completar su educación sentimental y preparar ese regreso que les daría un diploma no escrito, pero más prestigioso que el de las universidades. Casi no debió reparar en ellos, porque le tocó vivir antes de la generación que no solamente llegaría a París para pasarse la gran vida sino para entrar vencedora en el ambiente, tirar manteca al techo y copar la parada con un arma arrolladora, el tango.

Lástima por él y por nosotros; pero los juegos del tiempo y el destiempo son infinitos, y hoy entrevemos otros lazos entre Lautrec y nosotros, entre su mundo y el de Buenos Aires. Extrañamente, bellamente, el tango es puente entre los dos, un puente por el que pasan mujeres y poetas y trágicos destinos. Hay dos maneras de acercarse a Lautrec, la de los que miran sus cuadros en los museos y la de los que silban viejos tangos sin pensar para nada en él. De la primera se ocupan las gentes cultas; aquí nos gustaría acercarnos a la otra, mitad imaginada y mitad de veras.

MIREILLE SE VA A LA ARGENTINA

En el Museo de Albi hay uno de los cuadros más hermosos de Toulouse Lautrec,

*Gentileza de Juan Carlos Ghiano.

Le salon de la rue des Moulins, pintado en 1894 en el prostíbulo donde el artista pasaba largas temporadas. El primer plano muestra a una de las pupilas sentada en un sofá rojo y mirando más allá del cuadro, el perfil un poco perdido en la distracción o la espera del próximo cliente, una pierna tendida y la otra replegada. El pelo rubio rojizo, el cuello poderoso, la masa del cuerpo adivinable bajo un vestido que más parece un camisón transparente, las medias de un verde casi negro, toda ella responde a los cánones del tiempo. El perfil es agudo, cortante. Esa mujer se llamaba Mireille y fue una de las buenas amigas de Toulouse Lautrec.

Tan buena amiga que acaso despertó celos en el pequeño mundo cerrado del quilombo, donde en algún momento las otras pupilas empezaron a inventar pretextos cada vez que Lautrec buscaba a Mireille. Por eso, y para encontrarse a solas con ella, Lautrec decide pagarle a la madama para que Mireille pueda salir durante un día entero. Así se lo cuenta a un amigo, y agrega: "Estuvo ayer conmigo. Mira, ese ramo de violetas me lo trajo ella".

Nada hay en todo esto que se parezca demasiado al amor, pero Lautrec defiende su amistad con Mireille, una confianza más honda en ella que en las otras pupilas. Hasta el día en que todo acaba bruscamente porque nosotros entramos en el juego. Él se lo explica a un amigo en una carta: "Mireille se va a la Argentina. Unos comerciantes de carnes la han convencido de que allá hará fortuna. Traté de disuadirla, pero ella cree firmemente en todas esas falsas promesas. De todas las que parten en esas condiciones, ninguna vuelve. Al cabo de dos años están reventadas".

Esto, desde otras variantes múltiples, es lo que entonces se dio en llamar "el camino de Buenos Aires", y Lautrec lo resume con un seco trazo de lápiz. Mireille, claro, tomó un barco, y no volvió jamás. *No more violets for Mr. Lautrec.*

MIREILLE EN LA ARGENTINA

Lo de "comerciantes en carnes" da que pensar, porque se presta a una doble interpretación, pero mis amigos franceses me dicen que jamás Lautrec hubiera usado esa expresión si hubiera querido referirse a *cafishos* en tren de reclutar materia prima para la vida galante de los porteños. Pienso que realmente eran ricachos que habían venido a venderles el *baby beef* a los franceses, que se constituyeron como correspondía en Pigalle y sus alrededores, y después de decidir que Mireille estaba para lo que dijo Cejas (aunque jamás se sabrá lo que dijo, pero da igual) se la trabajaron dentro de los términos sucinta, pero elocuentemente apuntados por Lautrec en la carta a su amigo. Como tantas otras muchachas iniciadas o por iniciar, Mireille subió esperanzadamente al paquebote que la llevaría a Eldorado del Plata; su historia del lado francés termina ese día, pero acaso se continúa de nuestro lado, y yo, que creo en la verdad de toda buena invención, estoy convencido de que años más tarde Mireille entraría en nuestra historia por obra de un tal Manuel Romero. Estoy hablando de tiempos viejos, y también de *Tiempos viejos*, un tango de Romero y Canaro; estoy hablando de una mujer que los muchachos de antes conocieron como la rubia Mireya.

*¿Te acordás, hermano? ¡Qué tiempos aquellos!
Eran otros hombres más hombres los nuestros
No se conocían cocó ni morfina,
los muchachos de antes no usaban gomina.*

En 1925, Romero habla nostálgicamente de "aquellos tiempos", y aquellos tiempos eran el año cinco, el año diez, la época en que Mireille vivió su efímera carrera que acaso duró más que los dos años vaticinados por Lautrec, mantenida por los comerciantes en carnes, resbalando poco a poco cuesta abajo como la mina de *Flor de fango* (que también pudo ser ella, que me prueben lo contrario, aunque Pascual Contursi diga que nació en un conventillo alumbrado a kerosén). Porque a Mireille también pudieron pasarle las mismas, tristes cosas:

*Después fuiste la amigueta
de un viejo boticario,
y el hijo de un comisario
todo el viento te sacó...
Empezó tu decadencia,
pasaste ratos extraños
y a fuerza de desengaños
quedaste sin corazón.*

Por eso, cuando Romero la evoca en los años veinticinco, la rubia Mireya anda ya por los cincuenta y es un harapo viviente; pero él la había conocido joven y hermosa en la milonga de Laura, en lo de Hansen, y su tango cuenta cómo se la quitó al loco Cepeda. De Mireille a Mireya hay el suave resbalón de una lengua criolla que no se preocupa demasiado por nombres extranjeros; de Mireille a Mireya no hay ninguna diferencia esencial, son una sola rubia, una sola mujer de la vida, un solo destino tristemente previsto por un gran pintor francés y meramente alargado por la suerte, por una salud de fierro y los buenos bifés criollos.

*¿Te acordás hermano, la rubia Mireya
que quité en lo de Hansen al loco Cepeda?
Casi me suicido una noche por ella
y hoy es una pobre mendiga harapienta.
¿Te acordás, hermano, lo linda que era?
Se formaba rueda pa' verla bailar...
Cuando por la calle la veo tan vieja
doy vuelta la cara y me pongo a llorar...*

Nada de todo eso pudo saberlo *monsieur* Lautrec por razones geográficas y necrológicas obvias, y desde luego fue mejor para él, porque el ramo de violetas debió seguir perfumando hasta el final en alguna repisa de su memoria. Pero resulta irónico pensar que tampoco los argentinos saben nada de eso cuando entran como turistas en el Museo de Albí y se detienen admirativos ante *Le salon*

de la rue des Moulins y ven a la rubia en el sofá rojo, la muchacha anónima que, sin embargo, late en algún rincón de nuestra memoria colectiva; quién no oyó, quién no silbó alguna vez *Tiempos viejos*, quién no recuerda pedazos de su letra:

¿Te acordás, hermano? ¡Qué tiempos aquellos!

¡Veinticinco abriles que no volverán!

Veinticinco abriles, volver a tenerlos,

si cuando me acuerdo me pongo a llorar...

Inocente, ignorante, Mireille en su doble salón dorado de burdel y de museo no sabe que del otro lado del mar la está esperando el destino de la rubia Mireya, que un poeta de la ciudad la rescatará de la insignificancia para ponerla en la mesita de luz del recuerdo popular, cerca de la Virgen de Pompeya, del retrato de Gardel, del panteón porteño con flores artificiales y flecos de macramé. Aún hoy, en las charlas de amigos, cada tanto asoma con valor de metáfora de referencia irónica o nostálgica, la imagen fantasmal de Mireya la rubia.

A LA SOMBRA DE LAS PIBAS EN FLOR

Si lo que sigue no tiene ya nada que ver directamente con Lautrec, prolonga en cambio el paralelismo de su vida parisiense con la del mundo del tango a principios de siglo, y los eslabones de esa cadena florida siguen siendo las tantas Mireilles "que un sueño de novela trajo al arrabal", como canta José González Castillo en el perfecto tango de Enrique Delfino. En realidad si Lautrec hubiera decidido venirse a Buenos Aires con Mireille (peores cosas se hacen en la vida) se hubiera llevado la agradable sorpresa de encontrar más de un salón como el de la rue des Moulins, y hubiera podido mantener sin grandes cambios el tipo de vida que le gustaba. Uno lo imagina como a Figari en Montevideo, pintando los bailes de nuestros *Moulin Rouges*, incluso los que se citan en la evocación de Mireya, el de Laura, el de Hansen, el *Palé de Glás* que recuerda Enrique Cadícamo en el tango de ese nombre. ¡Qué pinturas tendríamos de esas milongas que sólo podemos evocar hoy a través de poemas y de malas fotografías! Lástima, che.

Porque en ese Buenos Aires del centenario y de los años que siguen, no sólo la rubia Mireya le hubiera dado dique a Lautrec. El camino de Buenos Aires había traído legiones de muchachas promovidas literal o figurativamente a una gloria póstuma por tangos casi siempre hermosos, casi siempre perdurables. Incluso el hecho de que la mayoría fueran escritos dos o tres lustros después de lo que evocan, es la prueba irrefutable del prestigio y el aura que envolvió a las francesitas y las puso en la leyenda junto con los taitas y los malevos de ese tiempo. Nadie ha resumido esto mejor que José González Castillo en *Griseta*, el tango de Delfino que quiero citar enterito, porque así se lo canta en mi corazón:

Mezcla rara de Museta y de Mimi,

con caricias de Rodolfo y de Schaunard,

era la flor de París

que un sueño de novela trajo al arrabal,
y en el loco divagar del cabaret,
al arrullo de algún tango compadrón,
alentaba una ilusión,
soñaba con Des Grieux,
quería ser Manón.

Francesita,
que trajiste, pizpireta,
sentimental y coqueta,
la poesía del quartier,
¿quién diría
que tu poema de griseta,
sólo una estrofa tendría:
la silenciosa agonía
de Margarita Gauthier?

Mas la fría sordidez del arrabal
agostando la pureza de su fe,
sin hallar a su Duval,
secó su corazón lo mismo que un muguet.
Y una noche de champán y de coco,
al arrullo funeral de un bandoneón,
pobrecita, se durmió,
lo mismo que Mimi,
lo mismo que Manón.

Si le hubiera sido dado escuchar *Griseta* en algún salón dorado y rojo fuera del tiempo (al fin y al cabo, ¿qué importa el tiempo en estas cosas? Bien dice otro tango famoso que "veinte años no es nada" y el que lo dice es Carlos Gardel, y de pie, señores), Lautrec habría comprendido sus palabras mejor que muchos argentinos, puesto que ese tango es un verdadero curso de literatura francesa romántica. Poco a poco, para su sorpresa y probablemente su irónico regocijo, habría seguido encontrando fragmentos de esa historia sentimental en tantos otros tangos que reflejan, como los espejos de los prostíbulos, imágenes de gloria y de derrumbe. Curiosamente, un tango de Enrique Cadícamo y Eduardo Pereyra le hubiera contado, cambiando simplemente el nombre de la heroína, la historia de Mireille:

"Mamuasel" Ivonne era una pebeta
que en el barrio posta del viejo Montmart,
con su pinta brava de alegre griseta
animó las fiestas de Les Quatre Arts...

-Joder- hubiera comentado Laurec que para ese entonces hablaría en criol-

lo con algunas erres bien masticadas— ¡qué manera de mezclar Montmartre con el barrio latino y el baile de *Quat'z Arts!*

Y se hubiera sonreído indulgente, porque también a él se le armaban unos líos padres con Puente Alsina, San Telmo y La Tablada. Pero la verdad estaba ahí detrás de las confusiones topográficas; una vez más un argentino entre tango y mate había alzado a otra Mireille para traerla a nuestros pagos, una vez más el ciclo del triunfo y de la caída se cumplía ineluctable.

SUS TAN BONITOS NOMBRES

Por todo eso vale quizá la pena continuar un rato más este juego de espejos (siempre los espejos en el mundo de Lautrec) que a lo largo de carambolas en el espacio y en el tiempo se lanzan los reflejos centelleantes de la vida nocturna, se devuelven los ecos de tanto destino cruzado, de argentinos en París y francesitas en Buenos Aires. Y todo eso que la historia no se hubiera dignado recoger, porque la historia está demasiado ocupada en registrar los hechos que considera importantes y que no siempre lo son, el tango porteño lo atesora poco a poco y nos lo vuelve puro presente, nos muestra una parte de lo que somos para bien y para mal, anula la temporalidad y nos pone mano a mano con Lautrec y con Mireya en un salón rojo o verde, en Montmartre o en Retiro. Basta escuchar lo que se canta entre nosotros; de los tangos va surgiendo nuestro pasado subconsciente por encima del cual vocifera ese otro que nos enseñan en las escuelas.

En muchos de esos tangos, los nombres propios y las palabras son claves que hoy no tienen ya sentido, pero que Lautrec y los argentinos de su tiempo debían recibir como signos de una complicidad por encima del mar, juego de resonancias que daba a la música un valor a la vez popular y esotérico en la medida en que los cantores y el público la sentían como pura emoción mientras que los iniciados reconocían similitudes, simetrías y afinidades. Mi memoria no alcanza a registrar todos esos nombres y palabras, pero me basta andar solitario por la calle, me basta ese momento tan argentino (tan italiano a la vez) en que nace el primer silbido entre los dientes, un tanteo que se resuelve en una elección casi siempre inconsciente, de golpe es *Ciruja* o *Flores negras*, se va pasando de *Malevaje* a *Mi noche triste*, y por detrás están las palabras, el lunfardo afilado y amargo, la poesía buena o mala, pero siempre nuestra, y cada tanto asoma un tango que me junta mis dos mundos, me mezcla el centro porteño con el barrio latino o Montparnasse. Y eso viene como de nada, un simple nombre de mujer que basta para llenar un tango de esa nostalgia inocente de los porteños frente a la lejana luminaria en la que imaginaban las consagraciones, los amores tumultuosos y el *caché*, esa palabra que todo lo resumía a la hora de las ilusiones. He dicho un simple nombre de mujer y pienso en la Ivette de Pascual Contursi, sus versos para el tango de Berto en los que, sin embargo, no hay nada de francés y que hubiera dejado indiferente a Lautrec. Ahí se entera uno de que la tal Ivette era una china suburbana, y qué china:

*En la puerta de un boliche
un bacán encurdelado*

*recordando su pasado
Que la china lo dejó...*

Si la sintaxis también lo deja un poco, la descripción de las relaciones entre el bacán e Ivette es sabrosa:

*¿No te acordás que he robado
pá que no falte el buyón?
¿No te acordás cuando en cana
te mandaba en cuadernitos
aquellos lindos versitos
nacidos del corazón?
¿No te acordás que conmigo
usaste el primer sombrero
y aquel cinturón de cuero
que a otra mina le saqué?*

Sin hablar de esto, que no habría dejado indiferente a Helena Rubinstein:

*¿No te acordás que traía
aquella crema lechuga
que hasta la última arruga
de la cara te sacó?*

Pues bien, esta preciosidad se llamaba Ivette, señores, y desde luego alguien tan experimentado como *monsieur* Lautrec hubiera advertido sus similitudes canallas con muchas de las pensionistas de sus hogares preferidos. Pero aquí, de silbido en silbido (los parisienses me miran un poco escandalizados porque el francés no es hombre que silbe en la calle ni en ninguna parte, eso lo compartimos con los tangos nada más, *grazie tante alla Madonna*), me viene otro nombre postizo, la Margot de Celedonio Flores que también es una china de barrio como Ivette y que, al igual que ella, repite el monótono apogeo y decadencia de su antigua profesión:

*Se te embroca desde lejos,
pelandruna abacanada
que nacistes en la mugre
de un convento de arrabal...*

Celedonio la tiene bien manyada, y en dos versos que más de cuatro llamarían lapidarios define lo que a los sociólogos les llevaría un capítulo:

*Ya no sos mi Margarita,
ahora te llaman Margot.*

Y esta Margot, cuyas nociones de Francia y de París me hubiera gustado conocer, hace todo lo que puede para ajustarse a su nuevo y elegante nombre,

*entre el humo de los puros
y el champán de Armenonville,*

y su programa nocturno contiene en sus *ersatz* toda la nostalgia porteña de eso que brilla, inalcanzable, al otro lado del mar:

*Te la vas con los otarios
a tirarte de bacana
a un hujoso reservado
del Petit o del Julién...*

Que diferencia con *madame Ivonne*, que ya saludé antes; ésta sí llevaba el nombre bien puesto, con el pasaporte en regla:

*Era la papusa del Barrio Latino
que supo a los puntos del verso inspirar,
pero fue que un día llegó un argentino
y a la francesita la hizo suspirar...*

Ya lo sabíamos, siempre es igual: "...se va a la Argentina, unos comerciantes en carnes la han convencido de que allá hará fortuna". Y Mireille, Mireille-Ivonne llega a Buenos Aires, y Lautrec guarda en vano el ramo de violetas mientras noche a noche, como lo cantara Gardel,

*la milonga entre magnates con sus locas tentaciones
donde triunfan y claudican milongueras pretensiones*

quiebra una a una las esperanzas, complica los problemas de alquiler, inicia el lento horror de las arrugas, y un poeta lo sabe y lo dice:

*Han pasado diez años que zarpó de Francia,
"Mamuasel" Ivonne hoy es sólo "Madam",
la que al ver que todo quedó en la distancia
con ojos muy tristes bebe su champán...
Ya no es la papusa del Barrio Latino,
ya no es la mistonga florcita de lis,
ya nada le queda, ni aquel argentino
que entre tango y mate la alzó de París.*

Sí, todo eso Lautrec lo hubiera comprendido y compartido, él que vio irse a su mejor amiga y declinar, en el recurrente juego de repeticiones de los burdeles siempre iguales a sí mismos en cualquier rincón del mundo, a las que se quedaban a su lado. A veces me da bronca que no se haya tomado un barco el petiso, a la final tenía plata para hacerlo (en realidad, parece que no tenía plata, pero sus padres siempre le hubieran pagado ese capricho, eran unos ricachos de provincia

como los papás de los argentinos que abordaban París en tren de conquista, ya se ve que la simetría se mantiene, escalera a dos puntas en el póker de la vida).

LA SOBORNA CANYENGUE

La cosa no se quedaba siempre en meros nombres o palabras sueltas sino que muchas veces invadía todo el cuerpo del tango para imponerle la presencia de lo francés. Así, en ese juego del tiempo que todo lo acerca y todo lo separa, Lautrec hubiera podido escuchar entre otros ese tango donde la nostalgia y la envidia de París terminan por hacerse música y poesía para celebrar, de una manera que maldito si tiene algo que ver con nosotros, nada menos que la mismísima dama de las camelias, estoy hablando del tango de Nelson y Mora que se llama previsiblemente *Margarita Gauthier*, y que vamos a silbar de arriba abajo, aunque la gente del bulevar de Sébastopol me mire como si yo fuera un dinosaurio engripado:

Hoy te evoco emocionado, mi divina Margarita.

Hoy te añoro en mis recuerdos,

oh mi dulce inspiración.

Soy tu Armando el que te clama,

mi sedosa muñequita,

el que llora, el que reza, embargado de emoción.

El idilio que se ha roto

me ha robado paz y calma

y la muerte ha profanado

la virtud de nuestro amor;

para qué quiero la vida

si mi alma destrozada

sufre una angustia suprema,

vive este cruento dolor.

Hoy de hinojos en la tumba

donde descansa tu cuerpo

he brindado el homenaje que tu alma suspiró.

He llevado el ramillete de camelias ya marchitas

que aquel día me ofreciste

como emblema de tu amor.

Al ponerlas junto al lecho donde dormías tranquila,

una lágrima muy tierna de mis ojos descendió,

y rezando por tu alma, mi divina Margarita,

un sollozo entrecortado en mi pecho se anidó.

Nunca olvido aquella noche

que besándome en la boca,

una camelia muy frágil de tu pecho se cayó.

La tomaste tristemente, la besaste como loca,

y entre aquellos pobres pétalos

una mancha apareció...

*Era sangre que vertías, oh mi pobre Margarita,
eran signos de agonía, eran huellas de tu mal.
Y te fuiste lentamente, vida mía, muñequita,
pues la parca te llamaba con su sorna tan fatal.*

—Hagame el favor— hubiera dicho Lautrec estupefacto—, pero si eso yo ya lo conozco, *sacré nom d'un chien*.

Claro que lo conocía, como también iba reconociendo tanta palabra francesa que resbalaba en los tangos, por ejemplo, en los primeros ocho versos de Manuel Romero para *Aquel tapado de armiño*, de Delfy:

*Aquel tapado de armiño
todo forrado en lamé;
que tu cuerpito abrigaba
al salir del cabaret.
Cuando pasaste a mi lado,
prendida a tu gigoló,
aquel tapado de armiño,
¡cuántas penas me causó!*

A veces Lautrec se hubiera sobresaltado porque los tangos iban lejos en este tipo de contaminaciones, y se metían hasta las cachas en referencias literarias de las que lo menos puede decirse es que eran inenarrables, como sucede en *Cuartito azul*, producto de Mario Batistella para la música de Mores:

*Aquí viví toda mi ardiente fantasía
y al amor con alegría le canté,
aquí fue donde sollozó la amada mía
recitándome los versos de Chénier.*

—*Nom de Dieu de nom de Dieu*— hubiera gemido Lautrec, sabedor de que los versos de Chénier estaban lejos de ser recitables en ningún cuartito azul, y que su presencia en el tango sólo obedecía a algún párrafo del manual de historia de Malet que nos fue infligido en la escuela secundaria (donde también la historia nos la enseñaban a la francesa) y que cuenta patéticamente la muerte de André Chénier en la guillotina. Pero Lautrec se hubiera repuesto enseguida de esa efusión cultural poco esperable en un tango, al comprobar una vez más que *the French way of living* era la Meca, con permiso del Ayatollah Khomeini, de todo porteño milonguero, como bien pudo probárselo la primera estrofa de *Muñeca brava*:

*Che madam, que parlás en francés
y tirás ventolín a dos manos,
que brindás con champán bien frapé*

*y en el tango enredás tu ilusión...
 Sos un biscuit de pestañas bien arqueadas,
 muñeca brava, bien cotizada,
 sos el Trianón, del Trianón de Villa Crespo,
 che vampiresa, juguete de ocasión.*

En verdad, más de una vez Lautrec hubiera podido preguntarse, al igual que ese filósofo chino al que tanto jugo le sacaría Jorge Luis Borges, si él era un pintor francés soñando que escuchaba tangos en Buenos Aires o un cantor de tangos soñando que era un pintor francés en París. Sobre todo si hubiera conocido esa obra maestra de Arolas que se llama, como quien no quiere la cosa, *El Marné*. Y de yapa, puesto que estamos en plena evocación bélica, ese otro tango increíble que emocionó a los porteños del año cuarenta y cuyo tema es nada menos que la historia de cinco hermanos franceses que sonaron como fierro en la Primera Guerra Mundial y dejaron a la madre, viejecita de canas muy blancas, con cinco medallas que por cinco héroes la premió la patria. Gardel *dixit*, y contra eso no hay tu tía, *monsieur* Lautrec.

REVERSO Y FIN DE MEDALLA

Firmes en su derecho de ciudad, muchos tangos de la época se centran en la inmigración galante, con lo cual contribuyen a su manera a la política demográfica de la Argentina y hacen suya la frase de Alberdi, "gobernar es poblar". Muchas Ivettes, Mireilles e Ivonnes terminaron dignamente sus vidas como madres de familia, aunque esto a los tangos los haya tenido comprensiblemente sin cuidado puesto que no era tema, che. Lo que cuenta para ellos es siempre la desgracia, y por eso no tardan en registrar un luctuoso interés por una especie de contrapartida del camino de Buenos Aires, que contiene la crónica de las variadas amarguras y agonías de argentinas y argentinos en la tierra de Lautrec.

El modelo insuperable lo proveen Enrique Cadícamo y Barbieri, en *Anclao en París*, imposible de mencionar sin que la voz de Gardel se pegue desde el vamos al recuerdo:

*Tirao por la vida de errante bohemio
 estoy, Buenos Aires, anclao en París.
 Cubierto de males, bandeado de apremio,
 te evoco desde este lejano país.*

Se ve que no siempre las cosas les salían bien a los criollos que abordaban Montmartre en plan de conquista, y que la rubia Mireya encontró más de una vez en ellos una melancólica réplica. Como en su propio destino, pocos años bastaban para un *decline and fall* irremediables:

*Lejano Buenos Aires, ¡qué lindo que has de estar!
 Ya van para diez años que me viste zarpar...*

*Aquí en este Montmartre, faubourg sentimental,
yo siento que el recuerdo me clava su puñal.*

Menos mal que el tango acompañará siempre a los desterrados, y que entre mate y mate les hará más llevadera la tristeza, como lo supieron Manuel Romero y Pracánico en *Tango porteño*:

*Nunca podré olvidarte,
tango querido del arrabal,
y allá en Montmartre tu melodía
por todas partes me seguirá.*

Pero a veces, y esto Lautrec lo hubiera comprendido tan bien porque era parte de su vida cotidiana, la desgracia rebasa todo consuelo, y el destino de Mireille (“de todas las que parten en esas condiciones, ninguna vuelve...”) se refleja en algunos de los espejos simétricos de los salones rojos o azules para darnos exactamente el reverso de la medalla. Bien se lo siente en los versos de Héctor Pedro Blomberg para el tango de Maciel, *La que murió en París*:

*Siempre te están esperando
allá en el barrio feliz,
pero siempre está nevando
sobre tu sueño en París.
Paloma, cómo tosías
aquel invierno al llegar.
Como un tango te morías
en el frío bulevar.*

Por mi parte, mientras vagabundo por las calles de París y todo esto se va escribiendo en papelitos que garabateo en los cafés a medida que la memoria me larga tangos como perros flacos, pienso que también yo soy un anclao en París, aunque mi historia no se preste para ser cantada (contada sí, casi siempre empezando por mí mismo y por un tal Oliveira). Silbar viejos tangos centrados en melancólicos destinos de ida o de venida es una de mis muchas maneras de seguir estando en Buenos Aires, sobre todo ahora que ya no puedo volver y que por razones nada tangueras, pero igualmente tristes, me siento amurado en una de las dos puntas del ovillo, en uno de los dos inmensos espejos donde siempre se jugó el vaivén de mi corazón. Silbar los viejos tangos me ayuda tanto a vivir, como en otros momentos un tema de Bix Beiderbecke o de Ellington o de Charlie Parker o de Jacques Brel. Hay esos días que te caen como un gato desde la azotea y te arrasan la cara con un diluvio de zarpazos; entonces, en cualquier esquina de la noche, concedés otro cigarrillo y el silbido nace solo, se lo escucha como si fuera otro el que silba mientras se camina con las manos en los bolsillos, a veces *Flores negras*, a veces *Save it, pretty mama*, a veces *Le plat pays* (un poco mío puesto que en él nací). También yo puedo murmurar entre dos pitadas: “Cómo habrá cambiado

tu calle Corrientes", pero es un murmullo tan diferente del de Gardel: se acabaron los viajes de entonces, el París de las luces y las fiestas para criollos seguros de sí mismos; otro tipo de anclados vegeta hoy en la vaga espera de que los vientos cambien, y es cierto que cambiarán, pero vaya a saber si a tiempo para ellos; cada vez que la noche me agarra silbando en la calle, pienso que en otros barrios, en otras esquinas de aquí y de allá, hay gente que también los silba, que también se consuela malamente antes de volverse al bulín y al sueño.

Todo esto lo habría dejado más bien indiferente a Lautrec, pero en cambio era capaz de comprender tan bien otras razones del exilio, como comprendió las de Mireille y las de él mismo, exilado en su propia tierra, alienado en un enclave de burdeles y milongas. Hace unos años, un amigo que trabajaba en el consulado argentino en París me contó de los muchos compatriotas que se acercaban ya en el último escalón de la mishiadura para pedir que los repatriaran. Un día llegó un muchacho muy joven y buen mozo, y a mi amigo le sorprendió que con esa pinta quisiera regresar a la Argentina. Se lo llevó a tomar un café y poco a poco conoció la historia del fracaso, que al fin y al cabo era otro tango entre los muchos que hemos recordado para *monsieur* Lautrec. Compadrón, iluso, ignorante, el muchacho confesó que había esperado otra cosa de su viaje a París. Los amigos de la barra porteña se lo habían aconsejado, y el consejo era casi una orden nacida de palabras bastante memorables: "Esto a vos te va quedando chico, morocho de ojos verdes, en cambio en París vas a hacer roncha, te lo decimos nosotros". Y tanto lo creían que se cotizaron para ayudarlo a pagar el pasaje, y el morocho de ojos verdes desembarcó en Marsella con la seguridad del que lo tiene todo ganado de antemano. Uno piensa que también los comerciantes en carnes debieron decirle a Mireille que una rubia de ojos azules haría roncha en Buenos Aires; el final de las dos cosas es que de ella quedan acaso unos tangos, y de él esta anécdota. Y con eso ya está bien, me parece. ¿Nos vamos a dormir, *monsieur* Lautrec?

Ayer murió Nemesio Antúnez. Especie de mito, que acercó el arte a la gente ya fuera sacando el polvo al museo o usando la televisión para algo mejor que contar melodramas.

En 1988, como parte del catálogo de la retrospectiva realizada por la Galería Praxis, escribió una larga carta a su hijo Pablo, cumpliendo la promesa de explicarle su pintura y el desarrollo de ella en cincuenta años.

“Comprendes lo difícil que es escribir mis propias vivencias, sacudir la memoria, entrar en los oscuros y viejos rincones, es difícil Pablo pero ya estoy en el tiempo de atrás. Trato de ver y encontrar huellas”.

Para empezar a ir al grano, Antúnez acude a una imagen de su infancia. Frente a sus ojos, en una peladura del empapelado de la calle Londres, grabó con un alfiler una cara pequeña, cuyos ojos agujereados se movían al pasar la mano entre la luz de la ventana y la lámpara del velador. Tenía seis años, el 24.

“Más tarde conocí otra clase de artesanía que era peinarse a la gomina... o pegarse los calcetines blancos con jabón en las piernas flacas”.

El paso a la preparatoria ya asociado al descubrimiento de las tarjetas postales, que recibían sus padres frecuentemente. Entre las de la Plaza Navona y las pirámides egipcias llegaban también reproducciones de célebres pintores. “Un rey con un inmenso abrigo, de Diego Velázquez, una lección de anatomía con doctores de sombreros de mosqueteros...”.

La lástima fue que en el Colegio de los Sagrados Corazones, donde se educó, “las clases no eran creativas... copiábamos grecas araucanas... un motivo floral con líneas rectas y luego otro sólo con curvas, etcétera”.

Así llegó a sexto año de humanidades, abriendo mejor los ojos a la literatura. A los 17 años, premiado por su colegio, atravesó el Atlántico.

“Primera vez solo frente al mundo y al espacio abierto, recuerdo a mis padres, pareja sola en la punta del malecón del puerto de San Antonio, moviendo pañuelos y achicándose con el tiempo”.

Llegó a París un día de lluvia.

“YO ERA PINTOR, IBA A PINTAR”

Santiago 1938. “Mi padre tenía una importante oficina de propiedades donde me empleó por algunos meses”. Allí, agobiado por el ambiente oficinesco, Antúnez hacía antesala a la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica. Y, aunque no fue feliz diseñando estructuras estilo jónico y le molestaron las matemáticas, el curso de acuarela le produjo una íntima explosión.

Año 1939. “Yo era pintor, iba a pintar”.

Los sábados y domingos Nemesio acudía pincel en mano al San Cristóbal. Descubría por esos días las *Cartas a Theo*, y era un acuarelista entusiasta, pero quería recibirse de arquitecto. Cuando lo logró, su padre quiso que trabajara co-



Nemesio Antúnez Zañartu
(1918 - 1993)

mo tal ("pinte los fines de semana", le decía). Pero un "golpe de suerte", así dice el pintor, lo puso a salvo de esos avatares. La beca Fullbright fue su pasaje a Estados Unidos. "Partí a la Universidad de Columbia, de 25 años, lleno de esperanzas y dispuesto a trabajar".

ARTISTA EN NUEVA YORK

Obtuvo su *Master* en Arquitectura, dos años después de haber llegado a Nueva York. Durante ese tiempo visitó museos, bibliotecas y cafés. El expresionismo abstracto invadía las galerías. "Yo en esos tiempos pintaba mis multitudes, vividas y sentidas".

Para ayudar a un amigo mueblero, que debía hacer una rápida entrega, tuvo su primer contacto con el óleo: instalado en la trastienda pintó guirnalda de flores para sillas y mesas. De allí, el pigmento al aceite fue a caer directo a la tela. Era un pintor en Nueva York. Vivía en la calle 52, entre la Quinta y la Sexta Avenida, centro del *Jazz* y del *bebop*... y pintaba al ciudadano neoyorkino, que es una multitud atiborrando las calles. Se casaba con la chilena Inés Figueroa, nació su hijo Pablo, comenzaba a hacer incisiones en el óleo, uniendo las técnicas de la pintura y el grabado, que había aprendido acuciosamente. "Sumaban ya diez años pasados y pesados fuera de Chile, años de formación". Después de incursiones en España e Italia, regresa a Chile en 1953.

DIVULGADOR DEL GRABADO

"Regresaba en suma a pintar Chile desde Chile, con una visión más amplia del mundo, con otras proyecciones".

Llegando pintó un mural para el Congreso de la Cultura en el escenario del Teatro Caupolicán, también hizo para el Congreso un gran biombo con Quinchamalí bailando cuecas y otros rituales. Los manteles franceses se transformaban "en mesas terremoteadas".

Nadie conocía en Chile las técnicas del grabado mejor que él. Por eso, el Taller 99, creado a la manera del Atelier 17 de Nueva York, fue un centro de divulgación de la especialidad. "El grabado es la más democrática de las expresiones" decía Antúnez, explicando que debido a su multiplicidad es de bajo precio y está al alcance de muchos. El taller hizo numerosas exposiciones a lo largo de Chile. "No exagero si digo que se creó un movimiento que le dio categoría al grabado en Chile. Abrimos un mercado, se vendía por primera vez el grabado corrientemente".

PASOS POR LA EXTENSIÓN

La labor museológica de Antúnez se remonta a ese período, cuando el decano de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile, Luis Oyarzún, lo llama al Museo de Arte Contemporáneo. La misión: revitalizarlo y hacer desde allí lo "moderno". Entonces ya mostró dotes de divulgador cultural. Inventó premios anuales, organizó bienales y atrajo concurrencia. "El panteón de la Quinta (allí se situaba el museo entonces) ya no estaba tan lejos del centro de Santiago".

El año 1965, estando de paso en Nueva York fue nombrado agregado cultural, "cargo al cual me dediqué con el mayor interés". Fueron cuatro años intensos, charlas, exposiciones, entrevistas con intelectuales latinoamericanos, difusión del teatro latinoamericano a través de la creación del Theatre of Latin America.

Pero el taller no estaba abandonado. Se había casado con la boliviana Patricia Velasco y pintaba en su taller del Soho los fines de semana.

Santiago 1968. Nemesio Antúnez está de vuelta en Santiago, inaugurando una exposición suya. Entonces "se me acercó mi amigo Máximo Pacheco, Ministro de Educación de Eduardo Frei. Me dijo que quería darle vida al Museo Nacional de Bellas Artes". Allí empezó su más acabada gestión museológica, que interrumpida por el golpe militar y retomada en 1990, fue su última preocupación pública. "Se trataba de transformar un frío mausoleo en un museo vivo, activo, un lugar de reunión en el hermoso Parque Forestal".

(*La Nación*, jueves 20 de mayo de 1993)

CRONOLOGÍA DE NEMESIO ANTÚNEZ ZAÑARTU

- 1918 Nace en Santiago, Chile.
- 1926 - 36 Estudios secundarios, Colegio Sagrados Corazones, Santiago.
- 1941 Se gradúa de arquitecto de la Universidad Católica, Santiago.
- 1943 Primera exposición individual de acuarelas, Instituto Chileno-Británico, Santiago.
- 1943 Viaja a los Estados Unidos con una beca Fullbright.
- 1945 Obtiene título de *Master* en arquitectura en la Universidad de Columbia, Nueva York.
- 1945 Decide dedicarse exclusivamente a la pintura.
- 1945 Primera exposición individual en Nueva York, Norlyst Gallery.
- 1947 - 52 Trabaja en el Atelier 17, taller de grabado de S.W. Hayter en Nueva York y París.
- 1950 Trabaja en el taller de litografía de Roberto Blackburn, Nueva York.
- 1950 Reside en París, exhibe en París, Oslo y en el Salón de Mayo (1951 - 1952).
- 1953 Vuelve a Chile.
- 1955 - 63 Funda y dirige el "Taller 99" de grabado, actualmente en la Escuela de Arte de la Universidad Católica de Santiago.
- 1959 - 61 Enseña pintura en esa escuela de arte.
- 1961 - 64 Director del Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile. Crea la "Sociedad de Amigos del Museo", organiza numerosos concursos de pintura, escultura y grabado, como los Premios C.R.A.V. de pintura y C.A.F. para la pintura joven; el Premio Bienal Chilena Consolidada para escultura; las "Bienales Americanas de Grabados" con la asistencia de los países americanos. Renuncia en 1964.
- 1964 - 69 Agregado Cultural de Chile en los Estados Unidos. Trabaja y reside en Nueva York. Organiza exposiciones de arte y da 56 charlas sobre "Arte de Chile y Latinoamérica". Hace entrevistas de radio a aristas latino-

- americanos en "Radio América Worldwide". Los mismos programas en español se enviaron a Radio Universidad de Chile. Renuncia en 1969.
- 1969 - 73 Vuelve a Chile como Director del Museo Nacional de Bellas Artes en Santiago, donde organiza exposiciones de arte, entre ellas, tres enviadas por el Museo de Arte Moderno de Nueva York y la última de las Bienales Americanas de grabado, "creadas por él". Dirige la remodelación del museo, creando la Sala Matta.
- 1971 - 72 Hace programas semanales de televisión llamados "Ojo con el Arte" en el Canal 13 de la Universidad Católica y Radio de la Universidad de Chile, dos semanales, con el mismo título.
- 1973 Renuncia al cargo de Director del Museo Nacional de Bellas Artes.
- 1974 - 78 Reside en Barcelona, España, donde pinta y expone individualmente: en Madrid, Barcelona, Caracas, Bogotá, Nueva York, Berlín Oeste, Dusseldorf, Estocolmo, Goteburgo, Santiago, La Paz.
- 1978 - 82 Reside en Londres donde pinta y expone sus obras en: México D.F. Museo de Arte Moderno, Roma, Londres, Santiago.
- 1980 Es invitado como profesor guía en el "Royal College of Art" de Londres, escuela de posgraduados, becarios del Art Council, de toda Gran Bretaña.
- 1982 - 84 Reside en Roma donde trabaja y expone individualmente en: Savona, Urbino, Roma, Santiago.
- 1984 Vuelve a Chile, expone en: Santiago, Concepción, Temuco, Curicó, Lima.
- 1985 - 87 Ejecuta en Barcelona Ediciones Polígrafas, series de litografías y grabados sobre metal.
- 1985 - 88 Expone en B. Aires, Córdoba, Mendoza, Lima y Santiago.
- 1986 Participa en la exposición: "Chile Vive" en Madrid, muestra general de la cultura chilena.
- 1986 Reorganiza "Taller 99" de grabado en Casa Larga, Santiago.
- 1988 Retrospectiva "50 años de Antúñez", Galería Praxis, Santiago de Chile. Expone 14 litografías en la Casa de la Cultura de Talca.
- 1990 - 91 Asume como Director del Museo Nacional de Bellas Artes. Reinicia el programa semanal de televisión "Ojo con el Arte", espacio que obtiene el Premio del Consejo Nacional de Televisión. Realiza, además, un ciclo de microespacios denominado "Ver el Arte". Participa en el documental "Isla Negra, Neruda y el mar", realizado por Hugo Arévalo. Recibe la condecoración Medalla de Santiago. La Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile, le confiere el título de Alumno Honoris Causa.
- 1993 La Ilustre Municipalidad de Santiago le otorga la Medalla Apóstol Santiago. El 10 de mayo, la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, inaugura una sala de exposiciones con su nombre. Recibe la Orden al Mérito Docente y Cultural Gabriela Mistral, galardón que entrega el Presidente de la República a su esposa. Luego de una larga enfermedad, fallece en Santiago, siendo aún Director del Museo Nacional de Bellas Artes.

Adén, 17 de agosto de 1880.

Salí de Chipre con 400 francos, hace casi 2 meses, luego de algunas roscas que tuve con el pagador general y con el ingeniero con quien trabajaba. Si me hubiese quedado, habría logrado una buena posición en algunos meses. Con todo, si quiero podría volver.

He buscado trabajo en todos los puertos del Mar Rojo; en Djeddah, Suakim, Massauah, Fodeidah, etc. Me vine para acá tras haber intentado encontrar algo que hacer en Abisinia. Recién llegado estuve enfermo. Estoy empleado por un comerciante de café, donde me pagan apenas 7 francos diarios. Cuando reúna algunos cientos de francos partiré para Zanzibar donde, dicen, hay mucho que hacer.

Mándenme noticias.

Rimbaud

Adén-camp.

Adén, 25 de agosto de 1880.

Queridos amigos,

(...)

Adén es un roquerío espantoso, sin una pisca de verdor ni una gota de agua buena. bebemos agua de mar destilada. El calor es excesivo, sobre todo en junio y en septiembre, los meses más calurosos. La temperatura constante, noche y día, de una oficina fresca y bien ventilada es de 35 grados. Todo es carísimo y suma y sigue. No hay caso: aquí estoy como prisionero y, más que seguro, tendré que quedarme por lo menos unos tres meses más antes de poder pararme por mis propios medios o tener un empleo mejor.

¿Y la casa? ¿Terminaron la cosecha?

Cuéntenme sus noticias.

Arthur Rimbaud.

Tarar, 2 de septiembre de 1881.

Chers amis,

Continúo empletadísimo en esta región de África. El clima es húmedo y hosco; el trabajo que hago es absurdo y embrutecedor —las condiciones de existencia, generalmente absurdas también. He tenido encontrones desagradable con la dirección y el resto, y estoy más o menos decidido a cambiar próximamente de aires. Intentaré emprender algo por mi cuenta en este lugar; si eso no funciona (y lo sabré rápido), partiré pronto para, espero, una pega más inteligente bajo un cielo mejor. (...).

Au revoir

Rimbaud

*Traducción de Andrés Asenjo.

—He dado la orden a la sucursal de Lyon de enviarles a Roche, por correo, el total de mis ingresos en especies, del 11 de diciembre de 1880 al 31 de julio de 1881, lo que corresponde a 1.165 rupias (la rupia vale alrededor de 2 francos 12 céntimos). Les ruego avisarme una vez que lo hayan recibido y de invertir esta suma de modo conveniente.

—A propósito del servicio militar; sígo convencido que no estoy en falta— me molestaría mucho estarlo. Infórmenme qué pasa exactamente. Pronto deberé hacerme un pasaporte en Adén, y tendré que dar explicaciones sobre el asunto.

Saludos a Frédéric.

Harar, 6 de mayo de 1883.

Mes chers amis,

El 30 de abril recibí en Harar la carta de ustedes del 26 de marzo. Dicen haberme enviado dos cajas de libros. Recibí solamente una caja en Adén, aquella de la cual Dubar decía haber ahorrado 25 francos. La otra probablemente ya llegó a Adén con el grafómetro. (...).

Este encargo estuvo bien elegido y si quiero podría rápidamente ganar los 2 mil francos que me costó. Toda la gente quiere aquí fotografiarse: me ofrecen hasta una guinea por fotografía. Todavía no estoy bien instalado ni al tanto de lo que pasa, pero lo estaré pronto y les enviaré cosas curiosas.

Les incluyo dos fotografías de mí mismo por mí mismo. Estoy mejor aquí que en Adén. Tengo menos trabajo y más aire, más verdor, etc... (...).

Isabelle comete un gran error al no casarse si alguien serio y educado se presenta, alguien con futuro. Así es la vida; la soledad es una mala cosa aquí abajo. En lo que a mí respecta, lamento no estar casado y tener una familia. Pero actualmente estoy condenado a errar, ligado como estoy a una empresa lejana; cada día pierdo el gusto por el clima, por los modos de vida e incluso por el idioma de Europa. ¡Hélas!, ¿para qué sirven estas idas y venidas, estas fatigas y estas aventuras en medio de razas extrañas, estos idiomas con los que se me llena la memoria y estas penas sin nombre si no logro, al cabo de unos años, poder descansar en un lugar que me guste, formar una familia y tener por lo menos un hijo al que pueda educar el resto de mi vida de acuerdo a mis ideas, enriqueciéndolo y armándolo con la preparación más completa que se pueda alcanzar en esta época y verlo llegar a ser un ingeniero famoso, un hombre poderoso gracias a la ciencia? ¿Pero quién sabe cuánto se van a prolongar mis días en estas montañas? Puede incluso que llegue a desaparecer en medio de estas pobladas, sin que jamás nadie se entere.

Me comentan las noticias políticas. ¡Si supieran lo indiferente que me resulta todo ello! Hace más de dos años que no ojeo un diario. Todos esos debates me resultan incomprensibles. Como los musulmanes, sé que lo que ocurre ocurre y punto.

Lo único que me interesa son las noticias de casa y siempre me alegro descansando ante la visión del trabajo idílico de ustedes. ¡Es una lástima que haga tanto frío allá en invierno! Pero ahora ustedes están en primavera y el clima corresponde al que tenemos en estos momentos en Harar.

Estas fotografías me representan, una de pie sobre la terraza de la casa, la otra en un huerto de café; otra, de brazos cruzados en un huerto de plátanos. Todo se volvió pálido a

causa de las malas aguas que me sirven para lavar. Pero en el futuro haré un trabajo mejor. Esto es únicamente para recordarles mi figura y darles una idea del paisaje de por acá.

Au revoir,

Rimbaud.

Mazeran, Viannay et Barday

Dirección telegráfica:

Maviba-Marsella

Adén, 30 de diciembre de 1884.

Mes chers amis,

Recibí la carta del 12 de diciembre y les agradezco sus deseos de prosperidad y buena salud —yo también les deseo lo mismo para cada día del próximo año.

Como ustedes dicen, mi vocación nunca estará en la agricultura, por lo que no tengo objeciones para que esas tierras se arrienden: ojalá por ustedes que se arrienden bien y pronto. Conservar la casa es siempre bueno. En cuanto a la posibilidad de ir a descansar con ustedes, sería harto agradable: en efecto, me alegraría dar un respiro, pero casi no diviso la ocasión para descansar. Hasta ahora he logrado sobrevivir aquí: si parto, ¿qué lograría a cambio? ¿Cómo podría irme al campo donde no me conoce nadie y donde no tendría posibilidades de ganar un solo peso? Como ustedes dicen, sólo podría ir allá a descansar y, para descansar, se requieren rentas; para casarse, se requieren rentas; y tales rentas yo no las tengo. Por un largo tiempo todavía, estoy, pues condenado a seguir las pistas de donde pueda hallar con qué vivir, hasta que, a fuerza de fatigas, pueda reunir lo necesario para descansar por un tiempo.

Actualmente tengo trece mil francos en el bolsillo. ¿Qué quieren que haga con esa plata en Francia? ¿Qué matrimonio se les ocurre que eso me podría facilitar? Si se trata de mujeres pobres, pero honradas, ¡el mundo está lleno de ellas! ¿Podría ir a casarme allá si, pese a todo, estoy obligado a viajar para sobrevivir?

Ya tengo treinta años aburriéndome como ostra y no veo por dónde esto vaya a terminar; al contrario.

Si ustedes tienen algún plan que proponerme, me agradecería oírlo.

Los negocios no andan bien ahora aquí. No sé si me recontratarán ni en qué condiciones lo harán. Ya tengo cuatro años y medio por acá; no me gustaría retroceder y, sin embargo, los negocios andan pésimo.

El verano va a volver en tres o cuatro meses y permanecer aquí se volverá entonces insoportable.

Son los ingleses, ni más ni menos, con su absurda política los están arruinando el comercio de todas estas costas. Quisieron rehacerlo todo y han llegado a actuar peor que los egipcios y los turcos, a quienes ellos mismos arruinaron. Su Gordon es un idiota, su Wolseley un burro, y todas las empresas que han acometido, una serie insensata de absurdos y de pillajes.

Noticias de Sudán no tenemos más que en Francia; ya no llega nadie de África, todo está desorganizado y la administración inglesa de Adén sólo se preocupa de anunciar mentiras. A pesar de ello, lo más probable es que la expedición (inglesa) a Sudán termine siendo un desastre.

Francia también está haciendo puras tonteras por estos lados; ocuparon hace un mes toda la bahía de Tadjura, para controlar el comienzo de las rutas que van a Harar y a Abisinia. Pero esas costas están completamente abandonadas; lo que allí se está gastando es totalmente inútil si no logran avanzar con rapidez hacia las mesetas del interior (Harar), donde están los sitios buenos, sanos y productivos.

Del mismo modo, no es fácil que Madagascar —que es una buena colonia— caiga en nuestras manos. Y se está gastando centenares de millones en Tonkin que, según los que de allí vuelven, es una región miserable e imposible de defender de las invasiones.

No creo que ningún otro país tenga una política colonial tan inepta como Francia. Si Inglaterra comete errores e incursiona en gastos, por lo menos tiene intereses serios y perspectivas importantes. Pero ningún poder sabe dilapidar su plata a pura pérdida, en estos lugares imposibles, como la está haciendo Francia.

En ocho días les haré saber si soy recontratado o qué voy a hacer.

Tout à vous,

Rimbaud

Adén-Camp.

ISABELLE RIMBAUD A SU MADRE

Marsella, miércoles 28 de octubre de 1891.

Querida mamá,

¡Bendito sea Dios mil veces! El domingo experimenté la alegría más grande que pueda haber en este mundo. No es un pobre desgraciado condenado quien va a morir cerca mío: ¡es un justo, un santo, un mártir, un elegido!

Durante el transcurso de la semana pasada los sacerdotes del hospital vinieron a verlo dos veces; él los recibió bien, pero con tal agotamiento y falta de ánimo que ellos no se atrevieron a hablarle de la muerte. El sábado por la tarde todas las religiosas rezaron juntas para que él tuviese una buena muerte. El domingo en la mañana, después de la misa principal, él parecía más calmado y plenamente consciente: uno de los sacerdotes vino de nuevo y le propuso confesarse; ¡y él quiso! Cuando el padre salió me dijo, mirándome de un modo alterado, extraño: "Su hermano tiene fe, mi niña; ¿qué nos decía usted? ¡Tiene fe y jamás he visto una fe de tal calidad!". Yo besaba el suelo llorando y riendo. ¡Dios! ¡Qué alegría, incluso en la muerte, incluso por la muerte! ¡Qué puede hacerme la muerte, la vida, y todo el universo y toda la felicidad del mundo, ahora que su alma está salvada! Señor, suaviza su agonía, ayúdalo a llevar su cruz, ten aún piedad de él, ten aún piedad, Tú que eres tan bueno! ¡Sí, tan bueno! ¡Gracias, Dios mío, gracias!

Cuando volví a su lado, estaba muy emocionado, pero no lloraba; estaba serenamente triste, como nunca lo había visto. Me miraba a los ojos como jamás me había mirado. Quiso que yo me acercara aún más y me dijo: "Eres de mi misma sangre: ¿crees, di, tú crees?". Yo respondí: "Creo: otros harlo más sabios que yo creyeron, creen; y además ahora estoy segura, tengo la prueba, ¡es ésta!

Y es cierto, ¡hoy tengo la prueba! Él me dijo también, con amargura: "Sí, dicen que creen, simulan haberse convertido, pero es para que leamos lo que han escrito, ¡es pura especulación!". Vacilé, y luego dije: "No; ¡ganarían más plata blasfemando!". Él me miraba aún con el cielo en los ojos; yo también. Quiso besarme, y luego: "Puede que tengamos la misma

alma, porque somos de la misma sangre. ¿Tú crees, entonces?”. Y yo repetí: “Sí, creo, hay que creer”. Entonces me dijo: “Debemos preparar todo en la pieza, ordenarlo todo, va a venir con los sacramentos. Vas a ver, traerán las velas y los manteles; hay que poner géneros blancos en todos lados. ¡Estoy muy enfermo!”. Estaba ansioso, pero no desesperado como los otros días, y yo me daba muy bien cuenta que deseaba ardientemente los sacramentos, sobre todo la comunión.

Desde entonces ha dejado de blasfemar; llama a Cristo en la cruz, reza, ¡sí, reza, él! Pero el sacerdote no pudo darle la comunión: primero, teme impresionarlo demasiado; luego, escupe mucho en ese momento y no puede soportar nada en la boca: temen una profanación involuntaria. Y él, creyendo que lo han olvidado, se ha puesto triste, pero no se ha quejado.

La muerte viene a toda velocidad. Te conté en mi última carta, querida mamá, que su muñón estaba muy inflamado. Ahora es un cáncer enorme entre su muslo y su vientre, apenas arriba del hueso: pero este muñón que estaba tan sensible, tan doloroso, ya no lo hace casi sufrir. Arthur no vio este tumor mortal: se asombra que todos vengán a ver ese muñón del cual él no siente ya nada; y todos los médicos (ya han venido como diez desde que yo llamara la atención sobre este mal terrible) permanecen mudos y aterrorizados antes este cáncer extraño. Ahora son su pobre cabeza y su brazo izquierdo los que más lo hacen sufrir. Pero él está la mayor parte del tiempo inmerso en un letargo que es como un sueño, durante el cual percibe todos los ruidos con una singular claridad. Por la noche, le inyectan morfina.

Despierto, termina su vida en una suerte de sueño continuo: dice cosas extrañas en voz baja, con una voz que sería encantadora si no me atravesara el corazón. Lo que dice son sueños —sin embargo, no es para nada lo mismo que cuando tenía fiebre.

Diríase, creo, que lo hace a propósito.

Como murmuraba esas cosas, la monja asistente me preguntó en voz baja: “¿perdió el conocimiento? Pero él escuchó y se puso rojo, no dijo nada más, pero, una vez que la monja partió, me dijo: “Me creen loco; y tú, ¿me crees loco?”. No, no lo creo, es casi un ser inmaterial y su pensamiento se escapa a pesar suyo. A veces le pregunta a los médicos si ven las cosas extraordinarias que él percibe y les habla y les cuenta suavemente sus impresiones, de un modo que no podría repetir; los médicos lo miran a los ojos, esos hermosos ojos que fueron tan hermosos y más inteligentes que ahora, y se dicen entre ellos: “Es singular”. En el caso de Arthur hay algo que no entienden.

Los médicos, por lo demás, ya casi no vienen, porque a veces él llora al hablarles y eso los confunde.

Él reconoce a toda la gente. A mí a veces me llama Djami, pero yo sé que es porque quiere y eso entra en su sueño así querido; el resto lo mezcla todo y... con arte. Estamos en Harar, siempre partiendo para Adén; hay que buscar camellos, organizar la caravana; él camina sin problemas con la nueva pierna artificial y damos algunos paseos; luego, hay que trabajar, llevar las cuentas, hacer cartas. Rápido, rápido, nos esperan, cerramos las maletas y partimos. ¿Por qué lo dejamos dormir? ¿Por qué no lo ayudé a vestirse? ¿Qué nos dirán si no llegamos el día previsto? No creerán ya en su palabra, ¡ya no tendrán confianza en él! Y se pone a llorar lamentando mi torpeza y mi descuido: porque yo estoy siempre con él y estoy encargada de hacer todos los preparativos.

Ya casi no come nada, y lo que come lo hace con extrema repugnancia. ¡Está flaco como un esqueleto y tiene el color de un cadáver! ¡Y todos sus pobres miembros paralizados, mutilados, muertos en torno suyo! ¡Oh Dios, qué piedad!

A propósito de tu carta y de Arthur: no cuenten para nada con su plata. Según él, habiendo pagado los gastos de entierro, viajes, etc., hay que tener claro que su haber irá a otros: yo estoy completamente decidida a respetar su voluntad y, por lo demás, no habría nadie más que yo para ejecutarla; su plata y sus cosas irán a las manos que él quiera. Lo que he hecho por él no es por codicia sino porque es mi hermano y porque, abandonado por el universo entero, no he querido dejarlo morir solo y sin apoyos; pero le seré fiel tras su muerte como antes, y lo que me ha pedido hacer con su dinero y sus cosas, lo haré tal cual, aunque tenga que sufrir.

Que Dios me asista y tú también: harta necesidad tenemos de la ayuda divina.

Au revoir, ma chère maman, je t'embrasse de coeur,

Isabelle.

RIMBAUD AL DIRECTOR DE LAS MESSAGERIES MARITIMES

Marsella, 9 de noviembre de 1891.

Un lote: un solo diente.

Un lote: dos dientes.

Un lote: tres dientes.

Un lote: cuatro dientes.

Un lote: dos dientes.

Monsieur le Directeur,

Me dirijo a Ud. para asegurarme de no haber dejado nada a su ciudad. Deseo cambiar hoy este servicio, cuyo nombre ni siquiera conozco. En todo caso, que sea el servicio de Aphinar. Tales servicios están en todas partes y yo, impotente, en desgracia, no puedo hallar nada, el primer perro en la calle se lo dirá.

Envíeme pues el precio de los servicios de Aphinar a Suez. Estoy completamente paralizado: por lo mismo, deseo hallarme temprano a bordo. Dígame a qué hora debo ser transportado a bordo...

(COPIADOR DE CARTAS PERTENECIENTE A AUGUSTO WINTER.
1917-1919 PUERTO SAAVEDRA)

CARTAS A GABRIELA MISTRAL

Página 129

Puerto Saavedra, septiembre 5 de 1917

A Gabriela Mistral.

Para escribirle a Ud. mi silenciosa amiga, me siento cortado i torpe. Por eso no le han llegado muchas cartas mías, a pesar de que estoy continuamente con Ud. en pensamiento. Cuando empezaron a atacarla, con tanta injusticia, le escribí una carta que rompí sin terminar por parecerme indigna de Ud. —Escribí también, con intención de publicarla, una cosa que se titulaba "Al Padre—. Traducción al alcance de Juan Duval". Afortunadamente se me pasó luego el ofuscamiento que me hizo cancelar esa barbaridad. Era una cosa monstruosa i, al mismo tiempo, una profanación de su inspirada poesía, hecho con la intención de burlarme del infeliz crítico—. Perdóneme todo eso.

Hoy le mando el Diccionario de Fray Félix, que le prometí hace tiempo. Acaba de salir a luz por eso no se lo había mandado antes. La saluda su afmo. amigo i ferviente admirador.

Augusto Winter

PÁGINAS 140, 141, 142, 143

Puerto Saavedra, octubre 6 de 1917

A Gabriela Mistral:

Su carta me ha llenado el corazón de alegría, grande i noble amiga, porque me confirma su elevada opinión que de Ud. tenía, porque me ha llegado antes de que yo pensara, en comenzar a pensar mal de Ud. —lo que tal vez hubiera sucedido si su silencio se prolonga por un año mas— i porque la siento, mas que nunca, cerca de mi ahora que solicita mi cooperación para hacer un bien.

Me presenta Ud. a nuestro amigo Labarca, bajo un aspecto que no se revela en sus cartas, pero que yo le descubrí con sólo ver su retrato. Esto es extraño con verlo, sentí esa impresión que hace daño cuando se trata de un amigo querido porque se le supone incapaz de triunfar por falta de energía, de carácter, de personalidad, i se le cree destinado a dejarse a influenciar siempre, hacer un reflejo i nunca él mismo, el hombre que piensa i siente por su

*Recopilación de Liliána Montesinos Rosas.

propia cuenta, que valdrá siempre más que el otro, aunque piense disparates i aunque se extravía en su manera de sentir.

Naturalmente, consideré falsa esa impresión causada por una mala fotografía, i traté de borrarla imaginándome al amigo de un modo distinto, componiendo sus rasgos característicos según mis deseos i según la imagen de que su persona me había formado por sus cartas. I esta era varonil i no me inspiraba ningún temor por su porvenir en la vida i en el arte: le suponía talento, amor al estudio, i cualidades para dominar i vencer.

Ahora su carta me ha causado pena. Con esta imaginación mía, que a veces creo que es mi peor enemiga, leo mucho mas de lo que hay escrito en su carta i, a través de ella, veo a Eugenio débil, indefenso i espuesto a mil peligros... Pero tiene remedio dice Ud. Pues apliquémoslo, i cuente con toda mi voluntad para servir, con constancia i con discreción, sin que él se dé cuenta del tratamiento. Ese defecto suyo que consiste en ser fácilmente influenciado, servirá bien para nuestro propósito.

Hace meses prometí a Labarca escribirle estensas cartas, de Octubre a delante. Cumpliré mi promesa i estas cartas tendrán ahora un objeto bien determinado. Las suyas tenderán al mismo fin i algo hemos de conseguir. Que no nos desaliente lo dudoso del resultado; a nosotros nos toca trabajar con fe i con amor para producir el bien que deseamos. El resultado depende de fuerzas superiores que están por encima de nosotros, en el misterio de donde nos vienen estos impulsos. Confiemos en los dioses que nos guían i nos protegen.

Lo que Ud. me dice a mi me halaga mucho, pero no me lo diga más, porque me voi a volver orgulloso i vano, yo, el gran poeta!...

Hace mas de un mes me preguntó Allan Samadhy si había recibido de Ud. el Album de Irene Gallagher. Desea que yo ponga algo en él i deseo complacerla.

"Escribame, mándeme versos" Así termina su carta i así quiero que termine la mía, pero recordándole que tengo de Ud. una promesa no cumplida, mientras que yo le he mandado versos i le he escrito varias veces. "¿No le da vergüenza" (Tagore) Quedo esperando que la vida le permita salir mas a menudo de su silencio i le deje un poquito de tiempo para copiar versos, su afmo. amigo

Augusto Winter

CARTA A EUGENIO LABARCA

PÁGINAS: 201, 202, 203, 204.

Oct. 31 de 1917

Estimado amigo.

Con esta fecha escribí a la señora Graciela Sotomayor de Concha. Mi carta resultó bien poco interesante i talvez demasiado pedigüeña. Temo que no le agrade, pero yo tengo que ser sincero i franco. Cuando escribo a personas que han regalado libros a la Biblioteca, es no sólo para darles las gracias, sino para pedirles más.

Yo estoi convencido de que si conocieran bien los resultados que ha alcanzado la Biblioteca, la ayudarían con entusiasmo, porque verdaderamente, yo mismo me quedo sorprendido, a veces, considerando lo que ahora se lee en este pueblo. Al principio no me extrañaba porque se trataba de una novedad, pero la Biblioteca va a cumplir luego tres años

el movimiento de libros aumenta. Parece que no queda casa en el pueblo a donde no llegue algún libro. Y lo que más me gusta es el progreso moral alcanzado por la juventud de este pueblo, que ha tomado la Biblioteca como centro de todas las reuniones. En días pasados presencié una escena conmovedora. Un joven empleado del Telégrafo Comercial fue ascendido a una oficina de mayor importancia i la noche, víspera de su partida, después de una manifestación que le hicieron sus amigos, entró a la Biblioteca a despedirse i venía llorando como un chiquillo!... Sólo pude decirle que donde quiera que estuviera lo seguirían los mejores libros de la Biblioteca. Claro es que le cumpliré mi promesa.

Ahora permítame decirle que una parte de su carta me ha disgustado mucho. Aquella en que me cuenta que no ha pasado día sin imaginarse una enfermedad mental.

Esto revela debilidad de carácter mi querido amigo, i sepa que el que piensa en enfermedades se enferma sin remedio ¿No leyó Ud. aquel libro que le recomendé una vez "Nuestras Fuerzas Mentales" por Prentice Mulford? — Léalo otra vez, se lo ruego, i aprenda a acumular energías i a conservarse sano por la fuerza de la voluntad. Y no se le ocurra mirar la muerte con imaginación enfermiza, como la gran liberadora de todos los males. Esto es efecto de una literatura malsana. La muerte es un accidente que no interrumpe la vida, que no suprime deberes, ni agota el dolor. Lo que nos corresponde, por ahora, es hacer esta jornada en las mejores condiciones que nos sea posible, cumplir bien con nuestra misión, para encontrar mas fácil el camino en la jornada siguiente. Uno de nuestros principales deberes actuales es conservar la salud del cuerpo para que el alma se encuentre bien alojada i trabaje con alegría. Lea a Prentice i deseche pensamientos perturbadores.

Quiero sentirlo fuerte i enérgico, contento de vivir, ansioso de triunfar... No me obligue a retarlo duramente por sus enfermedades imaginarias.

He recibido ya tres números de la interesante revista "La Tribuna Ilustrada". Las señoritas de aquí están conociendo a Craniquear, i me han dicho que le agradecerían mucho que les mandara obras de los Quintero, a su elección. Lucho Rojas [Jiménez] tiene un saldo en dinero de la Biblioteca, que podría emplearse en comprar obras de teatro fácil.

Mi mamá se encuentra desde el domingo en Santiago, pero todavía no sé su dirección. Va a quedarse un mes o mas para que le hagan una operación a la vista. Yo no pude acompañarla.

Saludos cariñosos de su afmo. amigo.

Augusto Winter

EL CAMPO EN LA POESÍA CHILENA, DE OSCAR CASTRO

René Leiva Berrios

Han pasado cincuenta años desde aquel día en que Oscar Castro, en el teatro de Doñihue, leyera su trabajo *El campo en la poesía chilena*. Este raro y singular ensayo, desde luego que puede producir en el lector de nuestros días más de algún efecto, toda vez que cuando fue escrito, la mayoría de los poetas considerados en el estudio, todavía estaban en proceso de evolución.

Doce son los poetas tratados y veinticuatro los poemas antologados por Oscar Castro, quien, con gran precisión, nos muestra la realidad poética nacional. Sus categóricas y audaces opiniones, así como los juicios emitidos bien podrían mantenerse vigentes, siendo verdaderas premoniciones de la brillante actuación que, en el futuro, tuvieron estos poetas en el concierto nacional e internacional.

En consecuencia, este estudio, no es un documento olvidado que dejó de tener importancia. Por el contrario, es y seguirá estando vigente, por su simpleza, originalidad y lo acertado de su contenido.

Ya no nos acompañan los actores y el lugar donde fue conocido por primera vez, pero las ideas permanecen fijas y sólidas en el papel, a pesar del paso del tiempo y es éste el momento de darlas a conocer, como un testimonio y homenaje a una de las preclaras figuras de nuestra lírica nacional, Oscar Castro.

EL CAMPO EN LA POESÍA CHILENA

La poesía chilena, remedo altisonante, en sus comienzos, de la española, en todo cuanto ésta poseía de sonoridad y melodrama, no tuvo tiempo de incorporar a su ritmo el paisaje de esta tierra y, por el contrario, pobló nuestros bosques, montañas y valles de guerreros Martes, Dianas cazadoras y olímpicos Joves: toda una fauna divina de tercera mano, trasplantada y retrasplantada de la mitología griega. Más tarde, esta poesía pierde rimbombancia, quiere dejar de lado los oropeles y da en la servil imitación del romanticismo becqueriano, convirtiéndolo en moda rigurosa y tiránica. Nuestros poetas son, entonces, como espejos convexos que devuelven, deformadas, las imágenes que reciben de España. Sus pies pisan tierra de América; pero, en vez de llegarles la inspiración desde el ambiente, desde la realidad que los circunda, la reciben del aire, desde una zona de nebulosas en que todo —sentimientos, pasiones, elementos— está recortado sobre un cartabón invariable y rígido, sin alma ni emoción.

Es aquella una poesía indiferenciada, sin otro valor que el de la tentativa: ensayo de retórica semejante al que hemos realizado todos en las aulas escolares; gimnasia para soltar los dedos y la imaginación. Los elementos autóctonos están ausentes, pasan por la epidermis del artista sin rozarla; el hombre no ha consegui-

do incorporarse a ellos ni incorporarlos a su sentir. Es que, en el fondo de cada chileno, vive aún el conquistador hispánico, el soldado ganoso de ventajas materiales antes que de cosas intangibles y quiméricas.

Adjunto a estas características, va en seguida un vago anhelo de amor al terruño; pero no es un amor a la naturaleza misma, sino una exaltación de lo guerrero y lo patriótico. Grandilocuencia rimada en que se cantan las hazañas de los héroes de la Independencia, y en que los personajes, coronados de mirtos y laureles, parecen más bien semidioses espartanos que caudillos de estas regiones indómitas. Pero los poetas van acercándose a las cosas genuinamente nuestras. Antes que los fenómenos naturales, ven los hechos y los hombres. El decorado no aparece ni aun desvaído. La cordillera, el mar, el valle, están por descubrirse. Y deberá pasar un tiempo antes de que tales elementos sean considerados en toda su significación.

La influencia de los poetas franceses sigue a la de los españoles, y con ello el lenguaje deja casi en definitiva su acento rotundo y declamatorio. Empieza a descubrirse el tono menor, la magia de las sugerencias, el acorde apenas insinuado, pero que prolonga vastas resonancias en el espíritu. Adviene una lírica más humanizada, en que el estilo no mata al objeto de la inspiración. Sin embargo, esta inspiración es aún cosmopolita, vive de reflejos, se alimenta de cosas exóticas, de vagas ensoñaciones, de estrellas que maduran en otros cielos. Rubén Darío oficia de renovador. Eduardo de la Barra lo sigue y lo admira. Abelardo Varela trae sus traducciones del francés y se va descubriendo a Verlaine, a Rollinat, a Banville. Entonces irrumpe, asordado de esdrújulos, Pedro Antonio González. Es un poeta que tiene —por lo menos en su modo de ser— las características de lo auténtico y lo autóctono. Sus versos gustan, traen algo de nuevo que seduce, se imponen.

Pero debemos aguardar todavía.

Es en los albores del novecientos cuando aparece el poeta verdaderamente nuestro, el cantor de los campos de Chile y de la vida humilde: Carlos Pezoa Véliz. Aquí ya nos hallamos en posesión de nuestros propios elementos. El campo de Pezoa Véliz es nuestro campo con sus parvas de paja, sus potreros verdegueantes, sus acequias de riego, sus montañas nevadas. Los tipos y personajes del poeta se codean con nosotros en la vida diaria: habían andado por ahí en busca de su expresión, y la encuentran, magnífica, en este bardo bohemio que fue a morir a un hospital para no desmentir su obra con su vida. Ese pobre diablo a quien un día encuentran tirado en un arroyo, y del cual nada sabían "ni el vecino Pérez ni el vecino Pinto", es un trasunto del roto aventurero que un día deja sus huesos en cualquier parte, sin que nadie se preocupe por él. "Entre sus papeles no encontraron nada". ¡Claro! ¿Qué iban a encontrar, si el hombre de nuestro pueblo escribe sus cosas en el papel del aire?...

*Era un pobre diablo que siempre venía
cerca de un gran pueblo donde yo vivía;
joven, rubio y flaco, sucio y mal vestido,
siempre tabibajo... Tal vez un perdido!*

*Un día de invierno lo encontraron muerto:
dentro de un arroyo próximo a mi huerto,
varios cazadores con sus lebreles
cantando marchaban... Entre sus papeles
no encontraron nada... Los jueces de turno
hicieron preguntas al guardián nocturno:
éste no sabía nada del extinto;
ni el vecino Pérez ni el vecino Pinto.*

*Una chica dijo que sería un loco
o algún vagabundo que comía poco,
y un chusco que oía las conversaciones
se tentó de risa... ¡Vaya unos simplones!*

*Una paletada le echó el panteonero;
luego lió un cigarro, se caló el sombrero
y emprendió la vuelta... Tras la paletada,
nadie dijo nada, nadie dijo nada...*

Y luego, aquel entierro en el campo de otro ser igualmente humilde que vivió pegado a los terrones del fundo, a quien llevan cuatro angarilleros. Meditabundos van, con el cadáver del compañero a cuestas:

*Cuatro faroles descienden
por Marga-Marga hacia el pueblo,
cuatro luces melancólicas
que hacen llorar sus reflejos;
cuatro maderos de encina,
cuatro acompañantes viejos...*

Y después, como contraste, la primaveral alegría de Teodorinda, buen bocado para los apetitos concupiscentes del patrón:

*Tiene quince años ya Teodorinda,
la hija de Lucas, el capataz;
el señorito la halla muy linda;
tez de durazno, boca de guinda...
¡Deja que crezca dos años más!...*

Sin embargo, toda la chilénísima picardía de Pezoa Véliz está en la composición "Pancho y Tomás". Son ellos, al parecer, hijos de un mismo labriego; pero uno se parece demasiado al patrón, en tanto que el otro... Veamos a Pancho:

*Porque el muchacho es bravío;
rubio como es el patrón;
como él, detesta el bohío,
ama el poncho, el atavío
y usa un corvo al cinturón.*

Y ahora, la mansedumbre del hermano:

*Tomás cumplió los veintiuno,
pero ya es mozo de ley;
es honrado cual ninguno,
ni es pendenciero ni es tuno,
pero es fuerte como un buey.*

He aquí un misterio de esos tan frecuentes en haciendas y villorrios. Misterio que está tratado con la misma intención con que lo haría un payador al son de su guitarra. Aquí el estilo ha dejado sus ropajes postizos y sus galas retóricas para que los versos reflejen, sin empeñarla, el alma nacional. El espíritu de la raza ha penetrado al poeta, ha logrado traspasarlo con sus jugos eternos, haciéndolo fundirse al pueblo, guardador de toda tradición y basamento de la estructura social. Desde Pezoa Véliz adelante, nuestra poesía tendrá sangre criolla en las venas; sabrá encabritarse como un potro montañés; será dura y lírica como un quisco florido; tendrá malicia, penas y alegrías como la cueca; será nuestra como lo son las pataguas y los copihues. El camino quedaba abierto para nuevas y más grandes conquistas.

En Ernesto Guzmán, el campo se prolonga alma adentro. La sangre del poeta es un espejo refulgente en el cual se reflejan las montañas, los cielos y hasta las más humildes hierbecillas. Para él la tierra será viva, tendrá sensibilidad, podrá sufrir. Y así, para un cementerio campesino, trazará la siguiente inscripción:

*Tierra de corazones que han sufrido,
humanizada tierra, aquí ha salido
en la flor, hecha carne perfumada,
a invadir los senderos... ¡La pisada
sea blanda y piadosa, peregrinos,
porque no se lastimen los caminos!*

Es una poesía panteísta, a la cual no hay que pedirle descripciones brillantes ni sensaciones de color externo. Guzmán mira las cosas y las siente latir en sí mismo. Por eso podrá decir con sinceridad perfecta:

*Me contemplo tan santo y tan eterno,
que soy una porción en la estructura
de la roca, del leño, de la rubia
transparencia del sol, y del cristiano
y apacible fluir de la vertiente...*

En este poeta, el campo chileno ha adquirido un matiz nuevo y una vida propia y profunda.

Contemporáneo de Ernesto Guzmán es Jorge González Bastías. Los dos entregan la mayor parte de su mensaje lírico en la primera década del presente siglo.

Sin embargo, entre ambos poetas hay diferencias notables. Así como Guzmán es místico, González Bastías es dramático. Éste, al contrario de aquel, contemplará ante todo la miseria de los campos —de sus campos de Maule donde ha vivido y vive— y describirá sus sensaciones en tono desgarrador:

*Ah, tierra mía, tierra triste,
ensombrecida por la muerte,
como eras pobre no pudiste
ni castigar ni defenderte.*

*tierra de arroyos y de flores,
de claro sol y verdes viñas:
están desiertas tus labores
y sin corderos tus campiñas.*

El "Poema de las tierras pobres", al cual pertenecen las estrofas citadas, es una composición humanísima y dolorida que agrega una faceta más a la poesía del campo, ennobleciendo su expresión.

Y aquí debemos señalar un detalle curioso: Jorge González Bastías ha cantado el campo no desde un cómodo sillón burócrata, como muchos, sino en el campo mismo. Propietario en el sur, este poeta sabe cómo los arados hienden la tierra; cómo ondean las mieses por febrero, tal un océano de oro; cómo galopan las potrancas y cómo, en fin, un lazo, diestramente disparado, las hace rodar sobre el potrero estremecidos los ijares. Una vez el poeta quiso vivir en la capital de Chile; pero allí, en medio del estruendo ciudadano, entre el rodar de los tranvías y el parpadeo de los avisos luminosos que borran las estrellas, sintióse trasplantado y prefirió volverse a sus tierras sureñas, en donde lo aguardaban el sol, el viento y el cielo, sus amigos de siempre.

Algunos toques de campera chilenuidad decoran aquí y allá las producciones de Max Jara. Es el suyo un tono levísimo, de insinuación, como un viento que pasara moviendo los yuyos. A veces, en medio de su destreza para manejar el verso, sabe ser popular y gracioso, como en su "Tonada sin gracia" que así comienza:

*Tonada sin gracia
de la enamorada,
que no llegue nunca
la hora cansada
en que por sabida
ya no dices nada.*

Se distingue Max Jara de los anteriores por su tono menor y por la delicadeza de sus poemas ágiles y breves.

Contrastando con la finura casi femenina de este poeta, surge el acento bíblico, estremecido y rotundo de esa gran mujer que en las letras se llama Gabriela Mistral. También ella ha camado los campos de Chile con su voz florecida de

tragedia, y el paisaje, en sus versos, ha tomado contornos de aguafuerte, como alumbrado por fogonazos de relámpago. La desolación de su alma inmensa se ha transmitido a los árboles, a los montes, al cielo de la tarde que sangra como el costado de Cristo herido. Diríase, al leerla, que cada elemento del paisaje ha cobrado vida para protagonizar un drama terrible. Gabriela mirará el espino de los campos y lo verá convertido en una criatura maldita y torturada. Para expresar ese dolor, ella dirá:

*El espino prende a una roca
su enloquecida contorsión,
y es el espíritu del yermo,
retorcido de angustia y sol.*

*La encina es bella como Júpiter,
y es un Narciso el mirto en flor.
A él lo hicieron como a Vulcano,
el horrible Dios forjador.*

La vida lleva un día a la poetisa hacia los desolados paisajes del sur. Allí, frente a la Patagonia, ella se identificará con las cosas que la rodean, y dirá con la voz más desgarrada de su corazón:

*En el medio del llano,
un árbol seco su blasfemia alarga:
un árbol blanco, roto
y mordido de llagas,
en el que el viento, vuelto
mi desesperación, aúlla y pasa.*

Ya no es la picardía de Pezoa Véliz, ni el panteísmo de Guzmán, ni la queja elegíaca de González Bastías: es la tragedia de un alma proyectándose en cada cosa que mira; es el paisaje de nuestra patria en medio de una tempestad; es la voz de las cosas que grita su retorcida angustia. En Gabriela Mistral, el campo se hace trágico y siniestro.

Con el verso de Gerónimo Lagos Lisboa, llega de nuevo la calma. El campo torna a ser manso y sereno como la sombra de un sauzal. Las campanadas del ángelus vuelan por el aire tranquilo. Tornan corderos de los montes... El poeta toma un tren que lo lleva por entre los paisajes. Y entonces:

*Parte el tren, y el vocerío
se dispersa... ¡Adiós, poeta!
Queda la tarde violeta
desnudándose en el río.*

*Rueda el convoy por la esquiva
falda gris de la montaña.*

*La tarde en el Maule baña
su belleza pensativa.*

*El agua pasa, y el viento
y el arbolado. Al vagón
torno el rostro... ¡Cómo siento*

*la tarde en mi corazón!
No hagas ruido, pensamiento...
¡Se hace la tarde oración!*

Con Carlos Préndez Saldías, el campo se llena de mujeres y de amores; se hace romántico; dice paganas oraciones a Venus. Viene el poeta desde la ciudad y trae consigo algo de pecaminoso que se extiende por entre los tréboles, los maitenes y los boldales que marginan las aguas. Préndez pone el paisaje como un decorado para sus ensueños y sus amores. Y dice pequeñas canciones que hacen recordar a un fauno tocando una flauta de caña.

Escuchémoslo:

*Mujer, suelta la rubia cabellera
al loco viento del atardecer.
Verás que hay en la campiña entera
y una visión de claro amanecer.*

*Moja tu piel de lirio en la vertiente;
¡qué ágil el agua sentirás correr!
Y en el nuevo cantar de la corriente
hasta el labriego te ha de conocer.*

*Alza las manos de rosal florido:
tiende a la brisa su alba pequeñez;
todas las aves dejarán su nido
viendo que el aire empieza a florecer.*

*Canta el paisaje tu vivir sencillo
de quieta y ruborosa placidez;
será tu voz una canción de grillo
refrescando los oros de la mies.*

*Y deja el corazón en la fontana
de este brumoso pueblo montaños;
cuando bajen por agua las aldeanas
han de sacar amores cada vez.*

A través de los poetas citados, el campo ha ido tomando caracteres diversos, según la voz que lo cantara. Todos, sin embargo, hemos podido reconocer el paisaje nuestro en sus producciones: unas veces estilizado, en otras lleno de vida propia, en otras como un fondo brillante para los sentimientos de quien lo cantaba.

Carlos Acuña, nacido en tierras del sur, vuelve de nuevo a la fuente original y casi entronca con Pezoa Véliz en su manera de tratar el poema campero. Es la suya una expresión casi directa, sin mucha retórica ni adornos, pero llena de savia y sabor de cosas nuestras. De entre todos sus poemas, quiero entresacar uno que relata un suceso corriente en nuestros fundos hasta hace poco. El protagonista es un hombre de campo –hijo de administrador tal vez– que pretende a una muchacha de posición superior a la suya. La familia de ella se opone a tales amores; pero el mozo la visita furtivamente por las noches. En la ventana de su casa, la enamorada aguarda, en compañía de una criada fiel. En otra ventana, un hermano y una hermana de la muchacha, acechan:

*La espuela firme, del tin-tin de plata,
y la manta de negro y escarlata
atravesada sobre el corazón,
salió el galán sobre un caballo obscuro,
piasfante, vivo; era chileno puro,
de cuello arqueado y recio corvejón.
Dijo un mozo, al adiós, como un conjuro:
–Buena suerte, patrón!*

–Ya se ocultó la luna tras los cerros...

–¿No han ladrado los perros?

–Ninguno, amita, le conocen ya.

–¿Sientes?

–Sí, tal como una campanita.

–Es la espuela que grita

que muy cerca está ya.

–Déjame sola...

–Bien, chiquilla mía;

que no te pille el día...

–Sólo Dios lo sabrá...!

–El tranco de un caballo ya se siente.

–Se ha ocultado la luna de repente...

–Sólo su espuela tintinea así.

–Es él mismo, el canalla.

–Ya ha cruzado la valla.

–Sí; mi hermana está ahí...

–Ya bajó del caballo. ¿Lo has oído?

En el balcón dos rostros se han fundido...

–Dispara, hermano, ya...

–¡Bandido! Se ha escapado;

mas he apuntado bien: debe ir bandeado.

–Ya voló el peuco; no dispares más!

*Le encontró en la mañana un ovejero,
con el alba alumbrada del lucero:
estaba muerto; y, al moverlo, el son
se oyó, en la espuela, del tin-tin de plata;
llevaba un poncho negro y escarlata
atravesado sobre el corazón.*

Pablo de Rokha, arbitrario, violento, sacudido por inquietudes cósmicas, lleva puras esencias de chilenidad en sus venas. Si se hubiera resuelto a clarificar su producción, despojándola de toda inútil hojarasca, nadie lo habría superado en la expresión poética de nuestra realidad. Porque Chile se hace carne en su verbo, y él se lo arrolla como una gran faja tricolor en el pecho sonoro de guitarras. En la sangre de Pablo de Rokha andan gritando mineros, leñadores, calicheros y campesinos, todos ellos con su voz ancha y propia, con su tonada robusta y libre, con su verdad auténtica de hombres bien hombres, como diría él. Payador dionisiaco, lo tenemos aquí diciendo su "Canción de las tierras chilenas".

*Claros los astros de diamante,
dolorosa la tierra arada,
y el mar como un árbol sonante,
o lo mismo que un gran cantante
parado encima de la nada.*

*Un cinturón de cordilleras
le ciñe los huesos profundos;
cabellera de sementeras,
y el cielo como una bandera
clavada en la proa del mundo.*

*Murmuran los vinos violentos
en las tinajas del pasado;
el sur le azota con los vientos;
su sol es como un monumento
al "rotaje" crucificado.*

*Viejo de pueblos y viñuelas,
oloroso a naranjas rubias,
ingenuo como las escuelas,
con inviernos llenos de abuelas
y grandes ladridos de llovias...*

Y luego, el otro Pablo, que comenzó cantando lo nuestro y describió en seguida su gran parábola hacia las estrellas, para tornar de nuevo al punto de partida, enriquecido por su personalísima y tremenda experiencia: Pablo Neruda, cumbre lírica de la lengua castellana en la actualidad. Pablo Neruda, un día, cuando comenzaba la ascensión de su estrella, escribió una sinfonía de la trilla que recoge con inigualada fuerza y realismo esa faena de los campos de Chile.

¡Qué anchura de potreros asoma en estos versos! Las yeguas nos deslumbran con su remolino girador y palpitante. Y el grito "¡Ah, yegua, yegua!", sale de lo más hondo de los rotundos pechos campesinos:

*Sacude las épicas eras
un loco viento festival.*

Ah yeguayeguaa...!

*Como un botón de Primavera
se abre un relincho de cristal.*

*Revienta la espiga gallarda
bajo las patas vigorosas.*

Ah yeguayeguaa...!

*Por aumentar la zalagarda
trillarían las mariposas!*

*Maduros trigos amarillos,
campos expertos en donar.*

Ah yeguayeguaa...!

*Hombres de corazón sencillo.
Qué más podemos esperar?*

*Éste es el fruto de tu ciencia
varón de la mano callosa.*

Ah yeguayeguaa...!

*Sólo por falta de paciencia
las copihueras no dan rosas!*

*Sol que cayó a racimos sobre el llano,
ámbar del Sol, quiero adorarte en todo;
en el oro del trigo y de las manos
que lo hicieron gavillas y recodos.*

*Ámbar del Sol, quiero divinizarte
en la flor, en el grano y en el vino.
Amor sólo me alcanza para amarte,
para divinizarte, hazme divino!*

*Que la tierra floresca en mis acciones
como en el jugo de oro de las viñas,
que perfume el dolor de mis canciones
como un fruto olvidado en la campiña.*

*Que trascienda mi carne a sembradura
ávida de brotar por todas partes,
que mis arterias lleven agua pura,
agua que canta cuando se reparte!*

*Yo quiero estar desnudo en las gavillas,
pisado por los cascos enemigos,
yo quiero abrirme y entregar semillas
de pan, yo quiero ser de tierra y trigo!*

*Yo di licores rojos y dolientes
cuando trilló el Amor mis avenidas,
ahora daré licores de vertiente
y aromaré los valles con mi herida.*

*Campo, dame tus aguas y tus rocas,
entiérrame en tus surcos, o recoge
mi vida en las canciones de tu boca
como un grano de trigo de tus trojes...*

*Dulcifica mis labios con tus mieles,
campo de los recónditos panales!*

*Perfúmame a manzanas y laureles,
desgráname en los últimos trigales...*

*Lléname el corazón de cascabeles,
campo de los lebreles pastorales!*

*Rechinan por las carreteras
los carros de vientres fecundos.*

Ah yeguayeguaa...!

*La llamarada de las eras
es la cabellera del mundo!*

*Va un grito de bronce removiendo
las bestias que trillan sin tregua
en un remolino tremendo...*

Ah yeguayeguaa...!

“Poemas de la tierra”, el único libro que dejara Armando Ulloa antes de fundirse a la tierra, es un conjunto de bellos trozos líricos, recogidos, sencillos, como un atardecer en los caminos. La emoción del poeta cupo muy bien en el soneto y allí se vació suavemente, tal un agua de riego que colma los abiertos surcos. Escuchemos también su palabra:

*Buen campesino, labra tu campo, abre los surcos,
y esparrama los firmes granos con mano pródiga:
las semillas que hoy riegan tus sudores fecundos,
fecundas te darán mañana el pan que comas.*

*La tierra, a tus esfuerzos, como una buena esposa
se rendirá y humilde te brindará sus frutos;
tú le darás en cambio tus lágrimas gloriosas,
la sangre de tus venas y el vigor de tus músculos.*

*Y así, cuando ya sientas temblar tus manos rudas
y esté presto tu espíritu para emprender el vuelo,
ella y tú habréis formado un nudo tan estrecho.*

*que, cerrando los ojos y mirando a la altura,
tú, como última ofrenda, le ofrecerás tus huesos,
y ella, en último pago, les dará sepultura.*

En la guitarra lírica de Augusto Santelices, el campo ensaya bailes humorísticos, llenos de livianura y de color. Imágenes paradójales giran en el aire, imitando un puñado de hojas agitadas o un piño de vilanos viajeros. Es el de Santelices un campo decorativo, alegre, objetivo, como el alma de quien lo describe:

*Mi corazón es un potrero
lleno de mariposas blancas;
yo tengo el corazón overo
como la piel de una potranca.*

Dos libros publicados —*El agua en sombra* y *Romance de luces y espadas*— lo sitúan en las antologías. El segundo de estos volúmenes termina con una “Egloga heroica” que dice en su primera estrofa.

*Yo conozco la gloria rural, suelta y sencilla
de bornear un lazo de armada abierta y larga
y dejarlo caer, de un golpe exacto
en el cuello delgado de una potranca en fuga;
y sé también la gloria
de verla arrancar violenta y loca
y de hacerla parar, brusca y violenta,
hasta rozar el pasto con los belfos...*

Juvenio Valle es más bien el poeta de los bosques, de los verdes y umbrosos bosques del sur, llenos de misterio, de música y de sueños. Pero a veces también, semejante a un fauno joven que surge de la espesura, asoma su cabeza y sus pupilas hacia los campos circundantes. Allá ve a Carolina que pasa y entonces sopla su caramillo para

*Graciosa Carolina, mariposa y espiga,
cuida tú de mi casa con tus manos de trigo;
vístela de tus oros valiosos, campesina,
cuídala con tus manos y alúmbrala chiquilla.*

*Tienes dieciocho años claros como un pocillo
y es tan grande esta casa donde yo vivo solo.
Lléнала tú, mi niña, con tu canción de pájaro,
encandílala toda con tu miel y tu vino.*

*Es tan grande esta casa. Ven a vivir conmigo.
Ven a cortar las flores y a poner la vajilla,
y que ría hasta el íntimo aposento olvidado
cuando llegue tu alegre lámpara campesina.*

*Coge unas cuantas lunas y suéltalas en la alcoba.
Cuida mi viejo lecho con tus manos de espiga:
ponle olorosas hierbas, échale margaritas
o con tu mismo cuerpo arómalo, Carolina.*

*Tú que eres luminosa cual la buena semilla,
tú que eres como el campo, graciosa Carolina,
toma estas llaves, tómalas con tus manos de trigo
y dispón en mi casa como una dueña antigua.*

Alejandro Galaz, muerto cuando la poesía le alargaba sus manos enjoradas de promesas, alcanzó a dejar un libro publicado, *Molino* y otro a punto de ir a las prensas, *Sonido de flautas en el alba*. En el primero, el campo le ofreció perspectivas coloristas que su pluma supo captar con gallarda maestría. Una estrofa suya nos dará la pauta de su magnífica inspiración:

*Hoy el cielo celeste es una cartulina
donde escriben los pájaros el poema del vuelo.
Ha trepado al espacio la quietud campesina
y ha caído a los árboles la dulzura del cielo.*

Julio Barrenechea consiguió la plenitud absoluta del tono menor, superando nítidamente a Max Jara y a todos los poetas anteriores en este aspecto. Barrenechea es el poeta de los matices, de las sugerencias, de las palabras leves como reflejos en el agua. También la tierra lo ha llamado para pedirle su voz. Y aquí lo tenemos, diciendo sus palabras al campesino:

*Yo he venido a estos campos a desnudar las rosas
y a quedar con las manos punzadas y olorosas.*

*Yo he venido a buscar la fuerza de los cerros
y a quedarme dormido al compás de los perros.*

*A llevar una aureola de sol como los santos,
y a abrir con la mañana la jaula de los cantos.*

*A fustigar el agua del arroyo incansable,
y a entregarme en los brazos de las tardes amables.*

*Yo he venido a quitarme mi corbata que sueña
con ahorcarme algún día en sus dedos de seda.*

*Y a sacarme este peso de edificios y calles
para hundirlo en el verúe profundo de los valles.*

*Yo he venido a mirar el viento en el manzano
y alternar con los bueyes tratándolos de hermanos.*

*Yo he venido a morir y a nacer nuevamente.
A morir y a nacer celebrando mi muerte.*

Y hemos llegado así, entresacando nombres del nutrido panorama de nuestra poesía, a los últimos cultores del género campesino. Sólo el tiempo y la perspectiva podrán decir si los nuevos poetas son dignos de quedar junto a los ya nombrados. Hay en la generación que ahora comienza, una especie de redescubrimiento de los paisajes y de las costumbres de nuestra tierra. Quieren ellos hacer una poesía al mismo tiempo rústica y exquisita —muy popular y muy sabia, como diría Juan Ramón Jiménez—, y esto dignifica el intento y abre perspectivas anchas hacia el porvenir.

El caso de Nicanor Parra podría citarse como típico en este aspecto. Sumamente joven —nació en 1914—, obtuvo con *Cancionero sin nombre*, su primer libro, el premio municipal de poesía en 1938. Parra ha hecho empalmar sus romances con las coplas de los antiguos payadores chilenos, y de esta feliz amalgama le ha resultado un verso lleno de picardía, de humorismo y de fuerza que impresionan a primera vista. Parece que un campesino auténtico cantara a través de la sangre de este hombre culto, dándole todo el sello de la raza. Escuchemos su "Tonada fundamental", que me parece muy representativa de su manera de tratar el poema:

*Si yo pudiera pedirte
todo lo que yo quisiera,
diría: guitarra, dame
tu pecho de luna nueva.*

*Pero si digo guitarra
todo el horizonte suena.*

*Si tú supieras oírme
todo lo que yo dijera,
dirías: guitarra, sufre
mi pecho de luna llena.*

*Pero con riendas de olvido
los ángeles te sujetan.*

*Todo lo que yo daría
si yo decirte pudiera,
guitarra, de sangre dame
tu pecho de llama lenta.*

*Pero si digo guitarra
todo el horizonte quema.*

*Si yo pudiera sembrarte
con mi corazón de tierra,
con lunas de fuego duro
todo tu cuerpo se llena.*

*Si yo manejo tu pecho,
manejo violenta rueda.*

Y ahora, es un hijo de esta misma provincia el que va a decir su palabra. La crítica ha expresado que es ante todo un cantor de los campos, y él ha recogido con orgullo tal designación, en su obra *Viaje del alba a la noche*, donde pone a manera de prólogo:

*Conozco el habla de los hombres
que van curvados por el campo
y el grito puro de la tierra
cuando la hienden los arados.*

*Conozco el trigo que madura
—sol en monedas acuñado—
y las mujeres que transportan
su llamarada entre los brazos.*

*Generaciones de labriegos
van por el cauce de mi canto:
hembras del pecho en dos racimos,
firmes varones solitarios.*

Y luego, en el poema "Claro galope", del mismo volumen, ha confirmado:

*Con espuelas de flor llego a la trilla,
con estribos de luz vengo cantando
de una lejana lechería de albas,
tras un arreo de potrillos blancos.*

*Con mi rebenque domador de vientos
voy reventando cálices de nardo.
Por potreros de cielo va la luna
esquivando sus cuernos de mi lazo.*

*Quiero la trilla con su pecho de oro
y el barajarse de sus mil chamantos.
Quiero el molino girador que pasa
desgranando luceros con sus cascós.*

*Ante la Biblia de los campos verdes,
por el viento y el sol fui bautizado.
Amansadores vivos en mi sangre
me mantuvieron firme en el caballo.*

*Y en ágil galopar llego a la trilla,
arreador de luceros y alicantos,
con el pecho batido de tambores
y alcoholes de viento entre los labios.*

*A mi espalda galopan, invisibles,
jinetes en inmóviles caballos,
tres domadores que tal vez llamaránse
Antonio, Benjamín y Pedro Castro.*

*Amo el cielo de azules y altas quinchas
y la luna que nubes va corneando.*

*Cuando me mate alguna yegua chúcará,
cuidaré mis haciendas en los astros.*

Sé bien que muchos nombres han quedado excluidos de este estudio, debiendo estar en él: la premura del tiempo así lo ha querido, y mi voluntad se ha estrellado contra este obstáculo insalvable.

Habéis visto, sin embargo, a través de los poetas citados, los diversos avatares del campo chileno. Este suelo que nosotros pisamos, ha sido en sus palabras, claro, transparente, profundo, sombrío, panteísta, risueño, decorativo, lleno de color, de aromas, de nostalgias y de esperanzas. Es que la magia de la poesía lo ha traspasado, dándole vida propia, sentimientos, emociones, tristezas, esperanzas y pasiones. De elemento secundario que era al comienzo, ha pasado de modo insensible y seguro al primer plano. Hoy resplandece como un diamante y nosotros sabemos que ese campo con sus trillas, sus yeguas corredoras, sus espuelas sonantes, sus vihuelas gozosas, es nuestro, como es nuestra la sangre que llevamos y que se alimentó de sus jugos benditos y eternos.

DIAMELA ELTIT, *Vaca sagrada*, Buenos Aires, Editorial Planeta, Colección Biblioteca del Sur, 1991, 180 páginas.

El primer capítulo de *Vaca sagrada*, de Diamela Eltit es como una programación para el lector de lo que será una ardua travesía por una novela marcada por la ritualidad: "Me acompaña a todas partes un ojo escalofriante que obstaculiza el ejercicio de mi mano asalariada. Fui incapaz de penetrar un universo (...). Sueño, sangro mucho. Me han expulsado la poderosa forma pajaril y su amplio despliegue en la ciudad".

La ritualidad parte por lo que la propia autora denomina "una estética de la sangre". Ésta consistiría en ampliar el concepto de sangre menstrual en tanto rito, por su circularidad. Inevitablemente, como en la fiesta primitiva, una vez al año se transgredían las interdicciones, en el sentido de Bataille, y se le recordaba al hombre su prehumanidad, una vez al mes, el cuerpo de la mujer es un cuerpo que sangra, circularmente como la fiesta, para recordar la relación de la sangre con la muerte como imagen instituida por lo social. En términos de Diamela Eltit la relación es sangre=herida=muerte.

El rito se inserta en la narración a través de las relaciones perversas de la narradora con cuatro personajes (Manuel, Sergio, Francisco y Ana), cuyos encuentros son limítrofes al exceso a través del alcohol, el lesbianismo, la violencia, los sueños, los espacios míticos (el sur en este caso) y símbolos que acosan hasta encarnarse en una suerte de surrealidad (aves negras, la pérdida inminente de un ojo, lo que se trasunta en amenazas y restas para el cuerpo).

La novela utiliza el fragmento como recurso narrativo, a través de una primera persona que a veces se desdobra y transmuta en otras hablas: si bien el lenguaje es más fluido y menos hermético que el neoestructuralista de *Por la patriay Lumpérica*, la trama es casi impenetrable para el lector en las zonas donde se juegan las motivaciones más profundas de los personajes, porque la misma narradora impide el ingreso a esas zonas al silenciar los datos necesarios. Así, los personajes, como en algunos filmes de Bergman y los primeros de Fassbinder, terminan por ser proyecciones de la narradora para cubrir una angustia existencial casi Sartreana: "Entendí que jamás había habido nada de lo que figuré y que yo había inventado un conjunto de nombres para combatir el vuelo de los pájaros e inventar para mí una historia con un final que la hiciera legible".

La narradora lucha para provocar la ilusión de una trama verdadera, de imponer una lógica, de lograr fórmulas que no conduzcan al fracaso.

Finalmente, al escribir sobre "ellos" a través de "pruebas tangibles" conservadas (cintas, cartas, fotos), se enfrenta al inicio mediante la palabra, siguiendo sus propias pistas, "abriendo un jeroglífico por los extramuros de mi mente". Entonces se reanuda el círculo, el rito que marca una escritura, el catálogo obsesivo que conduce al comienzo por el cual ya habíamos transitado: "Duermo, sueño, miento mucho"...

THOMAS HARRIS

NELLY RICHARD, *Masculino/Femenino: Prácticas de la diferencia y cultura democrática*, Santiago, Francisco Zegers Editor, 1993, 92 páginas.

Hablar de un nuevo libro de Nelly Richard es hacerse cargo no sólo del texto en pantalla, sino de una producción crítica, de un trabajo riguroso que señala una gestión permanente, una preocupación insistente por activar espacios, renovar escenarios, actualizar discursos, enfatizar perspectivas y puntos de vista que alimenten el escenario nacional de la cultura, más nutrido por épocas, casi anémico en otras, sobre todo en el ámbito del debate, la polémica, que no puede sustraerse del deseo de la crítica y de la crítica como deseo.

En relación al libro *Masculino/Femenino: prácticas de la diferencia y cultura democrática* que en esta ocasión me preocupa, quisiera centrar mi comentario en cuatro aspectos que me parecen relevantes; por cierto no los únicos.

LA PRÁCTICA DE DISCURSO CRÍTICO COMO ESCRITURA DE ENSAYO

La producción de Nelly Richard, tiene su sentido, busca su lugar en una gestión de ensayo, no sólo en el género de la ensayística sino por su rango de escritura que se prueba, que se pone a prueba y que a su vez pone a prueba al espacio cultural que la produce y al lector que convoca. Prueba que en una de sus coordenadas apela al deseo de relevar territorios de producción soslayados por los espacios más complacientes con las convenciones, los órdenes de mercados, de la institucionalidad y de los oficialismos de todo corte. Desde otro lugar, la escritura de Nelly Richard se pone a prueba a sí misma en una producción que se condiciona permanentemente en la revisión de su textura.

Por eso no es azarosa la elección de un epígrafe de Fernando Savater en que el autor propone el lugar del ensayista en la escritura, como aquel, aquella digo yo, que duda, que no se sabe del todo su papel, que no está segura de lo que dice. El ensayo, como escritura que se juega en la subjetividad, agrega Savater, es un género esencialmente disuasorio que, al contrario de la crítica, opera contra la gran teoría, expresando la incursión de la subjetividad en un ámbito que "es donde la subjetividad está más desprestigiada". Nelly Richard, sin rasgos explícitos de adscripción a género literario, pero sí en una práctica discursiva rebelde al "rascacielos edificado por la ciencia y la política", produce su discurso en esa constante necesaria de incerteza que se busca en las incursiones tortuosas de señalamientos de lenguaje que más que teorizar intentan desvelar, desocultar los refuerzos del poder, de la autoridad, de los mecanismos de dominación que funcionan en los sistemas de signos que comunican la cultura. Como escritura de resquicios, Nelly Richard productiviza su práctica ensayística también en la subjetividad que se asoma en la elección de objetos tensados en su punto de (des)pertenencia y exclusión de los espacios culturales; objetos que ponen a prueba la tolerancia del escenario cultural chileno en la resistencia de esos productos a dejarse objetivar por los modelos instalados de hacer crítica. Objetos irresistibles y resistentes a discursos críticos instalados son los que recoge la escritura de Nelly Richard en un gesto riesgoso que cede lugar a la pasión y al

deseo más que a la apuesta segura que se juega en la complacencia de los soportes institucionales.

Pienso que tanto los objetos de la escritura de Nelly Richard como su escritura misma, se refuerzan en ese carácter de capricho que sólo vale para unos pocos, para aquellos que en subjetividad encuentren en el texto posibles entradas de desarme a las ideologías culturales que interesadamente evitan una dialogía polémica, productiva, interrogativa de la relación cultura sociedad. En el deseo, en el gesto que busca zonas de tensión y resistencia en los productos culturales que recoge, la discursividad de una crítica ensayada desde esos lugares expone esos productos a un destino no predecible en los órdenes del poder de los discursos.

HETEROGENEIDAD DISCURSIVA COMO PRÁCTICA TEXTUAL.
TEORÍA CULTURAL. TEORÍA FEMINISTA

El objeto de discurso del texto *Masculino/Femenino: prácticas de la diferencia y cultura democrática* vienen a ser las nuevas relaciones que en el escenario democrático se establecen, o pueden establecerse entre las prácticas de la crítica cultural, la teoría feminista y los cruces de espacios que entre ambos producen, o no producen, las prácticas discursivas públicas. El texto realiza un exhaustivo itinerario de las producciones culturales de mujeres, trabajo que aún no había sido recogido en su capacidad de interlocución, en ninguna de las producciones críticas que en los últimos quince años se han preocupado de instalar una práctica de teorización de la cultura y lo social, en nuestro país.

El texto señala como los discursos de crítica cultural, definidos, desde el texto mismo, como la práctica de "desocultar los códigos de transparencia que borran el trabajo significativo de las ideologías culturales es la primera maniobra de resistencia crítica al falso supuesto de la neutralidad de los signos, que las ideologías culturales sustentan". Para desarrollar su tarea, esta crítica apoya prácticas desviantes en movimientos en abierta disputa con las tendencias legitimadas por los conformismos; otra tarea de esa crítica, señala Nelly Richard, es la lucha antihegemónica, contra las reparticiones del poder cultural.

Ambas tareas –y otras– intentan ser realizadas desde este texto, recogiendo productos posibles de ser rendidores en estos aspectos. Siendo las prácticas de la diferencia el objeto central del discurso en el texto que comentamos, se señala cómo el feminismo armó su dimensión más histórica a través de los movimientos de mujeres y desde esa plataforma de reivindicación ciudadana introdujo la problemática de género en el debate socialista de los años de la reconstrucción democrática, por un discurso construido desde las ciencias sociales y la ciencia política. El texto *Masculino/Femenino...* rearma el itinerario disperso de esos discursos políticos movimientistas que a pesar de tener un objeto común, nunca se cruzaron o confrontaron con los discursos, en ese entonces bastante incipientes, de reflexión crítica que desde el arte, la literatura cercaban "lo femenino" en una interrogación que intentaba fisurar discursos simbólicos y de los imaginarios culturales.

Tanto el feminismo proveniente de las ciencias sociales como tampoco la reflexión teórica en torno al arte y la literatura, que desde una crítica a la construcción de lo femenino hacían circular discursos de la teoría feminista, lograron en esa época conectarse en una práctica discursiva de debate que lograra un efecto de crítica social y cultural más productivo a las prácticas que evidentemente podrían haber surgido de la conexión de ambos espacios; pero recordemos que éstos eran los años de la atomización máxima, de las marginaciones y automarginaciones; de la desinformación y la reclusión. El texto de Nelly Richard realiza hoy esa práctica que no sólo por razones de la situación política del autoritarismo no pudo ser cumplida, sino también por equívocas relaciones entre las funciones de las teorías y las prácticas en los espacios sociales de la realidad cultural chilena.

Nelly Richard no sólo destaca la carencia de esos espacios de prácticas político-culturales en relación al tema de la mujer sino que su trabajo textual consiste justamente en señalar, o recuperar, en la actual situación de democracia, los posibles hitos de ensamblaje de ambos lugares. Aunque la dispersión persiste, el texto revisa en ese aspecto, acuciosamente las producciones de espacios, de crítica y de debates que hoy han abierto ese cierre y la afasia productivizada por el autoritarismo.

Pero no ha sido sólo en el espacio de las mujeres, como movimiento o en la producción discursiva crítica de la problematización de lo femenino, donde no se han producido intervenciones o interferencias dialógicas en el escenario chileno de los últimos años; no ha sido sólo la marca del autoritarismo militar, ha sido la marca histórica de la hegemonía de los discursos patriarcales la que no se ha interesado en la interlocución que arriesga su hegemonía. Son los discursos institucionales que marcados por lo masculino, obvian, desconocen o niegan los discursos que desde espacios de minoridad reclaman su inserción en una práctica de diálogos heterogéneos. Ha sido en esa coordenada que los productos de una práctica de crítica cultural provenientes desde la teoría feminista han encontrado oídos sordos en los discursos críticos legitimados desde lo masculino; en los que máximamente son incorporados como apéndices que no se sientan a la mesa de la negociación discursiva, lo que como contrapunto ha enfatizado la timidez y el *ghetto* de los discursos feministas residuados en espacios exclusivos que permanentemente reclaman su ausencia de la interlocución válida.

Creo que uno de los méritos más destacables del texto que comento es recoger, en su textualidad, esa práctica heterogénea, que no se basta en la llamada de atención sobre los paralelismos de producciones que no se cruzan, en la sordera de los órdenes genéricos que afianzan lo masculino, sino que se hace cargo de la carencia y gestiona en el texto la heterogeneidad discursiva ausente; promoviendo discursos plurales en comunicación dialógica. En ese sentido, Nelly Richard oficia la heterogeneidad, señala las interferencias, marca las contradicciones, produce las confrontaciones en deseo de debate plural y democratizado, que no necesariamente reproduce el escenario tímido que ha abierto la democracia sino que más bien lo provoca. Provocación que se ejerce mayoritariamente en el

señalamiento de las crisis de las identidades genéricas, discusión no tocada desde ningún espacio de oficialidad.

PRODUCCIÓN GAY, OPOSICIÓN MASCULINO FEMENINO

Aunque Nelly Richard se hace cargo de la oposición masculino femenino, sin cuestionar su constitución cultural como identidades interesadas también por las ideologías culturales que traman su política de ocultamientos, el hacerse cargo de su jerarquización le permite la metáfora, siempre de opuestos, que se hace productiva culturalmente en sus señalamientos valorizados; lo masculino como lo central, activo, dominante; lo femenino como lo marginal, pasivo, sometido. La identidad como noción en crisis y la crisis de las identidades encuentran su máxima productivización en el texto de Nelly Richard en la incorporación de producciones que desde lo *gay* marcan crisis y fisuras de los órdenes genéricos, producción que por primera vez aparece integrada a un deseo de crítica cultural heterogénea.

Lo homosexual, como gesto que hace caer el falocentrismo y abre el círculo de lo femenino a la contención de otredades ambiguas, múltiples, bisexuadas, se recoge como un tráfico de progresión y multiplicidad en sus manifestaciones visuales, escénicas, discursivas que van desde reproducir las gesticulaciones fallidas de la uniformidad de los géneros uniformados, a la escenificación del travestismo como expresión política de reclamo y de constitución de otra política de los cuerpos. La parodia travestí, como Nelly Richard nomina la torsión a los órdenes de los géneros que estas prácticas enuncian, ponen, sobre todo, en escena la crisis de una noción en la marca biológica que la sustenta, al armar su discurso de crisis en los cuerpos que simulan ser otros, que aparecen otros, que se nominan otros en las alteraciones de su sentido y que en su actuar cultural hacen estallar varios signos patriarcales: el saber que falla en la desarticulación de la trascendencia de la autoría —la firma como es el caso de los artistas Lepe, Dávila, poniendo en escena nombre y cuerpo; símbolo y signo en imágenes que contradicen sentidos instituidos. La identidad como noción se fragiliza máximamente en las producciones homosexuales que como mascarada de doble cara desplaza su metáfora a la máscara doblada y redoblada en la copia, en la reproducción de lo latinoamericano como identidad siempre en suspenso, siempre en estado de ansia. La escenificación del arribismo del querer ser lo que no se es, de los estrellatos de última hora (Yeguas del Apocalipsis) patetizan las adveniencias a *status* tardíamente percibidos como modas, cuando ya están fuera de moda.

FEMINISMO POSMODERNISMO

La compleja discusión de la posmodernidad, enfrentada desde lo latinoamericano, ha puesto también en escena el lugar de las mujeres en la modernidad y el quiebre de ese lugar en la constitución de una alteridad discursiva que apela a otras modalidades de diálogo cultural desde la construcción de la teoría feminista. Hoy posmodernidad y feminismo aparecen como términos en cuestión que buscan sus delimitaciones en los quiebres y rupturas de la modernidad, enfren-

tando una diversidad de posicionamientos públicos que se complejizan al ser hablados desde márgenes tampoco homogéneos de lo latinoamericano. Nelly Richard recoge en su análisis diversas posiciones feministas en relación a la discusión marcada por lo post. Es cierto que algunas sugerencias posmodernas apelan a leer la modernidad como lo negado por ella o lo que se resiste a sus postulados más legitimados, como la universalidad de la razón o la unicidad del sujeto, ambos aspectos, por no enunciar otros, favorecen la metáfora de lo latinoamericano y lo femenino como lugares sintomáticos para leer la modernidad y productivizar su crisis, pero es cierto que la heterogeneidad latinoamericana y sus distintos estadios: pre, pos con las consabidas fases intermedias, así como los múltiples feminismos continentales que van más allá de las clásicas distinciones de feminismo liberal, feminismo radical, feminismo socialista o las más actuales de feminismo esencialista o deconstructivista, señalan desde Latinoamérica otras relaciones que incluyen una diversidad aún mayor, y cuyas nomenclaturas no están inscritas en las prácticas discursivas; es en este sentido que se sigue evidenciando hoy, en el escenario democrático, una desconexión, la misma, otra; el mismo retardo en las relaciones entre teorías y prácticas: feminismos populares, feminismos lésbicos, feminismos partidistas carecen aún de una discursividad que pueda ser ingresada al debate, sólo un feminismo que en su autonomía se señala por relaciones con un feminismo teórico internacional se inscribe como práctica de discurso, por ello, tanto en el debate feminista como en el debate posmoderno, desde Latinoamérica, resulta un gesto pendiente para deshomogeneizar lo latinoamericano como discurso de periferia también unívoca, y es por eso que "aventurar cruces entre el debate posmodernista y el feminismo es una tarea no sólo excitante sino necesaria ya que estos cruces comprometen discusiones vitales para el feminismo latinoamericano. Discusiones sobre identidad y poder (sobre márgenes y centros); sobre centros descentramientos y recentralizaciones del poder cultural, pero también sobre las estrategias teórico-políticas de inscripción de la diferencia (mujer periferia) en la problemática de la diferencia como forma de dialogar con y a la vez interpelar las teorizaciones posmodernistas de lo otro validadas desde los centros internacionales.

RAQUEL OLEA

CECILIA SÁNCHEZ, *Una disciplina de la distancia: institucionalización universitaria de los estudios filosóficos en Chile*, Santiago, Ediciones Chile América, CESOC, 248 páginas*.

Ustedes habrán oído hablar de los Amadises, el de Gaula o el de Grecia. Habrán leído quizá las aventuras de Orlando sea enamorado, sea furioso. Sin duda, cono-

*Transcripción del texto leído por Eduardo Devés V. en el lanzamiento del libro, el día 6 de octubre de 1992.

cen a don Quijote, el caballero de la triste figura. Pues, hoy están escuchando las aventuras de la adelantada doña Cecilia de Sánchez y González, la dama "sin piedad ni sosiego", como se la llamó cuando fue armada¹.

Cuando decidió adentrarse en el continente de la filosofía chilena, buscando el dorado de una explicación coherente y total del silencio de esa filosofía a partir de su institucionalidad, muy probablemente ella misma no sabía qué encontraría.

Esa expedición comandada por ella y con ella sola como exploradora, por un continente de casi doscientos años de extensión, logró importantes descubrimientos. Quizá no llegó al dorado de la explicación cabal, quizá no existe el dorado, pero eso sí, encontró instituciones fortificadas como pucaras contra lo desconocido, ríos de profesores cuyo murmullo era monótono como el rumor del agua contaminada, tupidos matorrales de palabrería Heideggeriana, regiones pantanosas, institutos de filosofía como cavernas oscuras donde la vida es entre sombras, rectores, delegados con cabeza de perro a quienes costaba hablar, pero armados con afilada dentadura, eran diestros para morder.

En su crónica, en su diario de viaje, nos recuerda diversos pueblos y nos va mostrando cómo en cada uno de ellos se halla la profecía que vendrían filósofos de más allá del océano para hacernos escuchar su voz, hombres-dioses que manejaban la palabra, dueños del trueno del saber, pertenecientes al mundo de la cultura, que fecundarían nuestra realidad de pura naturaleza bruta.

El libro de doña Cecilia Sánchez me ha parecido interesante e inteligente, pero me ha producido gran desazón ¿Desazón culpable, tal vez?

Suerte de Inés de Suárez cortando cabezas o de arcángel Gabriel guardando la puerta del paraíso, espada en mano, la señora sin piedad ni sosiego va haciéndonos pedazos: "incapaces de filosofar"; pedazos y pedacitos; "incapaces, incapaces, incapaces de filosofar".

Quiero señalar ahora tres cuestiones puntuales que me han interesado mucho y positivamente en el texto.

a) Las consideraciones que se hacen en torno a la recepción de las ideas en Chile y en América Latina. Según la autora, es necesario comprender esa recepción de ideas e instituciones culturales de un modo contextual y topográfico, dice: "para no hacer invisibles los rasgos propios de nuestras prácticas intelectuales" (pág. 29).

Me parece esto de particular relevancia hoy día, que tanto en el terreno de la filosofía como de la historiografía hay un vasto movimiento de estudio de la historia de las ideas en Chile y para nombrar sólo un par de cosas importantes, de personas del CERC, cito el libro de Carlos Ruiz sobre el pensamiento conservador y el de Cristián Gazmuri sobre el 48 chileno.

Desde este punto de vista, adquiere mucha importancia la reflexión sobre la manera cómo se asumen las ideas provenientes de otras latitudes: el contexto de producción y de recepción; el significado que adquieren en la nueva tierra; la

¹La llama así Humberto Giannini en la contraportada del libro.

traducción o adopción que sufren los conceptos; la enmarcación de ellos en proyectos de construcción distintos al que los originó, etcétera.

b) La exposición que se hace de las ideas de los profesores alemanes contratados en la creación del Instituto Pedagógico. Especialmente novedoso y valioso me pareció el análisis de los postulados de Guillermo Mann y su afán de transformar su filosofía en un elemento de apoyo en la formación del pedagogo.

Aquellos criterios de selección dentro de la historia de la filosofía de las materias comprensibles; dejando de lado los temas que fueran objeto de confrontación; imprimiendo un sentido nacionalista que fuera en favor del progreso del país.

c) La interrelación que se hace entre la reorganización de la Universidad de Chile a partir de 1950 y la tecnificación, profesionalización, especialización del investigador docente en filosofía. Creo que hay allí un potencial muy útil para explicarse ciertas características o evoluciones del pensamiento chileno de esos años. Como estoy trabajando sobre eso justamente, tanto más útiles me son esos pasajes.

Ahora, dos puntos específicos que me parecen claramente criticables.

a) Se señala en el libro, en torno al intelectual, que entre mediados del siglo XIX y mediados del XX se produce una evolución muy manifiesta del intelectual-político al intelectual-técnico o profesional.

Creo que si bien esto tiene algo de verdadero, tiene también de falso. En el primer período existe Lastarria, que correspondería al tipo de intelectual señalado, pero también existe Ventura Marín que es un docente, no un político y como él, muchos otros menos conocidos que Lastarria y tal vez por eso no considerados.

En el segundo período, mediados del siglo XX, existen, es verdadero, muchos intelectuales profesionales que tienen un espacio de acción-reflexión muy demarcado: Jorge Millas, Luis Oyarzún y tantos más. Pero no es menos cierto que también existen Alberto Edwards, Eugenio González o Raúl Sáez y cuando se estudian las ideas en Chile, en general se pone más énfasis en estos segundos que en los primeros.

b) Me sorprende que no haya considerado ni tampoco rebatido la noción "normalidad filosófica", establecida por el argentino Francisco Romero.

Se habla mucho en el libro del momento en que se va estableciendo la autonomía y la profesionalización del quehacer filosófico entre nosotros y se intenta precisar el carácter de este acontecimiento. Me parece que habría sido, sin duda provechoso, haber considerado la importante reflexión que realizó el argentino a este respecto y que en Chile ha sido retomada y reelaborada, por ejemplo, por Carlos Ossandón.

Vamos al meollo del libro. ¿Cuál es éste? Yo diría que hay dos niveles y que son los siguientes:

PRIMER NIVEL: Se trata de hacer la historia del quehacer filosófico en Chile, a partir de su institucionalidad y de su autoconcepción.

SEGUNDO NIVEL: Se trata de explicar el carácter del quehacer filosófico chileno; en otras palabras, señalar por qué en Chile: no se filosofa o se filosofa tan poco.

Me parece que el primer nivel está bastante bien logrado. Es un aporte indiscutible, si lo sumamos al trabajo de Roberto Escobar, quien privilegia el tratamiento de galería de personajes, ordenados parcialmente por generaciones, estudiando el contenido de su obra y, por otra parte, al trabajo de Iván Jaksic que tiene un tratamiento similar al de doña Cecilia, al menos de acuerdo al comentario hecho por Bernardo Subercaseaux.

Los aportes de información son manifiestos, existiendo, además, un tratamiento metodológico que abre nuevos temas, nuevas fuentes y nuevas perspectivas. Creo que ya este primer nivel justificaría la investigación hecha.

Con respecto al segundo nivel, que es más ambicioso, tengo mis aprehensiones. Y la principal se refiere a la causa o causas que habrían generado este tipo de quehacer. La autora maneja tres causas que no se logran articular adecuadamente: una sería la institucionalidad que se expresa en el profesor-lector que se aísla del mundo; otra, una especie de complejo (ella no usa esta palabra) que nos hace sentir que en Chile sólo se puede comentar y no crear; una tercera, el conservadurismo o tradicionalismo de importantes cultores de la disciplina.

En la pág. 152 se trata de explicar la "mudez" de la filosofía chilena y se dice que ella se debe a una cuestión de "mentalidad", de deformación y que esta mentalidad ha sido creada, fabricada, modelada. Es decir, la poquedad de la filosofía chilena no sería (al menos, no en primer lugar) problema de institucionalidad, de estructura o de organización del que hacer sino que una especie de convicción o complejo que nos lleva a pensar que en Chile no se puede hacer auténtica filosofía.

Sin embargo, esta conclusión es algo contradictoria con el sentido de la investigación que comentamos. El principio metodológico es que la institucionalidad es clave para explicar el desarrollo de la filosofía en Chile. Pero podría argumentarse que precisamente fue esa institucionalidad la que dio origen a la mentalidad, al complejo. Sin embargo, esto significaría trasladar el problema, ¿a qué se debió que se generara una institucionalidad antifilosófica si no había complejo previamente?

Ahora bien, con respecto a aquello del profesor-lector. Yo conozco la experiencia chilena de la Universidad Católica en los setenta y conozco la experiencia belga de Lovaina. Me atrevo a afirmar que la práctica del profesor-lector es muy similar. Pero nadie podría dudar que, desde el punto de vista del reconocimiento internacional, Bélgica tiene figuras claramente más consideradas que Chile.

Por otra parte, creo que hay, en el planteamiento de la autora, un deseo de ir siempre más allá de la pura institucionalidad, pero no es fácil darse cuenta desde donde se quiere explicar. En la pág. 216 nos habla de "opciones político-culturales de corte tradicionalista" como aquellas que generarían esta "mudez" explicitando que "tal como lo demuestra el trabajo filosófico de una serie de pensadores de ningún modo las instituciones de enseñanza y de investigación portan, como consubstancial a ellas, la normativa de una tal disociación (entre un

ejercicio filosófico "mundano" y otro "académico"), disociación que generaría la mudez.

Pero nuevamente entonces la autora pareciera, en la conclusión, destruir su propio presupuesto metodológico. Si las instituciones afectan en tan pequeña medida o de manera tan accidental el carácter del quehacer filosófico. ¿Cuál es entonces el sentido de estudiarlas?

Creo que la gran tarea a que debe abocarse ahora nuestra amiga, sin piedad ni sosiego, es a elucidar las relaciones específicas entre el complejo, la mentalidad, el tradicionalismo, la institucionalidad, el modelo del profesor-lector, las ideas filosóficas, el carácter del quehacer filosófico y la mudez.

EDUARDO DEVÉS V.

GRINOR ROJO, *Poesía chilena del fin de la modernidad*, Concepción, Ediciones de la Universidad de Concepción, 1993, 113 páginas.

La discusión en torno a los conceptos de modernidad y posmodernidad, como parámetros aplicables a los diversos ámbitos de la cultura, que ha adquirido intensidad en Latinoamérica y en Chile desde hace unos años, no ha estado exenta de zonas confusas para las que la calificación de "posmoderno", al no estar suficientemente definido este concepto, se ha ido convirtiendo en un verdadero lugar común. En todo caso, esos vacíos y dificultades de interpretación parecen ser consustanciales al carácter de "terra incógnita" que han cobrado la mayoría de las esferas del quehacer humano junto con la aceleración del tiempo histórico, especialmente en su proyección hacia el futuro. El de la poesía es quizá uno de los campos en que con mayor propiedad es posible afirmar esto, más aún, teniendo en cuenta la necesidad fundamental de abordar e identificar las recreaciones y formas específicas que experimentan estos conceptos al contacto con el mundo poético latinoamericano en general y chileno en particular.

Grinor Rojo, profesor, crítico e investigador teatral y literario, ha enseñado en las universidades de Chile y Austral de Valdivia, y en las de Columbia, del estado de Ohio y de California, en Estados Unidos, siendo en esta última donde actualmente ejerce. Es autor de *Los orígenes del teatro hispanoamericano contemporáneo* (Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, 1972); *Muerte y resurrección del teatro chileno, 1973-1983* (Madrid, Ediciones Michay, 1985); *Ritos de iniciación: tres novelas cortas hispanoamericanas* (Boston, Houghton Mifflin, 1985); *Crítica del exilio: ensayos sobre literatura latinoamericana actual* (Santiago, Pehuén Editores, 1987), además de numerosos artículos en revistas de América Latina, Estados Unidos y Europa. En su último libro, *Poesía chilena del fin de la modernidad* (Concepción, Ediciones Universidad de Concepción, 1993), el profesor Rojo aborda la problemática mencionada como el contexto general en el estudio de la obra de dos poetas de excepcional calidad, pero hasta el momento insuficientemente valorados en el ámbito de nuestras letras: Omar Lara y Manuel Silva Acevedo. El enfoque propuesto es ya no centrar el punto de vista en el concepto posmoderni-

dad, "el que al revés de lo que muchos creen no está claro ni siquiera en sus centros de origen"¹, sino en el de modernidad, específicamente en su dimensión poética y chilena, buscando la constatación de las vigencias y transformaciones de sus grandes temas mediante el examen de las obras de ambos poetas, sin que ese carácter connotativo opaque el valor intrínseco de ellas: "... soy el primero en admitir que (los ensayos) se aprovechan del trabajo de Lara y de Silva para incursionar en una problemática que los excede en no exigua medida..."².

Omar Lara, o del flâneur sonámbulo y amante, es el título del primero de los dos ensayos dedicado a la obra de este poeta nacido en la Imperial en 1941, merecedor de la aprobación de la crítica durante la década de los sesenta y comienzos de la siguiente, para luego pasar a un período de relativo eclipsamiento, explicable por su exilio en Perú, Rumania y España, entre 1974 y 1985, y reemerger en nuestro medio durante los últimos años. En él, se realiza el análisis de los temas fundamentales en Lara, la inserción de éstos en la tradición de la modernidad y los aspectos en que la sobrepasan. Desde este punto de vista, son de gran interés las páginas dedicadas a la estrecha relación de su mundo poético con el universo nostálgico, campestre y mítico del lar teilleriano, relación que es al mismo tiempo herencia y transformación. De la misma manera, la tradición de *flâneur* —el transeúnte de lo cotidiano—, recogido en la modernidad por Baudelaire, Whitman, Neruda, Borges, entre otros, tiene en Lara una síntesis que se evidencia en las diferentes modulaciones que le da en su obra, constituyendo la columna vertebral, el tema central desde el que se derivan tanto su poesía política como la erótica, —objeto ambas de estudio detallado—, y que en último término da la clave de la propia postura existencial del poeta frente al entorno, a sí mismo, y a su poesía.

A Manuel Silva Acevedo, santiaguino nacido en 1942, quien en los últimos años ha merecido una atención creciente en el ámbito de la crítica, está destinado el segundo ensayo, *Manuel Silva Acevedo o del pastor a dentelladas, aullador de estrellas*, el que se centra en tres aspectos principales de su poesía: el primero, la pérdida de la confianza en la palabra poética como significado, en una línea estrechamente ligada con la postura de Enrique Lihn, ligazón que el mismo Lihn puso de manifiesto en el prólogo a una de las obras de Silva, *Terrores diurnos*. Ello determina en él, según plantea el autor, un trasfondo paródico que incorpora y "recicla los residuos semióticos" del heterogéneo entorno ciudadano en un juego de máscaras superpuestas. El segundo punto se refiere a la poesía erótica de Silva, y la íntima vinculación que en ella se manifiesta entre amor y muerte, paradigma que, con matices que van desde lo idílico hasta lo escatológico, la recorre en toda su extensión. Un tercer tema tiene relación con lo metapoético en Silva, es decir, la interrogación de la palabra poética acerca de sí misma, lo que es relacionado, evidentemente, con la concepción manifestada en el primer punto. Por último,

¹Grinor Rojo, *Poesía chilena del fin de la modernidad* (Concepción, Ediciones de la Universidad de Concepción, 1993), pág. 5.

²*Op. cit.*, pág. 5.

el autor dedica la parte final del ensayo a un completo e interesante análisis de *Lobos y ovejas*, obra que para él es el "más poderoso entre los siete (libros) que le debemos a Manuel Silva Acevedo a la vez que un hito esencial en la literatura chilena de las últimas décadas"³.

Junto con estos trabajos, el libro incluye un anejo *Sobre los fueros del bolero*, en que el autor hace un breve esbozo de los temas necesarios para una teoría de este género, en un momento en que asistimos a su potente resurrección en todo el ámbito latino, la que no sólo se manifiesta en los medios de masas, sino también en la creación literaria.

Los temas considerados en ambos ensayos, son abordados mediante el análisis de poemas representativos, los que evidencian tanto la relación con los demás temas de cada poeta, como los aspectos y nombres fundamentales de la cultura contemporánea, lo que al mismo tiempo que demuestra en el autor un dominio de conocimientos absolutamente pertinente a los puntos tratados, permite al lector lecturas a distintos niveles de connotación, pudiéndose así situar a Lara y a Silva Acevedo como poetas realmente significativos en las letras chilenas, especialmente en su doble condición de sobrevivientes y de precursores, ubicados en medio de una zona incierta cuyas orillas son una tradición que va llegando a su fin, y una nueva sensibilidad cuya significación última es aún una gran interrogante. Todo ello hace de *Poesía chilena del fin de la modernidad* un aporte tanto más valioso cuanto más parece persistir la anemia de la vida literaria nacional.

JOYCE ABELIUK

ENRIQUE BRAHM GARCÍA, *Tendencias críticas en el conservantismo después de Portales. El conservantismo liberal. Antonio García Reyes (1817-1855). Del conservantismo positivista al "pelucón". Ramón Sotomayor Valdés (1830-1903)*, Instituto de Estudios Generales, Serie Estudios Históricos, Santiago, Editorial Universitaria, 1992, 274 páginas.

Han sido numerosos los trabajos que, de una u otra forma, realizan una constante revalorización del pasado nacional. Es normal, en este sentido, que para ello se vuelva indispensable la revisión de algunos aspectos que comúnmente suelen ser generalizados, o de fuentes o de instrumentos de análisis adecuados para la correcta interpretación de un momento histórico.

Chile se caracteriza por tener una buena producción historiográfica en donde las grandes síntesis nunca han estado ausentes. Desde los comienzos esto se aprecia en el relato de los cronistas, pasando luego por los compendios de Barros Arana, Francisco Antonio Encina, Sergio Villalobos, Gonzalo Vial y Gonzalo Izquierdo. Ellos se atrevieron, con éxitos dispares, a desentrañar las lí-

³Rojo, *Poesía...*, *op. cit.*, pág. 63.

neas principales del desarrollo político, social, económico y cultural de nuestro país.

Son precisamente estas grandes líneas, de los diferentes procesos del país, las que impiden muchas veces tener un acercamiento más matizado hacia ciertas realidades que se describen sólo de pasada o como un todo monolítico. Por suerte, la investigación monográfica, también abundante, ha podido remediar los problemas de las grandes síntesis. Éstas, a su vez, también han entregado una interpretación de muchos fenómenos que solían estudiarse de manera aislada, sin una mayor interrelación con otros procesos.

El trabajo que presentamos a continuación, es un buen equilibrio de las ideas que bosquejamos. Por una parte, constituye un "reencuentro con las fuentes históricas del siglo XIX", repensando un tema específico. Por otra, busca llevar a una interpretación más ponderada del ideario conservador, sin rehuir de los procesos implícitos por los que atraviesa la República de Chile durante el siglo pasado.

Enrique Brahm, Doctor en derecho por la Universidad de Francfort am Main, nos entrega en la primera parte de su investigación lo que fue su tesis para obtener el grado de Licenciado en historia por la Universidad Católica de Chile. En segundo término, presenta el resultado de otros estudios sobre una personalidad muy particular del conservadurismo decimonónico. Ambos trabajos, habían sido adelantados en publicaciones más especializadas (Cf. *Las ideas de un conservador chileno, Antonio García Reyes (1817-1855)*, en *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, N° 14, 1991, págs. 217-240 y *La crisis del conservantismo chileno en la segunda mitad del siglo XIX. Política, gobierno y régimen de gobierno en el itinerario intelectual de don Ramón Sotomayor Valdés*, en *Revista Chilena de Derecho*, vol. 19, N° 1, 1992, págs. 7-33).

En sus palabras: "A través de una investigación monográfica se pretende llenar el vacío de las síntesis" (pág. 8). Este objetivo del autor, pretencioso a primera vista, se cumple al revisarse el análisis que lleva a cabo sobre estas dos figuras de consideración en el conservadurismo chileno de entonces. Los nombres de Antonio García Reyes y Ramón Sotomayor Valdés no han sido escogidos al azar. Se trata especialmente, y de ahí el interés de la obra, de dos figuras críticas del pensamiento conservador que se desarrolla después de la influencia de Portales. Ello es una muestra de que los juicios hacia el peluconismo, que luego derivaría más concretamente hacia el conocido Partido Conservador, no toman en cuenta algunas de las personalidades que se apartaron o cambiaron de rumbo, en el transcurso del siglo, de un ideario aún no bien elaborado por sus propios correligionarios.

El libro se estructura en dos partes bien definidas. La primera, *El conservantismo liberal. Antonio García Reyes (1817-1855)*, examina el amplio pensamiento de esta figura pública. Ministro, parlamentario y abierto defensor de las ideas de libertad, orden y moderación —dentro y fuera de la arena política—, muestra una clara preocupación por las realidades concretas del país, que es correlativo a un pragmatismo de ideas que lo llevan a plantear reformas en los ámbitos sociales, políticos y económicos. El tratamiento que se hace de su ideario sigue este orden

temático, revisándose su formación y posteriores propuestas en los planos mencionados.

Si bien destaca desde sus inicios una clara educación basada en las ideas liberal-racionalistas (págs. 21-27), esto no significa que sus proyectos caigan en abstracciones carentes de asidero, como se aprecia generalmente en el liberalismo de comienzos de la centuria.

Brahm entra en algunos pormenores de la ideología de este personaje, mostrando su desapego a la tradición española y sus fuertes críticas a la Escolástica, producto de las influencias recibidas, despreciativas en general por las formas del Antiguo Régimen, salvo la fe católica, según lo entendió la Ilustración católica española (pág. 21).

Los planteamientos hechos por García Reyes en temas sociales, económicos y políticos, no dejan de lado sus ideas regentes de libertad, orden y moderación. Su liberalismo cauto, no romántico ni apegado al pasado, le proporciona una gran sensibilidad frente a problemas como la miseria, la desigualdad de clases, la redistribución de la propiedad y la situación del agro chileno. De ahí, su búsqueda de la igualdad en materias como la ex vinculación de mayorazgos o en la progresiva educación a las masas para alcanzar una democracia plena (pág. 74).

En materias económicas, es también un moderado proteccionismo en el comercio exterior el que prevalece, lo cual no se muestra contrapuesto a un desarrollo de la competencia y espíritu de empresa por parte del comercio interno. A dichas propiedades debía ir unida una férrea conducción del proceso económico por parte del Estado, el cual necesitaba mostrar su compromiso con este proceso, promoviendo la industrialización y la educación del gasto público. Esta confianza en la conducción estatal era una muestra más de la racionalidad ilustrada que se encontraba detrás de estos argumentos.

No obstante, la importancia que se atribuye al Estado dentro de la actividad económico-comercial, no debe entenderse como un menoscabo de la libertad y derechos del resto de las actividades del país. El Ejecutivo, personificado en la figura presidencial, no puede llegar a cometer abusos ni arrebatos de poder. Por ende, García Reyes será a la vez un representante del espíritu parlamentario, ansioso de limitar la autoridad del Presidente. Su espíritu de moderación y equilibrio, que actúa nuevamente, lo lleva a buscar un freno eficaz para evitar los atropellos que pudiese cometer el Congreso. He ahí su defensa de la interpelación (pág. 106).

Orden y moderación serán la base del pragmatismo conservador de García Reyes, con una raíz y estructura intelectual liberal, pero también con una aplicación práctica, medida y realista de estos principios (pág. 55). Por ello, su visión de progreso se proyecta a futuro y no se eterniza en un pasado que es necesario recobrar. Serán estas ideas las que dirijan el programa de su nuevo partido: el conservador progresista (pág. 114).

García Reyes, junto a Manuel Antonio Tocornal, mostrará una postura más conciliadora y liberal en el conservadurismo, frente a las tendencias autoritarias e intransigentes de los partidarios de Montt. Su proyecto, si bien no recibirá el apoyo mayoritario de sus correligionarios, presentará en el escenario político la

búsqueda de una posición equilibrada y conciliadora de los extremos. El liberalismo abstracto y apasionado de los primeros ensayos republicanos, tiende a moderarse y hacerse más pragmático hacia mediados del siglo XIX. El autoritarismo, por su parte, se temple y morigera igualmente en este contexto (pág. 129). Esto, es una señal manifiesta de las mutaciones que experimentan ambas tendencias hacia fines de la primera mitad de la centuria.

En la segunda parte, *Del conservantismo positivista al "pelucón"*, Ramón Sotomayor Valdés (1830-1903), Brahm traza la figura del intelectual conservador de fines de siglo. A través de una periodificación de la vida de Sotomayor Valdés, expone, al igual que en el caso anterior, una evaluación de las ideas experimentadas por este personaje.

Sotomayor Valdés representa también esa línea del conservadurismo chileno que opta por la realidad y no por meras especulaciones abstractas. Con una falta de formación ordenada y sistemática, esta figura sufre una gran transformación vital que lo lleva desde simpatías iniciales por el liberalismo, hasta posturas claramente religiosas y aristocráticas, defensoras de la tradición y muy críticas de las actuaciones parlamentarias.

Desde sus inicios prima en él un pragmatismo positivista, en el que encuentran prioridad las realidades del momento, frente a una visión idealista de la existencia (pág. 155). Esta óptica es la que le permite entender las materias económicas, políticas y religiosas como regidas por un sistema prudentemente restrictivo, que evita caer en exageraciones por uno u otro bando. Es por eso que otorga un gran papel al Estado en todas las innovaciones que se producen en el país, al igual que García Reyes, pero enfatiza que éste debe ser siempre el mediador entre el progreso y las reformas (pág. 164). El progreso, por tanto, había de ser moderado.

El derecho de propiedad debía adecuarse a la búsqueda de un justo medio que fuera en relación con las circunstancias de Chile. Sin embargo, no llegaba a proponer medidas concretas para ello. La única alusión a este justo medio, se encontraba en opiniones respecto a la propiedad privada, la cual, a su entender, no podía gravarse excesivamente ni dejarse exenta (pág. 170).

Sobre materias sociales, su juicio era más categórico, pues los problemas que se suscitaban en este ámbito aparecían como responsabilidad de los mismos pobres. Así, los miserables tendrían la culpa de su miseria, lo que se explicaba a través de un criterio fuertemente liberal e individualista, pese a su identificación, ya para entonces, con el ideario conservador. En pocas palabras, no se debía dar nada gratis (pág. 172). La beneficencia y la educación, por parte del Estado, podrían remediar esta situación.

Respecto a los asuntos religiosos, muestra en un comienzo la influencia de la religiosidad ilustrada y el racionalismo. Se pronuncia, por esto, a favor del Patronato y de los derechos que éste le confiere al Estado sobre la Iglesia (pág. 182).

Si bien lo encontramos al principio (1853 - 1857), junto a la figura del presidente Manuel Montt, se producirá paulatinamente un quiebre con las posturas autoritarias del mandatario. Desde *El Ferrocarril*, periódico del cual fue su principal redactor, se escribirá: "En la ecuación orden-libertad, típica del conservantis-

mo, el monttvarismo parecía cargar todo el peso en el primero de los términos" (págs. 187 - 188).

Las diferencias con Montt, motivadas por el énfasis puesto sólo en las obras materiales, los actos concretos de abuso de poder y el mal ambiente generado para las ideas liberales y democráticas, hacen que nuestro personaje se aleje del mandatario (1857 - 1860), sin por ello aminorar su visión positivista pragmática de la realidad (pág. 197). A pesar de esto último, son claros sus acercamientos más definidos hacia el liberalismo, nunca rechazado por completo, como se aprecia en las críticas a las medidas punitivas del gobernante.

El período 1860 - 1876 logra cambiar varias de las ideas antes esbozadas sobre el personaje. Su experiencia como diplomático y la comparación de Chile con otras realidades le hace entender el auge de nuestro país y la necesidad de mantenerlo. Se manifiesta crítico hacia la intromisión del Congreso y califica su labor obstructiva como un "despotismo intruso" (pág. 213). En su argumentación, pasan a mezclarse pensamientos del aristócrata que no acepta ser pasado a llevar por los arrebatos del populacho (pág. 214).

Un orgullo por la obra realizada a partir de 1830, insistencias en establecer límites a la soberanía popular y un decrecimiento de las citas a los autores extranjeros en sus trabajos, son los signos notorios de una transformación de importancia en sus ideas y personalidad. Por esto, frente a un conservadurismo que no era tradicionalista y que buscaba construir una sociedad nueva, como veíamos con García Reyes, la postura de Sotomayor Valdés representa un principio de cambio, pues revaloriza la historia y la tradición, en especial del pasado indiano. No obstante, dicho cambio no está exento de contradicciones (pág. 226).

En lo religioso, reniega de sus desordenadas lecturas de juventud y pasa a empaparse de los valores católicos que defenderá en todo tiempo y lugar (pág. 232).

La última etapa de su vida (1875 - 1903), verá cada vez más el acercamiento del historiador y su obra con el régimen portaliano, quedando claro su catolicismo y su identificación manifiesta con el liberalismo económico (pág. 250).

La exaltación de los progresos materiales, de los que había sido crítico en su período de quiebre con Montt, su defensa del Patronato, de las tradiciones de la Iglesia y de la institucionalidad legada desde la década de 1830, representarán una actitud que anuncia, de alguna manera, las futuras tendencias políticas autoritarias y antiparlamentarias de inspiración portaliana que surgen junto con el nuevo siglo (pág. 262).

De esta manera, los dos personajes analizados por Brahm indican los caracteres que presenta el conservadurismo chileno y su evolución, desde posiciones ilustradas y con una cuota de liberalismo, hacia claras tendencias más coercitivas. Se ratifica entonces, lo que el autor planteaba inicialmente sobre García Reyes y Sotomayor Valdés: "De alguna manera el primero preanuncia lo que será el conservadurismo de las décadas finales del siglo XIX mientras el último prefigura lo que será la crítica nacionalista a los vicios del parlamentarismo en las primeras décadas de nuestro siglo" (pág. 9).

Creemos, en general, que este trabajo es un significativo aporte a la historia de las ideas republicanas. Ello, no implica aceptar ciegamente algunas aseveraciones de la obra que pueden ser discutibles o necesarias de estudiar con más profundidad.

En muchos casos no podemos estar seguros de que las generalizaciones que realiza el autor sean correctas. Si bien muchas de las afirmaciones son adecuadas cuando se refieren a los personajes tratados, éstas se muestran más débiles en las alusiones hechas al conservadurismo como un todo. Al hablar de la posición de García Reyes sobre las materias sociales, se expresa que su preocupación por ellas es una muestra más "de esa tan característica mezcla liberal-conservadora, propia del pensamiento de nuestro autor, y también de una buena parte del conservantismo de la época" (pág 76). Sin embargo, no se aportan mayores evidencias de que esto fuese tan claro. El peluconismo, o los sectores conservadores si se quiere, no recibieron de manera tan uniforme el ideario ilustrado. Las mentes más abiertas de este grupo, por sus viajes o adquisición de libros, fueron las que estuvieron capacitadas para difundir tales enseñanzas, pero siempre fueron una minoría, según ya lo han hecho ver numerosos estudios sobre el período de la emancipación nacional. Que García Reyes y Sotomayor Valdés tuviesen acceso a una educación basada en estas ideas, no implica suponer que casi con todos sus correligionarios ocurriese lo mismo. Extrapolaciones como ésta, se ven en otros pasajes del libro.

Por otra parte, se insiste reiteradamente en el pragmatismo, orden y moderación del ideario conservador, en contraste con una ideología liberal, abstracta y carente de confrontación en la realidad. Aunque sea cierto que los ensayos constitucionales anteriores a 1830 dejaron un mal recuerdo colectivo de dicha ideología, ello no obsta a generalizar su utopismo para el resto del siglo, aunque se precisen en ciertos párrafos algunos acercamientos a posiciones más cercanas a la realidad. En cierta parte de la lectura, pueden surgir múltiples interrogantes al respecto: ¿Se enfrenta cara a cara un pragmatismo conservador ante un liberalismo teórico?, ¿puede darse acaso el ejemplo de un liberalismo de orden práctico?, ¿si es posible que existan tendencias críticas hacia el conservadurismo, no es posible entonces que también existan tendencias críticas hacia este liberalismo abstracto? Estimamos que estas preguntas no quedan contestadas debidamente, pues es esta polaridad de términos la que impide una apreciación correcta de algunos caracteres. Quizá el responder estas inquietudes se encuentre fuera de los objetivos del autor, pero el no señalarlas siquiera nos parece lamentable.

De alguna forma, esto puede contradecirse con otros matices que sí establece el autor. Es el caso de cuando afirma, siguiendo a Encina, de que el conservadurismo no es un todo monolítico (pág. 140). Si ello es así, entonces, ¿por qué entender un liberalismo implícitamente abstracto? Acá, tampoco se esboza una respuesta.

Estas objeciones, las encontramos principalmente en la parte que se dedica a García Reyes.

Hubiese sido deseable, además, complementar un poco la bibliografía utili-

zada. La que se ocupa, muestra ser apropiada para el estudio, pero se echan de menos referencias generales a obras que consignen teóricamente lo que es el conservadurismo. Los aportes de Russel Kirk, Karl Mannheim, Robert Nisbet y Michael Oakshott, entre otros, hubiesen sido una buena base para esta tarea.

En conclusión, a pesar de los reparos que hemos hecho, creemos que esta obra es un trabajo importante en cuanto a la producción monográfica que se dedica a reestudiar nuestro siglo XIX. Se encuentra bien redactada y su lectura es ágil y agradable, lo que ya es un mérito. Las objeciones realizadas no descalifican este estudio, digno de encontrarse presente en toda buena biblioteca.

MARCO ANTONIO LEÓN LEÓN

LEONARDO LEÓN SOLÍS, *Maloqueros y conchavadores en la Araucanía y las pampas (1700-1800)*, Temuco, Ediciones Universidad de la Frontera, 1991, 245 páginas.

Podríamos decir que dos ejes mueven al estudio del profesor León: la *maloca* indígena, que consolida y tipifica un tema histórico, y el tráfico comercial, que producirá, al igual que la maloca, dos tipos fronterizos definidos que se forman en la frontera hispano-indígena del centro sur chileno y en la banda al oriente de los Andes. Estos ejes darán movimiento y dinamizarán profundamente la historia araucana. Maloca y conchavo toman cuerpo y se articulan tocando todos los aspectos de la vida indígena e hispana. La obra, siguiendo una interesante perspectiva, conecta los procesos de la frontera chilena con los de allende la cordillera, atractivo tema que en forma ya había sido tratado en *Los pehuenches en la vida fronteriza* de Sergio Villalobos.

El trabajo de Leonardo León, permite vislumbrar diversos procesos y episodios con la zona ultra cordillerana no estudiados por la historiografía tradicional, brindándonos la oportunidad de abordar el tema fronterizo de manera más amplia y detectando el juego de diversos intereses, tanto europeos como de diversas agrupaciones indígenas de las pampas y valles cordilleranos.

Para el autor, las malocas, en la esfera bélica, se hicieron presentes desde los primeros tiempos del contacto hispano-indígena hasta fines del siglo XVIII. Con el objeto de resistir la invasión, los araucanos habrían organizado diferentes frentes de resistencia contando con el apoyo de indígenas de la banda oriental: "El flujo de guerreros a través de los pasos andinos y la estrecha colaboración militar que se estableció entre las tribus de la Araucanía y las Pampas, constituyeron por más de un siglo una de las bases sobre las cuales descansó la resistencia antiespañola en el cono sur de América" (pág. 27). Importa señalar esta idea ya que posiblemente a través de este flujo de guerreros se habría acelerado el proceso conocido como "araucanización", afectando profundamente a los grupos cordilleranos co-

nocidos como pehuenches¹. Estos acontecimientos bélicos, en la medida en que se consolidaba la frontera hispano-indígena, se desplazaron hacia un proceso de carácter económico. Pues con el término de las grandes rebeliones, los guerreros y cazadores no fueron relevados de sus tierras. Debido al crecimiento demográfico que se experimentó pasada la guerra les forzó a seguir cruzando los Andes en la búsqueda y captura de la masa ganadera. Según León, la delimitación de dos frentes de ocupación hispana: "...invitaban a los cazadores a viajar a las Pampas y retornar a la Araucanía para trocar el botín por las manufacturas europeas que internaban los conchavadores" (pág. 26). La existencia de una masa de ganado en las pampas, posibilitó un enclave importante para su captura por parte de las parcialidades asentadas en el área. Sin embargo, el autor advierte que hacia el siglo XVII y comienzos del XVIII, los cazadores pampinos comenzaron a dirigir sus operaciones contra los ganados hispano-criollos en las estancias de Buenos Aires, San Luis, Córdoba y Mendoza. Situación que se presentó en forma sensible alrededor de 1750 debido a una drástica disminución del ganado cimarrón a causa de un manejo deficiente y de un intenso comercio realizado en el río de La Plata por parte de hispano-criollos. Estos hechos son capitales para entender cómo Leonardo León define la emergencia del maloquero: "incapaces de obtenerlos en las pampas, los guerreros se vieron obligados a incursionar contra las haciendas fronterizas. De cazador pampino, el indígena fronterizo se transformó en Maloquero" (pág. 31). Nosotros concordamos sólo en parte con estas apreciaciones, se está de acuerdo en señalar una drástica disminución del ganado en las pampas hacia 1750². Pero esto sólo posibilita la presencia de malocas en las haciendas hispano-criollas del área, pero no explica en absoluto la emergencia del maloquero, vale decir, la maloca tuvo un origen y pautas de comportamiento indígena, de raigambre prehispánica. De manera que esta tesis no define cómo, antiguos mecanismos de equilibrios entre linajes, se están proyectando ahora, fuera de una dimensión tribal, pasando a formar parte de complejas relaciones de características mercantiles que involucrara en su momento a toda la sociedad fronteriza. Desde otra perspectiva, la tipificación del "cazador pampino" adolece de una mayor precisión. Ciertamente las pampas, no son tierra de nadie y engloban a una serie de parcialidades que en términos territoriales, van a dominar el área mencionada, en mayor o menor grado. Las relaciones entre las etnias

¹Carlos Aldunate del Solar, *El indígena y la frontera, en Relaciones fronterizas en la Araucanía* (Santiago, Ediciones de la Universidad Católica, 1982), pág. 78; c.f. con Miguel de Olaverria, cronista temprano que relata los contactos de los grupos cordilleranos con los de los llanos; refiriéndose a los pehuenches nos dice: "...los cuales tratan de la dicha cordillera y dan noticia de su multitud. Las vistas y comunicación y entrada de estos indios puelches es por las obras y aberturas que hace la cordillera". *Informe sobre el reino de Chile*, en Gay, *Historia física y política*, documentos (París, 1852 (1594)), tomo II, pág. 392.

²De igual opinión es Ricardo Nardi: "...al este de los Andes hallaban animales de caza, muy buena sal para la alimentación y el trueque, caballos alzados y cimarrones, vacas y, con el surgimiento de las estancias con rodeo de animales alrededor de 1750 (debido a la gran disminución del ganado cimarrón), la posibilidad de productivos malones", 1984, pág. 238.

de la depresión intermedia (araucanos o llanistas para León) y la de las pampas no se presentan del todo claras.

Un tema interesante de profundizar, lo constituyen ciertas transformaciones de carácter económico que provocará el circuito maloquero en el desenvolvimiento de la estructura social nativa. En este plano, según León, es donde surgiría el hombre rico en Araucanía: "...la emergencia de los *Ulmenes* cuyo *status* de hombres ricos dependía fundamentalmente de la posesión de riquezas materiales, tales como, caballos, ganado, manufacturas y mujeres blancas, proveyó a los cazadores de un marco institucional sólido que les permitía emprender sus largos viajes hacia el oriente" (pág. 26). Estamos de acuerdo en señalar que, a partir del contacto hispano y a partir del siglo XVII, encontramos la palabra *ulmon* en los documentos. Pero la relación del *ulmen* con el maloquero no se perfila claramente. Según la afirmación hecha, este hombre rico sustentaría la presencia de las malocas y no al revés. Nosotros planteamos que el *ulmen* no proporciona un marco institucional ya que de ser así, la situación del hombre rico en Araucanía, debido al gran incremento del ciclo maloquero, habría llegado a límites que serían intolerables para una estructura igualitaria como es la indígena del tiempo analizado. No obstante, si concordamos que en un principio, el *ulmen*, valiéndose de los lazos de reciprocidad generados en su grupo territorial o entre linajes vecinos, consolidó una situación de monopolio, pero de corto aliento. Las mismas interacciones económicas sustentada por conchavadores impidió una situación de monopolio por parte del *ulmen*. El conchavo permitió un acceso directo a otros sujetos tradicionales en la textura social nativa como los tradicionales *lonkos* o cabezas de linajes, de manera que la obtención de mercadería y bienes de *status* se amplió notablemente, impidiendo la acumulación y, por ende, la estratificación de la sociedad nativa³.

En esta medida, son los conchavadores, que internándose en Araucanía permitieron un intercambio generalizado, que enlazaba los productos europeos con el botín maloquero. Insistimos que, aunque sugerentes los lineamientos explicativos de León, falta por indagar los grados de relación del *ulmen* con su unidad territorial, o sus vínculos de parentesco al interior de su linaje o entre linajes. Otro punto fundamental para los estudios indígenas, se refiere a un proceso clave en la región de Araucanía y las pampas. Nos referimos al fenómeno de la araucanización, el autor describe algunos eventos que llevaron al malos a participar de una situación intertribal. Entre 1760 - 1780 se percibe un auge de la actividad maloquera, este incremento se lo conecta al proceso de expansión araucana: "a consecuencia de la araucanización de las pampas durante este período se formaron las primeras bandas maloqueras multiétnicas, en las cuales

³Oswaldo Silva, *Guerra y trueque como factores de intercambio en la estructura social. Una aproximación al caso mapuche*, en *Cinco siglos*, N° 5, serie Nuevo Mundo, 1990, pág. 93. Para este autor, esta situación que se dio a principios del siglo XVII no rompió la estructura igualitaria ya que con el correr del comercio un número cada vez mayor de *lonkos* y grupos familiares tuvieron acceso a los bienes y productos que se intercambiaban en la Frontera.

se agrupaban las conas de diversas tribus para emprender unidas el camino del Malón... los Aucas, que provenían de los linajes araucanos que más tempranamente se asentaron en las pampas fueron los principales agentes de estas alianzas" (pág. 68). Este flujo regular de maloqueros habría posibilitado la migración de los linajes araucanos hacia las pampas, en rutas más o menos definidas con asentamientos o *rehues* de los mismos linajes. En este sentido, pensamos que el mencionado tráfico maloquero posibilitó una consolidación de algunos rasgos culturales, de grupos indígenas de la depresión intermedia, pero existieron algunas situaciones en las que la explicación de León no funciona del todo. Como el desplazamiento de pehuenches que para entonces habrían sido reemplazados por grupos de los llanos, ¿ocurrió este fenómeno por el flujo maloquero? De otro lado, encontramos una fuerte presencia de linajes huilliches en la expansión hacia las pampas. Al respecto, Sergio Villalobos, en *Los pehuenches en la vida fronteriza*, proporciona algunas ideas valiosas frente a esta dinámica expansiva: "Los huilliches cruzaban con facilidad los pasos del sector de Villarrica y merodeaban por las tierras orientales desplazando a los pehuenches y a los puelches, aunque se mezclaron con ellos y adquirieron algunos de sus hábitos y bienes materiales. La amenaza constante para los pehuenches provino de los huilliches que dominaban la pampa y no de los que residían al sur del Toltén"⁴. De manera que en el sector existía una preponderancia huilliche en forma intensa para el siglo XVIII de ser cierta la afirmación, estaríamos en presencia de una huillización de las pampas, en desmedro de los que residían entre los ríos Itata y Toltén. Aunque debemos decir que Leonardo León deja en claro que, a medida que se desarrollan las relaciones entre linajes, se hace más difícil tipificar al maloquero y su procedencia. Es importante profundizar este punto, si pudiésemos reconocer los mecanismos de expansión territorial y detectar las relaciones interlinajes. Obtendríamos una visión más completa de una frontera que recién comenzamos a perfilar, la indígena. Que, no obstante ser impactada por la presencia hispano-criolla y participar en sus relaciones económicas y políticas, tiene sus propios ritmos, evidenciando mecanismos de comportamiento socio-cultural, que en último término, tienden a la mantención y sobrevivencia de su grupo territorial. Algunos de estos comportamientos los expone el autor, refiriéndose a la estrategia generada por el cacique llanista Juan Antivilu que, mientras aliado a huilliches asolaba las haciendas trasandinas, abría las negociaciones de paz en la frontera chilena con el gobernador Morales. Este acontecimiento de características tan singulares, era una situación de hecho, que a ojos hispanos se presentaba como paradójica y caótica. Esta situación no hace más que reflejar la predominancia de dos fronteras disímiles, por un lado la predominantemente hispano-criolla y el panorama nativo con sus alianzas, conflictos y tensiones. El profesor Leonardo

⁴Sergio Villalobos R., *Los pehuenches en la vida fronteriza* (Santiago, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 1989), págs. 62 y 63. El autor aporta numerosos antecedentes al respecto, sólo que toda la documentación pertenece al siglo XVIII, aunque se percibe una situación de dominación, ésta tendría sus raíces, la expansión, en el siglo anterior.

León, nos sugiere que muy pronto la autoridad española entendió tal situación, de manera que emprendió una captura del poder en sus dominios meridionales. Vale decir, intentó regular la coexistencia en Araucanía, la cual se le presentaba en forma caótica. Los instrumentos utilizados para tal efecto, fueron gobernadores, parlamentos, capitanes y embajadores, tendientes a proyectar el poder hispano en la sociedad nativa. En esta dimensión los parlamentos se estructuraban como mecanismos de encuentro. Estamos de acuerdo con el autor, en el sentido de que éstos no eran meros convites para mantener tranquilos a los indígenas o simples borracheras, hechos largamente enfatizados en nuestra historiografía. Algunos estudios sólo han centrado su atención en un registro de los bienes y objetos repartidos en los agasajos hechos a los indígenas, cosa secundaria frente al significado de los parlamentos, instrumento que busca y permite un diálogo colonial hispano-indígena. En ellos se desarrollarán estrategias, instituciones y figuras políticas tendientes a desplegar un discurso político no excluyente que persigue la convivencia entre ambas sociedades, reforzando el frágil consenso sobre el que descansaba la coexistencia fronteriza. En efecto, el punto es el frágil consenso de la sociedad indígena, aunque presupone una prolongación del parlamento en antiguas juntas pantribales. En éstos se generaba una cierta incompreensión, mientras los hispano-criollos pretendían o creían que los "caciques" representaban monolíticamente a sus grupos territoriales; éstos sólo eran parte de un tejido de fuerzas en tensión que rehusaba a objetivarse o ser monopolizado por un sujeto en particular. La sociedad indígena presentaba una estructura igualitaria, lo que se reflejaba en las continuas disputas y conflictos entre los diversos linajes del área en cuestión, de modo que más que un diálogo, a nuestro entender, fue un balbuceo que, salvo varias excepciones, encontró un puente comunicativo adecuado.

El botón fundamental del maloquero lo constituía la masa ganadera. Pero ni su volumen ni sus niveles de transacción se encuentran explicitados. Con la intención de verificar las áreas de transacción económica de la Araucanía colonial, después de revisar la menguada capacidad de comercio de Valdivia, supone que los ganados robados por los maloqueros en las estancias de Buenos Aires y Cuyo, eran vendidos en las fronteras de Chile. Al contrario, las haciendas de Chile central proveían de ganado a los indígenas. De esta manera, llega a postular que el tráfico fue mucho más reducido y marginal que lo supuesto por las autoridades y vecinos de Buenos Aires. A partir de 1770, la Corona va a intentar intervenir con el fin de regular el flujo de ganado y someterlo a un conducto formal. El flujo desde Araucanía hacia Chile fue reducido y sólo en estas circunstancias se podía desarrollar una política de vigilancia y represión. En este sentido, León se interroga por las miles de cabezas de ganados que los maloqueros robaban en Buenos Aires, Córdoba o Mendoza. ¿Dónde iban a parar semejantes cantidades registradas por las autoridades de la época? La respuesta de León es bastante simple: "se lo comían los aborígenes". Semejante afirmación lejos de ser jocosa, nos incita a buscar y analizar la información documental tendiente a verificar este apetito voraz indígena o a desechar de plano tal aseveración.

Se perfilan en *Maloqueros y conchavadores*, unas formas especializadas de inter-

cambio hispano-indígena. Un papel destacado le cupo a pehuenches, que habrían obtenido de tiempos tempranos el control de las salinas, las cuales representaban una excelente oportunidad para comerciar este estratégico elemento en la frontera, que hacia 1770 se hace indispensable obtenerlo localmente, por el fuerte precio que suponía traerlo del Perú⁵. Los vínculos económicos son de tal magnitud en algunas áreas de la frontera que, según León, se produjeron una serie de obrajes indígenas destinados a la producción de mantas y ponchos, producidos por los naturales: "...eran los españoles los que entregaban materias primas y los aborígenes los que producían manufacturas para el mercado sobre la cantidad de ponchos que producían los naturales para satisfacer las necesidades del mercado colonial y local" (pág. 114). Según esta información, nos encontraríamos en presencia de una organización económica de conjunto, de enormes consecuencias aún insuficientemente investigadas en la economía local y regional, con implicancias considerables para las relaciones hispano-indígenas, ya que estaríamos en presencia de pequeñas unidades de producción volantes, por así decirlo, en donde la mano de obra indígena estaría "alquilada" con el consecuente consentimiento del jefe o cabeza de ciertas parcialidades ubicadas en los alrededores de Concepción. De ser así, sería interesante determinar el verdadero volumen de estos micro obrajes dentro de la economía fronteriza y regional.

Existe una idea significativa presente en toda la obra del profesor León. Ésta se refiere a la noción del poder imperial, que a partir de 1770 comenzará a proyectar una política hacia la frontera araucana, que por efectos de las continuas malocas y las mismas guerras intestinas de los linajes en Araucanía y las pampas, tendieron a desestabilizar los mecanismos de dominación de un imperio ya gastado y con enemigos en ultramar. Así, las malocas se ven en la obra del profesor León, como microguerras que sustituyeron a la gran Guerra de Arauco. En estas circunstancias, se va a generar una especie de compromiso entre la Corona y las sociedades nativas del área. León refleja en este sentimiento imperial, siguiendo las palabras del gobernador Francisco Javier de Morales: "la solución... descansa sobre una política fundada en el respeto y equidad hacia las naciones indígenas y en la mantención de la libertad territorial de los Araucanos" (pág. 281). Nosotros pensamos que no son las tribus de Araucanía las que fueron capaces de destabilizar o poner en aprietos a la Corona. La situación levantisca estaba siendo asimilada por los propios hispano-criollos de la frontera y, tal vez, la Corona se preocupe sobre manera por las sociedades nativas, no en tanto por su capacidad de resistencia, sino en anular el creciente poder generado localmente por los tipos fronterizos que manejaban a su antojo las relaciones con los nativos del área.

Para terminar, diremos que la investigación realizada en *Maloqueros y conchavadores*, es valiosa y pieza fundamental en los estudios contemporáneos sobre la

⁵A este respecto ver: Armando de Ramón, *Los orígenes de la vida económica de Chile* (Centro de Estudios Públicos, 1982), págs. 141, 150 y 151; Sergio Sepúlveda, *Aspectos del tráfico regional con la provincia de Cuyo*, en *Informaciones geográficas*, N° 5 (Santiago, Universidad de Chile, 1961), págs. 15 y 16.

frontera. Nosotros hemos optado por describir algunos aspectos que por lo complejo de su realidad dan lugar a un rico debate. Pero debemos indicar que los temas tratados por Leonardo León se hubiesen enriquecido con el empleo de *Los pehuenches en la vida fronteriza* de Sergio Villalobos. Ciertamente, el autor conoció esta obra cuando su libro ya estaba en prensa. No obstante, esperamos gustosos una nueva edición en donde la obra de Villalobos se sitúe con la importancia debida.

LUIS CARLOS PARENTINI G.

GABRIELA MISTRAL, *Cuenta-Mundo*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1993, 65 páginas.

Recordar a Gabriela Mistral es un justo tributo hacia quien nos legara su profunda reflexión sobre la vida que en ella fue primero un acto de alabanza al Creador, y luego rebasó, como amor, hacia las creaturas. Recordarla es la forma que tenemos de agradecerle. De agradecer a la agradecida. Esto y mucho más es la gestión de este volumen.

Cuenta-Mundo reúne luminosos y vivenciales relatos que, a modo de cuentos, fabulillas, jugarretas, motivos y estampas, Gabriela fue escribiendo a la largo de su vida. Estaban repartidos aquí y allá, en distintos lugares y en diferentes tiempos. Se hacía necesario el acto ordenador, y quien lo llevó a cabo fue Jaime Quezada -autor también del Prólogo-, reuniéndolos y presentándolos armoniosamente por primera vez.

¿Cuál faceta de su personalidad desbordante impulsó a Gabriela a amar y cultivar el género del relato corto, que ella define como de "belleza pura" y considera, justamente por su raíz folclórica, más que clásico, "por encima de todos los clásicos"? Es difícil seguir a la que llevó hasta el extremo más doloroso su vocación de profundidad. ¿Fue quizá la nostalgia de los cuentos oídos en su infancia allá en el lejano Montegrande? ¿Fueron el eco de las viejas letanías conventuales desgranándose entre un cercado de montañas? ¿O bien, será volver a la memoria la voz de un padre que regresaba sólo para irse nuevamente? Pero no, tal vez la razón es más intrínseca y cercana a la génesis del acto poético puro y se hace evidente en un impulso por desentrañar aquello que sólo ven los ojos del que ama generosamente: el sentido último, la vocación de las cosas. "Muchos son los dones que recibimos -dice Heidegger-. Pero el don supremo, el que propiamente permanece, es siempre nuestra esencia, y en virtud de este don somos quienes somos". He aquí a la Gabriela mística, la que discierne el ser íntimo allí donde descansa su mirada. Noble vocación de madre, porque Gabriela da vida al encontrar el nombre de las cosas.

Entonces nos cuenta el mundo, la flora y la fauna a su manera. "El cuentador -nos dice- ha de ser sencillo y hasta humilde si ha de repetir sin añadidura fábula maestra que no necesita adobo; deberá ser donoso, surcado de gracia en la

palabra, espejeante de donaire; deberá reducirlo todo a imágenes cuando describa además de contar, y también cuando sólo cuenta”.

Y nosotros, fascinados de su ingenio, la oímos decirle a la paloma “si tú no tuvieras un poco de rosa en las patas, serías un bostezo blanco”. Y sabemos que hubo un tiempo en que el mundo “fue más color que forma y contemplarlo era más gozo: se quebraba por todas partes en luces como el mar”. Y que la jirafa, con ese levantamiento de cuello, pasa entre los árboles “haciéndoles unas grandes rasgaduras, y deja el bosque partido en naves como una catedral”.

Y la cebra ya no es más cebra, sino “un asno vestido de domingo”. Y la comparación de una tortuga muerta, que una vez vaciada quedó sobre la mesa, “es concha espaciosa, urna de hierro viejo, llena de silencio”. Y la noche se muestra “como un fruto de siete carnazones sucesivas, y yo he llegado hasta su almendra morada de vacío”.

A Gabriela Mistral, nombre de poeta y de viento, la humildad se le trepó por el alma, y ni el tiempo ni los honores la alejaron de ser quien ella era; Lucila Godoy, maestra de escuela, cuya estampa tiene algo de anónimo, una voz antigua, un perfil dibujado en farellón agreste. Y es que en lo más hondo, rehuyó hablar de sí. Pero no podemos dejar de entreverla cuando describe con tanto afecto la naturaleza, discípula al fin de San Francisco. Yes Gabriela la raíz del rosal de quien dice el arroyo subterráneo “¡Oh, Dios! ¡Cómo lo que abajo era hilacha áspera y parda, se torna arriba seda rosada! ¡Oh, Dios! ¡Cómo hay fealdades que son prolongaciones de belleza!...”. Y la piña, quizá es como Gabriela, recia por fuera, dulce por dentro, “es que soy hecha —dice la piña— a semejanza de la *Ilíada*, que está llena de duras articulaciones, y que de pronto, se abre con dulzura en la estrofa de Helena”. Yes la voz del niño que cuenta al abuelo el sueño de su vida. “Seguro estoy de que no hay bajo el cielo otra tierra más hermosa que ésta que conocen mis ojos felices. Y porque estoy lleno de suave orgullo por ella, la empresa mía será de copiarle todo lo bellamente que alcance... Y no haré otra cosa que sentirla muy hondamente y recogerla con reverencia, mientras estén mis ojos abiertos a este encanto profundo y delicado”.

Gabriela, como su obra, en inagotable es sus posibilidades. Redescubrirla es un llamado a la mujer a una reflexión profunda que le devuelva su sentido. Pues allí donde Gabriela se da, en su búsqueda de reflejar belleza, es donde nuestra mujer se encuentra, en un reflejo acaso ignorado. Leamos sin premura estas páginas, que fueron escritas no tan sólo para ser contadas a los niños.

VERÓNICA GRIFFIN

VERÓNICA VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas (1932-1936)*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1992, 132 páginas.

Si bien la historia política ha sido una dimensión tradicionalmente privilegiada en los estudios históricos en este país, no deja de ser cierto que las perspectivas y

metodologías que suelen utilizarse pecan de graves deficiencias, siendo la distorsión partidista y el relato anecdótico una de las tantas con que se topa el lector. Por eso mismo es que la historia política sigue siendo un campo lleno de posibilidades para quienes quieran incursionar en él con el rigor que hoy se le exige a la disciplina histórica. El libro que comentamos tiene el mérito de situarse con rigor metodológico y analítico en uno de los temas más desconocidos de la historia política contemporánea de nuestro país, a saber: el de las relaciones entre civiles y militares.

En efecto, Verónica Valdivia Ortiz de Zárate plantea su estudio sobre la Milicia Republicana como el análisis de una forma de resolver la cuestión militar en un contexto de redemocratización. Por cierto, las similitudes de los años treinta con nuestro presente resaltan fácilmente. Pero la autora no incursiona por ese camino. Por suerte. Las similitudes se presentan apenas como meras sugerencias implícitas en un análisis centrado en la historicidad misma del problema en cuestión.

Esta historia de la Milicia Republicana comienza con un estudio sobre sus orígenes, cuando se crea en la clandestinidad una guardia civil militarizada como reacción a la república socialista. En el primer capítulo del libro, se discute también el carácter apolítico de la Milicia, y se sostiene que tras este discurso existe un proyecto nacionalista sumergido, según el cual la Milicia Republicana se veía a sí misma como la simiente del renacer de la chilenidad. La autora no desconoce la importancia del discurso civilista y apolítico en la formación de la milicia, y a lo largo de su estudio va ponderando cómo en los diversos momentos de la historia de este movimiento cada una de estas dos dimensiones —la apolítica y la ideológica— se van superponiendo una a la otra.

En el segundo capítulo del libro, la autora analiza la transformación de la Milicia Republicana de una guardia civil militarizada en un ejército civil, lo que fue posible gracias al amparo que recibió del gobierno de Arturo Alessandri, electo a fines de 1932. Sin duda, nos encontramos ante un verdadero ejército, tal como lo describe Verónica Valdivia, con armamento, uniformes, instrucción, una estructura jerárquica propiamente castrense, y un reclutamiento masivo que le permitió tener un contingente de cincuenta mil miembros, atraídos por su carácter legalista. A pesar de este crecimiento, el núcleo dirigente inicial nunca perdió el control de la milicia. ¿Era, entonces, la Milicia Republicana esa institución oligárquica que atacaban por igual nazistas e izquierdistas? Así, justo cuando comenzamos a preguntarnos por las características sociales de los milicianos, nos encontramos en el capítulo tercero con un exhaustivo análisis de la composición social del Estado Mayor, del Consejo Consultivo y de la oficialidad de la milicia.

En los capítulos siguientes, la mirada se vuelca a su contraparte, es decir, al gobierno y a las fuerzas armadas. La autora analiza el papel que jugó la Milicia Republicana en la política militar del gobierno de Arturo Alessandri, y hasta qué punto fue apoyada por los otros dos poderes del Estado. En cuanto a las fuerzas armadas, analiza la reacción del ejército, de la armada y de los carabineros frente a este ejército civil; así nos enteramos que las fuerzas armadas no reaccionaron como cuerpo monolítico frente a la Milicia Republicana.

La razón de ser de la Milicia Republicana era la defensa de la institucionalidad en peligro tanto por la acción de los militares como por la amenaza de la revolución social. Sin embargo, hacia 1934 el país ya había alcanzado la ansiada estabilidad y el peligro militar había logrado ser controlado, de modo que al gobierno comenzó a incomodarle, y aun a preocuparle, la existencia de un ejército civil. La Milicia Republicana perdió, entonces, el preciado apoyo de los radicales, y aumentaron los ataques en su contra. ¿Cómo un ejército civil llega a decretar su propia disolución? Interesante tema es éste, el cual es relatado en el último capítulo de este estudio, cuando la autora trata la desmovilización y posterior disolución de la Milicia Republicana.

Por último, un breve epílogo se propone mostrar cómo la Milicia Republicana una vez disuelta se va transformando en diversos movimientos nacionalistas y corporativistas, entre los que se menciona hasta la misma ACHA, organización en la cual figuraron destacados dirigentes de los partidos socialista y radical. El problema de los movimientos nacionalistas y corporativistas constituyen una tema tan amplio como para plantear sobre él otra investigación. Sin duda, éste es el capítulo más débil del libro. Ello, no obstante, no es capaz de opacar los méritos de los capítulos precedentes, a través de los cuales, con un análisis riguroso y exhaustivo y un relato ameno, se logra un conocimiento cabal de una de las instituciones civiles más desconocidas y asombrosas de nuestra historia política, la de un ejército civil creado en la clandestinidad, armado por el gobierno como parte de su política de contención de los militares, y, finalmente, autodisuelto cuando su razón de ser se había extinguido. Por eso, el libro que comentamos ha pasado a ser lectura obligatoria para quienes tienen interés en conocer la historia política contemporánea de nuestro país.

SOFÍA CORREA SUTIL

No nos proponemos redactar una memoria en el frío estilo de la burocracia, sino dejar el testimonio de una tarea que, reflejada en actos oficiales y formales, ha tenido rasgos personales de entusiasmo y quizá de vehemencia, en algunas circunstancias, que son ineludibles cuando hay ánimo de renovar, impulsar y crear.

Los tres años y cinco meses que hemos estado al frente de la institución, han sido muy satisfactorios para nosotros en cuanto hemos logrado activarla, dar desarrollo a numerosos aspectos y emprender una reorientación hacia el papel que debe desempeñar en la cultura nacional. Todo ello se ha efectuado con ambiciosa mirada al futuro; pero a la vez en el marco ejemplar de una gran tradición y bajo el recuerdo de personalidades tan destacadas como Manuel de Salas, Camilo Henríquez, Claudio Gay, Ramón Briseño, Rodulfo A. Philippi, Juan Mochi, Luis Montt, Carlos Silva Cruz, Emilio Vaisse, Roberto Hernández, Tomás Thayer Ojeda, Guillermo Feliú Cruz, Ricardo Donoso, Raúl Silva Castro, Eduardo Barrios, Juvencio Valle y Roque Esteban Scarpa, quienes, desde el cargo de Director u otras elevadas funciones, señalaron un rumbo de trabajo intenso y honesto, a la vez que de alto nivel intelectual.

El peso de la tradición es insoslayable. Debe recordarse que la Biblioteca Nacional, junto con el Instituto Nacional, fundados en agosto de 1813, confunden sus raíces con los orígenes de la república y que el Museo Nacional de Historia Natural data de 1830, siendo uno de los primeros de Iberoamérica.

El año 1990, al producirse el retorno del país a la vida democrática, el Presidente electo, don Patricio Aylwin, nos ofreció el cargo de Director de Bibliotecas, Archivos y Museos, pese a no pertenecer a ningún partido político. Ese gesto lo apreciamos como una gran distinción por provenir de quien provenía y porque no habíamos puesto ningún empeño en obtenerlo, pues toda la vida hemos rehuido cargos y honores.

Aceptamos con entusiasmo el ofrecimiento porque nuestra deuda con la institución es muy grande: en la Biblioteca Nacional, en el Archivo Nacional y eventualmente en los museos, han transcurrido muchas horas, días enteros de nuestra vida, en la obsesión por indagar en el pasado nacional, de modo que era justo apartarnos de las investigaciones durante un tiempo para entregar nuestro esfuerzo a una entidad que tiene comprometido nuestro reconocimiento.

Había algo más. Sabíamos, y lo habíamos palpado dolorosamente, que un estado de postración embargaba a muchas de las funciones del Servicio; existía un deterioro y hasta el personal estaba sumido en la decepción y defraudado en sus aspiraciones. Era el resultado de diecisiete años de dictadura y de un breve tiempo anterior, que habían significado desquiciamiento y olvido de los verdaderos intereses de la cultura. Era necesario, en consecuencia, emprender una etapa de gran actividad para recuperar el nivel de la Dirección y proyectarla hacia adelante.

Ése era el desafío.

ORIENTACIONES GENERALES

Cuatro grandes metas dieron sentido al trabajo en la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, aunque no fueron establecidas en ningún documento específico: a) crear una imagen pública favorable, b) fortalecer la unidad del Servicio,

c) obtener nuevos recursos y d) modernizar la organización y preparar la transformación en Dirección Nacional del Patrimonio Cultural.

a) *Imagen pública.* Es evidente que la insti-

tución, pese a su gravitación en la cultura, jamás ha sido bien conocida ni ha tenido una presencia pública destacada. Tampoco es percibida en toda su complejidad y conformación. Suele identificársela con la Biblioteca Nacional. Este desconocimiento podía comprobarse aun en los círculos intelectuales, los de gobierno y en los medios de comunicación, resultando de ese modo una situación desfavorable para el reconocimiento de su papel e importancia.

Para superar ese hecho se creó una oficina de Comunicaciones y Relaciones Públicas, dirigida por una profesional de esa área, sin perjuicio del trabajo más específico de otras personas en determinadas unidades.

Por otra parte, se reforzaron considerablemente las actividades del Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional, con encargo de extender sus trabajos a las regiones. El propósito ha sido doble: estimular todo el quehacer cultural en torno a una biblioteca de carácter moderno y llegar a sectores de la vida cultural, política y empresarial que era necesario vincular a la Dirección.

La visita de importantes personalidades de la política y la cultura, tanto nacionales como extranjeras, ha sido también un factor de presencia pública.

b) *Unidad del Servicio.* Debido a la conformación orgánica, a la costumbre y la ausencia de un plan de trabajo común, las coordinaciones y, más específicamente, ciertas unidades, habían desarrollado sus funciones con relativa independencia. Esa realidad era necesario transformarla para lograr mayor eficacia y un trabajo armónico.

Se dispuso, al efecto, la creación del Consejo Asesor, integrado por las más altas autoridades de la corporación.

Para lograr una información adecuada y crear la conciencia de una tarea común, se fundó el *Boletín de la DBAM*, que lo reciben todo los funcionarios cuatro veces al año.

La creación de un logotipo representativo del servicio, ha tenido por objeto proporcionar una imagen unitaria dentro y fuera de la institución.

c) *Nuevos recursos.* No habría sido posible reactivar el servicio y prepararlo para una etapa de expansión sin incrementar sus ingresos. Existían, al respecto, dos vías: obtener ampliación del presupuesto fiscal y las entradas propias o lograr donaciones y aportes de empresas privadas, fundaciones y gobiernos extranjeros.

Considerando que la segunda forma de financiamiento es reducida y circunstancial, el énfasis se puso en el aporte fiscal y se desarrolló una acción sostenida para el aumento presupuestario, que dio un resultado apreciable.

También ha habido un incremento relativo de las entradas propias, debido a la prestación de servicios y una mayor eficacia en su administración.

d) *Consolidación y modernización.* Dada la situación que existía en la DBAM, el esfuerzo mayor se concentró en consolidar el funcionamiento, adecuarlo a las necesidades actuales, mejorar la situación de los funcionarios, reparar y ampliar la infraestructura y desarrollar el equipamiento. Se estimó que todo ello constituía lo esencial antes de emprender nuevas creaciones y funciones, aunque también ha habido avances en este sentido.

Las adecuaciones comenzaron en la misma función directiva, que por la constitución orgánica del Servicio y la costumbre han estado concentradas en el jefe superior. Mediante delegación de funciones se dieron mayores atribuciones a las autoridades superiores y a través de diversas instrucciones se aglutinó, en torno a las coordinaciones nacionales, a unidades que actuaban de manera aislada o dependientes del Director. A la vez se crearon consejos u organismos intermedios en las *coordinaciones para un manejo más téc-*

nico y eficaz y lograr, al mismo tiempo, una mayor participación de las diversas instancias a lo largo del país.

La infraestructura, formada por edificios generalmente antiguos, muy deteriorados y poco funcionales, ha sido sometida a un vasto plan de reparaciones, ampliaciones y adecuaciones. En esta materia, los avances han sido notorios, aun-

que restan muchas obras por realizar debido a las dimensiones del problema.

Finalmente, se emprendió un intenso programa de renovación de equipos: estanterías, ascensores y montacargas, equipos de climatización, computadores, máquinas de escribir eléctricas, equipos de microfilmación y de lectura, de fotografía, de sonido y otros.

FUNCIONES DIRECTIVAS

El propósito de renovación y modernización se efectuó a partir de las funciones superiores y de sus instituciones.

El director de la DBAM dispone de amplias atribuciones y es el responsable del organismo. Es funcionario de la confianza exclusiva del Presidente de la República, designa en forma autónoma a todos los funcionarios de su dependencia, tiene la representación judicial y extrajudicial de la institución y puede celebrar contratos con personas y entidades del país y del extranjero.

Dadas esas características, todas las decisiones corresponden al Director y la costumbre ha significado un manejo muy centralizado dentro del organismo. Sin embargo, había situaciones que hacían aconsejable una modificación en las funciones superiores: el crecimiento del servicio, tanto en la capital como en las regiones, la necesidad de cierta autonomía en las cuatro ramas fundamentales que lo conforman, la mayor complejidad en las funciones de ellas y la conveniencia de relajar el ambiente autoritario establecido por el régimen anterior.

Para efectuar las transformaciones requeridas se recurrió a la delegación de funciones del Director, único camino jurídicamente permitido, puesto que se requería de una ley para modificar de manera sustancial las atribuciones y funciones.

Una primera medida fue constituir el Consejo Asesor del Director, que por Re-

solución Exenta N° 544 de 1991, quedó formado por los siguientes funcionarios:

- Conservador del Archivo Nacional
- Coordinadora de la Biblioteca Nacional
- Coordinador Nacional de Museos
- Coordinadora Nacional de Bibliotecas Públicas
- Conservador del Museo Nacional de Historia Natural
- Conservador del Museo Nacional de Bellas Artes
- Conservador del Museo Histórico Nacional
- Jefe del Departamento Jurídico
- Jefe del Departamento de Planificación
- Jefe del Departamento de Recursos Financieros
- Jefe del Departamento del Personal
- Jefe del Departamento de Ingeniería y Mantención

Al Consejo Asesor corresponde pronunciarse sobre los proyectos y las medidas más importantes que le son sometidas por el Director. En su seno se discute, además, la distribución interna del presupuesto.

De esta manera se logra una real participación en los más altos niveles, se diseñan las principales orientaciones y se coordinan las tareas comunes.

En el desempeño práctico del Director se procuró atender solamente los asuntos de mayor relieve y las materias relacionadas con entidades y personajes de la vida pública del país y del extranjero. Sin em-

bargo, esas intenciones no pudieron cumplirse a cabalidad, a causa de la pasividad de muchos elementos internos y la invete-

rada costumbre de recurrir al Director para solucionar asuntos de cualquier magnitud.

COORDINACIONES NACIONALES

De acuerdo con el propósito ya señalado de descentralizar las funciones y de acentuar el tratamiento técnico de las diversas especialidades, se otorgaron mayores atribuciones a las cuatro coordinaciones. El jefe de cada una de ellas ha podido actuar en una esfera de libertad para resolver asuntos concretos y coordinar efectivamente la labor de los organismos de su dependencia.

Junto a los coordinadores nacionales se establecieron consejos formados por los respectivos funcionarios de alto nivel, destinado a consultas periódicas y a tomar decisiones sobre materias específicas.

En las coordinaciones que cuentan con unidades en todo el país —la de Museos y la de Bibliotecas Públicas— se mantuvieron las reuniones anuales de conservadores y de coordinadoras regionales, señalándose de manera más explícita sus

atribuciones, consistentes, de manera general, en la formulación de políticas y la consideración de materias de interés para todas las unidades de la respectiva coordinación.

El sistema así concebido ha dado pleno resultado y ha permitido un adecuado tratamiento de las materias especializadas, que la Dirección ha respetado y respaldado.

Complemento ineludible del desempeño de toda las coordinaciones ha sido el notable aumento de la asignación de fondos de disposición autónoma, tanto para funcionamiento e inversión como para viáticos y horas extraordinarias, en lugar de estar centralizados en la Dirección. Ésta, por su parte, y con acuerdo del Consejo Asesor del Director, ha procurado equilibrar las asignaciones de acuerdo con las necesidades más apremiantes y justificadas de cada coordinación.

ADQUISICIÓN DE LIBROS

Uno de los más graves problemas que enfrentaba el sistema bibliotecario era la insignificante compra de libros en los diecisiete años anteriores. En ese período, el mejor año muestra la compra de 1.200 volúmenes y, el peor, de 80.

Se había producido, de ese modo, un vacío bibliográfico que debía ser remediado con urgencia. Con ese objeto se buscó incrementar el presupuesto destinado a la compra de libros y otros impresos y estimular las donaciones. El ítem respectivo del presupuesto subió entre 1990 y 1993 de 2,7 millones a 128,7; vale decir, en 4.530,7%, en términos reales. Ello permitió iniciar compras en mayor cantidad.

El año 1990, con los fondos disponibles sólo pudieron comprarse 725 volú-

menes; en cambio, la cifra había subido a 23.956 en 1992.

La donación de libros ha sido estimulada tanto en el país como en el extranjero, habiéndose obtenido resultados apreciables.

Entre las donaciones cabe mencionar la biblioteca que fuera del profesor Antonio Doddis relativa a literatura española, hispanoamericana y chilena con una cifra aproximada a los seis mil volúmenes. Una cantidad muy apreciable, destinada a las bibliotecas públicas, ha sido entregada por la Fundación Kellogg de los Estados Unidos, dentro de un plan que debe continuar. Finalmente, han hecho donaciones de valiosos libros los reyes de España y los gobiernos de las colectividades regionales de aquel país.

ADQUISICIÓN DE OTROS OBJETOS CULTURALES

La obligación de preservar el patrimonio cultural tuvo en la compra de algunos bienes un aspecto interesante, aunque no se contó con fondos suficientes.

Para el Archivo Nacional se obtuvo en remate público la colección de cartas intercambiadas entre el presidente Aníbal Pinto y el ministro Rafael Sotomayor durante la Guerra del Pacífico. También un conjunto de volantes y otros impresos de la época de la Independencia y de los primeros años de la República.

El Museo de La Serena vio enriquecida sus especies con la importante colección arqueológica e histórica del señor Horacio Palacios, que fue comprada por la Dirección.

Otras compras cuyo detalle sería difícil de especificar, enriquecieron las colecciones de los museos.

Mediante donaciones y convenios de comodato hubo aportes valiosos de diversas índole. La colección de 65 pinturas chilenas, que fuese del señor Felipe Canessa Espinoza, fue traspasada por el Ministerio de Bienes Nacionales, quedando

en exhibición en el Museo O'Higiniano y de Bellas Artes de Talca.

El Banco Central, mediante acuerdo con la Dirección, entregó en depósito 71 pinturas de connotados autores nacionales, que fueron destinadas al museo mencionado anteriormente y al de La Serena con el propósito de acentuar en ambos la orientación hacia las Bellas Artes.

Por sugerencia de la Dirección, el Banco del Estado adquirió una colección de 93 cartas y documentos de Gabriela Mistral, que fueron entregadas en comodato al Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional.

El Museo Histórico Nacional fue favorecido con la donación de numerosas colecciones. Entre ellas merecen destacarse las siguientes: 460 objetos de carácter textil; 500 piezas numismáticas del Banco Central de Chile; 555 fichas salitreras y 10.317 objetos diversos, entre fotografías, placas de vidrio, daguerrotipos, postales y grabados. Especial mención merece la entrega del legado del presidente Jorge Alessandri.

INVESTIGACIÓN Y PUBLICACIONES

Los organismos que actualmente dependen de la DBAM han estado ligados a la investigación desde sus inicios. La creación del Museo Nacional de Historia Natural en 1830, no fue otra cosa que el resultado de las vastas investigaciones efectuadas por Claudio Gay para su *Historia física y política de Chile*.

A lo largo del siglo XIX y en especial durante el XX, la Biblioteca Nacional ha estado directa o indirectamente ligada a las investigaciones históricas, literarias, folclóricas y bibliográficas, que cultivaron e impulsaron diversos directores y funcionarios superiores. Entre ellos ha habido, además, notables cultores de las letras.

Una función destacada han tenido también los museos de ciencias naturales y arqueología.

Todas estas actividades fueron robustecidas a partir de 1990 bajo el concepto de que el patrimonio cultural no es un ente pasivo, sino que debe ser investigado, estudiado y difundido porque está en la base de la identidad nacional. Se consideró, además, que una organización cultural del carácter de la DBAM no puede existir al margen de las tareas intelectuales, sino que debe estar en estrecho contacto con el mundo de los universitarios y, en general, de los intelectuales y creadores, tanto de Chile como del extranjero.

Para cumplir con esas intenciones fue creado el 21 de octubre de 1990, por Resolución Exenta N° 1620, el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, que ha abordado tareas de antropología, historia, literatura y bibliografía, contando

para ello con ocho investigadores y personal de secretaría.

El aporte del Centro Barros Arana se ha vaciado en publicaciones especializadas que constituyen tres colecciones. Las *Fuentes para la historia de la república*, de la que se han dado a luz cuatro volúmenes, tiene por objeto poner al alcance de los estudiosos la documentación de mayor relieve desde 1823 en adelante. La colección *Sociedad y cultura* ha acogido cinco monografías sobre temas del pasado colonial y republicano, debidas a investigadores universitarios jóvenes. La serie *Escritores de Chile*, en cierto modo continuadora de la *Biblioteca de escritores de Chile*, cumple con el propósito de difundir las obras inéditas o poco conocidas de nuestros grandes autores. Hasta ahora incluye cuatro volúmenes.

Debido a que en las diversas unidades de la DBAM se realizan investigaciones, especialmente en los museos, se creó con fecha 29 de octubre de 1992, por Resolución Exenta N° 257, el Fondo de Apoyo a la Investigación, destinado a solventar los trabajos de los investigadores no pertenecientes al Centro Barros Arana. Mediante concurso anual se pueden obtener fondos para viáticos, funcionamiento, servicio externo y equipos o materiales. El año 1992 fueron favorecidas diez investigaciones y doce en el presente.

Los trabajos de investigación en los museos han continuado de acuerdo con la tradición y estimulados ahora por el Fondo antes mencionado. Muchos de ellos han aparecido en letras de molde en diversas publicaciones de la DBAM o de otras instituciones culturales. Entre las primeras, las principales han sido las revistas *Contribución Arqueológica*, del Museo Regional de Atacama; *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena*; *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso*; *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, de Santiago; *Boletín del Museo Regional de la Araucanía*; *Comunicaciones del Museo Regional de*

Concepción y Boletín del Museo Mapuche de Cañete.

También se han publicado libros y folletos, entre los que se destacan *Gabriela Mistral en la La Voz de Elqui*, del Museo de Vicuña; *Reportaje de Chile: dibujos de Melton Prior*, del Museo Histórico Nacional; y *Origen de las especies por medio de la deriva natural*, de Humberto Maturana y Jorge Mpodozis, del Museo Nacional de Historia Natural.

En el área de las bibliotecas debe mencionarse de manera muy especial la preparación y edición de tres gruesos volúmenes de *Referencias críticas sobre autores chilenos*, que comprenden los años 1982, 1983 y 1987. Dicha colección estaba suspendida desde 1985. No fue posible reiniciar la *Bibliografía chilena*, pero se produjeron microfichas correspondientes a los años 1985, 1986 y 1987.

La Biblioteca Nacional ha efectuado otras publicaciones relacionadas con las humanidades y la historia. Un hito importante lo constituyó la reactivación en 1991, de la revista *Mapocho*, que había fenecido en 1980. Ahora se dio a la revista el carácter de órgano de humanidades y ciencias sociales con énfasis en los ensayos interpretativos más que en las monografías eruditas. Su periodicidad es semestral, habiendo aparecido los números 29 al 33.

Otras publicaciones que merecen destacarse han sido *Lagar II*, de Gabriela Mistral, obra inédita de la poetisa; *Familias fundadoras de Chile*, de Julio Retamal Favreareu y otros autores; e *Historia de las ideas ortográficas en Chile*, obras póstuma de Lidia Contreras.

El Departamento de Extensión Cultural, en consonancia con la índole de sus funciones, ha publicado, entre otras, las siguientes obras: dos lujosos volúmenes titulados *Geografía poética*, que incluyen textos, fotografías y grabados; una carpeta con veinte grandes fichas denominada *Patrimonio cultural* y cinco tomitos de extensión reducida destinados a difundir las pintu-

ras y grabados de algunas exposiciones y de otros elementos que se encuentran en las dependencias de la DBAM. Su título es también el de *Patrimonio cultural*.

La Coordinación Nacional de Bibliotecas Públicas, finalmente, editó la *Guía bibliográfica para biblioteca escolar*, un texto de gran utilidad para los especialistas.

CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN

En la Biblioteca Nacional se continuó la tarea de encuadernación de impresos y, lo que es más importante, se estableció el Taller de Microfilmación gracias a sofisticados equipos donados por el gobierno de Japón, cuyo costo ascendió a 114 millones de pesos (US\$ 283.000). Como un complemento necesario se recibieron máquinas lectoras, que junto a las antiguas, quedaron instaladas en una cómoda y elegante sala.

Por su parte, el Archivo Nacional prosiguió las labores de conservación y restauración de documentos y dio comienzo a significativas tareas de microfilmación mediante contrato con una empresa privada.

El Centro de Conservación y Restauración, dependiente de la Coordinación Nacional de Museos, mantuvo antiguas y

nuevas tareas. Especial mención merecen las investigaciones efectuadas para la conservación de los *moais* y otros restos arqueológicos en la Isla de Pascua. También las investigaciones en los sitios arqueológicos de Conguillío, Radal Siete Tazas y Tres Arroyos. Se efectuó el análisis y diagnóstico del estado en que se encuentran los murales de Alfaro Siqueiros en la Escuela México de Chillán y el análisis de conservación del castillo de Niebla en Valdivia. En este último aspecto colaboró la especialista en conservación de metales del Museo Nacional de Historia Natural, que además participó en la restauración parcial de la oficina salitrera Chacabuco.

Diversos museos de la DBAM y otros, han recibido asesoría técnica del Centro de Conservación, como asimismo algunos sitios arqueológicos y archivos.

RED NACIONAL DE INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

RENIB

Una preocupación constante de la Dirección fue la situación de RENIB, por la necesidad de renovar su equipo, atender los gastos de funcionamiento y retener a su personal, altamente calificado y mal remunerado.

Con el objeto de ampliar la capacidad del computador se adquirió un nuevo disco y se han trazado planes para el reemplazo del computador.

RENIB es una asociación de las más importantes bibliotecas que mediante un sistema de computación en línea forman un catálogo común. Dos nuevos asociados, la Universidad del Norte y la Universidad Metropolitana, se agregaron a las doce bibliotecas ya integradas.

La Biblioteca Nacional hace de cabe-

za del sistema, presta la asesoría técnica, fija las normas y establece la "autoría" de las obras que se ingresan. La DBAM financia más del 70% del gasto. Por esta razón y porque las universidades tienen dificultad en el financiamiento, la Dirección ha estimado que los fondos deben provenir mayoritariamente del presupuesto fiscal y ha sostenido una acción para lograr un incremento sustancial.

A través de los recursos de la DBAM se ha logrado hasta ahora evitar el colapso y retener al personal mediante honorarios especiales.

En la actualidad el número de obras ingresadas en RENIB alcanza a la suma de 462.000, correspondiendo 150.000 a la Biblioteca Nacional.

EXTENSIÓN CULTURAL

Desde que se inició la nueva Dirección, se dio gran importancia a la extensión cultural en todas las unidades de la DBAM con el objeto de prestar un servicio a la comunidad nacional, con énfasis en el patrimonio cultural en su sentido más amplio.

El Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional ha sido el más activo en el área. A sus diversas actividades concurren 173.867 personas el año 1991. El Museo Nacional de Historia Natural ocupó el segundo lugar con 170.000 visitantes, el Museo Nacional de Bellas Artes el tercer lugar con 164.000 personas y el Museo de Ancud el cuarto con 79.311 concurrentes.

En la Biblioteca Nacional la extensión cultural ha consistido en ciclos continuos de exposiciones en la Sala Cervantes, en la Galería Azul y en la Librería ocasionalmente, y ciclos de conferencias, con-

ciertos de cámara, ciclos de cine-arte y presentación de libros en la Sala Ercilla y la Sala América.

Dos museos de Santiago y de las regiones, además de acoger al público en sus colecciones permanentes, presentaron exposiciones temporales de variada índole y algunos otros eventos públicos.

Por su parte, las bibliotecas públicas de todo el país han realizado una intensa tarea de extensión a través de exposiciones, charlas y otros eventos. El número de personas que participó en esas diversas actividades fue de 851.624 personas el año 1991.

Es posible afirmar que con alrededor de 1.811.688 concurrentes a los actos culturales (año 1991), la DBAM es el organismo que realiza la más intensa tarea de difusión en el país.

COMUNICACIONES Y RELACIONES PÚBLICAS

Con el objeto de mantener una adecuada información para el público y dar a conocer las actividades corrientes de la DBAM, se creó el año 1990 el Departamento de Comunicaciones y Relaciones Públicas. A través de esa medida se perseguía también el propósito de dar una adecuada imagen del servicio y de su importancia para la cultura nacional.

Conformado por dos eficientes profesionales periodistas, una secretaria y un auxiliar, el Departamento ha realizado

una labor exitosa. Mediante su trabajo se ha logrado una permanente presencia en los medios de comunicación y que en los círculos intelectuales y de la vida pública sea ampliamente reconocida la labor de la DBAM.

Es interesante comprobar que durante tres meses del año 1992 el espacio destinado por la prensa periódica de Santiago a informar de los eventos del servicio, habría significado 147 millones de pesos si se hubiese pagado por ello.

VISITANTES ILUSTRES

El desarrollo de importantes actos en diversas reparticiones de la DBAM contó con la presencia de personalidades distinguidas en el campo de la política, del intelecto y de la creación artística, que efectuaron visitas formales o participaron en actividades culturales.

Entre otros, cabe mencionar a los siguientes estadistas:

- Excmo. Sr. Presidente de la República de Chile don Patricio Aylwin Azócar (en cuatro ocasiones).
- Reyes de España don Juan Carlos y doña Sofía.

- Excmo. Sr. presidente de Hungría, Arpad Göncz.
- Excmo. Sr. presidente de México don Carlos Salinas de Gortari.
- Excmo. Sr. presidente de Portugal don Mario Soares.
- Excmo. Sr. presidente de Uruguay don Luis Alberto Lacalle.
- Sr. Ministro de Cultura de la Generalitat de Cataluña, Joan Guitort.
- Sr. Viceministro de Cultura de China, Zhanxiang Gao.
- Príncipe de Asturias, don Felipe de Borbón.
- Infanta de España, doña Elena de Borbón.
- Presidente de la Junta de Extremadura don Juan Carlos Rodríguez Ibarra.
- Presidente de Aragón, Sr. Emilio Eiroa.
- Presidente del País Vasco, Sr. José Antonio Ardonza.

- Ex presidente de Venezuela, Sr. Rafael Caldera.

En forma especial debe mencionarse a los siguientes intelectuales:

- Rafael Alberti
- Fernando Alegría
- Virginia Betancourt
- Guillermo Blanco
- Alfredo Bryce Echeñique
- Rodolfo Casamiquela
- Simón Collier
- Félix Denegri Luna
- José Donoso
- Paul Drake
- Jorge Edwards
- Osvaldo Guayasamín
- José Luis Martínez
- John Murra
- Alfonso Romano de Santana
- Francisco de Solano
- Mikis Theodorakis

PARTICIPACIÓN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL EN ABINIA

En 1989 se constituyó en Caracas, Venezuela, la Asociación de Bibliotecas Nacionales Iberoamericanas, con el propósito de fomentar el conocimiento, el intercambio de información de experiencias y el desarrollo de cada una de las bibliotecas asociadas.

Chile participó activamente en esta organización a partir de 1990. En la primera reunión del Consejo de Directores realizada en Caracas (noviembre de 1990), la Biblioteca Nacional respondió positivamente a la solicitud de asumir la responsabilidad de actuar como Punto Focal del Cono Sur, para brindar asistencia técnica a las otras bibliotecas nacionales de la subregión, a las de Argentina, Uruguay y Paraguay.

En esta calidad, se responsabilizó de coordinar el levantamiento del Catálogo Colectivo de obras antiguas, siglos XVI al XIX, existentes en las bibliotecas nacionales, lo que de hecho consistió en asumir

tanto la selección de títulos por incluir, supervisión del procesamiento técnico (Argentina) y, en el caso de Paraguay y Uruguay, la catalogación y clasificación de los títulos seleccionados para ser incluidos en el Catálogo Colectivo.

Simultáneamente, la Biblioteca Nacional de Chile colaboró en la preparación de obras destinadas a ser expuestas en la exposición 'Quinientos Años del Libro en Iberoamérica', muestra que se exhibió en Caracas y Madrid durante 1992.

La Biblioteca presentó al seminario sobre normas técnicas de procesamiento de material antiguo (Madrid, 1991) una pauta de procesamiento de material bibliográfico patrimonial, que fue aprobado y motivó posteriormente la inclusión de Chile en el Comité de Recursos Humanos de la Asociación.

En abril de 1992, la Biblioteca Nacional de Chile fue sede de la Segunda Reu-

nión del Consejo de Directores de ABINIA. Entre los temas tratados figuró la preparación de la historia de las bibliotecas nacionales de América, que correspondió dirigir a Chile, a la vez que se trató lo referente a la organización interna de ABINIA, y se ultimaron los detalles para la publicación, en disco óptico, del Catálogo Colectivo de Obras Antiguas.

La Tercera Asamblea General de ABINIA (Madrid, 5 a 8 de octubre de 1992)

NUEVAS UNIDADES Y EDIFICIOS

No obstante que la política ha sido más bien conservadora, se emprendieron nuevas creaciones conforme lo permitieron los recursos y algunas coyunturas favorables.

Debe mencionarse, en primer lugar, la conformación del Archivo del Siglo XX, anexo del Archivo Nacional. Durante largos años la enorme documentación acumulada durante la centuria que corre, permaneció acumulada en muy malas condiciones en una bodega de la calle San Alfonso arrendada a la Empresa de Ferrocarriles del Estado. Ese depósito se hacía insuficiente y era necesario preocuparse de la conservación del material documental. Gracias a una gestión efectuada ante la Dirección de Aprovisionamiento del Estado, se obtuvo el traspaso de un amplio cuerpo del edificio de depósito en cinco niveles existente en la avenida Portales entre la avenida Matucana y la calle Chacabuco, que totaliza alrededor de 5.000 metros cuadrados. El Ministerio de Bienes Nacionales formalizó la transferencia por Resolución Exenta N° 154 de septiembre de 1991.

La reparación de dicho cuerpo, la adecuación arquitectónica de sus dependencias, el equipamiento de estanterías, la pintura, la instalación eléctrica y la habilitación de oficinas y otros, demandaron una fuerte inversión. El resultado ha sido plenamente satisfecho y ha suscitado la admiración de investigadores nacionales y archiveros.

oficializó la creación de comités técnicos permanentes como un reconocimiento a la labor desplegada por algunas bibliotecas nacionales en materias de su especialidad. Chile integra dos de las tres que se constituyeron, las de recursos humanos y procesos técnicos. Para cumplir con esa tarea, se ha acordado recibir a dos bibliotecarios uruguayos que se capacitarán en catalogación automatizada y redes de información bibliográfica.

El total de volúmenes almacenados es de 142.000, aproximadamente, que, colocados uno al lado de los otros, se extenderían por nueve kilómetros y medio.

Una importante anexión ha sido la del castillo de Niebla situado en la boca del río Valdivia. Con motivo del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, y gracias a un aporte del gobierno español, se emprendieron trabajos de despeje, restauración y reconstrucción. Los viejos cañones fueron montados en cureñas del tipo usual en la época. Sobre la base de antiguos muros correspondientes a la cuadra de soldados, y en conformidad a los modelos originales, se levantó una construcción para albergar el museo de la fortaleza, que quedó integrado con documentos, láminas y reproducciones. El gobierno español donó, además, una copia de excelente factura del cuadro de Velázquez que representa al rey Felipe IV.

Quedan trazados los planes para construir en un terreno aledaño las oficinas del Museo, para cuyo efecto el Ministerio de Hacienda ha dispuesto los fondos necesarios.

Por Resolución Exenta N° 35 de fecha 10 de febrero de 1993 del Ministerio de Bienes Nacionales, fue transferida a la DBAM una casa situada en la avenida Holanda, número 3806, para instalar en ella una biblioteca especializada en sociedad y cultura del mundo rural, que es

una dependencia de la Biblioteca Nacional. El fondo bibliotecario respectivo será conformado mayoritariamente por la donación de la biblioteca de la Fundación Biblioteca Conmemorativa José María Arguedas.

Dentro del propósito de seguir creando bibliotecas públicas regionales en las respectivas cabeceras, se llegó a un acuerdo con la I. Municipalidad de Puerto Montt para el uso del amplio, elegante y moderno primer piso del que ha sido Museo Juan XXIII. El local fue adecuado por la entidad edilicia y el equipamiento fue hecho por la DBAM. En esta forma ha sido posible establecer la tercera biblioteca regional en el país.

Cabe mencionar, por último, diversos acuerdos y conversaciones formales que deberán concretarse en plazos cercanos.

El Consejo Municipal de La Serena, en julio del presente año, acordó transferir al Servicio, como anexo del Museo Arqueológico de aquella ciudad, la casa que fuera del presidente Gabriel González Videla, para consolidar la colección histórica allí existente y ampliar la pinacoteca nacional, como ya se ha estado haciendo.

El mismo Consejo, con acuerdo de la DBAM, decidió construir un amplio edificio para establecer la Biblioteca Regional,

que será erigido con fondos regionales (FNDR).

Mediante gestiones del Ministerio Secretaría General de Gobierno, la Gobernación de Ovalle ha pasado a disponer del espacioso local de la Escuela N° 117 de esa ciudad, situado frente a la plaza. Pronto se iniciarán allí trabajos de remodelación para formar un gran centro cultural, donde se entregarán importantes espacios para alojar al Museo del Limarí y la Biblioteca Pública, que quedarán con adecuadas instalaciones.

En la ciudad de Linares, donde se quemó la Biblioteca Pública N° 8 el año 1990, la construcción de un moderno edificio junto a la Plaza de Armas permitirá instalar bajo buenas condiciones, la nueva Biblioteca.

Por su parte, la Municipalidad de Talca ha ofrecido a la DBAM un extenso y céntrico terreno para que construya la Biblioteca Pública Regional. También existen gestiones para el traspaso de terrenos con el mismo fin en Iquique, Concepción y Punta Arenas.

Finalmente, el Consejo Municipal de Concepción cedió 320 metros cuadrados en la Plaza Acevedo de esa ciudad, para ampliar el Museo de Historia Natural. El proyecto arquitectónico se encuentra concluido y está aprobado por el Ministerio de Planificación.

LA DIRECCIÓN NACIONAL DEL PATRIMONIO CULTURAL

La normativa que regula las funciones de la DBAM hace de ella una entidad superior encargada de velar por el patrimonio cultural de la nación en sus más variadas manifestaciones, sean tangibles o intangibles. No es, por lo tanto, un conjunto arbitrario de bibliotecas, archivos y museos, sino que bajo esa trama hay una coherencia conceptual que está dada por la unidad del acervo cultural del país.

Si se piensa que el patrimonio es la base de la identidad nacional, se comprende la importancia de la tarea encomendada a la DBAM.

El tratamiento del patrimonio debe ser unitario porque sus temas se entrelazan y porque las acciones que el Estado desarrolla en torno a él deben ser dosificadas según la importancia que se confiera a cada aspecto. Si hay museos magníficamente dotados y con actividades brillantes, debe haber, al mismo tiempo, una preocupación decidida por las bibliotecas públicas, que languidecen en casi todo los rincones del territorio.

La DBAM cumple con todas las tareas relativas al patrimonio: rescate, conservación, investigación y difusión. Para ello

cuenta con los conocimientos y la técnica adecuada y con el personal idóneo, tanto profesional como técnico. Sin embargo, para cumplir de manera más adecuada con esos fines, requiere de un ajuste institucional y de una expansión presupuestaria.

El aspecto institucional debe comenzar por el otorgamiento de un mayor grado de autonomía, o una autonomía completa, porque es la única manera de lograr un peso más considerable dentro de la administración pública y de desempeñarse con mayor eficacia en todas las esferas.

En lo interno, es necesario adecuar la organización para hacerla más racional y dinámica, consolidando las funciones privativas de cada una de las coordinaciones: Biblioteca Nacional, Archivo Nacional, Museos y Bibliotecas Públicas. A la vez, deben agruparse algunos departamentos, oficinas y unidades específicas.

Mediante esas medidas se aliviaría el trabajo de la Dirección y se daría dinamismo y eficacia técnica a los restantes niveles.

Es satisfactorio señalar, como ya se dijo, que en medida importante la adecuación interna ya se ha establecido gracias a la delegación de funciones del director y a través de nuevas prácticas. Pero también se ha avanzado hacia la concreción normativa de esas reformas.

Por Resolución Exenta N° 1.214 del 31 de julio de 1990 la Dirección creó la Comisión de Política y Estructura, integrada por los jefes superiores del servicio y jefes administrativos, bajo la presidencia del director. Después de un largo trabajo, la Comisión entregó un proyecto de decreto, que se ha considerado suficiente,

por el momento, para alcanzar los objetivos señalados. En esa estimación se ha tenido en cuenta que bastaba modificar el Decreto con Fuerza de Ley N° 5.200, y el Decreto Supremo N° 6.234, ambos de 1929. Actualmente, el nuevo decreto depende de la consideración del Ministerio de Educación.

La Comisión elaboró también un proyecto de ley para las materias que requieren de aprobación legislativa y que no afectarían las estipulaciones del decreto, que son más bien de carácter interno. Dicho proyecto de ley queda concluido y dispuesto para la atención que la nueva dirección del servicio y el supremo gobierno se sirvan prestarle.

El segundo aspecto relativo a la Dirección Nacional del Patrimonio Cultural, es la expansión presupuestaria, pues si bien el servicio ha incrementado sus recursos, debería aumentarlos mucho más si se desea entrar a una etapa de gran desarrollo.

Un documento provisorio que fuera sometido a la consideración de S.E. el Presidente de la República, ha señalado los principales aspectos que deberían abordarse: incremento de los gastos de funcionamiento, aumento de la planta del personal, y dotación de fondos para la infraestructura, cuyas principales obras deberían ser la ampliación de los edificios de los museos, la dirección de las bibliotecas regionales en las respectivas capitales y una tarea que es de gran urgencia, la erección de la Biblioteca Pública de Santiago, cuya definición conceptual ya está en estudio y que es indispensable si no queremos que la Biblioteca Nacional llegue al colapso en años muy cercanos.

BIBLIOTECA PÚBLICA DE CHILE

En las últimas décadas se ha dejado sentir de manera apremiante la necesidad de crear la Biblioteca Pública de Chile debido a los problemas que enfrenta la Biblioteca Nacional y porque es indispensable

dar un mejor servicio al público corriente de Santiago y del país. Con ese objeto, por Resolución Exenta N° 2413 de 24 de octubre de 1992, el Director de Bibliotecas, Archivos y Museos dispuso la formación

de una comisión encargada de iniciar el estudio respectivo.

La Comisión, integrada por las bibliotecarias, señoras Ursula Schadlich, Teresa Naveillán, Yolanda Soto, Adriana Sáez, Soledad Fernández-Corugedo, Paulina Sanhueza y Marcela Cavada, presentó un primer proyecto, que mereció de parte del señor Director las observaciones que ahora publicamos.

1. Necesidad de que la Biblioteca Nacional tenga exactamente ese carácter para poder cumplir en forma adecuada con la misión de preservar el patrimonio bibliográfico de Chile.
2. Ampliar la capacidad de la Biblioteca Nacional para contener los fondos bibliográficos que ingresan constantemente.
3. Descargar el exceso de público.
4. Cumplir técnicamente con la preservación del patrimonio bibliográfico.
5. Ofrecer un servicio cómodo, rápido y eficaz a los usuarios especializados.

La Biblioteca Pública debe tener las siguientes características:

- A) Reunir colecciones temáticas muy variadas para uso de un público general de todas las características.
- B) Contener duplicado de la bibliografía nacional de ingreso futuro.
- C) Recibir las antiguas colecciones de la Biblioteca Nacional de uso general y no relativas a Chile. El traspaso debe ser una operación muy bien organizada, que probablemente demoraría algunos años.

En todo caso, sería conveniente mantener en la Biblioteca Nacional las obras de gran valor y antigüedad, sean de temas americanos o universales, que deban reservarse para uso de los investigadores especializados.

- D) Ofrecer todas las instalaciones y facilidades de una biblioteca moderna.
- E) Disponer de un edificio de amplias dimensiones, cómodo y hermoso.

Debo dejar en claro que la Biblioteca Pública así concebida es un organismo de carácter nacional, es la gran Biblioteca Pública de Chile, cuyo marco institucional es el de un anexo de la Biblioteca Nacional.

No es una biblioteca pública más, ni tampoco la Biblioteca Regional Metropolitana. Su índole es nacional.

La función común de biblioteca pública debe seguir entregada a las pequeñas bibliotecas comunales y a las que se creen en el futuro para cumplir con esa función.

La Biblioteca Pública de Chile debería reunir publicaciones de todas las especialidades —humanidades, ciencias sociales, ciencias exactas y naturales y técnica— por lo menos las de uso más frecuente, dejando para las universidades y otros organismos las de carácter altamente especializado.

Al dejar planteadas estas observaciones, cumplo con manifestar a Uds. que para llevar a cabo el proyecto debe pensarse en grande. Si la generación y los estadistas de comienzos de siglo fueron capaces de levantar el imponente edificio de la Biblioteca Nacional y de dotarlo no sólo en forma adecuada, sino con magnificencia, con cuanta mayor razón la actual generación, en un país que ha progresado enormemente, está capacitada para llevar adelante la iniciativa.

El aumento sostenido de recursos de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos en los años recientes que debe proyectarse en los que sigan, permiten ser optimistas en la materia. Sólo hará falta un espíritu decidido.

PALABRAS FINALES

Los tres años y cinco meses que hemos estado al frente de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos han sido para nosotros de gran satisfacción por las tareas efectuadas, por el aporte a la vida cultural de la nación y porque hemos sentido la honra de un cargo que prestigia-ron tantas figuras intelectuales.

Agradezco a S.E. el Presidente de la

República por la designación de que fui- mos objeto y su permanente confianza. Agradezco también al personal el esfuer- zo desplegado y la colaboración, que son el resultado de una identificación con el servicio y su misión cultural.

Deseamos que esa ética siga guiando el trayecto de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Sergio Villalobos R.

PUBLICACIONES DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS

1990-1993

BIBLIOTECA NACIONAL

Revista *Mapocho*, N^{os} 29 y 30, primer y segundo semestre de 1991 (Santiago, 1991).
N^{os} 31 y 32, primer y segundo semestre de 1992 (Santiago, 1992). N^{os} 33 y 34
primer y segundo semestre de 1993 (Santiago, 1993).

Referencias críticas sobre autores chilenos, años 1982, 1983 y 1987, vols. xvii, xviii y xxii
(Santiago, 1991, 556 págs.; 1991, 430 págs.; 1992, 333 págs.).

Gabriela Mistral, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.). Primera reimpresión (San-
tiago, 1992).

Geografía poética de Chile, Norte Grande (Santiago, 1991, 111 págs.).

Geografía poética de Chile, Norte Chico (Santiago, 1992, 112 págs.).

Geografía poética de Chile, Valparaíso (Santiago, 1993, 112 págs.).

Pedro de Oña, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario
Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).

Roque Esteban Scarpa, *Las cenizas de las sombras* (Santiago, 1992, 179 págs.).

Julio Retamal, Carlos Celis y Juan G. Muñoz, *Familias fundadoras chilenas*, coedi-
ción: Ed. Zig-Zag, Comisión Quinto Centenario (Santiago, 1992, 827 págs.).

Catálogo del patrimonio cultural, 20 láminas a color (Santiago, 1992).

Lidia Contreras, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).

Departamento de Extensión Cultural, Serie Patrimonio Cultural, contiene: *Graba-
dos de Max Klinger*, vol. I; *Dibujos de Rugendas*, vol. II; *Los caprichos de Goya*, vol. III;
Dibujos de Gustav Klimt, Egon Schiele, vol. IV; *Dibujos de Dampier*, vol. V (Santiago,
1993).

CATÁLOGOS DE EXPOSICIONES

Chile y Australia en el Pacífico, mar del nuevo mundo (Santiago, 1990, 39 págs.).

La palabra de España en América (Santiago, 1990, 99 págs.).

Balmaceda y su tiempo (Santiago, 1991, 51 págs.).

El territorio del Reyno de Chile, 1520-1810 (Santiago, 1992, 36 págs.).

CENTRO DE INVESTIGACIÓN DIEGO BARROS ARANA

Fuentes para la historia de la república

Vol. I. *Discursos de José Manuel Balmaceda*, iconografía, recopilación de Rafael
Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).

Vol. II. *Discursos de José Manuel Balmaceda*, iconografía, recopilación de Rafael
Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).

Vol. III. *Discursos de José Manuel Balmaceda*, iconografía, recopilación de Rafael
Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).

Vol. IV. *Cartas de Ignacio Santa María y su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat
A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).

Vol. v. *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 524 págs.).

Vol. vi. *Ensayistas y proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (en prensa).

La época de Balmaceda, Conferencias (Santiago, 1992, 123 págs.).

Colección Sociedad y Cultura

Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central. Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).

Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas, 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).

Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular, 1886-1896* (Santiago, 1993, 124 págs.).

Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).

Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).

Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).

Ricardo Nazer, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (en prensa).

Biblioteca Escritores de Chile

Vol. I. *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).

Vol. II. *Jean Emar, Escritos de arte, 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).

Vol. III. *Vicente Huidobro, Textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).

Vol. IV. *Domingo Melfi, Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).

Vol. V. *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1993, 204 págs.).

Vol. VI. *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers B. (en prensa).

COORDINACIÓN DE MUSEOS

Revista *Museos*, N^{os} 7 y 8 (1990); N^{os} 9, 10 y 11 (1991); N^{os} 12, 13 y 14 (1992); N^o 15 (1993).

Gabriela Mistral en La Voz de Elquí, publicación ocasional del Museo Gabriela Mistral de Vicuña (Vicuña, 1992, 64 págs.).

Boletín del Museo Mapuche de Cañete, N^o 5 (1990); N^o 6 (1991).

Comunicaciones, Museo de Concepción, N^o 5 (1990); N^o 6 (1991).

Anales, Museo de Historia Natural de Valparaíso, 1987 (1991).

Contribución arqueológica, N^o 3, Museo Regional de Atacama (Copiapó, 1992, 96 págs.).



DIRECCION
DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS
Y MUSEOS